This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Soc. 24.31 (74) d 13/74

= K. 9. 31

COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSÉ SANCHO RAYON Y D FRANCISCO DE ZABALBURU.

TOMO LXXIV.

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1880

LOS SUCESOS

DE

FLANDES Y FRANCIA

DEL TIEMPO DE ALEJANDRO FARNESE

POR

EL CAPITAN ALONSO VAZQUEZ,

SARGENTO MAYOR DE LA MILICIA DE JAEN Y SU DISTRITO,

ESCRITO EN DIEZ Y SEIS LIBROS.

III

Biblioteca Nacional, sala de Ms. I. 132.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1591.

SUMARIO.

Gastos que el Rey católico hacia para conservar la religion católica.—Orden que el Rey católico dió á D. Diego de Ibarra.—D. Diego de Ibarra llega á Flandes á dar cuenta á Alexandro de su embajada.—El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga desvia las órdenes del duque de Umena por conservar la gente de su tercio.—El capitan Juan de Zornoza y Guisasa entra con un convoy en París, por órden del duque de Umena.—Famosa escaramuza en que los españoles defienden que el Bearnés no gane los burgos de París.—Causas que hubo para poner en París un presidio de gente del Rey católico.—Sospechas de franceses.—Las villas de Corbél y Melun recupera Jatillon, Capitan del Bearnés.—Guarnicion que el duque de Umena pone en París de soldados del Rey católico.—El duque de Umena ofreció sustentar el presidio de París y no lo hizo.—Ríndese la villa de Cursi.—Los españoles ganan la villa de Nela.—Facciones del duque de Umena en la provincia de Picardía.—El duque de Umena envia á Flandes con despachos para Alexandro.—Respuesta de Alexandro á D. Diego de Ibarra.—Lo que resolvieron D. Diego de Ibarra, Juan Bautista de Tassis, el Presidente y los demas sobre la guerra de Francia.—Instancia que hace con Alexandro el conde de Brisac para el socorro de la gente.—Respuesta que dió Alexandro al conde Brisac, con acuerdo de D. Diego de Ibarra y de Tassis.—Lo que se resolvió con el conde de Brisac tocante al socorro que pedia para Francia.—Dásele á Brisac por escrito la respuesta que llevó de Alexandro al duque de Umena.—Quejas del conde Brisac y satisfaccion que se le da.—Ahorros que D. Diego de Ibarra hizo en Francia á la hacienda del Rey, nuestro señor.—Socorro de ingleses que llega al Bearnés.—El Bearnés procura necesitar de bastimentos á París.—El Bearnés sobre Xatres.—Socorro que envia el duque de Umena á Xatres.—Descuido del duque de Umena en el socorro de Xatres.—Temor del vizconde de Tavanes.—El duque de Umena pone sitio á Fertémilon y la gana.—Sitio de la villa de Jateo Tiri.—El Bearnés aprieta y bate á Xatres.—Ríndese la villa de Xatres al Bearnés.—Pactos que el Bearnés concedió á los de Xatres.—Causas que hubo para apretar el sitio de Jateo Tiri.—No procedió el duque de Umena como soldado en el sitio Jateo Tiri.—Ganan los españoles los burgos de Jateo Tiri.—D. Antonio de Zúñiga da órden para conservar los puestos que se habian ganado.—Quejas que da el Maestre de campo D. Antonio de Zúziga al de Umena.—Respuesta del duque de Umena al Maestre de campo D. Antonio

de Zúñiga.—El conde de Baras compone las diferencias que tuvieron D. Antonio de Zúñiga y el duque de Umena.—Los capitanes Juan Ramirez de Arellano, Andrés de Castro y Gilberto Perez marchan y asaltan las trincheas de los enemigos, y ganan los burgos.—Apriétase el sitio de Jateo Tiri.—Trincheas abiertas y plantada el artillería en Jateo Tiri.—Batería de Jateo Tiri que hacen los enemigos desde el castillo.—Muerte de once artilleros.—El duque de Umena determina dejar el sitio de Jateo Tiri, y no lo consiente el Maestre de campo Zúñiga, y por qué causas.—Los Capitanes del ejército español ofrecen sus joyas porque se continúe el sitio de Jateo Tiri.—Lleva Jorge Basta artillería y municiones para continuar el sitio.—Las personas que reconocieron la batería.—Orden que da el Maestre de campo Zúñiga para ganar la muralla.—Los enemigos ponen fuego al convento de San Francisco.—Suceso extraño.—Salida que hacen los enemigos de Jateo Tiri y resistencia de los españoles.—Asalto que dan los españoles á Jateo Tiri.—Valor de Sancho de Tuesta.—Los españoles entran en Jateo Tiri por fuerza de armas.—Valor del alférez Juan de Ribera Zambrana.—Calidad y partes del alférez Juan de Ribera Zambrana.—Retíranse al castillo los franceses enemigos.—Los españoles que hirieron y se señalaron.—Saco de Jateo Tiri, desórdenes que en él hubo.—El dia que se ganó Jateo Tiri.—Ríndese el castillo de Jateo Tiri, y con qué pactos.—El duque de Umena agradece al Maestre de campo Zúñiga la presa de Jateo Tiri.—Desamparan al duque de Umena sus franceses.—No tienen efecto las levas de gente del duque de Umena.—El duque de Umena envia á Flandes al conde de San Pol á dar cuenta á Alexandro de la pérdida de Xatres.—Gastos que el Rey católico tenia con el duque de Umena y otros señores de la Liga de Francia.—Alexandro remite á D. Diego de Ibarra y á Juan Bautista de Tassis la respuesta que se le dió al conde San Pol.—El conde Mauricio se da priesa á juntar sus fuerzas.—La reina de Inglaterra ayuda al Bearnés y á otros herejes.—El Bearnés va á la villa de Mezt, en Lorena, á recibir los socorros de Alemania.—Ayudas que dan los potentados de Itallia al Bearnés.—Ejércitos que el Rey católico tenia en algunos provincias de Francia.—Alexandro ordena á Don Diego de Ibarra vaya á Francia á tratar con el duque de Umena los negocios que tenia á cargo.—D. Diego de Ibarra da priesa á su despacho para entrar en Francia.—La persona de D. Diego de Ibarra es muy necesaria para el buen expediente de los negocios de Flandes y de Francia.—Proposicion de D. Diego de Ibarra á Alexandro.—Ayudas del Pontífice para la guerra de Francia, y nombra por su General á su sobrino el duque de Montemarchano.—Misa que dice el Pontífice, y bendice en ella los estandartes que lleva á Francia el duque Montemarchano.—Por intercesion de D. Diego de Ibarra da Alexandro el gobierno de la gente del Rey católico, que estaba en Francia, á Antonio de Leiva, príncipe de Asculi.—Facciones del conde Mauricio.—Protesto que hacen á Alexandro los potentados de Alemania y el Emperador.—Alexandro remite al parecer de D. Diego de Ibarra y demas Consejeros la respuesta del Emperador.—D. Diego de Ibarra y los demas Ministros del Rey católico son de parecer restituyan al emperador de Alemania las plazas que Alexandro habia ganado, reservándose dos para el paso de Frisa.—Socorro de dineros que Alexandro envia á Francisco Verdugo.—Orden que Francisco Verdugo da al gobernador de Zutfent para defenderla.—Francisco Verdugo da en Deventer las órdenes necesarias para defenderla.—El conde Mauricio, va con su ejército la vuelta de Zutfent.—Goza el conde Mauricio de la ocasion, y gana el fuerte que llaman de Zutfent.—Buen ardid de guerra.—Sitia el conde Mauricio á la villa de Zutfent.—Ríndese la villa de Zutfent al conde Mauricio.—Alexandro se previene para socorrer la villa de Zutfent.—Instancia que hace D. Diego de Ibarra á Alexandro para la conservacion de Flandes y socorros de Francia.—Marcha Alexandro

á Zutfent.—El capitan Pedro de Castro va, por órden de Alexandro, á hablar á los soldados alterados de Diste.—Obstinacion de los soldados amotinados.—Alexandro recoge la gente que habia de llevar á Francia, y va con ella á socorrer á Zutfent.—Los soldados católicos que rindieron á Zutfent se recogen á la villa de Deventer.—Sitio de Deventer por el conde Mauricio.—Batería de Deventer.—Hieren muy mal al conde Herman de Bergas.—Puente que manda hacer Mauricio para dar el asalto.—Defiéndense los sitiados de dentro y plántase el puente para asaltarlos.—Asalto á los sitiados.—Los soldados católicos que defienden á Deventer tratan de rendirse.—Ríndese la villa de Deventer.—Francisco Verdugo se va á ver con Alexandro.—Los émulos de Francisco Verdugo libran al capitan Loqueman que perdió á Zutfent.—Francisco Verdugo se vuelve á su gobierno.—Alexandro se vuelve á Brabante sin socorrer á Zutfent.—Patente que Alexandro dió al príncipe de Asculi de Gobernador del socorro que llevó á Francia.—Parte D. Diego de Ibarra de Flandes para Francia con el socorro de gente y dineros para el negocio que llevaba á cargo.—Vistas de D. Diego de Ibarra y el duque de Umena.—Diligencias y buenos servicios que hace D. Diego de Ibarra con los ministros del Rey católico para que se consiga su servicio.—De los gajes del Rey católico se sustentaba el duque de Umena y su familia.—Necesidades que representa á D. Diego de Ibarra el duque de Umena.—D. Diego satisface á las necesidades del duque de Umena.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para ahorrar la hacienda del Rey católico.—Buena advertencia de D. Diego de Ibarra.—Socorro no visto en la guerra que se daba á la guarnicion que el Rey católico tenia en París.—Sitio de la villa de Berbi.—Batería de Berbi.—Los que reconocen la batería de Berbi.—Los que dan el asalto á la villa de Berbi.—Daños que hacen los traveses á la batería de los españoles en Berbi.—Retíranse los españoles de la batería.—Mal órden de guerra.—Los que reconocieron el foso de Berbi.—Mal órden de Monsieur de Rona.—Múdase la batería de Berbi.—Abrense nuevas trincheas en Berbi.—Ríndese Berbi.—Los españoles heridos y muertos que hubo en el asalto de Berbi.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para conseguir las negociaciones que tenia á cargo.—Diferencias del vizconde de Tavanes con Monsieur de Villers.—El duque de Umena va á Roam á conformar los diferencias.—Emboscada del Bearnés para prender al duque de Umena.—D. Diego de Ibarra encarga al duque de Umena conserve la gente del Rey católico.—Respuesta del duque de Umena.—Murmuracion de los émulos de Alexandro.—Satisfaccion de Alexandro al Pontífice del cargo que sus émulos le hacian sobre la entrada de Francia.—Lo que D. Diego de Ibarra escribió á Alexandro para deshacer las murmuraciones de sus émulos.—Llega á Flandes el Maestre de campo Don Alonso de Idiaquez con los despachos que esperaba Alexandro.—Provisiones de dinero del Rey católico para las guerras de Flandes y Francia.—Más provisiones de dinero.—Número de los españoles que habian quedado en Francia á órden del de Umena y de los italianos y demas naciones.—Faccion de Monsieur de Rona con la gente del Rey católico.—El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga procura conservar su gente con mucho cuidado.—Llega á Francia el príncipe de Asculi con seis mil valones de socorro.—Batería y asalto del castillo de Aumont.—Ríndese el castillo de Aumont.—Vestidos y socorro que se da á los soldados del Rey católico.—El Bearnés va con su ejército sobre Noyon.—El ejército español va á dar calor á la villa de Noyon.—Queda herido, roto y desbaratado el vizconde de Tavanes y en prision.—Inciertos avisos en el ejército español por falta de espías verdaderas.—Cuidado y solicitud de D. Diego de Ibarra.—Obstinacion de los soldados alterados del tercio de Manuel de Vega.—El Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva va por órden de Alexandro á reducir á los alterados de Diste.—Diligencias de Alexandro para juntar la gente.—Satisfacciones de Ale-

xandro á las murmuraciones y cargos que sus émulos le hacian.—Orden que Alexandro envió al príncipe de Asculi.—Necesidades y trabajos que pasaron en Francia los soldados del Rey católico.—Sólo el Rey católico sustentó la guerra de Francia —Francisco Verdugo procura recuperar las plazas que se habian perdido en Frisa.—El conde Guillermo de Nasao va con el ejército rebelde á poner sitio á Groeninghen.—Francisco Verdugo y el conde Federico entran en Groeninghen, y al mismo tiempo le pone sitio el rebelde.—El conde Federico escaramuza con el ejército rebelde.—Francisco Verdugo hace batir el escuadron rebelde y le hace retirar.—Francisco Verdugo pide socorro á Alexandro.—Buena consideracion de soldado.—Buen consejo de Francisco Verdugo.—Gran asistencia de Francisco Verdugo.—El capitan Alonso Mendo rompe á los rebeldes y se retira á Groeninghen.—Los condes Mauricio y Guillermo de Nasao retiran su ejército del sitio de Groeninghen.—Una de las causas porque los de Groeninghen querian mal á Francisco Verdugo.—El conde Mauricio sitia el fuerte del Tassis y se le rinde sin batirle.—El conde Mauricio campea con su ejército y hace algunas facciones.—Alexandro recoge sus fuerzas, va á sitiar el fuerte del Esquenque.—Socorro que entra en el fuerte del Esquenque sin poderlo estorbar los españoles.—Escaramuza entre españoles y rebeldes muy trabada.—Apriétase el sitio del fuerte del Esquenque con trincheas.—Zápase la muralla del foso del fuerte del Esquenque, y los rebeldes lo resisten y matan los zapadores.—Manda Alexandro retirar el artillería y su ejército —Muerte del conde Otavio de Mansfelt.—Causas que tuvo Alexandro para retirarse del sitio.—El conde Mauricio va con su ejército á socorrer el fuerte del Esquenque.—Envia Alexandro á reconocer el ejército del conde Mauricio.—Los Capitanes católicos rompen los rebeldes, pero son resistidos y los vuelven á vencer.—Número de los muertos y heridos en la rota de la caballería católica, y pérdida de tres estandartes.—Vistas de Alexandro y el coronel Francisco Verdugo con el conde Herman de Bergas en Nimega.—Ordenes que da Alexandro al conde Herman y á Francisco Verdugo.—Alexandro parte de Nimega á Bruselas.—Por qué causas no guarda Francisco Verdugo las órdenes de Alexandro.—Francisco Verdugo ejecuta las órdenes de Alexandro.—Número del artillería y municiones que el conde Maurico tenia en su ejército.—No quieren los soldados alterados admitir los Oficiales de sueldo.—Por la obstinacion destos alterados no se consigue el servicio del Rey, nuestro señor.—Instancia que hace Monsieur de San Pol á Alexandro para que le dé socorro.—Oficios que hace D. Diego de Ibarra por órden de Alexandro con Monsieur de San Pol y otros.—La villa de París pide le doblen la guarnicion del ejército español.—Los católicos de París instan con D. Diego de Ibarra procure la eleccion de un Rey católico.—Juan Bautista de Tassis hace dejacion del oficio de Veedor general.—D. Diego de Ibarra se escusa con Alexandro para no aceptar el oficio de Veedor general.—Asistencia, trabajos y ocupaciones de D. Diego de Ibarra.—El duque de Umena envia órden al príncipe de Asculi marche con el ejército español al socorro de Noyon.—El duque de Umena da paso á los esguizaros del Bearnés con juramento de no volver á servirle.—El príncipe de Asculi marcha con el ejército español la vuelta de Han.—No es de parecer el duque de Umena socorrer sin el ejército español la villa de Noyon, y se ofrece hacerlo como soldado contra la infantería española.—No son de parecer los ministros del Rey católico aventurar las pocas fuerzas que tienen en socorrer á Noyon.—Por complacer el duque de Umena á algunos señores que le seguian quiere aventurar las fuerzas del Rey católico.—La villa de Noyon se rinde al Bearnés y con qué pactos.—Instancia que hace el duque de Umena con los ministros del Rey católico para pelear con el Bearnés.—Causas que habia para no entrar Alexandro en Francia.—Inciertas nuevas y voces mal entendidas para alterar los ánimos del vulgo

que pasaban en Francia.—Agradecimiento de D. Diego de Ibarra al duque de Umena.—Las provincias que tenian á cargo los señores de la Liga de Francia.—La nobleza de Francia obedece mal al duque de Umena.—Divisiones entre los señores de la Liga de Francia.—Causas que hacian al duque de Umena andar sospechoso.—Oficios de parte del Bearnés para persuadir al duque de Umena.—Congregacion que publica el Bearnés, y para qué efecto.—Socorros y fuerzas que junta el Bearnés.—Diligencias que hizo Madama de Guisa para sacar de la prision al Duque, su hijo, y las de su tio el duque de Umena.—Necesidades del presidio de París y socorros de D. Diego de Ibarra.—Libertad del duque de Guisa.—Mercedes y gajes del Rey católico al duque de Umena.—Junta de los Estados en la villa de Rens.—Negociaciones de D. Diego de Ibarra con el duque de Umena.—Esperanzas que el duque de Umena tuvo á la corona de Francia.—D. Diego de Ibarra da aviso al Rey católico de lo que tiene á su cargo.—Fuerzas que se le juntan al Bearnés.—Nuevas y voz que corria en Francia.—Desórdenes que hacian los soldados del ejército español.—El Rey católico aprueba los advertimientos de D. Diego de Ibarra.—Pretensiones del cardenal de Brandoma.—Prevenciones y designios del Bearnés.—Socorros que el príncipe de Asculi y el de Umena envian á Roam.—El príncipe de Asculi marcha con el ejército español y se entra en la villa de Rens en Jampaña.—El duque de Umena va á recibir al de Montemarchano con D. Diego de Ibarra.—Orden que dió Alexandro á los tercios españoles que iban de Italia á Flandes.—Número del socorro que llevó á Francia el duque de Montemarchano.—Número de la gente que llevaban los tercios de españoles.—Los duques de Longavila y Niversa con los socorros del Bearnés.—Manda Alexandro se junten las coronelías de alemanes de bisoños con el ejército español.—Sitio de la villa de Hulst en el país de Vas, y socorro de Alexandro.—Va con embajada á Alexandro el marqués de Malaespina á Flandes.—Cuidado y socorros de Don Diego de Ibarra.—El ejército del Pontífice y el del Rey, nuestro señor, se retiró á Verdum.—La caballería del Bearnés carga sobre una compañía de franceses católicos.—Número de la caballería católica.—Retírase el Bearnés y desmantela el castillo de Montefalcon.—Faccion de Monsieur de Villers.—Consejo que tuvieron los duques de Lorena, Umena y Montemarchano.—Parecer que dió D. Diego de Ibarra á los Duques.—Monsieur de la Nua va á Bretaña á socorrer al príncipe Dombres.—Muerte de Monsieur de la Nua, á quien los españoles llamaron brazo de hierro.—Partes de Monsieur de la Nua.—Descúbrese un trato en la villa de París.—Vuelta á Francia del marqués de Malaespina y esperanzas que da de la venida de Alexandro.—Los alterados de Diste socorren á la villa de Hulst y rompen los rebeldes y les queman sus navíos.—El castillo de Aumont se rinde al Bearnés por batería.—Deshácense las fuerzas del Rey católico en Francia, y por qué causas.—Los soldados del Pontífice fueron siempre bien asistidos.—Fuerzas que tenia el Bearnés.—Advertencias de D. Diego de Ibarra al Rey católico.—El mariscal Biron ganó la villa de Gornay.—El Bearnés va con su ejército á la villa de Roam.—El ejército español parte de Verdun la vuelta de Massieres.—La villa de Berbi se rinde al Bearnés.—Gana el Bearnés por escalada la villa de Roam.—El pueblo de París se altera por haber ahorcado al presidente Brizon y á otros tres Consejeros.—El conde Mauricio marcha con su ejército con esperanzas de ganar á la villa de Nimega.—Francisco Verdugo va á Nimega á estorbar no la gane el conde Mauricio.—Diligencias de Francisco Verdugo para conservar á Nimega.—Francisco Verdugo va á desmantelar á Midelver.—Necesidades que pasaban los soldados del ejército de Francisco Verdugo.—Va Francisco Verdugo con dos mil hombres de su ejército á dar calor á la villa de Nimega para que el conde Mauricio no se apodere de ella.—El conde Mauricio con todo su ejército está junto á Nimega.—Deslealtad de los burgueses de Nimega y gran inobediencia

que tuvieron á su Gobernador.—Francisco Verdugo va á asegurar la villa de Grave porque se queria entregar á Mauricio.—Diligencias de Francisco Verdugo para asegurar la villa de Grave.—Deslealtad y mala respuesta que dan á Francisco Verdugo.—Solicitud y buena resolucion de Francisco Verdugo.—Los burgueses de Nimega echan fuera á su Gobernador y se la entregan á Mauricio.—Sentia Alexandro que se perdiesen las plazas que él habia ganado.—Sentimiento y enfermedad de Monsieur de Guileyn por haber perdido á Nimega.—Los soldados católicos que presidiaban á Nimega llegan á Grave y se alojan con los de Francisco Verdugo.—Poca prevencion que habia en la villa de Grave para defenderla.—Orden que dió Francisco Verdugo á Mateo del Castillo.—Francisco Verdugo deja á Grave bien reparada y se va con su ejército y le divide por órden de Alexandro para la jornada de Francia.—Alteracion de alemanes.—Soldados bisoños destruyen el país de Linghen y otros.—Causas que da Francisco Verdugo al duque Mauricio de Saja para no alojar su regimiento, y las que hubo para deshacerse siendo conveniente conservarlo.—D. Sancho Martinez de Leiva iba sacando fruto del trabajo que tenia en reducir los soldados alterados.—Dificultades que se ofrecian en no hallar dineros para dar satisfaccion á los alterados de Diste.—Alexandro procura desembarazarse de las cosas de Flandes para entrar en Francia.—Órdenes que dió Alexandro para la entrada en Francia.—Malos oficios que hacia Deportes, agente del duque de Umena, en los negocios y personas con quien trataba.—Buena correspondencia de Don Diego de Ibarra con Alexandro.—Oficios que hacia D. Diego de Ibarra por órden de Alexandro.—Alexandro da órden marche el ejército que tenia en Francia á la frontera de Flandes para recibir al que habia de entrar con su persona.—Sentimiento de Alexandro por la enfermedad del Pontífice.—Respuesta de D. Diego de Ibarra á Alexandro.—Socorro que el príncipe de Asculi dió á su gente en tiempo de necesidad.—Lo que Alexandro escribió á D. Diego de Ibarra para sustentar su ejército.—D. Diego de Ibarra procuraba se diese satisfaccion á los ejércitos del Rey católico, y el trabajo que en ello ponia.—Advertimientos de D. Diego de Ibarra.—Las necesidades del pueblo de París iban creciendo.—Lo que montaba el sueldo cada mes de la guarnicion que el Rey católico tenia en París, y el número de los soldados de la villa.—D. Diego de Ibarra solicitador de los soldados del Rey, nuestro señor.—Parecer de Monsieur de Rona.—Los duques de Umena y de Montemarchano y los Nuncios de Su Santidad aprietan á Don Diego de Ibarra les diga la intencion de Alexandro.—Buenas consideraciones de D. Diego de Ibarra.—Confusion y cuidados de D. Diego de Ibarra.—Lo que D. Diego de Ibarra escribió á Alexandro.—Muerte de Inocencio, Sumo Pontífice.—Buenos oficios que siempre hacia D. Diego de Ibarra.—Franceses amigos de novedades.—Pérdidas del Rey católico por asistir á los católicos franceses.—El Bearnés mueve su ejército para tentar los ánimos de sus enemigos.—Alexandro apresura su entrada en Francia.—Lo que D. Diego de Ibarra escribió á Alexandro.—Lo que ofrecen los Nuncios del Pontífice y los buenos oficios que hacen.—El príncipe de Asculi sale con la gente de su cargo de los burgos de Rens.—Las grandezas de la villa de Rens.—Clovis, primer Rey cristiano que hubo en Francia.—Armas de los Reyes de Francia.—Milagro del óleo con que ungen los reyes de Francia.—Luna maravillosa.—Muerte del Capitan y Sargento mayor Itúrbeda.—Alojamiento que tuvieron los dos tercios.—Salvaguardia que habia en el castillo de Crey.—Lo que sucedió á seis soldados españoles.—De dónde eran y los nombres de los seis españoles á quien sucedió un caso notable.—Los españoles del príncipe de Asculi y de D. Rodrigo de Toledo se juntan con el duque de Umena.—Causas que tuvo Alexandro para no entrar en Francia á tiempo como deseaba.—Deshace Alexandro las calumnias de sus émulos.—Manda Alexandro hacer bastimentos

para el ejército de Francia.—Siente mucho el duque de Umena no quiera guardar sus órdenes D. Rodrigo de Toledo.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para componer al duque de Umena con D. Rodrigo de Toledo.—El duque de Umena escribe á Alexandro sobre esto.—El príncipe de Asculi pretende esté á su órden D. Rodrigo de Toledo.—Consideraciones de Alexandro en las pretensiones del duque de Umena y del príncipe de Asculi y D. Rodrigo de Toledo sobre la precedencia.—Justo sentimiento del Maestre de campo D. Luis de Velasco.—Remite Alexandro á D. Diego de Ibarra el componer las competencias destos Señores.—El duque de Umena intenta ganar algunas plazas.—El Bearnés marcha con su ejército la vuelta de Normandía.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para la entrada de Alexandro en Francia.—Necesidades del ejército español y diligencias de D. Diego de Ibarra.—Nuevas de la entrada de Alexandro en Francia, y contento de los católicos de aquel Reyno.—Marcha el duque de Umena con su ejército á recibir á Alexandro la vuelta de Landressi.—Don Diego de Ibarra solicita los socorros de los soldados del Rey católico que estaban de guarnicion en París.—Buen parecer de D. Diego de Ibarra.—Avisos de Alexandro al duque de Umena.—Juntas y consejos secretos de franceses y cuidado de D. Diego de Ibarra.—Nombres de los de la junta.—D. Diego de Ibarra entra en una junta de los franceses contra su voluntad, y avisa della á Alexandro.—Alexandro envia con embajada al teniente Felipe de Soria á el duque de Umena sobre su entrada en Francia.—La Bolsa de Amberes es una lonja y lugar deputado donde los hombres de negocios tratan y granjean.—Lo que Alexandro escribe á D. Diego de Ibarra.—Lo que Alexandro escribió al duque de Montemarchano.—Cuidado de D. Diego de Ibarra en los negocios de la Liga de Francia.—Aparatos y prevenciones de Alexandro para su entrada en Francia.—Aviso de la eleccion del Pontífice y en quién.—Lo que Alexandro advierte á D. Diego de Ibarra.—Alexandro procura conservar las fronteras de Flandes y que los ejércitos no destruyan sus campañas.—Lo que habian resuelto el duque de Umena y sus consejeros sobre la entrada de Alexandro en Francia.—Buenas consideraciones de Don Diego de Ibarra.—El nuevo Pontífice desea continuar en los socorros de la Liga de Francia.—Socorros del Pontífice.—Dificultades que hallaba el Gobernador de Roam para defenderla.—Buen parecer de D. Diego de Ibarra.—Diligencias de D. Diegó de Ibarra.—Monsieur de Rona va á Flandes y D. Diego de Ibarra le favorece con Alexandro.—Apio Conde reconoce la villa de Berbi.—Escaramuza con los de Berbi y herida de Apio Conde.—Felipe de Soria vuelve á Flandes.—Malos oficios de Monsieur de Brisac.—Razones de Don Diego de Ibarra á Monsieur de Jatre.—Intento del duque de Guisa.—Intento de los esguizaros del Pontífice.—Instancia de D. Diego de Ibarra.—Alexandro parte de Bruselas y llega á Valencienes.—Artificios de Madame de Velani.—Revoluciones de París.—Muerte del presidente Brizon.—Lo que escribió el duque de Umena al príncipe de Asculi.—Negociaciones de los católicos de Francia y pretension del Pontífice.—Vuelta de Monsieur de Rona de Flandes á Francia.—Negociaciones de D. Diego de Ibarra.—Necesidades del ejército español y solicitud de D. Diego de Ibarra.—Enferma la infantería bisoña que llevó de Italia D. Rodrido de Toledo, y D. Diego de Ibarra trata del remedio.—Número de la gente que Alexandro llevó segunda vez á Francia.—Coroneles dignos de muy gran castigo.—Causas porque Alexandro no entró en Francia con más fuerzas.—Muerte del presidente Brizon, y por qué causa.—Gallarda resolucion de D. Diego de Ibarra, y aviso que da á Alexandro.—Partes de Monsieur de Rona.—Merced que Alexandro hizo á Monsieur de Rona.—Priesa y órdenes que da Alexandro para entrar en Francia.—Los Embajadores del Imperio llegan á Lieje y Alexandro va á verse con ellos.—Pertrechos y municiones que Alexandro envió á Francia.—D. Diego

de Ibarra en París con el duque de Umena.—Respuesta de D. Diego de Ibarra al de Umena.—No aprovechan con el duque de Umena los buenos consejos de D. Diego de Ibarra.—Respuesta de los Capitanes al duque de Umena y de D. Diego de Ibarra.—Lo que el castellano de la Bastilla respondió al duque de Umena.—No se persuade el duque de Umena á las buenas razones de D. Diego de Ibarra.—Los católicos de París desean hacer rey de Francia al católico de España, y D. Diego de Ibarra se lo agradece.—El castellano de la Bastilla da la obediencia al duque de Umena y le perdona por medio de D. Diego de Ibarra.—Sitio dela villa de Roam y salidas que hizo Monsieur de Villers al ejército del Bearnés.—Don Diego Brochero justifica su resolucion.—Mala resolucion de no querer socorrer á Roam.—Ocasion que perdió el Bearnés de no ganar á Roam.—El duque de Montemarchano y otros émulos de Alexandro le hacen malos oficios con el Pontífice.—El cardenal Don Duarte en Roma altera la voz del pueblo, y diligencias del duque de Sesa.—Parte Alexandro á Bruselas á verse con los embajadores de Alemania.—Alexandro envia á Francia á Monsieur de la Mota á ver la parte donde se habia de juntar el artillería y pertrechos della.—Lo que Alexandro respondió á D. Diego de Ibarra sobre los sucesos de París—Lo que desvelaba y traía cuidadoso al duque de Umena.—Lo que Monsieur de Bolin dijo á D. Diego de Ibarra de parte del duque de Umena.—Respuesta de D. Diego de Ibarra al duque de Umena.—Buenos pareceres que D. Diego de Ibarra dió al duque de Umena.—Causas que movieron á D. Diego de Ibarra á hablar por escrito al duque de Umena.—Pone el duque de Umena en París gente de guerra en escuadron y para qué efecto.—Crueldad de Monsieur de Vetri y desórden de sus soldados.—Lo que pasaba en París contra católicos por órden del duque de Umena.—Justicia contra católicos por permision del duque de Umena.—Buena consideracion de D. Diego de Ibarra.—Satisfaccion que el duque de Umena dió á D. Diego de Ibarra.—Opresion de católicos y libertad de herejes.—Designios del duque de Umena.—El duque de Umena y la nobleza católica de Francia no hacian la guerra al Bearnés por el servicio de Dios, sino por sus particulares intereses y pretensiones.—De la mucha importancia que fueran las fuerzas españolas en Francia para conseguir el intento del Rey católico.—El duque de Umena y D. Diego de Ibarra parten de París á recibir á Alexandro.—Alexandro entra con su ejército en Francia por la villa de Guisa.—Union entre los duques de Lorena, Guisa y Umena para la pretension de la corona de Francia.—No quiere el duque de Guisa firmar el juramento del acuerdo que hizo con los duques de Lorena, Umena, sin licencia de su madre.—El Bearnés aprieta el sitio de Roam.—Manda Alexandro poner cuatrocientos soldados de guarnicion en la villa de la Fera.—Negociaciones de D. Diego de Ibarra.—D. Diego de Ibarra se ve con Alexandro en Landresi y lo que trataron.—Buenos deseos de D. Diego de Ibarra.—El duque de Montemarchano avisa á Alexandro la órden que tiene del Pontífice, y lo que le respondió.—Buenos oficios de D. Diego de Ibarra.—Lo que el Rey católico escribió á D. Diego de Ibarra y á Juan Bautista de Tassis.—El Rey católico elije al duque de Feria para tratar los negocios de la Liga de Francia.—El presidente Janin no cumple con sus obligaciones.—Buenas consideraciones de D. Diego de Ibarra.—Vistas de Alexandro y el duque de Umena en Francia, y lo que trataron.—Pretension del Rey católico para la Serenísima Infanta de España, su hija, y lo que respondió el presidente Janin.—Gastos del Rey católico.—Lo que D. Diego de Ibarra y el presidente Richardote trataron con Janin.—Respuesta del presidente Janin á D. Diego de Ibarra y Richardote.—Dificultades que puso el duque de Umena en lo que se trató en una junta que tuvo con Alexandro y lo que le respondió.—Príncipes de la casa de Lorena.—Alexandro representa al duque de Umena y á otros Príncipes las obligaciones que tenian al Rey, su tio, y lo que le respondieron.—El duque de Umena quejoso y bien pagado de la hacienda del

Rey católico.—Sospechas del duque de Umena.—Poca conformidad entre el duque de Umena y el de Guisa, su sobrino, y buenos oficios de D. Diego de Ibarra.—Socorros que manda Alexandro dar al duque de Guisa.

Deseaba mucho el Rey católico, para atajar las calamidades y trabajos de Francia que en ella se estableciese uno que fuese cristianísimo y á satisfaccion del Reino, demás que las acciones que la señora Infanta Doña Isabel, su hija, tenia á aquella Corona, sólo pretendia se declarase á quien más justamente le perteneciese, pues con esto se daban fin á aquellas reñidas guerras y á los muchos y excesivos gastos que sin provecho tenia en Francia, no sólo sustentando sus ejércitos (que esto era forzoso), mas tambien á los de la Union católica, que con tantos sueldos y ayudas de costa entretenia, no obstante que por acudir á esto dejaba á los Estados de Flandes, que eran su único patrimonio, á riesgo de perderse, de donde se le seguia tanto daño, y no ménos el dar ocasion á Isabel de Inglaterra, á los protestantes de Alemania y á otros aliados para que le hiciesen la guerra más vivamente; y porque estos y otros inconvenientes que cada dia se ofrecian, cesaban con la eleccion de un Rey, se instaba tanto en ello para que tuviese efecto y se atropellasen las muchas dificultades que se ofrecian, y que en todo se consiguiese la voluntad del Rey, nuestro señor, convenia quien representase en Francia su misma y real persona, y que ésta fuese de las partes y cualidades necesarias para disponer negocios de tanta importancia; y porque el comendador D. Juan Moreo que las trataba era muerto, y D. Bernardino de Mendoza, ausente, que tambien las habia tenido á cargo, y lo mismo Alexandro, que por sus ausencias y muchas ocupaciones no podia instar tanto en estas negociaciones como quien por embajada y comision particular lo hiciese, fué necesario elegir una persona tal como la de D. Diego de Ibarra, por concurrir en ella las partes que he referido con otras muchas de valor, celo, rectitud y limpieza que le acompañaban. Este caballero es hoy comendador de Villahermosa, del hábito de Santiago, y del Consejo Supremo de la Guerra del Rey católico, digno de otros muchos y más preeminentes cargos. Hallábase en la

corte de España el año pasado de 1590 á negocios particulares del servicio de S. M., tocantes al reino de Sicilia, donde sirvió de Veedor general; y en este medio era cuando se le ordenó fuese á Francia á encargarse de la gravedad y peso tan importante de los negocios que he apuntado, con no más sueldo que de Embajador ordinario y Cédula particular de Consejero de Guerra de Alexandro en los Estados de Flandes y reino de Francia. Ordenósele tambien que de camino visitase en Saboya á la señora Infanta Doña Catalina y tratase con S. A. algunas cosas particulares del servicio del Rey, su padre, y que lo mismo hiciese en llegando á Lorena con el Duque, y le diese el pésame de la muerte de su madre, y que asimismo se detuviese en Flandes el tiempo que le pareciese convenia para tratar con Alexandro los negocios que el Rey, nuestro señor, le habia encargado, y supiese del de D. Bernardino de Mendoza, que aún se estaba en la villa de Mons en Henaut, de camino para España, el estado de las cosas de Francia, para que, haciéndose capaz dellas, pudiese mejor disponerlas y tratarlas de suerte que en todo se consiguiese la voluntad del Rey católico. Don Diego hizo en Saboya y Lorena con grandísima puntualidad y cortesía lo que se le habia mandado, y lo mismo en Flandes, donde llegó á la villa de Bruselas á 20 de Enero deste año, y habiéndose visto con Alexandro y recibídole con sumo contentamiento, le dió la carta que le llevaba del Rey, su tio, y muy particular cuenta de toda su comision. Llegó D. Diego en tan buena coyuntura para Alexandro que ninguna otra persona pudiera ir á aquellos Estados con quien más gusto tuviera, porque deseaba tenerla tal cual convenia para ayudarle á disponer negocios tan graves como tenia entre manos, y D. Diego de Ibarra, con su discreccion y experiencia, supo tambien aliviárselos á que siempre se le mostró agradecido.

Hallábase el Bearnés en este tiempo con pocas fuerzas, y esas divididas; y pareciéndole al duque de Umena que con la gente del ejército español que le habia quedado pudiera hacer algunas facciones, instaba siempre con el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga para poner en ejecucion las que se le

ofrecian; y conociendo que algunas no eran de ninguna consideracion se las rechazaba con mucha cortesía, fundándose siempre en muy buena razon de guerra, pareciéndole que importaba más conservar aquella gente para empresas de más importancia que no aventurarla en ganar bicocas y otras plazas inútiles, que se volvian luégo á entregar al Bearnés; y porque en este medio se entendió queria con inteligencias que tenia arrimarse á la villa de París y ganarla de improviso ó volverla á sitiar, como se tuvo entendido, dió órden el duque de Umena que se llevasen algunos bastimentos, y para convoyarlos hasta París salieron del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga trescientos españoles á cargo del capitan Juan de Zornoza y Guisasa, que lo era de arcabuceros y muy valiente y gallardo soldado; y del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez fueron cuatrocientos infantes, y por cabo dellos el capitan Simon de Itúrbeda, su Sargento mayor, no ménos esforzado, y fueron á convoyar hasta la Fertémilon trescientos carros cargados de bastimentos y de municiones, y llegaron con ellos á París á tan buen tiempo, que á tardarse, no fuera posible entrar, porque otro dia siguiente llegó el Bearnés con muchas tropas de caballería y de infantería á querer ganar los burgos de aquella villa.

Salieron á él los setecientos españoles que habian llevado el convoy, y el tercio de los napolitanos de Pedro Gaetano que gobernaba el capitan D. Alejandro de Limonte, que habia ido con ellos, y la compañía de lanzas del capitan Rugero Gaetano, de nacion italiano y muy valiente caballero, y otra de arcabuceros franceses. Escaramuzaron animosamente; defienden que el Bearnés no se apoderase de los burgos de París, y porque supo, de un arcabucero de á caballo que prendieron, la gente con quien habia peleado, se retiró el Bearnés sin hacer otra faccion, pareciéndole que se habia descubierto su designio y que no podia ganar nada con los soldados del Rey católico, los cuales se retiraron tambien á sus alojamientos; y pareciéndole al duque de Umena era bien aprovecharse de un consejo que le habia dado Alexandro cuando

ganó la villa de Corbél, de que seria bien entrar en París alguna guarnicion del ejército español para que en cualquiera acontecimiento pudiesen dar calor á los católicos y resistir las alteraciones que en aquella villa podrian ofrecerse por las parcialidades que habia entre los vecinos (que no pocos hubo á devocion del Bearnés, con los cuales tenia siempre algunas inteligencias), y aunque para este efecto y otros que se podian ofrecer de las cosas de la guerra, y en particular para la guardia y defensa del embajador de España y de otros ministros del Rey, nuestro señor, que habian de asistir en París, era necesaria una buena guarnicion, no pudo Alexandro poner la que él quisiera, no tanto por la falta que á el ejército español le habia de hacer, como por las sospechas que los franceses tenian de que entrando guarnicion en sus plazas de la gente del Rey católico no se quedasen con ellas, y les estuviera mejor, pues se las habian de restituir, que no entregarlas á quien luégo las rendia al Bearnés, como esto se vió de allí á pocos dias que se acabó de abastecer á París, porque fué Monsieur de Jatillon sobre la villa de Corbél y la de Melun, y las recuperó el dia de San Martin del año pasado de 1590, sin que la guarnicion que habia le hiciese resistencia, por ser tan poca que no pudo tomar las armas; y habiéndole costado á Alexandro tanto trabajo el ganar la villa de Corbél, donde se derramó tanta sangre, si el duque de Umena se la dejara presidiar y poner en defensa como queria, no se perdiera con tanta facilidad, y no sólo estas plazas, pero de otras muchas que despues ganó el ejército español sucedió lo mismo.

Por no dar lugar Alexandro á las sospechas de los franceses, que siempre las fundaban en razon de Estado, atendiendo sólo al fin particular que llevaba el Rey, su tio, de socorrer y amparar á los católicos de Francia, no miraba á otros respetos ni á dar ocasion á que los franceses se les engendrasen más sospechas; y por estas y otras suficientes causas no hizo Alexandro mucha instancia en guarnecer á París con gente de su ejército, como se lo dijo al duque de Umena, el cual, viendo despues de la mucha importancia que era usar del consejo de

Alexandro y aprovecharse en esta ocasion de la que el tiempo le ofrecia, y ántes de retirarse á sus alojamientos los setécientos españoles que habian entrado el convoy en París, ordenó quedasen de guarnicion en ella poco más de doscientos soldados repartidos en dos compañías del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, que era la del capitan Alonso Mercado, y la de Estéban de Lagorseta, el cual quedó por Cabo de ambas. Era muy valiente y particular soldado y que en muchas ocasiones habia dado gran muestra de su persona. Murió este Capitan en Madrid, siendo ya Maestre de campo de la gente de guerra que estaba de guarnicion en el armada real del mar Océano, y el capitan D. Alejandro de Limonte, no ménos valiente, quedó por Cabo de cuatrocientos napolitanos, y fué tambien despues Maestre de campo del tercio dellos, así por sus muchas y buenas partes, como porque le habia gobernado algun tiempo cuando era de Cárlos Pinelo. Quedaron otros quinientos valones; y aunque estas tres tropas no eran suficientes para guarnecer un tan gran lugar como París, todavía fué de mucha importancia para dar ánimo y valor á los católicos de aquella villa, porque como eran opuestos á los herejes y otras personas que estaban á devocion del Bearnés, y con quien traia inteligencias, cualquiera ayuda que tuviesen les era muy importante. Ofreció el duque de Umena de entretener á esta guarnicion y socorrerla el tiempo que estuviese en París, pero no lo hizo, como otras cosas que habia prometido, y le costó al Rey, nuestro señor, mucho gasto el sustentar estos soldados, como á su tiempo escribiré.

No descansaron mucho en sus alojamientos los españoles que habian llevado el convoy á París, pues no hubieron bien llegado á ellos cuando dió órden el duque de Umena que, á la ligera, sin banderas ni bagajes, se desalojasen de los dos tercios de españoles de D. Antonio de Zúñiga y de D. Alonso de Idiaquez un buen número de soldados, y lo mismo de las demas naciones con toda la caballería, yendo con ellos D. Antonio de Zúñiga y el duque de Umena la vuelta de la villa de Cursi, con esperanzas de que el Gobernador della, que estaba

por el Bearnés, la habia de rendir (como lo hizo luégo que llegó el de Umena), el cual le mandó entrar guarnicion católica. Desde esta villa se fué á la de Nela, á la cual se le ganaron los burgos. Salieron los franceses enemigos á defenderlos y pelearon con los españoles con grandísima gallardía; pero valióles poco, porque cerraron con ellos algunas compañías del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga y los hicieron retirar hasta la villa, matando á muchos y degollando á otros, y luégo se rindieron temerosos de que si les abrian batería les habian de dar el asalto sin que ninguno quedase con vida. Presidióse esta villa con guarnicion católica, y quien se señaló y aventajó más que otros, habiendo peleado gallardamente, fué Martin Alonso de Frias, natural de Córdoba, Sargento que era de la compañía del capitan Hernando de Isla, del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga. El duque de Umena, con estas tropas fué ganando algunos castillos y otras plazas, aunque de importancia, no muy fuertes, en la provincia de Picardía, y sola una esperó se le abriese la batería. Retiróse esta gente á sus alojamientos, y de allí á pocos dias volvieron á salir con el duque de Umena que los hacia andar conformados á su inquieta condicion, pues habiendo entrado á invernar en aquellas plazas, fué lo mismo que si estuvieran campeando. Marcharon la vuelta de la villa de Lañi, la cual habia vuelto á recuperar el Bearnés, como otras muchas que se le entregaban. Plantósele el artillería, y en comenzándola á batir, se rindieron luégo, y el duque de Umena la mandó presidiar. Desde allí se fué sobre otros castillos y todos se ganaron, que por no haberse ofrecido cosa de importancia que escribir en estas facciones, voy de paso; y porque D. Antonio de Zúñiga hacia mucha instancia con el duque de Umena para que se conservase aquella gente hasta emplearla en ocasiones de mayor importancia, se volvieron á sus alojamientos, donde estuvieron hasta la primavera que salieron á campear.

El Bearnés andaba en este medio muy falido de gente y de dineros, y no se atrevia á campear ni á oponerse á las fuerzas del duque de Umena hasta que le llegase la gente que habia

dias se estaba levantando en Alemania; y viendo el duque de Umena que era buena ocasion para apretarle y acabar la guerra, envió á Flandes al conde de Brisac con despachos para Alexandro y carta de creencia. Llegó á la corte de Bruselas á 16 de Febrero deste año. Recibiéronle bien, y lo que particularmente propuso fué, cuán flaco y deshecho estaba de fuerzas el Bearnés, y estas divididas, porque demás de una buena parte de gente que llevaba consigo, las otras dos que estaban en Vernon y con Monsieur de Biron no eran de mucha importancia, y que lo serian de muy grande si en este medio Alexandro ayudaba al de Umena, pues se hallaba con seis mil infantes y mil y seiscientos caballos franceses, todos buenos y escogidos, y alguna artillería, y juntando con esta gente diez mil infantes y algunas tropas de caballería y veinte piezas de artillería, con sus aparejos, bastimentos y municiones, se podrian hacer en la provincia de Picardía muy grandes facciones y abrir el paso hasta París por aquella parte, y ganar en esta provincia á la villa de Compein, que era de mucha importancia. No le pareció mal á Alexandro lo que Monsieur de Brisac le habia propuesto, porque se conformaba con los avisos que por otras partes tenia de la poca gente y ménos fuerzas con que se hallaba el Bearnés, demás del útil que se seguia para conseguir la voluntad del Rey, su tio, y que con esto se le hacia muy gran servicio, porque teniendo el paso de Picardía abierto y seguro para las entradas de los socorros de Flandes, y cierta la comunicacion, era lo que se podia desear; y porque no convenia resolverse Alexandro en dar la respuesta á Brisac de lo que le habia propuesto sin mirar primero el modo como lo habia de hacer, pues la falta de dinero con que se hallaba, que era el principal instrumento para efectuar lo que deseaba, era grande, y lo mismo que Monsieur de Brisac pedia, le respondió que, pues la voluntad estaba dispuesta de ayudar á la Liga católica, le diese tiempo para resolver lo que podria hacer, pues estaba cierto que en lo que le habia tocado siempre puso de su parte y de la del Rey, su tio, todo lo que le fué posible.

Alexandro deseaba acertar en las cosas que tenia á su cargo

y que en todo se consiguiese la voluntad del Rey, su tio, y esto no podia ser si no era primero comunicándolo con quien con maduro consejo (porque siempre fué amigo dél) le dijese su parecer, el cual pidió á D. Diego de Ibarra, como á persona experimentada y tan bien entendida en cualquier materia, como quien de Francisco de Ibarra, su padre, que tambien fué del Consejo de Guerra del Rey católico, habiéndole ántes servido en otros cargos de no ménos importancia; habia heredado su buen término, prudencia, discrecion y cortesía, con la mayor que pudo, acompañada de alguna sumision, le respondió á Alexandro que todo lo que su Alteza, despues de haberlo bien considerado, resolviese lo tendria por más conveniente y acertado para el servicio del Rey, nuestro señor, como quien tanto lo debia mirar, pues lo tenia á su cargo; pero que le quedaba sólo una cosa que advertir, y era que las fuerzas que en Flandes tenia eran pocas para dividirlas, y que en la conservacion de aquellos Estados iba tanto y más que en otra cosa, y que no tenia por acertado fiarlas del duque de Umena, porque si no sabia valerse dellas las podria aventurar de manera que se viese todo cuanto tenia en las manos en peligro de perderse sin poderlo remediar; y para evitar este inconveniente, que lo era muy grande, no hallaba otro medio que ir su Alteza en persona á Francia, con que cesaba todo lo que se podia temer, y haciéndose así tendria por mejor conceder á Monsieur de Brisac lo que habia propuesto.

Alexandro respondió á D. Diego de Ibarra que siempre tuvo resuelto que en todo lo que se ofreciese se hallaria en persona, anteviendo este daño que le habia advertido, sin que jamás se le hubiese puesto por delante ningun inconveniente, peligro ni trabajos, donde se aventajase el servicio del Rey, su tio, y que para efectuarlo se le ofrecian dos grandes dificultades, que era la mucha falta de dinero y que no sabia de donde sacarlo, y tener muy poca gente para el número que era necesario, habiendo de quedar en Flandes la que fuese menester para resistir las fuerzas de los rebeldes que con tanto atrevimiento se oponian, y la que era forzosa para

entrar en Picardía; y para facilitar estos dos puntos ordenó á D. Diego de Ibarra que se juntase con Juan Bautista de Tassis, su Consejero de Guerra y Veedor general de los ejércitos de Flandes, y con el presidente Richardote, y con ellos Cosme Massi, secretario de Alexandro, persona bien entendida y de buenas partes; y despues de haberlo hecho hallaron que era forzoso para poner en ejecucion lo que se habia apuntado, trescientos mil escudos, repartiéndolos en prevenir las vituallas y poner en órden el artillería, y dar dineros en pagas á la gente de guerra, y á los Capitanes de caballos algunas ayudas para rehacer la caballería, y lo mismo á los Coroneles de valones por estar sus regimientos muy pobres de gente y ser forzoso cumplirlos á mayor número; y con esta cantidad de dinero se halló que tendria efecto lo propuesto por Brisac, y tambien para lo que podria ofrecerse en Flandes; y porque la necesidad con que Alexandro se hallaba era muy grande, se acordó de valerse del dinero que tuviesen los mercaderes de la villa de Amberes, pero dábanlo de manera que se tuvo por conveniente no aprovecharse dél; y con esto y otras muchas dificultades que se iban ofreciendo, se imposibilitaba el entrar gente en Picardía con la brevedad que se pretendia; y como Monsieur de Brisac, que estaba á la mira de lo que pasaba, lo entendió, hacia mayor instancia para que se le diese el socorro, y representaba á Alexandro cuánto se desanimaria la Liga de Francia, particularmente la villa de París, que estaba muy llena de esperanzas de los socorros de Alexandro, y como ya comenzaba aquel pueblo á pasar necesidades, acordándose de las pasadas, lo sentia más, y tambien con las persuasiones de los que estaban á devocion del Bearnés para reducir á los católicos á su opinion; y como se conocia en muchos gran voluntad, se estaba con temor de algun mal suceso; y deseando Alexandro le tuviesen muy bueno en cuantas cosas se les ofreciese, volvió á encomendárselas de nuevo á D. Diego de Ibarra, y que considerase el remedio más pronto que pudiesen tener. D. Diego, que no ménos procuraba encaminarlas al servicio del Rey, nuestro señor, así porque habian de pender de su trabajo y solicitud, como

porque deseaba el buen acertamiento de todas ellas, se volvió á juntar con Juan Bautista de Tassis con el cuidado que era razon; y viendo que Brisac la tenia en cuanto decia, y que si sucediera perder de las manos el buen estado en que en este medio estaban los negocios de Francia, todo cuanto el Rey católico pretendia y podia hacer no aprovecharia, y más faltándole el medio de las negociaciones y cerrándosele la puerta de la Liga de Francia; y porque convenia responder á Brisac con resolucion y no dilatarle el tiempo, le dijeron á Alexandro, D. Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tassis, que asegurase á Brisac que haria lo que le habia pedido para fin de Abril ó á principio de Mayo; y este parecer que dieron fué á primero de Marzo, y para más justificacion los mandó juntar en su presencia y trataron de disponer lo acordado muy particularmente; y no obstante las persuasiones y réplicas que en esto hubo, que no fueron menester muchas segun la gran voluntad que mostró Alexandro, se resolvió que de presente se librasen doscientos mil escudos que eran necesarios para los pertrechos más forzosos desta jornada y para los que se habian de dejar en Flandes, y otros cien mil escudos para el duque de Umena por los dos meses de Febrero y Marzo, que no poco trabajo costó el buscarlos, en tanto que iban provisiones de España, que ya se tenia por muy cierto habria enviado el Rey, nuestro señor, el dinero que se esperaba, y el tardarse tanto tenia á Alexandro y á sus Ministros con mucho cuidado, así por estar el tiempo tan adelante como porque las cosas de Francia daban siempre más priesa de la que se entendia, porque veian el remedio (á su parecer) muy cerca, teniéndole las ocasiones que se ofrecian más léjos de lo que se deseaba, que era la eleccion de un nuevo Rey, cosa que tanto el católico de España procuraba, para cuyo efecto D. Diego de Ibarra hacia muy gran instancia, en que trabajó tanto este caballero con su prudencia y maña como adelante se verá.

Aseguraba Alexandro á los Ministros de su tio que pensaba entrar en Francia cinco mil infantes, y con los tres mil del ejército español que estaban con el de Umena eran ocho, y con

algunas tropas de caballería y veinte piezas de artillería con sus aparejos, vituallas, municiones y pertrechos se podrian hacer los efectos que se deseaban, aunque no era toda la gente que el conde de Brisac pedia, pues se tenia por cierto que las fuerzas del Bearnés eran tan pocas. No les pareció mal á Don Diego y á Juan Bautista este parecer, y que no era tan poco el socorro que no resucitaria de nuevo las esperanzas que en algunos católicos estaban ya muertas, porque la desconfianza les habia puesto tanta duda, que apénas creian lo que les estaba bien, demás que la villa de París y otras particulares del reino, que atentas á lo que pasaba las tenia contínuamente en desvelo, descansarian; pues les era forzoso creer, en viendo el socorro, que no habia sido incierto lo que esperaban, y si á este principio se le seguia la potestad y grandeza del Rey, nuestro señor, pues era de creer que con ella y sus fuerzas (demás de su autoridad) serian los sucesos prósperos y felices, y en faltando este medio, que era el de las armas, habria poco que esperar en las negociaciones y ménos en las ayudas de los católicos que siempre habian sido inútiles y dudosas, y más si les faltaba el favor que el Rey católico les daba quedaria toda su máquina derribada.

La resolucion que Alexandro tomó fué la misma que he referido, y con palabra que no le obligaba á entrar en persona en Francia, no obstante que mostraba desearlo con grandísimas veras, se acordó que se le diese á Monsieur de Brisac por escrito (como se hizo) á los 13 de Marzo, porque en ningun tiempo pudiese alterar lo que se le habia ofrecido y asegurado, y que con persona de confianza que fuese por la posta se le enviase á decir al duque de Umena (porque era bien satisfacerlo, y más en lo que tanto se habia trabajado), y en su nombre hizo Brisac muy gran sentimiento, y en el de los que andaban cerca de su persona de ver que mandó Alexandro se enviasen treinta mil escudos para socorrer la guarnicion del ejército español que habia entrado en París, y que se distribuyesen por las manos de los Oficiales del sueldo del Rey, nuestro señor, y con su intervencion y no por otras, y que este

mismo órden se guardase de allí adelante en las demas sumas que se le proveyesen al de Umena: por lo mal acostumbrado que estaba en gastarlos á su voluntad y sin cuenta ni razon, decia Brisac que era desconfianza y querer ganar las voluntades sin el de Umena, por parte del Rey católico; á esto se le satisfizo con discreta disimulacion, porque no era buena coyuntura de mudar el estilo de repartir el dinero hasta otra mejor ocasion, por lo mucho que importaba conservar al duque de Umena, por ser cabeza y Capitan general en Francia de la Liga católica; pero tambien se debe considerar que si no se diera principio á un buen órden para distribuir la hacienda de España que no le tuviera jamás, porque hasta este tiempo hubo mucha rotura y con larga mano los franceses repartian lo que no era suyo, muy á su voluntad, porque se habian hallado unas judías tan ricas y poderosas en los gajes y sueldos que el Rey, nuestro señor, les daba, costándoles ménos trabajo del que fuera razon, como las podian desear; que no poco mal quisto fué D. Diego de Ibarra entre los franceses, pareciéndoles que con su llegada se habia mudado el estilo de darles el dinero, porque Alexandro con su generosa mano se lo daba á montones sin que hubiese la cuenta y razon que era justo, y es así verdad, porque la hubo muy grande despues que D. Diego de Ibarra llegó á Flandes, á quien se atribuyó de que ahorrase el Rey, nuestro señor, muy grandes millaradas de ducados; y, como he referido, lo sintieron mucho algunos Oficiales del sueldo, porque como hasta entónces no hubo en Flandes persona que les hubiese entendido sus aprovechamientos, tan dañosos para la Real hacienda, habian vivido con grandísimo desórden; y como vieron el remedio y reformacion que D. Diego de Ibarra les puso, anduvieron tan ajustados como convenia, que no fué éste el menor servicio que este caballero hizo á su Rey, ántes bien (si se considera), es el mayor que se puede imaginar, pues pocas veces ó ninguna se halla criado que con amor, rectitud y limpieza, mire por la hacienda de su amo, como Don Diego miró por la del Rey, nuestro señor, con la justificacion y cuidado que se sabe.

Hallábase el Bearnés con muy pocas fuerzas, y con haberle llegado en este tiempo tres mil ingleses, los habia repartido en partes donde era muy forzosa su asistencia, y el socorro que esperaba de Alemania iba tan despacio, aunque sus agentes lo solicitaban con harta priesa. Esto le hacia ir contemporizando con los que le seguian y estaban á su devocion, y lo más que pudo hacer en este medio fué presidiar con mucha gente las plazas que tenia cerca de París para necesitarla de bastimentos, porque sabia comenzaban á faltarles, que como es un pueblo tan grande, aunque le habian entrado muchos socorros todo era poco para lo que habia menester. Con todo eso, deseando hacer alguna faccion (no obstante que tenia el Bearnés acabadas sus fuerzas) juntó con el ayuda de algunos potentados de Italia y de otros Príncipes, sus confederados, tres mil infantes y dos mil caballos, y con este campillo fué á sitiar á la villa de Xatres, cabeza de Beosa, y una de las mejores de Francia; y habiéndose puesto sobre ella, la comenzó á apretar, y habiéndolo entendido el duque de Umena la envió de socorro cincuenta corazas á cargo de Monsieur de Gramanfort, que era muy poco para guardar plaza tan grande y de importancia, y aunque deseó entrarle más gente el duque de Umena, no pudo porque fué á tiempo que estaba muy apretada; pero si en persona hubiera ido, pues se hallaba con dos tercios de infantería española, y tres de italianos y otros de valones y buena parte de caballería, sin sus franceses, sin duda que la socorriera y hiciera levantar al Bearnés del sitio; mostró en esto gran remision, y encomendó el socorro al vizconde de Tavanes, gobernador de Normandía, que no ménos flojo y tíbio estuvo que el de Umena, porque no tan solamente llegó á verse con los enemigos, pero ni áun hizo ninguna diligencia para socorrerla, con haberle escrito Monsieur de la Burdasiera, gobernador de Xatres, que podia defenderse y que sustentaria la plaza hasta que llegase; y aunque marchó muy cerca de París, no pasó adelante por temor de no venir á las manos con el Bearnés, por serle inferior de gente.

El duque de Umena, que supo el mal estado de este socorro,

le pareció que con poner sitio á Fertémilon divertiria al Bearnés, y así lo hizo, porque con mucha presteza levantó el de Umena toda la infantería española, italiana y valona, con toda la más gente que tenia á cargo del Rey, nuestro señor, y á sus franceses, y ganó á la Fertémilon; mas no por esto el Bearnés dejó el sitio de Xatres, ántes bien le apretó más; y viendo el de Umena no le habia salido bien el designio, marchó con toda las tropas que tenia y se puso sobre la villa de Jateo Tiri, en la provincia de Picardía, situado en el márgen del rio Marne. Es plaza muy fuerte, y se puso sobre ella con el mismo intento de que si apretaba esta plaza le levantaria el Bearnés de la de Xatres, cosa que no le pasaba por el pensamiento ni le estaba bien, porque demás de tenerla muy apretada, pues estaba en este medio abriéndole las baterías, le era de más importancia que Jateo Tiri para oprimir á París. El Bearnés salió con la empresa de Xatres, habiéndola combatido cuanto le fué posible, y ántes de darle el asalto, viendo Monsieur de Burdasiera, Gobernador de ella, que no le socorrian, se rindió á los primeros de Abril, no con tan buenos pactos como quisiera, pero el verse tan apretado no le dió más lugar; lo que hizo fué con acuerdo del Obispo de Xatres y de Monsieur de Gramonfort, que era la persona que el duque de Umena le habia enviado con las cincuenta corazas de socorro, y fueron se quedasen las cosas de la religion católica en su primer estado, y que saliesen los soldados que la presidiaban, sin armas ni bagaje, sino con solas las espadas, y que los burgueses, vecinos de París que allí se habian recogido para guardar sus haciendas como lugar más seguro, saliesen á merced del Bearnés, y que el castillo de Xatres que estaba arruinado de la batería se aderezase á costa de la villa y se reparasen las murallas de ella, y que se recompensase el saco en cien mil ducados, y que los cincuenta mil los pagase luégo de contado, y que proveyese de bastimentos un mes al ejército del Bearnés, el cual quedó algo ufano con haber salido con la empresa de Xatres, que para las de adelante le fué de harta importancia.

El duque de Umena ya que se habia puesto sobre Jateo Tiri

con el designio que he escrito, lo prosiguió, así porque era plaza de importancia para las entradas de Flandes y comunicacion de aquellos Estados, como porque por aquella parte quedaba el rio Marne desembarazado para poderle entrar por él á la villa de París algunos bastimentos. El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga contradijo mucho al de Umena ántes de poner el sitio á esta plaza que no lo hiciese, fundándose en buenas razones de guerra, advirtiéndole que el tiempo que habia de gastar en este sitio socorriese á Xatres; pero su instancia y persuasiones fueron poco útiles para mudarle su intento, ántes, viendo la contradicion de D. Antonio, lo hizo de su autoridad y sin darle parte ni considerar que no tenia municiones suficientes, ni el artillería necesaria, por lo cual tuvieron algunos encuentros; y de la manera que el Duque procedió en este sitio fué que mandó poner de guardia en su cuartel las compañías de españoles de los capitanes Joan de Ubierna y de Andrés de Miranda, del tercio de D. Antonio, las cuales pasaron el rio Marne ántes de amanecer con alguna infantería valona y una tropa de la de los franceses y caballería, y les dió órden marchasen la vuelta de Jateo Tiri, sin que D. Antonio de Zúñiga lo supiese ni los demas Maestres de campo ni Coroneles de naciones que allí se hallaban; pero de la española no habia más de D. Antonio, porque D. Alonso de Idiaquez no volvió á Francia hasta que entró á gobernar toda la caballería del ejército español.

Llegaron estas compañías á alojarse en los burgos de Jateo Tiri, de la otra parte del rio, y aunque los franceses se lo defendieron, y á pesar suyo, con pérdida de algunos, se los ganaron y se alojaron en ellos, y en siendo de dia envió el duque de Umena un recado al Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga con Monsieur de la Haya, su Marechal de Logis, que en nuestra lengua es tanto como decir, Aposentador mayor, dándole órden que marchase la vuelta de Jateo Tiri, y avisó como habia enviado las dos compañías de Ubierna y Miranda, ya nombradas, para ocupar los burgos con la demas gente por la otra parte del rio, y por estotra habia de marchar D. Antonio

con su tercio. Sintiólo de manera que no lo pudo disimular, pareciéndole que el de Umena (no obstante que era Gobernador de aquella gente) no usaba del órden militar que se acostumbra en la nacion española, y tambien que era persona D. Antonio á quien se le debia toda buena correspondencia, y dar parte de las órdenes ántes de ejecutarlas, y luégo la dió al Sargento mayor Torralva, que nombrase dos compañías de arcabuceros para ocupar los puestos que habian tomado en el burgo las de picas que envió el de Umena. El Sargento mayor nombró las de los capitanes Andrés de Castro, natural de Toledo y valiente soldado, y la de Juan Ramirez de Arellano, no ménos valeroso y arriscado, y con ellas marchó D. Antonio, llevando consigo á dos camaradas que tenia, honrados soldados y que en todas las ocasiones que se ofrecieron en Francia no perdieron de vista á D. Antonio. Eran el alférez Antonio Pinto de Fonseca, y el alférez Diego de Escobedo, ya nombrados en estos escritos. Llegaron al cuartel del duque de Umena y le hallaron en su posada platicando con el conde de Baras, y con muy gran cortesía le dió sus quejas, y entre algunas le dijo que con ser Alexandro sobrino del Rey católico, nuestro señor, no quitaba á nadie lo que era suyo, ántes bien su autoridad la repartia y daba á sus ministros y Capitanes, porque sabia que dándoles más mano de la que tenian, no sólo era más grandeza y autorizaba el cargo de Capitan general, pero que les daba ánimo y ocasion para emprender imposibles; y es así verdad, que siendo los soldados honrados y acrecentados de sus superiores, no sólo se aventuran en los peligros, pero sirven á su Príncipe con más voluntad; y que pues su Excelencia habia conocido con la que D. Antonio servia en aquellas guerras, no permitiese quitarle el autoridad de su oficio, pues á él le tocaba señalar las compañías de su tercio que fueran necesarias para cualquiera ocasion, y á su Escelencia el pedirlas siempre que las hubiese menester; y que las que habia nombrado para aquella ocasion no habian de ser de picas, y que los Capitanes de arcabuceros á quien les tocaba ir con las suyas se habian sentido mucho, y que no obstante no le habia dado parte dello, no convenia al

servicio del Rey, nuestro señor, que hubiese empeñado aquellas compañías en cosa que tan mal le estaba, y que con aquellas dos que llevaba de arcabuceros queria pasar donde estaban las dos de picas á darles calor.

Respondióle el duque de Umena que no lo haria sin permision suya, y que el Rey católico le mandaria que lo hiciese, pues Alexandro le habia dejado en Francia para que estuviese á su órden y que le habia de obedecer, y le volvió las espaldas y se entró en un aposento sin hablarle más palabra, y el conde de Baras se fué con él, y de allí á poco tornó á salir y los instigó y compuso de suerte que D. Antonio de Zúñiga quedó con satisfaccion; y con aquellas dos compañías y todo su tercio marchó la vuelta de Jateo Tiri por la otra parte del rio, porque de la otra ya he escrito que las dos compañías de españoles de Juan de Ubierna y Andrés de Miranda, con los valones y demas gente que he nombrado, habian ganado el burgo y fortificádose; llegó D. Antonio á Jateo Tiri por estotra parte, y los burgos della los tenian los franceses enemigos muy bien atrincheados, con grandes barricadas y traveses; y siendo necesario ganarlos para arrimarse á la villa, dió órden D. Antonio de Zuñiga á las dos compañías de arcabuceros de los capitanes Juan Ramirez de Arellano y Andrés de Castro, que habia llevado, y al capitan Gilberto Perez Machon, con tres hileras de picas de la vanguardia que mandó sacar del escuadron, que cerrase con las trincheas del enemigo y ganasen los burgos. Estos tres valerosos Capitanes lo hicieron maravillosamente, y peleando con grandísima gallardía asaltaron las trincheas y entraron dentro de los burgos, y los ganaron, haciendo huir á los enemigos dentro de la villa; habiéndose señalado en esta ocasion particularmente, los dos alféreces Antonio Pinto de Fonseca y Diego de Escobedo, camaradas del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y muchos soldados destas compañías. Todas las demas del tercio se alojaron en los burgos y luégo dió órden D. Antonio se hiciesen esplanadas y se plantase el artillería con la mayor brevedad que se pudiera, ántes de dar lugar que los franceses se fortificaran, no obstante (como

he referido) que Jateo Tiri es plaza muy fuerte y tiene un castillo que la hace mucho más. El tercio de españoles del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez tomó su puesto en los burgos desta villa, y en las ocasiones que se ofrecieron peleó valerosísimamente, y por la parte que le tocó abrió sus trincheas, y lo mismo el de D. Antonio de Zúñiga; y habiéndolas puesto en perfeccion, se arrimaron al arce del foso, y estando en él se plantó el artillería y se comenzó á batir la muralla, no con tanta pujanza como fuera necesario.

Los de la villa se defendian cuanto les era posible é hicieron algun daño á los españoles, particularmente desde el castillo; con una pieza de artillería que los franceses enemigos tenian batian las trincheas de los españoles y el puesto donde estaba el artillería, en el cual mató once artilleros, por cuya causa cesó la batería; y por no tener municiones, que para esta ocasion era la mayor falta que podia haber, y con ella se halló el duque de Umena tan embarazado que no supo qué hacerse ni halló otro remedio que levantar el sitio y dejar la empresa; pero D. Antonio de Zúñiga le hizo un protexto y no lo consintió, y le dijo que por lo que él habia estorbado que no se sitiase á Jateo Tiri era, demás de ser plaza tan fuerte, por no tener artillería ni municiones, y el socorro de Alexandro muy léjos en caso que el Bearnés (como era de pensar) quisiera socorrer esta plaza, donde se perdia tanta reputacion si se levantara della por fuerza de armas, y que mucho más se perdia en levantarse sin ganarla, y más no dando ocasion para hacerlo el Bearnés, y que pues su Excelencia habia mirado estos inconvenientes con tiempo, que ya no lo era para levantarse desta plaza sin ganarla, y que esto convenia para conservar la reputacion y buen nombre de los soldados del Rey, nuestro señor, que allí se hallaban, y que por ser él uno dellos no pensaba perder lo que con tanta sangre derramada habia ganado; que le parecia que su Escelencia rompiese por las dificultades é inconvenientes que se le ofrecian y no desamparase el sitio sin ganar la plaza, y que enviase por artillería, municiones y artilleros, y que él le asistiria con el dinero que tuviese y con la plata, joyas y cadena, y lo mismo

con lo que tuviesen sus Capitanes, para que no se dejase por prendas. Esto mismo ofreció Simon de Itúrbeda, Sargento mayor y Gobernador del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez y todos sus Capitanes, y el Maestre de campo Camilo Capezuca, que se halló presente, dijo lo mismo, y que de muy buena voluntad daria cuanto tenia para este efecto; y á ponerlo en ejecucion se ofreció Jorje Basta, Comisario general de la caballería del ejército español, y dijo que iria en persona y con su compañía á traer el artillería y municiones donde se le ordenase.

El duque de Umena se halló convencido de tantas y tan buenas razones como le dijo D. Antoñio de Zúniga y Camilo Capezuca y los demas Capitanes del Rey, nuestro señor, y les respondió que le diesen las prendas y fuese Jorge Basta, pues se habia ofrecido, á la villa de Guisa, y que él escribiria para que le diesen lo necesario que fuese menester para conseguir la empresa de Jateo Tiri. Hízose así, y Jorge Basta con suma brevedad volvió (habiendo dado las prendas al gobernador de Guisa) con suficiente artillería y municiones. Batióse la villa á toda furia, y por ser tan fuerte no se pudo abrir tan buena batería como se quisiera, pues no podian entrar dos hombres por ella, como le afirmaron los que la fueron á reconocer, que eran los alféreces Juan de Ribera Zambrana, Caro, Ortiz y un soldado particular que se llamaba Sancho de Tuesta, y esta relacion fué muy cierta; y pareciéndole á D. Antonio habia dificultad y que ya corria por él esta empresa, pues la tenia por propia, se acordó se señalasen de su tercio veinte y cinco soldados, los más escogidos y particulares que hubiese, y otros tantos del tercio de D. Alonso de Idiaquez, y que fuesen dos Sargentos con ellos, con órden de ocupar la muralla y hacerse fuertes en ella, en caso que no pudiesen entrar dentro en la villa del primer asalto, y que siguiesen á estos cincuenta soldados y Sargentos los capitanes Juan de Zornoza y Guisasa y Juan Ramirez de Arellano, que lo eran de arcabuceros, y con las picas el capitan Gilberto Perez Machon, todos del tercio de D. Antonio.

Los franceses que vieron les habian reconocido la batería, se previnieron á defenderla con mucha gallardía y pusieron fuego al convento de San Francisco, que estaba junto á la muralla, para que con temor de no quemarse los españoles no hiciesen el efecto que pensaban, y asegurarse los franceses por aquella parte. No cesaba la pieza que tenian en el castillo de tirar á los españoles, y siempre hacia mucho daño, y sucedió, estando confesando un sacerdote á un soldado español, que una bala de esta pieza pasó tan cerca de ellos, que sólo con la mocion del aire murieron de improviso el sacerdote y soldado, y una mujer que estaba allí cerca. Y ántes de esto, á la hora de medio dia, cuando los soldados estaban con más silencio en las trincheas, unos comiendo y otros reposando, hicieron los franceses de la villa una salida al burgo por las espaldas del castillo, á la parte donde estaba la compañía del capitan Hernando de Isla, del tercio de D. Antonio de Zúñiga, y dando en ella de improviso pensaron degollarla; pero los soldados della los resistieron con mucha gallardía, y dieron sobre ellos, haciéndoles volver las espaldas, y los siguieron hasta encerrarlos en el castillo, habiéndoles muerto algunos de ellos. Señálose más que otros Pedro Diaz de Peces, natural de Ocaña, y Juan Gonzalez de Recaza, natural de Toledo, y el sargento Martin Alonso de Frias, que lo era de Hernando de Isla, natural de Córdoba, y otros soldados de esta compañía; habiendo peleado todos valerosamente, no obstante que el convento de San Francisco ardía, y que el fuego era insufrible, y que el humo esparcía el aire por las trincheas de los españoles y lo mismo por la batería, de suerte que recibian notable daño.

Mandó D. Antonio de Zúñiga que los dos Sargentos señalados con los veinticinco soldados que de cada tercio se habian escogido, arremetiesen á dar el asalto, y que les siguiesen los Capitanes ya nombrados; y en acabando de rezar el *Ave María* y en haciendo la señal de arremeter, cerraron gallardísimamente por la batería y dieron el asalto; y aunque la entrada era muy estrecha y los franceses se defendian con mucho ánimo, fué tan grande la furia y presteza de los españoles que dieron bien que

entender á los franceses; pero como la batería habia hecho poco escarpe, y la subida dificultosa, y la entrada mucho más, cobraron los enemigos algun brío, y se defendian con mucha osadía; pero siendo mayor que el de todos ellos el de Sancho de Tuesta, soldado del tercio de D. Antonio de Zúñiga, que fué uno de los veinticinco escogidos y el que ántes habia reconocido la batería, subió por ella el primero de todos, siéndolo asimismo en entrar dentro de la villa, y cerrando con mucho ánimo con los enemigos abrió portillo en el escuadron de ellos para que entrasen los capitanes Juan de Zornoza, Juan Ramirez de Arellano y Gilberto Perez Machon, que con gran valor y osadía fueron matando y rompiendo á los enemigos; y con los soldados que llevaban y los que le seguian de ambos tercios fueron ocupando la muralla y echando de ella á los enemigos. No hubo ménos dificultad de entrar en la villa que en dar el asalto, porque todas las bocas de las calles estaban ocupadas con fuertes barricadas y con dificultosa subida; pero los españoles, acostumbrados á deshacer mayores fortalezas, las asaltaron subiéndose por los picas, y otros como mejor podian, y entraron dentro en la villa degollando muchos enemigos, y el alférez Juan de Ribera Zambrana, habiendo tenido á cargo un ramal de las trincheas al tiempo que se dió el asalto, subió con mucha presteza por la batería; y no pudiendo entrar por ella, sin temor del fuego del convento de San Francisco que en este medio ardía con más furia, se entró por él con notable peligro de su vida, y venciendo grandes dificultades pasó de la otra parte donde habia una barricada, y cerró con ella temerariamente sin que nadie le siguiese, y pasada ésta, pasó otra adonde los franceses enemigos hacian más resistencia; y en esta sazon llegó Diego de los Herreros, Sargento de la compañía de Juan de Zornoza, que hoy es Capitan reformado en el Estado de Milán y muy valiente soldado, iba con diez de su compañía; y como el alférez Juan de Ribera le vió llegar, cerró con los franceses, sin que los soldados ni el Sargento le siguiesen, porque acometieron por otra parte; y hallándose sólo peleando, le dieron muchas heridas, y á no valerle un soldado

español de la compañía del capitan Juan Ramirez de Arellano y un caballo ligero lorenés no se pudiera retirar, porque creyendo le seguia el Sargento y los soldados, se habia empeñado tanto con los enemigos como se ha visto. No era cosa nueva en este soldado y en sus hermanos emprender dificultades, porque tenian mucho valor, heredado de sus pasados, particularmente de Perafan de Ribera, Adelantado de Andalucía, de quien descienden por línea recta; y siendo esto así y que son unos caballeros tan particulares y conocidos, ¿qué mucho imitasen á sus antecesores, sirviendo al Rey, nuestro señor, con tanta sangre derramada y tan á satisfaccion de Alexandro como es notorio? Viéndose los enemigos acometidos de los españoles con tanta presteza, fueron perdiendo el ánimo y desamparando las barricadas y cuerpos de guardia; se retiraron al castillo donde se hicieron fuertes, habiendo perdido muchos. De los españoles murieron muy pocos, pero hubo algunos heridos. Al capitan Zornoza le dieron dos arcabuzazos, pero no le encarnaron mucho, y á Sancho de Tuesta le dieron otro en un hombro, habiendo peleado tan gallardamente como se podia desear. Era este soldado natural de Huelma.

Los alféreces Antonio Pinto de Fonseca y Diego de Escobedo, camaradas del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, pelearon este dia muy bien, habiéndose señalado más que otros los alféreces Pedro de Vargas, Jusepe de Escobar de Velasco y D. Diego de Ayala, que todos lo habian sido del capitan Zornoza; y se señalaron con mucho valor los demas soldados de esta compañía; y de la de Juan Ramirez de Arellano, por haber arremetido de vanguardia á dar el asalto, se aventajaron mucho. Y del tercio de D. Alonso de Idiaquez se señalaron el sargento Pedro de Ontalvo, natural de Bornos, que lo era de la compañía del capitan Francisco de Zambrana, y D. Felipe del Castillo, de la de D. Alonso de Miranda, que hoy es Sargento mayor de la milicia del partido de Búrgos, habiendo sido Capitan en Flandes y servido en aquellas guerras con mucha reputacion. Señaláronse los alféreces Francisco y Leandro de Vera y otros soldados de la compañía de Simon de Itúrbeda, y

no ménos el alférez D. Luis de Aguirre, natural de Toledo, que en esta ocasion y en otras muchas de Flandes y Francia se señaló y aventajó más que otros con tanta bizarría y denuedo como de un tan gallardo soldado se podia esperar. Es hoy Capitan entretenido cerca la persona del virey de Cataluña, y de las demas de aquel tercio donde habia tantos y tan arriscados soldados como es notorio. Pero el capitan D. Francisco de Mújica, natural de Vizcaya, que servia de entretenido, fué uno de los que más bien se señalaron, así en este asalto como en otros muchos en Flandes y Francia, dando siempre buena muestra de su persona y servicios. Saquearon la villa de Jateo Tiri con increible rigor; hallóse dentro mucha riqueza de joyas y dineros, que como era plaza fuerte, habian guardado en ella los vecinos de los contornos lo mejor que poseian por tenerlo más seguro: fué el saco muy rico, y lo quedaron muchos soldados. Duró ocho dias con alguna desórden, y la hubo muy grande en no guardar una muy buena cantidad de trigo y centeno que se halló en los almacenes y en muchas casas particulares. Desperdiciaron la mayor parte de ello, sin que nadie advirtiese de ponerlo en cobro para abastecer á París con ello, que por el rio Marne, pues en él habia hartas barcas, se pudiera llevar seguramente; pero el mucho desconcierto que hubo no dió lugar á esto, si bien fué indicio de los que lo pudieron remediar que vendieron gran cantidad á muchos mercaderes, y creo que fué tanto lo que se desperdició como lo demas. El Sargento mayor Torralva ganó muy bien en este sitio, y otros muchos Capitanes y soldados de los españoles y de las demas naciones. Ganóse esta plaza el Jueves Santo de este año, y ocho dias despues se rindieron los enemigos que estaban dentro del castillo, y los que se habian retirado á él con buenos pactos, pues se le dejó sacar su bagaje, pero no las banderas ni las armas. El duqne de Umena dió las gracias á D. Antonio de Zúñiga de lo bien que habia procedido, estimando en mucho su persona y el consejo que le habia dado y los de su buen proceder y soldadesca, y quedaron con alguna más conformidad que la que hasta allí habian tenido. El tercio de D. Antonio de Zú-

ñiga quedó de guarnicion en esta villa de Jateo Tiri, y á ella vinieron sus banderas y bagaje que se habian quedado en la de Velli.

El tercio de D. Alonso de Idiaquez fué á alojar á la abadía de Cunti. El Bearnés que se vió señor de Xatres, con la gente que le habia quedado fué apretando por aquella parte á la villa de París, y la necesitaba cada dia mucho más porque era señor de la campaña, y al duque de Umena se le habian ido todos los franceses que le seguian, salvo sus criados y corte, sin tener más gente de guerra de la que Alexandro le habia dejado del ejército español cuando volvió á Flandes, que era con la que el Rey, nuestro señor, le daba, que era mucha y sólo para esto; pero aprovechábala en otras cosas que no le importaban tanto, y la disculpa que daba era que á las personas á quien habia librado el dinero para hacer las levas de gente le faltaron; y no era cosa nueva esto en Francia, porque muchas veces se ofrecia dar el dinero para este efecto y quedarse con él sin que le tuviese en nada. La causa era el estar el de Umena, como se tuvo por cierto, tan mal aprestado, habiendo ofrecido ántes muy diferente que esto, y tambien cuando envió al conde de Brisac á Flandes; y esta confianza le hacia creer á Alexandro que pudiera fundar su socorro sobre la gente que el de Umena le habia prometido, y ayudaba mucho esto á su remision, porque se iba conociendo que por entrar personalmente con ejército en Francia queria aguardar á juntarlo más crecido y bien avituallado; pero como el tiempo estaba tan adelante, aunque hiciera todos los esfuerzos que sclia, no era posible hasta Agosto, y tambien la gente que el Pontífice habia ofrecido para socorrer la Liga católica no podia juntarse con el ejército de Alexandro hasta mediado Julio ó fin dél en Francia, y no se juzgaba que habia de ser tan fuerte y numerosa como conviniera en ocasion de tanta importancia; y como de Su Santidad se habia prometido mayores, fué causa para que se desanimasen mucho los que seguian la parte de la Liga católica, y para dar ocasion al Bearnés á intentar cualquiera empresa de importancia con más comodidad, como se esperaba.

El duque de Umena envió en este medio á Flandes al conde de San Pol á dar cuenta á Alexandro de la pérdida de Xatres con las disculpas de no haberla socorrido, y le representaba los daños que causaria á los católicos de Francia con la reputacion que habia cobrado el Bearnés, y el temor que concebirian las demas villas y plazas que estaban á devocion de la Liga, particularmente las que no eran fuertes ni estaban muy guarnecidas, y que no se hallaba otro remedio que la entrada de Alexandro con ejército por la provincia de Picardía, aunque no fuese con más fuerzas que las que habia ofrecido á Monsieur de Brisac; y aseguraba San Pol que tambien el de Umena en breve tiempo tendria juntos los cinco mil infantes y mil y quinientos caballos que habia prometido como se le diesen luégo dineros para ello, porque los que recibió habia distribuido en el duque de Nemurs y en el de Umala y otras personas para este efecto, de quienes se prometia adelante seria bien asistido, y por esta causa no se habia aprovechado del dinero que se le dió, ántes le habia faltado la mayor parte, y que para la leva desta gente y prevencion de artillería, municiones y vituallas se le diesen los cien mil escudos que el Duque hacia cuenta se le debian del mes de Abril pasado y del de Mayo que ya corria, y que se le prestasen otros cien mil á cuenta de los primeros dos meses ó de lo que el Rey católico mandase ó fuese servido proveerle, y que con esto y con la gente que Alexandro habia ofrecido, en tanto que no se juntaban mayores fuerzas, se podrian hacer muy buenos efectos, pues el Bearnés no podia hacerlos ni oponerse á cosa de importancia porque no le habian llegado los socorros que esperaba de Alemania y de otras partes. Demás desto dijo San Pol que el de Umena habia convocado á los Diputados de las villas católicas para que se hallasen en la de Reus en Jampaña para principio de Mayo y tratar con ellos del mejor estado que se pudiese en las cosas de la Liga católica, y dar remedio á las que tuviesen necesidad dél, y sacar dellas algun dinero para ayudar á esta guerra, que hasta entónces no lo habian dado, ni estas villas hecho más fineza ni ofrecido más ayuda que estar constantes en la Union católica y no haberse entregado al

Bearnés, pues en lo demas cada una se guardaba y sustentaba sin dar ninguna asistencia de gente, dineros ni municiones al duque de Umena. A estas y otras cosas que San Pol propuso á Alexandro, mandó se juntasen por dos veces D. Diego de Ibarra, Juan Bautista de Tassis y Richardote, y la una en su presencia con los dos secretarios Cosme Massi y Morian Sarte, y, sobre todo, despues de visto lo que les ocurria, tomó Alexandro la resolucion que se le dió al conde San Pol, con que se partió de Bruselas para Francia á los 12 de Mayo, y la que fué veremos adelante.

No cesaba el conde Mauricio de Nasao de prevenirse y gozar de la buena ocasion que se le ofrecia, porque como supo el cuidado que Alexandro ponia de socorrer los católicos de Francia, y que segun esto, teniendo sus fuerzas repartidas, no podia acudir á todo ni hacer ningun efecto en Flandes, tenia cuidado de aumentar su ejército, y la reina de Inglaterra no le perdia con sus ayudas, y los protestantes de Alemania daban priesa para enviar al Bearnés el socorro que le habian prometido, y en persona fué á recibirlo á la villa de Metz, en Lorena, y de camino sosegar las diferencias que en ella habia entre herejes y católicos. Algunos Príncipes, potentados de Italia, en este medio le enviaron una buena suma de dineros, y se dijo que muchas pagas que habia dado á su gente fueron en moneda florentina.

El Rey, nuestro señor, aunque tenia á tantas partes donde acudir con gente y dinero, no se habia descuidado en proveer á su sobrino Alexandro de alguno, demás de las ayudas que á diferentes partes de Francia enviaba, como á Bretaña, donde desde el año pasado de 1590 se hallaba con el duque Mercurio haciendo la guerra al Maestre de campo D. Juan del Aguila, con más de cinco mil españoles; y en Provenza otro de caballería de la misma nacion con el duque de Joyosa; y por la parte de Saboya al Duque con otro ejército, y el del condestable de Castilla, adonde gastaba tantos millares de ducados; y las ayudas que daba á los Príncipes católicos de Francia eran muy excesivas, no obstante los dineros que despendia en las

partes referidas, escribió á Alexandro apretadísimamente hiciese levas de gente y formase un buen ejército para entrar con él en Francia en tanto que se despachaba D. Alonso de Idiaquez que habia de llevar letras para más provision de dineros, no obstante que de las demas cosas que llevó á cargo estaba bien despachado; y previno á D. Diego de Ibarra para que fuese á Francia á instar con el duque de Umena los negocios de su comision y otros que Alexandro le habia encomendado; y Don Diego, con presta solicitud, deseaba poner en ejecucion el órden que tenia; pero como su entrada en Francia habia de ser llevando dineros consigo, y estos se le dilataban, y que todas las negociaciones que habia de hacer, sin ellos fueran infructuosas, sentia mucho que se le atrasase el tiempo por no poder dar principio á sus inteligencias, para que dellas sacase el Rey, nuestro señor, el fruto que deseaba; y para que se consiguiese era tanta la priesa que D. Diego daba á su despacho, que su misma persona no cesaba de dia y noche de solicitar al Pagador general del ejército español y á otros Ministros, y particularmente á Alexandro, el cual echaba de ver de la importancia que era D. Diego para disponer lo que se habia acordado, y aunque la ida á Francia convenia tanto, juzgaba que era de mucho momento para las cosas de Flandes; y viendo esto Alexandro, deseaba enviarlo y detenerlo, porque en todas partes importaba su presencia para valerse de su consejo, diligencia, expediente y solicitud; pero como no podia estar en todas, se procuraba fuese en donde más falta podia hacer, que era en Francia, para cuyo efecto habia hecho y hacia en este medio gran esfuerzo (demás de la solicitud del dinero) en el apresto del ejército, porque era el verdadero y único remedio para acabar las cosas que le habian encargado; las cuales traian á Alexandro tan cuidadoso como á D. Diego, y de manera que no reposaba, y más de los avisos que por momentos le iban del coronel Francisco Verdugo, que si no le socorria sin duda se perderia la provincia de Frisa ó lo más importante della, como sucedió así, y á su tiempo lo escribiré.

No podia dar mano Alexandro á tantos negocios porque se

hallaba sin gente y el dinero no le habia llegado, y con muchas cosas le amenazaban; pero no hay General en el mundo que, si le faltan estas dos, pueda disponer los de la guerra, por ser el principal instrumento para hacerla. Propúsole D. Diego de Ibarra que seria bien, en tanto que su Alteza acababa de juntar su ejército para entrar en Francia, enviar alguna gente suelta á ella con un Cabo subordinado al duque de Umena, y que éste fuese Antonio de Leiva, príncipe de Asculi, pues se hallaba cerca de su persona, habiendo servido al Rey, nuestro señor, en todo lo que se habia ofrecido en Flandes desde el año pasado de 1588 tan honradamente como de su persona se esperaba; y si Alexandro no hubiera mostrado intento de ir á Francia y de cumplir lo que á Brisac habia ofrecido, se pudiera haber hecho con tiempo esta diligencia, pero no pudo (que no poco hubiera importado), y el Bearnés no saliera con la presa de Xatres y el de Umena hubiera hecho algunos buenos efectos; y aunque se previno todo, no se pudo efectuar nada porque siempre entendió Alexandro ir en persona á dar fin á aquellas guerras: en conformidad de lo que Su Santidad y el Rey católico trataban para el socorro que habia de hacer de su parte á los católicos de Francia, era llegado el tiempo, aunque más lentamente de lo que se creyó, si bien procuraba el Pontífice con armas espirituales y temporales ayudar esta causa, hizo (mas no muy grande) un esfuerzo de caballería é infantería, y nombró por General della y de la Iglesia á su sobrino el conde Hércules Esfrondato, duque ya de Montemarchano, y el Domingo, á 12 de Mayo, por la mañana, dijo Su Santidad misa rezada, y en ella le comulgó de su mano, y despues bendijo dos estandartes y le dió el baston de General con gran devocion y terneza. Este mismo dia partió para el Estado de Milán, donde habia de tomar muestra á su gente. Eran cinco mil esguízaros repartidos en veinte banderas; otros decian que seis mil, los cuales habia levantado Monsieur Paravesino, que fué eleto Cardenal, siendo Nuncio, en los cantones de esguízaros católicos. Iban tambien dos mil infantes italianos y mil caballos. Prometióse de la santidad y buen celo

deste Pontífice que habia de continuar los socorros de Francia, para que juntándose con los de Alexandro, extirpase las herejías y eligiese á quien mereciese la Corona de aquel reino; pero los sucesos que estas cosas tuvieron escribiré á su tiempo, que, como sujetos á las mudanzas dél, no fueron los que se deseaban. No le pareció mal á Alexandro el parecer de D. Diego de Ibarra en haberle propuesto la persona del príncipe de Asculi, al cual hizo llamar en su presencia y le nombró por Cabo de la gente suelta que habia de entrar en Francia y de la demas que estaba en ella, y que estuviese apercibido. El de Asculi besó las manos á Alexandro por la merced que le habia hecho, porque como este Príncipe deseaba ocupar grandes puestos en la guerra y servir para merecerlos, la aceptó con grandísimo contento, y quedó advertido para cuando se le diese el órden lo que habia de hacer.

El conde Mauricio, que estaba á la mira de los sucesos de Francia y de lo que Alexandro hacia, no quiso dilatar la buena sazon del tiempo que se le ofrecia. Salió con el ejército rebelde á campear la vuelta de Brabante; comenzó á arruinar la tierra y á molestar los católicos; puso sitio al castillo de Vestarlo y lo ganó; fué sobre el de Tornante é hizo lo mismo, sin que nadie se lo impidiese, y deseaba que Alexandro se fuera á Francia para poner por obra lo que habia intentado, y aprovechar las fuerzas de su ejército á tiempo que otras ningunas se le opusiesen. Alexandro, que tan bien entendido tenia el designio de Mauricio, pensaba dejar en Flandes, cuando partiera á Francia (para conservar las plazas que tenia más opuestas al enemigo, como Bolduque, Nimega y otras que habia en aquellos Estados), diez mil infantes y la más caballería que pudiese, respectivamente, y dejar los presidios y demas villas de importancia bien presidiadas, con que le parecia quedaban aseguradas; y porque no le faltasen cuidados, le sobrevinieron en este medio otros de no ménos consideracion y de importancia, con haberle hecho el emperador de Alemania y los potentados un protesto con muy gran instancia, particularmente el Elector de Colonia y todo el Imperio, para que todas las plazas que el Rey católico

tuviese suyas se las restituyesen; y aunque habia dos años que duraba esta plática, no se habia acabado de resolver Alexandro, y daba por excusas lo mucho que al Rey, su tio, le habia costado el ganar las plazas de las riberas del Rin y limpiar las navegaciones dél, y que se las habia restituido la mayor parte al arzobispo de Colonia, y que las que le quedaban era por tener abierto el paso para las entradas de Frisa; pero aunque con estas y otras cosas se habia excusado Alexandro los tuvo descuidados; mas en esta ocasion que Mauricio campeaba y Alexandro se prevenia para ir á Francia, cercado de tantos cuidados, le pedian más vivamente que otras veces entregase las plazas que el Rey católico poseia en las riberas del Rin, y el Emperador decia que no pasaria adelante en el tratar la paz que procuraba con las islas de Holanda y Gelanda, sin que primero estuviesen en poder de sus dueños; y por ver Alexandro cuán mal tiempo era de dar ócasion á mover nuevas guerras, y cuán justo quitar cualquier tropiezo en pedir la paz, estaba perplejo sin saber qué fuese más conveniente para el servicio del Rey, su tio, y para resolverse como convenia hizo llamar á D. Diego de Ibarra, á Juan Bautista de Tassis y á Monsieur de la Mota, presentes los secretarios Cosme Massi y Moriansarte, y les dijo la instancia que hacia el Emperador y demas príncipes de Alemania en pedir estas plazas, y que tambien ofrecia el Elector de guardarlas, y no corria poco peligro volverlas á perder, pues no seria cosa nueva ganárselas algun hereje, como tantas veces lo hicieron el conde de Murs, el coronel Martin Esquenque y otros, con Capitanes de satisfaccion y soldados de su hermano el duque de Babiera, que era gente belicosa y de importancia, dándole el Rey católico para este principio doce mil escudos por una vez, y que despues el dicho Elector los sustentaria á su costa. D. Diego de Ibarra y los demas hallaron tantas razones para satisfacer al Emperador y á los Príncipes del Imperio, como he apuntado, y de la intencion con que Alexandro conservaba aquellas plazas por el Rey, su tio, habiéndole costado tanta suma de dineros y sangre española, despues que se las ganó por fuerza de armas, y á instancias del dicho

Elector á quien se las tenia usurpadas para que desistiesen de la pretension; y porque no cesasen las pláticas de la paz de las islas rebeldes (aunque se tenia dello poca esperanza), se conformaron en que se restituyesen estas plazas reservando dos para asegurar el paso de la provincia de Frisa.

Francisco Verdugo que se hallaba en la villa de Zutfent; temeroso de que los rebeldes no le sitiasen habia ido á prevenir lo necesario para defender esta plaza y la de Deventer, que ambas son fuertes y de mucha importancia, situadas en la ribera del rio Isel, y muy cerca la una de la otra. Solas estas puertas quedaban abiertas en aquella provincia para hacer entradas en el país de la Velua hasta Utreque, é inquietar á Holanda y áun señorearse della con las demas islas, que era lo que Alexandro pretendia. Francisco Verdugo estaba esperando los socorros que habia prometido enviarles, y los que llegaron en este medio fué una suma de dineros al gobernador de la villa de Zutfent, que era el capitan Loqueman, Teniente coronel de Monsieur de Velli; y tambien al conde Herman de Vergas, que gobernaba la villa de Deventer, para que comprasen bastimentos, por estar estas dos plazas muy desproveidas; y aunque se dijo que la de Zutfent no tenia la pólvora necesaria, fué engaño, porque Loqueman habia asegurado á Francisco Verdugo que tenia una buena cantidad, porque la habia hallado en la casa donde alojó el coronel Juan Bautista de Tassis, su antecesor, y que la habia puesto con la demas que estaba en la casa de la municion. Ordenóle Francisco Verdugo que mandase hacer mucha cantidad de fagina y de cestones, y que se fortificase desde la puerta del Pescado hasta la del Rio, que era la parte más flaca y por donde los rebeldes le habian de hacer más daño; y demás de haberle dado esta órden, le dejó Francisco Verdugo una compañía de infantería más de las que tenia en Zutfent, sin que Loqueman se la pidiese, y pareciéndole que con más de ochocientos soldados que tenia, muy pláticos y viejos, y con las vituallas, pólvora y municiones, y otros pertrechos y reparos, podia defender á Zutfent en tanto que Alexandro iba con el

socorro, se partió Francisco Verdugo á la villa de Deventer, que gobernaba el conde Herman de Vergas, como lo he escrito otras veces. Los soldados de la guarnicion destas dos plazas sintieron mucho cuando vieron que Francisco Verdugo habia vuelto de la corte de Bruselas y que Alexandro no le habia dado gente ni dineros, porque estas esperanzas les habia tenido con tanto ánimo como el que despues perdieron siendo llegada la ocasion. Francisco Verdugo dió en Deventer las órdenes necesarias que el conde Herman de Vergas y su gente habian de guardar para defenderse del ejército rebelde, que ya se tenia nueva los iba á sitiar; y pareciéndole á Francisco Verdugo de la mucha importancia que era mirar por la custodia y guardia de la villa de Groeninghen, como cabeza de la provincia de Frisa, y de tanta consideracion, y más habiendo las sospechas que se tenian de algunos burgueses, y de las inteligencias que tenian con los rebeldes, partió allá, donde sucedió lo que á su tiempo se verá.

A los primeros de Junio recogió el conde Mauricio todo el ejército rebelde que en este medio estaba en los contornos de la villa de Breda, en Brabante, en cuyo país habia hecho algunas facciones y destruídole las campañas, y marchó la vuelta de la villa de Zutfent: Francisco Verdugo no se descuidó de avisar á Alexandro de la punta que los rebeldes hacian para que le enviase socorro, no obstante las muchas veces que lo habia hecho, así desde Zutfent y Deventer, como desde Güeldres, habiendo encargado los despachos á Nicoló Basta, gobernador desta plaza y testigo de las muchas diligencias que habia hecho para ser socorrido; y aunque Alexandro deseaba hacerlo y lo procuraba, no le era posible por las causas ya escritas de pocos dineros, ménos gente y mucho á que acudir. El conde Mauricio que habia deseado estas ocasiones se aprovechó muy bien dellas. Llegó con su ejército de la otra parte del rio Isel donde estaba el fuerte que llaman de Zutfent, que es el que tanto trabajo y sangre costó para sustentarle y poseerle, como en estos sucesos se ha escrito, y para ganarle Mauricio usó de un buen ardid muy necesario en la guerra, y que conviene aprovecharse dellos

ántes que remitir las cosas dellas á la fuerza de las armas, y estas no se deben tomar en las manos sino á más no poder. Hizo Mauricio vestir en hábitos de mujeres una buena cantidad de soldados desbarbados, de los que tenia en su ejército, y debajo de las sayas llevaban sus armas escondidas, y enviólos al fuerte; y supieron usar tambien del órden que les dió, que lo ganaron sin que los católicos se lo pudieran defender, porque cuando se desengañaron que no eran mujeres se habian apoderado de una puerta, y Mauricio que les habia dado calor con más gente en tanto que la defendian rompió á los católicos y ganó la plaza, y fué tan gran pérdida la que hicieron como la de Zutfent; y viendo que no tenia embarazo ni padrastro que le estorbara para ser señor de la villa, pues lo era ya del fuerte, marchó con su ejército y la sitió.

Llevaba en él diez mil infantes y tres mil y quinientos caballos; con treinta y tres piezas de artillería y muchas municiones; aunque fuera menor toda esta máquina, era suficiente para los efectos que Mauricio hizo y otras mayores que quisiera emprender, pues no habia quien se le opusiese. Arrimóse á la villa con trincheas y plantóle las treinta y tres piezas de artillería, y con cada una le tiró tres tiros, y sin hacer otra faccion ni haber estado sobre esta plaza más de cinco dias, se la rindió el gobernador Loqueman tan feamente como por las obras ha parecido, pues para haberlo de hacer una persona que ha prestado juramento á su Rey, ha de haber primero derramado mucha sangre y pasado necesidades y trabajos, y muértole al enemigo mucha gente, y áun con esto no quedara descargado, sino muy sujeto al rigor del castigo; y si se advierte, no puede ningun soldado que defiende plaza satisfacer á su reputacion ni á la de su Príncipe si no es con la vida, perdiéndola peleando; pero Loqueman quedó reservado de todo, como adelante escribiré.

Luégo que Alexandro supo que Mauricio habia levantado su ejército de los contornos de Breda, y que iba la vuelta de Frisa á sitiar á Zutfent, como luégo se entendió, se comenzó á prevenir con grandísima brevedad, y no sólo se valió para esta ocasion de

la gente que habia de quedar para la guardia y defensa de los Estados de Flandes, mas tambien de la que estaba aprestada para ir á Francia, porque en persona quiso socorrer á Zutfent, por haberlo tenido por conveniente los dos consejos de Estado y Guerra, que para este efecto los habia mandado juntar; y no obstante esto, le dijo D. Diego de Ibarra lo mucho que importaba que con brevedad le tomase muestra á todo el cuerpo de la gente que habia de quedar para la defensa de Flandes, y entregarla á los cabos que tenia nombrados, repartiéndola por tropas para que cada uno supiese á donde le tocaba acudir, y que á estos se les diese luégo el órden que habian de tener, pues no se trataba de hacer más de una guerra defensiva y que Alexandro acudiese al apresto de la gente que habia de entrar en Francia, por el mucho peligro que corrian los negocios della, respeto de la dilacion que en esto podria haber, y tambien pudiera deshacerse la gente del Pontífice, que, como ya he escrito, iba marchando á toda priesa, y si llegaba á Francia sin poderse juntar con el ejército español, no hallándose recogido para conservarse con él, corria este peligro, demás de que si el duque de Montemarchano no hallaba á Alexandro, rehusaría juntarse con el de Umena por no obedecer el uno al otro, por cuya causa podria el Sumo Pontífice formar queja de cualquiera cosa que en razon de diferencias le escribiese. Alexandro agradeció mucho á D. Diego de Ibarra lo que le advertia, que como prudente consejero antevia los inconvenientes que se podian ofrecer, y esto con el cuidado y puntualidad que era necesario.

Deseando Alexandro socorrer á la villa de Zutfent, como lo tenia acordado, partió de Bruselas á los 10 de Junio con la mayor priesa que pudo, y envió al capitan Pedro de Castro, Gentilhombre de su cámara y su Camarero mayor y gran privado, á la villa de Diste, donde todavía se hallaban alterados los soldados españoles del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega, que serian mil y quinientos, á hablarles para que en aquella ocasion, pues era tan importante, fuesen á servir al Rey, nuestro señor; y aunque el capitan Pedro de Castro les representó de cuánta importancia serian sus personas para hacer aquel

servicio, y lo mucho que Alexandro lo estimaria y pondria á su cuenta para satisfacerlo siempre que se ofreciese, estuvieron tan obstinados que no fué posible, pues con ser Pedro de Castro uno de los españoles más bien quistos que habia en Flandes, siendo Procurador de todos los soldados, y que á muchos de los que estaban en Diste les habia hecho grandes amistades y que en aquella ocasion pudieran hacer alguna fineza y pagar la obligacion, cuando por el servicio del Rey, nuestro señor, que era lo más forzoso que le debian, por ser algunos dellos oficiales reformados, y que pudieran acabar cualquiera cosa con los demas soldados ordinarios que estaban en aquella alteracion, no pudo sacar dellos el fruto que deseaba; y no siendo posible el reducirlos, marchó Alexandro la vuelta de la villa de Mastriq y recogió allí toda la gente que tenia apercibida para llevar á Francia, que la necesidad precisa del socorro de Zutfent le forzó á valerse dello, y junta con la que habia de quedar para la defensa de Flandes, no eran número de siete mil infantes y mil y quinientos caballos, que era ménos que el que tenia el conde Mauricio, y los unos y los otros eran de una misma calidad, pues no llevaba Alexandro ningunos italianos ni españoles, sino sólo las naciones de aquellos Estados. Los soldados católicos rendidos que salieron de la villa de Zutfent llegaron á Deventer, y dellos tomó el conde Herman de Vergas los que le parecieron más suficientes para defender aquella plaza, y los demas envió al coronel Francisco Verdugo. Loqueman se fué la vuelta del fuerte de Res, que está en las riberas del Rin, porque sabia que Alexandro le habia de pasar por aquella parte, y le iba á esperar para darle disculpas y satisfaccion de como perdió á Zutfent.

El conde Mauricio, ufano de haber ganado la villa de Zutfent, que le era de tanta importancia para asegurar el país de Utreque y las entradas de Holanda, de que siempre se temia que por aquella parte le habian de hacer, y para perder de todo punto los temores que tenia, con ser señor de la villa de Deventer, que era lo mismo que de la de Zutfent para aquel efecto, levantó su ejército y le puso sitio; abrióle trincheas, plantó

cuarenta piezas de artillería y la comenzó á batir furiosísimamente y con grandísima presteza, pareciéndole que con atemorizar al conde Herman de Vergas que la defendia, tendria el mismo suceso que en Zutfent, y áunque le tuvo, no fué por causa del conde Herman que con gallarda determinacion se opuso á defender la plaza, sino por haberle muy mal herido. Por la parte que Mauricio batió la villa no habia terraplen, y confiándose en el rio Isel y en un arroyo que hacia foso por aquella parte, el conde Herman de Vergas se puso á la defensa, áunque siempre creyó que por allí habia de ser más dificultosa la entrada, por respeto del rio. Una bala de artillería del enemigo levantó de la muralla algunos ladrillos y le dieron al conde Herman en la cara y le sacaron un ojo, y estuvo á peligro de perder el otro, y tan al cabo de la vida, que se temió no la cobrara. El conde Mauricio mandó hacer un puente sobre barcas para pasar el rio y dar el asalto. Hízolo poner en la punta del arroyo que servia de foso á la muralla, habiéndolo llevado el rio abajo. La arcabucería católica que estaba sobre la muralla á la mira de lo que Mauricio hacia en el puente, le dió tantas cargas que le mató mucha gente y algunos marineros que navegaban el puente, el cual pusieron por la parte donde habian de asaltar la villa, y pasaron por él para hacerlo (la vuelta de la batería) una bandera con un buen número de soldados, y cerraron valentísimamente; pero los católicos les resistieron y echaron de la batería, no con mucho trabajo, porque los rebeldes no fueron asistidos de otros que habian señalado para cerrar con ellos, porque hallaron dificultad al tiempo de arremeter en el puente, por estar de una parte y otra muy levantados los bordes dél, y con menor daño y más seguridad podian estar los soldados católicos peleando con los rebeldes pica á pica en aquel puesto, como lo hicieron, que no en la batería, y así le ocuparon despues de retirados della los rebeldes; y si tuvieran cabeza que los gobernara sin duda que Mauricio no ganara la villa, ántes bien se retirara della muy feamente y con mucha pérdida; y viendo los soldados que el conde Herman y los Capitanes con otra gente particular estaban tan mal heridos, comenzaron á perder el

ánimo y á tratar entre ellos de rendirse, sin que el conde Herman ni ningun Capitan lo supiese; y cuando se entendió, estaban estas pláticas tan adelantadas que no se pudieron remediar, y se dieron al conde Mauricio y le entregaron la villa, y salieron los soldados con sus armas, banderas y bagaje y se fueron con la demas gente que tenia el coronel Francisco Verdugo, el cual, sabiendo que Alexandro habia llegado al fuerte de Res á los 28 de Junio con el socorro, partió á toda priesa y se fué á ver con él, y se halló en una abadía que se llama Mariambon, al mismo tiempo que iba á visitar el fuerte de Res que gobernaba el señor de Rinavelt, y le dió cuenta de lo que pasaba, que no poco sentimiento tuvo Alexandro de saber el mal suceso de la pérdida de Zutfent y de Deventer. Quejósele mucho Francisco Verdugo del gobernador Loqueman, suplicándole fuese servido de hacer con él la demostracion que era justo por haber rendido á Zutfent sin necesidad ni haber peleado como debiera. Alexandro le dijo que era verdad que habia estado en Res, pero que se fué, y que le avisase que se guardase, porque si parecia delante dél le habia de hacer castigar, y que ganase amigos, y él los habia sabido granjear ántes á costa de los soldados de su regimiento, y lo supo tambien hacer, que despues de muerto Alexandro cobró cuanto sueldo se le debia, procurando descargarse con el conde Mansfelt, que era quien gobernó despues y le dió por libre, sin haber querido oir á Francisco Verdugo, que áun con ser Mansfelt cosa muy suya, tuvo tan buena dicha con él como con todos los demas que gobernaron. Tanto podian sus émulos que no les faltaba causas y razones para contrastar contra la fama y virtud de Francisco Verdugo. Volvióse á Frisa temiendo que el enemigo acabase de ganar aquella provincia, que lo pudiera hacer con facilidad, y lo que pasó lo veremos adelante.

Alexandro se volvió á Brabante sin haber hecho más efecto del que he referido, y porque importaba tanto despachar á Don Diego de Ibarra para ir á Francia, y á la gente que habia de llevar el príncipe de Asculi, no pudo detenerse, y ántes que partiera para el socorro de Zutfent dejó nombradas las personas que habian de ir á Francia con la gente, y asimismo los Oficia-

les del sueldo que habian de llevar el dinero y vestidos de municion que mandó hacer para los españoles y italianos, todo á órden del príncipe de Asculi; y por haber venido á mis manos la patente que le dió Alexandro, me ha parecido escribirla aquí, sacada de su original, y para que de las competencias que sobre la procedencia tuvo con D. Rodrigo de Toledo se juzgue lo que más justo pareciere, la cual decia así:

«El duque de Parma y Plasencia, etc.: Habiéndonos obligado el suceso de la villa de Zutfent y los progresos que por aquella parte y otras van intentando rebeldes y enemigos de S. M., en tanto deservicio suyo y daño de sus vasallos, á salir en campaña con la parte deste su felicísimo ejército que se ha podido juntar en persona, y no pudiendo por este respeto acudir con ella á las cosas de la union de los católicos de Francia, como lo deseamos y demanda su necesidad; y conviniendo nombrar alguna de valor, prudencia, experiencia y autoridad que represente la mia, rija y gobierne durante nuestra ausencia toda la gente de guerra de S. M. que de presente hay en aquel reino, fuera destos Estados, ó viniere de otras partes á juntarse y á depender della, y la conserve en la policía y buena disciplina militar que hasta aquí, para que saque el fruto y se consigan los buenos efectos que se pretenden en beneficio de la causa comun. Concurriendo estas y las demas buenas partes, calidades y requisitos que es notorio en la del señor príncipe de Asculi y duque de Terranova, así por las obligaciones de su nacimiento como por la demostracion con que ha cumplido con ellas en todo tiempo y ocasiones, y señaladamente en las que se han ofrecido en estos Estados desde el año de 88, y en las del socorro de París y las demas empresas que por allí se acabaron el pasado: Nos, habemos resuelto de nombrarle, como por tenor de la presente le nombramos, señalamos y deputamos para que en mi lugar, y representando mi misma persona, durante mi ausencia rija, gobierne y mande la dicha gente de guerra que de presente hay ó por tiempo fuese de S. M. en aquel reino, reconociendo la del señor duque de Umena, de quien depende y ha

de depender toda, por su Capitan general, como lo es de la Corona real dél, en cuyo socorro y ayuda le envia S. M. Por tanto, á su Excelencia advertimos dello. Ordenamos y mandamos á los Maestres de campo de los dos tercios de infantería española y los dos de italiana, á los Coroneles de la Alemania alta, á los de valones, á los Cabos y Gobernadores dellos, al Comisario general de la caballería, á los Capitanes y Oficiales mayores ó menores de las que son ó serán, están ó estuvieren, ó se juntaren en el dicho reino de Francia á sueldo de S. M., á los Oficiales del Veedor general deste ejército y Contadores dél, y por ellos ejercen sus oficios, á los Auditores de tercios, á los de la caballería, al teniente de Preboste y á los demas Ministros de justicia, que por tal, sustituido en nuestro lugar, su cabeza y superior, durante nuestra ausencia, le tengan, obedezcan, respeten y sigan sus órdenes, le hagan tener, obedecer respetar y seguir con tanto en las cosas de la guerra como en las de gobierno y justicia como si fueran propias nuestras ó de su Capitan general, que tal fuerza, autoridad y rigor queremos y declaramos que tengan; y todo lo que más hiciere, por convenir así al servicio de S. M. y ser ésta su voluntad y nuestra en su Real nombre, para cuyo cumplimiento habemos mandado despachar la presente, firmada de nuestra mano, sellada con nuestro sello y refrendada del infrascripto nuestro Secretario, en Bruselas á 9 de Junio de 1591.—Alexandro Farnese.—Por mandado de su Alteza, Cosme Massi.»

Y aunque el príncipe de Asculi era digno de otros muchos y mayores cargos, así por su persona y ser nieto de Antonio de Leiva, aquel gran Capitan famoso que en tiempo del emperador Cárlos V, de feliz memoria, le ayudó á dar tantas victorias, como por su gallardía y buenas partes, estimó en mucho el título ó patente que le dió Alexandro; y deseoso de emplearse en las ocasiones que se ofreciesen en las guerras de Francia, se previno á partirse, como lo hizo, con D. Diego de Ibarra, el cual salió de Bruselas á 22 de Junio, llevando consigo el dinero para el duque de Umena y para socorrer la gente de guerra del

Rey, nuestro señor, llegó á la villa de Mons, en Henaut, y desde allí avisó al duque de Umena le enviase escolta á la villa de Res, donde estaria á los 28; el de Umena le respondió con un Gentil-hombre de su casa que dejase al príncipe de Asculi y el demas embarazo que llevaba y se adelantase á verle á la villa de Amiens, en Francia, donde le esperaria ántes de irse á la de Roam, porque estaba de partida, y con ser camino peligroso, porque andaban tropas de enemigos franceses de la guarnicion de la villa de Corbél, por junto á la de Durlans; al mismo tiempo que D. Diego recibió el aviso, lo puso por obra; y en viéndose con el duque de Umena, despues de las usadas cortesías, le dió la carta de Alexandro; y habiéndola visto y hecho gran demostracion de contento con su llegada, le dió algunas quejas por ver que en alguna manera se habia faltado á lo que se ofreció á Monsieur de Brisac, y de no haberle enviado dineros en tanto tiempo, con que pensaba hacer sus levas de gente, por cuya causa no tenia más de la del Rey católico que le habia dejado Alexandro cuando volvió á Flandes, y tan inferior á la del Bearnés que no podia oponérsele ni evitarle no saliese con cuanto intentase, por cuya causa las villas católicas de Francia habian concebido algunos temores y dado ánimo á los que seguian la parte del Bearnés para fomentarle y darle ocasion á emprender cualquiera cosa.

D. Diego de Ibarra que habia estado atento á las razones del duque de Umena, las procuró satisfacer con su mucha prudencia y cortesía, y le ofreció de parte de Alexandro que de allí adelante se restauraria el tiempo que se habia perdido con nuevo esfuerzo de gente y dineros, de suerte que se echase de ver se cumplia con más de lo ofrecido al conde de Brisac, y que creyese que, mediante Dios, las fuerzas del Bearnés no darian tanto cuidado como hasta allí, por medio de los del Rey católico, como se veria en las ocasiones que se ofreciesen; y esto era posible, porque demás de tener el Bearnés en este medio su ejército muy dividido, no llegaba el número á diez mil infantes y á dos mil y quinientos caballos, y decian que en este tiempo queria ir á recuperar la villa de Jateo Tiri, ó sobre la de Rens

en Jampaña, que le caia cerca de donde se hallaba, ó de ir á recibir el socorro que le bajaba de Alemania, el cual esperaba por momentos; y de parte de Alexandro advirtió D. Diego al duque de Umena que le parecia se mejorase con la gente que tenia la vuelta de Lorena, para que se juntase con la del Pontífice y con las tropas de españoles que iban de Italia á cargo de D. Rodrigo de Toledo, Gobernador del Alejandrino en el Estado de Milan, á quien llamaron despues el tercio de Ginebra, porque habian estado sobre aquella plaza, y otro de españoles que llevaba el Maestre de campo D. Luis de Velasco, que hoy es General de la caballería de los Estados de Flandes, hermano de D. Bernardino, conde de Salazar y Castilnovo y del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, muy valiente caballero y bizarro soldado. Con toda esta gente y con cuatro mil valones que Alexandro pensaba llevar y seiscientos caballos para esta ocasion, que se podia deshacer al Bearnés y que no se juntasen con él las fuerzas y socorros que le iban de Alemania.

Este parecer que D. Diego de Ibarra dió al de Umena de parte de Alexandro le pareció muy bien, y á D. Diego muy forzoso que para esta ocasion se hallase Alexandro en persona, así para lo que he apuntado como para evitar las diferencias que habria viéndose juntos el duque de Umena, el de Montemarchano y D. Rodrigo de Toledo, que todos querrian hacer cabeza y gobernar. D. Diego de Ibarra, como prudente caballero, previno este inconveniente (que lo era muy grande), y lo escribió á Alexandro; y porque no se le quedase nada por prevenir y proveer, advirtió al de Umena el modo como se habia de distribuir el dinero que el Rey, nuestro señor, le habia proveido para las levas y sustento de su gente, por cuanto habia de ser por su mano, en que vino el de Umena á conceder cuán justo y razon era que se hiciese en aquella forma que D. Diego le habia advertido; pero tambien le confesó con grandísimo sentimiento que él, su mujer é hijos comian y vestian casa, parientes y amigos del dinero del Rey católico, porque de su hacienda no gozaba de un real, ni tampoco muchos de los Señores que le seguian, sin poder sacar ningun dinero á las villas que estaban

á su devocion, de que se sentia alga corrido, pues siendo Gobernador dellas no se habian comedido á hacerle siquiera un ofrecimiento, y de la misma manera que él corrian los duques de Nemurs, el de Umala, el conde de Brisac, el de Tavanes y San Pol con todos los demas Príncipes y Señores que seguian la Liga católica. Esto causó á D. Diego de Ibarra mucha admiracion, y de ver no podria acudir á tantas obligaciones como le corrian con los cinco mil escudos; y en lo que más platicaron y discurrieron fué porque el de Umena pretendió que los cien mil escudos que llevaba D. Diego habian de servir para la leva de la infantería y caballería que habia de tener para lo señalado en Lorena ó para la entrada de Alexandro en Francia; y de no dárselo luégo á las personas que habia prevenido, corria muy gran peligro, pues no podian dar la muestra de la gente para en fin de Agosto, y seria cierto perder el crédito, como tambien el gasto; y demás de los cien mil escudos dijo habia menester otros cincuenta mil, y así hacia cuenta que no se le daban las pagas de los meses de Junio y Julio, sino que estas se le habian de dar aparte, y para esto representaba sus muchas necesidades y el no tener ni hallar otro medio con que remediarlas, sino con el que esperaba del Rey católico; y daba á entender no se cumplia con él como se le habia ofrecido. D. Diego le satisfizo con asegurarle que por horas se esperaban muy grandes provisiones de dineros, y que entónces se le acudiria como era razon, y que las partidas que hasta allí le habia enviado Alexandro eran quitándolo á cosas muy precisas y forzosas á que habia de acudir, no obstante que buscaba el dinero con crecidos intereses que daba á los mercaderes despues que salió de Francia.

Destas y otras pláticas que pasaron juzgó D. Diego de Ibarra que lo más conveniente era que el Rey, nuestro señor, diese al duque de Umena una suma de dinero cada mes, con que se obligase á sustentar la infantería y caballería que se le señalase, y que ésta estuviese siempre efectiva y sujeta á que se le tomase muestra siempre que fuese necesario por ministros del Rey, nuestro señor, y que los que faltasen se hiciese baja

dellos en el dinero á la rata, y así se lo representó y procuró se pusiese en ejecucion, escribiéndoselo á Alexandro; y aunque él aprobó y tuvo por bien este parecer de D. Diego de Ibarra, estimándoselo como era razon, y que era el que convenia para aprovechar la hacienda del Rey, su tio, y que hiciese el dinero que se distribuia, no le pareció buena coyuntura ni sazon asentar esto, así por estar el tiempo tan adelante como porque habia de durar muy poco aquel gasto; y así, mandó que se excusase, no estimando en ménos esto que D. Diego de Ibarra le advertia como el haberle avisado que Monsieur de Balani, Gobernador que era de la villa de Cambray, andaba cuidadoso y desvelado, pareciéndole que los ejércitos del Rey católico que se prevenian no se moviese alguno contra él; y así deseaba asegurarse, porque como tenia en la memoria la burla que hizo de haberse quedado con el dinero que Alexandro le mandó dar cuando entró la primera vez en Francia, andaba tan temeroso; y lo que D. Diego advirtió en este medio á Alexandro, era que se le hiciese á Balani todo el mal que se pudiese á su tiempo, y en tanto asegurarle deste intento de suerte que entendiese que se dejaban engañar dél. Y en cuanto á lo mucho que importaba tratar de hacer prevenciones de bastimentos, porque en esta sazon los habia muy buenos y á moderados precios en la provincia de Picardía, los cuales no se hallaran pasada esta ocasion, lo aprobó Alexandro por muy conveniente; pero dificultólo por ser á tiempo que se hallaba sin dineros; mas no por esto dejó de agradecer mucho á D. Diego de Ibarra éste y otros advertimientos que con su prudencia y buen celo siempre daba.

Era tanta la necesidad que en este medio pasaba la villa de París, que casi estaba como sitiada, porque como el Bearnés habia ganado á Xatres y á otras plazas de donde la proveian, y el pueblo menudo de aquel lugar era tanto, por mucho que se proveyera sienpre faltaban bastimentos, y lo pasaba tan mal la guarnicion que allí tenia el Rey, nuestro señor, que le obligó al duque de Umena, á persuasion de D. Diego de Ibarra, de más de un tercio de paga que recibian de S. M. católica, que importaba dos mil y trescientos y doce escudos de á diez reales, á

socorrer los soldados y á sus Oficiales; y por ser el socorro excesivo y no visto en la guerra, lo escribiré. A cada Capitan se le daban cuatro escudos cada dia, y dos á cada Alférez, y uno á los Sargentos y á los Cabos de escuadra; á soldados aventajados y mosqueteros á tres reales á cada uno, y á los soldados ordinarios á dos, lo cual se continuó hasta que en París hubo más bastimentos y no tanta carestía; pero no se les cargaba á ninguno dellos más de lo que importaba su sueldo ordinario, y montaba este socorro que recibian por cuenta del Duque de Umena cinco mil y doscientos y sesenta escudos, y con los dos mil y trescientos y doce, eran al mes siete mil y quinientos y setenta y dos escudos, con ser tan poca la guarnicion de soldados como he escrito, pues no llegaban á mil hombres, inclusos quince Capitanes con los demas Oficiales de otras tantas compañías, las dos de españoles, siete de italianos y seis de valones; y desde este tiempo hizo D. Diego quedase asentado que á esta guarnicion de soldados del Rey, nuestro señor, los habian de socorrer sus ministros y no los del duque de Umena.

Pocos dias ántes que D. Diego de Ibarra llegase á Francia á verse con el duque de Umena, habia dado órden se desalojasen los tercios españoles, italianos y demas naciones, y fuesen á la de Monsieur de Rona, Maestre de campo general de toda la gente católica de Francia; y sin que valiesen los estorbos y buenas razones de soldado del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, sitiase á la villa de Berbi, que está en la provincia de Picardía, al confin de Francia y frontera del país de Artoys, una de las provincias de Flandes, para limpiar aquel paso y que estuviese por aquella parte más seguro; y habiéndole puesto sitio, tomó la empresa el tercio de españoles de D. Antonio de Zúñiga y de D. Alonso de Idiaquez. Abriéronse las trincheas y arrimóse al foso con harto trabajo, y lo pasó muy grande la compañía del capitan Hernando de Isla, del tercio de D. Antonio de Zúñiga, en llevar los cestones por estar tan cerca de la villa que les mataron algunos soldados y hirieron á otros muchos. Plantáronse seis piezas de artillería y se comenzó á batir la muralla con harta furia, pero hízose muy mala batería y no se

batió un torreon que hacia través á ella, que fué causa de costar mucha sangre española, particularmente á los soldados del tercio del Maestre de campo D. Antonio, que dellos pendió en este sitio y faciones que en él hubo todo el trabajo. Y habiendo enviado á los alféreces Diego de Velasco y Bustos, soldados de la compañía del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, á que reconociesen la batería, fué tan grande la apresuracion de Monsieur de Rona, que aunque D. Antonio le fué á la mano para que esperase la relacion que habian de traer los reconocedores, no fué posible, y así dió órden para que se arremetiese, facilitando tambien esta empresa el Capitan y Sargento mayor Simon de Itúrbeda, que lo era del tercio de D. Alonso de Idiaquez y Gobernador dél. Cerraron de vanguardia con sus compañías animosamente los capitanes Gilberto Perez Machon y Fadrique de Villaseca, del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y midiendo las picas con los franceses enemigos comenzaron á pelear con grandísima gallardía, y con la mayor que se pudo defendieron la batería, fiados del mucho daño que hacian á los españoles desde el torreon, que era un través tan malo que de la mucha arcabucería y mosquetería que despedia por las troneras encubiertas que tenia, no quedó soldado español de los que habian arremetido que no fué muerto ó herido; y viendo no se podia entrar por aquella parte en la villa, sin quitar primero el través, demás de ser la batería muy estrecha y mala, dió órden el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga que tocasen las cajas á retirar. Hízose con grandísima presteza dejando los puestos que en la muralla habian ocupado los españoles, cosa bien nueva y pocas veces vista en esta nacion, desamparar una batería despues de haberla ocupado sin ganar la villa; pero si se pudiese admitir disculpa, la hubo muy grande, por haber dado este asalto contra todo el buen uso y órden militar, y contra la voluntad del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga y de sus Capitanes, que como tan grandes soldados antevieron el peligro en que se ponian en arremeter á una batería sin estar bien reconocida, ni esperado la relacion de lo que en ella habia, ni haber batido los traveses, cosa bien nueva en semejantes

ocasiones, como se vió despues, que demás de ser la parte más fuerte de la villa por donde se dió el asalto, no hizo el artillería más efecto que abrir un pequeño portillo que estaba arrimado al torreon y través, y con él defendian los franceses la entrada, cosa muy fácil por la defensa tan grande que tenian; y al tiempo de retirarse los españoles salieron los enemigos y se pusieron sobre la batería, tremolando las banderas y haciendo grandes alegrías, manifestando el contento de no haber perdido la plaza; y no hacian en esto mucho, pues era más fuerte de lo que he referido.

El duque de Umena habia dado órden á Monsieur de Rona que procurase ganar esta villa sin saquearla, y por cogerla entera hizo plantar la batería por la parte más dificultosa, pareciéndole que en haciéndolo se habian de rendir luégo los franceses; pero sucedió lo contrario, como se ha visto, pues ántes les sirvió de mayor ánimo para defenderse y repararse por aquella parte donde tambien era el foso seco y tenia el arce de ladrillo y argamasa, y tan alto que le hacia más fuerte; y habiéndolo enviado á reconocer Monsieur de Rona al alférez Francisco Marin y á Diego Ruiz Porcel, soldados de la compañía de D. Juan de Carvajal, naturales de Baeza y muy valientes, le hizo relacion el Alférez que era necesario hacer unas surtidas en el mismo arce del foso para poder arremeter á la batería y retirarse della si fuera necesario, como se retiraron. Por no haberse hecho estas surtidas, habiendo dicho lo mismo los alférecez Diego de Velasco y Bustos, que ántes fueron á reconocer la batería, mataron á tantos soldados españoles cuando arremetieron á ella por no poderse retirar al tiempo que se les dió órden lo hiciesen, que siendo, como he apuntado, el arce del foso tan alto, no podian los soldados subir á él, aunque se daban las manos unos á otros y se ayudaban lo mejor que podian, era tan grande el espacio con que esto hacian (por este respeto), que daba lugar á los franceses para arcabucearlos, como lo hacian muy á su salvo, aunque al tiempo del arremeter á la batería se le dió órden al alférez Francisco Marin que con treinta soldados españoles del tercio del Maestre de campo Don

Antonio de Zúñiga ocupase otro torreon que estaba junto al portillo (como lo hizo gallardamente), no fué de importancia por haberle dado órden Monsieur de Rona que aunque pudiese entrar en la villa no lo hiciese hasta que oyese tocar una trompeta, que era la señal de arremeter; y como se iba con fin de atemorizar á los franceses creyendo se rindieran con estas facciones por ganar la villa entera, ni se quitó el través del torreon ni se dejó reconocer bien la batería; y se advierte que el que ocupó el alférez Francisco Marin con los treinta soldados se correspondia y daba la mano con el otro que hacia través á la batería; y habiéndola desamparado los españoles, y visto Don Antonio de Zúñiga lo que habia costado y el mal órden que se tuvo, sintió mucho que no hubiese lucido su deseo, que fué siempre de estorbar no se hiciese ninguna faccion gobernada por los franceses, que como les costaba tan poco la sangre española que se derramaba, porfiaban siempre en su opinion, llevando la mira á sólo su negocio y causa, sin considerar los inconvenientes que se podian ofrecer, cosa que tanto se debe mirar en la guerra más que en otra parte.

Por la que era más flaca de la villa se mudó la batería para acometerla, pues ya que por la primera habia sucedido tan mal, como se ha visto, y que no convenia á la reputacion española levantarse del sitio desta villa de Berbi sin ganarla, se comenzaron á abrir nuevas trincheas y á arrimarse á la muralla; pero los franceses que la defendian tomaron mejor acuerdo por parecerles que los españoles habian de vengar la sangre que sus amigos derramaron tan á costa de la suya, y que no dejarian hombre á vida; y temerosos de no quedar con ellas tocaron una caja y pidieron la paz. Monsieur de Rona que no deseaba otra cosa se la concedió luégo, y le entregaron la villa, saliendo los franceses enemigos rendidos, con sus armas, banderas y bagajes. Serian setecientos infantes y una buena tropa de corazas, que estos, como caballeros y gente tan particular, fueron los que defendieron el asalto y dieron ánimo á los demas para resistirlo. Ganáronse en esta villa muchos bastimentos y municiones, y

se logró el deseo que el duque de Umena tuvo en que esta villa se ganase entera sin que se saquease, y la guarneció de franceses católicos; pero aunque era tan gallardo Capitan y Príncipe valeroso, no imitó en esta empresa á los experimentados y prudentes Generales, como el Sr. D. Juan de Austria y su sobrino Alexandro, y el duque de Alba, que posponian sus propios intereses y el de su Rey por conservar los soldados, y no aventurarlos en las baterías, sin tenerlas, no solamente bien reconocidas y con buena relacion de los padrastos é inconvenientes que se podian ofrecer, pero tambien muy seguras y libres de los traveses que las hacen peligrosas para dar los asaltos; y por no considerar esto costó el de Berbí mucha sangre española; y los que más honradamente la derramaron fué el capitan Gilberto Perez Machon, que quedó muerto en la batería, habiendo peleado con tanto valor y ánimo como se puede creer de un tan honrado soldado. Causó mucha lástima á todo el ejército español porque siempre fué bien quisto y muy amado de todos. Era natural (como he referido) de la villa de Ambel, en el reino de Aragon, á doce leguas de Zaragoza. A el capitan Fadrique de Villaseca, valiente catalán, que con él habia arremetido, le dieron un arcabuzazo en un ojo que se lo echó fuera, y vivió despues muy lastimado y con poca salud. Peleó tan bien como el que más. Mataron al alférez Pedro de Vicuña, muy gallardo y animoso soldado, natural del reino de Navarra, sobrino del Capitan y Sargento mayor Simon de Itúrbeda, que no poca causa fué de su muerte y de la de otros muchos por haber facilitado la empresa. Dieron dos arcabuzazos en las piernas al alférez Hernando Zapata, que lo era de la compañía del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, esforzado y particular soldado; é hirieron muy mal de un arcabuzazo en las íngles al alférez Diego de Velasco; y otro en una pierna á Juan Salvador, Sargento de la compañía del capitan Gilberto Perez Machon, y sobrino suyo; é hirieron al alférez Nicasio de Cubas, natural de Torrejon de Velasco, y á otros muchos valientes españoles, sin los que perdieron las vidas, habiendo tambien ellos muerto y herido á muchos franceses en el asalto,

que aunque fué más sangriento que reñido por el través del torreon, no fué tan á su salvo la retirada de los españoles de la batería que no les costó mucha sangre y trabajo.

Deseaba el duque de Umena que se hiciese la junta de los Estados en la villa de Rens, situada en la provincia de Jampaña, pero D. Diego de Ibarra, vigilante á todas sus acciones y á las de los demas Príncipes de la Liga católica, procuró difirir esta junta pareciéndole importaba al servicio del Rey, nuestro señor, no se hiciese sin tener más cerca las fuerzas del ejército que Alexandro aprestaba en Flandes, pues con ellas se conseguiria y con más facilidad lo que se deseaba de la eleccion de un Rey católico, si bien el duque de Umena lo dilataba cuanto le era posible, así por su particular pretension á la Corona, como porque le durase más la potestad y gobierno que tenia de la Liga católica; y entendiendo estos disignios D. Diego de Ibarra, iba fabricando modos y trazas nunca imaginadas para deshacerlos, sin que se le entendiese su intento, que éste era mayor trabajo y lo que más le traia cuidadoso; y es de tanta más consideracion saber los hombres encubrir y disimular (particularmente en la guerra) las trazas y estratajemas que saberlas poner en ejecucion; y si el de Umena la tuviera en la junta que en la villa de Rens queria hacer, que era (como he referido) que las del partido católico contribuyesen con algun dinero y gente, cosa que se tenia por difícil y dudosa, se pudieran recrecer algunos inconvenientes difíciles de remediar y prontos en suceder, para conseguir lo que se deseaba, á cuyo efecto atendió D. Diego de Ibarra con la solicitud y cuidado que en estos escritos se verá.

Monsieur de Villers, Gobernador de la villa de Havre de Gracia y gente de guerra que habia en ella, daba envidia á otros muchos franceses que deseaban igualarle, por ser valeroso y prudente, y con este medio el Vizconde de Tavanes, á cuyo cargo estaba la villa de Roam, no tenia la buena correspondencia con Villers que se le debia, y habiéndole entendido el duque de Umena partió con harto cuidado y temor la vuelta de Roam, pareciéndole que si pasaban adelante las competen-

cias de estos dos caballeros se ponia á riesgo de perderse aquella villa, porque como todos los Gobernadores que lo eran de las que estaban á devocion de la Liga católica tenian sus fines particulares, que les tiraban más que otros respetos, y no poderles el de Umena mandar con resolucion ni superioridad, sino rogándoles, que para los Príncipes es una pension muy pesada, particularmente en la guerra, donde la obediencia es más útil que en otra cualquiera profesion, y el temor de no ser obedecido el de Umena hallándose ausente, le hizo apresurar el viaje de Roam, y pasó por la villa de Amiens donde tambien tuvo que acomodar, sospechoso de lo mismo que temia del Vizconde; y el intento que tuvo fué de sacarle de Roam, pero detúvose en Amiens más de lo que quisiera por no atreverse á pasar, porque habiendo el Bearnés entendido su viaje le estuvo esperando en el paso con toda su caballería, mudándola en puestos todos los dias y las noches, y con ser tan evidente el peligro que se ponia el de Umena en hacer su viaje, y aunque tenia quinientos caballos, los doscientos del Rey católico y los trescientos franceses, no se quiso valer dellos sino solamente de cincuenta de los primeros, porque como no iba á pelear sino á sólo hacer diligencia, le pareció aventurarse con tan poca gente; y en este medio le llegó aviso de Monsieur de Rona de haber ganado la villa de Berbi, y tuvo con esta nueva tan gran contento como el pesar que D. Diego de Ibarra le mostró, así por la pérdida de los españoles como por lo mucho que importaba conservarles para mayores ocasiones. Díjoselo al Duque con razones bien eficaces, suplicándole mirase mejor por la gente de guerra del Rey, nuestro señor, de allí adelante, pues la tenia para defenderle y ampararle, y que no la arriscase en facciones de tan poca importancia, siendo mejor entretenerse y conservarse sin pérdida que aventurar soldados de tanta consideracion en empresas inútiles, pues sabia que con brevedad se le juntarian mayores fuerzas con que podria hacer la guerra más á su salvo. Respondióle que habia sido de mucho momento ganar esta plaza para limpiar el paso de los Países-Bajos, demás de ser frontera del Artoys, y que procuraria hacer adelante lo que

le decia; pero hubo tan poca enmienda como adelante se dirá, que á no ser la milicia española fundada en tan grande obediencia, habia tenido muchas ocasiones para rehusar las órdenes del duque de Umena; pero ninguna puede haber donde se atraviesa la de un Capitan general á quien se le debe todo el respecto que se sabe; pero tal vez dan ocasiones algunos que despropositadamente emprenden faciones donde se aventura á perder la reputacion sin esperanza de ganar ninguna, que aunque se les perdiese la obediencia pienso que no incurririan en desgracia de su Príncipe, ántes bien merecerian premio, como verdaderamente lo tuvo muy bien merecido el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, que muchas veces le fué á la mano al duque de Umena, excusando con esto mucho derramamiento de sangre, y conservando á sus soldados para mayores ocasiones; pero aunque todas las veces no podia estorbar sus apresurados movimientos, algunas aprovechaban las diligencias que hacia. Partió el de Umena para la villa de Roam á los 6 de Julio en la noche, habiendo enviado ántes un Gentil-hombre de su casa al duque de Lorena, y otro al de Montemarchano á prevenirles que para último deste mes seria en los confines de Francia y frontera de Lorena, para que uniéndose todos pudiesen hacer algun daño al Bearnés.

No dejaban los émulos de Alexandro de murmurar dando á entender que maliciosamente dilataba la entrada en Francia, que sin riesgo ninguno podia dejar á los Estados de Flandes; pero considerábanlo tan mal, como la experiencia lo dió siempre á entender, porque hacia tan grandes diligencias que no cesaba un punto de prevenirse y proveerse, en tanto que de España le llegaba la provision del dinero que por momentos esperaba, pues sin él mal podia poner en ejecucion nada que le estuviese á cuento para salir con lo que pretendia. No sólo se contentaron los que le murmuraban en Flandes y Francia con pasar la palabra de lo que injustamente deponian dél, pero tambien escribieron á Roma dando á entender al Sumo Pontífice, cuán atras tenia Alexandro en Flandes las cosas para la entrada que habia de hacer en Francia á socorrer á los católicos della,

con fin de inclinarle y que le hiciese malos oficios, y que tambien la intencion del Rey católico no era otra que obligar á Su Santidad en las cosas de Francia, y en dejándole empeñado en ellas, salirse fuera sacudiendo de sí la carga de la Union católica que ya le parecia (cansado della) muy grave y pesada. Otras cosas de más punto y más consideracion le obligaron á creer que todas ellas eran muy fuera de razon y léjos de la verdad, y fué necesario para deshacerlas que Alexandro escribiese al Pontífice y le diese una muy gran satisfaccion por medio del duque de Sesa, Embajador en Roma por el Rey, nuestro señor; y como estas cosas pasaban tambien por las manos de Don Diego de Ibarra, alcanzándole la misma parte de pesar y cuidado que á Alexandro, le escribió en este medio que el verdadero camino de dar á entender al Pontífice que le engañaban era procurando que el duque de Montemarchano, su sobrino, hallase cuando llegase á Lorena lo que estaba resuelto, con que se aseguraba el verdadero cuidado que tenia, y con que se aprestaban las demas fuerzas que Alexandro estaba juntando en Flandes, pues era de creer se lo escribiria á su tio el Pontífice en la misma conformidad, y se le quitarian las sospechas que sus émulos le habian puesto para no conocer el celo y cristiandad con que acudia Alexandro al servicio de Dios y del Rey, su tio.

Ya en este tiempo, que eran los 8 de Julio, volvió de España el Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, cuya llegada habia sido tan deseada, que otra ninguna de mayor contento le pudiera ir á Alexandro, y habian lucido tan bien las diligencias y buena solicitud de D. Alonso, como se podia desear, pues llegó con setecientos mil escudos en letras que le dió á Alexandro; los trescientos mil para las prevenciones de aquel verano, y los cuatrocientos mil para pagar el sueldo que se les debia á los españoles alterados del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega, que todavía se estaban obstinados en la villa de Diste; y estos cuatrocientos mil escudos eran á pagar el mes de Mayo venidero, y sin estos otros doscientos y cincuenta mil escudos en letra que habian enviado por Abril pasado para la provision

del de Mayo. Tambien llevó D. Alonso un millon y novecientos mil escudos de provisiones hasta en fin de Octubre, á razon de trescientos mil escudos al mes; y á los de doscientos mil los de Noviembre y Diembre; y con ésta llevó carta del Rey para Alexandro en que le encarecia mucho el esfuerzo tan grande que se habia hecho para enviar estas provisiones, por ser á medida de la necesidad con que se estaba, nacida de lo mucho que se habia consumido y gastado los años pasados, y encargaba á Alexandro que pusiese grande cuidado en la distribucion conforme á las órdenes y repartimientos que se le enviaba, que en esto iba tanto como se consideraba, y en que no se aplicase en otra cosa, y que en todo caso se procurase aquel verano sacar el fruto que se pretendia en lo de Francia para su bien y sosiego y de toda la cristiandad; y aunque confiaba que para la entrada en ella tenia levantada la gente necesaria, le encargaba una y muchas veces encarecidísimamente se diese en todo la buena maña, priesa y diligencia que el caso pedia. Estas palabras del Rey, su tio, tan eficaces como importantes, pudieran en otro que no tuviera la voluntad de Alexandro hacer mucho efecto; pero él lo procuraba tan de veras, que se pudieran excusar, porque no cesaba un punto en la solicitud y cuidado que tenia.

Las fuerzas con que se hallaba en este medio el Bearnés, aunque no se le juntaran las que esperaba de Alemania, eran muy superiores á las del duque de Umena, no obstante que le hubieran llegado las que le iban de Italia, por cuya causa era señor de la campaña y hacia muy buenos efectos, porque no habia quién se le opusiese; y aunque el duque de Umena lo deseaba, no podia, y le hubiera sido más provechoso haber conservado y rehecho la gente del Rey, nuestro señor, que le dejó Alexandro cuando se fué á Flandes, que no aventurarla en ocasiones de tan poca importancia, donde se habia consumido la mayor parte, como se ha visto, pues no se hallaba en este medio (que era á mediado Julio) en los dos tercios de D. Antonio de Zuñiga y de D. Alonso de Idiaquez más que mil y trescientos españoles, y trescientos y cincuenta italianos en el de Camilo Capezuca, y mil alemanes y setecientas lanzas y arcabuceros á caballo, y

muy pocos los franceses, y toda esta gente era la que se retiró poco habia del sitio de la villa de Berbi, y estaba en este medio alojada cerca de Monfortaine, no muy distante de Berbi, donde el duque de Umena decia que se hallaria en sabiendo habia llegado el príncipe de Asculi; y en el entretanto campeaba Monsieur de Rona con la poca gente que he escrito tenia del Rey, nuestro señor, haciendo tantos movimientos con ella como de ántes, sin poder entender con qué fin ni esperanzas. Púsose sobre el castillo de Aumont, que es del duque de Nivers, en la provincia de Jampaña, y quitó que los españoles lo asaltasen; pero D. Antonio de Zúñiga lo estorbó con gran instancia, y así mandó tomasen la empresa sus franceses, que fué la primera faccion que hicieron, y ántes de batir el castillo ni dar el asalto, llegó el príncipe de Asculi, que fué á los 24 de Julio, con los seis mil valones que llevaba á cargo de las reclutas que se hicieron para rehenchir los regimientos de Monsieur de Barbanzon y de Monsieur de Balanzon, no sin peligro y harto embarazo con los carros de los vestidos de municion que llevaba, que eran más de cincuenta, y tambien el dinero para socorrer la gente, que no poco contento recibieron los soldados por las muchas necesidades que pasaban. Batieron los franceses el castillo de Aumont á vista del ejército español que miraba el modo y órden de pelear que tenian, y no fué poco de ver cómo dieron el asalto, pues subiendo por la batería arriba, no obstante que el castillo estaba en alto, llegaron sólo á medir las picas con los enemigos que salieron á recibirlos con mucha gallardía, y les dieron una muy buena carga de arcabucería; y sin hacer más faccion ni pelear se volvieron á bajar, habiendo recibido mucho daño; y porque Monsieur de Rona les envió á decir que si no se rendian les habian de dar los españoles el segundo asalto, acordaron de hacerlo otro dia siguiente, entregándole el castillo. Con los vestidos de municion que llevó el príncipe de Asculi se repararon en parte los españoles é italianos, porque estaban tan desnudos que en ningun tiempo les podian llegar que más bien les estuviera, aunque el dinero que se les llevó fué tan poco que no se pudo dar más de un tercio

de paga, y se les debian tantas, que cualquiera que se les diera lo tenian muy bien merecido y deseado por haber trabajado mucho más que acostumbraban en Flandes, donde los inviernos tenian descanso, y jamás en Francia lo tuvieron, andando siempre tan inquietos como lo mostraron en las ocasiones que tuvieron.

El duque de Umena no habia vuelto de la villa de Roam, donde todavía se estaba acomodando las diferencias que tuvieron el vizconde de Tavanes y Monsieur de Villers; y como se habia pasado el término que ofreció de estar en el ejército español que ya tenia á cargo el príncipe de Asculi, daba cuidado su vuelta, y más por haberse tenido aviso que el Bearnés le tenia ocupados los pasos con toda su caballería; pero el duque de Umena, que deseaba cumplir lo que habia ofrecido, demás de la mucha falta que su persona hacia para el expediente de los negocios que los Ministros del Rey, nuestro señor, tenian á cargo y le daban harta priesa, particularmente D. Diego de Ibarra, que no dejaba con presta solicitud de hacer mucha instancia en ellos, se determinó (atropellando cuantas dificultades se le ofrecian) de ir á Roam, para donde se partió luégo, y se supo en el ejército español que á los 25 de Julio habia llegado á la provincia de Beaboys, que es entre las villas de Roam y la de Amiens, y que pasaria por la de París y llevarian pocos más de ochocientos caballos; y en este mismo tiempo se tuvo nueva que el Bearnés se habia levantado con su ejército y hecho demostracion de ir sobre Noyon, villa de mucha importancia en la provincia de Picardía y situada en la ribera de Oyssa; y porque convenia divertirle y romper sus designios, le pareció al príncipe de Asculi, á D. Diego de Ibarra y á D. Antonio de Zúñiga levantar el ejército y dar calor á esta plaza, no con más fin de lo que he referido, pues para socorrerla y oponerse á las fuerzas del Bearnés eran muy inferiores las españolas.

Marcharon hasta el lugar de San Germantmonte, no muy léjos de Noyon, con qué se le dió esperanzas de socorro; pero el duque de Umena, que se hallaba más á la mano, se le envió de mucha infantería y caballería á cargo del vizconde de Tavanes,

pero sucedióle muy mal, porque habiendo encontrado con las tropas del Bearnés, fué roto y desbaratado, quedando muy mal herido y en prision de los enemigos, pero con muy poca pérdida de su gente, que por salvar las vidas se escaparon casi todos los soldados. El Bearnés prosiguió en su empresa (segun se entendió) con mucha fuerza de gente, si bien en este aviso hubo alguna variacion, porque todos los que iban al ejército español eran por vía de franceses, y tan inciertos, que pocas veces ó ninguna tenian por verdaderos de lo que pasaba en el ejército bearnés, que no era poco trabajo haber de sujetarse á espías poco secretas, mal avisadas y ménos verdaderas, hallándose esta misma falta en algunos franceses de quien se podia prometer muy entera fe y crédito, y así no se podia dar á estos avisos; y el más cierto que hubo fué que el Bearnés se hallaba en el sitio de Noyon con ocho mil infantes y mil y quinientos caballos, y buena cantidad de municiones y artillería, sin otros tres mil infantes y quinientos caballos que se entendió habia llevado el duque de Nivers la vuelta de Lorena, y otro número que tenia el mariscal de Aumont para juntarse con los raytres y Alemanes que el Bearnés por momentos en este medio esperaba; y el evitar que no se juntasen estas fuerzas era lo que Alexandro habia procurado, y D. Diego de Ibarra hecho extraordinarias diligencias para lo mismo, con que juntándose el ejército español con la gente del Pontífice, que iba á cargo de su sobrino el duque de Montemarchano, que avisaban partiria del Estado de Milán á los últimos de Julio, y con el esfuerzo que haria Alexandro, como se habia tratado, el cual se tardaba, al parecer de algunos, más de lo que entendian y lo solicitaba D. Diego de Ibarra con harto más veras que ellos lo deseaban, y representaba muy de ordinario en las cartas que escribia á Alexandro, de cuánta importancia era no perder tan buena ocasion como la presente, y en tanto que se juntaban las grandes fuerzas para hacer la guerra más vivamente al Bearnés, romperle y desbaratarle el socorro que esperaba de Alemania; pero Alexandro le satisfizo á esto, reiterando lo que otras veces que tenia por muy acertada esta resolucion, pero que cuando se trató deste punto se resolvió que

aquel número de gente que ofreció se habia de juntar de las nuevas levas con la caballería de los hombres de armas y el tercio de españoles del Maestre de campo Manuel de Vega, que áun se estaba obstinado en su alteracion, y tanto, que no habian querido admitir los Comisarios y Oficiales del sueldo para fenecerles sus cuentas, siendo ya los últimos de Julio, no obstante que estaba con ellos para este efecto y ponerlos en razon el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que por ser tan bien quisto y amado de todos los soldados le habia enviado Alexandro á que se entrase con los alterados, que no era la primera vez que lo hacia, y que les habia perdido el miedo, se echó de ver cuán bueno era este caballero para reducir gente amotinada al servicio de su Rey, como fuera desta vez le eligieron otras muchas para este efecto, y siempre se sacó fruto de sus trabajos, conociendo por ellos cuán mal estuvo el reformarle su tercio, porque en vez de premiarle por el servicio que hizo en la isla de Bomel, se le rechazaron y procedieron contra él de la manera que he referido. Y aunque á los alterados de Diste habia amonestado y persuadido, poniendo en esto sus fuerzas, no pudo de la primera vez quietarlos, hasta despues, como á su tiempo lo veremos. Y esta tardanza y la de las levas de la gente traian á Alexandro muy desvelado, que si bien creia estarian prestas para cuando el cuerpo principal de su ejército se hubiese de juntar, no lo estaban en este medio y hacia testigo desta verdad al mismo D. Diego de Ibarra, y de lo mucho que habia procurado por su parte el cumplimento de lo que habia ofrecido para su vuelta á Francia, y despues de enviar gente á ella, pues no le habia quedado otra diligencia por hacer, y tras ella, hallado mucha imposibilidad, respecto de la gran falta de dinero que siempre tuvo, y en particular para lo de las levas, y que era tanto el cuidado que le daba esto, como el considerar que casi estaba consumida toda la provision del dinero que habia llevado el Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, que habia de entrar en Francia con un ejército muy poderoso con máquina tan grande como lo que prevenia, y la gente que habia de quedar en Flandes para la conservacion de aquellos Estados,

y que los rebeldes tenian fuerzas poderosas para hacer la guerra, y en ella tenido tan buenos sucesos como los esperaban en volviendo á entrar en Francia, y que para acudir á necesidades tan precisas no tenia ya un real para socorrer la gente, y que por este respeto era fuerza dar lugar á que el ejército hiciese algunos desórdenes, y particularmente habiéndole el Rey, su tio, enviado un tan claro desengaño y resolucion tan cierta de que no le habia de enviar otra provision de dinero, y cerrádole las puertas para no oirle en esta materia, le traia tan confuso, melancólico y desvelado, que á costa de su salud y trabajo daba mil trazas, aprovechando el dinero á donde más luciese, procurando entretenerle y que durase hasta más no poder; pero por cumplir con su obligacion, escribió al Rey, su tio, con la libertad comedida que solia, teniendo ésta tan en la mano para cualquier honroso desengaño que se le ofrecia, como en el suceso siguiente escribiré.

Escribió Alexandro al Rey, su tio, que si no mudaba de parecer y de la comun opinion que habia en las cosas de Francia (que ésta sola tenian los que le persuadian y hablaban en ausencia de Alexandro, no muy bien de sus acciones), se perderia lo de Flandes y cuanto tenia entre manos, y si no que él obedeceria y pondria de su parte solicitud, fuerzas y trabajos con la vida, que la tenia en ménos que lo demas, por servirle como siempre lo habia hecho. Con estas razones y otras muchas causas nacidas de grandes inconvenientes que por momentos se le ofrecian, de que áun no se hallaba libre, satisfizo á las murmuraciones y á los cargos que le hacian; y, finalmente, dijo y dió á entender muchas veces que no era suya la culpa del descuido que le imputaban, y advertia que si la gente de guerra que tenia en los Países-Bajos la hubiera enviado á Francia, dejándolos tan desabrigados como quisieran, se empleara en empresas de poca importancia como la demas que estaba en aquel reino, y se hubiera consumido y menoscabado sin provecho para el Rey, nuestro señor, ni para la Liga católica, que era á lo que se atendia, pues lo que hoy habian ganado mañana se perdia, y que en parte tuvo por muy acertado tenerla en Flan-

des, donde habia estado descansada é iria con más fuerzas para pelear y resistir los trabajos de la guerra, que no la que estaba en Francia tan perdida, desvelada y trabajada como la traia el duque de Umena, la cual tenia por conveniente se conservase y rehiciese sin apurarla más para las ocasiones que se esperaban, y lo escribió al príncipe de Asculi y á D. Diego de Ibarra, y que no se tratase de hacer más guerra que la defensiva.

Púsose en ejecucion este órden de Alexandro, que no hubiera sido de poco útil si se hiciera ántes con entrar de guarnicion en la villa de Lau, trescientos valones, y en las de Sanson y Ham, algunos franceses, y en la Fera cien alemanes del regimiento del conde de Colalto, por ser plazas importantes y de consideracion, y que le caian á propósito al Bearnés para acometerlas, y con la gente española, italiana y demas naciones se estuvo siempre á la mira de tenerla en parte que, aunque la acometiese el ejército del Bearnés, no pudiera conseguir ningun efecto, si bien para esto faltaban bastimentos y dinero, que sin estas dos cosas no es posible conservar ningun Capitan general su ejército, si no es permitiéndoles hacer desórdenes á los soldados, y ponerlos á riesgo de perderse; y las necesidades que pasaban en Francia los del Rey, nuestro señor, les hacian tanta guerra como los enemigos, que era lo ménos que jamás los temieron tanto como á los trabajos que pasaban. No ignoraba esto Alexandro, y en particular lo mucho que padecia el duque de Umena, y que con lo que le habia ido proveyendo acudia á todo lo que D. Diego de Ibarra siempre tuvo entendido dél, en cuya consideracion puso Alexandro el cuidado que era razon, quitándolo muchas veces de lo muy preciso y necesario para asistirle, y se le debia entónces todo esta buena correspondencia, por ser el de Umena un Príncipe tan católico y valeroso, y que trabajaba en estas guerras con tanta voluntad y prudencia como se podia desear, si bien con el tiempo le hicieron sospechoso las pretensiones que tenia; pero no podia Alexandro asistirle con la puntualidad que quisiera, si no era imposibilitando las obligaciones de los Estados de Flandes y poner aquellas cosas en un miserable estado y peor extremo; y tras estos inconvenientes consideraba que

si no se tenia con él la correspondencia que era razon y se le dejaban de dar los cien mil escudos que, como he referido, tenia de gajes del Rey, nuestro señor, luciria muy poco lo que se pretendia, y seria enflaquecer las esperanzas y poner á riesgo el mudar de condicion un hombre tan necesitado como se hallaba el de Umena; y posponiendo Alexandro todas las razones é inconvenientes que se podian atravesar, y las necesidades con que en Flandes se veia, y más con la órden tan precisa y apretada que tenia del Rey, su tio, para distribuir los cuatrocientos mil escudos de los retornos de España en el pagamento que se habia de hacer dellos á los españoles alterados del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega, decretando todas las personas interesadas en este dinero, lo cual habia causado y cansaba harto cuidado en la villa de Amberes por haber ya los hombres de negocios desembolsado la mayor parte dello. Mandó dar á el duque de Umena cincuenta mil escudos con la condicion que en él se habia acordado, la cual se puso en la cédula y con el plazo que ponia en ella, que hasta primero de Agosto no habia de pedir otro dinero, fuese para el principio de Setiembre, pues podia entretenerse con mucha facilidad, por no haber de desembolsar nada para la mayor parte de su ejército hasta este tiempo, y previniendo á Sebastian Zameto que le hiciese la comodidad posible para el pagamento dellos, de manera que pudiese Alexandro valerse de los próximos plazos para otras cosas muy precisas á que tenia que acudir, y desconfiando poder emplear alguna suma en trigo y otros granos para convertirlo en harina y tenerla en algunos puestos cómodos, consideraba que era de muy gran útil, particularmente para el sustento del ejército que habia de entrar en Francia, como D. Diego de Ibarra se lo escribió y habia advertido. Y en este medio se echaba de ver ser muy conveniente y se experimentaba con la gente que allí habia, pues en estando cuatro dias en un alojamiento se morian de hambre los soldados. Con el ausencia del duque de Umena del ejército español no se caminaba en la junta de los Estados como se entendió, que no era de poca importancia el dilatarlo hasta que Alexandro tuviese juntas todas

sus fuerzas, pues con ellas y las armas en las manos se sacaba más fruto que sin ellas en cualquiera ocasion de las que se deseaban, y así se entendió se conseguiria por este camino lo que el Rey, su tio, pretendia que era muy en beneficio de la religion cristiana, y él sólo, como prudente y católico, habia tenido sobre sus hombros el peso y máquina de los negocios de Francia, con ser el ménos interesado en ellos, y pudiera en otro Príncipe en quien hubieran cargado dejarlos caer, con que fuera la total destruicion y ruina de los Príncipes católicos de Francia, y dellos fué tan poco ayudado como se ha visto, pues si no era para apurarle la hacienda y los vasallos, no tenian ánimo ni más voluntad que acudir á su propio interes, como se ha referido y adelante escribiré.

No querria ser notado de prolijo en estos sucesos, particularmente en los de Francia, que procuro ir de paso; pero como unos van llamando á otros que no puedo excusar (es forzoso, aunque procuro la brevedad) hacer memoria dellos y no dilatar los de Frisa, que con tanto cuidado procuraba tenerlos buenos Francisco Verdugo; pero como no le daban asistencia, se atravesaban sus intentos y perdia la esperanza de volver á recuperar lo perdido, y más las plazas tan importantes de Zutfent y de Deventer, que eran las verdaderas puertas para entrar en Holanda y país de Utreque, cosa que tanto Alexandro habia deseado, con que se tenia por cierto se acabarian aquellas guerras tan duraderas y trabajosas, á lo ménos constreñir á los rebeldes á conocer á su Rey y señor natural; pero dióles tanto ánimo el haber señoreádose destas dos importantes plazas, que prosiguieron en sus victorias, y pensándola tener de la villa de Groeninghen, que es la más importante y de consideracion que hay en aquella provincia, á persuasion de algunos burgueses della, de mala intencion y calvinistas solicitados del conde Guillermo de Nasao, Gobernador por los Estados rebeldes del país de Frisa, levantó su ejército y la fué á sitiar.

Hallábanse en este medio Francisco Verdugo y el conde Federico de Vergas en el fuerte de Covorden, donde estuvieron á la mira de la punta que hacia el ejército rebelde; el cual, sa-

biendo que estaban allí procuró con grandísima brevedad sitiar la villa de Groeninghen de suerte que no pudiesen entrar en ella, y para este efecto caminó con gente suelta el conde Guillermo de Nasao, de dia y de noche, con tanta priesa como importaba este caso; pero no lo hizo con tanto secreto que no lo llegó á saber el coronel Francisco Verdugo por las espías que tenia en su ejército, y sin dilatar el tiempo, con una gallarda determinacion partió en toda diligencia á la villa de Groeninghen y dejó órden que toda la gente de guerra que tenia en Covorden le fuese siguiendo, porque los rebeldes no se la degollasen. Llevóla el conde Federico á su cargo y entraron todos en salvo (que no poca suerte fué) al mismo tiempo que la vanguardia del ejército rebelde llegaba sobre Groeninghen, y los mal intencionados que habia en aquella villa, luégo que vieron los rebeldes, se comenzaron á alterar como ellos lo dijeron que se lo habian prometido. Hallóse el coronel Francisco Verdugo con mucha confusion, y más de ver que el Burgomaestre y Magistrado no querian recibir en la villa ni en los burgos la gente de guerra que habia llevado y otra que en este medio le llegó de algunos fuertecillos de poca importancia que mandó retirar; y por no mostrar flaqueza, que en otro Capitan fuera muy posible en semejante ocasion, ordenó al conde Federico que con la gente de guerra que ya tenia recogida y á punto, y con algunos caballos trabase una escaramuza con los rebeldes, y los tuviese lo más léjos de la villa que pudiese, sin desarrimarse mucho del foso por el peligro que corria desampararlo, y tambien á la muralla donde con facilidad se le pudiera dar entrada al conde Guillermo si la hallara desguarnecida. El conde Federico comenzó á pelear valerosísimamente y á entretener los rebeldes, y miéntras lo hacia negoció Francisco Verdugo con el Burgomaestre y Magistrado de manera que echó fuera de la villa á muchos sediciosos y mal intencionados, y demás desto le abrieron el burgo y entró dentro la gente de guerra, y con este buen suceso hizo retirar al conde Federico, que áun todavía se habia estado peleando, habiéndoles hecho mucho daño á los rebeldes,

y le ordenó entrase con toda la gente dentro del burgo con harta diligencia, porque no se arrepintiesen los de Groeninghen de la gracia que habia alcanzado dellos.

Los soldados del ejército rebelde padecian notable necesidad, porque como habian ido á la ligera y sin bagaje ni bastimentos que los siguiesen (particularmente los ingleses y escoceses), y compelidos de su necesidad llegaban cerca de la villa á los jardines y huertas que habia á comer la verdura, y desde las murallas les tiraban los burgueses y mataban á muchos. El conde Mauricio, que tambien se hallaba en el ejército rebelde con Guillermo, lo hizo mejorar en escuadron formado no muy léjos de la villa, pareciéndole tenerle más seguro de las salidas que podria hacerle Francisco Verdugo, el cuál, siempre vigilante en cualquiera ocasion que tenia entre manos, y con un cañon y una culebrina y otros dos medios cañones hizo batir el escuadron rebelde tan apresuradamente que recibia mucho daño, y le mataba y heria algunos soldados, que fué causa para retirarse; y se alojó donde estuvo cubierto del artillería, pero no tanto que no se le hiciese el mismo daño que ántes que se alargara, por cuya causa el conde Mauricio retiró su ejército más atras, y la misma tienda adonde estaba alojado, porque en ella no estaba seguro del artillería; y visto que las personas mal intencionadas de Groeninghen, con quien habia tenido las inteligencias no cumplian lo que le prometieron, se estuvo quedo en aquel puesto sin abrir trincheas ni hacer otra faccion. Esto le obligó á creer á Francisco Verdugo que era por aguardar el artillería que por la mar esperaba, como verdaderamente lo fué, porque dentro de tres dias pareció gran cantidad de velas en el mar, en las cuales (segun los avisos que Francisco Verdugo tenia) le iban al conde Mauricio sesenta piezas de artillería, muchos pertrechos y municiones necesarias para un largo sitio ú otra empresa grandiosa, por cuya causa dió aviso á Alexandro (con un correo á toda diligencia) de lo que pasaba, y él envió al Teniente de la compañía de caballos de Monsieur de Circourt á reconocer el ejército rebelde, y á dar esperanzas de socorro á Francisco Verdugo; pero como tan grande y experi-

mentado soldado, echó de ver lo contrario, considerando que por estar el tercio de españoles del Maestre de campo Manuel de Vega alterado en Diste, que eran las mayores fuerzas que en este medio tenia Alexandro, y las demas divididas con otras incomodidades que podria tener, no era posible socorrerle ni hallarse con tanta gente que pudiese contrastar con la rebelde, y así le volvió á escribir que si no tenia doce mil infantes y por lo ménos dos mil caballos que no pasase la ribera del Rin, ni tratase de enviarle socorro, porque seria infructuoso, y que era ménos daño que Francisco Verdugo se perdiese que no aventurarse Alexandro á un peligro tan manifiesto (palabras de prudente y experimentado Capitan) y lo podia muy bien temer y poner á riesgo la reputacion española si lo intentara, porque se hallaba tan imposibilitado de remedio, que ni al reino de Frisa ni al de Francia podia dárselo como lo deseaba.

Hallábase Francisco Verdugo sobre la muralla de Groeninghen haciendo batir con el artillería los escuadrones rebeldes que desde que pusieron sitio á la villa no se habia quitado de noche y de dia de aquel puesto, haciendo siempre disparar tambien la mosquetería y arcabucería; y porque esto se hacia sin cesar, mandó en este medio suspender las armas, y que sólo de cuando cuando se tirase algun arcabuzazo con fin de cebar á los soldados rebeldes á que se acercasen á los huertos y jardines para acometerlos; fueron tantos, que se llenaron todos, y vístolo Francisco Verdugo hizo ordenar una buena tropa de soldados que estaban alojados en los burgos, porque dentro de la villa jamás los dejaron entrar los vecinos della, ni el Magistrado ni Burgomaestre, salvo al capitan Alonso Mendo, con treinta ó cuarenta soldados españoles de la compañía de caballos de Francisco Verdugo. Estos y los que estaban prevenidos en el burgo con salta-pantanos y solas sus dagas y sin espadas, ordenó al capitan Alonso Mendo los llevase á cargo, y que cerrase de vanguardia con los cuarenta soldados á caballo con el primer cuerpo de guardia que hallase de los rebeldes, y siguiéndole la infantería con los salta-pantanos, fuesen degollando á todos los rebeldes que estaban en los jardines. Ejecutólo Alonso

Mendo con tanto ánimo y gallardía como otras cosas que habia emprendido, y guardando el órden que en todo le dió Francisco Verdugo, se retiró con algunos prisioneros á los cuales se los querian matar los burgueses de Groeninghen á los soldados que los habian prendido, y Francisco Verdugo les dijo (por complacerles) que se los dejasen matar, y les dió tanto ánimo esta pequeña faccion, que comenzaron á tener en poco á los rebeldes, no obstante que si acometian á la villa por dos partes, como era su intencion, abriéndoles dos baterías los pusieran en mucho aprieto, y tambien se vieran en él los rebeldes, y no á pequeño peligro ántes de salir con la empresa, porque el valor de Francisco Verdugo, el ánimo de los burgueses, la osadía de los soldados y gallarda determinacion del capitan Alonso Mendo, les dieran tanto que hacer, que á bien librar se pusieran en contingencia de perderse; y considerando esto los condes Mauricio y Guillermo de Nasao, se resolvieron de levantar su ejército y de ir á ganar los fuertes católicos que estaban en el contorno de la villa de Groeninghen, y el más principal era el de Fessis, sobre el rio Ems, y el de mayor importancia. Habia en él una buena compañía de infantería que los de la villa de Groeninghen habian puesto de las dos que tenian á su cargo, sin haber permitido jamás en este fuerte soldados del Rey, nuestro señor, aunque Francisco Verdugo se los habia ofrecido muchas veces, porque pretendian ser cosa suya, que como siempre los desta villa procuraron ser exentos y no reconocer vasallaje, todo lo que podian adquirir y poseer lo querian hacer señoría, y temiendo que si una vez Francisco Verdugo se apoderaba deste fuerte no se lo habia de restituir, andaban con este cuidado, demás de serles importante por estar fundado sobre uno de los dos canales que del mar van á la villa de Groeninghen, y cuando el conde de Renemburg lo ganó lo usurparon los burgueses della, y sin más causa ni otro orígen han pretendido hacerse propietarios desta plaza, y se la enviaron á pedir al Rey, nuestro señor, y que juntamente les hiciese merced de la alta justicia; y deseando concedérsela, envió á informarse de Francisco Verdugo, el cual escribió que no convenia, porque

era hacer muy gran agravio á un caballero que se llamaba Riperdá, cúyo era el lugar donde estaba el fuerte y residia en Alemania; y aunque no servia al Rey, nuestro señor, tampoco á los Estados rebeldes, y el haberles hecho Francisco Verdugo contradicion á esta injusta pretension, y á otras de no ménos importancia, fué causa de quererle tan mal los de Groeninghen, procurando siempre con Alexandro y con los émulos que tenia cerca de su persona hacerle malos oficios; y como estas y otras cosas se le juntaban para no asistirle ni tener con él la buena correspondencia que era razon, escribió diversas veces Francisco Verdugo á el Rey, nuestro señor, y á Alexandro se sirviesen dél en otra parte donde más acetos fueran sus servicios, y pareciéndole convenia al suyo hacerle esta merced.

El conde Mauricio fué con todo su ejército sobre el fuerte del Fessis, y las compañías que estaban dentro se le rindieron sin esperar batería, y en este medio, deseando Alexandro saber por extenso el estado de las cosas de Frisa y facciones que hacian los rebeldes, envió á Monsieur de Herpen, Gobernador de la villa de Mastriq, para que se informase del coronel Francisco Verdugo de lo referido. Monsieur de Herpen oyó el artillería de los rebeldes, que batian los fuertes, y de alguna gente del país se informó de lo que habia, y sin pasar á verse con Francisco Verdugo se volvió á Brabante y hizo relacion á Alexandro de lo que supo, y habiendo el conde Mauricio salido con su intento, fué continuando en sus victorias y campeando muy á su salvo. Y viendo Alexandro que andaba ocupado en esto, y que no habia podido socorrer las villas de Zutfent y Deventer, y que los de la de Nimega, por ser de tanta importancia le dieron y daban mucha priesa les quitase un fuerte que los rebeldes habian ocupado en la isla de Bura, frontero de Nimega, en un puesto fuerte y de mucha importancia, que es el que hizo el coronel Martin Esquenque, y desde él corrian las campañas y contornos de las villas católicas y hacian mucho daño á la de Nimega, porque le batian con artillería desde este fuerte y la tenian muy apretada; y deseando Alexandro quitar el padrastro á aquella villa, recogió todo su ejército, no con poco sen-

timiento de no hallarse con españoles para esta empresa, y de no haber querido el tercio de Manuel de Vega que estaba alterado en Diste ir á ella con habérselo persuadido muchas veces, y pareciéndole suplirian su falta los leales que estaban con sus banderas en las villas de Nuestra Dama de Henao y Nivela de las Damas, donde habia cuatro meses que eran llegados de la de Vilborde, habiendo ántes alojado en ella, los hizo recoger y que se agregasen á la compañía de infantería española del capitan Antonio de Mosquera, del mismo tercio de Manuel de Vega, que, como he referido, cuando vinieron de Frisa á los alojamientos de Brabante le tocó alojar en la villa de Sidonia, y por estar distante de las demas compañías de su tercio no se juntó con ellas, y siempre estuvo firme y constante en el servicio del Rey, nuestro señor, y sus soldados bien ordenados por el trabajo y cuidado de su Capitan, y de D. Martin de Lacerda, su Alférez, sin desamparar su bandera, la cual mandó Alexandro que se desalojase y que la siguiesen juntamente con los soldados leales de su tercio, que estaban con los demas.

Todos los españoles que se hallaban sueltos en la corte de Bruselas y en las demas partes de Flandes, y no solamente estos, pero todos los entretenidos cerca la persona de Alexandro, y otros muchos señores, y en particular, con que más se ilustró esta honrada compañía, pudiendo el Capitan de ella tenerse por muy dichoso, fué el príncipe Ranucio Farnese, único hijo de Alexandro y de la Infanta Doña María de Portugal, que en esta ocasion acababa de llegar de Italia, sin su licencia quiso arrastrar una pica y ser tan soldado de su padre como los demas que servian debajo de las banderas de su ejército, mostrando su valor y osadía en las demas facciones que hubo en Francia hasta la muerte y glorioso fin de su padre Alexandro, que deseoso de imitarle en las acciones y proceder, pues desde la cuna habia heredado su ingenio, prudencia y gallardía con las demas partes que le acompañaban, y que sólo le faltaba poner por obra sus buenos y altos pensamientos, y estos no podia sino en las guerras de Flandes, donde deseaba aprender el arte de la milicia española, de la escuela de su padre,

y ayudarle á llevar la carga y peso de los trabajos que le tenian tan apurada la salud y gusto, como en estos sucesos lo hemos visto; y siendo Ranucio en este tiempo mozo gallardo y de muy pocos años, se partió á los Estados de Flandes y llegó (como he referido) al tiempo de la ocasion del fuerte de Nimega, y si bien le pesó á Alexandro de su llegada, se consoló mucho de verle, y como tan prudente Príncipe, echó de ver que sirviendo (como él lo hacia) al Rey, su tio, y comenzando á cumplir y á satisfacer á sus obligaciones, veria la miseria, calamidades y trabajos de la guerra, y lo mucho que se trabajaba en ella, de que hablaba y podia muy bien Alexandro, como quien la habia seguido y experimentado tan largos años, y por tan áspero camino, siendo tan mal asistido, llegado á ser tan perfecto y grande Capitan; y aunque este famoso nombre han alcanzado otros muchos y exclarecidos Príncipes, antiguos y modernos, no sé yo quién le haya pasado; pero sé que pocos se le igualaron.

Otros títulos españoles servian en la compañía de Antonio de Mosquera; y con ellos un nieto de Chapin Viteli, y los Maestres de campo D. Alonso de Idiaquez, D. Sancho Martinez de Leiva y Manuel de Vega y todos los Capitanes de su tercio, y D. Rodrigo Laso, natural de Toledo, y el Maestre de campo D. Alonso Luzon y D. Diego Pimentel, tambien Maestre de campo, que con otros muchos Capitanes y estos tres particulares caballeros quedaron presos en Inglaterra cuando la jornada que hizo á ella el duque de Medina Sidonia el año pasado de 1588, y habiéndolos rescatado Alexandro pasaron de Inglaterra á Flandes, donde sirvieron cerca de su persona en todas aquellas guerras, y en las de Francia honradísimamente. Todos estos señores y los demas que he escrito, así con los soldados que se agregaron á esta compañía como los que eran dellas, serian número de cuatrocientos españoles, y todos por ser particulares servian con picas, y se les daba su cuartel aparte en campaña como á los demas tercios y regimientos, con no ser más de una, con la cual y las demas del ejército marchó Alexandro la vuelta del Rin, y hizo alto en la abadía de Mariambon

junto á la villa de Sante, que lo es del duque de Cleves; allí llegó el regimiento de valones del conde Otavio de Mansfelt, y era su Teniente coronel Monsieur de la Barlota, gran soldado y persona de valor, por cuya causa hacia Alexandro mucho caudal della. Llegaron á esta abadía otras muchas tropas de caballería é infantería, sin las que Alexandro habia llevado; y teniendo todo el ejército recogido y en buen órden, pasó el rio Val con grandísimo trabajo, y ántes de llegar á él, en muchos pontones y barcas se pasaron algunos canales y pantános muy hondos y peligrosos.

Duró el pasaje desde las dos de la tarde hasta otro dia, porque en este medio sucedió una cosa (al parecer de algunos) de risa, que por no tenerla yo por tal, sin ponderarla mucho (aunque pudiera, por la malicia que en ella hubo me ha parecido apuntarla en este lugar, no más de para que se vea la poca voluntad que á nuestra nacion tienen y han tenido los Señores de Flandes. Hallábanse algunos de calidad cerca de la persona de Alexandro cuando comenzaba á pasar la ribera, y otros entretenidos, y entre ellos dos españoles que eran el capitan Diego de Avila Calderon, y D. Luis Puertocarrero, y dijo el conde de Arambergue en italiano siendo él flamenco), por congraciarse ó parecerle que hacia á Alexandro una gran lisonja, *laudato sea Dio que cuesta volta faremos qualque cosa senza españoli,* que en nuestro vulgar quiere decir: «loado sea Dios que esta vez haremos alguna cosa sin españoles.» Los dos que allí habia quedaron bien escocidos y no poco admirados los demas caballeros de las naciones de haber oido una cosa tan fuera de razon; pero duróle poco la gloria de haberla dicho, por lo que despues sucedió, como presto lo veremos.

Fuése marchando la vuelta del fuerte del Esquenque, que así se llamaba el que tanto daño hacia á Nimega y á todos sus contornos, como otras veces he referido, y por haberles cogido la noche á todos los soldados del ejército, en este dique, mandó Alexandro que se hiciese alto en él, hasta otro dia por la mañana que se comenzó á marchar á vista del fuerte, y sin poderlo estorbar, entraron de socorro en él dos compañías de los re-

beldes; y aunque del escuadron español salió algun infantería para impedirlo, no fué posible, con haber trabado una escaramuza. Despues salió un buen número de rebeldes, por haber visto que el escuadron español se habia mejorado á la parte por donde iba el socorro al fuerte, que era en la cabeza de un dique, y el paso forzoso por donde les habia de entrar, y trabaron una buena escaramuza, y los soldados españoles que seguian la compañía de Antonio de Mosquera se la entretuvieron y pelearon valerosamente, que fué de importancia para que los dejasen pasar á ocupar el puesto que pretendian, y ni más ni ménos para acuartelarse, lo cual no se pudiera hacer si los tiradores españoles no estuvieran á la defensa de los rebeldes que lo procuraron estorbar con mucha osadía; pero no les fué posible por el daño que recibian, particularmente desde un hoyo que Alonso de Mesa, soldado de la compañía del Maestre de campo Manuel de Vega, y otro soldado ocuparon, y desde él tiraban de mampuesto á los rebeldes, que fué causa (por el daño que les hacian) á procurar desalojarlos, apretáronles de manera que les obligó á dejar el hoyo y á retirarse bien apresuradamente, porque no hallaron con quien incorporarse, por haberse retirado de la escaramuza los demas soldados, habiéndoles faltado la pólvora y no tener qué tirar, y así no pudieron hacer rostro á los rebeldes ni dar calor á Alonso de Mesa y al otro soldado para que se retirasen, los cuales animosamente hicieron, peleando siempre con los enemigos, hasta que se volvieron al fuerte y los españoles á sus cuarteles, sin haberse hecho más faccion que esta escaramuza, donde hubo algunos muertos y heridos de ambas partes; y sin dilatar más el tiempo mandó Alexandro que se arrimasen al fuerte con trincheas. Comenzáronlas á abrir con grandísima presteza, y entraban de guardia en ellas cien españoles de los cuatrocientos que seguian la bandera del capitan Antonio de Mosquera. Entraban tambien de guardia en las trincheas con los cien españoles la mitad del regimiento de valones del conde Otavio de Mansfelt, y la otra mitad del de los irlandeses, y los trescientos españoles restantes estaban de guardia en la cabeza del dique, para estorbar si por

aquella parte (que no habia otra) entraban más socorros á los rebeldes del fuerte, y de dia se retiraban y hacian toda la fagina que se gastaba en las trincheas y en otros puestos, y demás desto estaban siempre en el escuadron sin dejar un punto las armas de las mano.

Los cuatrocientos soldados españoles pasaron en ellas mucha necesidad, y fuera mayor si el Maestre de campo Don Alonso Luzon y D. Rodrigo Lasso (ambos camaradas y honradores de su nacion española) no lés socorrieran con mucho pan, queso y cerveza todo el tiempo que duró el sitio, que por haber hecho en esto más que otros estos dos caballeros, me ha parecido escribirlo, con no ser tan ricos como algunos que pudieran con más comodidad. Pasaron, en fin, mucho trabajo estos cuatrocientos soldados, porque la gravedad y peso dél lo tuvieron en este sitio, que, como á gente tan escogida y particular, pues era la nata desta nacion que en este tiempo habia en Flandes, les dió Alexandro en esta ocasion los más honrosos puestos, y la empresa; y porque se tuvo nueva que el conde Mauricio iba con grandísima pujanza á socorrer el fuerte, se dió mayor priesa Alexandro en arrimársele al foso, y fué tanta, que al segundo dia se desembocaron las trincheas á él, y luégo se procuró plantar el artillería, y en este medio, y todo el tiempo que duró el sitio fué el conde Mauricio con la mayor parte de la caballería de su ejército, que era muy buena, á tocar arma á los cuarteles católicos, y á inquietar el ejército; pero siempre fué resistido, y le hirieron y mataron algunos soldados y le prendieron á otros, pero vengáronse de manera los rebeldes que no ménos que mucha sangre y reputacion costó á la caballeria católica, como presto escribiré. Mandó Alexandro llevar á las trincheas cuatro piezas de artillería, y se plantaron con increible presteza; el foso tenia mucho fondo y lleno de agua, ni se podia cegar ni pasar, si no era á nado, y como Alexandro tenia tanto deseo de ganar este fuerte, por el mucho daño que hacia á la villa de Nimega y á sus contornos, se daba más priesa de la que se pensó, y pareciéndole que si de cualquiera suerte se le arrimaba á la muralla se le rendiria, mandó á cuatro soldados españoles que

pasasen el foso á nado, y que zapasen la muralla. Comenzáronlo á hacer valentísimamente, y como los rebeldes los sintieron, salieron á ellos y mataron á los dos, y los otros se retiraron; y el uno fué el alférez Luna, que lo era de la compañía del capitan Melchor Martinez de Prado, del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega, que salió muy mal herido, y volvió á pasar el foso, y dentro de seis dias murió en Nimega. Era un muy valiente y particular soldado. Visto esto, Alexandro ordenó que se hiciese mucha cantidad de fagina y que se llevase á las trincheas; pero no duró mucho esta priesa, porque luégo, con la mayor que pudo, mandó á los caballos ligeros que retirasen el artillería de las trincheas, que eran ocho medios cañones; comenzáronlo á hacer con temor de las muchas rociadas de arcabucería que del fuerte tiraban los rebeldes, haciéndoles mucho daño, y por esta causa mandó que la retirasen la infantería de las naciones á la prima rendida. Pusiéronlo en ejecucion, pero fué de manera que, aunque hicieron su posible, no retiraron sino una pieza, y esa empantanaron, dejándola caer de un dique abajo; y visto por Monsieur de la Mota (que como ya he escrito era General del artillería) el mal suceso y poco remedio que habia para escaparla, teniéndola ya por perdida, se llegó al pequeño escuadron de las picas españolas que en él habia, y les dijo con harto sentimiento, que aunque era caballero del país le tuvo muy grande por ser más bien intencionado que el conde de Arambergue y otros, que se sirviesen de retirar el artillería que estaba perdida con la reputacion del Rey católico, si allí se la dejaban. Respondióle el Capitan y Sargento mayor Hernan Tello con los demas españoles que allí estaban, que no tuviese pena que ellos la retirarian y pondrian en la plaza de armas, lo cual hicieron con grandísima presteza la noche siguiente, comenzando por la empantanada, y luégo por las otras siete, sin que les matasen ni hiriesen más de uno ó dos soldados, y estando todas en salvamento, mandó Alexandro hacer un reducto en la lengua del agua, para mejor asegurar la retirada, que fué la más peligrosa y aventurada que hasta aquel tiempo se vió. En él se fué recogiendo toda la gente y pertrechos del ejército, y

luégo se fué embarcando con mucha seguridad, y en la postrera barcada pasó Alexandro y el príncipe Ranucio, su hijo, y con ellos los mismos personajes que he referido; y no pudiendo sufrir el capitan Diego de Avila Calderon lo que habia oido al conde Arambergue, gozó de la buena ocasion que se le habia ofrecido, y le dijo á Alexandro con libertad comedida, asiéndole de una manga de la casaca que llevaba: *laudato sea Dio que non se fa niente senza españoli,* que quiere decir: «loado sea Dios que no se hace nada sin españoles;» y dijo la verdad, porque si no retiraran el artillería los pocos que allí habia, no solamente se perdiera, pero tambien las banderas y gentes, porque la de Mauricio era mucha y valerosa, en particular su caballería, y de muy gran número, sin las charrúas de armada y otros navíos que tenia para ocupar la ribera y estorbar el pasaje, y la nuestra tan poca y flaca, que el peligro fuera manifiesto. Respondióle Alexandro (no con poco sentimiento) que Dios se lo perdonase á quien le habia aconsejado que entrase en la villa de Bura sin españoles, y que si honra tenia, que ellos se la habian dado. Con esta satisfaccion de Alexandro quedó el conde de Arambergue corrido, envidioso y castigado, y quizá fué él uno de los que le aconsejaron fuese á hacer aquella faccion sin españoles. La misma noche que se retiró el ejército mataron los rebeldes del fuerte de un arcabuzazo al conde Otavio de Mansfelt, por estarse paseando junto al foso inconsideradamente, sin más causa ni ocasion que su gusto, y así acabó de la manera que este caballero vivió, que aunque era hermano del conde Cárlos de Mansfelt, tan bien entendido y valeroso caballero, y hijo del conde viejo Pedro Ernesto de Mansfelt, les pareció tan poco en sus aciones, que no ménos que á la muerte le trajo el descuido con que vivia. Retiróse Alexandro con todo su ejército, y todas las tropas dél se volvieron á sus alojamientos.

La causa de haber dejado Alexandro esta empresa del fuerte teniendo tan buenas esperanzas de ganarle por la zapa, habiendo dejado la batería, como ya he escrito, fué porque en este medio recibió un despacho del Rey, su tio, con órden apretadísima que dejase todo cuanto tuviese en las manos, y sin

réplica ninguna entrase en Francia, dejando tan solamente en Flandes la gente necesaria para guarnecer las plazas y hacer una guerra defensiva; y siéndole forzoso cumplir el órden que tenia, se resolvió de salir de la Isla, con harta nota de su opinion, cosa que lo sintió más que otra alguna, por ser la primera plaza que habia dejado de ganar habiéndose puesto sobre ella, añadiendo á esto una notable desgracia que impensadamente sucedió á los 24 de Julio, y fué que, habiendo el conde Mauricio entendido que Alexandro se habia puesto sobre el fuerte de Nimega, despues de haber él ganado el del Fesis y otros, levantó su ejército y marchó la vuelta del país de Güeldres, y se acercó á dos leguas del de Alexandro, y que iba con determinacion de cerrar con toda su caballería, que era mucha, y dar en los cuarteles, haciendo algunas emboscadas con todo el mal que pudiese. A Alexandro le pareció enviarlo á reconocer para resolverse en lo que más convenia, y dió órden que lo fuesen á hacer á Pedro Francisco Nicelo, y con él fueron Don Alonso de Avalos, Gerónimo Carrafa, Padilla y Aguayo. Los primeros eran Capitanes de lanzas italianas, y los dos últimos de arcabuceros á caballo españoles; todos con sus compañías; y con llevar órden expresa de Alexandro de sólo reconocer y no de empeñarse, encontraron con unas tropas de caballería rebelde y cerraron con ellas valerosísimamente, y las rompieron y desbarataron, y prendieron á más de cincuenta dellos, y siguiendo la victoria (si bien fuera justo contentarse con esta) marcharon inconsideradamente hasta dar en una emboscada de infantería que tenian de respeto, y habiendo cerrado con ellos les ocuparon el paso por donde se habian de retirar, de manera que no pudieron moverse ni pelear, aunque lo procuraron. Perdióse Pedro Francisco, D. Alonso de Avalos, y el capitan Padilla, que habiendo quedado muy mal herido murió de allí á pocos dias, y sesenta soldados; y aunque esta pérdida fué muy grande, lo fué mayor la de tres estandartes, que por ser los primeros y postreros que en tiempo de Alexandro se perdieron, fué un suceso que lo sintió demasiadamente, y tanto, que estuvo determinado de irlos á recuperar con la gente que tenia,

siendo muy inferior á la de los rebeldes, y no tan buenos soldados como los que ellos tenian; pero los de su Consejo se lo estorbaron, pues no convenia tras una pérdida aventurar otra mayor con tanto riesgo de su buena fortuna, que parece declinaba en alguna manera; pero como los hombres hagan de su parte lo que tan de veras están obligados, si el cielo les muda los tiempos, las causas, ocasiones y naturaleza, no se les debe culpar en ninguna manera, pues nadie es poderoso contra lo que está decretado, ni Alexandro podia contrastarlo, por estar sujeto como los demas á las calamidades, mudanzas y siniestras suertes de la guerra, donde siempre los azares son más ciertos que los que se suelen esperar; pero habiendo sido tan grande vencedor, y sabido dar las órdenes necesarias á sus Capitanes para ser dignos deste nombre, queda reservado de cualquiera nota y desgracia, y si supieran guardar las que les dió á Pedro Francisco Niceli y á los demas Capitanes, y no empeñarse tanto, tuvieran este dia muy próspero y feliz suceso, pues era visto, como he apuntado, que se contentaran con haber roto y desbaratado á los rebeldes y prendídoles cincuenta soldados, sin aventurar á perder lo que no pudieron ganar, y, sobre todo, no guardar el órden de Alexandro, pues no se la dió de más que de reconocer á los rebeldes y del puesto que tenian.

Antes de ponerse Alexandro sobre el fuerte de Nimega, envió á llamar al coronel Francisco Verdugo, el cual llegó el mismo dia que partió del sitio, juntamente con el conde Herman de Bergas. Viéronse todos en la villa de Nimega, donde se trató de los malos sucesos y de Frisa y del remedio que se podia dar para lo de adelante. Ordenó Alexandro al conde Herman que se volviese á aquella provincia á gobernar la gente del cargo del coronel Francisco Verdugo, con el Burgomaestre y el Síndico de la villa de Groeninghen que se hallaba allí, proveyendo de algun dinero para el sustento de la gente de guerra, y á Francisco Verdugo le encargó el ejército que habia llevado Alexandro, para que con él no se desarmase de la villa de Nimega, para asegurarla. No le osó replicar por no disgustarle como las veces pasadas. Tomóse este acuerdo, porque era evidencia que

si á Nimega no se le entraba una gruesa guarnicion, y se le arrimaba el conde Mauricio, sin duda la ganaria, y en caso que este parecer que era de Francisco Verdugo no lo aprobase Alexandro, le dijo seria bien atrinchearse á la parte de la puerta que va de la villa de Nimega á Moquen, y que en un alto que la tierra hace por aquella parte se podrian poner dos ó tres mil hombres, y se ofreció Francisco Verdugo á quedarse con ellos, con que se conseguiria todo lo que se deseaba, y á los rebeldes se les haria notable daño. Aprobó Alexandro este parecer, pero habiéndolo comunicado con los de su Consejo y con otras personas que no miraban bien las cosas de Francisco Verdugo, mudó el intento, y sin dar otro órden, no obstante que los de la villa de Nimega daban voces, diciendo quedaban perdidos si Alexandro no los favorecia, como se habia tratado, se partió á Bruselas con intento de irse luégo á Francia, sin dejar ningun dinero para el ejército ni para la gente que tenia en Frisa Francisco Verdugo que pasaba grandísimas necesidades, y la órden sola que le dejó, despues de haberle encargado (como ya he escrito) el ejército, fué que desmantelase la fortificacion que Camilo Archini habia hecho en Midelver, y tambien el otro fuerte que guardaba el señor de Rinavelt, en frente de la villa de Rees, como he referido, y que era muy necesario para el paso de Frisa, que no poco se maravilló Francisco Verdugo desto, y que quedando la villa de Nimega tan á peligro le mandase Alexandro desmantelar estos fuertes que la tenian guardada, y pareciéndole de la mucha importancia que era tenerlos en pié, no lo hizo, y con tener segundo órden para ejecutarlo, tampoco obedeció, pero teniendo el tercero y cuarto, no pudo ménos, y así puso por obra lo que le mandó Alexandro, por no disgustarle, y en esto conoció debia de convenir, pues se le dió un órden tan expreso y apretado; pero se deja entender, demás del riesgo tan grande que corria la villa de Nimega de perderse, como en fin se perdió, estaban sujetas á lo mismo las de Grave, Venló y otras de sus contornos, y ni más ni ménos todo el país de Brabante que estaba tan distraido y apurado que era lástima, y el conde Mauricio campeaba ufano con sus victorias sin tener

quien se le opusiese; y demás del poderoso ejército con que se hallaba, al último de Julio tenia embarcadas de respeto, sin las que llevaba en su campo, cuarenta piezas de artillería, muchos bastimentos y municiones y otros pertrechos de guerra, y se entendió que en retirándose el ejército que Francisco Verdugo tenia á cargo, pues para la entrada en Francia era forzoso recogerle, pondria Mauricio en ejecucion otras mayores empresas, y las que hizo escribiré adelante. Hallábase Alexandro tan confuso con estas cosas, que aunque sabia el modo como las habia de disponer y ejecutar, no á cuáles debia acudir, en tanto que no se le juntaban las fuerzas de la gente que esperaba, pues sin ellas no podia proceder en ninguna cosa que bien estuviese, y aguardaba las levas que se hacian por momentos para formar las tropas que habian de campear.

Los españoles alterados del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega, que todavía se hallaban en la villa de Diste tan obstinados como ántes, vivian con tanta libertad, que no se hallaban medios para refrenarla; no era posible quisiesen admitir los Oficiales del sueldo para hacerle sus cuentas, porque les parecia que con sólo ellas los habian de satisfacer, sino darles el dinero que se les debia; y aunque el Maestre de campo Don Sancho Martinez de Leiva procuraba ponerlos en razon, y hacer con ellos, de parte de Alexandro, todos los buenos oficios que le eran posibles para su útil y acrecentamiento, y recibirlos al servicio del Rey, nuestro señor, y ponerlos en su gracia, no era posible en este medio sacar dellos ningun buen fruto, que no era la menor causa que le hacia estar á Alexandro dudoso y confuso, porque no tenia el Rey, su tio, en este tiempo en los Estados de Flandes, otras fuerzas que las destos españoles, porque eran valerosísimos soldados, y de muy gran inconveniente la mucha larga y espacio que tenia en concertarse, habiendo de ir á Lorena á juntarse con la gente que he referido iba de Italia, y que se habian de juntar en aquel Estado como se habia acordado, por cuyo embarazo se dejaba de prevenir de otra tanta gente que estaba ocupada y pudiera servir y juntarse para esta faccion con la del Pontífice, que se sabia partiria del

Estado de Milan á fin de Julio, y cuatro mil españoles de los de Saboya y Nápoles por mitad, que habia dado el Rey, nuestro señor, órden que partiesen con suma brevedad, para cuyo tránsito y prevenir las tapas por Borgoña, envió Alexandro al capitan Leonardo Rotulo, natural de Ciudad-Real, entretenido cerca de su persona, muy particular soldado y bien entendido, con los Comisarios que tambien habia nombrado para este efecto.

En este medio hacia Monsieur de San Pol grandísima instancia con Alexandro para que le asistiese con alguna gente, ofreciendo que haria con ella muy grandes efectos, y pareciéndole que era de inconveniente dividir las fuerzas en tantas partes, y no de poca importancia entretenerle, dió órden á Don Diego de Ibarra le fuese dilatando la esperanza y cebándole con su buena maña para tenerle grato, pero que le desviase el intento. D. Diego sabia hacer estos oficios tan bien como se podia desear, y cosas de tanta consideracion no podian fiarse ménos que de un tan buen entendimiento, y tenia resuelto Alexandro á más no poder asistir á San Pol con alguna infantería valona, y no de otra nacion, y se lo advirtió á D. Diego, y de que no desistiese ni desviase las pláticas con los de la villa de Orliens en la pretension que tenian de ser amparados y favorecidos del Rey, su tio; y porque era de consideracion abrazar las voluntades destos católicos, y de ir siempre descubriendo otras, de quien se ponia duda hasta la conclusion, hacíalo D. Diego con el cuidado que las demas cosas, y trataba esta misma materia con un fraile capuchino, muy religioso, persona de letras y santidad, y se iba conociendo que las demas villas particulares tratarian lo mismo con el Rey, nuestro señor, sin intervencion del duque de Umena.

La villa de París hacia instancia en este tiempo que se les diesen otros mil infantes más de guarnicion de la gente de guerra del ejército español, y una compañía ó dos de caballos, y echar fuera de la villa el presidio francés que tenia, agradecidos los burgueses y otras personas particulares y bien intencionadas de los favores que del Rey católico habian recibido, y haberles remediado sus muchas necesidades, por

medio de su embajador D. Bernardino de Mendoza, y porque deseaban la eleccion de un cristanísimo Rey y que fuese á satisfaccion de España, cumpliendo en esta parte con la voluntad de los Ministros del Rey católico, nuestro señor. Instaban en esto con D. Diego de Ibarra; pero como habia de pender lo de la guarnicion de la voluntad del de Umena, se esperaba ocasion para tratar lo de Monsieur de San Pol, Gobernador de la provincia de Jampaña y de Monsieur de Villers, de la Normandía, se creyó en este medio, por lo que habian platicado, concederian con lo que el Rey católico deseaba, y lo mismo haria el de la Fera; pero á todos estos oia D. Diego de Ibarra con agradable semblante, y procuraba entretener con mucho recato, por guardar el decoro y el respeto que se le debia al duque de Umena, y no convenia por ningun caso hacerle sospechoso. Deseaba Juan Bautista de Tassis, Veedor general de los ejércitos de Flandes y del Consejo de Alexandro, descargarse de su oficio porque su mucha edad, poca salud, heridas y trabajos que en aquellas guerras de Flandes pasaba y habia pasado no le daban lugar para asistir como deseaba. Suplicó al Rey, nuestro señor, le hiciera merced de darle licencia para hacer dejacion de la Veeduría general; y viendo que su demanda era justa, escribió á Alexandro, que pues D. Diego de Ibarra tenia tantas partes y merecimiento, le diese la posesion de este cargo tan honroso y calificado como se sabe. Estimó Alexandro en mucho esta merced, así por el amor que tenia á D. Diego como porque sabia que con el expediente que tenia de los negocios y papeles deste oficio, por haberle usado en el Reino de Sicilia más de diez años, adelantaria muchas cosas que estaban atrasadas, así en materia de hacienda como otras de no ménos importancia y calidad, con que el Rey, su tio, seria muy bien servido, y habiéndole dado noticia de su real voluntad y de lo mucho que importaba á su servicio no rehusar esta merced, siquiera por aquel año, ó lo que durase la jornada de Francia, pues podria, sin faltar á las materias de los negocios de aquel Reyno que tenia á cargo, mas habiendo de campear en el ejército español, y haciendo D. Diego la estimacion que debia á

tan particular merced, le excusó con toda la cortesía posible por parecerle materia que requeria asistencia personal en todo, y muy contínuo desvelo para poder cumplir con las obligaciones tan grandes de una máquina como la deste oficio, habiendo de atender por fuerza á las cosas que tocaban á Flandes como á las de Francia, que esto prevenia con la experiencia de haber pasado por ello; siendo su deseo no embarazarse en más negocios y en donde no pudiese dar buena cuenta y entera satisfaccion dellos, y considerando estas y otras muchas cosas, se las representó á Alexandro; pero no bastaron para que dejase de aceptar y obedecer lo que el Rey, nuestro señor, le mandaba, y más teniendo en ello Alexandro muy particular gusto; y aunque podria parecerles á algunos no estaba en su lugar rehusar Don Diego de Ibarra una merced tan calificada de confianza y de satisfaccion, y más dándosela sin pedirla un tan gran Monarca y prudente como el Rey católico, se ha de entender que el rehusarla no era tenerla en ménos de lo que valia, sino el parecerle hacia mayor servicio en no embarazarse con un empeño de tantas obligaciones, sin poder, por faltar tiempo y lugar, salir dellas, ni dar mano, como deseaba, á tan grande ocupacion, que no abrazarla para tener quejosos á muchos, deseando darles gusto y no poderlo hacer, que ésta es una pension para un hombre principal y verdadero de las mayores que se sabe, y más cuando los oficios son más ocasionados para no tener amigos que para conservarlos, y no habiendo de cumplir con todos, y más donde se aventura la reputacion, no se sabe para qué sea bueno entrar los hombres en obligaciones forzosas, si no han de salir dellas con beneplácito del vulgo, que es el que más lastima, y tambien el trabajo tan excesivo y contínuo desvelo que el ministerio de papeles trae consigo, cosa que á muchos parece descanso, y que con una pluma en la mano hacen ménos que con el peso y gravedad de las armas, y es muy mal entendida, pues el trabajo del espíritu es mayor y de más consideracion que los que el soldado pasa en la guerra, que con haberlo bien encarecido se debe estimar en ménos que el ministro que con la pluma se desvela y escribe de dia y noche, vacilando con el

entendimiento; lo que ninguno alcanzará con sólo el trabajo del cuerpo, pero el que pasa por lo uno y lo otro, debe tenerse y estimarse por más que los otros hombres, como los que en la guerra escriben y pelean, viéndose esto mismo, y con grandes ventajas en D. Diego de Ibarra, que teniendo sobre sus hombros tan grande máquina de negocios en su ministerio de papeles y embajadas, como se ha visto y adelante escribiré, no dejó las armas de la mano en todas las guerras de Francia y Flandes, ni la pluma cuando se ofrecia, y, sobre todo, ser consejero, que éste es un trabajo sobre todos, y más siéndolo de Alexandro, que como tan gran soldado, era menester prevenirse y proveerse de pareceres extraordinarios y no vistos, si bien se han de dar conforme los tiempos y ocasiones que se ofrecen en la guerra, donde con más vigilancia, verdad y entereza se han de valer para no caer en los yerros que suelen algunos consejeros que son en los pareceres varios y equívocos.

El Bearnés proseguia en el sitio de Noyon, y tenia aquella villa tan apretada que le obligó al duque de Umena á quererla socorrer, y para esto escribió á los primeros de Agosto al príncipe de Asculi que levantase el ejército español y caminase la vuelta de la villa de Ham, donde él se hallaria dentro de dos dias, y le encargaba mucho la brevedad por el peligro que corria aquella plaza y lo mucho que importaba entrarle alguna gente de socorro, ya que no lo habia podido hacer el vizconde de Tavanes, y que la ocasion de haberse tardado en ir desde Roam al ejército era el tener creido de salir con una inteligencia que traia en la villa de Manta para reducirla á la Liga católica, y el haber encontrado con parte de los esguízaros del Bearnés, á los cuales fué siguiendo por ver si los podia romper y degollar; pero que teniéndolos encerrados en un lugar para hacerlo, le enviaron á decir los habia licenciado el Bearnés y que se iban á sus casas, y les obligó á hacer juramento que jamás le volverian á servir; y con esta diligencia los dejó ir libremente; y áunque el príncipe de Asculi, D. Diego de Ibarra y D. Antonio de Zúñiga, consideraron que el marchar con el ejército español á socorrer la villa de Noyon, no se podia hacer

por tener el Bearnés dos mil caballos muy buenos, por ser la mayor parte de la nobleza de Francia, y siete mil y más infantes, y tantas causas para no pelear con el ejército bearnés, con todo eso, por obedecer al de Umena y que no pudiese echar la culpa si se perdiera Noyon al príncipe de Asculi, se fué marchando la vuelta de la villa de Ham, haciendo el primer alojamiento en Monliú, una legua del castillo de Sison, y se llegó el dia siguiente con determinacion de no pasar adelante hasta que el duque de Umena llegase á juntarse con ellos; y como supieron que estaba en Ham, le avisaron desta resolucion y lo que se aventuraba en pelear sin más fuerzas de las que llevaban, por no haber en este medio el Bearnés comenzado á batir la villa de Noyon, que á haberlo hecho estaria más embarazado y se pudiera con más facilidad aventurar el socorro; y pues se hallaba el de Umena con toda la caballería lo podia hacer con más facilidad que no con la infantería, no fué posible ni de parecer forzarle á pasar de la villa de la Fera; y así volvió á instar en que se fuese allá, y que él seria el primero que con una pica se pondria en el escuadron español como el menor soldado.

Visto esto el príncipe de Asculi y D. Diego de Ibarra, aunque contra toda razon marcharon la vuelta de Ham, y si el Bearnés se determinara á romperlos, yendo marchando fuera posible hacerlo; y temiendo esto, echaron de ver en el peligro en que iban, ó al ménos si fueran acometidos pudieran perder el bagaje, que fuera casi lo mismo que el ejército, pues tanta reputacion se perdia en lo uno como en lo otro. En fin, se llegó sin ninguna pérdida sobre Ham, á mediado Agosto, y en este tiempo se iba el Bearnés arrimando con trincheas á la villa de Noyon, y al de Asculi y demas ministros les iba dando más cuidado, particularmente al duque de Umena que hizo grandes diligencias para reducirlos á que se mejorase el ejército español, con intencion de llegar á las manos con el del Bearnés. El príncipe de Asculi, D. Diego de Ibarra y D. Antonio de Zúñiga le dijeron cuánto convenia conservar aquellas fuerzas y esperar las que Alexandro juntaba, pues con tanta brevedad se enten-

dió entraria con ella en Francia, con los cuales se recuperaria todo lo que se habia perdido y perdiese, y hacer otras muchas y buenas facciones emprendiendo lo que se quisiese, y aunque al de Umena le parecian estas razones importantes, y que si sucediese perderse (como era de pensar) que no volveria á levantar cabeza, todavía, por complacer con algunas personas de las que llevaba consigo, que era Monsieur de Brisac y Villaderoy con intencion de que no acertase en nada, lo procuraba el de Umena por parecerle que era de mala consecuencia para las demas villas ver que se rendian las más importantes sin ir á socorrerlas, y aunque temian y consideraban esto las cabezas que estaban con el príncipe de Asculi, les pareció que si los setecientos caballos que tenia el duque de Umena y los mil y trescientos infantes franceses con los alemanes de Colalto hubiera habido órden en juntarlos con los tres mil infantes y setecientos caballos del Rey católico que gobernaba el príncipe de Asculi, se pudiera aventurar á dar la batalla al Bearnés, y para esto fuera á propósito que Monsieur de San Pol se hubiera tambien juntado con los cuatrocientos caballos que siempre dijo tenia, y no excusarse con la tibieza que lo hizo, que fué señal de lo que se podia prometer de sus ofertas. Parece que con estas fuerzas juntas se podia aventurar á cualquiera empresa, pero la apresuracion del duque de Umena no convenia.

Hubo muchas pláticas y consejos sobre estas materias, y en lo que se conformaron y resolvieron fué de enviar un socorro á Noyon, si bien consideraban que iba á riesgo de perderse; y estando para irlo á poner en ejecucion, llegó aviso que con solos cuatro cañonazos que el Bearnés hizo tirar á la villa se habia rendido debajo de condicion que por todo el dia siguiente diese la batalla el duque de Umena, ó les entrase mil hombres de socorro, no se entendiese haberse rendido, pactos pocas veces vistos en la guera, pues despues de haberlo hecho y señoreádose el Bearnés de la plaza, poco importaban tales condiciones, pues no se le habia de restituir al de Umena, si no era ganándola por fuerza de armas; y mal color puede dar á su flaqueza un

[illegible] que lo hizo, pudiera en-
[illegible] ni en lo otro se le
[illegible] sino cuando muere pe-
[illegible] esta obligacion tiene el
[illegible] que pone las esperanzas
[illegible] antes que lo sitien.
[illegible] mucho por ser plaza muy
[illegible] consideracion haber sido tan
[illegible] mas reputacion no haber
[illegible] de tener efecto el
[illegible] duque de Umena que
[illegible] se lo fueron á entender el
[illegible] del Rey, nuestro señor,
[illegible] se aventuraba en empeñar
[illegible] el efecto á que iba; y
[illegible] los juntó á con-
[illegible] de nuevo los incon-
[illegible] temer, pues se
[illegible] y que convenia mucho
[illegible] á dar la batalla
[illegible] y fuerte, no era
[illegible] y particular, pero la in-
[illegible] esto era tan notorio,
[illegible] amonestado y pro-
[illegible] y que él seria el primero en
[illegible] ya otra vez lo habia
[illegible] ministros del Rey, nuestro
[illegible] lo reprobaron con lo que
[illegible] y protestaron con grandes en-
[illegible] para resistir al Bearnés á lo
[illegible] demás que convenia
[illegible] católicas y más impor-
[illegible] por si el Bearnés fuese
[illegible] que lo habia de hacer, y que
[illegible] y en parte aventajada si

Hallábanse con el duque de Umena en este tiempo algunos Diputados de las villas católicas que estaban á su devocion, y viendo el mal suceso de la de Noyon, los tuvo tan atemorizados como al de Umena confuso y turbado; y si turbarse pudo un Príncipe tan valeroso, lo pareció en esta ocasion, y tanto, que conociéndoselo D. Diego de Ibarra, le dijo y aseguró que no podria Alexandro tardar mucho con su ejército, con que se remediarian todos sus pesares, y que él lo solicitaba con grandísimas veras, y que en tanto que no llegaba procuraria encaminar, como lo habia hecho, que enviase alguna gente suelta para rehacer y asegurar la que allí tenia el Rey, nuestro señor, no obstante que habia tenido respuesta de Alexandro en que decia que aunque deseaba cumplir con lo que se habia acordado de parte del Rey, su tio, para lo de Lorena, el conde Mauricio de Nasao con el ejército rebelde que tenia estaba tan ufano y poderoso en los contornos de la villa de Nimega, que le habia sido forzoso á Alexandro dejar allí los reginientos que habia elegido para Francia por no perder la provincia de Güeldres y Brabante, en donde los rebeldes campeaban y andaban tan poderosos; y demás de esto, las nuevas levas caminaban tan despacio, que aunque quisiera valerse de ellas no era posible, ni de los españoles alterados en la villa de Diste, del tercio del Maestre de Campo Manuel de Vega, que demás de las muchas impertinencias que habian pedido intentaban de nuevo otra mayor, que era se les pagase su sueldo á razon de once reales por cada escudo, que no le era de ménos embarazo esto que las demas cosas que le atrasaban, por cuya causa hasta fin de Agosto no hallaba forma de poderlo poner en ejecucion; y era cierto que para este tiempo irian marchando la vuelta del país de Lucemburg la gente de las nuevas levas, juntamente con los españoles que habian de bajar de Italia á cargo de D. Rodrigo de Toledo, y el ejército del Pontífice, con que se vendria á juntar uno muy bueno y poderoso para el efecto que se deseaba y para el mismo plazo; pero que ántes de este tiempo no sabia cómo poder cumplir lo que habia ofrecido, ni era justo desmembrar del cuerpo que estaba en los contornos de Nimega

ninguna gente, y ser la más importante que tenia los valones, y sin ellos quedaria muy flaco y de manera que el conde Mauricio pudiera hacer cualquiera suerte, y habiéndole de sacar esta gente, era forzoso poner otra tanta en su lugar, y se hiciera mucho en esto porque se estaba á la mira de lo que Mauricio intentaba, y más habiendo tenido avisos que volvia con su ejército la vuelta de Frisa, donde las fuerzas que el Rey, nuestro señor, tenia eran muy pocas, por cuya causa era necesario tenerlas en ambas provincias para hacerle resistencia, y más pudiendo, como podia, sin que se lo estorbasen hacer su viaje á Frisa en tres ó cuatro dias, y el ejército del Rey católico no podia en veinte.

No faltaba (que siempre esto es ordinario) quien derramase nuevas en Francia para alterar los ánimos del vulgo, que, como novelero, siempre se inclina á la voz comun, que en este medio pasaba de que el Rey, nuestro señor, no habia entrado con sus fuerzas con ánimo de favorecer los católicos de Francia, sino por otros respetos bien injustamente creidos, pues iban muy fuera de la verdad, pues se vieron las excesivas sumas de dinero que gastó, no con más fin de ayudar la parte de la Union católica y extirpar la herejía; y porque esto fué á tiempo de un caso que sucedió, les fué más fácil creerlo, y aunque sea de paso lo escribiré. Un clérigo francés, (que francés habia de ser para ser un idiota é ignorante) como los que desta nacion andan derramados por España pidiendo limosna con un diurno ó breviario debajo del brazo, impreso ántes del Concilio de Trento (porque jamás en Francia lo admitieron) y con tan pocas letras como se vieron en éste; predicó en una igiesia, á los 18 de Agosto, que la causa de no haber dado la batalla al Bearnés ni socorrido á Noyon era por no haber querido las naciones extranjeras, que así llamaban á los soldados del ejército español, porque sólo querian dar á entender lo que no hacian, y entretenerse y que no acabase la guerra, y otras cosas más perniciosas, de las cuales dió parte el duque de Umena á D. Diego de Ibarra, y que le habia mandado prender con intento de hacerle castigar, y que para enmendar

este yerro haria que otro clérigo, que en Francia no son todos como el que he referido, porque los hay muy doctos, que era Diputado de aquellas villas, volviese á predicar la verdad y las obligaciones que todos los católicos de Francia tenian al rey de España y á sus ejércitos. D. Diego de Ibarra le agradeció lo que habia hecho en este caso, y le dijo que le parecia muy bien y que procurase saber quién le habia inducido á ello, porque seria, sin duda alguna, hombre mal intencionado, como sospechaba lo era Monsieur de Brisac, que salia de su aljava, pues habia descubierto su intento, como se vió cuando propuso en Consejo una cosa tan fuera de razon como ir á combatir al Bearnés donde estaba alojado y fuerte.

No eran de las cosas que ménos le desaminaban al duque de Umena de ver cuán desunida estaba la Liga católica de Francia, porque el duque Mercurio tenia la provincia de Bretaña; el mariscal de Joyosa, la Lenguadoza; el duque de Umala, la provincia de Picardía; el de Nemurs, el Leonés; Monsieur de San Pol, la Jampagna; Monsieur de Villers, parte de la Normandía; el vizconde de Tavanes, á Roam; el baron de Tanje, la Borgoña, y Monsieur de la Jatre, el Berri; sin querer la mayor parte de los Príncipes obedecerle, ni tampoco la gente que tenia á su devocion, como lo vió para el socorro de Xatres, que no hubo ninguno que le quisiera ayudar, que era una de las mayores miserias en que podia estar ni vivir un Príncipe. Demás de esto, el duque de Saboya hacia algunas facciones de importancia en Provenza, y se tenia por cierto que Monsieur de Balani queria de todo punto romper sus disimulaciones y declararse por el Bearnés, y que en favor desto trataba de casar su hija mayor con el conde de San Pol, hermano del duque de Longavilla. Monsieur de Rona no andaba muy contento, y el de Brisac mostraba querer retirarse, y Huqueville, que fué Gobernador de la villa de Sanson, habiéndole quitado el gobierno, se podia juzgar la intencion que tenia, y se entendió se retiraria con Monsieur de Pon San Pedro, su hermano, Gobernador de la villa de Auenila, y que toda la nobleza estaba sentida desde la muerte del marqués de Menele, no obstante que fué con tanta razon. Todas estas y

otras cosas traian al duque de Umena con algun cuidado y confuso, á tiempo que tambien le dijeron, para más fatigarle, que el duque de Montemarchano no habia de estar á su órden, y la forma del Breve que habia llevada el Legado, Monseñor de Landria, no mostrando en él Su Santidad que deseaba la quietud de Francia, teniendo un Rey legítimo y católico, y de lo que pretendia el Legado de verse con el cardenal de Borbon, sospechó el de Umena debian de querer elegirle en la Corona y hacerle legítimo á ella, por cuya causa y otras de no ménos importancia hacia en este medio Villaderoy con el duque de Umena, de parte del Bearnés, muy buenos oficios para persuadirle á la paz; y en la Junta que se esperaba hacer en la villa de Rens de los Diputados de las proxincias y villas mas principales, en virtud de un arresto de la corte del Parlamento de París, y demás de ser para tratar del remedio de las cosas de la justicia que estaban de todo punto caidas, dar órden asimismo á las rentas reales, se entendió tambien era para nombrar al de Umena por Regente del reino para que con este título aspirase á lo que más podia ofrecerse. El Bearnés habia publicado de hacer una congregacion en la villa de Xatres para oponerse al Monitorio del Sumo Pontífice, por parecerle no podia descomulgarle, ni á los católicos de Francia que le seguian, sino por via de un Concilio, y que apelarian á él (opinion herética y que de ella se podia esperar una cisma). Túvose aviso en este medio que juntaba el Bearnés para reforzar su ejército muchas tropas de caballería francesa y de raytres, tres regimientos de alemanes, uno de holandeses y valones de los más viejos soldados de los rebeldes de Flandes que le enviaba Isabel, reina de Inglaterra, y cuatro mil ingleses, y sin estos iban de los cantones cuatro mil esguízaros, demás de otros tantos que tenia viejos, y tambien otros cuatro mil infantes franceses.

Madama de Guisa, viuda del Duque viejo que hizo matar Henrico III, rey de Francia, perdida la esperanza de poder sacar á su hijo, el Duque, de la prision estrecha en que le tenia el Bearnés, por vía de talla ó ranzon, procuró le dejasen salir por tres meses sobre su palabra, entrándose ella en su lugar

con Luis, su hijo tercero, en rehenes en la parte que el Bearnés quisiese, y para este mismo efecto el duque de Umena, tio del de Guisa, daba tambien á un hijo suyo para más seguridad y por hacer más beneficio á su sobrino; algunas personas interpretaban que esta negociacion era enderezada no en más fin de ir disponiendo la paz el duque de Umena, el cual andaba en este tiempo algo disgustado, por no ser asistido, como pensaba, de dinero por cuenta del Rey católico, y tambien la tardanza del entrar Alexandro en Francia con su ejército como habia ofrecido, y juzgaba que dilatando el Bearnés el tiempo en juntar el suyo, ganaria por la mano en salir en campaña, y que seria señor della y haria buenos efectos como los habia hecho el Bearnés, y si se hacia seria desacreditarle de la autoridad que habia tenido, que ya iba declinando, y descaeceria de manera que no pudiese conseguir cosa que le fuese de momento, con ser sus esperanzas no de ménos que de la corona de Francia, cosa que tanto procuraba con los trabajos y asistencias de la guerra, como se ha visto.

Los soldados del Rey, nuestro señor, que estaban de guarnicion en París, no obstante el excesivo que se les daba, pasaban en esta sazon muy grande necesidad por la carestía que habia, y D. Diego de Ibarra puso la mira en conservar esta gente; procurándolo con sumo trabajo, les envió para la paga del mes de Julio diez mil escudos por la vía de la villa de Meaux en compañía del Gobernador della, á quien hizo dar el de Umena otros cuatro mil escudos para el socorro de los valones que allí estaban de guarnicion, donde llegó escolta de París, para recibir su partida, y previno á Alexandro para que procurase proveer de otros diez mil para el mes de Agosto que ya se cumplia, y en partidas desta calidad lo tenia por más acertado, porque tras seguirle ahorro á la hacienda del Rey, su tio, con más de cinco mil ducados al mes, lo pasaria la gente mucho mejor y sin hacer desórdenes y se excusarian los agravios que les hacian sus Oficiales, siendo los soldados socorridos por su mano.

A los 21 de Agosto se supo en el ejército español que estaba á cargo del príncipe de Asculi, que á los 15, dia de Nuestra Se-

ñora de la Asuncion se habia huido el duque de Guisa de la prision en que estaba en el castillo de Turs desde el año de 1588, despues de la muerte de su padre, arrojándose por una ventana de una alta torre; y porque muchos autores dicen de la manera que este Príncipe se escapó, no me detendré en escribirla, más de que fué casi milagrosa, y no ser mi intencion hacer relaciones largas, como he apuntado, de los sucesos de Francia. El duque de Umena, su tio, tuvo tan grande contento cuando le llegó la nueva que se levantó de la mesa, y puestas ambas rodillas en el suelo dió muchas gracias á Dios. Fué un caso muy extraordinario el haberse escapado este Príncipe, porque jamás habia querido el Bearnés por ningun medio ni interes darle libertad ni el Capitan que lo tenia á cargo. No ménos se holgó la nacion española deste buen suceso que la nobleza de Francia, porque su padre fué muy amado de los españoles, y él los quiso mucho. El presidente Janin habia llevado de España (segun se entendió en este tiempo) al duque de Umena algunas resoluciones, y en particular hecha merced del Rey, nuestro señor, de diez mil escudos al mes de á doce reales cada uno para su persona, demás de los cien mil escudos deste mismo valor que le daba para el gasto de la gente que habia ofrecido tener en pié, que eran (como ya he apuntado) diez mil infantes, tres mil caballos, su artillería y vituallas; pero la ejecucion de juntar esta gente la diferiria hasta en tanto que se le proveyesen dineros, y decia (no obstante que no se le quedó á deber nada) que la tenia en guarniciones y la caballería muy pronta para dar muestra.

Ya eran los primeros de Setiembre, y se iban juntando con más fundamento en la villa de Rens los Estados generales, y aunque ántes decian que era para tratar de cosas tocantes al gobierno del Reino, se entendió por cosa cierta que lo hacian para elegir un Rey, por estar ciertos que con su autoridad y nombre podrian con más facilidad dar asiento á sus cosas y salir de la confusion en que se hallaban, que era tal, que ni la sabré escribir ni encarecer por ser de tal calidad que ellos mismos no se entendian, siendo gente la francesa remisa, nove-

lera y mudable; y habiendo entendido esto D. Diego de Ibarra, con razones muy vivas se lo dijo al duque de Umena, y le respondió que procuraria siempre lo que el Rey católico mandase de las provincias de Francia para sí ó para otro; pero para lo postrero antepuso su calidad, servicios y pérdida de hacienda y hermanos, para que no se le adelantasen personas de iguales partes, por donde se conoció no tenia perdidas las esperanzas de la Corona, ni estaba tampoco prendado en ella como á algunas personas les parecia, si bien la libertad del duque de Guisa, su sobrino, le hacia muy gran contradicion, porque se inclinaban más á él para ocupar el reino que no á su tio. D. Diego de Ibarra que estaba vigilantísimo á estas pláticas y movimientos, escribió al Rey, nuestro señor, todo lo que habia penetrado, y que por dilatarse la entrada de Alexandro con el ejército en Francia se aumentaban los pretensores para la Corona y las fuerzas al Bearnés, y se decia que además del socorro que le habia llegado de Inglaterra de cuatro mil infantes y doscientos caballos, se le iba juntando más gente y se le acercaban las tropas de la del duque de Nivers, y más cinco mil raytres y ocho mil tudescos que se habian levantado en Alemania, que eran los que en esto medio esperaba: así por esto como por los buenos sucesos que poco ántes habia tenido, estaban las villas católicas atemorizadas y con firme resolucion de concertarse con el Bearnés, ó de elegir Rey. Demás desto, sacaban materia los mal intencionados de la dilatacion de la entrada de Alexandro con el socorro, que no poco daño hacian con las pláticas que destas y otras cosas movian; y de que á los principios de la junta del Parlamento no se trató de la eleccion de parte del Rey católico, y desto inferian y sembraban nuevas, á fin de dar á entender que su intencion era de que durase la guerra para que con ella se consumiesen y acabasen los unos y los otros, y que viéndolos apurados no le pudiesen dar jamás cuidado sus cosas, y que esto le convenia más que ser rey de Francia, y que si despues quisiese serlo, estaba en su mano quedarse con la parte del Reino que le pareciese y dar otra al duque de Saboya, y Francia quedaria perdida y aniquilada, y

que la causa de dividirla, por ser fundada en razon de Estado (como así lo daban á entender las personas de mala intencion), era más para darle crédito como se lo daba, que para poner duda en ello; y esto era lo que más generalmente sentian los católicos y que más los desesperaba, y les ayudaba á creerlo y á confirmarlo ver los desórdenes que algunos soldados de las naciones del ejército español hacian en Francia, viviendo en mal uso y disciplina militar; y era tan forzoso disimulárselo, como imposible el castigarlos por no habérseles dado casi una paga entera desde que entraron en Francia, y pasaban grandísimas necesidades; y no obstante que donde quiera que llegaban los pedian para que los preservasen del peligro del Bearnés, deseaban echarlos del reino por el daño que hacian á la hacienda y frutos que tenian en la campaña, y para el remedio desto acudian con mucho cuidado el príncipe de Asculi, Don Diego de Ibarra y D. Antonio de Zúñiga; pero no siempre podian lo que deseaban, y más con los soldados de las naciones, cuya libertad pocas veces enfrenan sus Oficiales, por no ser su obediencia tan perfecta como la española; y aunque esta nacion es la más aborrecida que hay en el mundo, era en este tiempo en Francia la más amada, porque vivian en mejor órden y disciplina, y aunque pasaba las mismas necesidades que las demas, no hicieron desórden por donde mereciesen el castigo que ellas. Y no obstante el aviso que destas cosas dió al Rey, nuestro señor, D. Diego de Ibarra, le escribió tambien como los Príncipes católicos y el duque de Umena habian entendido y penetrado la intencion que tenia de proponer al archiduque Ernesto ó Alberto para la corona de Francia, cosa que al de Umena causó grandísimo disgusto, pareciéndole eran estos dos Príncipes muy grande obstáculo en su pretension, y de que hubo algunos que les pareció era negocio muy á propósito no queriéndola para sí el Rey católico, como los mal intencionados habian dado á entender, ó de que hiciese eleccion de uno de los de la sangre, hallándolo católico con quien pudiera la señora Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria casarse, y ser reina de Francia, teniéndolo por bien el católico su padre, con que la

generalidad del Reino quedaria satisfecho, y el Pontífice contento de ver que no se sacaba de sus quicios este negocio, y la nobleza de Francia dividida, que no era lo que ménos importaba para las cosas de adelante. Este advertimiento de D. Diego de Ibarra no le pareció mal al Rey, nuestro señor, ni que dejase de continuarlo siempre que hallase la ocasion.

En este tiempo procuraba el cardenal de Brandoma de dar á entender en dejar la parte del Bearnés y volverse con los católicos, y hacia sus diligencias para ser tenido por tal, y por este medio hacerse capaz para la Corona, que no era el que ménos cuadrara en Roma. En tanto que estas pláticas pasaban y otras que se movian, estaba el Bearnés á la mira y reparándose en Noyon, desde donde daba que pensar al ejercito español del designio que tomaria desde esta villa, porque despues que la ganó se habia estado en ella, como he apuntado, previniéndose para alguna empresa; y porque en esta sazon dió indicios de hacer junta con todo su ejército la vuelta de Roam, villa de grandísima importançia, se determinaron el duque de Umena y el príncipe de Asculi de enviar cuatrocientos infantes alemanes y valones á que se entrasen dentro, y el ejército español se levantó de sus alojamientos con designio de arrimarse al Ducado de Lorena, para juntarse con el socorro del Pontífice, que se creyó estaria allí para cuando llegara; y habiéndose arrimado á San Jermant Moynt, tuvo aviso el duque de Umena que el Bearnés, con toda su caballería, iba á ganar de improviso la villa de Rens, cabeza de la provincia de Jampaña, y en caso que no pudiese, la pondria sitio en tanto que le llegaba su infantería; y siendo plaza de tanta importancia, y que no convenia sucediese perderse como la de Noyon, á la misma hora que se supo el designio del Bearnés marchó el Príncipe de Asculi con toda la gente de su cargo, y sin hacer una hora de alto llegó al amanecer, habiendo caminado todo un dia y noche. Alojóse en los burgos ó arrabales, y habiendo entendido el Bearnés que el ejército español le ocupó esta plaza y que no la podia sitiar si no era perdiéndose, mudó de parecer, y porque no se apoderase de Artel, que era villa de importancia, envió el

de Umena un regimiento de alemanes para que la presidiase, con que estuvo bien guarnecida. Hicieron alto asegurando la villa de Rens, en Jampaña, los tercios españoles é italianos muchos dias, donde se padecia por no tener avisos del Bearnés ni de sus designios, así por la natural condicion de los franceses, de ser inciertos, como por malas inteligencias, y lo que se decia de él en este medio, que eran los 12 de Setiembre, era que áun se estaba en sus alojamientos sin haberse movido á ninguna parte.

De Flandes escribian que Alexandro no haria su entrada por todo este mes, como lo temian el príncipe de Asculi, D. Diego de Ibarra y D. Antonio de Zúñiga, que eran las personas más interesadas, y lo sintieron mucho, por el poco fruto que se podia sacar de comenzar la guerra cuando fuera justo acabarla, pues de Octubre en adelante no habia que esperar en el tiempo, sino todo lo malo que se podia pensar, y considerando los buenos sucesos que se hubieran conseguido si ántes de juntar el Bearnés sus fuerzas hubiera sido el ejército español señor de la campaña, como siempre se tuvo entendido que lo fuera, desde el mes de Mayo pasado, y así no le maravillaba que se aprovechara el Bearnés de tan buena ocasion como el tiempo y ocasiones le habian ofrecido. Esto se ve por experiencia cuando por el descuido ó flaqueza de un ejército se le sigue á su contrario la ventaja y buenos sucesos, y más si está en su misma tierra ó cerca della y prontos los socorros, como siempre los tuvo el Bearnés, ya por el mar de Inglaterra ó de sus mismos vasallos, sin los que le iban de Alemania, que eran tanto y más prestos que los del Rey, nuestro señor.

Habiendo sabido el duque de Umena que el de Montemarchano estaba en el Ducado de Lorena, y con algun sentimiento de parecerle que le dejaban acercar tanto á Francia sin haberle ido á recibir, ni enviado ningun aviso ni nueva de saber que hubiese llegado á ella el ejército español que habia de llevar Alexandro, ni el duque de Umena con las fuerzas que se le habian ofrecido, por no tenerle con esta queja se resolvió

de irle á buscar con mil caballos, dejando la infantería española é italiana alojada (como he apuntado) en los burgos de la villa de Rens en Jampaña, y llevó consigo á D. Diego de Ibarra; llegaron á Serbi, donde hallaron al duque de Montemarchano, habiendo ántes alojado dos leguas de las cornetas de raytres y de la infantería tudesca que le iba de socorro al Bearnés, que era la que tantos dias habia que esperaba de Alemania, la cual hizo su entrada por Verdun, y fué la vuelta de la provincia de Jampaña, y por las jornadas largas que hicieron no les ocuparon los pasos. Llevaban á cargo estas tropas el conde Lamburg, el baron de Hert, el conde Siquemburg y el conde de Vestembur y Opobal Herfer, todos herejes, y al pasar por Lorena hicieron mucho daño. Ayudó este socorro la reina de Inglaterra moviendo al duque de Saja, á quien habia enviado á Horacio Palavesino con setenta mil florines, que aunque pareció poco dinero para levantar la gente que he referido, que eran ocho mil infantes y más de cuatro mil caballos raytres, fué de importancia. El duque de Montemarchano se habia resuelto de hacer alto hasta saber que Alexandro hubiese entrado en Francia con su ejército, y D. Rodrigo de Toledo, á cuyo cargo iba la infantería española de Lombardía, y la que llevaba de Nápoles D. Luis de Velasco, siguiendo la órden que les habia dado el duque de Terranova, y la que tambien le envió Alexandro por escrito, que era de que le fuesen á buscar á Flandes, marchando siempre por el camino derecho desde Italia á aquellos Estados; pero el duque de Lorena, el de Umena y D. Diego de Ibarra le persuadieron que no convenia, ni tampoco hacer alto, sino marchar hasta Verdun, que eran tres jornadas de aquel alojamiento, porque no se desanimasen las villas católicas que estaban á la mira de los motivos y facciones que hacian los ejércitos de España, y que en llegando allí sabrian si el Bearnés no estaba en el paso, y se proseguiria con seguridad el viaje la vuelta de la villa de Masieres, y que marchando por la frontera de Flandes y confines de Francia, arrimarse á la villa de Guisa, que era por donde habia de entrar Alexandro con su ejército; y lo que se deseaba, demás de que se le aseguraba el

paso; y pareciéndoles á todos lo mucho que convenia, se comenzó á poner en ejecucion. La gente del Pontífice que llevaba el de Montemarchano, su sobrino, serian mil quinientos infantes italianos, y ménos de cinco mil esguízaros y ochocientos buenos caballos. El tercio de españoles del Maestre de campo D. Luis de Velasco y las banderas de Lombardía desta misma nacion, que iban á cargo del capitan Corvera, serian poco más de tres mil soldados, y habiendo llegado á Verdun con resolucion de pasar adelante, se supo, siendo ya los 24 de Setiembre, que el Bearnés habia llegado con toda su caballería, á juntarse en Asdan con el socorro que le iba de Alemania como lo habia hecho en este mismo lugar, donde se le juntaron los duques de Longavilla y Nivers; y por si intentase acometer á el ejército español, por ser en el camino forzoso que llevaba, fué necesario hacer alto, y allí tuvieron aviso de Alexandro en que les ordenaba no partiesen hasta que se incorporasen con ellos algunas coronelías de alemanes que iban llegando al Ducado de Lucemburg de las nuevas levas que habia mandado hacer.

Cada dia crecian más las esperanzas de la entrada de Alexandro en Francia, y en este medio eran ménos de poderlo hacer tan presto como se tuvo creido, porque el ejército rebelde de los Estados de Flandes habia desembarcado en el país de Vas, y sitiado la villa de Hulst, y era forzoso, por ser de tanta importancia y llave de aquella Isla, acudir Alexandro al remedio, como lo hizo; y con haber esta ocasion, y que se hallaba cerca de su persona Deportes, agente del duque de Umena, que miraba las acciones de Alexandro, escribió á su amo de cuán tíbiamente procuraba la entrada, que no poco cuidado y disgusto le dió este aviso, y á D. Diego de Ibarra trabajó el darle á entender lo contrario; y así, demás de que lo solicitaba escribiendo á Alexandro y representándole por momentos todo lo que pasaba, se resolvió juntamente con el príncipe de Asculi y los demas ministros del Rey, nuestro señor, de enviar al marqués de Malaespina, Capitan de caballos italianos, á advertirle los caminos que podria hacer para juntarse con ellos, y á decirle que les parecia conveniente socorrer al duque de Umena

con el dinero que el Rey católico hubiese mandado le diesen, porque padecia extrema necesidad, de manera que á la poca gente que tenia no pagaba, ni á la que estaba en las guarniciones sustentaba, y á la que habia de juntar no podia por no tener qué darles, de que se quejaba mucho, y más por haberle llegado aviso que por las partes de Meaux y Poetusa se salian los soldados que estaban de guarnicion y le daban muy gran cuidado por no tener qué darles y que no los recogiese el mariscal de Biron que se hallaba por allí cerca con un buen número de infantería y pudiera apoderarse de las plazas católicas viéndolas desguarnecidas; y por esta causa D. Diego de Ibarra, no obstante que estaba en parte donde no podia buscar prestado, lo hizo con su buena maña y cuidado, y proveyó de dos mil y quinientos escudos de oro para socorrerlos, demás de otros muchos á cuyo cumplimiento se habia obligado, dándole gran cuidado la falta que se iba sintiendo de vituallas y forraje para la caballería del ejército español, que áun se estaba en Verdun, á los 2 de Octubre deste año, y allí se supo, ántes del dia que marchaba el Bearnés la vuelta de aquel alojamiento, y sin saber que fuese con caballería ó infantería se dió órden al mismo punto se desalojase la gente del Pontífice y la del Rey, nuesto señor, y que se retirasen todos á Verdun; y se hizo de manera que ántes de medio dia estuvo todo el ejército en la plaza de armas, y en este medio se mostró el Bearnés á ménos de media legua del lugar con algunas tropas de caballería, y con ellas cargó sobre una compañía de franceses católicos, y se retiró dos leguas de allí; y el dia siguiente parecieron cuatro escuadrones de caballería; y aunque los católicos se les acercaron, no se hizo ninguna faccion por no ser á propósito ni convenia empeñarlos. El intento del Bearnés fué de dar en los cuarteles, y como los halló tan bien apercibidos los dejó porque estaban los duques de Lorena, Umena, Montemarchano y Don Diego de Ibarra con cinco mil caballos franceses y raytres y mil arcabuceros, tambien de á caballo, con deseo de, que si los acometia, pelear valerosísimamente. Retiróse el Bearnés este dia y marchó nueve leguas hasta su alojamiento, y de camino

pasó por el castillo de Montefalcon, y hallándolo desamparado de la gente que lo presidiaba lo mandó desmantelar por no ser de importancia.

Monsieur de Villers, Gobernador de la villa de Roam escribió al duque de Umena que hizo una salida con su gente y con ella conseguido un buen efecto, y parte de los ingleses que estaban en la villa de Diepa, con un hermano del conde de Sex, llegaron á los burgos pensando que con su ausencia quedaria aquello á mal recaudo, y que desde la villa los habian desalojado y muerto al hermano del Conde. Tambien tuvieron consejo los tres Duques sobre hacer mudanza del puesto en que estaban ántes que apretasen más las necesidades, y procuraba esto el de Lorena más que todos por sacar aquella gente de guerra de sus Estados, porque no dejaban de recibir algun daño, y esto no era posible porque áun se estaba el Bearnés alojado ocho leguas de allí ènfrente de Astien, y no se podia pasar á la villa de Masieres como se pretendia sin pelear con él, si quisiera hacerlo; y aunque de infantería estaban los Duques más fuertes, el Bearnés lo era de caballería, por cuya causa el duque de Montemarchano hizo muy gran instancia que se caminase por la villa de Arlon, que está en el Ducado de Lucemburg, que confina con Lorena, pareciéndole que con más seguridad se juntaria por aquella parte con Alexandro; pero á este parecer contradijo D. Diego de Ibarra, y la razon que le dió fué (demás de que se perdia gran crédito y reputacion), que no era justo, deseando tanto que el ejército del Pontífice entrase en Francia, volverse á salir della con las demas fuerzas del Rey, nuestro señor, y de la Liga que le acompañaban, y tambien la mucha necesidad que se pasaria al hacer el viaje por aquella parte llevando tantas bocas. El duque de Umena decia lo mismo que D. Diego, y sintió mucho y antepuso el temor que daria á las villas católicas de Francia, y el ánimo que se le acrecentaria al Bearnés, y que por lo ménos se volveria con la caballería que habia llevado al país de Jampaña, donde podia hacer alguna faccion sin que se lo pudiesen estorbar; y aunque al de Lorena le era todo uno, cualquier camino que hiciesen, pues le dejarian

desembarazado su Estado, no se acabaron de resolver si harian aquel sólo ó el que les quedaba por Vitri y Sandesir.

En este tiempo llegó nueva al ejército español que porque convenia enviar socorro al Bearnés contra el duque Mercurio, que hacia la guerra en la provincia de Bretaña, donde habia tenido algunas victorias con los españoles que estaban á cargo del Maestre de campo D. Juan de Aguila, envió á Monsieur de la Nua, á que asistiese al príncipe Dombres; y yendo sobre Lambal al tiempo que le quisieron dar una escalada, y defendiéndose los de dentro dieron un mosquetazo en la cabeza á Monsieur de la Nua y le mataron, que sólo por hacer memoria de la muerte deste tan gran soldado, y en la ocasion que perdió la vida, tantas veces habiéndose librado de tantas, lo escribo, pues mi intento (como he dicho) no es escribir ningun suceso de las demas provincias de Francia, sino solamente los que tenian los ejércitos que estaban debajo de la mano de Alexandro. Monsieur de la Nua fué natural de la villa de Nántes, en la provincia de Bretaña, caballero muy principal y animoso soldado, gran hereje, Capitan y amigo del príncipe de Orange, y que le siguió en las guerras de Flandes muchos años contra el Rey, nuestro señor, hasta que le prendió el marqués de Rubes, como queda referido. Era bien conocido de españoles y deseó mucho militar con ellos, y cuando le tuvieron preso en la villa de Terramunda, del Condado de Flandes, escribió un libro del Arte militar, digno de ser leido de grandes Capitanes y soldados. Celebró mucho la obediencia española y su modo de proceder y de pelear, y porque este valeroso Capitan fué merecedor de hacer memoria dél, así por su prudencia y partes como por las cosas tan señaladas que hizo, no he querido pasarlo en silencio para que se entienda que, si como sirvió contra la Iglesia de Dios favoreciendo los herejes, hubiera sido contra ellos, era justo ponerlo en el número de algunos famosos Capitanes que ha habido; mas no por esto se deja de conocer y confesar lo que por su persona mereció y valió.

A mediados de Octubre se supo en el ejército español que gobernaba el príncipe de Asculi, que se habia descubierto un

trato en París que hacia el Bearnés con sus inteligencias, habiendo ayudado á este buen suceso y á otros muchos la guarnicion del Rey, nuestro señor, que habia en aquella villa. Poco despues llegó el marqués de Malaespina con las esperanzas ordinarias de la entrada de Alexandro en Francia, y que seria con mucha brevedad no obstante el embarazo que se le habia recrecido de ganar el ejército rebelde en la isla de Vas, ó País de Vater, á la villa de Hulst, que, como he apuntado, se habian puesto sobre ella, y se perdió por negligencia del Gobernador, que era natural del país, no obstante que Alexandro habia hecho sus diligencias enviando al socorro el tercio de Manuel de Vega, que aunque estaba alterado salió de Diste á hacer esta faccion, y una mañana dieron sobre los navíos rebeldes y ganaron muchos, y á los que se hallaron en seco con la bajamar los quemaron y los rebeldes huyeron, con que desta vez quedó la villa socorrida; y aunque Alexandro la dejó bien presidiada, aprovechó poco porque despues la ganaron los rebeldes, por quererlo el Gobernador (como ya he referido), lo cual tenia antevisto algun tiempo habia D. Diego de Ibarra, y advertido que convenia mucho no dar gobiernos de las plazas y castillos importantes que habia en Flandes á ningun natural ni extranjeros que no fuesen españoles, ó á lo ménos las cabezas, é hizo muy gran instancia que desta nacion hubiese mucha infantería para presidiar las guarniciones de Flandes. Túvose por muy buena suerte que el Bearnés, con el deseo que mostró de estorbar que no pasase de Verdun el duque de Umena con la gente que allí tenia, no lo intentara como pudiera con harta seguridad, y más si caminara derecho la vuelta de París, porque de cualquiera manera el de Umena y Montemarchano habian de esperar á Alexandro en cualquiera parte, pues les era forzoso haber de juntarse con él; pero el Bearnés no hizo más efecto que ganar el castillo de Aumont, que se le rindió con honrados pactos despues de haberle batido un dia entero y muerto al Castellano, Teniente y Alférez de un cañonazo, con que los soldados, viéndose sin cabeza que los gobernase, no quisieron más que salvar las vidas; y á no haber sucedido se pudiera

tener mucho tiempo sin que el Bearnés saliera con su intento.

Ya eran los 19 de Octubre cuando se tuvo por muy cierta la entrada de Alexandro en Francia, y D. Diego de Ibarra creia que con ella se mejorarian las cosas de suerte que se comenzase á conseguir lo que se deseaba, no obstante que no tenia mucha seguridad en que las fuerzas del Rey, nuestro señor, y las que se presumia serian necesarias para deshacer las del Bearnés con la seguridad y presteza que convenia, porque los cuatro mil españoles del cargo de D. Rodrigo de Toledo, ya, en este medio, no llegaban á tres mil, y los dos regimientos de alemanes de Curs y el del conde de Fustemburg, que ya se habian juntado con ellos, eran ménos de cuatro mil soldados y los tercios de los italianos de Camilo Capezuza, y el de Nápoles que habian quedado cerca de la villa de Rens, en Jampaña, no eran más de ochocientos hombres escasos, y los dos viejos de españoles de los Maestres de campo D. Antonio de Zúñiga y de D. Alonso de Idiaquez no llegaban á mil seiscientos: la coronelía de alemanes de D. Juan Manrique eran ochocientos, y los valones que habia de llevar Alexandro no se sabia en esta sazon cuántos serian, y la infantería italiana que se esperaba habia de bajar, la cual, en este medio iba marchando por Borgoña la vuelta de Flandes, la hizo volver á Saboya el duque de Terranova, Gobernador que era del Estado de Milan, y no se sabia entónces cuándo la tornaria á enviar, ni tampoco á qué tiempo llegaria la caballería que se esperaba del reino de Sicilia, y la que en este medio habia en el ejército español, que estaba en Francia, eran ochocientos caballos, lanzas y arcabuceros, y ninguna certeza de la que llevaria Alexandro, y las cuatro cornetas de raytres de las muchas levas que se hacian (que en este tiempo se les estaba tomando muestra) no pasaban de dos mil cuatrocientos caballos; y los que podria juntar el duque de Umena era harto que llegasen á dos mil, y la infantería á seis mil hombres. Los esguízaros del Pontífice serian pocos más de cuatro mil, y los italianos mil quinientos; las lanzas y una compañía de arcabuceros á caballo, poco ménos de ochocientos. Las fuerzas que en este tiempo tenia el Rey católico son las

que he escrito, y no tan bien asistidas como se tuvo entendido; pero eran todas de soldados viejos y pláticos. Los del Pontífice y del duque de Umena cada dia eran ménos, por ser la mayor parte bisoños y no usados á los trabajos de la guerra, y no podian resistir las incomodidades de la campaña, y más que el invierno iba entrando muy riguroso, no obstante que á los soldados del Pontífice se les daba cada mes su paga con grande puntualidad y no les faltaban los bastimentos con mucha abundancia, porque siempre los vivanderos los llevan donde hay más dineros y se paga de contado, que como ésta falta habia en el ejército español eran mayores sus necesidades.

El Bearnés tenia en este mismo tiempo, por los avisos últimos que se tuvieron, cinco mil raytres, siete mil alemanes, dos mil infantes franceses y dos mil caballos desta misma nacion, aunque cada dia eran ménos, por mal pagados, y tambien estaban con él los ingleses; y el mariscal Biron tenia ocho mil infantes franceses y esguízaros y mil caballos, y juntándosele tambien al Bearnés el mariscal de Aumont, que en este tiempo estaba en Borgoña con tres mil infantes, parte dellos esguízaros, y más de mil caballos, eran muy poderosas fuerzas para oponerse á las del Rey, nuestro señor, que eran muy mal asistidas de dinero y bastimentos, debiendo hacerse muy al contrario, poniendo en ello más cuidado del que se tenia, con ir cada dia reforzando el ejército de gente, dineros y vituallas, con las municiones necesarias; pero considerando que todo esto (siendo tan importante para conservar un ejército y tenerlo en buen órden y disciplina militar) faltaba, y que no se podia conseguir lo que se pretendia, daba muy gran cuidado, y más de ver lo poco que lucia la mucha suma de dineros que se habian gastado, y lo que se trabajaba; y aunque D. Diego de Ibarra advirtió desto á Alexandro y lo representó al Rey, nuestro señor, y que todo el bien que en esta materia consistia era en ser superior al Bearnés en fuerzas y en poder, y particularmente no faltándole al duque de Umena los gajes que le habian señalado, los cuales no se le daban en este tiempo por ser la gente de Francia codiciosa y no poco insaciable, la necesidad mucha y la

inconstancia increible. No por esto llegaba el remedio necesario, ántes bien era tan dilatado, que menguaban las esperanzas y crecian los daños.

Advirtió tambien D. Diego de Ibarra que seria muy á propósito, de los seis mil españoles que se entendia tenia Don Juan del Aguila en Bretaña, llevar la mitad del ejército español que tenia á cargo el duque de Umena y el que Alexandro aprestaba para entrar en Francia por la parte de Picardía, que todo habia de ser un cuerpo, y que tambien de otras donde hubiese fuerzas españolas se llevasen á juntar con las que he referido, por ser las que tenia el Bearnés por aquella parte más poderosas, y donde la guerra se pensaba hacer más vivamente, siendo opuestas á las de Alexandro, el cual convenia atropellarlas y deshacerlas por no ser los progresos que se hacian por otras partes de tanta importancia para el fin que se pretendia como adonde asistia la persona del Bearnés, y rompiéndolo y desbaratándole (como ya he escrito) todo lo demas quedaba accesorio y fácil de conseguir, y no convenia dar lugar á que dejasen de conocer los del partido del Bearnés las ventajas de los soldados del Rey católico, y que se entendiese en Francia se habia de establecer uno en la opinion general della, para que llegado al punto de proponerle no hubiese quien se opusiese á contradecirlo, porque se entendia habria muchos que lo dificultasen en caso que viesen al Bearnés igual en esta pretension, y obligado á aventurarse á cualquier peligro; y se entendió que aguardarian los católicos (ántes de tomar resolucion en quién habia de ser Rey) á ver las mudanzas de la fortuna del Bearnés, que ya (al parecer de algunos) le prometia la Corona.

En este tiempo se tuvo aviso que el mariscal Biron habia ganado á Gornay, despues de algunos dias que la tenia sitiada que no fué buena nueva, por ser esta plaza de mucha importancia para la presa de la villa de Roam, que el Bearnés intentaba ir á ganar, el cual, tambien habia retirado su artillería de Moreson, en cuyos burgos la tuvo, habiendo alcanzado de aquella villa que le jurase por su Rey y Señor, y contentándose de no dejar guardia en ella, con que no quedaba más suya

que ántes; y habiendo levantado su ejército, marchó la vuelta de Picardía con designio de no parar hasta la villa de Roam y ponerla sitio, por cumplir lo que habia prometido á la reina de Inglaterra, y prendarla para no retirar los ingleses, como ya le habia amenazado; y porque siempre iba marchando con su ejército muy despacio, no se pudo aún tener por alejado y despedido de aquellos contornos, recelando siempre podria volver á estorbar que no se juntase el ejército católico con Alexandro ó que pudiera intentar alguna empresa que no fuera de ménos cuidado para lo demas que intentaba hacer, para cuyo socorro fuera necesario aventurar las fuerzas españolas que el Rey, nuestro señor, tenia en Francia, lo cual temieron mucho los Ministros que tenia en ella, por ver al duque de Umena (á cuya órden estaban) con esa resolucion, el cual mandó en este medio que se mejorase el ejército la vuelta de la villa de Masieres, que aún todavía se hallaba alojado en Verdun, del cual partió á los 24 de de Octubre, y con harto tiento, acompañado de un muy gran recelo de lo que el Bearnés pudiera intentar, pero con esperanzas de que en arrimándose á aquella villa le quedaban las espaldas seguras para juntarse con Alexandro, sin que lo pudiesen estorbar, y de camino incorporar la gente que se habia quedado alojada en la villa de Rens, en Jampaña, que era la nata que en Francia tenia el Rey, nuestro señor (como ya he referido), los dos tercios viejos de españoles de los Maestres de campo D. Alonso de Idiaquez y D. Antonio de Zúñiga.

Al último de Octubre llegó aviso al ejército que se le rindió al Bearnés la villa de Berbi, sin que se tirase un arcabuzazo, por haberlo hecho de su voluntad, habiendo costado á los españoles tanto trabajo y sangre cuando la ganaron, como se ha visto, y tambien se supo habia salido gran número de caballería de las plazas de los contornos de la villa de Noyon, á quince leguas de Moncorne, que era donde en este tiempo se hallaba el ejército español, y que debió de ser con designio de dar en algunos de sus cuarteles de noche ó de improviso, que esto obligó á que se estuviese con mucho cuidado

y no le perdian los Ministros del Rey, nuestro señor, por ser muy ordinario entre franceses no hacer las guardias con mucha puntualidad, y alojar sus ejércitos muy á lo largo, teniendo este mismo descuido y mal órden en guardar las plazas que ganaba el Bearnés, causa de hallarse más á la mano para emprender cualquiera cosa, que no si tuviera todo su ejército recogido; y así tomó por escalada á Rua, que es lugar de importancia en la frontera del Artoes, y por llegarle la nueva deste suceso á Alexandro, no léjos de allí, porque se iba mejorando con su ejército y gente que habia de entrar en Francia, envió con grandísima presteza á entrarle alguna en la villa de Monteseul, que estaba á pocas leguas y ser plaza de mucha importancia. En este tiempo se alborotó en la villa de París el pueblo con la Corte del Parlamento, porque hallaron unas cartas para el Bearnés, y lo que contenian era que ahorcaran al primer Presidente dél, que se llamaba Brizon, y á otres tres Consejeros.

Las cosas de Flandes iban en este tiempo de mal en peor, porque luégo que Alexandro partió de la villa de Nimega para ir á Francia, como el Rey, su tio, se lo habia mañdado, y que dejase cuanto tenia entre manos; y (como he referido) los burgueses de aquella villa, más deseosos de dar la obediencia al conde Mauricio de Nasao que á su natural Señor, trataron con él para rendirle la plaza, y habiendo tenido seguridad dellos, marchó con su gente la vuelta della, el rio arriba. Francisco Verdugo, que á todo estaba (como prudente Capitan) vigilantísimo, luégo que le llegó este aviso, caminó á toda priesa la vuelta de Nimega con alguna infantería y caballería. Visto esto el conde Mauricio, hizo alto con su gente, la vuelta de Til, y Francisco Verdugo, con la suya, á la de Mozza, donde se resolvió de ir á la villa de Nimega, contra la opinion de Nicolao Basta y de otros Capitanes que iban con él, y entró dentro con dos compañías de caballos, dejándose fuera la demas gente; y con una resolucion de valeroso Capitan, hizo llamar al Magistrado en casa de Monsieur de Guileyn, gobernador de Nimega, y les propuso que si querian asegurar la villa que él les daria parte de la gente que allí tenia escogida como ellos los quisiesen, y

aunque tres veces les propuso esto con eficacísimas razones, otras tantas se lo negaron, sin que pudiera tener efecto lo que deseaba, habiendo trabajado en ello todo lo posible, y se salió fuera de la villa y se fué á Midelvert, adonde juntó un grueso número de villanos de todos sus contornos para desmantelarle, como Alexandro se lo habia ordenado, y avisó desde allí al Señor de Rinavelt que hiciese lo mismo del fuerte de Res, donde tantos dias habia que lo sustentaba, como he referido, y que llevase la artillería y municiones el rio arriba á la villa de Rimbergue; y en tanto que puso esto en ejecucion se anduvo Francisco Verdugo campeando con el ejército donde pudiese sustentarlo y hallar que comer, porque no tenia un real con que entretenerle y pasaba extremas necesidades, así la caballería como la infantería, que parece iba en la poca dicha de Francisco Verdugo darle siempre los cargos y gobiernos con inmensas descomodidades, sin tener con que poder sustentar á sus soldados, cosa bien fuera de razon, pues se ha visto por experiencia, así en estos escritos como en otros, que si á este osado Capitan le hubieran asistido con gente y dineros, y dádole en algunas ocasiones la mano y poder que fuera justo, hubiera alcanzado muchas y mayores victorias de las que tuvo.

Entretúvose algunos dias con harta miseria, y hallándose entre las villas de Mastriq y Roremunda, tuvo aviso que el conde Mauricio con su ejército marchaba la vuelta de Nimega; y pareciéndole seria bien hacer punta con él, procurando estorbarle su intento, y que no se le hiciese cargo de alguna remision, escogió de todo su ejército dos mil hombres sueltos sin bagaje, y aunque los dos regimientos de alemanes del conde Barlamont y de Arambergue habia dias andaban casi alterados y tan descontentos que habian jurado de no volver á pasar el rio Mosa, á la parte de Brabante, sin ser pagados, todavía pudieron tanto las razones y promesas que les hizo Francisco Verdugo, y de que les volveria al puesto donde los sacaba, que le obedecieron y pasaron la Mosa por la villa de Venló, junto con la demas gente que habia escogido Francisco Verdugo, el cual fué marchando por aquella parte por más seguridad, porque si iba por el camino de

Mozza, que era el derecho, corria muy gran peligro de perderse por estar ya el conde Mauricio con todo su ejército alrededor de la villa de Nimega; y considerando que en caso que se le entregase ó no le quisiesen admitir dentro los burgueses con los dos mil hombres que les llevaba de socorro, aseguraria la villa de Grave, que corria el mismo peligro y no era de ménos importancia que la de Nimega, por estar en la ribera del rio Mosa, como ya he escrito, demás de que el Gobernador della, que se llamaba Mateo del Castillo, estaba ausente y tenia poca guarnicion, que esto era causa de hacérsele á Mauricio más fácil la empresa cuando la quisiera intentar, si bien con inteligencias lo procuraba, como adelante escribiré. Llegó Francisco Verdugo con su gente muy cerca de Nimega, y procuró por cuantas vías pudo dar aviso á Monsieur de Guileyn, su Gobernador, para que supiese que estaba allí, y le advertia que con la gente de guerra que tenia se arrimase á una puerta de la villa y la sustentase, que él entraria con los dos mil hombres y señorearian la plaza, de suerte que todo el poder de Mauricio no fuese parte para estorbárselo ni ganársela; y queriendo poner esto en ejecucion el Gobernador, no se lo consintieron los burgueses, ántes bien, como eran superiores á los soldados que allí tenia el Rey, nuestro señor, se apoderaron de todas las puertas de la villa, y dijeron al Gobernador que si él ó alguno de sus soldados se arrimaba á ellas les harian mil pedazos. En tanto que ellos platicaban con Mauricio y con su gente, por donde se entendió la mucha gana que tenian de entregarse, habiéndose conocido lo mismo cuando Alexandro quiso reforzarles la guarnicion y tampoco la quisieron admitir, y habiendo entendido Francisco Verdugo lo que habia pasado en Nimega, teniéndola por perdida juntamente con sus esperanzas, se resolvió de asegurar la villa de Grave, y fué á tiempo que los soldados del Rey, nuestro señor, que estaban dentro de guarnicion le avisaron que los burgueses tenian inteligencias con Mauricio, que esto le hizo á Francisco Verdugo apresurar su intento de socorrer aquella plaza tan importante, y más cuando supo eran más los burgueses que habia en Grave que no los sol-

dados católicos; tanta era la necesidad que de ellos y de dineros tenia Alexandro, que casi todas las plazas estaban en este medio desguarnecidas.

Marchó Francisco Verdugo con los dos mil hombres que llevaba, y hallándose á la vista de Grave, se adelantó é hizo llamar al Burgomaestre y á otros del Magistrado, y por disimular el intento que llevaba y no darles que sospechar, les dijo que le estaria mejor entrar en la villa aquellos soldados, donde él ofrecia sustentarlos y entretenerlos sin daño de los burgueses, que no que estuviesen fuera destruyéndoles la campaña y el ganado. Respondiéronle que lo tratarian con los demas vecinos de la villa, no obstante que tenian por cierto que no lo alcanzarian por haberles prometido otras veces lo mismo y no se lo habian cumplido. Francisco Verdugo les replicó que lo hiciesen, y que les aseguraba no se les haria ningun daño. Hubiéronlo de hacer, y la respuesta que trajeron despues de haberlo comunicado con los burgueses, fué con resolucion de no dejarlo entrar, y que si Francisco Verdugo lo intentase por fuerza se alterarian y tomarian las armas contra él; pero Francisco Verdugo, que estaba asegurado de los soldados del Rey, nuestro señor, que presidiaban la villa, y de los que estaban aquel dia de guardia en la puerta della, hizo que no dejasen entrar dentro al Burgomaestre ni á los demas del Magistrado que le habian salido á hablar, y poniéndose delante de su gente les ordenó que le siguiesen sin tocar las cajas, y se entró en la villa con buen órden, dejando fuera al Burgomaestre y Magistrado que la gobernaban, y no paró hasta el castillo, y en él puso á los italianos, irlandeses y alemanes que llevaba, y á los valones repartió en los hospitales y en algunas casas yermas que habia, ocupando ántes desto todos los cuerpos de guardia, sin permitir que ningun soldado entrase en casa donde hubiese morador; y para quietarlos mandó que no les pidiesen de comer ni se les hiciese ningun agravio; y á un Comisario de vituallas que allí habia, que se llamaba Romade Robertin, le hizo que diese á los soldados del Rey, nuestro señor, pan, queso y cerveza para que se sustentasen, y lo cumplió con mucho gusto

por ser muy católico, y uno de los que Alexandro hacia mucha confianza.

Habiéndose Francisco Verdugo apoderado de la villa de Grave, aunque se puede muy bien decir que de nuevo la restauró, supo de algunos rebeldes que tenia en prision de los más principales de su ejército y que podian muy bien saber los secretos dél, que si Francisco Verdugo no tomara tan presta resolucion de entrarse en la villa, que ya estuviera por Mauricio, porque luégo que ganara la de Nimega (como lo hizo) se habia de apoderar desta, como lo tenia tratado con los burgueses y Burgomaestres. Púdose dar crédito á esto por lo que se vió en lo que pasaron con Francisco Verdugo. De allí á dos ó tres dias, que eran los primeros de Noviembre, llegó de la otra parte del rio, Monsieur de Guileyn, gobernador de Nimega, con toda la gente de guerra que habia tenido dentro, habiéndose rendido bien contra su voluntad, pues no pudo oponerse al poder de los burgueses, que sin el de Mauricio era mucho. Llegó muy lastimado y tan triste como se deja considerar por haber echádolo de su gobierno juntamente con sus soldados y apoderádose dél Mauricio de Nasao, con tan buena suerte como le iba corriendo y tan en popa como podia desear, por sólo querer el Rey, nuestro señor, socorrer y amparar los católicos de Francia; y mandándole á Alexandro tan apretadamente dejase los Estados de Flandes por acudir á esto, pero como sabia lo que le costó el recuperarlos, y la sangre española y de otras naciones católicas que se habia derramado en defensa de la fe y conservar el patrimonio de su tio, sentia sumamente desampararlo sin dejarlo con la guardia y defensa necesaria, la cual era tan flaca como se ha visto, pues Mauricio se apoderaba de plazas tan importantes que para haberlas de recuperar serian los gastos más excesivos y duraderos, particularmente en tiempo de tanta calamidad y estrecheza, no obstante que los flamencos, cualquiera plaza que volvian á cobrar la fortificaban y ponian en tan gran defensa que la hacian inexpugnable. Fué tan grande el sentimiento y pena con que llegó á Grave Monsieur de Guileyn, por haber perdido á Nimega, que le dió una muy grave y aguda enferme-

dad, que le duró mucho tiempo. Era buen caballero, gran católico y fiel al Rey, nuestro señor, diferente de muchos, que aunque pierden las plazas que tienen á su cargo por diferentes caminos y ocasiones que la de Nimega, lo sienten tan poco que con las caras descubiertas parecen, no sólo delante de sus amigos, mas tambien de sus Generales, y con tan poca vergüenza como la que tuvieron cuando se rindieron, piden se les haga merced; y lo peor es que se les concede y dan otros gobiernos; como tantas veces se ha visto, que por guardar el decoro y reputacion de muchos que podria decir, no escribo sus nombres. Túvolo tan bueno Monsieur de Guileyn, que jamás quiso parecer delante de Alexandro como si él hubiera sido la ocasion de rendir á Nimega, habiendo sido descuido de otros y negligencia de quien lo pudo remediar; pero siempre los tales Capitanes, como este caballero, Francisco Verdugo y otros, padecen por culpas ajenas. Alojóse la gente rendida de Nimega en la villa de Grave con la demas que entró Francisco Verdugo, por no perderla fuera, y la entretuvo como la demas, y de allí á pocos dias llegó á aquella villa su Gobernador, Mateo del Castillo, que estuvo en la de Tornay, donde tenia su mujer y familia; y porque el conde Mauricio se habia ya retirado de la villa de Nimega habiéndola dejado bien presidiada, quiso Francisco Verdugo hacer lo mismo é irse con el ejército que tenia á cargo para lo que podria ofrecerse, y le dijo al gobernador Mateo del Castillo que para la seguridad de la villa de Grave le pidiese la gente que hubiese menester, que él se la dejaria, y se maravilló mucho que teniendo tanta artillería dentro hubiese tan poca pólvora y esa por refinar, pues estaba tan mal acondicionada que le obligó á Francisco Verdugo á hacerlo el tiempo que estuvo allí; y visto el descuido que en esto y en otras cosas habia en esta villa, le dió órden al gobernador Mateo del Castillo de la manera que habia de proveerse y prevenirse para lo que se ofreciese. Dejóle algunas compañías de infantería italiana, las que él nombró y pidió, y con este buen órden que dió en Grave se partió Francisco Verdugo adonde habia dejado el ejército, que era entre las villas de Mastriq y de Roremunda, y allí le

vino órden de Alexandro que diese la mayor parte de la gente para llevarla á Francia con la demas que habia aprestado, y así se la entregó al Maestre de campo D. Gaston Espínola; y los dos regimientos de alemanes altos de los condes Barlamont y Arambergue se alteraron de todo punto, perdiendo el respeto á sus Oficiales, y se alojaron á su gusto (sin aguardar órden ni obediencia de nadie), entre la villa de Mastriq y del país de Liege; y en este medio que Francisco Verdugo estaba ocupado en el gobierno deste ejército, ordenó Alexandro al duque Mauricio de Saja que levantase un regimiento de infantería alemana en el país de Linghen. Hízolo con mucha brevedad, pero la gente dél fué tan desordenada que destruyó todo el país, y á los moradores dél hicieron mucho daño; y no pudiendo sufrir á soldados tan inobedientes los llevaron á alojar la vuelta de Colonia, donde tambien hicieron notables desórdenes; y como la tierra no los podia sufrir se deshicieron de sí mismos, y quedando el Duque sólo y sus Capitanes con algunos soldados se fueron á la villa de Mastriq, porque supieron que Francisco Verdugo estaba allí. Fuéronle á hablar y le pidieron alojamiento por virtud de una carta que Alexandro habia escrito al Duque, al cual respondió Francisco Verdugo, que entendiendo Alexandro que su regimiento habia pasado muestra, le dió órden para que se juntase con aquel ejército y no de otra manera, y que pues no la habia pasado no le podia admitir, y demás desto, ya el ejército habia marchado la vuelta de Brabante y pasádose la ocasion. Díjole que fuese á hablar con Alexandro y que el órden que diese se cumpliria, y así lo hizo el Duque; y las causas de haberse deshecho este regimiento y de no haber pasado la muestra ni tampoco el de su hermano el duque Francisco, que asimismo se levantó en aquel país y se deshizo tambien en él, no fueron tan ocultas que dejasen de notarse; y porque habrá otros autores que las escriban, sólo apuntaré que estos regimientos eran muy necesarios en el tiempo que se levantaban, para el ejército del Rey, nuestro señor; perdióse el dinero, el tiempo, el Teniente coronel Teselingue, y destruyóse la campaña sin hacer otro efecto, pudiendo servir para muchos de

muy gran importancia, y la gente que sola en este tiempo pasó la muestra fueron las siete compañías del regimiento de Brendel, que eran de muy buena y lucida gente.

Los soldados españoles del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega, que aún se estaban en la villa de Diste alterados, ya en este medio comenzaba á declinar su obstinacion y con más blandura abrazaban las amonestaciones del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que siempre se habia estado con ellos, persuadiéndoles se concertasen y volviesen al servicio del Rey, nuestro señor, dándoles siempre palabra de alcanzar su gracia para que fuesen perdonados, juntamente con la de Alexandro, como lo hizo este valeroso caballero, cumpliéndoles en todo lo que les habia ofrecido; el pagamento se les iba acercando y tenian en Diste el dinero con que se habia de hacer, y Alexandro, como tan amigo de dar satisfaccion á todos, procuraba se les diese á los Capitanes y Oficiales y gente particular que estaban con las banderas en las villas de Nuestra Dama de Hao y de Nivela de las Damas, habiendo estado ántes en la de Vilborde, como he referido, y por medio de hombres de negocios de la villa de Amberes que ofrecian pagar su sueldo, lo procuraba; y si bien no lo tenia efectuado, esperaba el buen suceso y que lo concluiria con brevedad; pero siempre con temor de que no se efectuase, que era un inconveniente más para la entrada en Francia, que ya con brevedad esperaba hacer, y como la deseaba tanto, siempre se le ofrecian más embarazos, aunque procuraba deshacerlos, y le dió mayor cuidado el que más pensó facilitar, que era imaginar (como era de crer) que Juan Bautista de Tassis no hallaria sobre el propio crédito y palabra de Alexandro alguna buena suma de dineros para pagar y acabar de dar satisfaccion á los alterados y poder sustentarse hasta que el Rey, su tio, se acabase de desengañar y proveyese lo necesario para continuar las guerras de Flandes y Francia, donde tenia sus ejércitos tan necesitados como se ha visto; y como el dinero es el principal instrumento para el buen suceso de ellas, le traia á Alexandro tan cuidadoso y desvelado como era razon, y más cuando vió vol-

ver á Juan Bautista de Tassis sin poder efectuar ninguna cosa de las que habia intentado; y considerando que el cuerpo más principal del ejército no se podia formar sin los españoles alterados del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega, ni volver las espaldas á las cosas de Flandes, que era mucho de temer, y más viendo á Mauricio tan pujante y vitorioso, se resolvió (aunque hacia falta á los socorros ordinarios, y á cuanto habia, por mucho que importase) de darles satisfaccion del dinero más pronto que pudo haber, y de lo que hizo recoger de Amberes y otras partes; y con todo eso y haber hecho tanto esfuerzo, no llegó á lo que era menester para los alterados; y cumplido con ellos y la gente particular, Capitanes y demas Oficiales suyos, no le quedaba á Alexandro más sustancia que la partida que esperaba de Borgoña, de la cual se habian de sacar los cien mil escudos que D. Diego de Ibarra le avisaba; y no obstante todos estos estorbos, inconvenientes y cuidados, que lo eran muy grandes, en los que Alexandro se hallaba, y otros muchos que por momentos se le recrecian, estaba resuelto de entrar en Francia lo más presto que pudiese, y lo hiciera luégo si no estuviera esperando á los personajes que por momentos habian de llegar de Alemania para lo de la pacificacion; y habiendo entendido que estaban ya cerca, se determinó de recibirlos y oirlos allí, y en habiéndolo hecho y concluido con los españoles alterados que estaban en la villa de Diste, pues no faltaba sino darles su dinero, pensaba partir á la frontera de Francia sin atender á otras muchas cosas, que aunque por mayor procuraba asentar, áun no habia podido; y aunque los rebeldes andaban más briosos y con más confianza de sus buenos sucesos por las vitorias que habian tenido, no por esto le estorbaran su intento, ni ver deshechos el regimiento del duque de Saja y el de su hermano; pues con las siete compañías de Brendel y con la demas gente que tenia el coronel Francisco Verdugo, y la que ya habia entregado á el Maestre de campo D. Gaston Espínola, aunque toda era bien poca, y los españoles de Diste que se le agregasen, podia acudir á los designios del conde Mauricio y demas rebeldes que con tanta

osadía campeaban; y para que no se perdiese punto en lo de la entrada en Francia, avisó Alexandro á Francisco Verdugo que le enviase la gente que le quedó, y la misma dió para la infantería y caballería que se habia señalado para este socorro, y que cuanto ántes se hiciese seria más conveniente; y al coronel Cristóbal de Mondragon le dió el mismo órden para lo de los valones y la caballería que estaba con él, que toda á un mismo tiempo se juntase y pudiese marchar, y á Monsieur de la Mota que tuviese á punto lo que estaba á su cargo, que toda era muy grande máquina; y para mí lo ha sido no menor haberme embarazado en escribir los sucesos del reino de Francia, que por ser tan varios, como la gente me da ocasion para abreviar donde convenia ser largo, y tal vez serlo donde más importa la brevedad; pero, como otras veces he apuntado, no puedo huir el rostro á lo que he ofrecido de escribir, solamente lo sucedido en Flandes y Francia en tiempo que Alexandro gobernó los ejércitos del Rey, su tio, y á no estar tan empeñado con esta obligacion, procurara ser aún más breve de lo que he escrito.

Hallábase en este medio en los Estados de Flandes Deportes, Agente y gran privado del duque de Umena, cerca de la persona de Alexandro, y las máquinas que llevaba y los efectos que hacian sus negociaciones eran para escribirlas otro mayor ingenio que el mio, por ser de tal calidad las de algunos franceses, que es bien menester mover la pluma con harto cuidado. Teníalo tan grande este Agente en hacer malos oficios en todas partes, que pudiera, á no tenerle tan conocido Alexandro, causar alguna discordia entre los príncipes de Francia con los ministros del Rey, nuestro señor; pero habiéndose penetrado su intento, bastó para que en cuanto se iba ofreciendo estuviese muy advertido, el cual se hallaba con estas y otras cosas tan confuso y con tan varias imaginaciones, que á no tener los buenos avisos y advertencias de D. Diego de Ibarra, que como tan sagaz y discreto caballero antevía los contrarios que se le podrian ofrecer en cosas de tanta importancia, le pudieran fatigar y tener tan desvelado como lo requerian semejantes

ocasiones; pero aliviábaselas de manera, que tenia muy ciertas esperanzas de todo buen suceso, y así escribió á D. Diego como á persona que sabia su pecho, diese á entender que no se atribuyese á falta de voluntad ni de remision en lo del dinero que habia de dar al duque de Umena, sino á extrema necesidad, demás que no habia él andado tan puntual en lo que habia ofrecido; pues estando el tiempo tan adelante aún no hubo puesto un hombre sólo en campaña, con haber asegurado en razon de esto más de lo que se vió; y pues Alexandro no era la ocasion de estas dilaciones, aunque se veia cargado de quejas de los unos y de los otros, sin poder remediar más de lo que sus fuerzas alcanzaban, y que con tantas veras daba satisfaccion á todo lo que tenia á cargo, se contentase con que muy presto veria logradas sus esperanzas; y con los cien mil escudos de la partida del dinero que esperaba de Borgoña, con no quedarle otra sustancia, y ésta acabada, no sabia qué hacerse si el Rey, su tio, no lo proveia, sobre lo que le habia escrito y escribia muchas veces con grande instancia.

Don Diego de Ibarra hacia sobre esto los buenos oficios que debia, y con su prudencia disponia las cosas de suerte que á todos daba la satisfaccion necesaria para que los unos y los otros perdiesen las quejas que podrian tener de Alexandro, el cual, como vió que se confirmaba la nueva de la mudanza del ejército del Bearnés, dió órden que el católico que se hallaba en Francia marchase (porque lo haria con más seguridad) á la frontera de los Países-Bajos á recibir al que habia de entrar con su persona, y juntar las fuerzas del Rey, nuestro señor, en un cuerpo para poder mejor oponerse á las bearnesas, y para efectuar este pensamiento dió priesa á la caballería de las nuevas levas, y que se fuese á juntar en el mismo puesto, y que lo propio hiciese Scomberghe y Slegher con su gente; que aunque ambos habian tenido pretensiones y embarazos para no marchar, se esperaba estarian ya cerca de la frontera de Francia, pues habiendo el Bearnés aflojado, podrian pasar con seguridad, no obstante que habia dejado mucha gente en el paso para que no alcanzasen el cuerpo principal, de que tenia pocas

esperanzas el comisario Corpel, porque decia que á los 25 del pasado se habia de juntar con él; y segun esto y lo que ántes escribió, se temia no lo podria hacer. Excusábase Scomberghe de no haber podido cumplir su promesa, y cuán atras se hallaba de que Alexandro tenia poca esperanza de no poderse servir de esta caballería, y si lo hiciera fuera muy tarde.

En este tiempo llegó aviso al ejército español que estaba en Francia, de la poca salud con que se hallaba el Pontífice, y que aunque á los 5 del pasado no era muerto, estaba tan al cabo que se tenia muy poca esperanza de su vida; y porque haria notable falta á la cristiandad si en esta ocasion la perdiera, hicieron gran sentimiento los católicos, particularmente Alexandro, como de quien pendia el grave peso y máquina de la religion cristiana; y como en todas ocasiones estaba tan cuidadoso de prevenir y proveer lo necesario para el buen expediente de los negocios de Francia, dió aviso á D. Diego de Ibarra le advirtiese lo que le parecia y debia hacer (en caso que Dios fuese servido llevarse al Pontífice) de su gente que estaba á cargo del duque de Montemarchano. Respondióle que seria bien recibirla á sueldo y servicio del Rey, nuestro señor, con que se atropellaban los inconvenientes de poderse deshacer y de ganarles las voluntades á algunos enemigos encubiertos que seguian la Liga católica, envidiosos de los buenos sucesos que habia tenido y esperaba tener el partido español.

El príncipe de Asculi socorrió en este medio, en la villa de Rens, en Jampaña, la gente de su cargo, con siete mil felipos que se le habian librado, que para el tiempo tan estrecho que corria se estimó en mucho por la necesidad tan grande en que se hallaban los soldados, particularmente los españoles, que como asistian mejor que las demas naciones con sus banderas, se hallaban con mayor necesidad, y más estando en una villa tan grande como la de Rens, donde les corria mayores obligaciones que en campaña, y en las que D. Diego de Ibarra se hallaba con el duque de Umena, que eran muy grandes: le escribió Alexandro en este medio le sacase de ellas y de acudir con brevedad á la guarnicion católica que el Rey, su tio, tenia

en la villa de París, que no ménos necesitada se hallaba que los demas soldados del ejército, y que se habian dado una buena suma de dineros á los víveres, y que con brevedad serian en Francia alguna gente y Oficiales del general de ellos, y que habria en todo alguna buena forma, si bien no la que convenia, y que en lo del coronel Curtuys, vista la razon que tenia, se quedaba tanteando y mirando cómo se pudiera dar algun remedio; y aunque estos ofrecimientos y seguridades de Alexandro se tenian por muy ciertos, pues jamás ofreció cosa que no la cumpliese con toda puntualidad.

Deseaba tanto D. Diego de Ibarra que se diese alguna satisfaccion á los ejércitos del Rey, nuestro señor, que se hallaban en Flandes y Francia, que con grandes veras habia hecho tanteos y reparticiones del dinero que tenia, que aunque era poco, pareciéndole se habia de deshacer entre las manos ántes de lograr su deseo por los excesivos gastos y obligaciones de la guerra, instaba tanto en esforzar su pensamiento, que obligó á Alexandro á valerse de los arbitrios y pareceres que le daba, como era de las contribuciones de Flandes, sin que entrasen en manos de Capitanes ni de sus Oficiales, que no eran tan pocas que sabiéndolas aprovechar no se pudiesen dar algunas pagas con muestras en mano propia á los soldados, con que se luciesen y sobrellevasen parte de los trabajos y necesidades que pasaban, que para tolerarlos, ningun remedio más pronto ni eficaz se podia desear, como lo que D. Diego apuntaba en esto. Y tambien advirtió que se podia valer y aprovechar Alexandro para éste y otros efectos de las licencias y ayudas que el Condado de Flandes daba, y que tambien podia aprovechar para no aplicar al justo del dinero puro la suma del gasto de aquel ejército y el que estaba en Francia; si su costa se hubiera de regular (como era de creer) por muestras bien tomadas, no se podia poner duda sino que seria mucho ménos de lo apuntado; pues no era tanto el número de la gente de lo que se pensó, y cada dia fuera ménos por la que se consumia en la guerra, particularmente habiendo entrado el invierno; y la diferencia que habia de lo que el Rey, nuestro señor, mandaba que se gastase

con el duque de Umena, á lo que el presidente Janin referia, le pareció á D. Diego muy acertado que Alexandro mandase no se verificase hasta su entrada en Francia: ni en la distribucion de los cien mil escudos, no habia salido D. Diego un punto de su voluntad, que son los que habia de llevar un Oficial del Pagador general, como se remitia á la relacion que le enviaba, por donde se veria no eran más de ochenta mil escudos de á cincuenta y siete plazas, y los diez mil que el Rey, nuestro señor, decia que concedió á Janin para lo que tocaba á Borgoña por cuatro meses.

Hasta entónces no habian hablado palabra los franceses, y se entendió lo guardaban para otra ocasion, y así le pareció á D. Diego no traerlo á la memoria, sino dejarlo enfriar, aunque parecia cosa nueva en gente tan codiciosa que pudiese haberlo olvidado; pero que dándole luégo al duque de Umena los diez mil escudos para su persona, que se le debian del mes de Octubre pasado, y como fueran cayendo para lo de adelante, no ponia D. Diego dificultad en lo que importaria la presencia de Alexandro y su entrada en Francia, y le obligar á lo que Janin habia concertado con él en Flandes y pasara en que se distribuyera lo que tocaba para el ejército de la Liga francesa por manos de ministros del Rey, nuestro señor; y en lo que hasta allí se habia pagado por órden de D. Diego de Ibarra, fué guardándole el decoro que Alexandro decia que era de que entrara la suma de las partidas apuntadas de pagar en manos de su Tesorero.

Las necesidades de los burgueses de París habian llegado en este tiempo á tanto extremo, que padecian más de lo que sabré encarecer, sin tener de dónde valerse, y se temia que si tardara el remedio, sin duda se darian al Bearnés, cosa que si lo intentaran se ponia á riesgo el buen suceso que esperaban los católicos, con que se diera mal fin á sus pretensiones; y la guarnicion que habia allí del Rey católico pasaba la misma necesidad que ellos, porque hasta fin del mes pasado se les debia setenta dias de su sueldo, y habia más de noventa que no se les habia dado un tan sólo bocado de pan, con montar sus

pagas cada mes diez mil trescientos escudos de á sesenta plazas, siendo el número, con Oficiales de las primeras planas, mil cuarenta y cuatro soldados; y aunque no era el mayor remedio que aquella villa tenia, todavía fué de tanta importancia el conservarlos, que no sólo daban ánimo á los burgueses católicos, mas se podia esperar de ellos mayor fruto, por lo que instaba tanto D. Diego de Ibarra con Alexandro para que fuesen socorridos; y esto fué de tanta importancia, que de allí adelante hubo más cuidado con su asistencia.

Tambien apretaba en que se le diese algun pan de municion á la demas gente del Rey, nuestro señor, que andaba campeando en Francia, que era la del cargo del príncipe de Asculi y el de D. Rodrigo de Toledo, y esto en tanto que Alexandro no mandaba darles otro sustento; y como se hallaba en Flandes, y las necesidades crecian, habiendo quedado tan apurado por la paga de los españoles alterados de la villa de Diste, no podia andar todo con la puntualidad que se deseaba; y habiendo hecho instancia D. Diego de Ibarra con Monsieur de San Pol para remediar estas necesidades, respondió que su crédito y la abundancia de la villa de Artel (donde al presente se hallaban), no se extendia á más de dos ó tres dias, y así no tuvo efecto. En este tiempo corrió una voz en el ejército español que estaba en Francia (aunque con la incertidumbre que otras veces), que el Bearnés con todo el suyo se habia alojado en Marlé, y que trataba de volverse á poner en el paso, y aunque dió algun cuidado por no haberse juntado todas las fuerzas católicas, ni Alexandro hecho su entrada, hubo pareceres, particularmente el que dió Monsieur de Rona, que no estaba en su mano el hacerlo, si no era resolviéndose á un desatino, que era aventurarse á pelear con el ejército español con tanta ventaja suya, y hallaban por inconveniente el ir derecho la vuelta de la villa de Guissa, sin poder él saber por cosa cierta si Alexandro se habia acercado ó no de la frontera de Francia, donde se hallaba, y no gastarle las campañas que tenia, que no le podian sustentar más de tres ó cuatro dias.

Los duques de Montemarchano y Umena, y los dos Nuncios

del Pontífice daban quejas y hacian muchas esclamaciones en las juntas y consejos que tenian con D. Diego de Ibarra y con los demas ministros del Rey, nuestro señor, que en Francia se hallaban; el no tener nueva de Alexandro ni de su entrada en aquel reino, y estarse inútiles sin emplear las fuerzas del ejército español, demás de que se estaba consumiendo; y lo que resolvieron fué apretar con mucha instancia á D. Diego de Ibarra á que les hiciese saber, y esto con toda brevedad, la intencion y posibilidad de Alexandro, para que con más luz pudiesen tomar resolucion y saber cuando, si por algun accidente (lo cual Dios no permitiera) no pudiese en este medio entrar, ¿de qué gente, artillería, municiones y vituallas podria Alexandro disponer? Y el fin de ellos era que D. Diego de Ibarra fuese en persona á Flandes á hacer este oficio, y aunque lo deseó, no se acabó de resolver ni determinar, así porque de hora en hora esperaba tener cartas y buenos avisos de Alexandro, como por parecerle que sin su permision no se lo tendria á bien por lo mucho que importaba su asistencia en Francia, y el fruto que se sacaba de lo que tenia á su cargo, y tambien por eximir á Alexandro de la pesadumbre que le pudiera dar si el de Umena enviara con él los diputados de París, que no sirvieran de más que de apurarle la paciencia, pues no estaba en su mano dejar los Estados de Flandes descarnados de gente, sin mirar los inconvenientes que se le seguirian si lo hiciera, y más no dejando las cosas puestas en su lugar, que fuera dar ménos bríos al conde Mauricio y demas rebeldes de Flandes, que con la pérdida de Nimega los habian cobrado. Consideraba tambien Don Diego de Ibarra que la reputacion y presencia de Alexandro en Francia era bastante para deshacer los designios del Bearnés, y animar tanto á la Liga católica que perdiese los temores que tenia y habia cobrado con su tardanza; y así, no dejaba de procurar su ida por todos los medios que le eran posibles, porque tenia por cierto que el dia que los franceses pusieran duda en ella se concertarian con el Bearnés, y no faltaba quien trataba y movia estas pláticas, porque algunos lo deseaban. Esto le hacia á D. Diego estar tan confuso como contrastado de

imaginaciones que le atormentaban el espíritu, porque haber de contemporizar con el duque de Umena y los demas Príncipes católicos que le apretaban como á persona que allí tenia la voz del Rey, nuestro señor, y no estar en su mano la entrada de Alexandro, era forzoso pasarlo mal, como persona de quien pendian tantos y tan graves negocios como tenia á su cargo; y le parecia menor inconveniente, si Alexandro tardase, retirar las fuerzas del Rey, nuestro señor, pues no eran bastantes, juntamente con las que le acompañaban del Pontífice, que oponerse á las del Bearnés, pues no las podian resistir, y para entrarlas en guarniciones eran muchas.

Este pensamiento, con lo demas que habia pasado, lo escribió á Alexandro y le aseguró que si tardaba de entrar en Francia no podia dejar de ir en persona á representarle el estado de estos negocios con las calamidades y miserable estado en que se hallaban las cosas de la Liga, y que pues podia tardar muy poco en volver, seria ménos inconveniente que no se desanimasen los franceses que tan de veras iban perdiendo las esperanzas y deseaban tanto verle, que no sólo las cobrarian, mas darian por muy ciertas sus pretensiones.

Ya en este medio eran los 2 de Noviembre, y no habian llegado los raytres, con haber dado muestra á los 19 del pasado en San Belemont, y de los demas no se tenia ninguna nueva; y aunque se decia que el Bearnés se habia puesto sobre esta villa, no se persuadian los franceses que esto pudiera detener á Alexandro, asiéndose á lo que el Rey, nuestro señor, les habia asegurado, que lo de aquellos Estados no le detendrian de suerte que no pudiera dejarlos y acudir á las cosas de la Liga de Francia; y estando en tan mal estado como se ha referido, llegó un correo de Roma con aviso de la muerte de Inocencio IX, Sumo Pontífice, que fué añadir trabajos á trabajos, y poner en mayor confusion á los franceses, pareciéndoles que las pocas fuerzas que allí tenian se habian de deshacer con esta infeliz nueva, que lo fué para toda la cristiandad, por ser un Pontífice electo á tanta satisfaccion de toda ella; y temeroso D. Diego de Ibarra que esto pudiera hacer prevaricar á los fran-

ceses de la Liga, guardando el órden que tenia de Alexandro, comenzó á hacer buenos oficios y asegurar al duque de Umena perdiese la desconfianza que tenia en parecerle que el sucesor que habia de tener el Pontífice dejase de continuar en la misma ayuda que el pasado y aumentarla en más fuerzas. Lo mismo daba á entender á muchos que no le creian ni se persuadian de que pudiese ser. Las juntas y consejos entre los franceses andaban á menudo, y como gente inquieta de su propio natural y amiga de cosas nuevas, deseaban las hubiese. Trabajaba Don Diego más de lo que se puede pensar en deshacer sus intentos, asegurándoles de parte del Rey, nuestro señor, y de Alexandro no desfavorecerlos por ningun acontecimiento, aunque aventurase á perder sus Estados, y podian muy bien no poner duda en verdades tan conocidas, pues la experiencia les habia enseñado (demás de estar en ocasion que lo tocaban con la mano) el ver á los Estados de Flandes, que eran su único patrimonio, en perpétua miseria irse consumiendo poco á poco y perdido la mayor parte de ellos, y deshaciéndose los ejércitos, demás de la sangre derramada de sus soldados, perdimiento de hacienda con tanta costa y dereputacion del nombre español, por sólo acudir á favorecer la Liga de Francia, sin más interes que el que le movia un santo y pío celo de verdadero católico y defensor de la religion cristiana.

El Bearnés estaba tan cuidadoso á todo lo que se ofrecia, que luégo que supo estas nuevas, cobró tanta confianza de que se habia de deshacer el ejército del Sumo Pontífice, que se acercó con el suyo, creyendo tambien que por esta causa se detendria Alexandro en hacer su entrada en Francia; pero fué al contrario, porque la comenzó á apresurar con más veras para deshacer y atropellar estas esperanzas, considerando el daño que se seguiria si se deshacia aquella gente; pero no con la brevedad que él quisiera, porque le detenian negocios de mucha consideracion, como adelante lo veremos. D. Diego de Ibarra le escribió que aunque era verdad que viviendo el Pontífice, el Colegio de los Cardenales en Roma habia confirmado al duque de Montemarchano en el cargo que tenia de General de la Igle-

sia, estaba temeroso que el dinero que se habia de pagar en Amberes se dejase de aceptar, porque aún no lo estaba, y que para esto suplicaba á Alexandro con grandes encarecimientos antepusiese su autoridad, porque Juan Bautista Espínola, viendo que el Pontífice era muerto, no se dejase protestar las letras, y corria gran peligro en deshacer los esguízaros, porque se les debia en este medio casi dos pagas; y como acostumbrados á que no les habia faltado su sueldo, lo podian hacer con más brevedad; y los italianos, aunque eran pocos, y la caballería muy buena, hasta entónces se conservaban bien, y para que todo tuviese el fin que se deseaba, volvia de nuevo Don Diego de Ibarra á representar á Alexandro las calamidades de Francia y en el miserable estado en que se hallaban, que los naturales eran poco constantes, y á lo que se les ofrecia delante de los ojos ménos favorables; la negociacion del Bearnés muy grande, y en lo que tocaba á la guerra, no habia resolucion por falta de dinero ni vituallas, municiones ni artillería. Lo que se ordenaba hoy, mañana se deshacia, sin que en ninguna cosa hubiese efecto. Con esta confusion y desórden se podia esperar muy presto el mal fin; y, por el contrario, si Alexandro apresuraba su entrada en Francia cualquiera buen suceso, y seria muy fácil cosa quitarle al Bearnés muy gran parte de sus alemanes que andaban con poca satisfaccion y con gana de dejarle, y con esto su reputacion y buena fortuna mejoraria todo; y pues no ménos que el servicio de Dios y el del Rey, su tio, se atravesaba en atropellar cuantas dificultades se ofreciesen, se podia prometer grande prosperidad y muy buenos y felices sucesos, y la falta de dinero que habia, pues no era más que para dos meses, proveeria el Rey, nuestro señor, ántes que se pasase; y que el Pontífice, ya que no hiciese más por el partido católico, confirmaria y continuaria lo que su predecesor habia comenzado. Y los Nuncios que se hallaban en Francia ofrecieron á D. Diego de Ibarra harian con el duque de Umena y con los demas Príncipes católicos muy buenos oficios, animándoles en cuanto les fuese posible.

A los 8 de Noviembre se desalojó el príncipe de Asculi,

con los dos tercios de españoles de D. Antonio de Zúñiga y de D. Alonso de Idiaquez, y demas naciones que tenia á su cargo, de los burgos de la villa de Rens, en Jampaña, donde aún se habian estado alojados, que, como ya he escrito, por asegurar esta plaza, siendo de tanta importancia y que el Bearnés se iba á apoderar della, la ocupó la gente del Rey, nuestro señor. Es un lugar antiquísimo en Francia, de mucha vecindad y comercio, y cabeza de lo principal de Jampaña. Tiene una abadía de monjes muy suntuosa, llamada San Remi ó Remigio, recibiendo este nombre del de un Obispo que hubo en ella, que fué el que bautizó á Clodoveo, primer Rey cristiano de Francia, que habiendo sido gentil se convirtió á la fe de Jesucristo, y para ungirle bajó del cielo una ampolleta llena de óleo que milagrosamente la traian los ángeles con un escudo con las flores de lises, armas que permitió Dios que tuviesen los Reyes de Francia desde aquel tiempo, en vez de seis sapos negros que tenia por ellas este Rey Clovis, siendo gentil. Esta preciosa ampolleta se enseña hoy dia en esta abadía, y yo la he visto y venerado; y con el santo óleo que hay en ella ungen y han ungido todos los Reyes cristianísimos de Francia sucesores de éste, y quieren decir la hallaron seca cuando fueron á ungir á Enrique de Valoys, tercero deste nombre, y que lo estuvo todo el tiempo que vivió, que como fué amigo de herejes y les disimuló ir siempre contra la Iglesia de Dios, permitió no gozase este bien como los demas Reyes sus antecesores, y en la iglesia parroquial de San Pedro que hay en esta villa, está la pila donde se bautizó Clodoveo Clovis; yo la he visto, y está con bien poca decencia, pues sirve para bautizar los niños de su parroquia. Háme parecido apuntar esto, porque estuvimos casi dos meses los tercios españoles en aquella villa, y vimos algunas cosas dignas de escribirlas, y entre ellas hay una iglesia catedral muy ingeniosamente labrada, y en particular una portada donde se ven maravillosas figuras del Testamento Viejo y Nuevo, y en medio hay una luna, con tal artificio hecha, que mengua y crece al mismo tiempo y hora que la del cielo, siguiendo el mismo curso; otras cosas de notar hay en esta villa. Y las nece-

sidades que los soldados del Rey, nuestro señor, pasaron en ella, no lo fueron poco, pues murieron muchos de las que tenian, y el Capitan y Sargento mayor Simon de Itúrbeda, Gobernador del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, murió en esta villa, porque se dijo que en el estribo del caballo le pusieron tósigo y le penetró de manera en el pié y pierna que, sin darle accidente, se la cortaron por encima del muslo, creyendo los cirujanos salvarle la vida, pero perdióla porque el tósigo le habia ya llegado al corazon. Hizo grandísima lástima á toda la nacion española, porque demás de ser un valeroso Capitan, fué amado y querido de los soldados, porque era muy partido con ellos y los favorecia mucho con Alexandro, que es una costumbre muy propia en los Sargentos mayores ser solicitadores de la gente de sus tercios con sus Generales; y porque mi intento no es escribir cosas secretas ni escudriñarlas, no digo la causa de su muerte, aunque pudiera, mas de haber sido violenta de la misma suerte que la he referido. Sucedió en su oficio de Sargento mayor y de Gobernador de su tercio el capitan Gonzalo de Luna y Mora, valiente y experimentado soldado, hoy Maestre de campo y Alcaide de Fuenterrabía, ya nombrado otras veces en estos sucesos.

El príncipe de Asculi, con los dos tercios de españoles del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Idiaquez, llegaron á alojar dos dias despues que salieron de los burgos de Rens, en Jampaña, que fué á los 10 de Noviembre, víspera de San Martin, cerca de un lugar grande que se llama Crey, donde está un castillo fuerte. El señor dél se llamaba Monsieur de Longabal. Habíanse recogido allí muchas señoras principales con sus haciendas, deudas deste caballero y otras de algunos lugares de la comarca. Pasaban de treinta, y para guardia dellas habia más de sesenta caballeros, todos corazas, que por el temor de las correrías que hacian los soldados desmandados, así de los ejércitos católicos como del Bearnés, se habian recogido á este castillo. Tenia salvaguardias Monsieur de Longabal de Alexandro, del duque de Umena, del príncipe de Asculi y de otros señores católicos, para que guardándoles

respeto como se acostumbra, viviesen en paz, seguros y libres de los soldados atrevidos y desordenados, que algunas veces rompen las salvaguardias y les pierden el respeto. Voy apuntando estas cosas, aunque sean menudas, por escribir un memorable suceso que tuvieron seis soldados españoles, cuyos nombres escribiré adelante, y por la necesidad que tenia dellos Monsieur de Longabal para que no le rompiesen sus salvaguardias, los habia granjeado el tiempo que estuvieron en los burgos de Rens, en Jampaña, cebándolos con la hermosura de las damas que tenia en su castillo, bien advertidas de favorecer á estos seis españoles. Fué de tanto provecho el anzuelo que les habia echado, que procuraron siempre por la conservacion del castillo donde iban muchas veces á recibir los favores que sus Metresas ó Damas les hacian, que ociosos en tan largo alojamiento como habian tenido en los burgos de Rens, no se entretenian en otra cosa; y habiendo llegado, como he referido, todos los tercios españoles cerca del lugar de Crey, les pareció á estos seis amantes ir aquella misma noche á ver sus damas al castillo que habia en él, distante de sus alojamientos poco más de una legua. Fueron muy bien recibidos de Monsieur de Longabal, de Monsieur de Crey, su hijo, y de las damas y caballeros.

Otro dia siguiente, que fué el de San Martin, 11 de Noviembre, se quisieron volver á sus banderas: no los dejaron ir los franceses hasta despues de haber comido, no por voluntad que les tuviesen, sino por el interes que les corria de la guardia y defensa de su castillo, y por haber entendido que unas tropas de la caballería del Bearnés habian pasado la vuelta de aquellos alojamientos. Esta nueva fué tan cierta como se vió; porque estando comiendo todos á una mesa, damas y caballeros, que serian todos más de noventa, y con ellos los seis españoles á quien agasajaban y servian, cuyos nombres eran el alférez D. Alonso de Toledo, natural de Lopera, obispado de Jaen, hoy Capitan entretenido en el Reino de Nápoles; el alférez Hernan Mesía de Gomez, natural de Albanchez, del mismo Obispado, y hoy Capitan y Sargento mayor del tercio de

Lombardía; el alférez D. Juan Milarse, natural de Zaragoza, de Aragon, y en esta ciudad murió siendo entretenido cerca la persona del Virey; el alférez D. Felipe del Castillo, natural de Santo Domingo de Silos, del arzobispado de Búrgos, y hoy Sargento mayor de la milicia de aquella ciudad y su partido; Juan Gonzalez de Beaza, soldado que era de Hernando de Isla, del tercio de D. Antonio de Zúñiga y natural de la ciudad de Toledo, y hoy es Capitan y Sargento mayor de un tercio de infantería española en los Estados de Flandes, y el alférez Alonso Vazquez, tambien natural de la ciudad de Toledo, y hoy Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Jaen y su partido. He escrito sus nombres y naturaleza para que sean más bien conocidos soldados que emprendieron una cosa digna de eterna memoria, y si la hicieran á vista de Alexandro ó de otro cualquier General, era poco darles á cada uno una compañía, no obstante que por sus servicios las tenian muy bien merecidas. Tocóse arma en medio de la comida, por haber llegado las tropas de caballería del Bearnés á las mismas puertas y foso del lugar de Crey, que aunque no era muy fuerte, tenia sus murallas y puentes levadizos. Los franceses enemigos comenzaron á retirar el ganado que estaba debajo de las murallas del lugar é intentaron entrar dentro. Los caballeros corazas que habia en el castillo se comenzaron á armar para ponerse á caballo, y el villanaje con sus armas guarnecieron las murallas del lugar. Las damas se pusieron en los balcones del castillo á mirar lo que pasaba en el campo, no poco temerosas de algun mal suceso, y el que hubo, aunque parece de libro de caballerías, por ser á la vista de un castillo delante de damas, junto á una floresta y en el reino de Francia, donde tantas aventuras hubo, lo escribiré lo más breve que pudiere.

Los seis españoles ya nombrados se levantaron de la mesa con una presteza jamás vista, sin tener otras armas que sus espadas en la cinta, ni más ayuda que el mucho valor que tenian, y acompañado de los favores de las damas y del amor que les habian cobrado (que pienso fué de mucha importancia para la victoria que tuvieron), se arrojaron por las murallas del lugar de Crey y

dando en el foso cerraron con los franceses enemigos, que eran de más número de cien corazas, y pelearon tan gallardamente que los hicieron huir y desamparar el foso que habian ocupado para asaltar el lugar, y les quitaron todo el ganado que habian recogido; y siguiéndolos por la campaña rasa (cosa increible seis españoles á pié con solas sus espadas pelear y hacer huir á tanta caballería enemiga), hasta que los encerraron en un bosque, habiendo herido algunos y muerto otros. El que más se señaló fué el alférez Hernan Mesía de Gomez, porque cerró con un enemigo que, al parecer, era el Capitan, y le derribó del caballo, y quitándole una pistola que tenia en las manos le dió con ella y le mató.

Con esta victoria se retiraron al lugar de Crey y á su castillo, habiéndola tenido á vista de las damas y caballeros corazas que habia en él, que en este medio se comenzaban á poner á caballo para ir á socorrer á los seis españoles, los cuales no les dieron tiempo, porque fué tan de improviso lo que hicieron, que pareció sueño, habiendo sido tan á vista de ojos y en medio del dia. La causa de haber andado los enemigos tan flojos se entendió que temieron habia alguna emboscada, y por no perderse no hicieron su deber; pero al ménos hasta verla, pues se hallaban todos á caballo y en una campaña rasa, no cumplieron con su obligacion en desampararla sin pelear, siendo tantos, con seis españoles, los cuales se volvieron á sentar á comer con tan buen gusto como si no les hubiera sucedido nada, recibiendo muchos favores de las damas y caballeros que no acababan de darles las gracias por la merced que les habian hecho. Despidiéronse para irse á su cuartel, y aunque les ofrecieron escolta no la quisieron, y llegaron á sus banderas harto vergonzosos no los hubiesen echado ménos por haberlas desamparado sin licencia y haber faltado una noche. No osaron contar lo que les habia sucedido por no ser reprendidos, conociendo su culpa y haber incurrido en la inobediencia española; pero los franceses del castillo de Crey y Monsieur de Longabal publicaron el suceso en los cuarteles españoles, donde cada uno juzgaba dél como le parecia; y aun-

que lo afearon mucho, diciendo que era desórden y locura la que habian hecho, otros hubo que lo sentian diferente que estos; pero como fué servicio hecho á las damas, y no al Rey, nuestro señor, ni con órden de sus Oficiales, se pasó todo en silencio, y lo más cierto es que eran dignos de muy gran castigo ó reprension por haber emprendido una cosa semejante sin órden de sus superiores y haber desamparado sus banderas sin licencia, y más siendo soldados tan particulares y conocidos como se ha visto.

Y habiéndose juntado el príncipe de Asculi en estos alojamientos de junto á Crey con los demas españoles del cargo de D. Rodrigo de Toledo y con el duque de Umena y D. Diego de Ibarra, dijo el príncipe de Asculi que habia entendido que el Bearnés se desalojó de Morle y que caminaba la vuelta de Noyon con el mismo intento que tenia de ganar á la villa de Roam, y que el de Nivers volvia la vuelta de Hasden con más de mil caballos y dos mil y tantos infantes. Estas nuevas sirvieron de mayor confusion en el ejército, y de ménos esperanzas en la entrada de Alexandro en Francia; y como los que lo esperaban no atendian á más que á su mismo negocio y particular interes, si bien todos anteponian la causa principal, que era el servicio de Dios y deshacer los designios del Bearnés y de los demas enemigos de la Iglesia romana, no consideraban las obligaciones en que Alexandro se hallaba en Flandes; la poca asistencia que le daban de gente y dineros, y ménos comodidad para irlos á socorrer, como tenia ofrecido, y aunque fué cierto, deseaba tanto como todos hacer su jornada y dar satisfaccion al duque de Umena y á los demas Príncipes cristianos de aquella Corona, se ha de considerar que despues que volvió de Francia á Flandes, los sucesos de aquellos Estados fueron de mal en peor, como ya lo he escrito, y al presente no podia hacer su entrada (no habiendo de ir solos) sin las nuevas levas que tanto le detenian y atrasaban, pues cuando entendió que el regimiento del duque de Saja estuviera para servir con el cuerpo de gente que traia á su cargo el coronel Francisco Verdugo, le avisaron (como he apuntado) que sus soldados

licenciosos y desordenados se habian deshecho y otros casi alterado sin haber querido dar la muestra, y que tenian mil pretensiones fuera de toda razon, y habian llegado á tanto extremo sus desórdenes, que el Duque, su Coronel, les habia declarado que le siguiesen los bien intencionados y leales, y los que no lo eran que hiciesen su voluntad. Estos inconvenientes y otros de no ménos consideracion, causados por falta de dineros, no fueron bastantes á dejar de cumplir su deseo de entrar en Francia, que á otro cualquier General, el menor de ellos, le fuera impedimento para no hacer la jornada; pero Alexandro, que sabia vencer imposibles, los atropelló todos, con que hizo que se persuadiesen sus émulos y mal intencionados á creer al contrario de lo que decian, que no fué ménos hazaña enfrenar lenguas de gente semejante que de lo demas dificultoso que emprendia.

Habia dado órden muchos dias ántes que la caballería herreruela de Scomberghe diese muestra, y aunque no les faltaba achaques para detenerse, les habia hecho partir con toda priesa, y que con ella caminasen la vuelta de Francia á juntarse con la demas gente que allí tenia el Rey, su tio. El mismo órden habia dado á la gente de Sleghe, si bien tenia poca esperanza de la de Scomberghe, porque habia dias no sabia de ella, y que no llegaria á tiempo de ninguna ocasion por hallarse tan atras; y como habia sentido tanto la necesidad que D. Diego de Ibarra le habia escrito en que estaba el ejército del Rey, nuestro señor, que tenia en Francia, y que no habia tenido efecto de darles el pan de municion, dió luégo segundo órden al conde de Biurri, General de víveres de los ejércitos de España, y respondió que ya tenia personas en la villa de Lan, situada en la provincia de Picardía, y en sus contornos, para hacer á toda priesa las provisiones necesarias, de que no habia que maravillarse no se hubiese puesto por obra ántes con la brevedad que se deseaba, pues siempre habia tardanzas y dificultades cuando se entraba de un reino á otro á hacer la guerra. Tambien le detenia á Alexandro la gente italiana que se habia levantado de nuevo en Nápoles para rehacer

con ella los tercios de esta nacion que estaban en Francia, que no era de ménos consideracion que las demas cosas que le atrasaban. Habia tenido carta del conde de Miranda, virey de Nápoles, de 22 de Setiembre, que habia ya despachado los dos mil hombres que en aquel reino se habian levantado, y que habia sacado á pagar treinta y cinco mil escudos de los gastos de su condicion; y en una decia, que para cumplirlo era bien menester esforzarse. Temia mucho que esta gente no llegase á tiempo para servirse de ella en esta ocasion que tanto deseaba; y eran los 6 de Noviembre, y tampoco habia tenido Alexandro aviso que hubiese partido de Borgoña la persona que llevaba el dinero, y hasta tenerle se hallaba imposibilitado de hacer cosa de provecho, ni de poder dar al duque de Umena un tan sólo real. Tambien se entendió que los raytres que servian al Bearnés, en cumpliéndoles el plazo habian de perder la paciencia, y cuando llegasen los del Rey, nuestro señor, á este punto, no harian más virtud, porque se entendia tenian pretensiones y habia indicios de algunas cosas de donde se podia bien colegir lo que harian en este caso; y si en su viaje lo pudieran hacer sin tocar en los países del Rey católico, seria lo más acertado, como se procuraba y se les habia ordenado.

El duque de Umena se habia sentido (y no con poca razon al parecer de muchos, porque como el mando y potestad de un General no sufre superioridad, siéntese mucho cuando en su jurisdiccion hay persona que contra razon quiera gobernar, y más en la guerra, donde la obediencia está más en su punto que en otra cualquiera parte) de que D. Rodrigo de Toledo, Gobernador que era de la infantería española, que últimamente habia llegado de Italia, no cumpliese sus órdenes, pareciéndole que sólo Alexandro se las podia dar; y aunque D. Diego de Ibarra habia escrito sobre esto á Flandes, deseando componerlo de suerte que el duque de Umena no estuviese quejoso, no se habia tomado resolucion sobre ello, y como se dilataba, crecia más el sentimiento que de esto tenia el duque de Umena, el cual escribió á Alexandro se sirviese de dar á entender á Don Rodrigo de Toledo lo que le tocaba y debia hacer; pues era

cosa asentada que en su ausencia toda la gente de guerra del Rey, nuestro señor, habia de estar á su órden, y estas pláticas y diferencias fueron á tiempo que el príncipe de Asculi pretendia lo mismo, porque su patente ó título que de Alexandro tenia de Gobernador (el cual he referido en estos sucesos), se extendia que todos los Coroneles, Maestres de campo y Gobernadores estuviesen debajo de su mano, así los que estaban en Francia como los que entrasen en ella, siendo gente que estuviese á sueldo del Rey, nuestro señor (como en su patente se ha visto), por cuya causa pretendia que estuviese á su órden Don Rodrigo de Toledo y su gente; el cual, por quitarse de competencias, deseaba, pues la habia entregado, que se le diese licencia y volverse á su gobierno de Alejandría de la Palla; pero Alexandro, como tan prudente Príncipe y experimentado Capitan, no dudó en la pretension de cada uno y de la manera que se les habia de dar satisfaccion para tenerlos conformes; y en cuanto á cumplir con D. Rodrigo de Toledo las órdenes del duque de Umena estaba llano, y no hubo en esto que reparar; pero en darle la licencia que habia pedido para volverse á Italia le pareció á Alexandro que no convenia; y así, lo procuró entretener en buenas esperanzas á fin de que su gente no se deshiciese, teniéndola en buen órden y disciplina militar y más conservada que si la diera otro Gobernador, pareciéndole que en esto se hacia el servicio del Rey, su tio; y en la pretension del príncipe de Asculi vió que la tenia muy justificada con la misma razon; y se deja bien entender, y más á los que son soldados, que desde el dia que D. Rodrigo de Toledo se juntó con él espiró el cargo de Gobernador de aquella gente, aunque lo pretendia ignorar, porque queria dar órdenes á D. Luis de Velasco, como lo hacia por el camino de Italia; pero como sabia lo que le tocaba, hizo el sentimiento y demostracion Don Luis que le obligaba, como tan honrado y prudente caballero, mas por algunos buenos respetos remitió Alexandro estas cosas á D. Diego de Ibarra para que pues se hallaba presente con los unos y los otros, con su mucha prudencia, los conformase y dispusiese sus diferencias, de suerte que teniéndose buena corres-

pondencia perdiesen las quejas sin dar ocasion á que se volviesen á tratar estas pláticas; y porque si D. Rodrigo se sintiese, no quiso Alexandro resolver nada en esto sin comunicarlo primero con D. Diego de Ibarra y dejarlo á su discrecion y buen parecer, como lo hizo.

A los 7 de Noviembre partio el ejército español que estaba en Francia, de Artel, donde habia estado hecho alto algunos dias, y fué á alojar á Arpi y sus contornos, con intento de arrimarse á las villas Lauson y Guisa, para entretenerse y no arruinase las campañas hasta tener nueva cierta de Alexandro, y tambien de camino intentó el duque de Umena ganar alguna plaza de las que tenia ocupadas el Bearnés, el cual se levantó con su ejército de entre Marle y Crey, donde se habia entretenido y marchaba, aunque despacio, la vuelta de Normandía. Siempre se deseaba la entrada de Alexandro en Francia, y Don Diego de Ibarra, viéndose tan atormentado y combatido del duque de Umena y los demas que andaban con él, no perdia ocasion en procurar se apresurase, solicitándole con cartas muy de ordinario, si bien echaba de ver que si él pudiera desembarazarse y dejar las cosas de Flandes en buen estado hubiera cumplido á todos sus deseos; mas como no podia estar en ambas partes, acudia á lo más necesario y forzoso, que era á conservar el patrimonio del Rey, su tio, y á no perder en pocos dias lo que en tantos habia ganado á costa de tanto sudor y trabajo suyo y de sus soldados. La gente que estaba en Francia, pasaba en este medio mayores necesidades, y aunque los víveres estaban en las villas de Remus, la Fera y otras, no proveeian ni daban un solo pan. D. Diego de Ibarra, que deseaba le tuviesen, se obligó á Monsieur de San Pol, y hacia sus apretadas diligencias, como tan gran Ministro, pero no sacaba el fruto que deseaba.

A los 9 de Noviembre corrió una voz en el ejército español que á los 8 habia de partir Alexandro para Francia. Fué tanto el contento que mostraron, como se puede creer de gente que con sola su llegada esperaba ser redimida de la opresion en que vivian, particularmente los de París y otras vi-

llas capitales á quien el Bearnés apretaba y corría sus campañas. Con esta buena nueva dió órden el duque de Umena que marchase todo el ejército la vuelta de Landresi, para hallarse más á la mano, habiéndose de juntar con el que habia de llegar de Flandes, y tambien con esperanzas de que al Bearnés se le desharian algunos alemanes que le servian, por hallarse mal satisfechos, y recogerlos en las banderas católicas; y si las diligencias que para tener este efecto habia hecho Basompier hubieran sido tan apretadas como fuera razon, no le quedara ninguno; y como tambien tardaban de entrar en Francia los herreruelos, y ser pequeños los regimientos de los alemanes católicos, se tenia esto por buen medio para rehacerlos; las necesidades que pasaban los soldados españoles que estaban de guarnicion en la villa de París iban creciendo de manera que daban mucho cuidado, y le tenia tan grande D. Diego de Ibarra, que demás de las obligaciones que le corrian por ser Ministro del Rey, nuestro señor, habia tomado á su cuenta su proteccion, y los amparaba y favorecia en cuanto le era posible, pareciéndole del mucho útil que eran para conservar los católicos que habia en aquella villa; instaba siempre con Alexandro los socorriese, porque si (como se decia) eran ciertas las nuevas que en aquella sazon corrian, que el Bearnés con su ejército pasaba la vuelta de Roam, no se arrimara de camino á París, y con las muchas inteligencias y negociaciones que tenia con los mal intencionados que habia en ella, y con la flaqueza y necesidades de la guarnicion del Rey, nuestro señor, se podia temer, pues no era posible poderle resistir; pero como el Bearnés iba marchando y haciendo altos muy despacio, daba ménos cuidado del que se tuvo al principio.

Habia Alexandro comunicado con D. Diego de Ibarra que se le diese al duque de Guisa cuando salió de la prision una buena suma de dinero; dejóse de hacer por acudir á otras necesidades, y pareciéndole que era cosa justa, se lo volvió á advertir que lo hiciese, mas pareciéndole á D. Diego que en la salida de su prision, cualquiera suma fuera bien recibida, pero que despues, si no era muy grande, en vez

de obligarle le desanimaria de sus esperanzas que tenia de mayores ayudas, que en esto y otras cosas de más fundamento le ponia cada dia Monsieur de la Jatria, que no la dejaba de la mano, ni daba lugar á que siguiese ningun otro buen parecer. Y en este medio dió aviso Alexandro al duque de Umena que habia hecho conducir tres cornetas de raytres, y que se hallaban cerca de Mariamburgue, que diese forma para que seguramente entrasen en Francia, y que le advirtiese el estado en que se hallaban las cosas, y del designio del Bearnés, y de lo que pensaba hacer, y de las fuerzas que ambos ejércitos tenian. Todo esto era señal de acercarse la entrada de Alexandro, que la deseaba tanto como todos, y con esto comenzó á deshacer algunos malos intentos de personas no bien intencionadas que ponian duda en sus buenos deseos, y aunque D. Diego de Ibarra tenia particular cuidado de avisar de todo lo que se ofrecia, y lo habia hecho particularmente con gran satisfaccion, quiso Alexandro con esto dar á entender al duque de Umena el deseo que llevaba de socorrerle y buscar al Bearnés para deshacerle si pudiese, ó romperle sus designios.

Antes y despues de haber tenido estos avisos que Alexandro envió al de Umena, hacian grandes y apresuradas juntas y consejos secretos los franceses de la Liga católica á puerta cerrada, y queriéndolos ver D. Diego de Ibarra y saber las personas que se juntaban, no obstante que se guardaban dél, vió que eran el duque de Guisa, Monsieur de Vardemont, Monsieur de Saleni, Monsieur de Brisac, Monsieur de Rona, Monsieur de la Jatria, Villaderoy, Monsieur de Vetri, el presidente Janin Basompier, y sin Secretario ninguno. Entró D. Diego de Ibarra en una junta donde todas estas personas se hallaban, y como le vieron, cesó el consejo y mudaron de plática, y cuando se tornó á salir volvieron á encerrarse. Dió aviso desto á Alexandro, advirtiéndole que le parecia que andaban concluyendo resoluciones, y aunque creyó no sabia nada desto el duque de Umena, le daba que sospechar más de lo que se puede escribir; pero con su entrada en Francia esperaba cesarian estas cosas y otras mayores; y verdadera-

mente puedo afirmar que la deseaba tanto como todos los que la esperaban, y para más satisfacer al de Umena y á sus franceses envió con carta de creencia al teniente Felipe de Soria, que despues fué Capitan de caballos españoles, y hoy entretenido cerca la persona del Virey de Aragon, y muy honrado y particular soldado, y de los más viejos que habia en Flandes, que á boca refiriese á los Ministros del Rey, su tio, y al duque de Umena, que sin falta ninguna partiria su persona en toda la semana que entraba para la frontera de Francia, donde ya habia encaminado su gente que tenia de ir con ella; y esto, atropellando las dificultades que he referido, no obstante la pérdida de la villa de Nimega y otros inconvenientes que amenazaban, como la falta tan grande de gente y dineros que habia para la defensa de los Estados de Flandes, con otras incomodidades que se atravesaban; y no era la menor el no haber llegado de Borgoña el dinero que se esperaba, que era toda la sustancia que habia quedado, así para lo de Francia como para lo de Flandes, y la bolsa de Amberes, tan cerrada, y de manera que no se podia sacar ninguna della; y habiendo de ser tan breve la partida de Alexandro, pidió á D. Diego de Ibarra en carta que le llevó Felipe de Soria, tuviese por bien de estarse quieto y no hacer ningun movimiento, aunque más los franceses se lo protestasen, y procurase hacer este mismo oficio con los Diputados de París, para todo seria de tanto servicio su asistencia con ellos y los demas franceses cuanto se deja entender, y que de su parte les diese satisfaccion en tanto que llegaba su persona, lo cual haria á todos en general y á cada uno en particular cuando se hallase entre ellos.

Despues de haber dado Alexandro el pésame de la muerte del Pontífice al duque de Montemarchano, su sobrino, le escribió lo mucho que importaba conservarse la gente de su cargo de la misma manera que hasta allí, animándole muy de veras con grandes caricias y ofrecimientos, y escribió á D. Diego de Ibarra hiciese este propio oficio, y lo mismo con el de Umena como persona que tan bien lo sabia hacer y de quien pendian tantos y tan graves negocios del Rey, nuestro señor, y porque

le habia escrito y dado mucha priesa para que de los víveres que habian entrado en Francia proveyesen de pan al ejército español, y andaban algo tibios en dar las provisiones, por cuya causa envió Alexandro al comisario Vaneten, persona plática y experimentada en esta materia, con grandes prevenciones de molinos que mandó hacer en Flandes con mucho ingenio, para en falta de los de agua y viento, y porque la llevaba de carretas para conducir el pan, le mandó se valiese de las que iban con los raytres de San Melemont, que serian hasta cuarenta, y que procurase en Francia armar las que pudiese, y encargó á D. Diego de Ibarra se anduviese con mucho tiento en distribuir el pan, y que se guardase para los tiempos más estrechos y de necesidad; y aunque era excusado encargar esto á persona tan plática y de tanta experiencia como D. Diego, mas como Alexandro la tenia tan grande y que antevia las calamidades que la guerra suele traer consigo, y más en reino extraño, como el de Francia, no pudo dejar de encargarle cosa que no ménos importaba que la redencion de todo un ejército.

A los 15 de Noviembre le llegó un correo de Roma á Alexandro con aviso de la nueva eleccion de Sumo Pontífice, en la persona de Juan Antonio Fachineto, Cardenal de los Santos Cuatro Coronados, y por abreviar el nombre le llamaban tambien el cardenal Santicuatri, que fué Inocencio IX, y la persona que se podia desear para aumento de la cristiandad y conservacion de nuestra santa fe católica, y por ser tal, se dió á Alexandro muchas veces el parabien de tan alegres nuevas; y para que participasen dél todos los Ministros del Rey, su tio, que se hallaban en Francia y los católicos de la Liga, despachó luégo al duque de Umena y á D. Diego de Ibarra con este alegre aviso, advirtiéndoles que para las cosas de Francia ninguno se podia haber elegido que más á propósito fuese, ni que más pudiese conservar el establecimiento de un Rey católico, y de las cosas que en servicio de Dios se ofreciesen y á los ojos de todos los que conocian los sujetos de los del Sacro Colegio, echarian de ver tan buena suerte y tendrian por muy acepta su eleccion. No dejó de considerar Alexandro (por lo que de Francia le habian

escrito) que si el Bearnés iba sobre Roam, de la importancia que era aquella villa, y que si se apoderaba della el cuidado que podria dar; y aunque no se le podia impedir, no se persuadia que era plaza de tan poca consideracion, ni tan flaca que con la facilidad que decian y platicaban pudiera ganarla, sino es que de su misma voluntad gustasen entregársela los burgueses della, y que si quisiesen á cualquier repente le pudieran hacer rostro; y aunque desde léjos le pareció advertir á Don Diego de Ibarra que tratase en consejo con el duque de Umena y los demas, que ántes que el Bearnés se le acercase, le entrasen alguna gente, que le parecia era diligencia de mucha importancia, pues hacia dos efectos, que era dar calor á los de la villa y cuidado al Bearnés de no ponerse sobre ella con tanta facilidad; pero que tras todo esto resolviesen lo que más convenia al servicio de Dios, que eso era lo más acertado, pues se hallaban presentes á los motivos del Bearnés y á todo lo que se ofrecia; demás desto escribió á D. Diego propusiese en consejo cuán acabado y destruido estaba el país de Flandes y toda su frontera, de los ejércitos que en tan breve tiempo habian entrado en Francia, y que pues el de la Liga pudiera extenderse más en sus alojamientos, y el del Bearnés se habia alargado y hecho diferente camino, se desarrimase lo más que pudiese de la frontera, por no acabar de todo punto las tierras del Rey, su tio; demás que ya no era necesario, pues por la ida del Bearnés nadie podia estorbar que se juntasen todos los católicos, y que pues esto habia de ser con tanta brevedad, y su partida seria otro dia siguiente, se entretuviesen lo mejor que se pudiese sin hacer más daño de lo que hasta allí se habia hecho, pues tanto importaba y tan cerca estaba el dinero que se esperaba de Borgoña, con que á todos se daria satisfacion.

En el último consejo que habian tenido los duques de Umena, el de Guisa y de Montemarchano y Vademont, con los Ministros del Rey, nuestro señor, ya nombrados otras veces en estos sucesos, resolvieron casi en forma de protesto, por último remedio y diligencia, que fuese D. Diego de Ibarra á representar á Alexandro las calamidades de los católicos de Francia y en el

miserable estado que todos se hallaban, y á dar priesa á la entrada; y estando resuelto de hacerla, llegó el teniente Felipe de Soria, y con los despachos que llevó y lo que dijo á boca al duque de Umena y á D. Diego cesó su viaje. Alegráronse tanto de haberles asegurado la entrada de Alexandro con la brevedad que deseaban, que quedaron todos con gran satisfaccion: mas todavía quisiera el de Umena que D. Diego pusiera en ejecucion lo que habian resuelto, pero él se excusó por hacer lo que Alexandro le tenia ordenado, y procuró estorbar que no fuesen las personas que habia nombrado, que eran Monsieur de Rona, el Presidente Janin, un Diputado de París, otra persona del duque de Guisa y Zameto, y temiendo todavía D. Diego que habian de ir, quisiera acompañarlos, no obstante que sabia el disgusto que Alexandro pudiera recibir, más por parecerle que lo que habian de tratar fuera muy á propósito hallarse con ellos, como persona que manejaba y tenia á cargo tan gran máquina de negocios, todos pendientes de lo que pudieran tratar, si bien no añadian ó quitaban de algunas materias importantes, que, como ausente, pudiera temer cualquiera otra persona que ocupara el puesto de D. Diego, más odiado que envidioso, á que están sujetos los hombres que desean satisfacer y no pueden lo que quieren, y más de personas que se podian tener por sospechosas como las que he nombrado, que por esto lo deseaba D. Diego; pero movido de justos respetos quiso más obedecer á Alexandro que disgustarle. En este medio se supo que el nuevo Pontífice mostraba la misma voluntad que el pasado, en socorrer los de la Liga de Francia, y continuaba en las materias de la eleccion de Rey, y en lo demas ofrecia conformarse con la voluntad del Católico, nuestro señor; pero como le habian escrito que Alexandro tardaba tanto de entrar en Francia, le desanimaba mucho, y el haber visto cartas del duque de Montemarchano, de 28 del mes pasado, en que decia que hasta aquella hora no tenia nueva ninguna de su entrada; mas otras que le mostraba el duque de Sesa, embajador de España en la corte de Roma, de D. Diego de Ibarra y de Alexandro, le aseguraban lo contrario, con que crecian sus es-

peranzas, y quedó de todo punto con gran satisfaccion, y así se resolvió de socorrer su gente con cincuenta mil escudos de oro cada mes para su sustento, con condicion que entrase Alexandro en Francia con las fuerzas del Rey católico, pues sin ellas no se podia resistir al Bearnés; y que en caso que no lo hiciese, que el de Montemarchano entretuviese solamente la caballería y se licenciasen los esguízaros, porque se viese que no era su intento desamparar la justicia y razon de la Liga de Francia, sino mantenerla y favorecerla en cuanto pudiese, como era justo, y que no habiéndose cumplido las letras de cambio que se habian enviado para la paga de la gente del duque de Montemarchano, las envió de nuevo de otros mercaderes y lo avisó á Alexandro y le suplicó se sirviese de procurar que con puntualidad fuese socorrida su gente.

Cada dia crecian las nuevas de ir el Bearnés sobre Roam, y Monsieur de Villers, Gobernador della, comenzaba á prevenirse, y escribió en este tiempo las dificultades que se le ofrecieron para poderla defender, que era la falta que tenia de gente, poca seguridad en los burgueses, necesidad de dineros para la gente de guerra y para los reparos de la villa; y si como decian marchaba y á tanta priesa el Bearnés, se tenia por dificultoso entrarle más gente de guarnicion; y en caso que no se pudiese, le habia parecido á D. Diego de Ibarra se la entrasen por la mar desde la villa de Gravelingas, en Flandes, y el ser forzoso haber de socorrer á Roam con el ejército del Rey, nuestro señor, pues era de tanta importancia, si bien se entendió que el no tener el Bearnés más fuerzas que las con que se hallaba, no lo emprenderia habiendo entrado Alexandro en Francia; y pues tuvo tiempo de haber intentado otras facciones más útiles, sin tener quien se le opusiese, se podia creer dejaria la de Roam.

D. Diego de Ibarra hizo tanta instancia para que no fuesen á hablar á Alexandro las personas que el de Umena habia señalado para ello, juntamente con el Diputado de París, que salió con ello, salvo Monsieur de Rona, que esforzó el querle ir á ver, porque dijo que cuando habia ido el marqués de Malaes-

pina á Francia le envió á decir con él Alexandro que gustaría de verle; y asiéndose á este recaudo lo hubo de hacer. Don Diego de Ibarra le dió carta muy encarecida, en que suplicaba á Alexandro le honrase é hiciese mucha merced, porque demás de merecerlo Rona por sus partes, y ser tan gran soldado, procedió siempre en lo que se habia ofrecido tratar en los Consejos, mostrándose muy aficionado al servicio del Rey, nuesto señor, y en las demas ocasiones se conoció dél esta voluntad é inclinacion y diferente trato que los demas franceses, y que le tenia por persona á propósito para tratar con él cualquiera cosa que importase, así de guerra como de estado.

A los 15 de Noviembre, fué Apio Conde á reconocer la villa de Berbi, habiéndolo hecho dos dias ántes el príncipe de Asculi y el duque de Guisa, sin que sucediese desgracia, aunque mataron dos ó tres de aquella guarnicion, habiendo escaramuzado los unos con los otros; y al retirarse la gente del Rey, nuestro señor, de la escaramuza, le dieron á Apio Conde un arcabuzazo en el carrillo izquierdo y le salió la bala por la boca, que por estar esta plaza en la frontera de Picardía y ser de importancia para el paso de Flandes, se procuraba recuperar, habiendo costado, cuando se ganó, tanto trabajo y sangre española como he referido. En este tiempo volvió el teniente Felipe de Soria á Flandes con cartas del duque de Umena y de Don Diego de Ibarra para Alexandro, con aviso que continuando Brisac su ordinaria intencion, habia puesto en la cabeza al duque de Guisa que se fuese á entrar en Roam con cuatrocientos caballos, y que pidiese á su tio, el duque de Umena, quinientos infantes españoles de los que en los tercios tuviesen mejores caballos; y el fin de esta pretension era hacerle tiro á Monsieur de Villers, porque no era su amigo, y que por lo ménos entrando el duque de Guisa en la villa le habia de mandar y tenerle á su órden, y que defendiéndose esta plaza le quitaria la gloria que podia esperar; y habiendo dicho el de Guisa á su tio este pensamiento, le pesó mucho y le puso confuso, persuadiéndole á lo contrario con dos razones que D. Diego de Ibarra habia dicho á Monsieur de la Jatre, habiéndole hablado

en ello, que era bien no disponer de su persona el duque de Guisa hasta que llegase Alexandro y viese cómo se ponian las cosas, y que tenia por imposible desnatar la infantería española á tiempo que se habia de engrosar más el ejército.

Habíasele sentado de manera al de Guisa el ir á Roam, que hubo dificultad en deshacerle su intento, si bien pensaba persistir en él siempre que el Bearnés apresurase el ir sobre Roam, como se decia, y que lo iba haciendo. El que tenia el de Guisa por entónces era ocupar alguna provincia al peso y medida del mejor librado, de los duques de Mercurio, Joyosa y Nemurs, y para lo de adelante estaba muy lleno de mayores esperanzas, que se las infundia su madre, la Duquesa, y Monsieur de la Jatria, su paraninfo y privado, que no poco fruto pensaba sacar de ellos, y otros consejos que le daba. Los soldados esguízaros del Pontífice se habian resuelto, en caso que no los sustentasen como su antecesor, de servir debajo de las banderas del Rey católico; y el duque de Montemarchano habia dicho que le apretaban por sus pagas. D. Diego de Ibarra instaba en que se cumpliesen las letras que se habian de pagar en Amberes, que hasta entónces no se habia hecho. Ya en este medio habia Alexandro partido de la villa de Bruselas, donde de ordinario tenia su corte, y llegó á la villa de Valencienes, á los 14 de este mes de Noviembre, que es cerca de la frontera de Picardía, donde se despachaba apriesa para la entrada en Francia, que no poco contento recibieron con esta alegre nueva los católicos que habia en ella, porque con gran alborozo le esperaban.

El duque de Umena se hallaba en esta sazon en la villa de Lans, que habia ido á negocios suyos; y aunque escribia á menudo á D. Diego de Ibarra, y á los demas ministros del Rey, nuestro señor, se detenia, pareciéndolo no hacia falta en el ejército hasta que entrase Alexandro. Estaba en él Madama de Velani continuando sus quimeras, que siempre con artificios cansaba al duque de Umena. Las negociaciones de París andaban de mal en peor, porque se habia revuelto el pueblo con la corte del Parlamento, y fueron en tanto extremo que ahorcaron al Presidente que se llamaba Brizon y á algunos Conse-

jeros dél. Con estas resoluciones y novedades se temia no hiciese algun desórden la guarnicion católica de los soldados del Rey, nuestro señor, porque pasaban muy extraordinaria necesidad, y corria en tres meses que no se les habia dado ningun género de socorro ni otro sustento. Y en este medio escribió el duque de Umena al príncipe de Asculi que Monsieur de Humiers con ochocientos caballos habia pasado la vuelta de San Quintin y la Chapela, y que otros trescientos ó cuatrocientos hacian el mismo camino, para que se estuviese alerta, no diesen sobre algun cuartel del ejército español. Tambien dió aviso el Gobernador de la villa de Guisa que habia pasado por allí mucha infantería y caballería, sin decir el número. Creyóse seria para guarnecer á la villa de Berbi, porque habia corrido la voz entre la gente del Bearnés que iba á recuperarla el ejército del Rey, nuestro señor, y la caballería serviria de correr la frontera, y ponerse en el paso para cuando Alexandro entrase en Francia hallarse á la mano de hacer algun daño á la gente desmandada y á los que fuesen á forrajear, y tambien de los cuarteles católicos.

Andaban en este medio muy apresuradas las negociaciones de los franceses y de Roma daban priesa á los Nuncios y al duque de Montemarchano para que procurasen declarar Rey, y de la intencion del Pontífice hablaban como si estuviera declarada; y aunque no se podia penetrar, no andaban muy fuera de camino; pero importaba así por esto como por otras voces que corrian, y no ménos de la entrada de Alexandro en Francia, porque con su presencia se acabaran de resolver y atropellar muchas dificultades é inconvenientes que por momentos se ofrecian. Volvió Monsieur de Rona de los estados de Flandes cargado de buenas esperanzas, mercedes, honras y regalos que Alexandro le hizo, y tan enterado en las materias que con él habia tratado como se podia desear. Mostraba gran ánimo y deseo de servir en el ejército español, y D. Diego de Ibarra procuraba confirmarle en este buen propósito para que no le perdiese en esforzar la voluntad del Rey, nuestro señor, en el establecimiento de uno que fuese católico en Francia, y en las demas cosas que

deseaba para bien de la cristiandad. El comisario Vaneten habia ya llegado á Francia, y como no se pudo valer de las cuarenta carretas de los raytres, que ya habian entrado, sino de siete de á dos caballos, no era posible aprovecharse de las harinas que tenia compradas en las villas de Rens, Lans, Sueson, Latera y Guisa, y por esta causa áun no habia comenzado á dar pan al ejército español que padecia increible necesidad. Instaba D. Diego de Ibarra con el celo y cuidado que acostumbraba para que Alexandro hiciese llevar del Condado de Anamur cantidad de carretas para conducir las provisiones, y que esto fuese con brevedad, porque sin ellas no se podria hacer cosa que aprovechase, pues en toda la parte de Francia por donde andaban los ejércitos católicos no se podian hallar.

Como sin la entrada de Alexandro en Francia no se podia campear ni hacer ninguna faccion, se estaba todavía en la villa de Lans el duque de Umena, y en este medio envió á llamar á Monsieur de Rona, el cual dijo al príncipe de Asculi y á Don Diego de Ibarra que le habia escrito le dijese que aquel mismo dia volverian juntos al ejército, mas no se persuadian á creerlo, ántes sospechaban que con la novedad de París y con los celos que el duque de Umena tenia de su sobrino, el de Guisa, no hubiesen resuelto de hacer alguna cosa de las que solian, ó tomasen otra resolucion de mayor importancia. Podíase recelar de esto por haberse encubierto y guardado en las juntas y consejos que tenian de D. Diego de Ibarra; como si fuera de persona que no se conociera ó no hubieran de pasar por sus manos todo lo que trataban ántes de resolverlo. Poca seguridad se prometia en este tiempo de estos señores franceses, porque andaban unos de otros tan recelosos que daban ocasion para pensar cualquiera cosa, cuanto y más de los Ministros del Rey, nuestro señor, y así conviniera mucho que el alto (para enfrenarlos de sus intentos) que Alexandro habia de hacer en la villa de Valencienes hasta despedirse de los negocios de Flandes fuera en Landresi, porque estando tan cerca los hiciera tener á raya, de suerte que no prevaricaran por ningun acontecimiento en lo que en ello se iba tratando. El dinero que se

esperaba de Borgoña se tardaba y hacia notable falta en el ejército español, particularmente á la guarnicion que habia en París, que estaba casi desesperada y sin esperanza de ningun otro remedio.

Sentíalo mucho D. Diego de Ibarra, como pendia de él toda aquella máquina, y más de verse obligado á muchas cosas que fuera necesario haberle sacado de ellas y de los ocho mil felipes que se habian tomado para dar el socorro á la gente del Rey, nuestro señor, del cargo del príncipe de Asculi. Lo estaba asimismo el duque de Umena y á otras personas de quien habia aceptado partidas que por su órden se libraron. Sentia mucho faltase su crédito y palabra, sino cumplir al primer dinero que se proveyese como lo habia ofrecido, por cuya causa hacia gran instancia con Alexandro, y que le sacase de estas obligaciones. La infantería española que últimamente habia llegado á Francia del cargo de D. Rodrigo de Toledo estaba desnuda, y sentia mucho verse en el rigor del invierno en tanta miseria. Los hospitales estaban de estos soldados llenos de enfermos, que como eran bisoños y no acostumbrados á pasar trabajos, los sentian más que los viejos. Trataba D. Diego de Ibarra que se les diese algunos vestidos de municion ántes que pereciesen todos, y tenia prevenido á Alexandro para que con tiempo fuese servido mandarle proveer.

Mucha ménos gente de la que se tenia entendido (con haberse hecho tanto esfuerzo) se habia recogido en Flandes para hacer la entrada en Francia, porque no llevaba Alexandro más de tres Coronelías de valones y cuatro mil caballos de todas naciones; que con estos y los que habia en Francia no llegaban al número que se pensaba, porque se hacia cuenta con los dos regimientos de alemanes de los condes de Arambergue y Barlamont que se habian quedado alterados en Flandes, y aunque se procuró concertarlos, como faltaba el dinero no fué posible, aunque se hizo diligencias, porque no saliesen con su intento de quedarse en aquellos Estados, que era el fin con que los habian hecho amotinar sus Coroneles, cosa digna de hacer una muy gran demostracion; pero como eran señores

del país y tan particulares, disimuló Alexandro, si bien sintió como era razon semejante desórden, y muchas de las que han causado algunos soldados alterados en Flandes han sido incitados de sus Oficiales, que deseosos de cobrar el sueldo que se les debe, han derramado entre sus soldados algunas pláticas indignas de ministros de su Príncipe; y si estos tales fueran los que habian de ser, no hubieran pasado adelante algunas alteraciones y motines desordenados sin causa, aunque jamás la puede haber para un crímen tan pernicioso y depravado que han hecho algunos soldados, incitados más del calor que hallan en sus Oficiales, como ya he escrito, y en otros soldados particulares que de necesidad, pues ninguna hay en la guerra que obligue á perder la lealtad á sus Príncipes y el respeto á sus banderas y obediencia á sus superiores; y no pudiendo Alexandro concertar á estos soldados amotinados á tiempo que más los habia menester, estuvo determinado de despedirlos y hubo hartos pareceres para que lo hiciese.

Hallábase confuso viendo las muchas diligencias que habia hecho para entrar en Francia con un muy grueso ejército, y que no pudieron lucir por haberle faltado la palabra muchos de los cabos á quien encargó las levas de la gente, y otros la obediencia; y, como he referido, el duque de Saja no habia cumplido con la gente que ofreció, ni tampoco Scombergue, que todo esto y otras cosas de no ménos importancia, que creyendo estaban muy adelante, las halló atrasadas cuando más las hubo menester; y esto le habia detenido tanto y más porque como el grave peso de los negocios y máquina de Flandes tenia sobre sus hombros, y la de Francia ni más ni ménos, no habia que maravillarse de alguna dilacion que tuviese en lo uno ó en lo otro, pues no podia estar presente á todo; mas como los mal intencionados amigos de novedades no consideraban esto, atribuian sus trabajos y grandes cuidados á remision, juzgando esto por el parecer de sus gustos, y aunque se hallaba con tan pocas fuerzas, se determinó (como se ha visto) á dejar los Estados de Flandes casi á riesgo de perderse, y tan á beneficio del tiempo y de tan malas ocasiones como se ofrecieron por

acudir á lo que el Rey, nuestro señor, le habia ordenado. En este medio sucedió en París un caso bien para considerar, y fué que los diez y seis Consejeros de aquella villa, como aborrecian tanto al Bearnés por no ser católico, sospecharon que tenia inteligencias con el Dr. Brison, primer Presidente del Parlamento, persona grave y amigo muy confidente del duque de Umena, y como escarmentado de los sucesos pasados, aconsejaba á los demas Ministros que se concertasen con buenos pactos con el Bearnés, y para esto escribió algunas cartas á los de su corte y ejército, y estas le cogieron, y hubo quien dijo las escribió con permiso del duque de Umena, desconfiado ya de alcanzar la corona de Francia (que, como ya he escrito, pretendia) y no poderse conservar en el cargo y gobierno que tenia.

Los del Parlamento (movidos del celo de católicos que siempre tuvieron) avisaron al duque de Umena de las inteligencias que traia el presidente Brison, y viendo que no lo remediaba le prendieron; y habiéndole fulminado un proceso de sus culpas, le condenaron á muerte y se la dieron de noche en el castillo de la Bastilla, juntamente con otro Consejero. Fué ménos honrada de lo que se entendió, pues los ahorcaron. Sentido de esto el duque de Umena, que se hallaba (como ya he escrito) en la villa de Lans, aconsejado del presidente Janin y de Monsieur de Villaderoy, fué á París á poner en ejecucion este castigo, y con la mayor brevedad que pudo se partió en este medio de la villa de Lans, sin escribir al príncipe de Asculi ni á D. Diego de Ibarra, que no dejó de causarles admiracion ver que se recelase tanto de ellos y que encubiertamente hiciese ausencia, sin comunicarlo con los Ministros del Rey, nuestro señor, ni haberles dado parte del suceso de París, ni de otros cosas que habian pasado en Lans, miéntras estuvo en esta villa, de no ménos consideracion; miraron sobre esto lo que convenia, y pareció que D. Diego de Ibarra fuese tras de él, como lo hizo luégo sin detenerse, y dió aviso de ello á Alexandro, pareciéndole que con hallarse en la presencia del duque de Umena cumplia con su obligacion, demás que habiendo to-

mado resolucion de partirse sin decirle nada, lo podia hacer en otras cosas de mayor importancia, que aunque no las pudiese estorbar, no le estaria mal hallarse presente; pues con esa satisfaccion á su deseo y obligacion, aunque fuese con el riesgo y costa que se deja entender, procurando en todas ocasiones hacer su deber, y que el duque de Umena abreviase su jornada, lo de Roam se iba esforzando, que no daba ménos cuidado que las demas cosas.

Sentia mucho D. Diego de Ibarra haber de entrar en París tras el duque de Umena, sin poder dar á la guarnicion del Rey, nuestro señor, que habia en ella algun socorro, más de buenas esperanzas, que para los soldados, y más en tiempo de tantas necesidades, se tienen por obras muertas; si bien las más veces son las que les suelen entretener, no solamente que pocas las ven cumplidas; mas cuando personas tales como D. Diego se las ofrecen, les dan crédito y les sirven de gran alivio, y gustara más satisfacerles con obras que con palabras, como siempre lo habia procurado, y no pudo por entónces hacer otra cosa más de escribir á Alexandro le sacase de la obligacion en que se hallaba con aquella gente lo más presto que pudiese, pues no podia hacer otra cosa que darles esperanzas habiendo de ver su extraña necesidad.

De Zameto no se supo si se quedó en Lans ó si pasó á París con el de Umena, y así no habia tratado D. Diego con él lo que Alexandro le tenia mandado; pero escribióle le enviase nueva órden de lo que debia hacer. Importó mucho que Monsieur de Rona fuese con el duque de Umena, porque se tenia de él esperanza que en todo lo que se ofreciese haria buenos oficios para lo que tocase á la voluntad del Rey, nuestro señor, porque iba tan obligado de Alexandro que no podia hacer otra cosa, pues le habia ofrecido con la largueza que se le haria merced, y cuán de veras lo procuraria con su tio, el Rey, siéndole siempre buen amigo y compañero. Sabia muy bien Alexandro cumplir lo que ofrecia, y como se tenia experiencia de esto, animó á Rona hacer en todo su posible, como se echó de ver en lo que se ofreció. Era muy buen caballero, gran solda-

do, de agudo y vivaz entendimiento, y sabia más que otras cosas acampar y alojar un ejército maravillosamente; y esto de memoria, sin remitirlo á mapas ni otros escritos, como hacen muchos Cuarteles-Maestres. Pagóle bien Alexandro los servicios que al Rey, nuestro señor, le hizo, pues le empleó en el oficio de Maestre de campo general de los ejércitos de España, así los de Flandes como los de Francia, digno de otros muy mayores cargos.

Ya eran los 21 de Noviembre deste año, y se hallaba Alexandro en Valencienes (como se ha escrito) dando notable priesa á despacharse, y habia ordenado que marchase la vuelta de Francia toda la caballería, porque pensaba hallarse en ella la semana siguiente. Tambien mandó lo mismo á su artillería y todo lo anejo á ella. Ordenó que todo el dinero que esperaba de Borgoña no tocase en Bruselas, sino que le siguiese, y escribiá á D. Diego de Ibarra enviaria los cien mil escudos para el duque de Umena, y dió órden al Pagador general que recogiese cuanto dinero pudiese en Amberes, para ver si habia forma de poder proveer otros cincuenta mil escudos ó alguna buena parte dellos, y se esforzaba Alexandro, aunque hiciese falta á muchas cosas inexcusables, á acudir á todo en cuanto podia, y escribió á Zameto (que era un hombre de negocios) le prestase veinte ó veinte y cinco mil escudos de oro para hacer alguna provision de trigo y otros granos, porque le daba tanto cuidado lo que D. Diego de Ibarra le habia escrito cerca de lo del pan, y cuán mal se proveia, que procuraba hacer cuanto le era posible para que el ejército no pasase necesidad; y que si Zameto no se hallaba con este dinero, hiciese crédito en las personas de quien se tomasen los granos, y envió á D. Diego de Ibarra esta órden, para que tratase con él en esta conformidad lo que pareciese convenia, y en cuanto á los intereses y á los demas que en esto se le ofreciese, lo resolviese con Zameto de manera que quedase con satisfaccion; y le advirtió que si Zameto daba el dinero en especie y no en vituallas, no entrase en poder de los que habian de proveer, porque si acaso se diese lugar, todos entrarian á la parte, sin conseguir lo que se deseaba, y que así,

advertia á D. Diego se distribuyesen con su parecer. Tambien envió órden al príncipe de Asculi que si el Bearnés apretase á Roam la socorriera con doscientas picas alemanas de las del ejército del Rey, su tio, y que se mirase con mucho cuidado por la guardia de aquella villa, pues importaba tanto como se deja considerar, siendo de las más principales de Francia. Y sintió mucho cuando supo que el duque de Guisa se gobernaba por los consejos de Monsieur de Brisac, porque sabia haria muy malos oficios en todo lo que pudiese y pasase por sus manos, y le pareció bien haberle desviado de la jornada de Roam, y encargó á D. Diego de Ibarra que en lo que de allí adelante se ofreciese estuviese muy á la mira para deshacerle sus designios, procurando no perdiese de vista la sombra de su tio, el duque de Umena, que era lo que á todos convenia.

Despues de la eleccion del Pontífice no se habian tenido nuevas ningunas de Roma, y por esta causa escribió Alexandro á D. Diego de Ibarra y al príncipe de Asculi que era bien ir con mucho tiento en lo de recibir la gente hasta ver lo que de allá se escribia, y entretanto se procuró dar toda asistencia con mucho cuidado á la persona que el duque de Montemarchano tenia en Amberes, y se continuaba para que aquella partida saliese á luz; y para que con más veras tuviese efecto la provision del pan, ordenó Alexandro que fuese en persona á Francia el conde de Beorri, General que era de los víveres, y escribió á D. Diego de Ibarra que tambien se entendiese con él, no entregarle el dinero, sino que precisamente se convirtiese en las compras del grano. No se maravilló mucho Alexandro cuando supo con la facilidad que se hablaba de las cosas de Roma; mas como no estaban tan al cabo como los que se hallaban presentes en Francia, donde habia tantos inconvenientes para establecer lo que deseaba, como particularmente se lo encargaban al duque de Montemarchano no habia de espantarle lo hiciesen, pues de léjos podian mal tocar con la mano lo que no veian ni llegaba á su noticia; mas hacian esto por el deseo que tenian de excusar lo que se gastaba por su cuenta, y así, procuraban eximirse como mejor podian, y el Rey, nuestro señor, deseaba lo mismo, y verlo aca-

bado cuanto ántes; pero faltaban los medios y el dinero, que no era el menor, y no dejaba de persuadirse Alexandro á lo que tantas veces y con tanto cuidado le habia escrito D. Diego de Ibarra de las novedades de París, que no eran de poca consideracion, y más por las sombras que traian los franceses, particularmente el de Umena, con quien se procuraba, de la parte del Rey católico, hacer los buenos oficios que siempre, persuadiéndole á lo que tan bien le estaba, porque era cortarse la cabeza por cualquiera resolucion que tomara, como no fuera en perseverar en lo que hasta allí; y en cuanto á la intencion del Rey, nuestro señor, sobre la persona que deseaba poner en Francia, habian hablado en España con el presidente Janin más claro de lo que fuera razon, como él lo dió á entender en Francia cuando volvió, y era de creer que teniendo noticia dello, tambien la tendria Monsieur de Rona y los demas.

A los últimos de Noviembre tuvo aviso Alexandro de la llegada de los Embajadores del Imperio, á la ciudad de Liege, que iban á lo de la pacificacion, y determinó de irse á ver con ellos á la villa de Bruselas, con intento de volverse dentro de tercero dia, porque no entendiesen que de parte del Rey, su tio, no se abrazaba esta negociacion, como era justo se hiciese, y de camino quiso dar una vista al pueblo, animándole y dándole á entender que por este medio de la paz y de las cosas que se trataban en Francia les seria de un muy eficaz remedio para sus trabajos y quietud, y en tanto hizo caminar á Francia cuatro mil vestidos de municion para vestir la infantería lombarda y napolitana, y toda el artillería y pertrechos della con la gente que faltaba; y para que no se alzase la mano dello, dejó al príncipe Ranucio, su hijo, para que con su buena industria y cuidado, le diese priesa y lo encaminase todo, para que cuando él volviese de Bruselas se hallase en la raya de Francia, y hacer la entrada en ella que tanto deseaba.

Ya escribí que D. Diego de Ibarra habia caminado con toda diligencia en seguimiento del duque de Umena, y habiendo llegado aquel mismo dia á la villa de Sueson, que son quince leguas, no fué posible hallarlo. El dia siguiente caminó catorce

hasta la villa de Meaux, y algunas de mal camino; de allí, le escribió suplicándole que pues le quedaba harto tiempo para llegar á París, le esperase, que procuraria ser con él ántes de las ocho de la mañana. Respondióle que le apretaban tánto las cosas de aquella villa, que no le era posible detenerse un momento, y que porque pensaba ser luégo de vuelta, y D. Diego llevaria cansada la caballería que le acompañaba, le pedia le aguardase en la villa de Meaux, pues no se habia de detener en París de un dia arriba, y que cuando con todo eso quisiese pasar adelante, se lo avisase, porque le enviaria doscientos caballos para que le hiciesen escolta y pasase más seguramente. Esta carta halló á Diego cerca de Meaux, habiendo pasado por él, hora y media despues de partido; con todo eso, le alcanzó tres leguas ántes de entrar en París, donde llegaron á los 29 de Noviembre; y habiéndose visto, le dió el Duque á D. Diego muchas quejas de lo sucedido en aquella villa, diciéndole era menester hacer una gran demostracion, para que la justicia fuese respetada, y que como á Ministro del Rey católico le pedia que con las fuerzas que allí tenia de guarnicion le ayudase y asistiese, estando siempre unido con él. D. Diego de Ibarra le respondió que le serviria contínuamente en cuanto se le ofreciese, como lo habia hecho por lo pasado, y que de una persona tan prudente y considerada como su Excelencia no se podia creer quisiese cosa que no fuesa justa y muy acertada, y que así en las tales seria asistido y servido como era razon, y que quisiera mucho haberle alcanzado en la villa de Meaux para persuadirle á seguir lo apuntado con Monsieur de Rona, de no pasar de allí; pues no pudiendo ni siendo bien llevar aquel negocio por rigor, aunque la calidad del ejército lo merecia, fuera lo más acertado no llegar á París, sino desde Meaux ordenar las cosas como de presente, no pasase adelante la demasia de aquella gente, y con el tiempo se podrian despues ir cercenando las libertades de los culpados; pero ya que estaba en París, le prevenia, le suplicaba, y de parte del Rey, nuestro señor, y de la de Alexandro le exhortaba, en ninguna manera usase de rigor, porque el dia que lo hiciese se perderia todo, la fe

y amor de aquella gente, y se les ponia en desesperacion; y que mirase muy bien de negocios generales no los hiciese particulares ni se dejase llevar de consejos de personas interesadas, ni ménos de persuasiones de Madama, su madre y hermanas, que se tenian por las ofendidas en aquel caso; que todo esto pesaba ménos que lo que se aventuraba en lo otro.

Halló D. Diego de Ibarra al Duque tan duro en su opinion, y tan dificultoso de hacer lo que le habia propuesto, que no resolvió nada, porque labraron tanto en él los consejos de algunos que llevaba consigo, que cuando volvió á verse con Don Diego le dijo que habia enviado á llamar al Castellano de la Bastilla, que decian era el principal autor de lo pasado, asegurándole de no quitarle la vida, y que si ponia dificultad de irle á ver y dejar el castillo para proveerle en quien le pareciese, al mismo tiempo le batiria con ocho cañones y le ahorcaria. Y en acabando esto, preguntó á D. Alejandro del Monte y al capitan Estéban de Legorreta (Cabos que eran de la guarnicion que el Rey, nuestro señor, tenia en París) si sabian la órden que tenian de obedecerle y si la cumplirian. Respondiéronle que hasta entónces lo habian siempre hecho y lo harian de allí adelante. D. Diego de Ibarra añadió que aquello seria sin duda, supuesto que su Excelencia mandaria lo que conviniese y fuese justo; y en habiéndose ido los Cabos (que, como he apuntado, D. Alejandro lo era de los napolitanos y Estéban de Legorreta de los españoles) volvió D. Diego á apretar al Duque cuanto supo y pudo para que en ninguna manera fuese á probar lo que el Castellano del castillo de la Bastilla queria hacer, pues de tomar las armas los católicos (como se creia lo harian para aquella causa), era evidente el daño é inconveniente que sucederia, que le suplicaba no tirase tanto la cuerda, pues se habia visto que muchos Reyes habian disimulado semejantes cosas por prudencia y buen gobierno. Estando en esto, llegó la respuesta del Castellano, que era en sustancia que él no podia salir de su castillo si no era con palabra del duque de Umena de ser perdonado y vuelto á él, con que y tener ya allí su caballo para salir y hechos otros preparativos, le dijo que él iba á

volver por su reputacion y cumplir lo que habia dicho á Don Diego, y que de ninguna manera habia de consentir que el Castellano quedase con su cargo. Forzóle D. Diego á que esperase á ver si podria hacer que el Castellano fuese á hablar al Duque, y esto con fin de que se pasase el dia para divertirle y templarle el enojo. Salióle bien á D. Diego, porque cuando volvió le halló fuera de casa, y despues de haberle buscado y ya anochecido, le alcanzó en ella y le dijo que el Castellano le habia enviado á decir que estaba cierto de que estaban algunas personas conjuradas para en saliendo del castillo, aunque fuese debajo de su palabra, matarle á puñaladas, y que ir voluntariamente á semejante muerte, no mereciéndola, le parecia cosa muy fuerte, y mucho más que habiendo servido tan fielmente á la Union católica, que jamás habian podido con él persuasiones del Bearnés y ofrecimientos de más de cincuenta mil ducados, y aventurando la vida tantas veces por el servicio de la Liga católica, y particularmente por el de la casa de Guissa, por cuya creatura él se confesaba, se le quisiese quitar ahora de un golpe cargo y honra y ponerle la vida en arbitrio y manos de sus enemigos. Con esto volvieron el Duque y D. Diego á la misma disputa y debate, y despues de haber durado bien dos horas, aunque D. Diego le dejó más blando, no mudado de su opinion; con que se ponia á riesgo de perderse París, como se podia tener por cierto, si llegaba á punto de tomar las armas los unos con los otros; y si el Bearnés supiera lo que en este caso debiera hacer estando tan bien avisado como lo estaba, no fuera tan inadvertido que perdiera tan buena ocasion. La causa destos daños y negocio tan peligroso era haber puesto en la cabeza al duque de Umena su hermana y madre y el gobernador de París, que en esto le iba su reputacion, y estar persuadidos á lo que los dias pasados sucedió con la muerte del presidente Brison, se habia hecho por parte de los católicos aficionados á la del Rey, nuestro señor; y aunque por esto pudiera D. Diego de Ibarra hacer mas lentos oficios para el remedio del desconcierto que se veia delante de los ojos, pensando el daño que resultaria dél, no quiso, creyendo que era

más acertado hacer cuanto se podia para evitarlo; y con todo esto á los católicos particularmente, á los del Consejo de diez y seis les pareció que hacia ménos de lo que debia al entrañable amor y aficion que tenian al Rey católico, y en público y secreto confesaban, dejándose entender que á quien quisiese Don Diego de Ibarra entregarian de muy buena gana el castillo, y que desde luégo publicarian por su Rey y señor á la Magestad católica de España. D. Diego se lo agradeció mucho y les dijo cuán debido le era lo que hacian por lo bien que los habia asistido y asistiria, persuadiéndoles la perseverancia de su religion, y asegurándoles de continuar hasta el fin en procurar que el duque de Umena no les apretase á tomar las armas, y que aunque tenia razon de estar sentido destos sucesos, le juzgaba por tan bien intencionado y prudente, que se aplazaria, y que ellos tambien lo procurasen por todas las vías que pudiesen.

D. Diego de Ibarra que sólo atendia al servicio del Rey, nuestro señor, no cesaba por todos los caminos que le eran posibles hacer buenos oficios para la quietud del pueblo de París, que no poco alterado estaba con estos sucesos, y tan cuidadoso de dar aviso de ellos y de cuanto podia entender y penetrar; á Alexandro le escribió luégo cuanto pasaba, no obstante que se hallaba tan léjos, y aunque con sólo su parecer pudiera resolver cualquiera cosa de las que se ofrecian, andaba tan atentado con el deseo de acertar en todo, que áun de cosas muy menudas le daba parte, y le escribió le enviase el órden que habia de tener para que en caso que las cosas de París corriesen de mal en peor, como se temian, lo que habia de hacer la guarnicion del Rey, nuestro señor, que estaba en aquella villa. Los cien caballos que D. Diego llevó de escolta y guardia de su persona, hizo alojar en las hosterías ó mesones de París, teniendo por ménos inconveniente el gasto que harian á S. M. C., que aventurarlos á perder si los sacara á alojar fuera de la villa, y que con doscientos felipes que el príncipe de Asculi les mandó dar de socorro se fueron entreteniendo lo mejor que pudieron, aunque los bastimentos estaban y estuvieron

siempre en este tiempo tan caros, que no dejaban de pasar necesidades.

En este medio, que eran los 3 de Diciembre, se contentó el Castellano de la Bastilla de obedecer al duque de Umena y dejarle el castillo para que lo proveyese en la persona que fuera servido, dándole la palabra el Duque de no ofenderle, que no poco trabajo le costó á D. Diego de Ibarra reducirle á este parecer, y tambien de que nadie le ofenderia, con que se atajó el inconveniente que estuvo tan cerca de suceder, que era de tomar las armas el pueblo, como estuvo para hacerlo, caso que fuera harto peligroso y muy difícil de apagar el fuego que se podia emprender. D. Diego, que temia no salir con empresas tan dificultosas por ser sólo el que las tenia entre manos, y no haber otro Ministro del Rey, nuestro señor, en París que le ayudase, no cesaba de suplicar al duque de Umena procediera con suavidad y blandura con los católicos y les perdonase de todo punto el exceso pasado; pero podian más con él los votos y pareceres contrarios, y su opinion ayudada de los celos mal fundados que tenia, de que indignaba á que la justicia de suyo fuese procediendo contra los católicos, y si lo llevara adelante volvieran las cosas al ruin estado que habia tenido, que no poco cuidado daba esto á D. Diego, pareciéndole habia de ser en balde el trabajo que puso en apaciguarlas, y no se dejaba de maravillar no conociese el Duque que era á él á quien peor le estaba perder la aficion que en París le tenian, por sólo complacer y dar crédito á algunas personas no bien intencionadas que le habian de dar el pago que á otros; y no sé con qué conciencia algunos autores han dejado en el sepulcro del olvido los trabajos que con el cuerpo y espíritu pasó D. Diego de Ibarra en todas estas guerras, pues con ellos se consiguieron muchas cosas de las que se pretendian, dignas de memoria; y aunque Antonio de Herrera la hace de algunos en un libro que compuso de los sucesos de Francia, va tan de paso como los demas, particularmente Fray Marco de Guadalajara y Javier, autor moderno, que aunque escribió su *Historia Pontifical* con mucha elegancia, parece que regateó (en lo poco que en

ella apunta) los grandes y contínuos servicios que D. Diego hizo al Rey católico y á la Liga de Francia, el darle lo que le tocaba, pues apénas da á entender ninguno, siendo tan señalados y notorios.

El Bearnés se acabó de resolver de poner el sitio á la villa de Roam, pareciéndole que la tardanza de entrar Alexandro en Francia le daria lugar para ello, y tambien Isabel, reina de Inglaterra, instaba mucho para que hiciese esta empresa, por el interes que ya le corria de verse con la posesion de esta plaza, como se entendió que el Bearnés se la habia prometido en pago de las ayudas y socorros que de ordinario le dió; y esto le hacia apresurar el sitio que hasta allí tanto habia dilatado, y tambien hallarse con nuevas obligaciones cada dia á la reina de Inglatera, la cual, por verse señora de la villa de Roam, plaza de tanta consideracion en Francia, como se sabe, y para ella lo era de muy mucha, por ser frontera de su reino y no léjos de las villas de Havre de Gracia y de Diepa, puerto de mucha importancia, y donde le desembarcaba al Bearnés los socorros que le enviaba, el cual marchó con todo su ejército con la determinacion que he escrito, y puso sitio á Roam, alojándolo en los burgos ó arrabales de esta villa; Monsieur de Villers, Gobernador de ella, le hizo algunas salidas en diversas veces y le mató mucha gente, y si le dieran con tiempo la que habia pedido, y alguna pólvora y dineros, ganara el Bearnés tan poco con él, que le pesara mucho de haberse empeñado tanto.

D. Diego de Ibarra habia hecho siempre muy gran instancia para que se le socorriese, así por haberlo ordenado Alexandro como por lo mucho que convenia conservar esta plaza, y escribió al duque Mercurio de Bretaña, y al Maestre de campo D. Juan del Aguila que se hallaba en aquella provincia con más de cinco mil españoles haciendo la guerra, para que enviasen alguna parte de ellos por el mar y los entrasen en Roam, que fuera de mucha importancia, pues con esta ayuda hiciera Monsieur de Villers muy buenos efectos.

Siempre le pareció á D. Diego de Ibarra que este socorro podia hacerse con mucha facilidad, y más si corria por mano

de D. Diego Brochero, á cuyo cargo estaba una escuadra de galeras para la guardia y defensa de la costa de Bretaña, cuya experiencia y valor de este caballero, acostumbrado á vencer dificultades, hiciera muy bien este servicio, que como el mar de aquella provincia, que es donde desembocan los aguajes y corrientes del Estrecho de Inglaterra, es tan dificultoso, se podia temer cualquier peligro, habiendo de socorrer por agua á Roam, como D. Diego de Ibarra decia y afirmaba, el cual escribió tambien á D. Mendo Rodriguez de Ledesma, natural de Salamanca, embajador del Rey, nuestro señor, en la provincia de Bretaña, para que lo solicitase con el duque Mercurio y con D. Juan del Aguila. Hízolo con mucho cuidado, y D. Diego Brochero, que se hallaba presente, deseoso que se le encomendasen, se ofreció á hacer este socorro, no obstante que era en la fuerza del invierno, tiempo muy contrario para galeras, y más en aquella costa; pero fiado en su larga experiencia, dijo atropellaria cuantos inconvenientes y dificultades se le ofreciesen, como el duque Mercurio, D. Juan del Aguila y D. Mendo Rodriguez se conformasen con su parecer; y hallándose todos cuatro en la villa de Nantes, platicaron sobre lo que D. Diego de Ibarra les escribia, y del órden que se podria tener para este socorro, y resolvieron, que pues D. Diego Brochero se ofrecia hacer al Rey, nuestro señor, este particular servicio con tanta voluntad, se le diese la infantería española que bastase para este socorro, y todo lo necesario que para hacerlo fuese menester; y aunque tuvieron este acuerdo y buena resolucion al tiempo que D. Diego Brochero lo iba á poner en ejecucion, les pidió que para su resguardo firmasen de sus nombres el parecer que en esto habia acordado, porque él no tenia órden del Rey, nuestro señor, de desamparar con sus galeras la costa de Bretaña, ni sacarlas de ella, porque si la fortuna le fuese adversa, como suele suceder en el mar, no cargase sobre él toda la culpa; pues repartiéndose entre todos, cuando lo fuese, seria ménos la reprension, pues no seria justo llevase él sólo el peso y gravedad de la inobediencia; y no andaba en esto poco acordado, pues podrian (como era posible sucediendo mal el socor-

ro) descargarse con que D. Diego lo habia hecho de su motivo y solo parecer.

No fué posible que el duque Mercurio, D. Mendo ni D. Juan del Aguila lo quisiesen firmar, y aunque D. Diego Brochero se lo persuadió muchas veces y advirtió que para él habia de ser lo peor, como persona que demás del trabajo que de su parte ponia se ofrecia al riesgo del tiempo y en los brazos de la fortuna del mar, incierta las más veces, particularmente, como ya he escrito, que era en el corazon del invierno, y el mar tan peligroso como se sabe, no lo pudo acabar con ellos; y visto Don Diego Brochero querian, como se suele decir, sacar el fuego con mano ajena, no quiso aventurar sólo de su parte lo que los demas rehusaban, si bien el duque Mercurio se conformó despues con su parecer, pero no para firmarlo ni dar por escrito ningun órden; y no hay que maravillarse, pues debe guardar cada uno en la guerra el que tiene de su Príncipe ó General, aunque se conozca que el salir de él algunas veces sea útil y necesario; y lo fuera de tanta importancia socorrer D. Diego Brochero á Roam, que no sólo diera muy grande ánimo á los cercados, viéndose para su defensa con españoles, pero el Bearnés perdiera la esperanza de salir con la empresa, y fuera posible obligarle á levantar el sitio con más brevedad que despues lo hizo, y siendo tan gran Capitan, como lo era, no supo gozar de la ocasion que se le ofrecia por haberse detenido en poner el sitio á Roam, porque si lo hiciera en tiempo que el ejército español estuvo en Verdun, pues ya se le habian juntado los socorros que esperaba de Alemania, y los que la reina de Inglatera le habia enviado, y la tardanza de Alexandro para entrar en Francia, y que su ejército no se le podia oponer miéntras no se juntaba con el del Pontífice, pudiera en este medio ganar á Roam y á otras plazas y no desaprovechar el tiempo y ocasion tan mal como lo hizo; mas no todas veces los que gobiernan fian sus acciones y pareceres, temiendo los azares de la guerra, á las mudanzas de su fortuna, y más cuando la conocen los que la saben temer.

Algunos mal intencionados de los que seguian la Liga católica de Francia escribieron en este medio al Pontífice que mali-

ciosamente dilataba Alexandro hacer su entrada con el ejército del Rey, su tio. Esto mismo aseguraba en sus cartas el duque de Montemarchano, pareciéndole estaba en sola la mano de Alexandro hacer lo que todos (y él más que ninguno) deseaban, y como no consideraban las ocupaciones que le detenian, y que el desamparar á Flandes sin dejar las cosas en razonable estado fuera su total ruina, hablaban no más que en particular, pareciéndoles que con sola su presencia diera fin á lo que estaba tratado: hablaban tan sin miedo ni consideracion, que para los que no tomaban las cosas más de por la corteza, les causaba gran confusion, persuadiéndose á la voz del novelero vulgo. Esto hacia al Pontífice dudar en sus buenos deseos, y llegó á tanto extremo, que dejaba perder las esperanzas que os católicos tenian de él, y por toda Roma pasaba la palabra, con alguna libertad, que si Alexandro no hacia su entrada en Francia con mucha brevedad no tenian que esperar en ningun tiempo socorro temporal. Quejábanse tambien que el Rey católico y Alexandro los habia engañado haciéndoles gastar inútilmente más de seiscientos mil escudos con promesas del refuerzo español que les habia asegurado. Dudaban tanto en esto, que aunque el duque de Sesa (embajador en Roma por el Rey, nuestro señor), les decia lo contrario, no se persuadian á creerlo, y quien más alteraba la voz del pueblo era el cardenal Don Duarte y sus criados, publicando las cartas del duque de Montemarchano en que aseguraba no era posible que Alexandro dejase los Estados de Flandes, y para sosegar este alboroto fué necesario que el duque de Sesa despachase un correo á Alexandro para que declaradamente le escribiese su intencion, y poderla decir con verdad al Pontífice, que persuadido á creer cosas fuera de toda razon, le traian cuidadoso, y mucho más á Alexandro de ver cuán injustamente sus émulos detractaban de sus acciones, porque deseaba más que nadie cumplir el órden que tenia del Rey, su tio, y deshacer y atropellar los intentos de los que tan á rienda suelta dudaban en su entrada en Francia; y si no fuera porque los embajadores de Alemania le esperaban en Bruselas para lo de la pacificacion, adonde par-

tió á los 10 de Diciembre, lo hubiera hecho al instante; mas por no haber llegado allí ni querido salir de Anamur los Embajadores sin un gran ejército, se atrasaba el tiempo más de lo que se puede creer; y en tanto que se despedia destas tan precisas ocupaciones, envió delante á Monsieur de la Mota, General que era del artillería del ejército español, á tratar y resolver el puesto y á la parte donde se podia encaminar toda la que tenia apercibida para esta jornada y las demas cosas anejas á ella.

Habíase platicado sobre esto, y hubo pareceres que podia estar bien en la villa de la Fera, situada en la provincia de Picardía, entrando con ella alguna gente de guerra de guardia; mas por parecerle que esto se podia mirar mejor en Francia, donde estaban más á la mano para las ocasiones que allí se esperaban, escribió Alexandro á D. Diego de Ibarra y á los demas ministros del Rey, su tio, que mirasen sobre esto lo que más convenia, y resolviesen lo que pareciese más acertado. Zameto habia llegado á Valencienes, donde se hallaba Alexandro, y porque le aseguró del mal estado en se hallaban las cosas de Francia, le hizo apresurar su viaje; y con haberle prometido que si con dinero no le pudiese socorrer, lo haria con alguna buena cantidad de grano ó crédito. Habia muy bien Alexandro entendido y considerado todo lo que D. Diego de Ibarra le escribió sobre los negocios y sucesos tan enconados de la villa de París, y á esto le respondió que caminase (por ser el caso tan grave y pesado) con mucha consideracion, y que pues en todas las cosas que tenia entre manos la habia tenido y procedido con tanta prudencia, remitia á su parecer lo demas que en esta materia se le ofrecia, porque desde léjos mal podia dar motivo en negocios de tan peligroso sujeto, y más no estando al cabo del orígen de donde procedian, y que en lo demas se remitia á la vista, pues seria tan breve. Andaba el duque de Umena tan cuidadoso y desvelado, que cualquiera cosa le embarazaba de las muchas que se le ofrecian en los negocios de París, y temia que Alexandro no supiese sus designios, y por esto procuraba enviar á todos los caminos personas de quien se fiaba para que quitasen las cartas y despachos que D. Diego de Ibarra le

enviaba; mas no por esta diligencia dejaba de darle avisos por todas las vías y medios que podia de todo lo que pasaba en París, donde vivian todos tan recelosos y á tan manifiesto peligro, que era bien temer los movimientos de los unos y de los otros; y sucedió, á los 4 de Diciembre, una hora ántes del dia, ir Monsieur de Bolin á D. Diego de Ibarra á decirle que el duque de Umena le hacia saber como la noche ántes tres ó cuatro hombres de los más católicos de París le habian avisado se conspiraba contra su misma persona y las de su casa y contra el Gobernador, y que si bien se habia reido, todavía ocupando el lugar que ocupaba en Francia, le parecia justo no disimular, sino hacer una muy grande demostracion, y que habia resuelto que se prendiesen cuatro destos católicos, y que le pedia viniese en ello. D. Diego de Ibarra le respondió que dijese al duque de Umena que otras muchas veces le habia suplicado que si le queria dar parte de algo que importase fuese á tiempo que con su parecer le pudiese ser de algun servicio y provecho, y no cuando ya tenia resueltas las cosas, porque una hora ó poco despues que se le daba parte dellas se sabrian de cualquiera persona ordinaria de París, y que no podia imaginar ni creer que gente de tan buena intencion, como los católicos, y tan celosos del servicio de Dios y aficionados á su Excelencia y á toda su casa, intentasen nada contra ella; que mirase con cuidado no fuesen los que le movian á esto y á lo que habia hecho, personas que quisiesen vengar sus enemistades y ponerse en mejor punto, para despues conseguir sus malos intentos, y que este negocio le habia dado siempre mucho cuidado, por parecerle pernicioso para los que se esperaban, y que podria venir á ser destruccion dellos, y tomar las armas en París los unos contra los otros; y por esto habia D. Diego hecho no oficio de Ministro y criado del Rey, nuestro señor, dándole su parecer en lo que quisiese valerse dél, pero rogándole y suplicándole, como pudiera cualquier persona particular, que disimulase y perdonase excesos de gente bien intencionada, pero ignorante, haciéndose sordo y ciego, como lo suelen hacer Príncipes y grandes Reyes, para poner paz y sosiego en sus súbditos, y

que en esta misma conformidad habia hablado la noche ántes al presidente Janin, y quedado muy contento de haber entendido dél que su Excelencia queria hacer la absolucion que aquellos católicos pedian y establecerles una cámara ardiente y dejarles los Magistrados llenos y compuestos de buenos ministros, y llevarse consigo tres ó cuatro dellos para emplearlos y acomodarlos fuera de París, y por algun tiempo, donde entendiese era dañosa su presencia; y que esto le parecia á D. Diego muy diferente negocio, y que temia que el fin dél no hiciese salir la resolucion del duque de Umena tan acertada como juzgaba que lo era; y que le tenia por Príncipe bueno y prudente, y que así daria cuenta de sus acciones á Dios principalmente, al Pontífice y al Rey, nuestro señor, como los dos solos protectores que habian tenido la causa de su Excelencia y toda su casa, y que D. Diego de Ibarra la daria al Rey, nuestro señor, de lo que habia procurado y de lo poco que pudo en aquel negocio tan grave; y que estaba cierto que siempre se tendria por bien servido de su buen celo y voluntad.

Y como tan larga respuesta como la que dió D. Diego de Ibarra á Monsieur de Bolin, que pudiera ser que no fuera con la puntualidad que era necesario, ó por no haberla entendido bien, trocara las razones ó parte de ellas, le pareció escribírselas al duque de Umena (como lo hizo) y no írselo á decir, por excusarle las ocupaciones que con él en estas cosas tenia, y por no embarazarle siempre que las trataba con los que se aconsejaba y procuraba no entrar á verle, porque luégo cesaban las pláticas y mudaba otras, aunque no se lo dió por queja, pues de ninguna manera la tenia, se lo escribió, pareciéndole le hacia alguń servicio, si no era cuando le enviase á llamar ó que le era fuerza tratar con él otros negocios diferentes; pero aseguróle de que la opinion general que corria en todos los desinteresados, naturales de París y extranjeros, era de lo que se hacia fuese ocasion para que el partido católico quedase tan opreso y abatido que los políticos de París podrian á su salvo disponer de ellos siempre que quisieran y la ocasion con el tiempo se les ofreciese.

Otro dia siguiente, que fué á los 5 de Diciembre, hizo el duque de Umena en París poner en escuadron toda la caballería que habia llevado consigo, y ocupar las bocas de las calles con la infantería francesa y alguna de los cuarteles de la villa; procedió esta resolucion de lo que habia pasado con D. Diego de Ibarra, y de un papel que el duque de Umena le habia escrito con el gobernador de París; y desde aquella hora, que fué muy de mañana, hasta medio dia, estuvo toda esta gente de guerra en arma en las plazas y puestos más importantes, y todo era contra los pobres católicos que quisiesen moverse ó intentar alguna defensa; y el Duque en persona, acompañado de los nobles, que le seguian á caballo, iba recorriendo los lugares y cuerpos de guardia que habian ocupado los soldados, con demasiada solicitud y cuidado, nacido de un encendido ódio mal considerado y peor parecido.

Los soldados de la guarnicion del Rey, nuestro señor, que habia en París, se estuvieron en sus alojamientos y cuarteles sin tomar las armas; y en este medio fué Monsieur de Betri con sus soldados á casa del Castellano de la Bastilla, y no hallándole, porque ya se habia ausentado, mataron á dos ó tres criados suyos que hallaron; y puestas las pistolas en los pechos de su mujer é hijo, les hicieron decir dónde estaba el dinero; el cual y todo cuanto habia en su casa se lo llevaron, y otros prendieron á cuatro de los del Consejo de diez y seis, los más aprobados y que más muestras en servicio de Dios y aumento de nuestra fe católica habian dado en muchas ocasiones, y en ser muy aficionados al servicio del Rey, nuestro señor, y que en el principio de estas guerras y diferencias fueron los primeros que tomaron las armas por la parte de Monsieur de Guisa, hermano del duque de Umena, padre del que hoy vive, y el que se escapó de la prision, y uno de ellos á quien en el dia le llaman el de las barricadas; la Reina madre le envió á ofrecer con Antonio de Escobar (que en este tiempo se hallaba en París) seis mil escudos y dos oficios perpetuos para él y su hijo porque dejase las armas, y él respondió que las habia tomado y tendria hasta la muerte por el servicio de Dios y la

libertad de su patria, y contra un Rey herético y tirano. Lleváronlos á la casa y palacio de Louvre, que es el del Rey, y en la de Madama de Mompensier detuvieron á otros tres ó cuatro del mismo Consejo, y entre ellos á Bujer, muy gran teólogo y predicador: dentro de dos horas ahorcaron en el palacio del Rey (lugar donde jamás se habia hecho ninguna justicia, y más á católicos) á los cuatro primeros que allí llevaron, estando presentes Monsieur de Vademont, Basompier y otros muchos caballeros: á los otros los dejaron volver á sus casas.

Los católicos y otras gentes bien intencionadas quedaron tan atemorizados como se deja entender, y los políticos con tantas alas y bríos que no cabian de contento, y se deja juzgar la intencion con que el duque de Umena mandó hacer semejante castigo en católicos, siéndolo él cabeza de ellos, pues no ménos era que General de la Liga de todos los de Francia, y quien habia merecido este famoso nombre, parecia más que inhumanidad, segun se platicaba, y lo que por recibido fué, era haberle puesto al duque de Umena en la autoridad y cargos que tenia los mismos á quien habia hecho dar la muerte; porque al principio de estas guerras, todo el Consejo de diez y seis fueron los que le eligieron por cabeza de la Union católica; y aunque esta justicia y otras cosas hizo el de Umena contra la voluntad de D. Diego de Ibarra y de su buen parecer y de otros pocos que le ayudaban, le pareció no darse por entendido de este admirable caso, ni habló más al Duque en ello, ni en otras que se le pareciesen; pero él que echó de ver (aunque con algun sentimiento) era D. Diego de Ibarra persona de importancia y que representaba la del Rey católico, no obstante que por sí merecia lo que otra, por de grande estimacion que fuese, que no le habia dejado tan sabroso como era razon en lo que por lo pasado se habia ofrecido, procuró darle alguna satisfaccion con decirle que importó mucho lo que se habia hecho, porque la gente principal de París, no viendo que se castigaba el exceso que los dias pasados habian cometido, con la muerte del presidente Brison, los del Consejo de diez y seis se saldrian de la villa, que quedaba en su poder, y que asimismo toda la no-

bleza del reino se habria desdeñado, y, por ventura, dejado de seguirle, y él quedado sin la autoridad que le convenia conservar en el cargo y estado que ocupaba. D. Diego de Ibarra le oyó con mucha cortesía, satisfaciendo á sus quejas con razones tan contrarias á las que le habia dicho, que á ninguna persona, por apasionada que fuese, de los que al Duque seguian, podia parecer bien lo que habia hecho é iba haciendo cada dia; pero ¿quién era bastante á un juez poderoso y apasionado? y demás que habia mandado que no hubiese Consejo de diez y seis, ni se juntasen de ninguna manera, con pena de muerte, siendo estos hombres los que muchas veces con su fe y vigilancia habian descubierto y remediado algunas traiciones que se hubieran ejecutado, y procuraba sacar de París diez ó doce de los que habian quedado de esta compañía, los más útiles y enteros, y entre ellos á Bujer.

Todas estas cosas habian escandalizado tanto á los católicos de la Sorbona, que con ser el Adviento, cesaron los sermones de todo punto en París, y estaban tan opresos y abatidos, cuanto animados y briosos los del otro bando; y si bien el de Umena habia satisfecho á D. Diego de Ibarra de su intencion y de querer sacar la guarnicion que el Rey católico tenia en París, como lo daban á entender algunas personas y sus secuaces, la verdad era que habia entrado en ella dos regimientos de franceses más de los que estaban, y procuró que quedasen algunos pocos alemanes que habia llevado de la villa de Sanson, y habiéndole de costar esto tanto dinero, parece que lo debia de hacer para que la gente del Rey, nuestro señor, no pudiese más de lo que el gobernador de París quisiese. La intencion que en esto tenia el de Umena no se podia juzgar con certeza, ninguna cosa mala; ántes siempre se tenia por buena; pero podíase creer que lo que hacia era querer que por sola su mano tuviese efecto todo lo que el Rey católico pretendia de Francia, para vendérselo lo más caro que pudiese, uniéndose, por no poder hacer otra cosa, con todos los demas señores de la nobleza para tambien venir en su utilidad é interes, y este era el menor juicio que se podia hacer en estas cosas, pues era evi-

dencia que él el primero y toda la nobleza de Francia no sustentaban las armas contra el Bearnés por el mero celo del servicio de Dios y la conservacion de su religion, ni vinieran en cumplir la voluntad del Rey, nuestro señor, por sólo éste; el verdadero remedio que tenian para asegurar la fe en el reino de Francia, sino por designios particulares de su grandeza é interes, y así cada uno que podia procuraba sacar sustancia de las entrañas de España para su provecho; y, por el contrario, la gente católica de París y de otros lugares de aquel reino tenian tanta devocion al Rey católico, no por ser aficionados ni por los beneficios que esperaban, ni por oficios que se hubiesen hecho para inducirlos á tal intento, sino porque siendo buenos católicos conocian claramente que no habia otro medio para serlo y poder vivir con justicia, libres de las tiranías de sus naturales, sino seguir y obedecer la voluntad del Rey, nuestro señor, y se creia que algunas personas con quien comunicaban este deseo, y entre ellas el padre fray Mateo de Aguirre, de la órden de San Francisco, ya nombrado en estos escritos, no se hubieron tan cuerdamente como fuera razon en guardarles secreto de él, y aconsejarles que lo disimulasen y guardasen para su tiempo el mostrarse, no ofreciéndose á ayudar y otras cosas que los hacian precipitar, y el verdadero daño de todo habia procedido de entrar en Francia tan tarde las armas y fuerzas del Rey católico, y haber sido estas tanto ménos de lo que se habia propuesto, y los buenos efectos que se podian esperar era tener en Francia el brazo español más fuerte que en otras partes; y de no parecérselo así al duque de Umena y á los demas nobles de Francia nacia el haberse atrevido.

Don Diego de Ibarra deseaba mucho en este medio sacar de París al duque de Umena, así por no dar lugar que el mal que se iba engendrando no causase otro mayor, y por hallarse más cerca de la frontera de Flandes á recibir á Alexandro, que ya se tenia nueva muy cierta habia vuelto de despachar los Embajadores de la pacificacion de las Islas, y se entendió habria ya llegado á la villa de Guisa. En fin, á costa del mucho trabajo y solicitud de D. Diego de Ibarra, llegó el tiempo de poder

lograr su deseo; y así partieron el duque de Umena y él de la villa de París, y llegaron á la de Sanson á los 13 de éste, y otro dia siguiente le envió el Duque á decir que se viesen por la mañana, que tenia un despacho de Alexandro, y que si le queria escribir lo hiciese, porque le enviaba un Gentil-hombre ó caballero de su Casa, porque habia entendido que era ya llegado á la villa de Guisa, situada en la provincia de Picardía.

Don Diego de Ibarra se alegró tanto de esta nueva y de saber que Alexandro estuviese en Francia, que no pudo disimular el contento, y fué en persona á darle las gracias por el aviso y parabien de la llegada. Villaderoy se supo en este tiempo que habia partido de París, y queriendo saber á qué, se lo preguntó D. Diego al duque de Umena. Respondióle que habia ido á Pontuesa á ver á su padre, ó allí cerca, mas lo cierto no fué otra cosa que irse á ver con el Bearnés. Antes que el duque de Umena se partiera para la villa de Lans, se supo por cosa cierta que hubo allí una gran junta, en la cual se apuntó y puso por escrito que el duque de Lorena, el de Guisa y el de Umena estuviesen unidos y conformes en todo cuanto se tratase, y que al que de ellos inclinase el Rey católico ó á cosa suya para la corona de Francia, los dos hubiesen de pasar por ello y prestarle la obediencia, y ninguno de los tres venir ni consentir en otra cosa, aunque se propusiera en nombre del Rey, nuestro señor. Esto juraron, prometieron y firmaron el de Umena y Monsieur de Vademont, hijo del duque de Lorena, en nombre de su padre; pero el de Guisa dijo que lo habia de comunicar con su madre ántes de firmarlo. No se supo si despues de haberse visto con ella lo hizo; y esta confederacion venia muy mal con lo que el duque de Umena habia prometido al Rey católico.

No se descuidaba en este medio el Bearnés en la empresa de Roam, que demás de darle priesa la reina de Inglaterra, deseaba acabarla, hizo sacar toda su caballería de las guarniciones, porque como tenia ya por cierto que Alexandro se acercaba y que habia de socorrer á Roam, al cual apretaba cuanto podia, si bien en este tiempo no le habia abierto trincheas ni

batería, por no hallarse empeñado en el sitio hasta ver el designio que llevaba el ejército español y hallarse desembarazado para acudir á lo que más presto se le ofreciese. Desde los 8 de Diciembre habia estado Alexandro en la villa de Landresi aguardando al duque de Umena, para que habiéndose arrimado con el ejército á la frontera, por aquella parte se pudiese juntar con el que llevaba Alexandro sin embarazo alguno.

El artillería y municiones que en aquella ocasion no eran necesarias, habia ya Alexandro enviado á la villa de la Fera (plaza importante en Francia) como quedó acordado, y entrado en ella cuatrocientos soldados de guarnicion del ejército del Rey, su tio; con esto y la voluntad que mostró el Senescal de Montelimar, que era Gobernador por el duque de Umena de aquella villa, para que asistiese en cuanto fuera necesario del servicio del Rey, nuestro señor, y áun si conviniera ofrecerle aquella plaza (como se habia tratado); y porque ya el Bearnés se hallaba empeñado y las cosas apretaban de manera que obligaron á que el de Umena se juntase con Alexandro para tratar del socorro de Roam y de las pretensiones que tenia para sí y su gente de guerra, instaba en esto D. Diego de Ibarra, y para que viéndose juntos saber de raíz la voluntad del Rey católico en el asiento de las cosas de Francia y proponer al de Umena los medios que le pareciese pudiera haber para efectuarlas y sacar en limpio las comodidades que se le habian de hacer; y como materia ventilada entre él y los duques de Lorena y Guisa y otros particulares, sus aficionados y consejeros, se llegase á poner por escrito todo esto para más seguridad de su cumplimiento, lo cual habia recogido D. Diego de Ibarra de las pláticas que tuvo con el duque de Umena; y llegados á la villa de Lans para referir esto á boca de Alexandro y lo demas que se ofreció en París, y en el tiempo que habia estado en Francia de los humores que penetró y conocia de los franceses, le pareció á D. Diego adelantarse (como lo hizo); y en llegando á la villa de Landresi lo refirió todo en presencia de Juan Bautista de Tassis á Alexandro, y le dijo cuán necesario era reforzar con mucha brevedad la guarnicion que Alexan-

dro tenia en París, porque estaba de manera que los políticos de aquella villa y el presidio francés que tenia el duque de Umena oprimian los católicos, y que podrian en alguna otra ocasion de revuelta como la pasada entregar á París al Bearnés, y asimismo le parecia que se enviase guarnicion á la villa de Orliens, pues la pedian y mostraban la misma buena devocion al servicio del Rey, nuestro señor, los católicos que en ella habia; que los de París ya estaban con el mismo recelo de que los políticos no les hiciesen algun tiro, ayudados de los mismos Consejeros que hicieron el daño á los otros. Tambien pidió Don Diego á Alexandro hiciese en el primer alojamiento de Francia el alto que le pareciese para encaminar todo lo anejo al ejército, y que los franceses cobrasen nuevas esperanzas del socorro de Roam y de todos los demas bienes que de las armas españolas se podian esperar, y con sólo ver dentro, en Francia, á Alexandro, y que para los Ministros que el Pontífice tenia en ella y para la de Roma seria tambien de mucha importancia. Deseaba D. Diego de Ibarra ver ya todo el ejército español y las fuerzas de la Liga de Francia juntas para que se tomara muestra, y del dinero que llevaba Alexandro dar una paga á la gente del Rey, nuestro señor, y al duque de Umena lo que le tocaba, conforme el órden que habia para poder enviar el número á España, y lo que resolviese Alexandro de emprender con la gente; y aunque todas estas materias habia tratado con él, quisiera D. Diego se adelgazaran más ántes que se juntasen con el duque de Umena.

El duque de Montemarchano tuvo en este medio órden del Pontífice de despedir su ejército y que se quedase con sólo mil caballos, si Alexandro no hubiese entrado en Francia para los 10 de Noviembre, y que si lo fuese lo sustentase, y que le proveeria para ello de cincuenta mil escudos al mes; dió aviso de esto á Alexandro, y que por ser tan preciso este órden le era forzoso cumplirlo. Respondióle que bien podia hacer cuenta estaba dentro de Francia, pues no habia más de una legua desde Landresi (adonde se hallaba al presente) hasta la raya, y que el detenerse allí ya no corria por su cuenta, sino por la

del duque de Umena, pues á él sólo para juntarse aguardaba; y que para hallarse más desocupado envió delante todos los pertrechos del artillería y demas embarazos del ejército (que no eran pocos ni pequeña máquina), y que obedecer en lo que decia al Pontífice era no entender bien su órden, deservirle mucho y ser causa del último daño que en las cosas de Francia se podia esperar.

Los Nuncios que se hallaron en la villa de Guisa escribieron á Alexandro en la misma conformidad que Montemarchano. D. Diego de Ibarra le fué á hablar y le dijo lo mismo que Alexandro, el cual les escribió lo propio; y no se supo por entónces la resolucion que tomaria, pues se podia esperar seria muy dañosa para los católicos de Francia si la tomara en despedir su ejército, pues les parecia poco duradero, y al Bearnés darle más esperanzas en su pretension. D. Diego de Ibarra que antevia el notable daño que de estas novedades podia resultar, como buen tercero, acudia con gran vigilancia á acomodarlo todo, instando con el duque de Montemarchano en cuanto le era posible para que, pues veia las cosas tan adelante y como las podia desear, no tomase tal resolucion. Lo mismo procuraba Juan Bautista de Tassis con su experiencia y mucha discrecion, ayudando á D. Diego para que no pasase adelante con semejante determinacion, que seria de muy gran inconveniente si el duque de Montemarchano no desistia de ella, y cuando no pudiesen, se habian resuelto á decirle á Alexandro se quedase á sueldo del Rey, nuestro señor, el ejército del Pontífice, si bien no estaba muy llano quisiesen hacerlo los esguízaros, que eran los mejores y de mayor número de soldados que tenia.

Para que con más veras se cumpliese en Francia su voluntad, remitió el Rey católico á D. Diego de Ibarra, como ántes lo habia hecho ya á Juan Bautista de Tassis, que ayudasen á Alexandro en proseguir su intento, de suerte que se consiguiese su servicio y cumpliese su deseo; pero como las fuerzas españolas habian entrado muy tarde en Francia, y no eran tantas como fuera necesario, se iba con más tiento en tratar y disponer las cosas que conviniera resolverse por fuerza de armas; y

como los mal intencionados habian tenido tanto tiempo y ocasiones para labrar en la blandura del duque de Umena, tenian por junta la materia ménos dispuesta para poder formar de ella lo que se deseaba; y se pudiera tener esperanza de salir con ello, si todos los que por parte del Rey católico lo procuraran, ayudándose y correspondiéndose como era razon Alexandro y el duque de Montemarchano, de quien se podia temer la desconformidad; y miéntras la fuerza de las armas no anduviera con más calor al paso y tan á tiempo como era necesario para la negociacion, no pudiera dejar de pasarse en ella lo que en lo otro faltara.

Para tratar estas materias eligió el Rey, nuestro señor, al duque de Feria, que aunque tenia las partes y requisitos necesarios, no habian faltado en Francia hasta entónces personas que las manejasen y diesen la buena cuenta que se podia desear, si lo que por órden del Rey católico se habia respondido en España al presidente Janin, y dado por escrito para que no lo torciera, como lo hizo, se le hubiera enviado copia á D. Diego de Ibarra, fácilmente le probara lo contrario de lo que él y su amo pretendian. Janin dijo que habia arrojado los despachos por miedo de los enemigos, segun dió á entender, y por esto no quiso dar por escrito la respuesta de lo que le habian dicho en España. Como la recibió D. Diego de Ibarra, dijo á Alexandro que fuera bien enviarle la copia que él tenia para que el duque de Umena viese lo que se le respondia, y en lo que él vino y consintió, y tambien para que, pues no se innovaba nada en lo de la distribucion del dinero, de lo que allá estaba no le parecia novedad, como hasta allí habia dicho lo era.

D. Diego hacia estos oficios y lo acordaba á Alexandro para que en todo se cumpliese la voluntad del Rey, nuestro señor, el cual envió á D. Diego una carta para que se la diese al duque de Montemarchano, llena de favores y mercedes; pero quisiera ántes de dársela que hubiera enmendado el yerro que habia hecho en intentar de despedir el ejército del Pontífice, que áun en este tiempo no habia desistido de su propósito.

Llegó la hora tan deseada de juntarse Alexandro y el duque de Umena con los tres ejércitos. Sus personas se vieron en la villa de Guisa, donde se hicieron regocijados recibimientos y muchos agasajos y cortesías; y porque no estuvieron allí más de la noche que llegaron y parte de la mañana siguiente, no se trató nada en materia de negocios de Estado y Guerra hasta que llegaron á la villa de la Fera. Allí apuntaron que por parte del duque de Umena se juntase con el presidente Richardote y Don Diego de Ibarra, el presidente Janin para tratar abiertamente de la intencion del Rey, nuestro señor, en los negocios de Francia; y despues de ya juntos, le propusieron el particular de la Serenísima Sra. Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, infanta de España, su hija, que, como ya he escrito, casó con el archiduque Alberto, que hoy viven y son señores de los Estados de Flandes en el primer grado, lo cual no ignoraba el presidente Janin, y respondió que era de opinion que se podria salir con ello, y que por aquella vez se rompiese la Ley Sálica, con condicion que dentro de un año hubiese de casarse, con parecer de los Príncipes y Oficiales de la Corona y Estado de Francia, y que para esto era menester tratar particularmente con los duques de Lorena, Guisa, Nemurs y Mercurio, y con otros Príncipes y caballeros, Gobernadores y Castellanos de plazas, de satisfacerles y recompensarles en las cosas de Francia, y con algunos dineros de presente para conservar por esta vía los que seguian el partido católico y tratar de retirar del Bearnés algunos nobles, y que se declarase y asegurarse desde luégo qué asistencia le daria el Rey católico á la Sra. Infanta, su hija, siendo ya Reina, para las cosas de Francia; pues si no era una muy grande, que en dos años se consumian siete ú ocho millones, no se podria librar del trabajo presente, sin tratar de la Junta de los Estados, y no de lo que podrian en estas materias; y habiéndole replicado á su respuesta todo lo que pareció que convenia, particularmente á la condicion que ponia en lo de la Sra. Infanta, si bien esto convenia remitirlo siempre á la voluntad del Rey, su padre, y la certeza que debia tener el reino de Francia de su asistencia y ayuda, recibiéndola por su

Reina; y pues hasta allí, sin tener en él prenda tan grande como ella, con sólo el celo del servicio de Dios y de la conservacion de su santa fe en los católicos, habia gastado tantos millones.

Dijéronle tambien D. Diego de Ibarra y el presidente Richardote que parecia conveniente se acabasen de juntar los Estados, pues hasta allí se les habia echado culpa á los Ministros del Rey, nuestro señor, de que se diferian, y con su asistencia y ayuda se resolviese lo que S. M. C. deseaba. A esto respondió Janin que lo de los Estados era accesorio á lo que se concertase con los Príncipes y nobleza de Francia, y sólo habian de servir de color para legitimar lo que se apuntase, pues se componian de personas que hablasen por la voluntad del duque de Umena, y no saliesen de ella. De esto coligió D. Diego de Ibarra claramente tener intencion de ser solos en este caso los Príncipes y la nobleza para sacar mayor interes del Rey, nuestro señor; y con diferir la Junta de los Estados, alargar más el duque de Umena la autoridad y dominio en que se hallaba, de que no habia duda ninguna, sino que sentia mucho descarnarse de su potencia y autoridad, aunque parece contradecia á esto la priesa que siempre habia dado se viniese á la eleccion de un Rey, y lo que tenia asegurado, jurado y protestado tantas veces de su buen deseo al servicio del Rey católico, todavía afirmaba D. Diego de Ibarra, en que era esto lo más cierto, y por entónces se podia penetrar de su intencion, y así se lo habia dicho á Alexandro, y que instase con el de Umena en que juntase los Estados; pero como era el que los habia de llamar, podria en esto lo que quisiese; y para venir á ello procuraba D. Diego, con su buena maña, diligencia y cuidado, proseguir en que se consiguiese el servicio del Rey, nuestro señor.

Despues de esta junta hubo otra con Alexandro, del duque de Umena, el presidente Janin, Richardote y D. Diego de Ibarra sobre la misma materia, sin que se sacase más luz que haber representado el de Umena ser difícil lo que se pretendia de parte del Rey católico, y el medio para facilitar lo principal, demás de su buena voluntad y lo que por su parte ayudaria,

tener mucho dinero para ganar las de los que habian de concurrir en ello y recompensar y satisfacer á los Príncipes y nobleza.

A esto se le respondió que propusiera lo que le pareciese se podria hacer con cada uno, que lo que fuera justo y puesto en razon, habria dinero harto, y que en lo que pudiera resolverse Alexandro, sin consultarlo con el Rey, su tio, lo haria con tanta diligencia que muy á tiempo se supiese su voluntad en lo que se pretendia, y que seria á propósito dar priesa á la Junta de los Estados para que todo se fuese haciendo sin perder tiempo.

A esto salió con la misma tibieza que Janin, y fué de parecer que Alexandro juntase delante de él al duque de Guisa, al conde de Vademont, hijo del duque de Lorena, y al conde de Saleguis, que eran los Príncipes de la Casa de Lorena, que se hallaban en este tiempo en Francia, y que se dijese la intencion del Rey católico de que se viniese á la eleccion de uno que lo fuese, y que se mirase en los derechos de la Serenísima Infanta, su hija, tan claros á toda la Corona, anulando por esta vez la Ley Sálica y las muchas y grandes obligaciones que los católicos de Francia tenian al Rey, su padre.

Alexandro, como tan prudente Príncipe y deseoso del aumento de España, se dió tan buena priesa, aunque con dificultad, que juntó en la villa de la Fera al duque de Umena, al presidente Janin, á el de Guisa y Vademont, en presencia de D. Diego de Ibarra, y por buen término y maduro semblante les dijo lo mismo que he referido en el suceso pasado y las obligaciones tan grandes que tenian los franceses nobles á S. M. C., y particularmente toda la Casa de Lorena, remitiéndose á lo que más por menudo trataria con ellos el duque de Umena; el cual respondió que él sabia tenian muy buena voluntad aquellos Príncipes de seguir la del Rey católico, y que él les daria más luz de ella y se irian desmenuzando las materias y les haria capazes de todo. Ellos no respondieron nada; y aunque despues Alexandro y D. Diego de Ibarra volvieron á hablar al duque de Umena y á Janin sobre que se diese priesa á la Junta de los Estados, no salian á ello, ántes bien, con más tibieza de lo que se pensó,

daban algunas excusas bien sin sustancia, ni tampoco apretaban en lo que se les habia propuesto en la negociacion, y desta larga y otras señales, entre algunos de los mismos franceses habia opinion que el duque de Umena no estaba fuera de concertarse con el Bearnés, y que atendia á esto, y que quedó á ello Monsiur de Villaderoy cuando D. Diego y el de Umena salieron de París; pero no se dió de todo punto crédito á esto, si bien se podian escandalizar de ver los celos que tenia de las personas que negociaban con Alexandro, aficionados al Rey, nuestro señor, y estaba tan vivo en el interes, que siempre le preferia á todo lo demas; y en cuantas juntas tenia con Alexandro, en lo que más instaba y debatia era en los cien mil escudos que pretendia se le diesen cada mes, y no por la forma que el Rey católico mandaba, sino á libre disposicion suya; y ántes de esto, viendo que no lo querian entender como Janin lo pidió en España, y el Rey, nuestro señor, mandó se apuntase con él y se le diese por escrito para que más puntualmente declarase la intencion del Rey, nuestro señor, al de Umena, la habia arrojado en el rio de miedo de los enemigos, hallándose en Flandes entre las villas de Nimega y Roremunda; y por esto dijo D. Diego de Ibarra á Alexandro que le parecia se le diese una copia de ello, y habiéndose hecho así, no hubo remedio que se concertase que aquel dinero sirviese sólo para la paga de la gente de guerra que trujese en su ejército, como era justo, pues para otras cosas bastaban los diez mil escudos que el Rey, nuestro señor, le mandó dar, diciendo que la gente que tenia de guarnicion en las villas y plazas, y deudas hechas por causas concernientes á la guerra, debian ser satisfechas, pues de otra manera perdiera su crédito y reputacion, y se inhabilitara para servir al Rey católico tan bien como lo deseaba; y todo esto con hartas exageraciones; á que Alexandro respondió no podia salir de la órden del Rey, su tio, tanto más siendo tan justa y considerada y tan en beneficio de lo que se pretendia, pues del sustento y paga de la gente de guerra procedian todos los buenos efectos que se podian desear; y así se le dió luégo una paga á su caballería, que serian, segun él afirmaba, juntamente con la del duque de

Guisa y la de Monsieur de la Jatre, y la que tenia el hijo del duque de Lorena, mil y quinientos caballos; y otra paga á sus vituallas y artillería, reservando lo que tocaba á la infantería, que era poca, para cuando acabase de tener junta la demas caballería que esperaba por no haber de presente dinero para más; y habia importado este pagamento treinta y dos mil escudos, poco más ó ménos; y en lo que tocaba al número de la gente se pasó por la relacion que él mismo hizo y por las muestras que tomaban sus Oficiales; y despues de hecho un tanteo, compañía por compañía, de lo que montaba su paga, y de las demas cosas que se pensaba satisfacer, se entregó la suma por junto de lo que importaba á su Tesorero, no siguiéndose en esto la órden del Rey, nuestro señor; aún no estaba contento y satisfecho, persuadiéndose que se le agraviaba en no darle en su mano el dinero para distribuirlo como quisiera; y lo hizo últimamente de cien mil escudos que le mandó dar Alexandro en la villa de Landresi, y de ellos no dió nada á la gente de guerra, si no es que pagase deudas viejas, una de las cuales fué de veinticinco mil escudos que gastó en la jornada y ruidos de París, de donde por entónces no se habia tenido ninguna nueva; despues que salió D. Diego de Ibarra por el cuidado de que habia de coger las cartas, y no dejaba todavía de creer el duque de Umena que las demostraciones que aquella villa hizo de desear el servicio del Rey católico, y el yerro tan grande de hacer justicia de su mano de aquel Presidente y Consejeros, hubiese procedido de diligencias de algun ministro del Rey, nuestro señor, en la seguridad de aquella villa y de la de Orliens; y como no estaban las fuerzas españolas para desabrigarse, por no ser tantas como se habia propuesto, no se podia acudir al socorro de Roam como fuera razon, si bien era más que forzoso y no de ménos importancia el de estas dos villas.

Entre el duque de Umena y su sobrino, el de Guisa, habia muy poca conformidad, y tenia el tio muy grandes celos; y aunque hacia D. Diego de Ibarra de su parte cuanto podia en persuadirles á buena inteligencia, no habia sido posible salir con ello; y si fuera verdad, como se creia, que el de Umena no

procedia con la verdad y llaneza que ántes, le parecia á Don Diego que no era malo sustentarle el contrapeso de su sobrino; y como Alexandro veia su mucha necesidad, le mandó dar en este tiempo seis mil escudos, y pocos dias ántes otros cuatro; y aunque estos gastos eran excesivos y los franceses insaciables, era forzoso pasar por ello, y lo era dar á aquellos Príncipes y á la nobleza algunas sumas para que viniesen por este medio á conseguir lo que se pretendia; y para ganarles la voluntad no habia otra diligencia más eficaz que ésta; y con este acuerdo escribió Alexandro y D. Diego de Ibarra al Rey, nuestro señor, para que viniese en ello, señalando alguna suma grande de dinero para este efecto. Héme detenido más de lo que quisiera en escribir los sucesos de este año en Francia, que por no cortarles el hilo he dejado correr la pluma, aunque con proligidad; y porque me dan priesa los de Flandes, habiéndolos dejado olvidar tanto, escribiré los que en el año siguiente de 1592 se ofrecieron, y en ellos y los demas que hubo en Francia, daré fin á todos los que he prometido.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1592.

SUMARIO.

Inútil venida de Francisco Verdugo á la villa de Bruselas desde Frisa.—Francisco Verdugo va á Cleves á dar el pésame de la muerte del Duque y á defender la villa de Mastriq por órden del conde Mansfelt.—El conde Mauricio da una escalada á la villa de Mastriq.—Francisco Verdugo deja el Gobierno de Mastriq y se va á Güeldres.—El conde Mauricio se retira de Mastriq sin tener efecto la escalada que le dió.—Pretensiones del duque de Guisa en España.—El obispo de Plasencia, Legado del Pontífice en Francia y los oficios que tenia.—Instancia de D. Diego de Ibarra.—Inteligencias de Alexandro.—Pocas fuerzas del ejército español y pocas fuerzas del Rey católico, y el estado que tenian en Francia sus negociaciones.—Gastos del Rey católico.—Lo que el Pontífice escribió al duque de Montemarchano.—Diligencias de D. Diego de Ibarra con el duque de Montemarchano.—Por qué causas se deshacia el ejército católico.—Lo que D. Diego de Ibarra informó sobre la prision de las duquesas de Longavila.—Junta que tuvo Don Diego de Ibarra con Janin y Monsieur de la Jatre.—Lo que los franceses de la Liga católica proponian en la eleccion de la señora infanta de España.—Los Ministros del Rey católico no responden á las proposiciones de los franceses sin licencia de Alexandro.—Instancia de D. Diego de Ibarra.—Instancia de los franceses católicos y priesa que dan á sus negocios.—Proposicion discreta de Don Diego de Ibarra.—Respuesta de los franceses á la proposicion de D. Diego de Ibarra.—Gastos del Rey católico con los franceses de la Liga.—Lo que por parte del Rey católico se les prometió á los franceses de la Liga.—Por qué se llamó la Reina, nuestra señora, Doña Isabel de la Paz.—Derechos que la señora infanta de España, Doña Clara Eugenia de Austria, tiene á la corona de Francia.—Derechos del Rey, nuestro señor, al Ducado de Borgoña —Derechos de Provenza.—Derechos de Bretaña al Rey, nuestro señor.—Normandía.—Jampaña.—Ducado de Tolosa.—Ducado de Borbon.—Alexandro marcha con todo el ejército católico á socorrer á Roam.—Causas por que se deshacia el ejército de Alexandro.—Ausencia del duque de Umena del ejército y diligencias de Don Diego de Ibarra.—El duque de Umena da libertad á la duquesa de Longavila y á su suegra.—Lo que Alexandro dijo por la soltura de la duquesa de Longavila.—Excusas del duque de Umena.—Siente Alexandro y D. Diego de Ibarra la soltura de las prisioneras sin órden del Rey católico.—Sospechas que se tuvieron de los franceses de la Liga, y por qué causas.—Rindese á Alexandro el castillo de Famesen.—Alexandro con su ejército va

sobre el Bearnés.—La caballería del Bearnés en escuadron.—Alexandro ciñe sus escuadrones con los carros de su ejército.—Resolucion del Bearnés mal considerada.—Escaramuza la gente de Alexandro con la del Bearnés.—El Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva se señala en la escaramuza.—El Bearnés se retira desordenadamente con mucha pérdida.—Matáronle el caballo á Monsieur de Gebri, General de la caballería del Bearnés.—Los españoles ganan y saquean el alojamiento del Bearnés y le hacen retirar roto y herido.—El duque de Aumala llega al ejército de Alexandro con cuatrocientos caballos de socorro.—Opiniones que tuvieron algunos soldados del ejército español.—El Bearnés cierra de improviso con el cuartel del duque de Guisa, y le rompe y desbarata, ganándole su estandarte y bagaje.—Valor del Sargento mayor Vega.—Alexandro va sobre Neujatel y famosa faccion que hizo.—Monsieur de Gebri, General de la caballería del Bearnés, se rinde á Alexandro en la villa y castillo de Neujatel.—Número de los rendidos de Neujatel á merced de Alexandro.—Pendencia que tuvo el Capitan y Sargento mayor Torralva con el capitan Alonso Ruiz Fajardo.—Preeminencia del oficio de Sargento mayor de andar á caballo en cualquiera parte.—Manda Alexandro cortar la cabeza al capitan Alonso Ruiz Fajardo.—El Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva pide á Alexandro por merced la vida del capitan Alonso Ruiz Fajardo.—El capitan Fajardo se huye de la prision y su muerte.—La instancia que hacian por dinero los duques de Umena, Guisa y Umala.—Obligase Alexandro á dar satisfaccion á la gente del Pontífice.—D. Diego de Ibarra envia á el Rey católico una carta del Mariscal de Aumont.—Alexandro marcha sin bagaje á socorrer á Roam.—Determina Alexandro dar la batalla al Bearnés.—Daño que hizo Monsieur de Villers al ejército del Bearnés en una salida con ayuda de los españoles que habia en Roam.—No quiere el duque de Umena que Alexandro dé la batalla al Bearnés.—Alexandro retira su ejército á Neujatel.—Causa de detenerse las negociaciones del Rey católico en Francia.—Malos oficios del duque de Montemarchano y constancia del Pontífice en socorrer la Liga de Francia.—Falsas relaciones de Matuche.—El duque de Sesa, embajador en Roma, contradice las siniestras informaciones de Matuche.—Injustas quejas del duque de Montemarchano.—Resolucion del Pontífice en socorrer la Liga católica de Francia.—Designios de Alexandro y ardid que tuvo en socorrer á Roam.—Pareceres que hubo sobre la retirada de Roam.—Por el rigor del tiempo se deshace el ejército español.—La caballería del Bearnés sigue la retaguardia del ejército español y cierra con los esguizaros del Pontífice y le resisten los españoles de D. Antonio de Zúñiga.—Dinero que llevó el contador, Pedro de Coloma, á Alexandro, y en quién se distribuia.—Causas por que se deshacia la gente francesa católica del ejército.—Discursos que se hacian sobre el intento y facciones del Bearnés.—Pretensiones del duque de Guisa por órden de Monsieur de la Jatre y por qué causas.—Muerte del Pontífice Inocencio IX y eleccion de Clemente VIII.—No quiere el nuevo Pontífice oir á los que trataban de la conversion del Bearnés.—Manda el Pontífice rehacer su ejército y órdenes que dió.—Instancia de Don Diego de Ibarra para la Junta de los Estados.—El duque de Umena no cumple lo que ofreció para la eleccion de la Sra. Infanta.—Determina el Bearnés dar la batalla al ejército de Alexandro, y sus Consejeros se lo contradijeron.—Asistencia y trabajos de D. Diego de Ibarra.—La caballería del Pontífice se deshace.—Los esguizaros del Pontífice se van á sus tierras por culpa del duque de Montemarchano y del Comisario general Matuche.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para conseguir el servicio del Rey católico.—El Pontífice da licencia al duque de Montemarchano con que remedia los excesos de sus Ministros.—Desea el Pontífice conservar su ejército en Francia en favor de la Liga católica.—Alexandro saca la guarnicion de Neujatel.—Buenos oficios de Don

Diego de Ibarra.—Licencia del Pontífice para que el duque de Montemarchano se vaya á Roma, con que cesaron muchos inconvenientes.—Poco recato que el capitan Francisco de Ayala tuvo en entregar la villa de Neujatel.—Lo que contenia un papel que el presidente Janin dió en una junta en nombre del duque de Umena.—Lo que el duque de Umena dijo á Alexandro sobre la pretension del Rey católico.—Puntos en que consistian las pretensiones del duque de Umena y lo que se le respondió.—El Bearnés procura con sus inteligencias deshacer las del duque de Umena y Príncipes católicos.—Ofrecimientos del Bearnés para que le admitiesen en la corona de Francia.—Respuestas que otras veces se le dieron al duque de Umena.—Por qué causa sentia D. Diego de Ibarra tratar con la condicion de los franceses.—Pretension del duque de Guisa y dineros que se le dieron de la hacienda del Rey católico.—Diligencias que se hicieron para reparar los designios del duque de Guisa y de Monsieur de la Jatre.—El conde de Brisac se inclina al servicio del Rey católico.—Pretension del duque de Nemurs y respuesta de Alexandro.—El hijo del duque de Lorena se va á los Estados de su padre y promete volver á la Junta de los Estados.—Lo que por parte del Rey católico se pretendia de los duques Mercurio y de Joyosa.—Las personas que más podian en Francia para ayudar la pretension del Rey católico y las mercedes que les habian de hacer.—Buen consejo de D. Diego de Ibarra.—Con la fuerza de las armas se conquistan y adquieren los Estados.—Levas de gente, y en qué parte, que mandó hacer Alexandro.—El duque de Umena pide dinero para sus levas de gente, y el que le libró Alexandro.—Siempre al duque de Umena le tenia el Rey católico bien pagado y quejoso.—Instancia y diligencias de Don Diego de Ibarra para la Junta de los Estados.—Los católicos de Francia sentian mucho los flacos socorros que tenian.—Lo que importaba tener bien presidiada á París con gente del Rey católico.—El duque de Umena y los demas Príncipes franceses atienden más á su propio interes que al bien general.—Lo mucho que importara entrar en Francia D. Alonso de Vargas con su ejército.—Ignorancia del vulgo mal entendido y peor considerado.—Siempre los aragoneses fueron y son muy leales á su Príncipe.—Condicion de la nacion francesa.—El Bearnés aprieta el sitio de Roam.—Alexandro va á socorrer á Roam.—Alexandro quita el socorro á sus soldados para dar á los del Pontífice.—Camino breve que abrió Alexandro para socorrer á Roam, presteza jamás vista.—Esguaza el ejército de Alexandro un brazo de mar.—Descuido de un Alférez español.—Partes que ha de tener un abanderado.—El fin que hacen los hombres aborrecidos y avergonzados.—Puesto que ocupó Alexandro con su ejército y demostracion que hizo el Bearnés de pelear con él.—Alexandro ordena su ejército y se resuelve de pelear con el Bearnés, el cual no le osa esperar y se retira del sitio de Roam.—Llega Alexandro con su ejército á la vista de Roam y el Consejo que allí tuvo.—Alexandro reconoce la villa de Caudebeque y le pone sitio.—La guarnicion francesa de Caudebeque sale á escaramuzar con los soldados de Alexandro.—Alexandro herido de un arcabuzazo en el brazo derecho.—Disimula Alexandro su herida y se retira á pié con mucho valor.—Sentimiento del ejército español por la herida de Alexandro.—El Bearnés junta sus fuerzas y va á romper las de Alexandro.—Alexandro determina esperar al Bearnés y da priesa á la empresa de Caudebeque.—El estado que tenian en Francia las negociaciones del Rey católico.—Manda Alexandro batir el armada enemiga.—Daño que recibieron los navíos enemigos.—El almirante de Francia y sus navíos se rinden á merced de Alexandro.—Batería de Caudebeque.—Ríndese Caudebeque á Alexandro y los pactos que hicieron.—Siéntese la falta de Alexandro en el ejército católico.—D. Diego de Ibarra solicita la Junta de los Estados.—Los émulos de España perturban la voluntad del Pontífice para que no socorra la Liga católica en Francia.—Lo que Alexandro y los de su Consejo

acordaron visto que el Bearnés se acercaba.—Puesto que se eligió para el ejército católico.—Causas por que los franceses no quisieron que el ejército español se acampase cerca de Havredegracia.—Segundo puesto que se eligió para el ejército católico.—El Bearnés procura necesitar de bastimentos el ejército católico.—El Bearnés con su ejército va á pelear con el de Alexandro.—Número del ejército del Bearnés.—Alexandro encarga su ejército al príncipe Ranucio, su hijo.—Buena consideracion del Bearnés.—Puesto que ocupa el Bearnés y descuido de la caballería católica.—El Bearnés mueve sus escuadrones para pelear con el ejército de Alexandro.—El príncipe Ranucio manda trabar una escaramuza y los que se señalaron y murieron en ella.—Fuerte que se hizo y para qué efecto.—Valeroso hecho del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva.—Alexandro da vista á su ejército con mucho trabajo por falta de su salud.—El príncipe Ranucio vigilante para ejecutar las órdenes de Alexandro, su padre.—Daños que el Bearnés hacia á el ejército católico y para qué efecto.—Necesidades del ejército español.—Continúase las escaramuzas de los ejércitos de Alexandro y del Bearnés.—Valor de las personas más particulares del ejército español.—Mátanle el caballo al príncipe Ranucio y el peligro en que se vió con el príncipe de Asculi.—Los franceses católicos se señalan y pelean con valor.—Los Maestres de campo D. Antonio de Zúñiga, D. Alonso de Idiaquez, Camilo Capezuca y otros Capitanes, hacen su deber con ánimo increible.—Necesidad extrema que pasa el ejército español.—Nuevas que el Bearnés hacia derramar en Francia.—El Bearnés se acerca con su ejército al de Alexandro.—Puesto que mandó ocupar el príncipe Ranucio y para qué efecto.—Qué gente y compañías fueron á ocupar el puesto.—Moscones que se vieron en el país de Caos.—El Bearnés mueve todo su ejército y va á ganar el puesto que tenian los españoles.—Reducto que el capitan Juan de Zornoza hizo levantar y para qué efecto.—Forma del trincheon y puesto que defendian los españoles.—Cierra el ejército del Bearnés con el puesto de los españoles.—Los españoles defienden el puesto con mucha gallardía.—El Bearnés gana el puesto que tenian los españoles.—Los españoles y valones desamparan sus puestos.—Algunos españoles de las compañías de Juan de Zornoza y de Hernando de Isla cierran con los escuadrones del Bearnés y los rompen y desbaratan; pero con mucho daño.—Valor de Luis Carrillo, soldado español, y de otros no ménos arriscados.—Continúase la escaramuza.—Toda la caballería del Bearnés cierra con los españoles del trincheon y los rompe y atropella.—La pica del autor vuelca de la silla á un caballero coraza y es causa de que se atropellen y caigan otros muchos.—Los franceses enemigos se apoderan del puesto y trincheon que guardaban los españoles.—Número de los españoles muertos y heridos.—Valor y piedad del alférez Alonso Marquez.—Los españoles que se señalaron en la defensa del trincheon.—El Bearnés mejora su ejército para dar la batalla al español, el cual se le representa para pelear.—La artillería católica hace daño al ejército del Bearnés.—Continúanse las escaramuzas en los ejércitos de Alexandro y del Bearnés.—Los duques de Umena y Guisa se señalan en la escaramuza.—Valor del príncipe Ranucio.—Las personas de más cuenta que se señalaron en la escaramuza.—Sale Alexandro en una media litera en hombros de sus lacayos á dar órdenes en la escaramuza.—Los españoles que se señalaron del tercio de D. Alonso de Idiaquez en la escaramuza de la tarde.—Alexandro da órden se recupere el puesto que se habia perdido.—Alexandro va á recuperar el trincheon y puesto que se habia perdido.—Los soldados del Bearnés desamparan el trincheon.—Los dos ejércitos de Alexandro y del Bearnés se retiran con la noche.—Manda Alexandro fabricar un rebellin para asegurar su retirada.—Causas que le movieron á Alexandro á retirar su ejército del Bearnés.—Los soldados de Alexandro desamparan sus banderas compelidos de

su necesidad y corrian las campañas.—El ejército de Alexandro marcha á la sorda, y alojamiento que tuvo.—El ejército del Bearnés sigue la retaguardia del de Alexandro.—Alojamiento que tuvo el ejército de Alexandro.—Falta que hizo un puente que Alexandro mandó fabricar en el rio Sena.—Pontones que Alexandro mandó fabricar para pasar su ejército el rio Sena.—Fuertes que Alexandro mandó levantar en las márgenes del rio Sena.—El Bearnés con todo su ejército acomete los cuarteles de la caballería católica.—Por la poca resistencia que hizo la caballería católica pierde parte de su bagaje.—El capitan Venero socorre la caballería católica y le matan.—Alexandro junta sus Consejeros, y lo que resuelve.—Parecer de D. Diego de Ibarra.—D. Diego Brochero, famoso Capitan y experimentado marinero.—Aprueban los demas Consejeros de Alexandro el parecer de D. Diego de Ibarra.—Alexandro pasa el rio Sena con su ejército y el bagaje va por tierra á Roam.—El Bearnés con su caballería sigue el ejército de Alexandro.—Los españoles resisten la caballería del Bearnés y la hacen retirar feamente.—El capitan Antonio Caballero de Ibarra presidió á Caudebeque.—El Bearnés sitia á Caudebeque y la bate.—El capitan D. Antonio de Ibarra rinde á Caudebeque y pactos que hizo.—Alexandro con su ejército llega á París.—El marqués del Vasto llega al ejército español.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para la Junta de los Estados.—Buena asistencia del cardenal Sega en la retirada de Roam.—Las jornadas que hizo Alexandro y por qué causa manda quemar las barcas y pontones con que pasó el rio Sena.—Manda Alexandro ganar por fuerza de armas los alojamientos de su ejército.—Salen á escaramuzar con los españoles.—Los españoles de más cuenta que hirieron y mataron por ganar los alojamientos.—Los españoles ponen fuego á un lugar que habian ganado.—Pérdida que hubo del ejército español en la retirada de Roam.—Sentimiento de los católicos de París por la retirada de Alexandro.—Deja Alexandro en París la guarnicion que habia sacado y la refuerza á instancia de D. Diego de Ibarra.—Puente que mandó fabricar Alexandro.—Llega Alexandro á Jateo Tiri y da órden para alojar su ejército.—Junta que manda hacer Alexandro y para qué efecto.—Número de los soldados que Alexandro tenia en su ejército, de todas naciones.—Lo que obligó á Alexandro á retirar su ejército del del Bearnés.—El Bearnés busca medios para concluir la paz y ser admitido en la Corona.—D. Diego de Ibarra vigilante en las negociaciones que tenia á cargo.—El Bearnés se arrima con su caballería cerca de Jateo Tiri y para qué efecto.—Apio Conde, Gobernador del ejército del Pontífice.—Cortos socorros del Pontífice para las guerras de Francia y diligencias que hace.—Lo que Alexandro dijo á sus Consejeros.—Lo que Don Diego de Ibarra respondió á Alexandro y los inconvenientes que sus Consejeros hallaron en su partida.—Conócese la falta que Alexandro hacia en su ejército.—Los esguizaros del Pontífice dejan su servicio y se van á sus casas por culpa de Matuche.—Lo que el duque de Umena pedia para conservarse en su potestad.—Instancia que hace el duque de Guisa por gente y dineros para hacer la guerra en Guiena.—Victoria que el duque Mercurio tuvo en Bretaña con los españoles del cargo de D. Juan del Aguila.—Diligencias y solicitud de Alexandro.—D. Diego de Ibarra solicita la Junta de los Estados.—El Legado del Pontífice solicita la causa de la Liga católica.—Alexandro procura ir á Flandes y licencia que da á personas de cuenta.—D. Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tassis sienten la falta de las personas que con licencia de Alexandro dejaron el ejército.—Alexandro se parte á Flandes á beber el agua de Aspa.—Monsieur de Rona gobierna el ejército español por el ausencia de Alexandro.—Orden que dejó Alexandro á D. Diego de Ibarra y al duque de Umena.—Instancia que hizo D. Diego de Ibarra para que no fuesen españoles de guarnicion á Roam.—El capitan Simon Antunez va por Cabo de ciento cincuenta españoles á Roam.—Siente el ejército de Alexandro su ausencia.—Cui-

dado que pendia de D. Diego de Ibarra.—El duque de Guisa poco satisfecho y bien pagado de la hacienda del Rey, nuestro señor.—El conde Mauricio con su ejército campea en Brabante y Frisa y hace mucho daño.—Francisco Verdugo resiste al conde Mauricio y se previene de socorros que pide al conde Mansfelt y á Alexandro.—Lo que respondió Alexandro á Francisco Verdugo.—Diligencias que Francisco Verdugo hacia para ser socorrido.—Francisco Verdugo refuerza la guarnicion de Steenvick.—El capitan Sante socorre á Steenvick y el conde Mauricio se le arrima y abre las trincheas, y Monsieur de la Coquela sale á ellas y las asalta y gana sus banderas.—Batería de Steenvick.—El conde Mauricio hace reconocer la batería de Steenvick.—Mauricio se arrima á Steenvick con la zapa.—Francisco Verdugo pide socorros, y por falta dellos no rompe á Mauricio.—Continúase el sitio de Steenvick.—Los cercados de Steenvick baten los castillos de madera de los rebeldes.—No se atreven los rebeldes á dar el asalto á Steenvick.—Por órden de Francisco Verdugo socorren los católicos á Steenvick.—Continúase el pelear sobre la muralla de Steenvick.—Efecto que hacen las minas de los rebeldes.—Los rebeldes dan tres asaltos á Steenvick.—Número de los muertos del sitio de Steenvick.—El conde Mauricio herido de un arcabuzazo.—Ríndese la villa de Steenvick y con qué pactos.—Número de los soldados que perdió el conde Mauricio en el sitio de Steenvick.—Servicios que el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva hizo en apaciguar soldados alterados.—Alexandro provee el tercio del Maestre de campo Manuel de Vega en la persona del capitan D. Alonso de Mendoza.—Merced que hizo Alexandro al Maestre de campo D. Manuel de Vega.—El conde Mauricio va sobre Covorden y Francisco Verdugo la guarnece y amuniciona.—Sitio del burgo de Covorden.—Sitio de Oetmarsum.—Valor del capitan Alonso Mendo.—Ríndese la villa de Oetmarsum á el conde Mauricio y muerte de Monsieur de Fania.—Los rebeldes ganan por asalto el burgo de Covorden y lo vuelven á perder, y el conde Federico lo manda quemar.—El conde Mauricio se arrima con la zapa al fuerte de Covorden.—Socorro que Francisco Verdugo entró en el fuerte de Covorden.—Fuertes que el conde Mauricio hizo fabricar.—Sangriento y reñido asalto que dan los católicos á el fuerte del conde Mauricio.—Retíranse los católicos de la batería del fuerte con pérdida de algunos.—Faccion de los rebeldes y socorro que llevó Monsieur de la Chapela á Francisco Verdugo.—Socorro que entra en Covorden por órden de Francisco Verdugo.—Respuesta del conde Federico á Mauricio.—Valor del capitan Doria.—Socorro de españoles que envia Alexandro al coronel Francisco Verdugo.—Los rebeldes entran en el fuerte de Covorden y se alojan en un baluarte.—El conde Federico corta el baluarte del fuerte de Covorden y desampara la mitad.—Forma, disposicion y fortaleza del fuerte de Covorden.—El conde Holac se junta con el conde Mauricio.—Los rebeldes de la villa de Covorden mudan sus puestos.—Fuertes que hacen los rebeldes y reparo de las trincheas.—Seña que hace Francisco Verdugo al conde Federico.—Ordenes que dió Francisco Verdugo para socorrer el fuerte de Covorden.—Abundancia de bastimentos y falta de dineros.—Naturaleza de los españoles y costumbre que tienen.—Orden que dió Francisco Verdugo á los capitanes Alonso de Ribera y D. Juan de Vivanco.—Los católicos cierran con las trincheas de los rebeldes con alguna confusion.—Valor y muerte del capitan D. Juan de Vivanco y osadía del capitan Alonso de Ribera.—Socorro de los católicos y daño que recibeu.—Número de los españoles é italianos muertos y heridos.—El conde Mauricio socorre su gente.—Francisco Verdugo retira á sus soldados por el daño que reciben.—Retirada de Francisco Verdugo.—Francisco Verdugo representa la batalla á el ejército rebelde.—El conde Mauricio rehusa dar la batalla á Francisco Verdugo, el cual se retira á sus cuarteles.—Fango y malos pasos y peligro del

capitan Alonso Mendo.—El conde Federico se rinde al conde Mauricio y por qué causa.—Murmuraciones de los émulos de Alexandro por la retirada que hizo de Caudebeque.—Disgustos que tuvo el ejército de Alexandro por su ausencia.—Manda Alexandro socorrer su gente con el dinero que iba de España y á Matuche mandan volver á Roma por justos respetos.—Priesa que D. Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tassis dan á la Junta de los Estados.—Alexandro manda levantar gente valona y alemana.—Sitio de Esperne y facciones de los que la defendian.—Los españoles ganan los burgos de Esperne y muerte del capitan Cristóbal Hernandez.—Batería de Esperne.—Trincheas dificultosas de batir.—El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga tiene á cargo la empresa de Esperne y la va á apresurar.—Muerte del capitan Andrés de Castro.—Ríndese la villa de Esperne y pactos que se les conceden á los enemigos.—Refuérzase el presidio de Mesuxs.—Sospechas del duque de Umena y diligencias de D. Diego de Ibarra.—Satisfacciones que dió el duque de Umena á las sospechas que se tenian dél.—El duque de Umena envia persona á Flandes á tratar con Alexandro remediase sus necesidades.—Priesa que daba Alexandro á las levas de gente para volver á Francia.—Diligencias que hace Alexandro para concluir la guerra de Francia.—Malicias y malos oficios del comisario Matuche á que el Pontífice no da crédito.—Buenos deseos del Pontífice.—Gastos y obligaciones del Rey católico.—Guarnicion católica que entró en Esperne y socorro que iba del Bearnés.—Muerte del Mariscal Biron.—Facciones del duque de Umena.—Solicitud de D. Diego de Ibarra para juntar los Estados.—Satisfaccion de la duquesa de Umena por su marido.—Respuesta de Alexandro al duque de Umena.—Dinero que Alexandro da al duque de Umena.—Al Bearnés se le deshacen sus fuerzas.—Facciones que hizo el ejército de Alexandro en Picardía.—Católicos muertos y desbaratados.—El duque de Umena levanta el sitio de Quilebenf.—Fuerzas que junta el duque de Guisa y para qué efecto.—El Rey católico da priesa á su sobrino Alexandro para la Junta de los Estados.—Lo que Alexandro escribe á D. Diego de Ibarra.—Por falta de gente y dineros no entra Alexandro en Francia.—Orden que envió el Pontífice al cardenal Sega.—Necesidades que pasaba la guarnicion que el Rey católico tenia en París y el consuelo que los católicos tenian con ella, y pesar del duque de Umena.—Diligencia que Don Diego de Ibarra hacia para conservar la guarnicion que el Rey católico tenia en París.—El cardenal de Gondí escribió al duque de Saboya.—Lo que el duque de Saboya escribió á Roma y la respuesta que se le dió.—Resuelta voluntad del Pontífice en la pretension del Bearnés.—Manda el Pontífice se publique en Francia su santa voluntad y pretension del cardenal de Gondí.—Lo que el duque de Umena escribió á Roma.—Respuesta del Pontífice al Embajador del duque de Umena.—El príncipe Ranucio Farnese llega á Italia.—El duque de Umena procura sacar de París la guarnicion que tenia del Rey católico y resistencia que hizo D. Diego de Ibarra.—D. Diego de Ibarra hace diligencias para la Junta de los Estados.—El duque de Umena va á socorrer á Esperne y llega tarde.—Sitio de la villa de Crepi y los que reconocieron la batería.—Ríndese Crepi, y dentro se halló un pedazo de la cruz en que murió Jesucristo.—Diligencias de Villaderoy é instancia de D. Diego de Ibarra.—Lo que el Rey, nuestro señor, escribió á su sobrino Alexandro, y las personas que estaban en Sanson para la Junta de los Estados.—Voluntad del Pontífice y ahorros que hizo.—Razones que se daban sobre la eleccion de la corona de Francia.—Vistas del Bearnés y el cardenal de Gondí y su ida á Roma, y lo que hizo el Pontífice.—Malos oficios de Monsieur de Portes en Roma.—Fuerte que hizo el Bearnés.—Quejas que daba el duque de Umena.—Deseaba Alexandro entrar en Francia y su poca salud le detenia.—El ejército español va sobre la villa de Manta.—El Bearnés entra en Manta y no tiene efecto la empresa.—Artificios del duque de Umena.—

Orden que Francisco Verdugo dió al conde Herman de Vergas.—Qué sea Bretanga.—Soldados alterados piden sus pagas.—Émulos de Francisco Verdugo le hacen malos oficios.—Mauricio deja guarnicion en el fuerte de Covorden.—Gran atrevimiento de soldados amotinados y diligencias de Francisco Verdugo.—Por qué causa entra en guarniciones su ejército el conde Mauricio.—El Maestre de campo D. Alonso de Mendoza se va á Brabante con su tercio.—Inteligencias de los burgueses de Groeninghen con el conde Mauricio.—Francisco Verdugo va á Groeninghen á remediar las inteligencias de Mauricio.—No quieren los de Groeninghen alojar á la gente de Francisco Verdugo.—Inciertas nuevas que corrian en Frisa.—Libertad con que hablaban los burgueses de Groeninghen.—Poco castigo á delincuentes graves.—Libertad y atrevimiento de los burgueses de Groeninghen.—Respuesta de Francisco Verdugo á los católicos de Groeninghen.—Lo que Francisco Verdugo dijo al Magistrado de Groeninghen, y el poco caso que hizo dello.—Estado en que estaban las cosas de Francia y Flandes en el tiempo que murió Alexandro.—Sale Alexandro de Bruselas para ir á Francia.—Cortesía de Alexandro.—Llega Alexandro á la villa de Arras.—Lucha Alexandro con la muerte.—Muerte de Alexandro.—Entierro de Alexandro.—Facciones de Alexandro.—Elecciones que hizo Alexandro.—Oficiales de un ejército.—Ventajas que dió Alexandro.—Ayudas de costa y mercedes que hizo Alexandro de su casa á Capitanes y otras personas particulares.—Piedad y misericordia de Alexandro.—Hospital que mandó fabricar Alexandro.—Cosas notables y señaladas que hizo Alexandro.—Severidad con que Alexandro castigó á soldados amotinados.—Treinta y siete pagas en oro que Alexandro dió á su ejército.—Heróicos hechos de Alexandro.—Siempre que pudo Alexandro excusó los peligros de sus soldados y remedió sus desórdenes y otros sucesos.—Insignias que el Pontífice envió á Alexandro por defensor de la Iglesia.—Obras de Príncipe católico que hizo Alexandro.—Devocion y gracias que Alexandro daba á Dios por sus victorias.—Buena condicion que tenia Alexandro.—Milagro en la muerte de Alexandro por intercesion de Nuestra Señora.—Sucedió en el gobierno de Flandes despues de la muerte de Alexandro el conde Pedro Ernesto de Mansfelt.—Con la muerte de Alexandro crecieron las esperanzas de los enemigos de la Iglesia y tuvieron buenos sucesos.—Daños y calamidades que recibieron los católicos despues de la muerte de Alexandro.

Ya escribí en lo sucedido del año pasado como el coronel Francisco Verdugo se hallaba en villa de Mastriq, habiendo licenciado la gente y reliquias que le quedaron del ejército que tuvo á cargo, porque todas ellas habian entrado en Francia con Alexandro, el cual, deseoso de que se le diese á Francisco Verdugo alguna satisfaccion y dinero, no obstante que sus émulos se lo atajaban, escribió al conde Pedro Ernesto de Mansfelt, que por su ausencia habia quedado con el gobierno de los Estados de Flandes, que proveyese á Francisco Verdugo de algun dinero para la gente de guerra de su Gobierno, y que se volviese á Frisa; y obedeciendo Mansfelt el órden de Alexandro, envió á llamar á Francisco Verdugo, y que fuese á

la villa de Bruselas á recibir el dinero; y el que le dió fué detenerle en aquella corte solicitándolo algunos meses, sin que aprovechase su asistencia ni tuviese efecto en ninguna cosa; y porque en este medio sucedió la muerte del duque de Cleves, y ser necesario enviar una persona de parte del Rey, nuestro señor, á dar el pésame y hallarse á su entierro, y ni más ni ménos poner otra en el gobierno de la villa y estado de Güeldres, y pareciéndole al conde Mansfelt que para lo uno y otro era muy á propósito la de Francisco Verdugo (ya que no se le daba el dinero y asistencia que pedia), por concurrir en él tantas y buenas partes, le mandó que se partiese sin ninguna comodidad ni socorro para su gobierno, ni para el ajeno; y así se partió á poner en ejecucion lo que se le habia ordenado, dándole tan poca ayuda de costa, que áun para pagar la escolta que llevó desde Bruselas hasta Anamur no tuvo dinero, porque en este tiempo estaba este camino muy peligroso. Ordenó tambien Mansfelt á Francisco Verdugo que, acabada la embajada de Cleves se tornase á la villa de Mastriq, que por ser de tanta importancia convenia que una persona de tanta experiencia y valor como Francisco Verdugo se encargase de aquella plaza, por haberse llevado Alexandro á Francia el Gobernador de ella, y en su lugar habia quedado el capitan Limburg, al cual avisó Francisco Verdugo que tuviese muy buena guardia y estuviese con gran cuidado, porque sabia que el conde Mauricio queria ir á darle una escalada, y que en sabiendo habia salido en campaña, guarneciese toda la muralla de Mastriq con toda la gente de guerra que tenia dentro para su defensa todas las noches, y que de dia doblase las guardias en las puertas de la villa.

El conde Mauricio que deseaba ganar y apoderarse de una plaza de tanta importancia, por ser (como he referido) puerta y escala para las entradas de la gente de guerra enemiga y socorros de Alemania á los Estados de Flandes, no se tardó en poner en ejecucion lo que deseaba; y habiendo llegado con parte de su ejército á la villa de Mastriq, le dió de improviso una escalada y fué muy grande y dichosa suerte no ganarla,

porque habia tenido mucho descuido el capitan Limburg que la gobernaba, no obstante que Francisco Verdugo le tenia bien advertido, y ni más ni ménos el Gobernador de la villa de Versa; y porque de este último aviso no dió parte al Magistrado de Mastriq, á él y á todos los burgueses, estuvieron muy mal con él; y cuando volvió Francisco Verdugo le solicitaron mucho que lo castigase, diciéndole y averiguándole no ser muy fiel, por ciertos indicios que habian tenido, pero no bastantes para que Francisco Verdugo le quitase la vida como ellos pretendian, ó la honra, siendo más el ódio y venganza que la razon que tenian, porque sabia Francisco Verdugo que desde el principio de aquella guerra habia servido este Capitan al Rey, nuestro señor, muy bien y fielmente.

Poco despues de esto volvió de Francia el Gobernador propietario de esta plaza por haber sabido que Francisco Verdugo estaba en ella y no gustar que la tuviese á cargo, inducido (segun se entendió) de algun Ministro, grave émulo de Francisco Verdugo, el cual no quiso contra la voluntad de nadie poseer lo que no era suyo, y dejó el gobierno de Mastriq y se fué al de Güeldres; que parece que todas las mercedes que á este valeroso Capitan le hacian eran prestadas más que propias, y en las que lo eran fué tan mal asistido como se ha visto; y ántes de todo lo que he apuntado, marchó, no sin peligro, á toda diligencia de dia y de noche, y llegó á tan buen tiempo á Cleves que se halló en el entierro del Duque y cumplió en todo la embajada que llevaba. Los de la villa de Mastriq proseguian contra el capitan Limburg para echarle de ella, como lo hicieron, y se fué á Frisa con el regimiento del príncipe de Simay, y sirvió debajo de la mano de Francisco Verdugo, como muy honrado y valiente Capitan, hasta que murió. Y casi todo el invierno estuvo Francisco Verdugo en el gobierno de Güeldres gastando más de lo que tenia, que ésta y otras ayudas de costa le aplazaban más de lo que era razon, no mereciéndolo sus servicios ni proceder. El conde Mauricio se retiró con su ejército, corrido de no haber podido salir con la empresa de Mastriq, y se previno todo el invierno

para otras empresas de no ménos importancia, como adelante escribiré.

Y porque las cosas de Francia me vuelven á dar la misma priesa que ántes y dejar en Flandes invernando á Mauricio y á Francisco Verdugo en el Estado de Güeldres, escribiré lo más sucintamente que pudiere lo que se iba ofreciendo.

El duque de Guisa envió á España á el obispo de Acuarches, con el fin de sacar al Rey católico alguna merced, industriado de su privado, Monsieur de la Jatre, que, como siempre, fué instrumento de sus pretensiones, era de creer no gozaria la menor parte de ellas. A los 12 de Enero corrió una voz en el ejército católico que el Pontífice habia hecho Cardenal al obispo de Plasencia y Legado en Francia, hombre muy plático, que siempre mostró gran deseo de servir al Rey, nuestro señor, y era muy á propósito para ayudar á la brevedad de la Junta de los Estados, que era lo que se pretendia, y habia sido siempre de este parecer, y asimismo era parcial del duque de Guisa, y no muy confidente de su tio; y los oficios que se hicieron de parte de Alexandro pudieran con él mucho, porque tenia fines y pretensiones particulares con el Rey, su tio, y muy poca hacienda.

La guarnicion que Alexandro mandó entrar en la villa de la Fera para la guardia y custodia de la artillería, que (como ya escribí) eran cuatrocientos alemanes y valones, no le habian hecho la comodidad que se entendió, porque no estaban dentro alojados más de doscientos alemanes, y á los valones entraron en los burgos ó arrabales al principio, y despues más léjos; y considerando el inconveniente que era tener el artillería y municiones del Rey, nuestro señor, mal aseguradas, siendo de la importancia que era aquella plaza, instó D. Diego de Ibarra con Alexandro procurase asegurarla; y aunque habló algunas veces sobre ello al duque de Umena, le halló siempre más duro, persuadiéndose que aquella plaza era suya, por haberle cedido el derecho que tenia á ella la princesa de Bearne, y así no recibia bien el verla en poder del Rey católico; y despues de algunas diferencias ántes de venir en que entrase la que habia

en la villa, quiso una promesa firmada de Alexandro de sacar la guarnicion al mismo tiempo que el artillería y municiones; pero habiéndose de quedar todavía dentro la guarnicion francesa, no estaba la plaza como se deseaba, por más que el Gobernador de ella decia la sustentaba por el Rey católico; y esto no se tuvo tampoco por muy buena señal para lo de adelante, pues si como el duque de Umena decia, estaba resuelto que se hiciese lo que la Magestad católica mandase, no le habia de pesar de irle poniendo en posesion algunas plazas, con cualquier color que pudiese; y así le pareció á Alexandro tratar con algunos Gobernadores de ellas secretamente, para ir ganando lo que se pudiese, pues el ver al Rey, su tio, sin nada en Francia, habiéndole costado tanto, y sus ejércitos no muy fuertes, abria más camino á los franceses para andar ménos resueltos y bien intencionados de lo que fuera razon; y el mayor fundamento con que algunos persuadian al de Umena á tratar con el Bearnés, era ponerle en consideracion que despues de tantos meses de dilacion y tantas promesas del Rey católico y de sus Ministros, de entrar un ejército poderoso en Francia para atropellar al Bearnés por una parte y por otra ir limpiando las provincias y ganando las plazas que en ella tenia, y el que habia entrado era tan poco fuerte y mal proveido, que áun socorrer con él á Roam no se podia hacer, por no ponerse á riesgo de una batalla, y esto no podia ser sino por falta de dinero, teniendo el Rey, nuestro señor, tantas cosas en este medio en que consumirle; y pues trataba que el reino de Francia fuese de la Sra. Infanta, su hija, y de obligar á los franceses á que se lo diesen con las armas en la mano y negociacion para lo uno y lo otro, habia tanta falta de dinero, no sólo para ellos, mas para la misma gente de guerra del Rey, nuestro señor; pues tras tanto como se les debia, apénas se les daba una paga, que adelante y despues de conseguido lo que se deseaba, no habia duda, sino que todo iria mucho más corto, así en las mercedes que pretendian y esperaban como en los gastos de la guerra que se habria de sustentar para establecer la paz y sosiego que Francia habia menester; y la razon más

fuerte que se podria creer en traer titubeando al duque de Umena era ésta; y así conviniera mucho que el ejército español entrara muy fuerte y sobrado de dinero, sin que se gastara de él más de lo que S. M. C. tenia ordenado y mandado.

Este era el estado en que se hallaban sus fuerzas y negociaciones en Francia; y en cuanto al dinero, decia el Pagador general que no habia llevado de Flandes más de doscientos cincuenta y ocho mil escudos; los ciento de ellos se dieron al duque de Umena en la villa de Landresi, y más de ciento veinte importaba la paga que se estaba dando á la gente del Rey, nuestro señor, y la del duque de Umena habia consumido más de veintidos mil, y diez que se le habian de dar en este mes de Enero, y otras partidas menudas de sueldos de los Oficiales del ejército español, de suerte que, á bien librar, quedaba Alexandro sin ningun dinero para poderse valer ni acudir á las cosas precisas de la guerra y negocios que traia entre manos; y el poco que al principio de éste se habia cobrado en Amberes por el respeto de la paga de Diciembre, y lo que habia de ir á Borgoña no llegaban á ochenta mil escudos, ni tenia en este tiempo Alexandro aviso del Rey, su tio, de que proveeria ninguna cosa para Flandes ni Francia; y se podia temer, como se temia, el daño de la dilacion para la misma Hacienda real y para las demas cosas que he escrito y apuntado, que no importaban ménos; y porque podria parecer á algunos más que proligidad referir tan por extenso y demenuzar tanto los gastos que el Rey, nuestro señor, tenia en Flandes y Francia, me ha parecido escribirlo para algunos más ignorantes que curiosos que hablan acá en España en estas materias mal entendidas para ellos y peor consideradas, pareciéndoles que tantas sumas de hacienda como vienen de las Indias y salen de estos reinos para las contínuas y prolijas guerras que ha habido en Flandes y Francia se gastaban mal y se desperdiciaban sin cuenta ni razon, debiendo considerar que no hay guerra, por poco duradera que sea, que demás de consumir los vasallos y á veces la reputacion de su Príncipe, no gaste y se empeñe en más de lo que tiene y valen sus Estados, particularmente en Flandes y

Francia, donde el Rey, nuestro señor, demás de los gastos de la guerra, que son excesivos, daba tantos y extraordinarios gajes y sueldos, sin las negociaciones é inteligencias, que eran muchas y diversas, y sin ellas no se podia conquistar lo que pretendia ni conservar sus ejércitos, particularmente la religion católica, que era á lo que más atendia y llevaba la mira.

Ya escribí como D. Diego de Ibarra, con su buena industria y solicitud, dió al duque de Montemarchano una carta del Rey, nuestro señor, y fué de tanto efecto, que ella y las buenas inteligencias que tuvo, y ver la entrada de Alexandro en Francia, fueron parte para que cesase la resolucion que habia tenido de despedir el ejército del Pontífice; pero solamente licenció la infantería italiana, que era muy poca y de ménos servicio, la cual se recibió al sueldo del Rey católico, y Su Santidad escribió al de Montemarchano que de allí adelante tuviese diferente forma en pagar los esguízaros que hasta allí, y que se guardase el órden que con esta nacion se suele tener expresamente y con mucha puntualidad. Montemarchano iba observándola, y temiendo D. Diego de Ibarra, como era de temer, que se habia de deshacer, le dijo muchas veces de palabra y por escrito que replicase al Pontífice y guardase segundo órden; pero no aprovechaba ni podia torcerle de su opinion, ántes bien pretendia y decia que no pasaria por otra cosa, y que habia de preceder á Alexandro la primera vez que se viera con él en público, mostrando para esto una carta de su hermano, que le habia escrito el mes de Agosto pasado, mandándole en nombre del Pontífice que así lo hiciese resueltamente, por haberse concluido esto en la Congregacion de Francia; y como diferia de lo que poco ántes escribieron el duque de Sesa y conde de Olivares, que tambien se hallaba en Roma, y de lo que á Alexandro le pareció justo, no venia en ello; y por esta ocasion no se veian ni trataban, y una vez que vino el de Montemarchano, fué ántes del dia y se volvió luégo, cosa que no podia dejar de dañar para el buen suceso que se pretendia en las que se traian entre manos, sobre lo cual se escribió á Roma.

La caballería del Pontífice era cada dia ménos, y no llega-

ban á quinientos soldados, ni los esguízaros á tres mil. El ejército español, con el rigor del invierno, que habia entrado áspero y terrible, se disminuia: las vituallas iban faltando; las banderas españolas que habian ido de Nápoles y Lombardía las hizo reformar Alexandro en catorce, pareciéndole que para tan poca gente era muy grande el número, y la que sobró se repartió en los dos tercios viejos de los Maestres de campo Don Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Idiaquez. El número de todos seria cerca de cuatro mil españoles, buena gente. Habia informado D. Diego de Ibarra del provecho que seria que las duquesas de Longavila se quedasen presas para la libertad del duque del Beuf, y dijéronle que lo trataba Monsieur de Villaderoy, y procuraba más por la de ellas que por el Duque, y con lo que ofrecian ayudar para su ranzon, fuera de dar por él al vizconde de Tabanes, era con sólo veinticinco mil escudos, y estos, no de su hacienda, sino que los habian de sacar de algunas mercadurías que con pasaporte pensaban vender, conforme á las licencias de los Países-Bajos, en que no hicieron poco provecho, por tener el presidente Richardote la Superintendencia, como el Rey, nuestro señor, lo habia mandado, y no á la persona que se le dió, porque era la más interesada de aquellos Estados; y las diligencias que buenamente se habian podido hacer sin causar celos al duque de Umena, que los tenia de cualquiera cosa, por menuda que fuese, se habia hecho para que no dispusiese de estas prisioneras; pero fuera bien que lo que el Rey, nuestro señor, deseaba, lo mandara á tiempo que se sacara fruto de ello.

A los 15 de Enero se juntaron el presidente Janin y Monsieur de la Jatre con D. Diego de Ibarra y el presidente Richardote, sobre las mismas materias que se habian comenzado á tratar, y el haber introducido en ellas á Monsieur de la Jatre, era por asegurar al duque de Guisa que no se trataba cosa en su perjuicio, porque las sospechas de los unos y de los otros eran grandes, y cada dia se aumentaban entre los Príncipes de la Liga de Francia. En la eleccion de la Sra. Infanta se iban allanando los franceses, y siempre proponian el caso, por difícil

que fuese, y para su remedio anteponian el dinero, demás de haber de satisfacer á cada uno de los que llamaban Príncipes en cosas del Reino, y esto con dádivas de S. M. C. Lo primero que proponian era que se obligase á asistirla con cuatro millones cada año, los primeros dos de su reinado, y que estos hubiesen de entrar en Francia en dinero para gastarse por los Oficiales ordinarios del Reino en la forma que se usaba cuando habia Rey en Francia, y que brevemente habia de ir S. A. la Sra. Infanta, y dentro de poco se hubiese de casar con parecer de los Príncipes y oficiales de la Corona y Estado; y á este propósito se dejaron decir que esto seria conformándose con su voluntad, que no poco se alegró de oir esta resolucion D. Diego de Ibarra, como persona de quien pendian estas negociaciones: que los cargos, oficios y gobiernos y guarniciones de las plazas no los pudiesen tener extranjeros; y lo que en esto por lo ménos querian, era que se observase todo lo que los Reyes pasados habian prometido y guardado; que se proveyera desde luégo una buena suma de dinero para ganar personas de las que estaban con el Beárnés y sustentar las que seguian el partido católico; que el ejército que al presente se mantenia era menor del que fuera menester para ofender al contrario, y la forma que habia de tener para sustentar el duque de Umena no les satisfacia, porque queria que entrasen en su poder los cien mil escudos al mes para distribuirlos como les pareciese.

Lo de los Estados daban siempre por accesorio, y decian que pasarian por lo apuntado y capitulado con los Príncipes, y que no servia juntarlos, ántes, que lo más importante estuviese hecho, si bien se holgaban de negociar sin ellos, porque no mostraban la voluntad que muchos bien intencionados tenian de que se viniese á lo que el Rey católico deseaba: que convenia socorrer á la villa de Roam, aunque veian que las fuerzas españolas caminaban despacio, por ser ménos de las que se deseaban; y que si aquella villa padecia se les acabara la paciencia y esperanza á las demas y se empeorara en todo el partido de la Liga. Estas proposiciones que hicieron los franceses oyeron los ministros del Rey, nuestro señor; y no respondieron

á ellas hasta ver lo que decia Alexandro, porque vieron era muy diferente el estado de estos negocios del que tenia creido Su Majestad católica, y sin licencia suya no se atrevió por entónces Alexandro á darles ninguna respuesta; y el hablar esta gente con tanta libertad y resolucion, nacia de las pocas fuerzas que tenian los españoles en Francia, y no poseer en ella ninguna plaza; y á ser las que convenian no osaran desmandarse tanto, y pasaran por todo lo que se pretendia de ellos; que para estos y otros semejantes casos, y alcanzar un Príncipe una deseada paz, sin hacer la guerra, no hay remedio más eficaz que la fuerza de las armas ejercitadas de un poderoso ejército.

De esta suerte y con el medio de la negociacion fomentada con el dinero, se pone terror á los enemigos, se alcanza lo que se desea y se consiguen las victorias á pesar de amigos y enemigos; y viendo D. Diego de Ibarra cuán necesario era todo esto, instaba con el Rey, nuestro señor, se reforzara el ejército que tenia en Francia, y estándolo como era razon, se hacian dos efectos, que era obligar al Bearnés desamparase el sitio que habia puesto á la villa de Roam, y que no se impidiera ninguna cosa de las que intentaban, y tambien que se enviase de España una buena suma de dinero, separada, para sólo ganar voluntades, y que no fuese por mano del duque de Umena el distribuirlo, si bien con su parecer, sino por la de Alexandro ó de los ministros del Rey, su tio, que allí tenia; con esto y con procurar poner el pié en algunas plazas de importancia por negociacion y con la fuerza de armas, como he referido, y estas conservándolas como convenia, y que se hiciera lo mismo en las provincias de Bretaña, Provenza y Langüedoc, donde el Rey católico tenia en este medio sus ejércitos, se conseguiria lo que se deseaba, porque la demasiada consideracion y recato tenia estas cosas muy atravesadas, y más de lo que fuera justo, no obstante que se tenia experiencia que el francés más aficionado á la corona de España no le habia de mover otra cosa sino el interes y la fuerza; y estas las hacian, particularmente los más nobles del Reino, porque el pueblo comun y católico se

inclinaba al Rey, nuestro señor, por la seguridad que adquiria en la religion y la esperanza de salir de las calamidades de una tan peligrosa guerra por medio de su mano; y como por otra parte iban experimentando lo poco que hacia el ejército español, se desanimaban y quedaba su confianza muy desfallecida porque la veian contrastar con más fuertes contrarios.

Los franceses que habian conocido el estado de sus cosas, no quisieron perder la ocasion que el tiempo les habia ofrecido, daban priesa á que respondiese Alexandro á sus proposiciones; y como no se tenia sabida la voluntad del Rey, su tio, en algunas materias que de nuevo se habian apuntado, se caminaba más despacio; instaban mucho en la asistencia tan grande que se le habia de dar á la Sra. Infanta de España en los primeros dos años, y las condiciones con que venian en la eleccion de S. A. y las demas cosas que propusieron; debatiéronlo mucho con Alexandro, D. Diego de Ibarra, Juan Bautista de Tassis y Richardote, y en el inconveniente que era mostrarles que no se podian tomar resoluciones en Francia en aquellas cosas, porque se valdrian para extragar la negociacion desesperándose con la tardanza, sirviéndose de ella los que no tenian buen fin. D. Diego de Ibarra propuso una traza, nacida de su ingenio, que era lo que se podia desear para dilatarles el tiempo en que se pudiese saber la voluntad del Rey, nuestro señor, sin que la entendiesen los franceses; y fué decirles que para mayor brevedad dijesen de una vez las condiciones con que se habia de concluir este negocio, así en lo general como en lo particular, y que viesen lo que con cada Príncipe se habia de asentar, porque juntamente á todos se responderia; y esto, fiado D. Diego que no seria tan fácil el avenirse en lo que cada uno deseaba para sí, y que en este medio podria llegar respuesta del Rey, nuestro señor. A esto que se les propuso, se juntaron para responder, á los 16 de Enero, y fué que en los puntos principales de lo que para el general debian pretender eran de los que aguardaban respuesta, y que acordados estos (como fundamento principal de todo lo demas) se venia á lo particular, en que no habria ninguna dificultad, pues aquellos

Príncipes se conformarian con sus pretensiones con la razon y se avendrian bien; y aunque se les replicó á esto que lo general y particular era tan conjunto que no habia para qué dividirlo, y que por esto y desear satisfacer á todo con más brevedad, se les pedia esto. Estuvieron firmes en su opinion de que era respuesta en los puntos dichos. Volvieron á Alexandro, y andúvose debatiendo en lo que se habia de hacer, en otras juntas que despues hubo hasta ver si se podia prometer en nombre del Rey, nuestro señor, la asistencia en los dos primeros años, si seria de dinero, como los franceses lo proponian á gente del Rey católico, y otra suma para levantar y sustentar de la francesa la parte que pareciera que convenia, ó si se les habia de decir que sin comunicarla con S. M. C. no se podia prometer nada.

En esto habia muchos más inconvenientes de los dichos, y aunque en esta sazon gastaba en Francia, en sólo lo que se sabia, más de tres millones y medio, y prometer cuatro, no seria mucho exceso por cosa tan deseada; todavía se les ponia por delante á los Ministros del Rey, nuestro señor, la confianza que tenia de que con la eleccion de Rey habia de cesar todo este gasto; pero porque no convenia darles á entender que se esperaba órden suya para responderle, por los evidentes daños que se podian ofrecer, se resolvieron de prometerles que desde el dia que estuviera elegida y admitida por los Estados legítimamente por Reina la Sra. Infanta, desde ese dia tendria el Rey, su padre, un ejército en Francia de diez y seis mil infantes y cuatro mil caballos de las naciones que fuese servido, con su General y Oficiales ordinarios; diez piezas de artillería, sus pertrechos y vituallas, le sustentaria y pagaria por un año y daria á la Sra. Infanta por este tiempo un millon para ayuda de la paga del ejército francés que habria de tener; y que si de esto no se satisficiesen, se alargaria en lo del ejército del Rey, nuestro señor, á veinte mil infantes y á cinco mil caballos y cien mil escudos al mes á la Sra. Infanta; y en lo del tiempo, que seria por dos años, desde el plazo referido, y en esto se habia venido, porque hasta que fuese todo sentado por los Estados, podia muy bien el Rey católico que-

rerlo ó mandar lo que deseaba se hiciese; y si su real voluntad fuera de aprobarlo para concluirlo con la solemnidad que convenia, fuera menester persona que tuviera poder suyo, y se creia le llevaria el duque de Feria, á quien en aquella ocasion fuera bien que hubiera llegado á Francia con la comision que llevaba, porque no se sabia de él y hacia falta, porque el tiempo se pasaba, y en la negociacion se caminaba, aunque no tan á priesa como se deseaba, y en la Junta de los Estados que por mucho que se procuraba no se juntaban; y si el presidente Janin, no hubiera pedido lo de la asistencia se echaba de ver que si la Sra. Infanta hubiera de reinar teniendo tanta parte en el reino el Bearnés, y siendo tan ayudado de fuera de él, era imposible conservarse lo que se tenia y estaba por los católicos, ni adquirir lo demas, y estar S. A. con la seguridad y decoro que convenia, sin que todo fuese por la mano y fuerzas del Rey, su padre; pues de Francia jamás se sacaran las necesarias para resistir al Bearnés; y con esta pension era fuerza recibir aquella Corona; y para mejor conseguir esta pretension, demás de las cosas referidas, se tenia por acertado que el ejército que el Rey, nuestro señor, tenia en Francia fuera dividido de todo punto del de los Estados de Flandes, y asimismo el dinero y provisiones para él, porque de otra manera no podia dejar de haber faltas en ambas partes.

Y porque les podria parecer á algunos que habiendo escrito tanto de las causas y razones que habia para procurar el Rey católico hacer reina de Francia á la Sra. Infanta, su hija, y no de los muchos derechos que tenia para serlo, me ha parecido (aunque de paso) tocarlos, y tambien por satisfacer á la razon y justicia en que más se fundaba su causa y la pretension del Rey, su padre, que demás de haberse casado con la reina Doña Isabel, nuestra señora, hija legítima de Enrique II, rey de Francia, á quien llamaron de la Paz por haberla hecho por medio de este casamiento, despues de muchas y prolijas guerras, el año 1559, le venia de derecho ser reina de Francia sin la herencia de su madre por otras causas no ménos legítimas; y pues queda entendido que de parte del Rey, nuestro señor, se mostró

la nulidad de la Ley Sálica en los Estados de París, donde se fundó la justicia de la Sra. Infanta en la sucesion de la Corona, veremos ahora cómo la pertenece. El Rey, nuestro señor, (como está claro) heredó los Estados de Provenza y Borgoña, pues habiendo este último de su naturaleza transmisible en las hembras el año de 1361, por muerte de Philipo Junior, último duque de Borgoña, en Juan, rey de Francia, hijo de Philipo de Valois y de Juana de Borgoña, tia del Duque difunto, el cual declaró que sucedia en él, no por razon de ser Rey, sino por la proximidad que tenia con los duques de Borgoña, por Juana, su madre, como he apuntado, y ser tia del último Duque; y por ser este estado dividido de la Corona, dispuso de él dándoselo á Philipo Lardí, su último hijo, de quien vino el duque Juan, y de éste Philipo el Bueno, y sucesivamente Cárlos el Fuerte, padre de María, abuela del emperador D. Cárlos V, nuestro señor, de gloriosa y feliz memoria; y en tiempo de esta Señora, estando debajo de la tutela del rey Luis XI, de Francia, y habiendo poseido ella, su padre y antecesores el Ducado de Borgoña, fué despojada de él sin que lo contradijese ni pretendiese la corona de Francia; y despues de esto se concertaron y avinieron Cárlos, su padre, y Luis XI, ya nombrado, el cual se eximió en todo y por todo del reino de Francia, de donde por derecho y justicia vino á ser heredero el rey D. Phelipe II, nuestro señor, como biznieto y sucesor por línea recta de la ya nombrada María, su bisabuela, en todos sus Estados y señoríos; así por haber sido siempre transmisible y de su naturaleza en las hembras, y descendientes de ellas, y haber sido poseido este Estado más de ciento veintitantos años continuadamente por los descendientes del ya nombrado Phelipe Lardí hasta la duquesa María, como por la exencion que el rey Luis le hizo del reino y corona de Francia; y por la misma razon se ha de entender el Ducado de Borgoña y derecho del Condado de Cárloes y del Vizcondado de Osona; el uno miembro de este Ducado que es el de Carloes, y el otro fuera de la raya de Francia, perteneciente al Ducado de Borgoña, que hoy se llama la Franca-Contea.

No ménos que el Ducado de Borgoña le pertenece al Rey, nuestro señor, el Condado de Provenza, por razon de tres títulos; el primero como conde de Barcelona, porque Dulce, condesa de Provenza, absoluta y única Señora de este Estado, casó con Ramon, conde de Barcelona, el año de 1112, y le dió por título de donacion el Condado de Provenza, y fué condicion que sucediesen en él los hijos del dicho matrimonio, y no teniéndolos, que heredase la persona que quisiese Ramon en el Condado de Barcelona, de suerte que hubiese perpétua union; y sucedió así, pues habiendo faltado hijos del matrimonio de la condesa Dulce, declaró y hizo jurar por sucesor en sus Estados á Ramon Berengario, su sobrino, que despues fué príncipe de Aragon y casó con Rica, sobrina del emperador Federico, por cuya contemplacion le concedió el año de 1152 la investidura del Condado de Provenza, desde el rio Durenza hasta el mar, y de los Alpes hasta el Ródano con la ciudad de Arlés y el Condado de Forcaler y todo lo que pertenecia al derecho imperial en el Condado de Aviñon y tierras circunvecinas. El segundo título que le viene, es como rey de Aragon, de Nápoles y Sicilia, y este Estado se unió despues con el de Provenza; y en el tiempo que el rey de Francia poseia estos Estados sucedieron las Vísperas que llaman Sicilianas. El rey D. Pedro de Aragon gozó de esta buena ocasion, y siendo llamado de los sicilianos echó de aquellos Estados á Cárlos, primero y segundo condes de Anjou, que se intitularon reyes de Sicilia y condes de Provenza, que eran padre é hijo, y los restituyó á Constanza, su mujer, hija de Manfredo, legítimo rey de estos Estados, al cual echaron primero de sus reinos estos Condes; pero el valor del rey D. Pedro de Aragon (como he escrito) los recuperó por ser yerno de Manfredo, y se los entregó á Constanza, su mujer, reina de Aragon, de quien sucedió el Rey católico; y el tercer título es, por la adopcion que el año 1421 hizo al rey D. Alonso de Aragon la reina doña Juana, segunda de Nápoles, que por muerte del rey Ladislao, su hermano, que lo era de aquel Reino, tambien conde de Provenza, habia sucedido en él y en el Condado con investidura del Papa Martino V y del rey D. Alonso,

y por esta causa, el Rey, nuestro señor, era legítimo sucesor, por su bisabuelo el rey D. Fernando el católico, que sucedió en los reinos de Aragon por falta de la línea legítima del rey D. Alonso; y por estas mismas razones le toca el Condado de Provenza, por ser unido con los reinos de Nápoles y Sicilia, y poseidos por la dicha reina Doña Juana, adoptante; y aunque despues de la adopcion del rey D. Alonso se pretendió que por un enojo adoptó la reina Doña Juana á Luis III, duque de Anjou, y que lo confirmó el Papa Martino V, revocando la adopcion del rey D. Alonso, habiendo sido investido por el mismo (como ya he escrito) el dicho Luis en vida de la Reina, con condicion que sucediese despues de su muerte, y que no teniendo hijos Renato y Cárlos, sus hermanos, por cuyo derecho los reyes de Francia siempre han pretendido la investidura y concesion, no hubo efecto, porque murieron todos ántes que la reina Juana adoptante, y ántes de la condicion puesta por el Pontífice; y por esta causa el rey D. Alonso, en muriendo la reina Doña Juana, tomó la posesion del Reino al año de 1442 en virtud de su adopcion y de la investidura que le confirmó el Pontífice Martino V, y despues dél Eugenio IV, y por esta misma razon y otras muchas que se podrian dar lo ha poseido el Rey, nuestro señor; y por esto le toca y pertenece el Condado de Provenza.

El Ducado de Bretaña es costumbre antigua que en falta de varon sucedan hembras, y por heredar este Estado casó el rey Cárlos VII con Ana, única hija de Francisco de Bretaña, y quedando viuda y sin hijos, casó con ella Luis XII, rey de Francia. Tuvo dos hijas, Cláudia y Renata; murió Ana, su madre, á 5 de Enero de 1514, y en este mismo año, á los últimos de Mayo, murió tambien Francisco, duque de Valois y conde de Angulema, primer Príncipe de la sangre y heredero de la Corona. Este casó con Cláudia con el mismo fin que los demas de suceder por ella en el Ducado de Bretaña; fué hijo de Francisco y de Cláudia, Enrique II, rey de Francia, y tuvo hijos varones, que todos faltaron sin sucesion, y el último que murió fué Enrique III, rey tambien de Francia; y

la hija mayor de Enrique II, de tres que tuvo, fué la Reina, nuestra señora, Doña Isabel de la Paz, mujer de Phelipe II, rey de España, nuestro señor, como he referido; y esotras dos hijas, la una casó con el duque de Lorena, y la otra con el príncipe de Bearne, que fué la tercera mujer de Enrique de Borbon; y la infanta de España, que hoy vive, llamada Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, casó con el archiduque Alberto, y la segunda, Doña Catalina, con el duque de Saboya; y no habiendo tenido sucesion Enrique VII, que, como ya he apuntado, fué el último poseedor de Bretaña y rey de Francia, y siendo liso y claro, como lo es, que las hembras son capaces en la sucesion, sucedió derechamente, conforme á la costumbre, la Sra. Infanta Doña Isabel, á quien el Rey, nuestro señor, pretendia, como está dicho, hacer reina de Francia por ser más allegada al último poseedor. Algunos han sido de opinion que los descendientes de Renata, hija segunda de la reina Ana, que casó el año de 1528 con el duque de Ferrara, sucedan en el derecho de Bretaña; y lo fundan en que cuando se hizo este casamiento renunció Renata su derecho en Francisco I y sus descendientes, y fué condicion que faltando los varones sucediesen los que decendiesen de Renata, de cualquier sexo; pero no se tuvo esto por cosa cierta, sino por vanidad, porque no pudo hacer semejante renunciacion de aquello que no era suyo ni le competia, ni el Rey la pudo admitir con exclusion de su descendencia femenina, porque excluida la hija ó la madre, queda excluida, y está claro, que quitado el antecedente y la raíz, se han de excluir tambien los ramos que de ella proceden; y habiendo de aquella línea algun heredero, varon ó hembra, porque en ella cae el estado; y habiendo pasado á otra línea jamás podrá retroceder ni volver á la que ya una vez quedó excluida; y por estas causas no pudo haber lugar de que volviese á la línea del duque de Ferrara, ni del duque de Lorena, miéntras durare la de la reina Cláudia, que es la reina Doña Isabel, de España, nuestra señora, y la Sra. Infanta Doña Isabel, su hija, ni Francisco I se casara con Cláudia con intento de heredar el Ducado de Bretaña, el cual fuera comun

y de razon se debiera de partir con Renata. Agilia, hija del rey Luis, llamado el Simple, que casó con Rodulfodano, primer Duque cristiano, de Normandía, se le dió en dote este Estado. De estos descienden los reyes de Inglaterra, y estos poseyeron este Estado cerca de trescientos años hasta que se lo quitó el rey Philipo, de Francia, llamado el Conquistador, y tambien poseyeron en la misma forma el Ducado de Gascuña por casamiento con Leonor, Señora de este Estado, hija de Guillermo, conde de Poytu, que fué Santo, y la casó con Enrique, segundo rey de Inglaterra, que lo poseyó él y sus sucesores con el Ducado de Normandía hasta Philipo el Conquistador que lo quitó á los ingleses. El Condado de Jampaña sucedió en Luis Utin, por el derecho de Juana, su madre, mujer de Felipe el Hermoso; y despues de él lo heredó su hija Juana y el de Tolosa en tiempo de San Luis, que casó con hija del dicho Conde. La mujer de Cárlos, último duque de Borbon, poseyó este Estado, y él poseyó el de Albernia con los Condados de Claramonte y Fores; y por su muerte los pretendió la duquesa Luisa de Saboya, madre del rey Francisco I; y de aquí se infiere haber procedido todos estos Estados por vía de hembra, y asimismo pudo suceder la Sra. Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, no obstante la Ley Sálica, como otras veces he referido, y se ha visto claro por las historias de Francia y por otros escritos ser verdadera sucesora á los dichos Estados; pero los franceses, aunque lo tenian conocido, dilataban la resolucion que se esperaba, á fin de sus particulares intereses y pretensiones, como ya lo he escrito y apuntado y adelante se verá.

Ya eran los 18 de Enero cuando comenzó á marchar el ejército español con la mayor gallardía que se pudo, guiado por Alexandro, que deseaba ya dar de mano á las negociaciones y acabarlas con las armas, no obstante las pocas fuerzas que tenia. Llevaba consigo al duque de Umena y la gente del Pontífice del cargo del duque de Montemarchano. Caminóse la vuelta de la villa de Roam con intento de obligar al Bearnés se levantara del sitio que le habia puesto por diversion, y acercársele tanto que le obligase á hacerlo. Híbase menoscavando y

deshaciendo el ejército de Alexandro, porque habia andado siempre cerca de la frontera de los Estados de Flandes, particularmente los valones, que como era el rigor del invierno resistian los soldados mal el andar campeando, y más con las incomodidades y trabajos que la guerra trae consigo, mayormente que el Pagador general en esta ocasion se hallaba sin un real para socorrer la gente, ni la del ejército de Flandes que pasaba las mismas necesidades; no por esto dejaba Alexandro de proseguir en su viaje y acudir con la vigilancia y presteza que solia á todo lo que estaba á su cargo, y con gran instancia solicitaba el duque de Umena, el cual en este medio le dijo que le convenia mucho llegarse á Amiens á dar órden en algunas cosas del gobierno de aquella villa, y solicitar que el duque de Umala se fuese á juntar con las fuerzas que tenia en la provincia de Picardía con las que habia en el campo católico. Con esta resolucion se despidió de Alexandro y se partió luégo; pero D. Diego de Ibarra, cuidadoso á todo lo que se ofrecia, le pareció era buena ocasion para que de camino procurase no dar libertad á las Princesas que habia presas en aquella villa, y para el buen efecto le envió á Antonio de Escobar con una carta, acordándole la voluntad del Rey, nuestro señor, en este particular, y lo que el habia ofrecídole y significado. Escribió tambien al Obispo de aquella villa en creencia de Escobar, al cual encargó hiciese oficio con él para que no diese lugar á la libertad de las prisioneras, y despues de haberles dado las cartas sin descubrirles la intencion, les dió un tiento en conformidad de la que D. Diego de Ibarra le habia advertido en las materias que tratase; y hallando al duque de Umena algo llano, le habló con generalidad en los negocios, sin declararle á lo que D. Diego le enviaba; y habiendo entendido que estaba el negocio muy adelante, como en efecto lo estaba, pues el dia siguiente el duque de Umena habia sacado de aquella villa, aunque con gran descontento de los vecinos della, y con alguna manera de fuerza, á la duquesa de Longavila, y á su suegra y cuñadas, y las llevó á Monroyl libres y contentas por veinticinco mil escudos, habiendo ofrecido ellas ántes cuarenta mil más á que se habian

obligado, lo cual habia de servir para sacar de la prision al duque de Beuf, y dado sin razon al vizconde de Tavanes, y aunque D. Diego de Ibarra advirtió á Alexandro de lo que habia pasado, poco ántes que el de Umena llegase al ejército español, que fué cuando el mismo D. Diego lo supo de Escobar, viendo el negocio acabado, lo más que se pudo hacer fué decirle Alexandro, que aunque no tenia duda que el Rey, nuestro señor, debia tener intento de valerse de las prisioneras para la libertad del duque del Beuf, su primo, con todo eso, holgara mucho se hubiera aguardado en respuesta ántes de disponer de las prisioneras; y con encarecer el duque de Umena la priesa que su primo le daba por su libertad, y el de Guisa la de la Duquesa, su prima hermana, se excusó con razones algo tibias; sintió Alexandro mucho y tambien D. Diego de Ibarra no se hubiese conseguido lo que en esto el Rey, nuestro señor, tenia mandado, si bien no se pudo usar de más medios que los que D. Diego habia puesto, y más llevando la mira de guardar el decoro al duque de Umena y no irritarle, no obstante que la villa de Amiens habia mostrado siempre gran voluntad en no librar las prisioneras, y desde ella se fueron á la de Corbé, que estaba por el Bearnés.

Con ocasion de ir marchando el ejército español sin hacer un dia de alto, no se habian podido juntar Alexandro y el de Umena, y habiendo llegado el presidente Janin sólo, aunque dijo se habia detenido con poca salud en Amiens, se le dió aquella respuesta que con Alexandro se habia apuntado, y si quedaban en aquella parte satisfechos; pero visto la mucha tibieza en la Junta de los Estados, sobre que muchas veces se habia hablado al de Umena, se fué confirmando alguna sospecha de que no andaban los franceses tan de veras como decian, sino que contemporizando hasta ver cómo salia lo del socorro de Roam, juzgando del daño que les pudiera ser si en estas materias pasaran más adelante, viniendo en lo que el Rey católico deseaba, si al Bearnés le sucedian bien sus pretensiones.

Esta era la ménos mala sospecha que se tenia, pero tambien se podria creer que el fin principal era dilatar su reinado el de

Umena, é ir gozando de las ayudas y socorros del Rey, nuestro señor, y la sustancia española que era lo que más lucidos tenia á él y á sus valedores. Con esto iba mejorando su partido para tratar con más ventaja suya el concertarse con el Bearnés, aunque verdaderamente no se dió crédito; pero bien se podia afirmar que el de Umena queria se le debiese todo con poder ménos de lo que era menester, que éste fué siempre el daño, y tambien de que lo queria encubrir y solapar.

En estas confusiones andaba combatiendo, sin saber el medio ni forma que tener para el buen expediente de lo que se traia entre las manos; pero si se socorriera á la villa de Roam, como se pensaba, tenia grandes esperanzas se abreviaria en la Junta de los Estados, donde se entendió se habia de hallar más disposicion para salir con lo que el Rey, nuestro señor, deseaba, que con los Príncipes y nobleza á solas, por estar tan asidos á sus particulares intereses. Una persona muy confidente del duque de Umena, que por algunos avisos que otras muchas veces daba á Alexandro y á los demas Ministros del Rey, su tio, que se hallaban con él, se le podia dar mucho crédito, discurriendo con Juan Bautista de Tassis, se habia dejado decir que cuando el derecho de la Sra. Infanta hubiese de mover á romper la Ley Sálica, era mayor el de la reina de Navarra, por ser más propíncuo al Trono, que no la hija de su hermana mayor; y aunque á esto le respondió, y habia tanto con que satisfacerle, arrimábase al ejemplo de lo que se hizo con el Cardenal; y, por otra parte, se sospechaba salia esto del duque de Umena, como era de creer, por la particular aficion que le tenia, y si era su fin dilatar la conclusion de lo propuesto, no era éste de los peores medios que se podian esperar.

El ejército español iba en este medio marchando la vuelta de la villa de Roam, como he apuntado, y habiendo partido de Linti, á la parte de Poys, le pareció á Alexandro ganar de cacamino el castillo de Fameseu, que está en el paso, que aunque no era de importancia fué necesario no dejar á las espaldas aquel padrastro, para asegurar más la campaña, y que los bastimentos y escoltas para el sustento del ejército no fueran mo-

lestadas del enemigo. Envióles Alexandro un trompeta convidándoles con la paz y que les haria buena guerra. Estuvieron pertinaces por haberles asegurado el Bearnés que los socorrería, porque se hallaban en Poys y en sus contornos, que era á dos ó tres leguas del ejército español; y pareciéndole á Alexandro se perderia tiempo en el principal intento de socorrer á Roam, mudó del que tenia, pareciéndole que dos dias por lo ménos que se podia detener en arrasar el castillo, era bien ganarlos, y como vieron los enemigos que Alexandro enderezaba su camino la vuelta de Poys, se rindieron el mismo dia y se prendieron veinte caballos del Bearnés, y de ellos se tuvo lengua que estaba su persona en Aumala, una legua de los alojamientos españoles.

El dia siguiente marchó Alexandro con todo su ejército la vuelta del enemigo con intento de deshacerle si le esperaba, y habiendo caminado media legua, se descubrieron algunos escuadrones de caballería puestos en gran frente. Alexandro, con el cuidado y presteza que solía, comenzó á ordenar los suyos de infantería lo más bien y gallardamente que se pudo desear; y porque estaban en un páramo desamparado, hizo ceñirlos de todos los carros del bagaje del ejército, cerrados por la retaguardia, con que los hacia más fuertes, respecto de que como era la plaza de armas tan desocupada y el Bearnés se hallaba con siete mil caballos corazas, y entre ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, que le seguia, fué necesario abrigar los escuadrones de la infantería de la manera que he referido, y no haber en el ejército español mil y cuatrocientos caballos.

Con este buen órden fue marchando Alexandro la vuelta del Bearnés y de la villa de Aumala, que era su alojamiento; desamparólo su persona y se adelantó con seiscientos caballos, aunque con gran valor y osadía, muy inconsideradamente, y pasó desta otra parte de Aumala y de una pequeña ribera que por ella pasa, y el resto de toda su caballería lo dejó de la otra. Fuése acercando á la vanguardia española, donde se hallaba la persona de Alexandro con los Príncipes y señores que le seguian, y dió órden le saliesen á recibir algunos caballos fran-

ceses desmandados, y á estos siguiesen con buen órden, el capitan Juan de Contreras Gamarra, con su compañía de arcabuceros españoles á caballo, y el capitan Jerónimo Cusan con la suya de italianos, los cuales comenzaron á trabar una fogosa y apresurada escaramuza con más de doscientos dragones, *infantes perdus*, del Bearnés, y con valor de ambas partes se fué calentando más, porque el sitio que el Bearnés tenia era estrecho y muy cerca de Aumala, y de la embocadura del camino que va á ella, mandó Alexandro hacer alto á los escuadrones de la infantería, y que sólo fuesen dando calor á los que escaramuzaban las compañías de lanzas españolas de Diego de Avila Calderon y de D. Alonso de Lerma, ambos animosos Capitanes y experimentados soldados; y no siéndolo ménos el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que despues que reformaron su tercio servia la plaza de Consejero de Guerra de Alexandro, no sufriendo el valor antiguo de la Casa de Leiva que le acompañaba estarse hecho alto con los demas que seguian la corte y guion de Alexandro, se adelantó más que otros, y entrándose en la escaramuza hizo su deber como en otras muchas ocasiones donde se habia hallado, y no ménos el marqués del Vasto, el príncipe de Asculi, D. Alonso de Luson, D. Diego de Ibarra, D. Juan Bautista de Tassis, D. Diego Pimentel, D. Rodrigo Lasso y otros caballeros españoles y señores italianos y del país que servian sin cargos cerca la persona de Alexandro, y sin desampararla pelearon bien armados y en lucidos caballos con tanto valor y osadía como lo pedian sus obligaciones.

El Bearnés, viéndose apretado tan de improviso, no obstante que con mucha gallardía procuró alcanzar este dia de Alexandro una muy gran victoria, se comenzó á desordenar y á retirarse con pérdida de más de doscientos hombres que le mataron; y si la vanguardia española que le salió á recibir llegara ántes, fuera posible no escaparse ninguno de los del Bearnés. A Monsieur de Gebri, que era General de su caballería, le mataron el caballo, y hubo opiniones que fué un soldado español de la compañía de Juan de Contreras Gamarra ó Don

Sancho Martinez de Leiva, porque hallándose muy cerca de él le disparó la pistola y estuvo muy á peligro de perderse; pero el Bearnés le socorrió con grandísimo valor, y aunque le tuvo como se podia desear, no pudo sustentar el puesto, porque el brío y osadía de los españoles se lo hicieron desamparar, y lo mismo el alojamiento que habia tenido en Aumala, el cual saquearon los españoles, y salió mal herido el Bearnés de un arcabuzazo debajo del falsete. Retiróse no con mucha opinion, porque fué con gran desórden hasta llegar al alojamiento que tuvo aquella noche, y algunos dijeron que lo habia hecho á espaldas vueltas, y el dia siguiente no paró hasta la villa de Ventaxeo, y desde allí se fué su persona á la de Dieps, donde se curó de la herida que le dieron, ó el soldado de Contreras ó D. Sancho Martinez de Leiva; porque solos ellos anduvieron más cerca de los enemigos se atribuyó el matar el caballo á Monsieur de Gebri y dar la herida al Bearnés y no á otros. Con este buen suceso se comenzó asegurar el que se esperaba del socorro de Roam. Despues de esto llegó el duque de Aumala con la caballería de Picardía, que eran hasta cuatrocientos caballos, y dijo que esperaba otros doscientos, con que llegaban á dos mil, que habria en el ejército español poco más ó ménos. Dióse una paga á la infantería y caballería francesa, y porque el dinero que habia llegado de Borgoña y de Amberes no montaban ochenta mil escudos, se procuraba conservar para socorrer el ejército español; todo era muy gran miseria para las muchas necesidades que pasaba.

Hubo opiniones y pareceres de soldados viejos y experimentados que por haber Alexandro mandado hacer alto á los escuadrones tuvo lugar el Bearnés de escaparse; pero los más acertados y que sin pasion juzgaban las cosas, echaron de ver fué muy gran prudencia el órden que dió previniendo el peligro como prudente y experto Capitan; pues no sabia Alexandro si en la estrechura y camino hondo por donde se retiró el Bearnés habia algunas emboscadas ó cuerpos de guardias en partes seguras ó fuertes, ó alguna fortificacion que con facilidad pudiera el Bearnés haber hecho y ser causa esto de vencerle,

habiendo sido ántes vencedor, como muchas veces se ha visto; y tambien si cuando el Bearnés volvió las espaldas dejara Alexandro seguirle á los escuadrones, fuera forzoso desordenarse en aquella estrechura y perder el órden de manera, y más con la codicia del saco de Aumala, que revolviendo sobre ellos la caballería enemiga, pues era tanta, romperlos y desbaratarlos; y así Alexandro previno lo que pudiera ofrecerse; y así debe el que se preciara de soldado imitar á este famoso Capitan y generoso Príncipe que tanto honró nuestro hábito militar, procurando siempre seguir sus pasos en las ocasiones de guerra, para acrecentar sus famas por medio de la industria y prudencia, que acompañada con el valor, se pueden esperar muy buenos sucesos.

Despues del pasado quiso el Bearnés cobrar el crédito que habia perdido, y con estar herido, al cabo de quince dias se hizo entrar en una litera y dió de improviso en el cuartel adonde estaba alojado el duque de Guisa, y le rompió y desbarató y ganó el bagaje y tambien su estandarte, que fué la mayor ganancia y pérdida que todos los Príncipes pudieron tener; y si no fuera por el Sargento mayor, Vega, valiente español (que lo era de un regimiento de franceses) que peleó gallardísimamente y resistió las tropas del Bearnés, se perdiera la persona del duque de Guisa y toda la gente que tenia consigo, que importara tanto como su estandarte; mas pocas veces reparan los franceses en estas pérdidas, porque estiman en más las vidas que sus reputaciones. Este Vega era un soldado muy honrado y particular del tercio de Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y sirvió en él desde que lo fué de Pedro de Paz, y en el motin de la villa de Cortray, en Flandes, que hicieron los soldados de este tercio, siéndolo de D. Juan Manrique de Lara, le hicieron su Sargento mayor; y siendo cosa tan odiosa el serlo de amotinados, se escapó y se fué á Francia á servir entre los franceses católicos, donde procedió honradamente, diferente de otros muchos soldados libres y desordenados que, habiendo procedido mal en los motines, se van á servir entre los enemigos de la Iglesia y contra su Príncipe y religion,

como hay y ha habido muchos que, perdiendo el respecto á Dios, han dado en manos de tan gran deshonra. Habíase retirado despues de la escaramuza de Aumala á la villa de Neujatel una gran parte de la caballería del Bearnés, y con ella Monsieur de Gebri, su Capitan general, muy valiente y gallardo caballero.

Alexandro, que deseaba deshacerla y desbaratarla, por ser la mayor fuerza que tenia en su ejército, de más de quinientos infantes, los más de ellos alemanes, que Gebri entró consigo, marchó la vuelta de Neujatel, y hizo con todo el ejército español una de las más insignes memorables facciones que jamás hasta hoy se ha visto, ni Capitan general emprendido; y no es mucho encarecerlo tanto, pues se sabe con la determinacion y gallardía que Alexandro acometia sus cosas.

Eran los 12 de Febrero, Mártes de Carnestolendas, dia breve, el tiempo lluvioso y los caminos empantanados, desde la mañana hasta medio dia. Llegó á Neujatel, que son seis leguas desde el alojamiento que habia tenido, y luégo con una presteza jamás vista, sin abrir trincheas, le plantó el artillería, y á cureña rasa la comenzó á batir y á derribar los traveses y á abrirle una muy buena batería, con tanta gallardía como se puede imaginar de un tan gran soldado, que no habia cosa dificultosa que emprendiese que no saliese con ella; y estando para darles el asalto, si bien era cerca de la noche, que por haber faltado el dia, demás del mal tiempo, que era muy áspero y riguroso el que hacia, se habia trabajado increiblemente, les pareció á Monsieur de Gebri y á los demas franceses que estaban con él, temiendo el rigor y furia de los españoles, procurar la paz y rendirse como lo hicieron, concertándose de salir con sus armas y bagaje el dia siguiente, y tambien se rindió el castillo que estaba dentro de la villa, plaza algo fuerte; cosa jamás vista en un sólo dia pequeño, con malos caminos y lloviendo caminar un ejército seis leguas con toda el artillería, sus pertrechos, máquinas, municiones, carruajes, bagajes y carros de víveres y sitiar una villa y castillo; hacer cestones, plantar el artillería, derribarle los traveses, batirla y

ganarla, todo en ménos de diez horas, con defenderla un General de la caballería y nobleza de Francia, el cual salió rendido á merced de Alexandro con mil y seiscientos hombres; los trescientos corazas y caballeros, y los demas infantes, soldados viejos, y el número de todos mil y seiscientos, experimentados y valerosos, como se supo lo eran; y que Monsieur de Gebri los habia escogido con determinacion de defenderse; pero el azar de la guerra tal vez consiste en la negligencia y descuido, y tal en la poca ó mucha determinacion de un Capitan general. Y despues de haberles dado libertad Alexandro á los rendidos, les mandó acompañar con una escolta de franceses, y se entendió que despues de haberlos puesto en salvo mataron los soldados de la escolta al Gobernador de la gente de guerra de Neujatel, porque fué uno de los que se hallaron en la conjuracion de la muerte del duque de Guisa, el viejo, padre del que hoy vive.

Con estas buenas facciones que con el ejército español hacia Alexandro, iba cobrando más opinion (si decirse puede de quien le sobraba tanta), que hasta allí, y asegurando más la campaña para poderle ir los bastimentos y demas vituallas y otras comodidades que le iban, haciéndose más fácil el socorro de la villa de Roam.

Despues de haber Alexandro ganado la de Neujatel, sucedió en la plaza de armas un caso, pocas veces ó ninguna visto en la guerra; y por ser pendencia de un inferior contra un superior, me ha parecido escribirla. El capitan Bartolomé de Torralva, Sargento mayor del tercio de españoles del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y Alonso Luis Fajardo, Capitan de arcabuceros de él, por palabras que pocos dias ántes habian tenido se volvieron á juntar, y sin poner mano á las espadas, alzó el Capitan la gineta y le alcanzó al Sargento mayor dos ó tres palos en el pescuezo del caballo, porque como su oficio no permite andar á pié en ninguna parte, se halló en él, y como el Capitan no lo estaba, y era muy pequeño de cuerpo, no le alcanzó á dar en la persona, si bien su ánimo fué de hacerlo y de ofenderle. El Sargento mayor puso mano á su espada y le fué á atropellar para matarle; pero el capitan Her-

nando de Isla y otros del mismo tercio que se hallaron presentes se pusieron en medio, y el capitan Fajardo se ausentó, más no de manera que no le prendieron luégo, y mandó Alexandro ponerle á buen recaudo. Fué caso no visto y de notar, pues una persona de tanto poder como la de un Sargento mayor y que representa tanta grandeza y autoridad, por ser ministro é instrumento de todas las órdenes de un Generalísimo, y que tanta mano tiene para todos los casos y sucesos que que se ofrecen en un ejército, un Capitan que estaba debajo de su dominio osase ofenderle con una gineta, y más por no ser cosa de honra ni de importancia las palabras que habian teninido. Alexandro, con la severidad que solia, visto la gravedad del delito, mandó luégo cortar la cabeza al capitan Alonso Ruiz Fajardo; y como no era muy bien quisto, aunque brioso y buen soldado, no hubo persona en todo el ejercito que quisiese rogar por él, sino una á quien él más habia ofendido, que era la del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que en las diferencias que el conde Cárlos de Mansfelt tuvo con él, que fueron causa de reformarle el tercio viejo de españoles de la manera que he referido, juró este Capitan contra él, siéndolo de su tercio, sin causa ni razon. Arrojóse á los piés de Alexandro y le suplicó con grandísimos encarecimientos y perseverante porfia le concediese la vida del capitan Fajardo. Respondióle que ¿cómo rogaba por quién habia sido su enemigo? Don Sancho replicóle que esto mismo le hacia suplicar á S. A. aquella tan particular merced; y aunque Alexandro comprendió cuán digno era aquel caso de un ejemplar castigo, le suspendió, movido de los virtuosos ruegos de D. Sancho, y remitió la causa al Auditor general; y tuvo bien poco que hacer en ella, porque cuando el ejército marchó del sitio de Neujatel, ántes de llegar á un alojamiento, llevándolo á cargo el capitan Francisco de Ayala, se le huyó el capitan Fajardo y se fué con el duque de Saboya, donde habiéndole empleado en su servicio le mataron en una ocasion de guerra, con que dió fin á sus cosas. Al Sargento mayor Bartolomé de Torralva le pesó mucho, porque tuvo intento de matarlo; no porque entendiese que su

reputacion se habia disminuido, sino por castigar el descomedimiento que tuvo en perderle el respeto; y es tan grande el que en la guerra se debe tener á los superiores, particularmente á un Sargento mayor, que es á quien se debe tanto como se deja entender.

Con las muchas ocupaciones del marchar y la poca priesa que se daba el duque de Umena en los negocios, no habia llegado el presidente Janin ni Monsieur de la Jatre á tratar de ellos, dando cada dia esperanzas que lo harian, y las sospechas que se tuvieron de estas dilaciones eran las mismas que he referido.

A los 14 de Febrero fueron los duques de Umena, Guisa y Aumala á hablar á Alexandro, y le aseguraron de que se les iria la caballería sin ninguna duda si no se les pagaba ó socorria con algun dinero. Hicieron tan apretadas diligencias con Alexandro, que se lo protestaron con término preciso de tres ó cuatro dias, que si en ellos no se les daba la satisfaccion, no estaria en sus manos detenerlos, y aunque Alexandro por su parte, y despues D. Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tassis les satisficieron poniéndoles delante que á la más de su caballería se les habia dado una paga, y la imposibilidad que entónces habia para pagarles, y la esperanza y certeza que se tenia de las provisiones que habia de enviar el Rey, nuestro señor, y cuán puntualmente en llegando se cumpliria todo lo prometido á su gente, no por esto quedaron con satisfaccion. Los esguízaros del Pontífice estuvieron para irse y deshacerse, por no quererles asegurar el duque de Montemarchano su paga para adelante, porque decia que no tenia dineros ni órden de Su Santidad para ello; y fué menester obligarse Alexandro, como General del Rey, su tio, y en su nombre, á darles la paga que se cumplia á 22 de este mes de Febrero, siempre que de Roma no llegasen pólizas para ello, porque se tuvo entendido que las dejó dadas Inocencio IX y las confirmó el Colegio de los Cardenales; y como nunca habian llegado y el plazo se iba acercando, comenzaban á importunar por el cumplimiento de lo que se les prometió, en que habia la misma dificultad que en lo otro; y

estando á tres leguas del ejército del Bearnés no dejaba de dar cuidado esta resolucion de los esguízaros, pues se ponia en ocasion de perder un buen cuerpo de infantería del ejército español, que era muy buena, y lo mismo toda la caballería francesa; y como gozaban de esta coyuntura todos los que estaban á devocion del Bearnés, viendo la materia tan dispuesta, procuraban hacerle tan buena obra; y para tener algo que dar al ejército del Rey, nuestro señor, pues solamente habia recibido una paga, envió Alexandro al contador Pedro Coloma á la villa de Abevila á negociar con un mercader que se llamaba Zameto, ya nombrado otras veces en estos escritos, alguna suma de dinero con que acudir á estas tres cosas, en tanto que llegaba el que se esperaba del Rey católico, al cual envió Don Diego de Ibarra en esta ocasion una carta del Mariscal de Aumont que le dió Monsieur de Rona, en que le avisaba con certeza del socorro que el duque de Florencia habia enviado al Bearnés, que no poco averiguado estaba.

Despues de haber ganado Alexandro á la villa de Neujatel y á su castillo, con fin de que el Bearnés se retirase de sobre la villa de Roam, como he apuntado, hizo recoger todo su ejército, y para ir más á la ligera mandó se quedase la mayor parte del bagaje en Neujatel, reformando el de ménos importancia; y para la guardia y conservacion de los enfermos, quedó el capitan Juan Franco de Ayala, del tercio del Maestre de campo Don Luis de Velasco, con alguna infantería española de la de ménos servicio que habia, y asimismo por Gobernador de la villa y castillo; y hallándose ya desembarazado y sin el estorbo del carruaje, marchó en dos jornadas la vuelta del ejército del Bearnés; y visto que no se levantaba del sitio, con hacer demostracion de querer pelear con él y darle la batalla, y que estaba á dos leguas muy pequeñas dél, esperando con toda su caballería, que era la fuerza principal que tenia, y que en las siete que habia desde allí á Roam hallara el Bearnés mucho mejor sitio y puesto para esperar á Alexandro que no el que tenia, y lo que se habia de padecer en la comida, particularmente de forraje, pues lo uno y lo otro tenia asolado y destrui-

do, se estuvo siempre quedo, y cuando se retirara le era forzoso hacerlo todo quemar para tener más necesitado al ejército español; y aunque hubo todas estas ocasiones para obligarle á la batalla, no hizo demostracion ninguna; y deseando Alexandro dársela y acabar de una vez con aquella guerra, se determinó, á los 27 de Febrero, enviar la resta del bagaje que le habia quedado á Neujatel con lo demas que se le entregó al capitan Juan Franco de Ayala para hallarse más desembarazado y con ménos que guardar, habiendo de pelear como lo deseaba; y así, tomó resolucion de hacerlo, y de partir á la ligera con todo el ejército á prima noche y amanecer sobre Roam, y dar un Santiago en los cuarteles y alojamientos del Bearnés, porque hallándole descuidado, sin darle lugar á poderse resistir, era forzoso, siendo de improviso, romperle y desbaratarle; este acuerdo fué de muy gran soldado, y de otro que de Alexandro no se podia esperar, pareciéndole era la más breve forma de socorrer á Roam, y no tan aventurada, aunque se ponia á todo el riesgo que se puede juzgar, fiado en lo que le valdria coger al Bearnés desapercibido; y dos horas ántes que lo queria poner en ejecucion, llegó de Roam un gentil-hombre de Monsieur de Villers, Gobernador de aquella plaza, con aviso de que el dia ántes habia hecho una muy gallarda salida á los cuarteles del Bearnés, y peleando con mucha gallardía le habian muerto casi seiscientos hombres, y le ganaron tres piezas de artillería, gruesas, y dos culebrinas; y con honroso trabajo las retiraron dentro de Roam, dejándoles enclavados otros tres cañones, y arrasados más de doscientos pasos de trinchera.

Tambien les ganaron dos banderas y muchos prisioneros, y entre ellos al gobernador de la Rochela, que murió de allí á pocos dias de algunas heridas que le dieron los católicos, y aunque los franceses de la villa hicieron en esta ocasion lo que se puede desear, guiados por el buen consejo de Monsieur de Villers, su Gobernador, no puedo dejar de advertir que no sólo ellos tuvieron la gloria de este vencimiento, pues quien más se lo ayudó á ganar y á conseguir la victoria de este dia fué una buena tropa de españoles que Monsieur de Villers habia reco-

gido, los cuales estaban á cargo de D. Antonio de Villegas, y servian entre los alemanes que tenia.

La mayor parte de los españoles eran de los que de las alteraciones de la isla de Bomel, en Flandes, y algunos que tambien se hallaron culpados en la de Cortray, se habian huido temiendo el rigor del castigo de Alexandro. Algunos de estos conocí yo despues, siendo Capitan en la provincia de Bretaña, que sin saber D. Juan del Aguila sus yerros, los admitió debajo de las banderas que tenia á su cargo; y no sé si despues, como personas que ya sabian fraguar un motin, hicieron el de Blavet y le perdieron el respeto. Gente de esta calidad no se habia de admitir en el servicio del Rey, nuestro señor, pues como personas que no han de esperar premio ni adquirir servicios para pretender pasar adelante, atienden sólo á servir de guías y caudillos de semejantes desórdenes, dando ánimo y persuadiendo á ellas á los demas soldados que por ventura no tuvieron pensamiento de ofender á su Príncipe ni perder el respeto á sus banderas; y aunque eran de la calidad que he escrito, no puedo ménos, siendo soldados de mi nacion, dejar de sacar á luz y que no quede obscurecido el valor con que este dia hicieron tan gallarda salida á las trincheras del Bearnés con la determinacion y osadía que se ha visto; pues á ellos se les dió la vanguardia, no obstante que no fué ménos el brío de los católicos franceses que allí se hallaron.

Con este feliz suceso le pareció al duque de Umena y á otros Consejeros que no se ejecutase lo que se habia ordenado, pues quedaba Roam sin necesidad, si bien Alexandro quisiera que se hubiera hecho, porque cogiera al Bearnés con ménos ánimo y amedrentado; pero siguiendo el parecer de los demas, cesó el suyo, que era excusar el riesgo á que se ponia todo el ejército y quedando Roam libre, siendo verosimil que el Bearnés no habia de porfiar más en el sitio, sino recoger su ejército y levantarse dél para buscar el español; y porque era flaco puesto, y no tan fuerte como se pudiera para esperarle el que se iba á ocupar, le pareció á Alexandro marchar otro dia siguiente, como lo hizo, á Neujatel, donde se confirmó la nueva de

este buen suceso; y un prisionero que se tomó dijo que se tenia por cierto en su ejército, y que sin falta iria con él el Bearnés á buscar á Alexandro; y en este medio le llegó otro aviso que habia mandado retirar de sobre Roam toda el artillería, pertrechos y municiones que allí tenia, con que habia batido el fuerte de Santa Catalina.

A Alexandro le pareció mejorar de puesto y enderezar su ejército la vuelta de Pondelarje para mejor entretenerle, por no estar tan arruinados sus contornos, donde se hizo alto hasta ver el designio del Bearnés; y si perseverara en el sitio de Roam, tenia Alexandro el mismo intento que ántes de socorrerle; pero la incomodidad del tiempo y la falta de dinero, y el poco alivio y ménos remedio de sustentar el ejército español, fué causa de menoscabarse, siendo cada dia mucho ménos de lo que fuera razon. Con estas ocasiones andaban las negociaciones más tibias de lo que se pensaba, aunque se entendió se habian de apresurar, mas como la falta de dinero era grande, y de él pendian todos los buenos y malos sucesos, no se sacaba el fruto que se deseaba, ni Alexandro se aventuraba á hacer las levas que tenia pensado para rehacer su ejército, que no era ménos este daño que otro que se podia esperar. No cesaba el duque de Montemarchano con sus avisos de dar sobresaltos al Pontífice, particularmente el comisario Matucho que siempre le escribia cosas muy fuera de lo que eran. No por esto le hicieron perturbar el ánimo que tenia; ántes bien estuvo muy constante en socorrer la Liga católica de Francia. Y aunque sea de paso, apuntaré algunas cosas de las que le escribia, porque no acababa de encarecer los malos tratamientos que á su gente le hacia Alexandro; y que los españoles le habian saqueado y robado todo su bagaje, y que fué maravilla salvar el dinero de Su Santidad; y que en los alojamientos era su gente muy mal tratada, y que por esta causa estaba casi deshecha, particularmente la caballería; y que no pasaban de cuatrocientas lanzas, y entre ellas habia poco más de ciento de servicio, por estar enfermos de lo mucho que habian padecido; y que los esguízaros cada dia pedian cosas nuevas, por cuya causa

era fuerza despedirlos; y que esto hubiera ya hecho el de Montemarchano, si no fuera por las protestas que Alexandro y el duque de Umena le habian hecho; y que todos estos desconciertos nacian particularmente de la mala satisfaccion que Alexandro habia concebido del duque de Montemarchano, solamente por no haberle querido dar la precedencia; y que no era en su mano segun las órdenes que tenia del Papa Gregorio. Pero el duque de Sesa que (como ya he escrito) se hallaba en la corte de Roma por Embajador del Rey, nuestro señor, procuraba con su prudencia y valor deshacer todo lo que Matucho y otros escribian, por ser inciertas nuevas, y sabia lo contrario, como persona que tenia de Alexandro y de D. Diego de Ibarra más ciertos y verdaderos avisos, y se maravillaba que en cuanto escribia Matucho no hacia mencion de la órden en contrario que el Papa Inocencio, luégo que fué elegido, mandó al cardenal Sfrondato que enviase á su hermano. Tambien escribió al Pontífice cuán gran engaño era pensar que Alexandro habia de hacer ningun buen efecto con las fuerzas que tenia, por ser muy inferiores á las del Bearnés, y que no se osaba apartar con ellas de la frontera de Flandes; y que la Junta de los Estados no tendria efecto, que todo eran palabras para engañar al Pontífice y al mundo, y significaba tambien que al Rey católico le convenia tener dividida á Francia, y al duque de Umena gozar del gobierno della cuanto más pudiese y de los socorros extranjeros que debajo de este pretexto le iban.

Otras muchas cosas que por no ser prolijo las paso en silencio, que Matucho escribia al Pontífice, no pude entender con qué fin; pero el duque de Sesa las deshacia con su buena mano y crédito, y le perdió Matucho harto, porque se contradecia en muchas cosas que el Pontífice halló verdaderas, habiéndo él asegurado lo contrario, como decir que su gente se le deshacia por falta de comodidad, y pareció haberle sobrado el dinero; y fuera bien tomar cuenta de él á Matucho, pues lo tenia á su cargo, y dejarse de hacer discursos de cómo se habia de socorrer á Roam y juntar los Estados, que de esto podia él saber

muy poco, no obstante que era Comisario general del Pontífice, y del dinero que tenia para pagar su gente. Tambien se quejó el de Montemarchano á Su Santidad que no le habia asistido el cardenal Gesa en lo de la precedencia. De esto nacia todo lo que á Matucho le hacia hablar tan libremente, que no se la perdonaba á ninguno de los Príncipes católicos que habia en Francia; y con el nuevo órden que el Pontífice envió, se remedió lo de la precedencia, y dando más crédito á lo que el duque de Sesa le decia que á lo que Matucho y otros le escribian, asistió á las cosas de Francia con grandísima voluntad, y juntó para hacerlo en este medio á la Congregacion, y lo que se resolvió en ella fué que se rehiciese su caballería de franceses, á cumplimiento de mil lanzas, y se conservasen los tres mil esguízaros, y que si acaso los hubiesen despedido se levantasen en su lugar otras mil lanzas francesas. Con esta resolucion tan buena del Pontífice, y con los sucesos de Roam se iban mejorando las cosas, si bien los tiempos y ocasiones hicieron mudar la fortuna de quien más favorable la tenia, como adelante lo veremos.

A los 6 de Marzo de este año partió Alexandro con todo el ejército español de Gamax, donde habia estado alojado, la vuelta de Pondermi; llegó en un dia haciendo demostracion de alojarse de la villa de Roam para descuidar al Bearnés y entrarle algun socorro sin que lo entendiera. Fué ardid de gran Capitan, pues parece cosa no vista, yendo un ejército retirándose de otro, socorrer la plaza que tenia sitiada; y fué así, que miéntras los corredores del Bearnés que habian ido á tomar lengua reconocian que marchaba el ejército español por camino extraordinario; aquella misma noche envió Alexandro á Roam, á cargo de Monsieur de la Barlota, quinientos valones y trescientos franceses, con alguna pólvora y dineros. Entraron sin otro impedimento que romper un cuerpo de guardia, por donde se echó de ver cuán flojamente tenia el Bearnés sitiada esta plaza; y así, por dejarla socorrida Alexandro, como por haber entendido que habian desembarcado en este medio en la villa de Diepa dos mil infantes herejes de Holanda y trescientos

caballos en socorro del Bearnés, y para poderle mejor resistir, pues se estaba todavía sobre Roam, le pareció á Alexandro rehacerle la guarnicion.

Hubo pareceres que se pudiera excusar esta retirada porque era dar bríos al Bearnés y desanimar á los de la villa de Roam y á otras que dependian de los movimientos del ejército español, y más si se acercaba á la frontera de Flandes, era más cierto deshacerse volviéndose los soldados á aquellos Estados, particularmente los valones, como lo habian comenzado á hacer, y no ménos los herreruelos é infanteria alemana, que con la inclemencia del tiempo y los malos alojamientos y la falta del dinero se deshacian, lo mismo la caballería de las bandas, salvo la ligera y la infantería española que habian resistido con más asistencia los trabajos en estas ocasiones, y no ménos la infantería vieja italiana.

La caballería del Bearnés fué en seguimiento del ejército español, mostrándose algunas veces, mas no osó acercarse ni emprender ninguna cosa de consideracion; sólo un dia se atrevieron al pasar de un rio cerca de Avebila, y cerraron (serian cuatro mil caballos) con mucho valor con los esguízaros del Pontífice, que juntamente con el tercio de españoles del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga llevaban este dia la retaguardia.

Viéronse los esguízaros en peligro de ser rotos y desbaratados; pero el escuadron de los españoles de D. Antonio de Zúñiga volvió las caras, y terciando las picas con su ánimo acostubrado resistieron el ímpetu y orgullo de la caballería del Bearnés, haciéndole perder mucha más tierra de la que habia cobrado. Señalóse este dia el Capitan y Sargento mayor Bartolomé de Torralva, que lo era del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, porque con su osadía ordenó á los soldados tan bien y tan á tiempo, que á no hacerlo, sin duda fueran rotos los esguízaros del Pontífice. El contador Pedro Coloma volvió en este medio de negociar con Zameto, y le dió cuarenta y tantos mil escudos con harto interes. Diéronse á la infantería y caballería francesa, y otros veinte mil por las

pagas de Enero y Febrero del duque de Umena, y con todo esto se conservaba tan mal el cuerpo de la milicia francesa, que como era pasada la ocasion del socorro de Roam y de la batalla que esperaban, se iba deshaciendo alguna parte de ella, particularmente la de Monsieur de Vademont y su persona, y áun se entendió seria lo mismo de la del Bearnés; y la gente del Rey, nuestro señor, no habia recibido ningun dinero más de el que se le dió cuando entró la primera vez en Francia, que no era el menor inconveniente para hallarse tan necesitada como estaba.

Tambien se tuvo entendido que la infantería que el Bearnés dejó sobre la villa de Roam se retiraria, y que sus fuerzas eran tantas que podia oponerse á las católicas, y que iria á buscar á Alexandro ó se pondria sobre otra plaza ménos fuerte y de consideracion que Roam, por obligar á Alexandro la fuese á socorrer; y si nó lo hacia, ganarla, y se le deshiciera su ejército, como algunos afirmaban le era fuerza retirarse y alojar lo que le quedara de él. Podian tanto las persuasiones de Monsieur de la Jatre y el ejemplo de lo que el Rey, nuestro señor, hacia con el duque Mercurio y el de Joyosa, que pretendia que el de Guisa (porque estaba resuelto á ello) fuese al país de Guiene y Poyten y pidiese á Alexandro con grandísima instancia alguna gente y ayuda para hacer la guerra por aquella parte; y como no la habia para dársela, ni era justo hacerlo sin órden del Rey católico, se andaba instando en esto y persuadiendo que no hiciera ausencia del ejército español á tiempo que se trataba de la generalidad de los negocios. Procurábase impedirles este viaje y excusar esta forma de caudillos ó cabezas, sino que todo pendiera de una, que era la persona del Capitan general del Rey, nuestro señor, y éste acudiese con la gente necesaria á las partes que se juzgase convenir, que se pagaba al de Umena, y de la francesa hiciese otro tanto, porque en lo de Roam se habia probado bien del inconveniente que era esta otra forma; pues pudiéndose desde Bretaña socorrer con tanta facilidad como D. Diego de Ibarra lo habia propuesto y escrito al Maestre de campo D. Juan del Aguila y al emba-

jador D. Mendo Rodriguez de Ledesma, tan á tiempo como he referido, y de lo mucho que importaba haber entrado el ejército del Rey, nuestro señor, en Francia, desobligado de socorrer á Roam.

A los últimos de Febrero llegó nueva á Alexandro de la muerte del Pontífice Inocencio IX en Roma, y que en su lugar se eligió al cardenal Hipólito Aldobrandino, florentin, á los 30 de Enero, á quien se llamó Clemente VIII, el cual confirmó el ayuda que su antecesor daba contra el Bearnés, y no quiso oir á los que de su parte le fueron á hablar, como el marqués de Pisani y el cardenal de Gondí y otros que trataban de su conversion y de los muchos inconvenientes que se ofrecian para la nueva eleccion de Rey, y el daño que recibirian los Príncipes de la sangre, por cuya causa habria mayor division en Francia. Estuvo siempre el nuevo Pontífice constante en no querer oir estas pláticas, y envió órden que el ejército que tenia el duque de Montemarchano se rehiciese en los esguízaros á número de tres mil, y la caballería á mil lanzas, y que el cardenal de Plasencia se detuviese en Francia, aunque sin darle título de Legado, mostrando intencion de darle mayor puesto para la primavera siguiente, y que enviaria la órden al duque de Montemarchano, y el dinero para conservar mejor los esguízaros que le servian, y se procurasen los que faltaban y la caballería á tiempo, porque en esto consistia todo, para que no faltase este año como el pasado; y lo mismo conviniera apresurar en la gente que se habia de levantar por el Rey, nuestro señor. Instaba en este medio (como persona que atendia á esto más que á otras cosas) D. Diego de Ibarra con el de Umena y los suyos para que se hiciese la junta que se esperaba y habia resuelto. Llegó el presidente Janin en esta ocasion, y dió más priesa á esta resolucion de lo que se pensaba, que no dejó de causar novedad, habiendo andado tan remisos en lo de la Junta de los Estados; y visto los avisos que Alexandro tenia por algunos medios, juntamente en no señalar los franceses dia ni lugar para lo que se habia acordado, y andar de ordinario celoso el duque de Umena de los que se inclinaban á la voluntad del Rey católico, engen-

draba no pocas sospechas de algun trato doble, aunque no habia mucha duda en esto; porque tenia Consejeros de no buena intencion que le procuraban pervertir; pero si él anduviera como ofreció, se pudiera tener por cierta la eleccion de la Señora Infanta, que era la propiedad en el reino de Francia; y aunque con medios costosos, y tanto como lo eran, habiendo de hacerse con cada particular, se pudiera dar por muy bien empleado; pero la verdadera seguridad de que lo que se apuntara, particularmente en los Príncipes franceses con quien se trataba, generalmente lo confirmaran los Estados y Parlamentos, y de lo que en nombre del Rey católico les habia ofrecido D. Diego de Ibarra, y tambien de la fuerza de las armas para cuando se hubiera de concluir; pero como hasta entónces no sabia su voluntad, ni tenia más órden que de proponerlo, la aguardaba D. Diego del Rey, nuestro señor, para que no se perdiese tiempo, habiendo de ejecutarse; y esto de manera que se consiguiese el fruto que se deseaba. Habian vuelto en este medio algunos franceses á decir cuánto más fácilmente viniera la generalidad de Francia en dar al Rey católico la Corona, que romper la Ley Sálica, y aunque se tenia declarada en este punto su voluntad, viendo que persistian en su opinion, la mudaria en algo; y era cierto se saliera con ello más fácilmente y con mayor conformidad del reino.

Viendo el Bearnés que no podia dejar de conservarse en el sitio de Roam, así por lo mucho que le importaba, como por deshacer el partido católico, y aunque en aquella salida que hizo Monsieur de Villers, donde perdió tanta gente, y que Alexandro se estaba á la mira de lo que determinase, le pareció con algunas tropas de caballería (sin desamparar el sitio de Roam), correr las campañas y procurar necesitar el ejército católico, porque en este medio se hallaba con muy buena infantería alemana, gascona, holandesa, esguízara y francesa, sin la caballería, que era mucha y buena, y por no desaprovechar el tiempo, viéndose con tanta pujanza, deseaba dar la batalla al ejército español; y viéndole con esta gallarda determinacion, le aconsejaron los suyos no lo hiciese, porque demás de ser

gobernado de un Príncipe de tanto valor y de buena fortuna como Alexandro y que tenia y criaba debajo de su mano tan prudentes y osados Capitanes, era forzoso ponerse á riesgo de perder lo que tanto le habia costado; y que les parecia entretenerse y estar á la mira de lo que el tiempo ofreciese, esperando el fin de las cosas del reino de Frisa, en los Estados de Flandes, donde los rebeldes al Rey católico habian hecho muy buenas facciones, por cuya causa le era forzoso á Alexandro acudir con brevedad al remedio de ellas, y dejar las cosas de Francia en manos de los católicos confederados, y que la gente que les quedase habia de ser muy inferior á la suya, y entónces podia determinar y conseguir lo que deseaba, y no en esta sazon donde tanto aventuraba; y cuando bien Alexandro volviera al socorro de los católicos y confederados de Francia, seria tan tarde que habria hecho muy grandes progresos; y de esta verdad podria tener experiencia por la remision y dilatadas resoluciones de los españoles.

No le habian parecido mal á Alexandro las negociaciones que D. Diego de Ibarra trataba y traia entre manos; y así le dijo las apuntase por escrito para en la primera junta proponerlas al duque de Umena, y que no poco trabajo le costaba á D. Diego el haber de juntar los que entraban en ellas, siempre que se ofrecia haber de comunicar el órden que tenia del Rey, nuestro señor; si bien no se sacaba más fruto del que se ha visto, con no haberle quedado diligencia ninguna por hacer que le pareciese útil; pero la sazon y el estado en que estaban las cosas, fuerzas y armas españolas, no eran tan á punto que pudieran reprimir las malas intenciones que habia, y atemorizar á los autores de ellas, ni que animasen á los que las tenian buenas á descubrir las suyas sin recelo de que en cualquiera tiempo les pudiese dejar de ir bien dello, sino porque ningun daño podia haber tan grande como dar en la confusion que se tenia presente, y ser ménos ponerse al riesgo de las dificultades que podrian nacer en efectuarse la voluntad del Rey, nuestro señor, en los Estados; y como era fuerza pasar estas cosas por la mano del duque de Umena que los habia de

juntar, y él tenia cerca de su persona tan malos y varios Consejeros, no se podia hacer más de pedírselo y mostrarle cuánto le convenia hacer en esto y en todo lo que el Rey, nuestro señor, deseaba su posible; pero por las consideraciones que se han referido de cuán fuerte cosa era despojarse un hombre del gobierno y mando de un reino, aunque diviso y prestado, se podia creer lo sentiria demasiado; tanta es la ambicion de los hombres cuando se ven en su imperio dilatando el tiempo para la conclusion de los negocios, como lo hacia el de Umena, que por no venir á ellos dejaba pasar las ocasiones, tanto por lo que he apuntado como por gozar de los intereses que se le seguian de la hacienda de España con que era socorrido; pero si en este medio hiciera lo que últimamente habia prometido, no duraran estos inconvenientes; pero como estaban tan engolfados y sedientos en sus pretensiones, todos los Príncipes franceses olvidaban de todo punto el bien general, por más que se les persuadia y aconsejaba lo contrario; y aunque el de Umena y el de Guisa estaban más avenidos, no con seguridad el uno del otro. No ayudaba en nada Monsieur de la Jatre, que era su fiel consejero, como otras veces he referido, ántes bien traia á tio y sobrino muy sospechosos y desconfiados.

La órden que en Roma habia dado el Sacro Colegio de los Cardenales, despues de la muerte de Inocencio, Sumo Pontífice, y la que despues envió Su Santidad para conservacion de las fuerzas que tenia en Francia, era como se podia desear, si correspondiera á ello el efecto; pero de la manera que lo habian entendido y ejecutado en Francia sus Ministros, no sólo se conseguiria tener en pié su socorro, pero perderlo de todo punto, porque demás que con la poca gana que habian tenido de estar sirviendo, se consumió casi toda la caballería, pues no quedaron cincuenta caballos, y los esguízaros estaban tan mal satisfechos de la forma con que el Pontífice queria que fuesen pagados, que á los 25 del pasado comenzaron á marchar la vuelta de sus tierras sin haber aprovechado todos los oficios que se hicieron con el duque de Montemarchano y el Comisario general Matucho para que los detuviesen, de quien se temia

y sospechaba procedia todo, si bien Alexandro y D. Diego de Ibarra habian tardado en persuadirse á esto, por la parte que le cabia el de Montemarchano, acordándose D. Diego de lo que debia, y creyéndose de lo que en esta materia le habia siempre dicho.

Esto habia sucedido tras haber Alexandro contentádose de pagarles del dinero del Rey, su tio, en tanto que el Pontífice mandaba remediarlo y proveerlo, lo que fuese á decir de la forma en que al presente mandaba se pagasen, ó á la en que fueron recibidos al sueldo, y se les habia pagado por lo pasado, así por este mes como por los que tardase en llegar respuesta del Pontífice á lo que sobre todas estas dificultades se le habia escrito, que sólo lo presente importó seis mil quinientos escudos; y tambien fué necesario no cobrar otros ocho que para la misma diferencia se habian prestado el mes pasado, y permitir que no pagase el Comisario general Matucho hasta que llegase nuevo dinero de Roma, trece mil escudos que le prestó el mercader Zameto; habiendo aguardado hasta esta ocasion con la palabra de Alexandro, y sido menester dárselos luégo, y esperar á cobrarlos como he apuntado; y con todas estas trazas y ver tan clara su intencion de que esto se acabase, sin parecer que eran ellos los que lo dejaban caer; y áun en esta ocasion no se habia llegado al fin de este pleito, y hasta que volviese Matucho de Amberes, donde dijo que habia ido por el dinero de esta paga, sobre que se habia litigado que para despedir los soldados le tenia y para que quedasen en el servicio del Pontífico le faltaba.

No querian los esguízaros moverse de sus alojamientos sin que se les diese satisfaccion. D. Diego de Ibarra hacia sus apretadas diligencias y procuró tuviesen remedio de raíz todas estas cosas, pues era de creer que el Pontífice (como se lo escribió á Alexandro) tenia voluntad de continuar sus socorros, se desengañase que en la forma que decia no le era posible sustentarlos, y era dar ocasion para que los católicos se desanimasen y los herejes cobrasen bríos, como lo hacian, de sembrar opiniones, que en los pueblos, y áun en los nobles tenian más

fuerza de la que fuera menester; y que si habian de ser tres mil esguízaros, se les habian de pagar al pié que con esta nacion siempre se ha tenido, porque con ellos jamás se han podido introducir novedades; y que diesen órden como se rehiciesen luégo hasta el número que faltaba, porque no eran ya más de dos mil escasos, y los mil caballos era necesario levantarlos de nuevo, pues (como ya he escrito) no eran más de cincuenta; y esto con la presteza que se podia considerar, pues eran ya los 11 de Abril, y todo lo que se adquiria habia de servir para el Setiembre adelante; y si como el duque de Sesa escribió, quisiera el Pontífice alargar la mano á mayores ayudas este verano, fuera asegurar de todo punto el buen suceso; pero el verdadero socorro habia de ser la cantidad de dinero que pensaba consumir, dándoselo al Rey, nuestro señor, para que lo emplease más útilmente y á mejor tiempo, y que se hiciese por mano de sus Ministros. Y aunque se temia le dejasen hacer esto, tantos como en el Consejo de los Cardenales habria de diferente opinion, como algunas veces lo escribió el duque de Sesa á Alexandro y á D. Diego de Ibarra, y que se habia maravillado mucho el Pontífice de estas cosas, y más de haberle representado necesidades, púes se tuvo por cierto que sobraron dineros para la paga de su gente, del tiempo del Pontífice Gregorio, demás de otras partidas que despues se le habian remitido al Comisario general Matucho, y que entendia estarian remediadas las desórdenes que en esta parte habia, con haber dado licencia al duque de Montemarchano para irse á Roma y ordenádole que no se valiese de los seis mil escudos que el Papa Gregorio le habia hecho merced, y que en lo de adelante mandaria tener cuidado se hiciese la provision del dinero anticipadamente; y para más satisfaccion, remitió el Pontífice al duque de Sesa las relaciones que le habia dado su Tesorero, para que se las enviase á Alexandro y pudiese ver por ellas el dinero que se habia proveido hasta los 28 de Marzo deste año; y con otros despachos que envió á Matucho y á Apio Conde, y las cédulas de cambio que últimamente remitieron. Estos avisos dió en este tiempo el duque de Sesa á Alexandro, por sacarle

del cuidado en que estaba, y le tenia el Pontífice muy grande de sustentar las mil lanzas y tres mil esguízaros hasta ver elegido un Rey á satisfaccion suya y de los católicos de Francia, y que en tanto que viese el fin desto y de conseguir la voluntad del Rey católico, no cesaria con todas sus ayudas temporales y espirituales y con la fuerza de las armas, como lo tenia ofrecido.

Si bien Alexandro habia deseado asegurar más de lo que lo estaba la villa de París y reforzar aquella guarnicion, y darle el sustento conveniente, por la mucha necesidad con que habia estado desde que entró en ella, no tuvo lugar á ponerlo en ejecucion por más apretadamente que D. Diégo de Ibarra se lo habia pedido, y más habiendo de sacar aquella gente para el socorro de Roam, como se habia acordado; y en pasándose la ocasion era forzoso volverla, sino es que se perdia ántes aquella plaza; y así fué necesario valerse deste aunque pequeño socorro, en que no se aventuraba mucho, y más de que con todas estas ayudas no era mayor el ejército español que el del Bearnés, ántes muy inferior, si bien algunos aseguraban no lo era en la infantería; y por esta razon no se le habia puesto presidio á la villa de Orliens, aunque lo deseó harto, por temor que los designios de Monsieur de la Jatria le habian de hacer daño, mayormente si los apoyara, como se entendió, de la autoridad del duque de Guisa, de cuya voluntad era tan dueño como de la suya; por esta causa sacó Alexandro la guarnicion que habia entrado en la villa de Neujatel, y el poco recato que en entregarla tuvo el capitan Franco de Ayala, á quien se le habia encomendado, lo escribiré adelante; y se temió que con los franceses que estaban dentro se habian de perder, siempre que el Bearnés procurase ganarla, que no fuera de poco daño para las cosas de la villa de Roam, por estar tan cerca y á la mano, ni era ésta de las menores causas para mover al Rey, nuestro señor, á procurar que el ejército que tuviera en Francia fuera más reforzado, pues no sólo habia de campear contra el del Bearnés, pero guarnecer las plazas que ganara y entrar presidio en las que se tuviera sospecha que el Bearnés habia de

emprender, pues con ménos que esto ninguna se aseguraba; y la afliccion y miedo con que las personas bien intencionadas de la villa de París estaban, y la desconfianza que tenian del duque de Umena por lo que allí habia hecho contra ellos, y aunque con justa causa tenian muchos opinion que las villas de París y Orliens, por estar tan léjos de las fronteras de Flandes, no era de lo más esencial que se procuraba tener por la dificultad con que se podian guarnecer, siendo plazas tan grandes y estando tan léjos del socorro, teniendo por conveniente conservar al reino entero, y por este respeto se tenia por conveniente y de grandísima utilidad el asegurarse de ellas, y cada dia se iba viendo esto más claramente, y de cuánto hubiera importado haberse ido apoderando de todas maneras de lo que se hubiera podido, pues sin duda más fácilmente y á diferentes condiciones se saldria con lo mismo que se pedia, y siempre que habia alguna diferencia entre el Duque y los de la Liga, la procuraba D. Diego de Ibarra, con su buena maña y prudencia, soldar lo mejor que podia, y las pretensiones de precedencia del duque de Montemarchano que podian causar poca conformidad cesaron con la órden que le vino de Roma, que era licencia para irse á ella, como he referido; que no fuera poco bien no haberse jamás comenzado, pues del intento que tuvo de salir con ello, y del pesar de lo que se le mandó en este caso, debia principalmente proceder el deseo de que acabándosele su ejército cesase la ocasion de servir en Francia sin el lugar que él pensaba tener.

Ya apunté la inadvertencia que el capitan Juan Franco de Ayala tuvo para entregar la villa de Neujatel, que tenia á cargo á los franceses; pues habiendo Alexandro resuelto con el de Umena que solos ellos quedasen de guarnicion en esta plaza y saliesen los españoles que habian quedado en ella, así para su defensa como para la guardia y custodia del bagaje del ejército español, dió el de Umena un recaudo al capitan Castillo, que lo habia sido de franceses en la Liga, y porque traia por cierta enfermedad una escofia en la cabeza, le llamaban los españoles Castillo Chaneta, siendo soldado de la compañía del

Capitan y Sargento mayor Bartolomé de Torralva en el tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga. Este fué á Neujatel y le dijo al capitan Franco de Ayala que dejase la fuerza y se la entregase, que así lo mandaba el duque de Umena. Hízolo así y sacó toda la guarnicion española y el bagaje, y se apoderaron los franceses de la Liga desta plaza. Túvoselo á mal al capitan Franco de Ayala, porque teniéndola á cargo por órden de Alexandro, dada por escrito con los requisitos que en semejantes ocasiones de entregas de plazas ó fortalezas suelen á los Alcaides ó Castellanos, la diese y entregase á quien no se la habia dado.

Fué un caso de consideracion y en que se debe mirar con mucho cuidado, pues á no haber venido en ello Alexandro, sin duda le cortaran la cabeza, y áun no estuvo muy libre de que se hiciese una muy gran demostracion con este Capitan, poco advertido y mal considerado; y así, debe el que tuviere á cargo alguna plaza mirar mucho, no sólo por su reputacion y la de su Príncipe, mas tambien de no entregarla si no fuere (y más si hizo pleito homenaje) á la misma persona que se la entregó, pues á esto está obligado el Capitan que en nombre de su General ó Príncipe guarda una plaza, y á ser tan cauteloso y vigilante que siempre ha de creer que le engañan, previniéndose de mucho cuidado en cualquiera acontecimiento para no quedar (por su negligencia) con tan mal nombre como se deja entender si le sucediese semejante descuido é inadvertencia como la que tuvo este Capitan, á quien Alexandro, ya que no le reprendió, no hizo merced ninguna, ántes le quitó la compañía por el descuido que tuvo en dejar ir al capitan Fajardo cuando lo tuvo á su cargo; y él quedó despues con tanto sentimiento, que no osando parecer en el ejército español, se vino á España y pasó á las Indias, donde tuvo un honroso cargo y murió en él de enfermedad.

Ya escribí como en nombre del duque de Umena dió el presidente Janin un papel en una junta de las que hacian, y la respuesta que delante de Alexandro le dieron los Ministros del Rey, nuestro señor; y asimismo á otros papeles que tambien

habia dado Monsieur de la Jatre á D. Diego de Ibarra para que Alexandro los enviase al Rey, su tio; fué en sustancia, que sobre lo que se habia de fundar la materia y particular, en que habia varias opiniones, si se daria á firmar en sólo lo ofrecido ó exceder dello, y D. Diego de Ibarra fué deste parecer creyendo era muy bastante para el bien de lo que se pretendia, y se habia alargado harto de lo que el Rey, nuestro señor, mostraba querer gastar en esto; y lo demas era enderezado á propio interes y particular, y no necesario para el bien general. El duque de Umena, por vía de consejo, dijo á Alexandro y á los demas que en estos negocios se ocupaban, que por deshacer sospechas y la opinion que se habia derramado de que él á solas trataba de una cosa tan grande, atendiendo á su interes y fines, y no á la generalidad de la Liga, seria de parecer que no se pasase adelante en este trato particular, sino que la conclusion de todo se remitiese á los Estados generales y que se ternian muy en breve, y que él veia tambien que, ó por no poder ó por no parecer justo á los Ministros del Rey católico que allí habia, anduviesen entretenidos en prometerles la asistencia del dinero que habian juzgado ser menester para los dos años, que de esta manera habria tiempo de escribirlo á su Magestad católica y aguardar su voluntad. Desde el principio fué de esta opinion D. Diego de Ibarra, no sólo por lo que el duque de Umena apuntaba, pero por lo mismo que agora juzgaba que el no pasar con lo tratado era por no poder disponer de los príncipes de Francia como él pensaba, y haber más dificultades en la satisfacion particular y pretensiones de cada uno de lo que él se persuadia, y tambien haber vuelto lo de Roam al mismo estado y aprieto en que estaba; ántes les debia de haber detenido convocarse á firmar un papel como el que se habia andado forjando, hasta ver el suceso que tenia, porque despues de declarado por escrito decian quedara irreconciliable con el Bearnés, cosa que no se podia creer sino que en cualquier tiempo que le quisiesen reconocer les admitiria y ofreceria buenos partidos; y porque seria más firme y legítimo, y quizá á mejor precio, que con la generalidad se concertase, Alexandro fué de parecer de aceptar este ofreci-

miento, y luégo cargar la mano en que los Estados se tuviesen á primero de Mayo en la villa de París ó en la de Sueson. Respondieron que á los 8 ó 10 estarian juntos en la parte que Alexandro juzgaba ser á propósito; y despues desta resolucion volvió el duque de Umena á decir que, para mayor seguridad de su voluntad y de la firme resolucion que habia tomado de seguir en todo la del Rey católico, holgaria de obligarse á esto, particularmente de la manera que quisiese Alexandro, con tal que fuese en gran secreto lo que así se tratase, por no faltar al decoro que debia á sus compañeros, para lo cual dió algunas memorias de lo que pretendia que el Rey, nuestro señor, le remunerase lo que habia servido y procurado poner la corona de Francia en la Sra. Infanta, su hija, las cuales envió tambien Alexandro al Rey, su tio, en cuyo poder se dieron, que consistian en cuatro puntos.

Las deudas que en nombre de la Corona habia hecho, á cuya paga se habia obligado particularmente, pero no ponia lo mucho que del Rey, nuestro señor, habia recibido. Alguna gruesa suma de dinero de contado de merced para pagar las suyas. El Estado de Borgoña en la forma que más particularmente se declaraba en su papel, y algunos cargos y honras para sí y su hijo. Andúvose considerando en lo que á estas cosas se le habia de responder, y lo que se pudo entender dellas era que las deudas á que habia obligado la corona de Francia se le debiera de remitir á que lo propusiera y tratara en los Estados, los cuales obligasen la Corona á la cantidad que les pareciera justo y debido. Que en nombre del Rey, nuestro señor, no se haria á esto ninguna contradicion. Al segundo punto se le ofreciera la parte que pareciera justo, ó como cosa que habia de salir del dinero del Rey católico; y era tan grande suma que pasaba de más de cuatrocientos mil escudos, diciéndole que se escribiria á S. M. C. sobre ello y se aguardaria saber su real voluntad. Y en cuanto á lo de Borgoña, que se le concediera conforme el Rey, nuestro señor, lo tenia ordenado; y si esto se hubiese de exceder en algo, no deberia repararse en ello; y de la misma manera en lo de los cargos y honras que pedia, porque

si él andaba como debia en este negocio, no habia duda sino que merecia toda la merced que el Rey, nuestro señor, fuera servido de hacerle.

El Bearnés, cuidadoso de entender todo lo que Alexandro y el duque de Umena trataban, lo procuraba como cosa en que tanto le iba por medio de algunos franceses católicos que andaban cerca de sus personas, y con grandísima instancia deshacia sus negociaciones con las inteligencias que traia, que eran más de las que se podian esperar, para que no le estorbasen á su pretension; y así se supo, y el mismo duque de Umena aseguraba que el de Nivers y el cardenal de Gondí habian propuesto por medio de Villaderoy grandes partidos y condiciones muy aventajadas para la paz, y de París y otras villas lo escribieron al ejército español que esto andaba muy adelante, y que llegaba á ofrecer el Bearnés que se haria católico, remedio que siempre se temió lo habia de guardar para lo último, aunque pudiera ser más eficaz en otro tiempo, si bien algunos afirmaban habia sido contra su voluntad, no obtante que permitió en esta ocasion que se casase con su hermana á la católica el conde de Sueson, lo cual no fuera dañoso para desengañar á los duques de Guisa y Nemurs que los traia el Bearnés vacilando con este casamiento; y hablando en ésta y otras materias D. Diego de Ibarra con Alexandro, le dijo que si acaso el Rey, su tio, estaba imposibilitado de embarcarse en tan grande costa y en una guerra de dos años, por tener otras cosas á que acudir, y le pareciese bien otro mejor medio en las del reino de Francia con el Bearnés, que lo mirase y considerase, que él creia que de muy buena gana trataria con S. M. C., plática que no holgara nada verla entablar el duque de Umena; al cual se le respondió lo que otras muchas veces, de la poca seguridad que debia tener él y todos los católicos del Bearnés, por más que los prometiese, y la constancia con que el Rey, nuestro señor, habia resistido siempre á esta plática, y cuán pronto estaba para conservar la religion en Francia; y como á sólo este fin se enderezaba todo cuanto en su nombre se habia propuesto, que era lo mismo que se trataba y no

acababan de creer (no sé si con malicia) que si las fuerzas españolas llegaren á sus pensamientos, Francia estuviera muy quieta con un Rey justo y cristiano; pero los que habian de procurar esto atendian á sólo el fin de sus pretensiones, porque las guerras civiles que habian enjendrado eran más para adquirir y esperar otras mayores que no la deseada paz que tanto aborrecian; y si acabaran de desengañarse que los fines y sucesos de la guerra eran tan dudosos, y los juicios de Dios tan profundos, abrazaran con más voluntad la que el Rey, nuestro señor, ponia en ayudarles y defenderles, por sólo conservar nuestra verdadera y santa religion; y como su intento deste tan gran Monarca era tan justo y tanto resplandecia sobre las demas virtudes en cuantas ocasiones se ofrecian.

D. Diego de Ibarra se admiraba de la variedad y mudanza de los franceses, porque como tenia á cargo aquellas negociaciones, y del suceso dellas habia de dar particular cuenta al Rey, nuestro señor, sentia mucho haberle de escribir tantas novedades; pero la naturaleza que tienen es madre dellas, y era fuerza, habiendo de negociar con ellos, pasar por esta imperfeccion; y así, no hay que maravillarse difieran algunas cosas de las que he escrito y no correspondan las unas á las otras, pues era defecto de la parte con quien se negociaba, irremediable por la de Alexandro, de D. Diego de Ibarra y de los demas Ministros del Rey, nuestro señor. El duque de Guisa porfió tanto en seguir el consejo y parecer de Monsieur de la Jatre, que en fin se le hubieron de dar de la hacienda del Rey católico diez mil ducados, y muy grandes esperanzas de que en acabándose el socorro de Roam formarle un campillo de un buen número de gente para que hiciese la guerra en Guiena; y con esto se partió del ejército español y dió su palabra de volver á hallarse en la ocasion, y de mostrar en las demas que se ofreciesen el reconocimiento que debia á los favores y mercedes que habia recibido del Rey, nuestro señor; y lo que apuntó en sus pretensiones particulares eran cosas muy fuera de toda razon, y dió papel dellas á Alexandro para que le enviara al Rey, su tio; y se temió mucho cuando se partió, no pasara á la villa de Orliens

y fuese causa de algun alboroto favoreciendo la parcialidad de Monsieur de la Jatre; y como tambien corrian en este medio algunas sospechas de que oia las pláticas del casamiento de la hermana del Bearnés, y que su madre la duquesa de Guisa trataba dello, porque llegado en Poyten no hiciese algun daño, demás de procurarlo detener como se habia hecho dándole dinero, se acordó que Monsieur de Roscio, persona que en Orliens tenia crédito y parcialidad, estuviese á punto para irse á entrar en aquella villa y estorbar al de la Jatre su intento, y se dieron tres mil escudos á el conde de Brisac, á quien el duque de Umena habia hecho Gobernador del país del Poyten para enviarlo más grato y obligado, y se le aseguró seria asistido para atropellar el designio que intentasen el duque de Guisa y Monsieur de la Jatre; y aunque los dias atras habia el conde de Brisac mostrádose poco devoto al servicio del Rey, nuestro señor, andaba en este medio muy puntual en él y daba grandes muestras de que se consiguiese en todo su real voluntad.

El duque de Nemurs envió un caballero de su casa á ofrecer á Alexandro que deseaba hallarse cerca de su persona, y que llevaria para servir en aquella guerra cuatro mil infantes y más de mil caballos; pero que para sacarlos del Leonés, donde los tenia, era menester cincuenta mil escudos, y que se le pagase su gente por seis meses, con que habiendo servido en el ejército español tres, pudiese volver con ella á su Gobierno. Alexandro le respondió agradeciéndole su voluntad, instándole que fuese, y ofreciéndole que seria pagada la gente que llevase desde el dia que saliese de aquella provincia todo el tiempo que sirviera en el ejército español, con que parecia debiera contentarse; pero su agente decia no era posible hacerlo, y replicósele que fuese sin gente, pues su sola persona seria allí de tanto momento para la composicion de cosas tan grandes como se trataban, en que le cabrian la parte de honra, comodidad y provecho que era justo y razon.

Monsieur de Vademont tenia casi deshecha toda su caballería, y la envió á Lorena á rehacer, y tambien para que se sirviese della su padre el duque de Lorena en lo de Astenem,

porque trataba de recuperarla. Su persona se partió de allí á pocos dias y Monsieur de Basompier, que era el que tenia poder del duque de Lorena para tratar en su nombre, el cual decia volveria á la Junta de los Estados, y ya habia propuesto lo que el duque de Lorena deseaba, cuya memoria envió Alexandro al Rey, su tio. Tambien se pretendia saber del duque Mercurio lo que particularmente habia ofrecido al Rey, nuestro señor, para que en la Junta de los Estados lo cumpliese y se tratase con quien tenia su poder en aquella conformidad, y lo mismo del duque de Joyosa, que habiéndoles el Rey católico hecho particulares mercedes y asistídoles con tan grandes socorros de gente y dinero, era de creer se habia llegado al cabo con ellos lo que podrian hacer en su servicio; y como todo se habia de venir á rematar en los Estados, era necesario que se tuviese noticia dello muy particular.

Las personas nobles de Francia que en estas negociaciones podian mucho, eran los duques de Umena, Lorena, Guisa, Nemurs, Mercurio y el de Joyosa, los Gobernadores y Tenientes de provincias y otros particulares de plazas y castillos de importancia. A estos era fuerza satisfacer y ganar con dineros, á cada uno conforme lo quo tuviera en su poder y dárselo de presente, haciéndole muchas honras y mercedes en el mismo Reino para adelante, y algunos entretenimientos, porque el Patrimonio real no podia llevar estas cargas. El brazo eclesiástico y los Diputados de las villas tambien era necesario, al respeto de los demas, hacerles la misma comodidad, y para lo uno y lo otro dinero aparte que sirviera sólo para este efecto á distribucion de quien el Rey, nuestro señor, mandara; y el que fuera Legado del Pontífice tenia lugar de hacer bien y mal, y así se procuraban con él los buenos oficios que eran necesarios para asegurar que se arrimase á una opinion, y en Roma más que en otra parte; y en toda Italia estaba admitido de que el cardenal de Vrandoma seria la mejor eleccion que podrian efectuar, y con esta confianza de hacer un tercer partido, decian era el casamiento del duque de Sueson con la hermana del Bearnés. No sé si me atreva á escribir que estos Príncipes y Seño-

res de Francia dilataban la conclusion de estos negocios por el fruto que sacaban dellos, pues como lo encarecian tanto, y por otra parte daban tan buenas espuelas á las cosas de la guerra, se ponia duda en cuanto ofrecian, y más de ver que cuando Alexandro las apretaba y procuraba oprimir al Bearnés buscaban medios para que no se ejecutasen, poniendo delante mil consideraciones, y estas las suspendian siempre que cesaban las armas y trataban de los negocios, no vendiéndolos tan baratos (por el interes que dellos sacaban) que no le costase al Rey católico muy grandes sumas de dinero, y siempre los tenia quejosos, que ésta era muy terrible desdicha para España, y más ver cuán poco lucia el trabajo que se ponia en todas las cosas y el poco fruto que el Rey católico sacaba de tan excesivos gastos como tenia; y si en algunas ocasiones se atendiera á lo que D. Diego de Ibarra advertia, que era apoderarse de las plazas que Alexandro iba ganando en Francia, y entrarles guarnicion por el Rey, nuestro señor, ni los franceses se hicieran tanto de rogar, ni se dejara de conseguir el intento que se llevaba y sacar alguna instancia de tanto dinero como se sembraba en gente desagradecida.

Deseaba D. Diego de Ibarra, que el Rey, nuestro señor, le enviase el órden que esperaba tener, así en las pretensiones y comodidades que se les habia de dar á los nobles de Francia, que he referido, como en otros apuntamientos de que convenia mucho se tomase resolucion, y tambien para que entrasen las fuerzas de las armas en aquel reino con más rigor para facilitar todo lo que se pretendia con más fundamento en la Junta de los Estados, y que cada cual mirase lo que contradecia; y para que aquellos Príncipes se contentasen con lo que era justo y no pretendieran las exorbitancias que pedian, y que las villas católicas confiasen que por este medio de darse á la Sra. Infanta aseguraban la religion, su descanso y conservacion de sus haciendas, conviniera que desde luégo, con extraordinaria diligencia, se rehiciese el ejército español de manera que fuera superior á todos los que el Bearnés pudiera formar; y lo que en esto se gastara fuera muy bien empleado, pues por

este medio se ahorrara á pocos meses despues de coronada la Sra. Infanta una muy gran suma de la que en otras cosas se presuponia gastar; y en esto sólo se podia fundar el Rey católico, su padre, para salir con lo que deseaba, porque todos los demas medios eran poco seguros, y sólo lo podia acabar la grandeza de sus fuerzas, porque por otra ninguna mano no era posible, pues los españoles, que eran el principal nervio de su ejército, y caballería que se habia de levantàr en Italia, teniéndose tanta experiencia del poco servicio que era la alemana, no podia ir si no era con su órden, y lo mismo si se sirviera que fuera alguna infantería italiana, y pudieran prevenirse alemanes y valones desde Francia.

Esto hacia Alexandro con grandísimo cuidado, y envió á Alemania por dos regimientos de soldados bisoños con fin de reformar los que tenia en Francia que estaban deshechos, y tambien intentaba de levantar otros de valones y alguna caballería, que todo era bien menester, pues no se hallaba en el ejército del Rey, su tio, de ocho á nueve mil infantes de todas naciones y dos mil quinientos caballos de servicio.

El duque de Umena daba tambien gran priesa á que se le diese dinero para las levas que habia de hacer, que se presuponia estarian hechas para despues de concluídose en los Estados lo que él esperaba, sino que se ganase tiempo; y aunque por mil razones habia convenido andar cortos en esto, le pensaba proveer Alexandro para levantar dos regimientos de alemanes, veinte compañías de caballos y tres ó cuatro regimientos de franceses de á mil infantes, y con todo eso se quejaba; y demás de pagarle la infantería y caballería que de presente tenia, que aunque era poca para servicio, era mucha para la paga, y su artillería y vituallas, sin esto pretendia una gran suma aparte para guarniciones extraordinarias, como sueldos de Embajadores y otras cosas semejantes, los cuales decia suplia del dinero que se le daba del Rey católico, cada mes, y que como en esta ocasion no se le pagaba más de su ejército, era menester darle lo que decia, porque si no se perdieran aquellas plazas y la negociacion del partido de la Liga que se sustentaba en

las cortes de Madrid, Roma y otras partes, lo cual miéntras se concluia, la soberanidad de la Sra. Infanta estaba á su cargo, y no era justo dejarlo caer tanto; mas en aquella sazón, Don Diego de Ibarra, como persona que tenia á cargo la máquina y peso de los negocios que el Rey, nuestro señor, le habia encargado, hacia tan gran instancia en la Junta de los Estados como se podia desear; pero aprovechaban en este medio tan poco sus diligencias, que el fruto que dellas sacaba era el trabajo y fuerzas que ponia, con que parece quedaba descargado, no obstante que no se conseguia el efecto de lo que deseaba, pues de su parte hacia todo su posible.

La causa era no estar la fuerza y poder de las armas españolas en el estado que fuera justo, pues en vez de atemorizar las personas que con malos intentos procuraban estorbar lo que se pretendia, y á otros autores de perniciosas costumbres y dañadas intenciones, se animaban con mayores bríos á deshacer y atropellar á los que mostraban voluntad de descubrir sin ningun recelo lo que en cualquiera tiempo les dejara de ir bien dello; pero como ningun daño era mayor que la confusion tan duradera y dilatada en que se hallaban, crecian las dificultades al peso y medida de la mal lograda esperanza de que se consiguiese la voluntad del Rey, nuestro señor; y como era fuerza que ésta habia de pasar por la del duque de Umena en el juntar los Estados, no se podia caminar más apriesa del paso con que él llevaba estas cosas, ni se le podia apremiar á más que mostrarle y darle á entender lo mucho que convenia ver siquiera el medio del fin que se pretendia, ya que el principio destas negociaciones habia sido tan á costa de la sangre y hacienda de España, que el interes della y no verse desposeido el de Umena de la potestad en que se hallaba, le hacia dilatar tanto lo que se pretendia y olvidar él y los demas Príncipes el bien general del reino, si bien él y su sobrino el duque de Guisa estaban más avenidos, pero no con seguridad el uno del otro, porque lo queria así Monsieur de la Jatre, como ya en otras ocasiones lo he escrito.

Los católicos y bien intencionados de Francia se desanima-

ban mucho porque la gente del Pontífice se deshacia, y de ver el mal órden que sus Ministros daban en conservarla, y la poca asistencia que les daban, pareciéndoles que habian de cesar sus socorros, y que los del Rey católico, por no tener tanta fuerza como se pretendia, tampoco habian de ser duraderos, si bien la experiencia les habia mostrado lo contrario. Deseaba Alexandro, á persuasion de D. Diego de Ibarra, reforzar la guarnicion que el Rey, su tio, tenia en París, así para dar ánimo á los católicos que (como ya he apuntado) se desflaquecian, como por lo mucho que importaba tener allí estas fuerzas para oprimir los movimientos de algunas personas mal intencionadas que allí habia; y lo peor era que, habiendo de volver Alexandro forzosamente á socorrer á Roam, le habia de obligar á sacar esta guarnicion de París, como despues lo hizo, por la necesidad que tenia de gente y ser el Bearnés superior en caballería; y por esta misma causa no habia enviado Alexandro presidio á la villa de Orliens, aunque lo deseaba; y porque los designios y trazas de Monsieur de la Jatre no redundasen en dar sobre aquella villa como se tuvo entendido, y más si el duque de Guisa lo disimulaba; y temiendo esto, mandó Alexandro que se sacase la guarnicion que habia entrado en la villa de Neujatel, porque era de creer que la francesa que estaba en ella, siempre que el Bearnés fuese sobre aquella plaza, se le rendiria, que no fué de poco daño para las cosas de la villa de Roam; y por estas causas era necesario que el ejército español fuera más poderoso, así para resistir el contrario como para guarnecer las plazas que se iban ganando; y en otras de que se tenia sospecha que el Bearnés habia de emprender, pues de no hacerse así no se podia tener seguridad de ninguna, y no era ménos dañoso (como he referido) la afliccion en que se hallaban los católicos de París y la desconfianza que tenian en el duque de Umena por la justicia que allí hizo de los Consejeros; y esta plaza y la de Orliens desearon siempre guarnicion de soldados del Rey, nuestro señor; pero como eran villas tan grandes y tan léjos de la frontera de Flandes, de donde les habia de ir el socorro, se tenia por dificultoso con-

servarlas, y fuera de muy gran importancia, si desde el principio desta guerra se hubiera entrado presidio por órden de Alexandro en las plazas que su ejército iba ganando; y estando apoderado dellas, fuera más fácil el salir con la pretension que el Rey, su tio, tenia, que no hallándose en Francia ni un palmo de tierra que pudiera decir que era suya, habiéndole costado tanta sangre y dineros el haber ganado la que volvió á entregar á quien luégo la perdia.

No poco cuidadoso andaba D. Diego de Ibarra en hacer la Junta de los Estados, que como negocio particular á que debia atender no lo dejaba un punto de la mano; pero la poca que se daba á esto el duque de Umena hacia que se dilatasen cuantos negocios trataba, de suerte que la disposicion dellos era tan larga como lo demas, causa de que se iba conociendo cada dia que sólo procuraba su propio y particular interes y el de los demas Príncipes de la Liga, que no el bien general del Reino.

Alexandro que antevia estas pretensiones francesas no dejaba por su parte la solicitud hasta ver el fin de la que tenia el Rey, su tio; pero sacaba dellas el mismo fruto que D. Diego de Ibarra, si bien acá en España les parecia no caminaban las cosas como se deseaba; pero como pendian de la voluntad de quien las habia de ejecutar, en vez de dar espuelas á estos negocios, los hacia caminar con tanta pesadumbre (por tener los piés de plomo), como ya lo hemos visto; pues habiendo de ser mayor la satisfaccion particular de lo que el de Umena y los demas pretendian, y que el Bearnés apretaba en este medio mucho más el sitio de la villa de Roam que ántes, mal se podia con estos dos contrarios dar conclusion á lo que se pretendia, aunque se conocia por experiencia que siempre que el duque de Umena y los demas, sus confederados, quisieran reconciliarse con el Bearnés los recibiera con muy buenos partidos y les hiciera mucha merced, particularmente en tiempo que se entendió que el ejército que D. Alonso de Vargas, prudente y valeroso Capitan, tenia á cargo en España habia de entrar con él en Francia por las montañas de Jaca, que no poco atemori-

zado tuvo este aviso al Bearnés; y si se pusiera en ejecucion, se creyó se diera fin con mucha brevedad á lo que se pretendia, pero estórbolo el detenerse en Aragon á aquietar los rumores que allí hubo en este medio; y por haber tocado este punto, me ha parecido advertir que este ejército no se levantó para este efecto, como algunos ignorantes y de no buena intencion piensan, sino para entrar en Francia á deshacer las fuerzas del Bearnés, y no para Aragon; pues las de la nobleza que hay en aquel reino eran bastantes á atropellar aquella alteracion mal entendida de muchos y peor considerada de otros, pues no la movieron gente de importancia, sino los muchos franceses que hay en Zaragoza, naturalizados, que ayudados de los moriscos, todos amigos de novedades, como gente plebeya y ruin, la hicieron, y no los aragoneses, porque son y han sido muy leales á sus Reyes, y tan firmes y constantes en el observar sus fueros y costumbres, que nadie les pasa adelante; y yo formara muy gran escrúpulo si dejara de escribir esta verdad habiéndoseme ofrecido la ocasion, porque en el poco tiempo que serví al Rey, nuestro señor, en Zaragoza (como he referido), ví y entendí muy particularmente ser muy fieles vasallos y aficionados al servicio de su Rey, y tanto como se puede desear; y aunque parezca escribo variedades en los negocios y guerras de Francia y en alguna manera duplico las cosas que no conviniera, y que lo que escribo difiere de lo pasado, y tal vez no corresponde lo uno con lo otro, y tal se vuelve á tomar el hilo que se habia roto, se ha de entender que la falta desta imperfeccion es la naturaleza de los franceses, que es madre de novedades, y lo que hoy proponen y ofrecen mañana están de otro parecer, sin poderle tener seguro en cosa alguna de las que prometen; y esto es casi general en toda esta nacion, y causa de que en mis escritos (como ya he apuntado) haya alguna variedad, y que no poco es de sentir para los que leen historia, si no saben las causas, darán la culpa al autor, y así me ha parecido hacer esta prevencion.

El Bearnés porfiaba tanto en estarse sobre la villa de Roam, que aunque sin fuerzas para ganarla, la habia reducido á tanta

necesidad, que por esto y lo que podia temerse de los que habia dentro, por ser gente que no estaba acostumbrada á padecer trabajos, se resolvió Alexandro de ir á socorrer esta plaza, y se partió á ponerlo en ejecucion á los 16 de Abril, con tener tan poca gente todo el ejército español y tan mal asistida como ya he escrito; pues si bien pensó valerse de alguno de los Estados de Flandes por los inconvenientes que le habia representado el conde de Mansfelt, y la necesidad que tenia áun de mayores fuerzas para resistir al conde Mauricio y á los demas rebeldes no lo habia sacado.

El comisario Mateuche no llegó con el dinero del Sumo Pontífice para pagar los esguízaros tan á tiempo como se esperaba; y así, en ninguna manera quisieron marchar con el ejército español, y fué fuerza que de cincuenta mil escudos que llegaron dos dias habia de España para repartir en su ejército les mandase dar Alexandro una paga, y que esperasen por la suya los españoles y demas naciones, no obstante que se les habia tomado muestra para darles dineros, que áun hasta en esta ocasion de tanta necesidad les sobrevino este estorbo. A Alexandro que deseaba hacer el socorro de Roam, le pareció, con una presteza jamas vista, por no perder tiempo y ganar todo el que pudiese por redimir aquel pueblo que se veia afligido, vencer un imposible de los que solia, que fué hacer un camino por donde jamás hombre humano habia pasado, que era por un brazo de mar muy caudaloso, que se junta con el rio de la villa de Abevila, le buscó el esguazo por ir muy extendido por aquella parte, distancia de más de media legua, y lo fueron pasando todas las naciones del ejército y caballería de los Maestres de campo D. Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Idiaquez llevaron la vanguardia, y les llegaba á los soldados el agua (por algunas partes) á los pechos, y por otras algo más y ménos; los Alféreces que tenian caballos tomaron las banderas de los que iban á pié, y á uno de ellos, que era de la compañía del capitan Cristóbal Hernandez, del tercio de D. Antonio de Zúñiga, le sucedió un descuido notable, y no escribo su nombre por la misma razon, y fué que, pudiendo fiar su bandera de otro Alfé-

rez, ya que él iba á pié, si bien le tocaba llevarla, que fuera lo más acertado, se la dió á su abanderado, que era un muchacho pequeño, de nacion aleman, y no cuidando el Alférez más que de su persona en el esguazo y trabajo que pasaba, no atendió á mirar por su abanderado, el cual, habiendo ya llegado de la otra parte del agua con su bandera al hombro, se mezcló con las del tercio de D. Alonso de Idiaquez.

El Alférez llegó á tierra, donde ya juntos y hechos alto los demas de su tercio con sus banderas, llegó á ellas y echó de ménos la suya; y aunque procuró buscarla, no la pudo hallar; pero su Sargento, que hoy vive y se llama Alonso de Ariza, natural de Ibros, junto á Baeza, y muy valiente soldado, más codicioso de la honra de su Capitan y compañía, hizo muy gran diligencia, hasta que halló su bandera, que no poco perdida habia estado, y la llevó al escuadron con las demas; y el Capitan que vió el cuidado del uno, y descuido tan grande del otro, premió y castigó á sus Oficiales como era razon. Al Sargento le hizo luégo su Alférez, y al que lo era le privó del cargo, dando con esto ejemplo á los demas, para que se entienda cuánto importa en la guerra guardar cada uno lo que tiene á cargo, particularmente una bandera que representa la persona de su Príncipe, y no sólo la reputacion de una compañía pero la de todo un ejército, debe un Alférez en todas ocasiones mirar mucho, demás de la gran confianza que dél se hace, por la custodia y guardia de su bandera, y no fiarla de persona de quien no se tenga muy grande; y no como algunos, que habiéndoselas entregado á sus abanderados, no se acuerdan dellas hasta que se llega á la plaza de armas ó alojamiento; y para no caer en semejantes peligros y descuidos, suelen los Alféreces cuidadosos encomendarlas á sus compañeros en semejantes ocasiones como la que se ofreció en este esguazo, y no de abanderados, y más siendo tan pequeño como lo era el que perdió esta bandera; y así se deben mirar mucho los que se hacen, si fuere posible cada uno de la misma nacion que el Alférez, particularmente que sean de buena edad y hombres que puedan en un peligro y ocasion de guerra librar la bandera de su amo,

aunque para esto suelen llevar los Alféreces á sus camaradas y no á muchachos, que da vergüenza verlos quedarse por los caminos y desamparar sus puestos, y á no tener el particular cuidado que tiene el Alférez que marchando va de guardia á las banderas, cada dia se quedarian algunas por los caminos por fiarlas de rapaces que ni áun para mochileros son buenos, cuanto y más para llevar una bandera; y al verse desposeido de ella el Alférez del capitan Cristóbal Hernandez y que se la dió á su Sargento, cobró tanta vergüenza, que de allí á pocos dias se ausentó del ejército, y viniéndose á España, dió en manos de los enemigos y le mataron y le hicieron mil pedazos.

Habiendo pasado Alexandro con todo su ejército de la otra parte del agua con inmenso trabajo, llegó con él á Callí; á cuatro leguas de Roam: era puesto que se procuró ocupar por ser el más á propósito que pudiera escoger el Bearnés queriendo pelear. Hizo demostracion desto con algunas tropas de caballería formadas en buenos escuadrones, por cuya causa se entendió, y por no haberse tenido aviso que hubiese retirado su artillería y municiones queria esperar en los puestos que habia ocupado para pelear con Alexandro, el cual, gozoso de ver se le ofrecia la ocasion que deseaba para de una vez acabar aquella guerra con deshacer las fuerzas y orgullo del Bearnés, hizo poner en órden todo su ejército, y con esta determinada resolucion comenzó á marchar ántes del dia, y poco despues se supo de unos prisioneros que enviaron á Alexandro los corredores del ejército español, que temeroso el Bearnés de ser roto y desbaratado se habia levantado del sitio que tenia puesto á la villa de Roam la noche ántes, y hecho su alojamiento la vuelta de Poudelarje donde tenia un puente sobre el rio Sena y estaba en su mano el pasarse de la otra parte siempre que quisiese excusar el pelear, y por esto se continuó en el marchar hasta que aquella misma tarde se llegó á vista de la villa de Roam, adonde estuvo en campaña Alexandro con todo su ejército la noche y el dia siguiente.

Túvose Consejo sobre si convenia ir á buscar al Bearnés

estando (como dije) en su mano el pelear ó no, y pudiendo con diferirlo consumir los pocos bastimentos que tenia Alexandro para sustentar su ejército, demás de que todos aquellos contornos y campañas estaban arruinadas, y no se hallaba en ellas género de cosa ni forraje para los caballos, ó si seria más acertado sitiar la villa de Caudebeque, situada en el márgen del mismo rio de Roam á la parte de Abredegracia, plaza fuerte y puerto de mar, para que siendo señores de ella, quedase limpia y desembarazada toda la ribera, de suerte que pudieran entrar en Roam algunos navíos de bastimentos y municiones, y aliviarla del prolijo sitio que habia tenido. Túvose este acuerdo por muy acertado, si bien algunos Consejeros no vinieron en él; mas viendo que la infantería inglesa y holandesa que servia al Bearnés estaba con poca satisfaccion, y la demas gente de su ejército cansada y descontenta, y tenerle dividido en la una y otra parte de la ribera, y que alguna nobleza que habia despedido áun no la tenia junta, no obstante que la envió á llamar, le pareció á Alexandro poner en ejecucion lo que se habia acordado, y así, marchó con todo el ejército y llegó sobre la villa de Caudebeque á los 23 de Abril; y despues de acuartelado el ejército le pareció á Alexandro irla á reconocer y ver los puestos necesarios para ocuparlos como convenia, sin fiar esto de nadie, como siempre lo acostumbraba en todas las plazas que espugnaba, que habian sido sin número; y habiéndola reconocido, le pareció no ser muy fuerte.

La guarnicion del Bearnés que habia en esta plaza, salió á escaramuzar con la infantería católica que llevaba Alexandro, la cual peleó valerosamente con los franceses enemigos, que porque no se les acercasen habian tambien hecho de su parte en aquella salida cuanto pudieron, y no ménos una buena armada de más de cuarenta navíos que se opusieron á la infantería de Alexandro; y aunque le tiraban de ellos, no hicieron mucho daño, si bien lo habian procurado cuanto les fué posible con toda su artillería; y al tiempo que Alexandro y el príncipe Ranucio Farnese, su hijo, y Monsieur de la Mota, General de la artillería del ejército español, con Monsieur de Rona y el Sar-

gento mayor Bartolomé de Torralva andaban retirando los soldados católicos que demasiadamente se habian empeñado, no siendo ya necesario hacerlo por estar reconocida la plaza, vino una bala enemiga y le dió á Alexandro en el brazo derecho y le pasó por entre las dos canillas, y fué menester sacársela abriéndosele por la otra parte. Esta herida fué desde el codo hasta la muñeca, y á no ir la bala cansada, sin duda le hiciera todo el brazo pedazos, porque despues hubo pareceres que era de mosquete. Atribuyóse á más que buena suerte, pues no le ofendió nervio ni cuerda alguna, habiendo tantas por aquella parte, ni le sobrevino ningun accidente; y al tiempo que le hirieron no hizo semblante alguno ni lo dió á entender, y le dijo al Capitan y Sargento mayor Torralva, que si estaba herido: respondióle que no, pero que S. A. lo estaba, porque le vió correr la sangre por el brazo abajo. Alexandro le dijo que no era nada, y se retiró por su pié sin querer caballo hasta su alojamiento, con harto valor. Su poco recato y ánimo invencible le hacia siempre en cualquier ocasion ser el primero al embestir contra los enemigos, y el último al retirarse, pues se esponia á los mismos peligros que un soldado particular.

Esta desgracia sintió todo el ejército español, como era razon, porque el mucho amor que le tenian y la falta que hizo su persona, por su poca salud, se fué conociendo de allí á pocos dias, así para las negociaciones que tenia entre manos como para los soldados, particularmente los de la nacion española que le amaban y tenian por padre, reconociendo siempre las honras, mercedes y acrecentamientos que les habia hecho.

El Bearnés se dió harta priesa en juntar sus fuerzas, que (como he referido) habia comenzado á licenciar alguna de su caballería, particularmente la nobleza que le seguia; pero todos se fueron recogiendo con tanta presteza que engrosó su ejército como lo podia desear; y viéndose tan poderoso, determinó de ir á buscar á Alexandro y procurar deshacer sus fuerzas, y aunque eran muy inferiores, no obstante que se hallaba con tan poca salud; se previno y determinó esperarle, y mandó que se diese mucha priesa para batir y asaltar á Caudebeque, para que

cuando fuese el Bearnés á darle la batalla se hallase más desembarazado. Con la operacion continua que se habia tenido desde que el ejército español partió de Formentieres, no se pudo tratar de los negocios, ni apretar en la Junta de los Estados, que no poco le pesaba á D. Diego de Ibarra, por ser una de las cosas que más desvelado le tenia, por pender de él más que de otra persona, fuera de la de Alexandro; y como no se podia hacer más de instar con el duque de Umena que cumpliese lo ofrecido, se iba con él al paso y medida de las esperanzas que daba; y si pasara adelante la reputacion que el ejército español iba adquiriendo, se tuvo por cierto se ganaria mucha tierra en la negociacion, pues no podia dejar de tener muy buen suceso; pero las ocasiones que el tiempo ofreció en estas guerras cortaron el hilo á las esperanzas y designios que habia, atrasándolas de manera que se cogió de ellas ménos fruto del que se entendió.

A los 27 de Abril de este año, habiendo esperado Alexandro el reflujo de las aguas del rio de Caudebeque, que son las mayores que se han visto las que en aquellas riberas se enjendran por la fuerza de las embravecidas olas que el mar Océano despide en aquel canal desde Abredegracia, mandó plantar la artillería y que se batiesen lo primero los navíos de la armada, porque estando desalojados de sus puestos se pudiese mejor y sin estorbo batir la villa. Hízose con gran presteza por el buen gobierno y solicitud de Monsieur de la Mota, que se vieron muchos navíos en gran peligro, y el Almirante que se habia quedado á recogerlos y á navegarlos, procurando el salvamento, salió muy mal tratado y á riesgo de perderse de los muchos cañonazos que le dieron; y no pudiendo hacer otra cosa, se rindió con otros navíos pequeños á merced de Alexandro, y ganáronse ocho piezas muy buenas de artillería. Acabado esto, sin perder tiempo se comenzó á batir la villa con tanta furia, que á los primeros cañonazos temieron los enemigos, y tocando una caja, pidieron la paz á muy gran priesa. Dieron desto aviso á Alexandro, y mandó que se la concediesen, y se rindieron este mismo dia á pactos de salir con sus armas y bagaje, deján-

dose las banderas. Hízoseles este buen partido por las causas que he referido y poder abastecer y municionar á Roam ántes que llegase el Bearnés con su ejército, y hallarse Alexandro más desembarazado para las demas cosas que quedaban por hacer, y mandó lo mismo en esta plaza, y que algunos enfermos y heridos que en ella habia de los del Bearnés los curasen y asistiesen, y que en siendo sanos los dejasen ir donde quisiesen.

El dia siguiente se tuvo aviso que estando el ejército del Bearnés junto y reforzado, iba marchando con gallarda determinacion de romper y desbaratar al católico, y se hallaba siete leguas de él. En esta ocasion se fué conociendo más la falta que hacia Alexandro, y aunque tenia mal tan trabajoso, fuera de andar, porque no podia ni se le debia permitir, se esforzaba á hacerlo en todo cuanto se ofrecia, y daba las órdenes con tanto cuidado como si estuviera sano; y con el buen suceso de haberse rendido Caudebeque, volvió D. Diego de Ibarra á apretar al duque de Umena para la Junta de los Estados para el tiempo señalado, y le confirmó que lo haria, dejándose entender se holgaria que primero se concluyese con él lo que en su beneficio se pensaba hacer en nombre del Rey, nuestro señor, y así se le ofreció en lo que pareciese justo asistirle.

No dejaban en Roma los émulos del Rey, nuestro señor, y de Alexandro de desanimar al Pontífice para que no se empeñase tanto en las cosas de Francia, y aunque la voluntad que tenia era grandísima, y con muy grande solicitud acudia por su parte á lo que se ofrecia, le hacian dilatar que no enviase dineros para su gente; y los que tan malos oficios hacian le persuadian á que considerase tambien que podrian vacar los feudos de Ferrara y de Urbino, ó suceder otro accidente en Italia; y que era menester hallarse con alguna fuerza de dinero recogido para defender sus Estados y cobrar lo que le tocaba, y que los otros Príncipes no querian esto, sino ver á la Santa Sede Apostólica pobre y sin fuerzas. Dábanle á entender tambien que la primera retirada que Alexandro habia hecho de Roam y haberse arrimado tanto á los confines de Flandes era para dilatar la

guerra, y lo mismo decian del duque de Umena, y que sólo su fin era que le durase la potestad y que no se estableciese Rey en Francia, porque así conservaba su autoridad y grandeza, y que el Rey católico se holgaba ver deshecho y acabado el poder del reino de Francia para entrarse en él, como si esta guerra no le hubiera costado tanta sangre y hacienda española, como se ha visto por lo pasado; y aunque todo esto no era parte para trocar la voluntad que el Pontífice tenia para asistir á las cosas de Francia, á lo ménos bastó á persuadirle que estos negocios iban muy dilatados, y fué causa de que le hicieron moderar el gasto, de que resultaron algunos malos sucesos.

Viendo Alexandro, el duque de Umena y los Ministros del Rey, nuestro señor, la resolucion del Bearnés, y que se iba acercando al ejército español para darle la batalla, pensaron con maduro consejo lo que se debiera hacer, y acordaron que pues no se podia volver atras y ocupar los alojamientos que se habian tenido, donde hallándose desembarazados y en campaña rasa para poder con alguna ventaja esperar al Bearnés, y que estaban encerrados en el país de Chaos, que así se llama por ser toda aquella tierra confusa, áspera y cerrada con muchos bosques, ribazos y arboledas, determinó Alexandro y sus Consejeros de que se ocupase un sitio cómodo y el más fuerte que se pudiese para resistir al Bearnés, y que desde allí verian los designios y motivos que llevaba, y conforme á ellos y lo que el tiempo ofreciese tomarian acuerdo y resolucion de lo que deberian hacer; y aunque el duque de Umena y los franceses católicos que le seguian se conformaron con este acuerdo y parecer, que era el mismo que habian dado los Consejeros de Alexandro, estuvieron muy desconformes en el puesto que eligieron los franceses para ocuparle, porque Alexandro, como experimentado Capitan, antevió el peligro á que se esponia si se encerraba en puesto donde no podian tener seguras las vituallas para su ejército, y pelear, siendo tan inferior del Bearnés, con tanta descomodidad; y así, eligió á Lilibon, que es un lugar y puesto cerca de Abredegracia, donde le pudiesen venir los bastimentos, y tambien que todo el país estaba muy graso y

abundante, particularmente teniendo el rio por las espaldas, que no era la menor ventaja que se podia haber hallado para esperar al Bearnés; pero los franceses no quisieron que el ejército español se acampase tan cerca de Abredegracia, por la misma causa que Alexandro había dicho, porque pretendian conservar el país y que no lo destruyesen ni gastasen los soldados, que les pareció era esto de más importancia que no conservar la reputacion y pérdida que despues se tuvo, y en semejantes ocasiones, habiendo de mirar tantos particulares respetos, no hay que esperar ningun buen suceso.

En fin, hubo Alexandro (bien en contra de su voluntad) de elegir otro puesto ménos fuerte y despoblado y con campañas pobres y necesitadas, donde ni habia forraje para los caballos, ni podia la infantería valerse de ellos. Estaba á una legua de Caudebeque, en un lugar que se llama Ibeto, y aunque era sitio fuerte muy desacomodado para el servicio del ejército y ser proveido, que es lo que se debia mirar, y más siendo el Bearnés tan superior y señor de la campaña. Tambien dió el duque de Umena y los demas franceses otra razon, no sé si urgente, pero hacia á su propósito, que yéndose á Lilibon (como Alexandro queria, y este lugar es del conde de Brisac) se pondria el Bearnés entre Caudebeque y el ejército español, y que volveria á recuperar aquella plaza y se pondria otra vez sobre Roam, y cuando no, necesitarla como lo habia estado pocos dias ántes; pero el Bearnés, que andaba cuidadoso de saber lo que pasaba en el campo de Alexandro, echó de ver, pues el tiempo le daba tan buena ocasion, cómo la debiera gozar, y así procuró apurarle de bastimentos más de lo que lo estaba; y creyendo que le pudieran ir de Abredegracia por un lugar que se llama Villeurri envió á ocuparle á Monsieur de Fuy, con un buen número de gente, y lo hizo tan bien, que se fortificó en él muy como lo deseaba.

Esto causó gran daño á todo el ejército católico, y fueron conociendo los franceses confederados cuán malo habia sido el consejo que le dieron á Alexandro, pues temiendo que con su ejército habia de destruir aquellas campañas, le estorbaron el intento y no echaron de ver que el Bearnés pudiera hacer lo

mismo, como en fin lo hizo Monsieur de Fuy, y tuvo la misma ocasion que Alexandro pensó tener, y le valió harto al Bearnés, pues fué causa de proveerse él de mantenimientos y necesitar de ellos al ejército católico, sin que se lo pudiesen estorbar; y viéndose que se habia conseguido lo que deseaba, procuró poner en ejecucion su intento, y á los 29 de Abril marchó con todo su ejército la vuelta del de Alexandro, y se puso á la vista de él, habiendo partido del lugar de Argenila con harta gallardía y confianza de romper y desbaratar el ejército español.

Llevaba en el suyo, demás de la nobleza que habia recogido (que era mucha y buena caballería), más de doce mil infantes y cinco mil caballos. Alexandro se hallaba en este medio muy fatigado de su herida, que por sacarle la bala della le habian abierto el brazo en tres partes, y no podia proveer ni prevenir en su ejército lo que convenia, que no poca confusion causó á todos sus Consejeros, en particular á D. Diego de Ibarra, como persona de quien pendian las negociaciones de la Liga católica de Francia, y ver que el duque de Umena acudia á todo lo que se ofrecia; pero como su gobierno era á la francesa y las naciones del ejército católico que estaban acostumbradas (particularmente la española é italiana) á diferentes órdenes, sentian mucho esto, por cuya causa y por comenzar Alexandro á dar algun cuidado al príncipe Ranucio Farnese, su hijo, y que pues se habia conocido su valor, ejecutase con él todo lo que en aquella guerra ocurriese, le hizo sustituto suyo, y con órden que se conformase con el duque de Umena y tuviese con él toda buena correspondencia; y viendo que el Bearnés se acercaba más de lo que se creyó, se comenzó á fortificar la plaza de armas con harta diligencia, porque como la caballería católica áun no llegaba á dos mil caballos, y la infantería á siete mil, era forzoso prevenirse de manera que cuando el Bearnés quisiera cerrar con los católicos hallara la resistencia y fuerzas necesarias; y habiendo reconocido esto, hizo alto con su ejército y consideró que, aunque era superior al de Alexandro, iba á pelear con soldados viejos y bien disciplinados por un Capitan prudente y valeroso; y queriendo escusarlo mudó por entónces

la resolucion que llevaba de pelear, y se puso y alojó á un pequeño cuarto de legua del ejército español en un puesto muy fuerte.

Hubo muy gran descuido este dia en la caballería católica, que pudiera haber hecho una muy buena suerte en la vanguardia del Bearnés, porque habiéndose adelantado demasiado quedaba la batalla y retaguardia de su ejército cortada con un bosque que dejaba á las espaldas, que fué causa que no pareciese ni que pudiera llegar á tiempo de ningun socorro, cuando bien la caballería católica embistiera (que fuera de mucha consideracion si lo hiciera); pero contentóse sólo la nobleza de Francia que seguia al duque de Umena, de trabar una escaramuza, con la que era de parte del Bearnés, y esto muy tíbiamente, y sucedió lo mismo dos dias despues, que parece lo hacian más por ejercitar las armas burlando, que por pelear de veras, y no hay que maravillarse, que como todos eran unos y tan emparentados, procuraban conservarse.

Viéndose acampado el Bearnés en el puesto fuerte que he referido, le pareció convenia á su reputacion , ya que habia ido á buscar á Alexandro, darle la batalla; y así, procuró, á los 3 de Mayo deste año, mover sus escuadrones y hacer demostraciones de pelear, con ánimo de acabar de aquella vez las fuerzas españolas, y avanzó un buen golpe de infantería para ocupar un puesto, de donde le pareció que podia ofender y desalojar el ejército de Alexandro, el cual habia mandado hacer lo mismo ántes que su gente se apoderase dél; pero no se habia hecho, que fuera de harta consideracion; y conociendo el príncipe Ranucio el intento del Bearnés, envió con grandísima presteza alguna infantería española y caballería italiana á estorbar que no saliera con su pretension. Trabóse una buena escaramuza de ambas partes; y ántes desto, veinte lanzas españolas de la compañía del castellano Olivera, y con ellas algunos criados y entretenidos cerca de la persona de Alexandro, se señalaron valerosamente; y de los de su casa murió un Conde lombardo, animoso caballero, y otros, entre ellos el Alférez de la compañía de caballos de Aníbal Bentivoglia, y él salió mal herido;

y de la parte del Bearnés hubo algunos y muchos muertos, y los demas se retiraron con la noche. Porque no pudiesen ocupar el puesto y no darle ocasion al Bearnés para volverlo á intentar, se levantó un fuerte y en él se pusieron cuatro piezas de artillería, con que por aquella parte quedaron muy seguros los alojamientos católicos; y como Alexandro en este medio no se levantaba de la cama, deseaba saber las facciones que hacia el Bearnés, y las preguntaba; y porque D. Sancho Martinez de Leiva dijo que se habia acercado mucho, y tanto, que casi iba ocupando nuestra plaza de armas, y que convenia resistirle, no faltó quien murmuró, y dijo á Alexandro (por congraciarse) que no era posible ni se podia creer; y habiendo llegado esto á noticia de D. Sancho, hizo una cosa de muy gran soldado y caballero, digna de escribirse, aunque no tenia necesidad de emprenderla, pues tan sabido era su valor de todo el ejército español, y más de Alexandro que tan bien le conocia; pero por satisfacer á los que le habian murmurado, la emprendió con harto riesgo de su vida y reputacion. Hallándose desarmado y sobre una haca alazana que tenia, con sola su espada en la cinta y una pistola en la mano, se fué á un escuadron del Bearnés que era de ingleses, y con una presteza jamás vista cerró con él, y cogió de una hilera de soldados cuatro ó cinco, y sin que se lo estorbasen los enemigos, aunque le tiraron muchos arcabuzazos, los retiró é cuchilladas, y lo más bien que pudo los llevó á Alexandro, y le dijo que suplicaba á su Alteza preguntase á aquellos enemigos de dónde los habia sacado para que se viese cuánta verdad era la que él habia dicho. Quedó con grande satisfaccion, y D. Sancho ufano de haber deshecho lo que algun émulo suyo habia murmurado. Esto fué causa de que Alexandro viese cuán necesaria era su persona, pues tan cerca tenia el ejército del Bearnés, porque dél á el católico no habia sino una pequeña plaza de armas, y la retaguardia enemiga que, como ya escribí, se habia quedado detras de un bosque, hizo el Bearnés en este medio que se emparejase con su vanguardia haciendo un muy vistoso escuadron de gran frente, y para igualarse pasó por el costado del español con harta gallardía, que no mala

ocasion se habia ofrecido para desbaratarle si Alexandro estuviera con salud, el cual quiso más aventurarla á perder que no que el Bearnés triunfase con oponérsele con tanta osadía, como he referido, pues tan cerca dél se habia alojado; y así se hizo sacar en una media litera que de mal labrados maderos se fabricó con mucha presteza, y dió vista á todo su ejército; y con ella se les infundió nuevo ánimo y deseo á sus soldados de pelear con el Bearnés, y comenzó á dar las órdenes necesarias para hacerlo si acaso fuese á darle la batalla, y habiéndolo hecho, se retiró á su alojamiento, encargando muy de veras al príncipe Ranucio Farnese, su hijo, ejecutase con grande ánimo todas las órdenes que habia dado; el cual, armado del mucho que de su padre habia heredado, estaba vigilante á los movimientos del Bearnés, los cuales en este medio habian ya cesado, pero no el artillería que tenia en su plaza de armas, que de ordinario batia á los escuadrones católicos y les hacia mucho daño; y para más oprimirles y necesitarles, hizo quemar todas las casas del campo y contornos con todas las mieses y frutos que habia en ellas, á fin de obligar á los Príncipes franceses que seguian la Liga católica á que se deshiciesen y fuesen á sus casas, pareciéndole que teniéndolos encerrados no podian hacer otra cosa, ó al ménos obligar á Alexandro á pelear y hacerlo el Bearnés con tan gran ventaja; pero el ejército español no tenia esto en nada, sólo la mucha falta de bastimemtos que en él habia y la necesidad que pasaba era increible, y se sintió más despues de haber mudado el Bearnés de alojamiento, causa de no poder los soldados desmandarse ni irlo á buscar.

Estuvieron los dos ejércitos más de siete dias sin acometerse el uno al otro, esperando cuál habia de ser el primero, y siempre se escaramuzaba de ambas partes con tanto valor como se podia desear; pero un dia, más que los otros, se encendió la escaramuza de manera que se entendió se habia de dar la batalla, y fué tan reñida que obligó á las personas que gobernaban á pelear como el más particular soldado del ejército.

El príncipe Ranucio Farnese, acompañado del de Asculi y

de los Consejeros de su padre y de otros señores de las naciones española é italiana, andaba con gran valor dando muestra de su mucha osadía, sin que le desamparasen un punto los Maestres de campo reformados D. Sancho Martinez de Leiva, D. Diego Pimentel, D. Alonso Luzon y algunos caballeros muy estimados como D. Rodrigo Laso y otros, y en particular D. Diego de Ibarra, que remitiendo á mejor tiempo las inteligencias y negociaciones que tenia á cargo, mostró este dia (como otras muchas veces) con las armas en la mano cuán bien sabia acudir á sus obligaciones; y juntamente con los demas que he nombrado y otros muchos caballeros de otras naciones que seguian la corte de Alexandro, cerraron en compañía de una buena tropa de caballos ligeros, guiada por el príncipe Ranucio con un escuadron de infantería inglesa, y se adelantó y empeñó tanto (pareciéndose á su padre en esto), que le mataron el caballo y se vió en muy gran peligro, y en no menor que éste el príncipe de Asculi, los duques de Guisa y Umena, que por su parte pelearon este dia como Príncipes animosos, habiéndose entrado con los franceses enemigos tanto, que corrieron el mismo peligro que el príncipe Ranucio; los dos Maestres de campo D. Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Idiaquez, y no ménos Camilo Capezuca, cada uno con la gente de sus tercios en los puestos que les tocaba habian sustentado la escaramuza valentísimamente, y lo mismo hicieron los Capitanes de sus tercios, que con más valor que prudencia, se encendian en el pelear, no mirando que ponian á riesgo toda la cristiandad si el ejército católico perdiera la batalla; y aunque sentian esto y el ser tan inferiores las fuerzas españolas á las bearnesas, lo tenian en ménos que la mucha hambre y necesidad que pasaban sus soldados; y era tanta (por no tener de donde valerse, ni para comprarlo cuando tuvieran mucha sobra de dineros), que no se puede encarecer; y aunque éste era un trabajo intolerable, lo era tambien la grande incomodidad de estar siempre en escuadron con las armas en la mano en campaña rasa, sin tener adonde abrigarse para resistir las muchas y continuas aguas que habian llovido estos dias que les afligian demasiado; y no

hay trabajo que más sienta el soldado en la campaña que las lluvias, enemigas de su descanso.

Esto fué causa que algunos lo buscasen con desamparar sus puestos y banderas, cosa que sentia mucho Alexandro, pareciéndole que si lo continuaban y el Bearnés en estarse á la mira, siendo señor de la campaña (como lo era), le habia de obligar á su gente á padecer mayores necesidades; y al contrario desto, era en el ejército del Bearnés, que demás de crecerle cada dia el número de gente tenia gran cantidad de bastimentos, y tan proveidos y sobrados sus soldados que jamás conocieron la necesidad; y lo peor era que tenia muy sabido y conocido la mucha que pasaba todo el ejército católico; y la industria que tuvo para engrosar el suyo y que le llegasen cada dia nuevos socorros, fué haber escrito y derramado en toda Francia nuevas de que tenia encerrado el ejército español, y que le obligó á pelear y no habia querido, y que sin duda le romperia; y lo tenia esto por tan cierto, que no ménos que por verdad lo escribia; y que cuando más misericordia usase con los católicos de la Liga, seria despues de tenerlos rotos y desbaratados, y entónces les daria pasaportes para que se fuesen libremente donde quisiesen, con tal que saliesen de Francia. Y por hacer verdad esto que escribia y publicaba, y por verse persuadido de los suyos á que diese la batalla, respecto de la necesidad que tenian de dinero, como de retirarse á sus casas, le obligó á acercarse más con su ejército al de Alexandro; y pareciéndole que lo que le convenia para más seguridad era ocupar un puesto muy espacioso, donde habia un bosque que hacia través á la plaza de armas de entrambos ejércitos, se resolvió de apoderarse dél; pero habiéndolo entendido el príncipe Ranucio y los Consejeros de su padre, mandó que le ocupasen con algunas compañías de españoles, ántes que el Bearnés lo hiciese, pretendiendo lo mismo que él, pues le era de tanto útil al uno como al otro el que primero le ocupase. Tocóle hacerlo al tercio de españoles del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, el cual dió órden á su Sargento mayor, que era el capitan Bartolomé de Torralva, que nombrase las compañías necesarias

para ocupar aquel puesto, y por ser muy abierto y tener mucho que guardar, despues de haberlo reconocido, dió aviso á Alexandro que era menester más gente, y aunque no fué de parecer se empeñase ninguna, lo fueron su hijo y Consejeros; y visto esto, ordenó que el coronel Monsieur de la Barlota con algunos valones de su regimiento ocupase la retaguardia del puesto, el cual tenia tres entradas, y por la frente que estaba al enemigo, donde habia un trincheon antiguo, aunque abierto por algunas partes, si bien lleno de setos y ribazos, puso Torralva siete compañías de su tercio divididas en puestos, cada una como le tocaba, de número de doscientos hombres por estar los demas con las banderas y bagaje; las dos de arcabuceros, que eran de los capitanes Hernando de Isla y Juan de Zornoza Guisasa, puso más al peligro, que era en una punta de un trincheon que miraba á la plaza de armas del enemigo, y las demas de picas que eran de los capitanes D. Alvaro Osorio, D. Luis Brabo de Acuña, D. Andrés Rótulo, D. Antonio Gonzalez y D. Diego de Medina, puso en los puestos más capaces que habia en el trincheon, respecto de tener mucha plaza que defender.

La guardia destas siete compañías entró á ocupar este bosque y puesto, domingo en la tarde, á los 3 de Mayo, y á la hora que lo hacian, que era cerca de la noche, parecieron unos grandísimos moscones negros susurrando y haciendo notable ruido, muy mayores que grandes escarabajos, y por cerca de los rostros y cabezas de los soldados iban pasando muy espesos hasta que acabaron de entrar por una surtida al trincheon y puestos que ocupaban; y aunque no es á propósito escribir esto, ni es justo creer en agüeros, parece que por el mal suceso que tuvieron estas siete compañías de españoles, y los valones que tenian á su retaguardia, si se permite creer en semejantes cosas, parece que este dia se pudo dar algun crédito de que fueron prodigio estos moscones de la desgracia que allí tuvieron.

El órden que el Sargento mayor Torralva dejó á estas compañías, segun se entendió, fué que en caso de no poder sustentar este puesto á más no poder, le desamparasen; pero siempre

que pudiesen lo conservasen, no obstante que era de tanta importancia. El número destos españoles y valones serian quinientos soldados.

El Bearnés, que por estar tan cerca del ejército español estuvo casi corrido de que le hubiesen entendido su intento de ocupar el trincheon, y más habiéndolo hecho los españoles á vista de sus ojos; y así le pareció írselo á ganar, aunque le costase gente y trabajo, no obstante que habia quien se lo defendiese, porque como era aquel puesto de tanta importancia, y que desde él podia ofender y desalojar el ejército de Alexandro y recibir él el mismo daño, no pudo hacer otra cosa; y otro dia por la mañana, dos horas ántes de amanecer, que fué lúnes, á los 4 de Mayo, comenzó á mover su ejército y á formar sus escuadrones, y ni más ni ménos los de la caballería, que ya en este medio era de número de siete mil corazas francesas y raytres que (como he referido) le llegaban cada dia, y ni más ni ménos la infantería que se entendió eran doce mil hombres esguízaros, alemanes, ingleses, holandeses y franceses, todos buenos soldados; fué mejorando su escuadron la vuelta del puesto que iba á ganar, y el de la caballería puso entre él y el ejército español, y estuvo esperando que amaneciese para darle la batalla.

Ya en este medio los españoles que guardaban el puesto habian reconocido la faccion que el Bearnés iba á hacer, y comenzaron á apercibirse para resistirle; pero no como fuera razon, pues ví que muchos soldados áun no tenian pólvora en los frascos, debiendo en esta ocasion sobrar para poder ofender al enemigo.

El capitan Juan de Zornoza con sus soldados y los de la compañía de Hernando de Isla comenzaron á levantar un pequeño reducto en la esquina del trincheon que ya escribí miraba y hacia frente al ejército del Bearnés, para que desde allí hiciera través á todo él. Estaba fabricado antiguamente, pero abierto por muchas partes y con algunas surtidas á la plaza de armas del enemigo, y por la parte que estaba Monsieur de la Barlota con sus valones no habia tantos setos ni repa-

ros, sino alguna arboleda. En comenzando á amanecer sacó el Bearnés de sus escuadrones otros de los más fuertes y bien disciplinados soldados que tenia, y con ellos algunas piezas de artillería; y para atemorizar y hacer daño á los españoles que estaban en los setos y trincheon, les disparó algunos cañonazos, y tras dellos cerraron los escuadrones, que serian de número de cuatro mil infantes, siguiéndoles todo su ejército por todas partes, y comenzaron á pelear valerosamente y á querer asaltar el trincheon; y aunque muchos arcabuceros españoles desearon tirar, se hallaron (como he referido) sin pólvora; pero las picas terciadas y medidas con las de los ingleses enemigos (que fueron los que por aquella parte acometieron) comenzaron á pelear y á defender el puesto con mucho brío y osadía; y visto los soldados del Bearnés que los españoles hacian tanta resistencia, se extendieron y abrazaron todo el bosque y puesto, y con un ímpetu extraordinario y furia francesa entraron en él por todas partes, particularmente por la de donde estaba el coronel Barlota y sus valones, que aunque les hicieron alguna resistencia no fué la que conviniera; y habiéndose apoderado de todos los setos y trincheones que habia en el puesto, con grandísimo daño de ambas partes, fueron á la de la frente de su plaza de armas (por de dentro del puesto), donde todavía peleaban los españoles, y cogiéndolos por las espaldas dieron sobre ellos animosamente; y no pudiéndolos resistir, les fué fuerza hacer lo mismo que los valones, aunque con alguna nota de su reputacion.

Estas fueron las compañías de picas que estaban más arrimadas á la plaza de armas del ejército español; pero las de arcabuceros de los capitanes Hernando de Isla y Juan de Zornoza Guisasa, que estaban al peligro más conocido, aunque quisieron desamparar el puesto como los demas, no pudieron por estar cercados por todas partes de espesos escuadrones de enemigos, como se deja entender, pues todo un ejército acometió á quinientos hombres: los doscientos eran españoles y los trescientos valones, que para defender un tan gran puesto eran muy pocos, y ménos para sustentarlo; y habiendo reco-

nocido este inconveniente Alexandro, fué de parecer que esta gente no se empeñase; pero como siempre se sujetaba al Consejo, hubo de pasar por el que le dieron sus Consejeros, que no todas veces pueden acertar, y más en ocasiones de tanta turbacion; y teniéndola muy grande los soldados de las compañías de Hernando de Isla y de Juan de Zornoza, sin saber cómo salir de tanto peligro, si no era ofrecerse todos á la muerte, se determinaron darla á sus enemigos y vender primero sus vidas como valientes españoles; y apiñándose todos, con una osadía jamás vista, cerraron con los contrarios escuadrones y abrieron un portillo tan ancho como lo desearon para poder salir á su plaza de armas, y esto fué á costa de mucha sangre de los enemigos, y como eran tantos, quitaron la vida á algunos soldados españoles de los más particulares; y el primero que abrió el paso fué Luis Carrillo, soldado de Hernando de Isla, que con un esfuerzo increible, dando de mano al vil miedo que en tal ocasion se podia tener, se arrojó sobre los contrarios, y tras él los alféreces Pedro de Vargas, natural de Toledo, y el alférez José de Escobar, que ambos lo habian sido del capitan Juan de Zornoza, y hoy son capitanes del Rey, nuestro señor; el alférez Alonso Marquez, natural de Alhama, soldado de D. Hernando de Isla, y hoy Capitan en el reino de Nápoles; el alférez Alonso Vazquez, el autor, que lo habia sido de esta compañía; el alférez Juan Lopez, natural de Valencia del Cid; Juan Gonzalez de Reaza, Sargento de la compañía de Hernando de Isla y natural de la ciudad de Toledo, y Diego de los Herreros, Sargento del capitan Juan de Zornoza, y hoy Capitan entretenido en el Estado de Milán, y natural de la villa de Valdepeñas, vasallo del marqués de Santa Cruz, y Bernabé de Espinosa, natural de Logroño, y hoy Capitan de infantería española del Rey, nuestro señor. Estos y otros muchos Oficiales reformados, acompañados de los soldados particulares destas compañías, y de otras que se les habian juntado de las picas, como el alférez Antonio Pinto de Fonseca, valentísimo portugués, natural de la ciudad de Oporto y Capitan del Rey, nuestro señor, y caballero del há-

bito de Cristo, y el alférez Bernardino de Porras, natural de la villa de Madrid, y Pedro de Villalobos, natural de la ciudad de Tarifa, y Diego de Campos Moreno, muy esforzado portugués, natural de Tánjer, que despues fué Alférez del Maestre de campo D. Cárlos Coloma y hoy es Capitan y Sargento mayor en las Indias de Portugal. Estos, como ya he apuntado, fueron los que rompieron los fuertes escuadrones de los enemigos y los atropellaron hasta salir á la plaza de armas, donde habiendo escapado de tan gran peligro dieron en otro mayor, porque la hallaron ocupada con un escuadron de ingleses y con toda la caballería del Bearnés; y esto fué á tiempo que el capitan Francisco de Espinosa, del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, natural de la ciudad de Toledo, y muy viejo y experimentado soldado, y el capitan Juan de Ubierna, de la de Nájera, tambien del tercio de D. Antonio de Zúñiga, salieron con algunas picas y arcabuceros á socorrer y á dar calor para que se retiraran los que desampararon el trincheon; y los postreros que lo hicieron fueron los alféreces Antonio Pinto de Fonseca y Alonso Vazquez.

Trabóse una muy reñida y sangrienta escaramuza. Unos por socorrer los que iban rotos y desbaratados y otros por defenderlos, pelearon con grandísima osadía por muy gran espacio; y al tiempo que los españoles iban ganando tierra, salió de través toda la caballería del Bearnés que, como ya dije, estaba en la plaza de armas y entre el ejército español y el trincheon, y cerraron con la infantería española y la atropellaron y rompieron; y aunque al fin deste suceso pudieron cantar la gloria de haberle tenido bueno, no de manera que no les costase muy caro, porque al tiempo que cerró la caballería con los españoles, con estar el alférez Alonso Vazquez tan mal herido, como pronto escribiré, levantó una pica de los muertos y heridos que habia en el campo, y sin saber el efecto que habia de hacer con ella, porque fué impensadamente, la terció á un caballero coraza que iba de vanguardia de la caballería, y habiendo cebado el cuento en tierra, hizo la punta del hierro presa en la visera y lo voló de la

silla, cayendo él y el caballo. Tropezaron en él los demas que le seguian y no pudieron pasar adelante por aquella parte; pero por las demas hubo algunos españoles que se apiñaron de manera que, habiéndoles terciado las picas, se organizaron con tanta fuerza que hicieron presa y se ensartaron muchos enemigos en ellas, de suerte que algunos volaron de las sillas y cayeron unos sobre otros, y lo mismo los caballos; pero como eran en tanto número y los españoles tan pocos, no se pudo hacer más faccion que matarles y herirles mucha gente. Apoderáronse del trincheon y setos y de todos los demas puestos que habian ocupado los españoles y valones. De nuestra parte hubo tambien muchos muertos, y entre ellos fué el capitan Francisco de Espinosa, que peleó este dia con mucho ánimo; murió tambien el alférez Bernardino de Porras, Juan de Salazar, Pedro de Villalobos, el alférez Juan Lopez y otros muchos soldados particulares y Oficiales reformados; y heridos fueron Luis de Arroyo, soldado de Hernando de Isla, al cual retiró el alférez Alonso Marquez, de la misma compañía, porque siendo su camarada y de su tierra, hizo una cosa de valeroso soldado, que lo sacó de entre los enemigos y se lo puso acuestas y lo llevó y puso en salvo, y habiéndolo hecho volvió con mucho brío á pelear, sin perder tiempo en la ocasion; diferente de otros soldados que pudiendo retirar de entre los enemigos á sus paisanos y camaradas, se los dejan en el campo con grandísima inhumanidad, donde acaban miserablemente. Salió tambien muy mal herido el alférez Antonio Pinto de Fonseca, de dos cuchilladas muy peligrosas en la cabeza. Peleó este valeroso portugués este dia con mucho ánimo y osadía, é hizo cosas muy aventajadas; y no ménos Diego de Campos Moreno, que salió atravesado de una estocada por los riñones, que se la dió un enemigo de á caballo, al cual mató. Tambien el alférez Alonso Vazquez quedó mal herido de dos estocadas y un picazo muy malo en la muñeca derecha, y un arcabuzazo que le rompió el tobillo y canilla del pié derecho. Otros muchos heridos hubo; y los Capitanes que allí más se señalaron fué Juan de Zornoza, prudente y animoso soldado, y D. Luis Brabo de Acuña, muy

esforzado caballero, y parecido en esto á sus hermanos Don García y D. Sancho Brabo de Acuña, todos soldados y valerosos; el alférez Pedro de Vargas, ya nombrado, hizo su deber como se podia desear; no ménos el alférez José de Escobar y otros muchos, todos soldados del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, que este dia llevaron el peso y el trabajo de las armas.

Los enemigos que ganaron el puesto se atrinchearon y fortificaron en él con grandísima presteza, por lo mucho que les importaba sustentarlo, y el Bearnés, ufano con tan buen suceso, hizo marchar con todo su ejército muy en órden la vuelta del español con intento de darle la batalla, pareciéndole que en ningun dia podia gozar de mejor ocasion; y acercóse tanto que fué necesario salirle á recibir todo el ejército español y dejar su plaza de armas para reprimir y castigar la osadía y atrevimiento que habia tenido, salvo los esguízaros y parte del artillería, que quedó para abrigar la que estaba alojada en la frente de los escuadrones. Plantóse alguna á nuestro costado izquierdo, y Monsieur de la Mota, General della, procedió tan bien que dando apresuradas cargas le hizo harto daño al ejército del Bearnés, y la suya muy poco al de Alexandro, el cual hizo este dia notable falta, y mucha más que en todo el discurso de su vida; y aunque el buen Príncipe se vistió para hallarse en esta ocasion, no pudo porque se sentia muy flaco y lleno de chaques, y el brazo tan doloroso y malo que no se podia atender á lo que deseaba; y por esta causa no se pudo hallar presente para dar las órdenes necesarias, si bien con su ánimo acostumbrado lo procuró, y se hizo poner en una haca de Cosme Masi, su Secretario; y aunque caminó la vuelta del puesto con inmenso trabajo, fué á tan mal tiempo (por ser ya perdido el trincheon) que se volvió á retirar, que á haber llegado ántes se creyó no se tuviera tan mal suceso como el que se ha referido, habiendo en todo el ejército español mucha confusion; pero siempre estuvo peleando y resistiendo las escaramuzas que en este medio andaban muy calientes y trabadas; y los del Bearnés estaban con gran confianza de romper y desbaratar este mismo dia las

fuerzas católicas; pero los duques de Umena y de Guisa, con las tropas de la caballería y nobleza de la Liga que se hallaron en la vanguardia, cerraron con las del Bearnés, y las resistieron valentísimamente hasta que el príncipe Ranucio Farnese, con una buena tropa de caballería ligera, cercado de los entretenidos y consejeros de Alexandro, peleó gallardísimamente, supliendo este dia muy como se podia desear la falta de su padre.

Señaláronse mucho los Maestres de campo reformados, españoles, ya nombrados, y no ménos D. Diego de Ibarra y Don Rodrigo Laso, ambos belicosos y osados caballeros. No cesaba de jugar el artillería católica ni de hacer notable daño al enemigo; y aunque respondia la suya, no hacia tanto efecto, porque no era tambien manejada ni el puesto tan suficiente. Estaban los dos ejércitos muy cerca el uno del otro y no cesaban las escaramuzas, y con grandísimo teson y porfía peleaban sin que se reconociese ventaja, y algunos Capitanes de á caballo, españoles, como D. Francisco de Padilla, natural de Toledo, una de las mejores lanzas que en su tiempo hubo, determinado soldado y que sirvió en esta guerra y en la de Flandes como se puede desear, y despues fué Maestre de campo en España; y no ménos D. Cárlos Coloma, Maestre de campo y Castellano que fué en Perpiñan, prudente soldado y muy honrado caballero; y Don Alonso de Lerma, y Diego de Avila Calderon se señalaron muy aventajadamente haciendo algunas buenas suertes con sus compañías de lanzas, por ser ambos valientes y animosos. Los tres Maestres de campo de españoles D. Antonio Zúñiga Don Alonso de Idiaquez y D. Luis de Velasco se hallaron delante de sus tercios con sus Capitanes, asistiéndoles en las escaramuzas y gobernándolas gallardísimamente, mostrando cada uno el mucho valor con que nacieron; no ménos el Maestre de campo Camilo Capezuca, que lo era de un tercio de italianos, se halló con ellos en todas las ocasiones, peleando con esta nacion muy honradamente.

Los valones y alemanes hicieron lo mismo, y todos peleaban ya con grandísimo cansancio, porque duraron las escaramuzas desde el amanecer hasta cerca de la tarde; y en este medio, que

era ya despues de medio dia; oyendo Alexandro lo que pasaba, no lo pudo sufrir y se hizo sacar en una media litera en hombros de sus lacayos, y fué de parecer que se recuperara el puesto que se habia perdido, y comenzó á dar las órdenes para ello, y puso su ejército bien puesto para dar la batalla; y como le vieron sus soldados, cobraron nuevos bríos, y un escuadron volante de españoles que habia mandado formar se fué empeñando tanto, que si el Maestre de campo Camilo Capezuca no lo hiciera retirar, sin duda que el Bearnés pagara esta tarde el atrevimiento que tuvo de haber ganado el puesto por la mañana. Señaláronse los de este escuadron volante, en particular Don Antonio del Corral, natural de Valladolid, y hoy Sargento mayor de la Milicia de aquel partido, y muy valiente soldado y honrado caballero, y que sirvió en Flandes en todas las ocasiones como se podia desear; é hirieron á muchos soldados del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, y entre ellos á los capitanes D. García de Avila y D. Alonso de Miranda, el cual murió de allí á pocos dias de las heridas en la villa de Jateo Tiri; y mataron algunos Oficiales; que si por la mañana el de D. Antonio de Zúñiga habia peleado y trabajado, no fué ménos el de D. Alonso á la tarde; y sus Capitanes hicieron su deber, señalándose los Sargentos mayores Gonzalo de Luna y Mora, Bartolomé de Torralva, el capitan Simon Antunez, D. Pedro Sarmiento y otros muchos; no ménos se aventajaron los Capitanes y soldados del tercio del Maestre de campo D. Luis de Velasco, y lo mismo D. Luis Puertocarrero, natural de Salamanca, y hoy Sargento mayor de la Milicia de aquella ciudad y su partido, que como gallardo Capitan y animoso caballero hizo este dia lo que otros muchos, peleando y trabajando en aquellas guerras tan bien y honradamente como el que más, y su persona particularmente, como he referido, que como osado y valiente caballero acudió á todo lo que se ofreció.

Ya en este tiempo iba conociendo el Bearnés cuán mal habia hecho en empeñarse tanto, y determinó, visto que le cargaban los escaramuzadores, de desamparar el puesto del trincheon y setos que habia ocupado, si bien tuvo siempre entendido gozar

de alguna buena ocasion para romper el ejército de Alexandro, pareciéndole que con la necesidad que pasaba le habia de compeler á pelear, y por esto no lo queria él hacer, como dicen, á la desesperada, sino aguardar una buena ocasion; pero Alexandro, por parecerle que su ejército habia perdido lo que le tocaba con alguna tierra, y que sus cuarteles estaban en muy gran peligro, no quiso darle lugar de ejecutar su intento, ni que saliese de aquella vez tan victorioso como pensaba; y así, determinó recuperar el puesto perdido, si bien se entendió lo queria desamparar el Bearnés; pero no le quiso dar ese lugar, sino ganárselo por fuerza, y así ordenó que el escuadron volante de españoles fuese de vanguardia y le siguiesen seis mil infantes de todas naciones, que se sacaron del cuerpo del ejército, en dos escuadrones, y que la guarnicion de esguízaros que se habia quedado en el cuartel del artillería, con ella estuviese vigilante para si por aquella parte fuesen acometidos, y que se pusiesen en un cerrillo algunas piezas de artillería. Hízolo Monsieur de la Mota maravillosamente, y asimismo ordenó que saliese un escuadron de caballería ligera española é italiana y de las bandas de Flandes, que estaban á cargo del príncipe de Simay, número de mil hombres, y que estuviesen de respeto para dar sobre los enemigos que quisiesen socorrer los que tenian ocupado el trincheon.

Con este buen órden se fué marchando la vuelta de él, y apretándose las escaramuzas y jugando el artillería. Los ingleses y franceses que estaban en el puesto, como vieron la resolucion española, lo desampararon temiendo lo que les habia de costar si lo defendieran; mas no por esto se conoció ventaja en el ejército de Alexandro; pero tambien se echó de ver, y de esto hubo muchas opiniones, que no se atrevió el Bearnés este dia á darle la batalla, pues habiendo tenido tantas y tan buenas ocasiones no gozó de ninguna, particularmente sabiendo cuán afligido estaba de la grandísima hambre que padecia y de la mucha vigilancia del enemigo, y que por esta causa faltaban de todas naciones en el ejército español más de dos mil hombres este dia, que molestados de la mucha necesi-

dad que pasaban habian ido á buscar, como ellos dicen, la vida, y en vez de ella hallaban la muerte; y tambien era el Bearnés señor de la campaña, y muy superior de gente; y pues ninguna de estas causas le obligó á pelear y romper el ejército de Alexandro, como habia dicho y publicado, y con saber que estaba tan enfermo y mal herido, claro era que no tenia mucha gana de dar la batalla.

Estuviéronse los dos ejércitos á la mira el uno del otro hasta la noche, y el del Bearnés se retiró á sus cuarteles y alojamientos. Alexandro hizo lo mismo con el suyo, y mandó quemar los cuarteles al partirse, y fué marchando á la sorda á la primera plaza de armas que habia tenido, porque no dudó se la ocupase el Bearnés otro dia siguiente, como lo tuvo entendido; y así mandó,con grandísima presteza, hacer Alexandro un rebellin en la entrada de unos setos y paso estrecho, con que quedó más asegurado. No hubo este dia ninguna ocasion, pero siempre las iba teniendo Alexandro, y se hallaba afligidísimo, tanto, que le convino tomar resolucion; y sin dar parte de ella á sus Consejeros, escribiré adelante la que fué; y lo que le movió á ella era verse muy enfermo, y que por esta causa no se cumplian ni guardaban las órdenes que daba, que para guerra era una cosa de muy gran consideracion, y que se debia esperar muy evidente peligro; y tambien porque de todo cuanto se determinaba en el Consejo no se tenia ningun secreto y lo sabia el Bearnés tan pronto como se resolvia, porque como entre la gente del duque de Umena tenia tantos aficionados, y que esperaban habia de ser su Rey, como en fin lo fué, y tambien por el aficion que le tenian, por momentos le enviaban lacayuelos con avisos de todo lo que pasaba, sin poderlo remediar; y temiendo tambien que se le habia de deshacer el ejército y dejar solas las banderas, porque con la mucha hambre que los soldados pasaban las comenzaban á desamparar, y como no les daban de comer, era forzoso pasar por ello y no castigarlos, porque la mala introducion que se tenia en esta guerra de ir los soldados á correr las campañas y que se valiesen de ellas sin darles ningun sustento, les obligaba á esto. Y el tener tan

mala disciplina, causábalo el no tener Alexandro ningun dinero que darles, y el poco que habia (pero en esta ocasion casi ninguno) se guardaba para otras cosas muy forzosas; y tambien echó de ver Alexandro (demás de deshacérsele su ejército) que la caballería del duque de Umena decia con mucha libertad y atrevimiento que se queria ir; y temiendo alguna alteracion (fácil en suceder cuando los soldados están tan apretados y difícil de remediar), hubo de resolverse, como he apuntado, á marchar á la sorda, y llegó otro dia al amanecer con todo el ejército á media legua pequeña de Caudebeque, y dos dias despues de haber llegado, como no pudo ser secreta su partida, habiendo estado los dos ejércitos acampados el uno tan cerca del otro, se vieron algunos escuadrones de caballería del Bearnés que, segun se entendió, iban á dar sobre la retaguardia del ejército de Alexandro; pero como habia marchado con tanto silencio, fué todo recogido y no hicieron ningun daño, si no fué á algunos soldados desmandados, que nunca faltan en semejantes retiradas; y en esta ocasion lo harian más por ir á buscar de comer, compelidos de su mucha necesidad, que por otros respetos; luégo se retiró la caballería del Bearnés sin haber hecho más faccion que haberse llevado algunos que el dia ántes habian salido á forrajear, y habiéndoles quitado el forraje, les dieron libertad por el beneficio que de ellos sacaron, respecto de que sus caballos lo habian bien menester, y todo ello era bien poco, porque la campaña estaba tan destruida de los dos ejércitos que apénas se hallaba una hoja en los árboles.

Acampóse Alexandro con su ejército en un sitio que le hacian fuerte muchos setos y vallados, y por frente tenian una pequeña plaza de armas ceñida de un muy gran vallon; y al costado derecho habia un lugar donde mandó Alexandro se alojase toda la caballería ligera, y el príncipe de Simay con las bandas de Flandes y los raytres del ejército católico, que tambien era puesto fuerte el que tenian, porque con cuidado se les procuró este alojamiento hasta que se acabase de hacer un puente sobre el rio Sena, frontero de la villa de Caudebeque, el cual habia algunos dias mandado Alexandro fabricar, á fin de

tener paso para la otra parte de la ribera, por gozar de los bastimentos que de aquel país pudieran ir al ejército español. No tuvo efecto (causa de ser mayores sus necesidades) la fábrica deste puente por ser la ribera muy ancha por aquella parte, y los crecientes y reflujos del agua muy soberbios y espantosos (cosa no vista en otra ninguna ribera), porque como embocan en el canal de Abredegracia todos los aguajes y crecientes que no caben en el de Inglaterra, compelidos de las soberbias y empinadas olas del mar Océano, siempre que la marea subia por el rio Sena hasta Caudebeque era tan levantada y temerosa, que no fué posible fabricar el puente que Alexandro habia mandado hacer; que si como previno la necesidad que tenia dél se pudiera hacer, fuera de grandísima importancia para proveer el ejército de aquella parte y valerse del pasaje en cualquiera acontecimiento; é hizo tanta falta, que se echó muy bien de ver en las necesidades que hubo, pues forzaron á los soldados, cosa harto fea y mal mirada, á desamparar sus banderas y Capitanes, y fué cosa cierta, por las relaciones que dieron, que faltaron en este medio más de cinco mil que se habian ido á buscar la vida ó muerte; pues lo es muy grande desear un hombre alimentar el cuerpo y no hallar por su dinero ni por otra vía con qué poderlo hacer.

Resuelto Alexandro á pasar la ribera (como atras he apuntado) y que por falta de puente no lo podia hacer con su ejército, mandó fabricar unos pontones grandes para poderle pasar, que son unas barcas sin cubiertas, y que se recogiesen cuantas pequeñas y sueltas se hallasen en la ribera, y tambien de las mayores, para que de un viaje se pudiese pasar mucha gente, y que se hiciesen los ménos que se pudiesen; y para asegurar el paso se hizo de la otra parte del rio un fuerte en la misma lengua del agua, y otro que se correspondia con él, para el mismo efecto desta otra parte, junto á Caudebeque, en un puesto, que si no se ocupara, lo pudiera hacer el Bearnés sin estorbárselo y dificultar desde él el paso de la ribera; y estos dos fuertes ocuparon los regimientos de valones de los coroneles Bosu y la Barlota; y porque en el tiempo que allí se hiciese

alto crecerian las necesidades y convenia conservar la gente que habia quedado por lo mucho que padecia, dió órden Alexandro á D. Diego de Ibarra recogiese las más joyas y cadenas de oro que pudiese de los Capitanes del ejército y de las que él tenia, para que se llevasen á empeñar á Roam y se trajese algun pan de municion ú otros bastimentos; pero esta diligencia no sirvió de nada por entónces.

No se habia descuidado el Bearnés en saber el designio de Alexandro y del alojamiento que tenia con su ejército, porque sin gastar dineros en espías, tenia tantos cerca de la persona del duque de Umena, que por momentos sabia cuanto se trataba y resolvia en el Consejo; y pareciéndole seria bien hacer algun acometimiento, se resolvió, pasados dos dias, de dar en el cuartel donde estaba alojada la caballería del ejército español, y en él estaba el príncipe de Simay; y para este efecto marchó con todo su ejército, si bien con ménos pudiera hacer la faccion que pretendia. Sacó dél unas buenas mangas de infantería y muchas tropas de caballería, guiadas de Monsieur Biron, valiente y experto Capitan, y de Monsieur de la Nua, el mozo, hijo del que los españoles llamaban Brazo de hierro, que fué Capitan del príncipe de Orange, que no ménos valor tenia que su padre, y de otros Capitanes y Señores nobles que seguian al Bearnés; y siguiéndoles todo su ejército, que iba por un valle algo espeso, cerraron con el cuartel de la caballería del ejército de Alexandro, que, como he referido, estaba muy cerca de su plaza de armas, y comenzaron á pelear los franceses enemigos con grandísima osadía, fiados de que todo su ejército les hacia espaldas y daba calor para recibir en él todos los que se retirasen.

La caballería católica, como fué asaltada de improviso, y su Comisario general, que era Jorge Basta, estaba enfermo, no pudieron hacer tanta resistencia como fuera justo; y aunque se defendieron, fué tan poco, que perdieron la mayor parte de su bagaje y algunos caballos; y habiéndose sentido el rumor en los cuarteles de la infantería española, salió alguna gente suelta á cargo del capitan Francisco Venero, natural de Bilbao,

y arrimándose á unos setos con el arcabucería y mosquetería que les siguió les fué dando la carga valerosísimamente, y les hizo mucho daño; pero no recuperó nada de lo que se habia perdido.

Quedó muerto el capitan Venero, habiendo peleado muy honradamente; y si con órden le siguiera este dia alguna más gente, y se tuviera reconocido al Bearnés y los puestos que tenia ocupados para esta faccion, si bien saliera con ella como salió, fuera mayor la pérdida que la ganancia, y se recuperara el bagaje; y áun se tuvo opinion que de todo punto quedara roto y desbaratado, por haber hecho este acometimiento por caminos cerrados y estrechos, y fuera muy dificultosa su retirada, y con tan poca gente y sin riesgo como despues se echó de ver; pero los azares y suertes de la guerra son algunas veces hechas á caso, y otras se pierden aunque la ocasion y buena fortuna esté de la parte del que primero acomete. Con este mal suceso de la caballería del ejército de Alexandro y con su enfermedad, porque cada dia la herida del brazo iba peor, y con las necesidades que crecian, fué forzoso que se diese priesa á la resolucion, y que se ejecutase, pues en la tardanza consistia el peligro y la imposibilidad de poderse detener más tiempo el ejército de esta otra parte de la ribera.

Para esto hizo llamar Alexandro los de su Consejo, y habiéndoles propuesto las dificultades que he escrito y otras muchas, se resolvieron algunos en lo mucho que se aventuraba en retirarse, y que aunque las ocasiones eran muy forzosas, era bien considerarlas y mirar si se podia excusar por algun camino, y no hallándolo ni ser posible en ninguna manera, fué de parecer D. Diego de Ibarra que se pasase la ribera, y marchando por ella abajo (tomando por espaldas el mar) ocupar un puesto y fortificarse en él, teniendo tambien á su mano á la villa de Abredegracia, que es puerto de mar, y miéntras el ejército del Bearnés no se lo estorbase, podia el español gozar de mucha comodidad, y cuando se le opusiese, por cualquiera de los dos costados ó la frente, no le podia estorbar ser proveido de aquella villa; y que habiendo ocupado puesto suficiente, escribiese

al Rey, su tio, para que hiciese reforzar el ejército, que con facilidad se podia hacer desde la provincia de Bretaña, pues estaba tan cerca de la gente española que en ella tenia el Maestre de campo D. Juan del Aguila y el duque Mercurio, y que este socorro lo hiciese D. Diego Brochero por la mar con los navíos y galeras que en aquellas costas tenia á su cargo, por ser más breve (cuando bien por tierra no pudiera hacerlo), y que tambien servirian para limpiar la ribera de Roam si algunos navíos del Bearnés quisieran impedir cualquier socorro, y con esto quedaba asegurada aquella villa y libre de las necesidades pasadas, pues siempre que se ofreciera podia ser avituallada y socorrida con las galeras y navíos, y más siendo gobernados de un tan valiente capitan como D. Diego Brochero, y de quien se podian fiar mayores cosas tocantes á la navegacion, por ser uno de los mayores y más experimentados marineros que hasta hoy se sabe; y que para las municiones y dineros que fuesen menester para el ejército español pudieran ir de Flandes embarcadas en la villa de Abevila, sin que fuera necesario otra gente, pues con la que allí habia y la que pudiera llevar de Bretaña D. Diego Brochero se conservara con mucha facilidad la reputacion y fuerzas del ejército español y el estado de las cosas de los católicos del reino de Francia, sin que el Bearnés fuera parte para estorbarlo; y todo esto parece que se aventuraba si Alexandro hacia la retirada más larga.

Este parecer de D. Diego de Ibarra aprobaron algunos de los Consejeros, y él confirmó el que otros dieron de que el ejército español se arrimara á la villa de Orliens, y no fuera mal acertado, porque se acercaba más á la provincia de Bretaña donde se diera la mano, sin estorbar, con el duque Mercurio y los españoles de D. Juan del Aguila, y el país era abundante y el ejército se reparara de las muchas necesidades, y la gente natural del país muy inclinada al servicio del Rey, nuestro señor, que no era de ménos consideracion. Esto se trató por haber visto D. Diego de Ibarra y los demas Consejeros al duque de Umena muy afligido, y porque se temia dél que en viendo algo enflaquecidas las fuerzas del Rey, nuestro señor, habia de

mudar de intento, que no poco trabajo costaba haber de contemporizar con él.

Alexandro estuvo atento al parecer que le dieron sus Consejeros, y aunque conoció eran muy acertados, visto el aviso que tenia de que el Bearnés con su ejército marchaba la vuelta de la villa de Abredegracia, y que dejaba más desembarazado el paso de la villa de Roam, se resolvió de pasar la ribera (como lo hizo) con todo su ejército, y porque el bagaje ni la caballería no lo podia hacer si no era sobrando el tiempo, dió órden, por el poco que tenia, que marchase á la villa de Roam y que se aderezase el puente que allí habia, y en dos noches y media no se hizo otra cosa, y al fin dellas acabó de pasar Alexandro la ribera con todo su ejército sin peligro ni estorbo del Bearnés, aunque procuró hacerlo con parte de su caballería y llegó con ella al fuerte que se habia fabricado al lado de la villa de Caudebeque en una eminencia el primer dia que Alexandro comenzó á pasar; pero el valor de los españoles resistió el orgullo francés con tanta gallardía, que obligó á la caballería del Bearnés á retirarse con mucha fealdad y desórden, y en ella perdió mucha gente.

Visto esto, mandó marchase todo su ejército con gran priesa para estorbar el pasaje al de Alexandro; pero cuando iba llegando la vanguardia dél, fué á tiempo que se habia alargado de tierra la postrera barcada y artillería, salvo la guarnicion que quedó en Caudebeque, que pareciéndole á Alexandro convenia para la seguridad del pasaje, presidió aquella villa con algunos españoles y valones sin banderas á cargo del capitan Antonio Caballero de Ibarra, valeroso soldado y de buena opinion, y porque el Bearnés no se apoderase della con tanta facilidad como si no hubiera guarnicion; y vino á suceder de la misma suerte que Alexandro lo imaginó, pues como prudente Capitan antevió el fin que podia tener aquella plaza si el Bearnés se ponia sobre ella (como lo hizo), pues el dia que llegó, que fué al mismo tiempo que Alexandro habia pasado la ribera, le plantó el artillería y la comenzó á batir.

Alexandro dejó órden al capitan Antonio Caballero de Ibar-

ra que se entretuviese todo lo que buenamente pudiese, y que en caso que la fuerza del Bearnés le obligase á rendirle á Caudebeque, pues no podia ser socorrido, se la entregase con los pactos más honrosos que pudiese (como lo hizo), pues habiéndole acabado de batir la muralla y arrasádola, y poniéndose para dar el asalto, no obstante de que fuera bien resistido por el valor de los soldados españoles y valones, aunque pocos, que estaban dentro, no obstante que no habia de pelear con ellos ni defenderse, que era la órden que tenia, le pareció buena ocasion para observarlas, y así rindió la plaza al Bearnés, y los pactos y concierto que hizo, por haber llegado á mis manos, los escribiré, que traducidos de francés en español, decian así:

«Lo que el Rey ha acordado con la infantería española y valona para que salgan de Caudebeque: Los Capitanes, Oficiales y soldados destas naciones, así de la infantería como de la caballería, y otras personas que por suerte ó caso han quedado en la dicha villa, salgan libremente con sus armas, caballos y bagaje, con cuerdas encendidas y tocando sus cajas. Que todos los demas que están en la dicha villa del ejército de S. A., de cualquier nacion y calidad que sean, salgan libremente con sus armas, caballos y bagaje, pero no se les concede sacar más de lo que á cada uno pertenece, so pena de confiscacion de lo propio.

»Serán acompañados con toda seguridad, de personas honradas y de calidad, hasta Roam.

»Si por caso hay algunos enfermos, que se queden en la dicha villa para que despues de ser sanos salgan libres y vayan donde quisieren con seguridad, para lo cual les serán dados pasaportes, que es fecho en el campo de Linter á 15 de Mayo de 1592.—La firma del Bearnés decia: *Enry,* y la del Secretario: *Robot.*»

En tanto que Alexandro hacia su pasaje, y que el Bearnés le habia acometido, habia caminado el bagaje del ejército español con guardia de algunas compañías de la caballería española, de los capitanes Diego de Avila Calderon, de D. Alonso de Lerma y otras, y pasó el puente de Roam y se encaminó á la

vuelta de París, donde Alexandro tuvo determinado de ir á parar, como lo hizo, en jornadas bien largas. El Duque de Umena se quedó en la villa de Roam con parecer de Alexandro y de sus Consejeros para asegurar aquella plaza, y él se inclinó á hacerlo por estar con poca salud, si bien se entendió que si se quedaba no era sin gran misterio, así por haberse desmembrado del ejército español, siendo tan necesario asistir en él para todo lo que se ofreciese, como para hallarse más á la mano para platicar con el Bearnés (cuando bien quisiese darle oidos), pues se habia señoreado de Roam y de la parte de Normandía que poseian los católicos. Bien quisiera Alexandro dejar en aquella plaza un grueso presidio por ser de tanta importancia; pero por la poca gente que le habia quedado en el ejército, no le pareció disminuirlo, si bien tuvo intento de dejar allí los esguízaros del Pontífice; y no lo hizo porque se entendió no querian encerrarse en ninguna plaza, y esta sospecha se confirmó con la llegada del marqués del Vasto, que fué en este medio; y por haberse quedado á curar de un muy gran tabardillo en la villa de Hedin, no se habia hallado á servir al Rey, nuestro señor, en las ocasiones que he escrito; y dijo que el comisario Mateuche llegó con él á Roam y díchole el despacho que habia recibido de Su Santidad para que recibiese los esguízaros, y que diese al duque de Umena lo que fuera necesario para entretener la infantería francesa y quedarse en Roam para pagarle la caballería, y tambien para las guarniciones extraordinarias y otras cosas de obligacion que eran forzosas, que habia representado el duque de Umena, y que eran necesarios cuarenta mil escudos; y aunque D. Diego de Ibarra fué de parecer que bastaban veinticinco mil, como persona que lo tenia bien tanteado, y que no era buena coyuntura tratar de la Junta de los Estados todavía, porque pendia esto de su cuidado, lo advirtió, y que no se faltase en lo prometido, que habia de ser esta Junta á los 25 de Mayo en la villa de Sueson. El cardenal Sega, legado del Pontífice, asistió mucho y bien en el segundo socorro de Roam, y lo hizo en esta retirada hasta llegar á París, con tener obligacion de estar con los esguízaros, porque Su Santidad le habia nombrado

por Teniente general de su ejército por haberlo dejado el duque de Montemarchano.

Alexandro, desde que pasó la ribera hizo con su ejército muy grandes jornadas, habiendo mandado quemar ántes todas las barcas y pontones que hizo fabricar para el pasaje, porque el Bearnés no se aprovechara dellos. Llegó el ejército español á un lugar donde habia un castillo, y no quiso dar alojamiento porque los que estaban de guarnicion en él servian al Bearnés, y siendo ya noche, habiendo hecho muy gran jornada el ejército, que fué de catorce leguas, y la tarde ántes siete, y no pudiendo pasar adelante, dió órden Alexandro á los tercios españoles entrasen por fuerza de armas (por haberse hecho fuertes y querer resistirse), particularmente el de D. Alonso de Idiaquez que entró de la vanguardia en el lugar. Los enemigos del castillo y los que habia dentro de una iglesia atrincheada con muchas barricadas, salieron á escaramuzar con los españoles á tiempo que se iban á alojar con las banderas; pero habiendo cerrado con ellos, los hicieron retirar con alguna pérdida á su iglesia y castillo, donde comenzaron de mampuesto y por las troneras á arcabucear á los españoles, haciéndoles mucho daño, y les hirieron alguna gente particular, y uno dellos fué el capitan Don Juan de Carvajal; al capitan Francisco de Zambrana le dieron un arcabuzazo en una pierna, y al alférez Montalvo le sacaron un ojo, y otro al alférez D. Leandro Loriz, natural de Valencia, y á otros no ménos particulares soldados; y mataron al alférez D. Francisco Cervellon, muy honrado caballero y valiente soldado; y por el atrevimiento que los deste lugar tuvieron en querer resistir al ejército español, se puso fuego y se quemó la mayor parte de las casas que en él habia; y desde que se pasó la ribera, los tres dias primeros, fué necesario ganar por fuerza de armas les alojamientos que tuvo Alexandro con su ejército, y en el último se le juntó el bagaje, que, como ya escribí, fué á pasar por el puente de Roam. Alguna gente de la que suele andar desmandada se perdió en esta retirada, y otros enfermos que no pudieron seguir el bagaje por ser las jornadas largas, y aunque quisiera escusar de escribir lo que alguna caballería

del duque de Umena que el ejército español llevaba de retaguardia, hacia por guardar el decoro á los que seguian el partido católico; no podré dejar de apuntarlo para que se sepa la inhumanidad que la tropa de Monsieur de Vetri (y lo peor es que lo consentia su misma persona y se holgaba dello), que á muchos soldados españoles é italianos, que por estar enfermos y heridos no podian caminar, los desbalijaban y hacian muy malos tratamientos. Marchaba el ejército español por malos pasos y caminos anegados, y en unos pantanos muy malos estuvo á pique de perderse el artillería, y fué caminando con mucho trabajo, y se pasó muy grande y con la necesidad que siempre hasta llegar al rio Iton, temiendo que si el Bearnés ocupaba el puente de Arco estorbaria el paso de la ribera de Euro; y no habiéndolo hecho, aunque se tuvo entendido, marchó Alexandro hasta la villa de París, y llegó en seis dias. Los católicos que allí habia mostraron algun sentimiento de ver á Alexandro y á su ejército que se retiraba del del Bearnés; pero habiendo entendido las forzosas causas, moderaron el pesar trocándolo en muy gran contento los muchos apasionados que en aquella villa tenia el partido del Bearnés; y para que de todo punto no se desanimasen los que tenian el de la Liga católica, les dejó Alexandro la misma guarnicion de españoles que de ántes y la reforzó con algunos más, y lo mismo de las naciones. Esto esforzó mucho D. Diego de Ibarra, como protector que habia sido destos soldados y por el provecho que á la villa de París se le seguia, que si no fuera por ellos se hubiera perdido; quedó tambien con ellos el Cardenal legado del Pontífice, persona amada de todo el ejército católico y de muy gran crédito; y por esta causa le pareció á Alexandro convenia mucho asistiese allí su persona para conservar la constancia y fortaleza que los católicos tenian y mantenerlos en la buena esperanza que siempre tuvieron del Rey, nuestro señor.

Partido Alexandro con su ejército de la villa de París, mandó hacer un puente cerca de Jaraton, sobre los dos rios Marne y Sena, que allí se juntaban, y habiéndolo pasado se entró en el país de la Bria, donde, por ser muy abundante, lo pasaron muy

bien los soldados, que tras tantas necesidades como habian tenido merecian muy bien cualquiera comodidad; y para gozar della mandó Alexandro se fuese marchando hasta la villa de Jateo Tiri, á fin de alojar todo el ejército con alguna seguridad de bastimentos y de enemigos, y entre ellos y los católicos estaba el rio Marne, el cual no podia pasar el Bearnés con tanta brevedad que no le llevase Alexandro dos ó tres dias de ventaja para juntar su ejército y esperarle.

Este alojamiento de Jateo Tiri se tuvo por muy necesario y á propósito para conservar la reputacion española y no desamparar las cosas de los católicos de Francia, como se pudiera juzgar si Alexandro se retirara hasta la frontera de Flandes, como algunos entendieron; pero su intento no fué ese, sino pagar su ejército y rehacerle de las nuevas levas que se esperaban y volver sobre el Bearnés y deshacerle sus fuerzas, poniendo en posesion el partido católico de las que se le iban enflaqueciendo, y recuperar lo perdido; y para esto mandó que se juntasen D. Diego de Ibarra, Juan Bautista de Tassis, el presidente Richardote y los dos secretarios Cosme Massi y Basur, y en esta junta, en la cual no se halló Alexandro, se apuntó lo que seria menester para rehacer el ejército español y aumentar sus fuerzas con dinero, y para poder hacer la guerra más vivamente al Bearnés, porque en este medio eran las fuerzas del Rey, nuestro señor, tan pocas, que no tenian los tres tercios de infantería española de los Maestres de campo D. Antonio de Zúñiga, D. Alonso de Idiaquez y D. Luis de Velasco, dos mil y quinientos soldados, contando los que estaban de guarnicion en París; y los dos de italianos no tenian ochocientos hombres; y los tres regimientos de alemanes tres mil, y los valones mil y ochocientos en cinco regimientos en que estaban repartidos, y la caballería ligera no habia á caballo quinientos soldados; y de los hombres de armas, que eran las bandas de Flandes, no quedó casi ninguno, que todos se fueron sin licencia: los raytres, que eran tres cornetas, no eran ya cuatrocientos; la caballería del duque de Umena se habia ido á sus casas, ménos quinientos caballos que habian quedado con el

ejército, y la infantería francesa la dejó con él en Roam. Esta era toda la gente que tenia Alexandro en su ejército, mal pagada, peor asistida, llena de trabajos y de necesidades. Con ésta resistió el poder del Bearnés y contrastó con sus fuerzas, que eran más de siete mil caballos de la nobleza de Francia, y más de diez y ocho mil infantes; y si se retiró dellos, no fué porque los temiese ni porque eran señores de la campaña, sino por la hambre y necesidad que su ejército pasaba; y con ella no rehusó las ocasiones que se le ofrecieron, ni dejó de pelear siempre que se le vinieron á las manos; y aunque algunos juzgaron desta retirada de Alexandro de los cuarteles de Caudebeque que no habia sido buena ni á propósito, no lo miraban como soldados ni podian hablar della como tales, porque como no tomaban las cosas más de por la corteza, y sin haberse hallado en los peligros y necesidades, discurrian muy diferente de lo que habia pasado; pero los que sin pasion y como prudentes soldados hablaban en este caso, lo juzgaban por felice y dichoso, porque retirarse un ejército, como he referido, mal pagado, afligido, hambriento y siempre en campaña rasa al rigor del inclemente cielo, porque sus lluvias fueron muchas, y los caminos y sitios malos y peores, y la caballería por falta de forraje estuvo siempre en la misma necesidad, y la falta de la salud de Alexandro, era más para agradecerselo que para reprobárselo; la cual hizo enfermar muchas cosas mejores para calladas que para escritas, pues fueron sin remedio; y el mayor que tuvo Alexandro para conservar la reputacion que tanto le habia costado, fué usar de su natural prudencia y valor y del parecer de sus Consejeros, que fué no aventurar un tan sólo soldado al peligro del pelear sin necesidad, ni de rehusar (como no lo rehusó) siempre que el Bearnés lo quisiese hacer, como por lo pasado se ha visto; y cuando las retiradas no parecen huidas, sino hechas con prudencia, compelidas de tan grandes necesidades y obligaciones, deben ser imitadas de otros muchos Generales en semejantes ocasiones, y quien supo gozar de tantas y tan buenas como las que tuvo Alexandro con tan gran reputacion, y con ella haber experimentado y probado su

intencion, no hay que satisfacer ni exajerar cosas tan claras y conocidas de todos los que son y se precian de soldados.

El duque de Umena quedó en Roam casi empeñado, porque los esguízaros del Pontífice se habian ido la vuelta de la frontera para volverse á sus casas, y se hallaba con tan poca gente que se podia temer cualquier mal suceso; y si el Bearnés con su ejército volviera á cargar por aquella parte, más descubiermente, podia admitir las pláticas de la paz que deseaba, como ya se habia entendido, y que estaba en tan buen estado el punto de la religion con él, que era el más dificultoso, y ya se tenia por fácil el concluirlo, que no poco mal tenia desta resolucion la religion católica, y más en tiempo que las fuerzas españolas eran tan pocas y las bearnesas tan poderosas, causa que al duque de Umena le pudieran mover cualesquier persecuciones; y el duque de Guisa, su sobrino, no daba ménos cuidado, porque aunque la mocedad en que se hallaba le hacia poner duda en algunas cosas, que, á parecerse á las de su padre, que fueron siempre muy enderezadas al servicio de Dios y al aumento de nuestra verdadera religion, no habia de qué temer; pero el ser tan fogoso y tan interesado en su pretension como el tio, particularmente en la del dinero que del Rey católico recibia, siempre le parecia poco, y aunque era más de lo que se podia, jamás se hallaba satisfecho.

Este mal insaciable se veia tambien en muchos de los Príncipes católicos de Francia; pues cuando no les estuviera tan bien el serlo, les parecia que era bien vendérselo al Rey, nuestro señor, por excesivos precios (cosa digna de notar), querer los hombres comprar la religion, y más siendo la verdadera y que para la salvacion de sus almas les estaban tan á cuento; y aunque el Rey católico y sus Ministros, particularmente Alexandro y D. Diego de Ibarra tenian conocida esta sed, era fuerza apagarla en esta gente á fuerza de dineros, como en todas las ocasiones que se ofrecieron se habia experimentado, sin sacar S. M. C. más provecho que conservar la religion á que tan de veras acudia, no solamente con su hacienda, pero con la sangre de sus soldados y trabajos que pasaban; y con

tantos inconvenientes como he referido, no hacia D. Diego de Ibarra mucha instancia en la Junta de los Estados, demás del poco tiempo que tenian, pues habiendo de ser á los 25 de Junio, eran ya en este medio los primeros dél y estaban las cosas en este estado y no se podia apretar en las demas, si bien D. Diego estaba vigilante para hacerlo en la primera ocasion y echar el resto, como persona de quien pendia el cuidado destas negociaciones, y en el entretanto granjeaba á las que para esto le parecia ser á propósito; como parte principal habia tambien solicitado y dispuesto la voluntad con otras muchas. Mas como quien las habia de disponer y juntar era el duque de Umena, que se hallaba en Roam, y dilataba todo cuanto se hacia y deseaba. El Bearnés quedó muy ufano con la retirada que Alexandro hizo, y se habia arrimado con algunas tropas de caballería y de infantería la vuelta de Jateo Tiri, y su ejército lo mejoró en los contornos de la villa de Neujatel, y por esta causa se entendió queria volver á sitiar á la de Roam, incitado de la reina de Inglaterra y de los holandeses, por serles esta plaza de la importancia que se sabe, y como interesados, apretaban esto demasiadamente, si bien en este medio tenia tambien el Bearnés muy gran necesidad de reforzar su ejército, que aunque siempre fué con él señor de la campaña, las necesidades de la guerra y trabajos della le habian tambien apurado la gente como al de Alexandro. Tambien se entendió en este tiempo que Monsieur de Villers, Gobernador de la villa de Roam, tenia inteligencias por órden del duque de Umena con el Bearnés, que daba á entender estaba muy descontento con los españoles. Esto escribió á Roma un secretario del Cardenal de Lorena, y Auditor suyo, á Monseñor Bertinoro, secretario del Pontífice, y concluia la carta con decir que Dios ayude, etc.

Tambien se entendió que no habia sido esto sin falta de algun misterio, y que pudiera ser para poner defension entre el partido católico y el duque de Umena algun mal intencionado; pero de lo uno y otro fué bien menester recelarse, y Alexandro estaba siempre á la mira de cualquier suceso, y tan cuidoso como era razon.

El duque de Feria, á quien (como he referido) habia nombrado el Rey, nuestro señor, para las negociaciones de Francia, se estaba en este medio en Italia con algun espacio por haber tenido órden que hasta que le llegase otro estuviese hecho alto, y como su persona no hacia falta en este medio para las negociaciones de Francia, no era necesaria su venida.

Ya dejé apuntado como el Pontífice habia mandado despedir los esguízaros y señaló de sueldo cada mes quince mil escudos de oro, puestos en Francia, para que se gastasen en la gente que mejor pareciera á Alexandro y al duque de Umena, y que fuese cabeza della Apio Conde, persona que habia servido muchos años en el ejército español y sido Capitan de lanzas italianas, y que en todo obedeciese y guardase las órdenes de Alexandro como Confalonier de la Iglesia. No quiso el Pontífice alargar la mano en mayores socorros para las cosas de Francia, y envió á los Príncipes católicos dellas muchos Breves, y á las damas y á todos excitaba viniesen con brevedad en la Junta de los Estados y se apretase mucho en la eleccion de un Rey católico; y que si para esto fuera necesaria su misma persona, que lo haria de muy buena gana. Siempre se le conoció este buen deseo y de conformarse con la voluntad del Rey, nuestro señor, y aprobó en cualquiera ocasion la justicia y derecho que la Sra. Infanta de España tenia á la corona de Francia, y lo mucho que convenia la resolucion deste negocio, con que se atajaban tantos inconvenientes que por momentos hallaban los que decian que lo deseaban y trataban de otra cosa.

Los trabajos de la guerra y cuidados de los sucesos que de ella habian resultado le tenian apurada la salud á Alexandro de manera que le obligó juntar á sus Consejeros, y les dijo que los médicos le aseguraban que si cuanto ántes no iba á tomar el agua de la fuente de Aspa, que los naturales llaman la del Puchon, perderia la vida, y para su enfermedad de hidropesía era su único remedio; y que no obstante el peligro que corría, no pensaba hacer ausencia, sino sacrificar su vida en el servicio del Rey, su tio, como tantas veces lo habia hecho; pero

que tambien creia que de conservar su salud curándose se le hacia muy gran servicio; y que así deseaba le dijesen lo que les parecia debia hacer. D. Diego de Ibarra le respondió, nadie le podia aconsejar que no cobrase su salud, teniéndola tan quebrada como se veia en su persona, ni tampoco dejaron de conocer D. Diego de Ibarra y los demas Consejeros, que si se ausentaba de Francia el riesgo que corria la religion católica y lo mucho que se atrasaban las negociaciones, y más en tiempo de tantas calamidades, donde la esperanza corria el mismo riesgo, pues era fuerza se perdiese con las demas cosas, y cobrarla el Bearnés para salir con cualquiera que intentara, y asimismo se desanimarian mucho las villas católicas, pues era fuerza desconfiar de las ayudas que hasta allí habian tenido, y de concertarse con el Bearnés; y áun el duque de Umena estaria ménos constante de lo que hasta allí, para lo que en las negociaciones se pretendia, y se echaba de ver cuánto importaba (ya que habia sido forzosa la retirada de Caudebeque) conservar la reputacion española, y no retirarse de la frente del ejército del Bearnés, sino hacerle cara en todos los acontecimientos que se ofreciesen; y demás destos inconvenientes se seguia la tardanza de los socorros y bastimentos que iban de Flandes, pues si en presencia de Alexandro se dilataba, mucho más seria habiéndose partido y dejado el ejército sin persona que pudiera suplir la falta de la suya. Teníase tanta experiencia desto, que las veces que habia estado ausente de su ejército se echaba muy bien de ver de cuánta importancia era su autoridad, pues con ella casi lo imposible se hacia fácil y lo dudoso cierto, y así no se podia ménos de mostrar gran sentimiento en su partida, la cual no se acabó de resolver en aquel Consejo, ni se trató más por entónces de quién seria bien dejar en su lugar con aquel ejército, supuesto que el duque de Umena no podia asistir en él por hallarse en Roam. A algunos les pareció se encargase al duque de Guisa, pero temíase que con sus pocos años no acertase á dar satisfaccion á todas las naciones del ejército español, que no es de poca importancia para un Capitan general dar á cada uno lo que le toca. Tambien hubo quien

propusiese á la persona de Monsieur de Rona, porque su valor y experiencia le habia enseñado, y más la comunicacion tan grande que tenia con la nacion española é italiana, y del modo que los sabia gobernar, y por no causar ningunos celos á los demas pretensores, pareció que pues Monsieur de Rona habia sido Maestre de campo general del ejército francés, á este título se le podia encomendar como otras veces en ausencia del duque de Umena; y aunque esto se pudiera hacer, y fuera más acertado, en la persona del príncipe Ranucio Farnese, ni los Consejeros se lo dijeron á su padre, ni él trató de ello; pero de cualquiera manera se conocia cuán necesaria era la persona de Alexandro en Francia para lo que se traia entre manos, y ni más ni ménos en Flandes, donde hacia mayor falta, y no era posible que ella sola pudiese atender á entrambas partes, pues si en la una asistia en la otra le echaban ménos; y así, conviniera mucho que hubiera á quien pudiera encargarse lo uno y lo otro; pero en aquellos (no sé si en los venideros) tiempos no se pudiera hallar quien tuviera las partes de Alexandro y su experiencia para llenar un tan gran vacío como él dejase.

Ya escribí como los esguízaros del Pontífice se habian de despedir, y aunque el duque de Umena hizo extraordinarias diligencias para que no se fuesen, no lo pudo acabar con ellos; y así se supo en este medio que se fueron, que todo esto era para dar más bríos al Bearnés y ménos esperanza de ningun buen suceso á la Liga católica; y considerando el duque de Umena este tan gran inconveniente, pidió que ya que los esguízaros se habian ido, con lo que les dijo el Comisario Mateuche, se le diese alguna gente para reforzar el presidio de la villa de Roam, y tambien una buena cantidad de pólvora, pues en caso que su persona hubiese de estar, ó que no estuviese en aquella villa, era muy necesario, porque se entendia que el Bearnés volveria á ponerle sitio; y Monsieur de Villers, viéndose compelido de tanta necesidad de socorro, le obligaria á concertarse con el Bearnés ó á no esperarle en la plaza, ni ponerse como de ántes á tan evidentes peligros; y en caso que los hubiese de esperar se iria á hacerlo á la villa de Abredegracia

que la tenia por más segura. Estos avisos dió el duque de Umena, y ni más ni ménos de que seria bien recibir los esguízaros á sueldo del Rey católico, porque no se fuesen al del Bearnés, y que se contentaria que se los diesen en lugar de una de las dos Coronelías de alemanes que se habia acordado; y supuesto que convenia darle socorro, era más á propósito valerse de los esguízaros, por estar tan á la mano, que no de otros socorros, pues se habia de dilatar en enviárselos, no obstante que estos esguízaros era gente tan mal disciplinada que con pequeña ocasion se desgraciaban, y por ser malos de contentar.

El duque de Guisa hacia muy gran instancia en que se le diese gente y dinero para ir á hacer la guerra en la provincia de Guiena; pero como el tiempo era tan apretado para todo lo que pedia, aunque muy conforme á los sucesos que he referido, no dejaba de dar cuidado; y el tenerlo tan grande en este medio el de Guisa de ser empleado en este cargo y otros, era por haber llegádole aviso por vía de París, que el duque Mercurió dió en Bretaña con los españoles que allí tenia el Maestre de campo D. Juan del Aguila una batalla á los príncipes de Embre y de Condé y que habia alcanzado vitoria de ellos.

Esta nueva fué de gran consideracion por ser á tan buen tiempo como se podia esperar, y si en éste quisiera el duque de Lorena juntar sus fuerzas con las del ejército de Alexandro, como se entendia, fuera muy á propósito para hacer algunos buenos progresos en la provincia de Jampaña; y que asimismo ayudara con su gente el duque de Nemurs, pudiérase hacer con muy gran facilidad en tanto que el Bearnés se volvia á poner sobre la villa de Roam, como se habia entendido, ó que fuese la vuelta de la provincia de Bretaña á remediar el daño que el duque Mercurio le hizo con los españoles del Maestre de campo D. Juan del Aguila; pero en estos buenos acuerdos faltaban las obras, y no se sacaba de ellos más fruto que el desearlas, si bien para el buen efecto no se habia descuidado Alexandro, porque luégo se previno á la ejecucion de ello y escribió al duque de Lorena, aunque temió mucho se habian de ofrecer dificultades, porque la codicia de los franceses y la necesidad

que siempre representaban y la que Alexandro tenia se podian mal concertar, y por esta causa cualquiera faccion que se habia de hacer, si no era comprándola á dinero, no se podia esperar de ella ningun buen suceso, ni sacar más fruto del que se ha visto, si no era por este medio; y aunque con él se procuraba la Junta de los Estados, y D. Diego de Ibarra instaba con su acostumbrado cuidado, sin perder ninguna ocasion, no se tenia (con estar ya el tiempo dispuesto) ninguna buena esperanza, y más habiéndose de partir Alexandro á los Estados de Flandes, como se entendia; y como el Pontífice acortó tanto las ayudas que solia dar, pues no era posible que con quince mil escudos al mes pudiese lucir nada de lo que se deseaba, y así se fué conociendo que con esta cortedad y haber despedido los esguízaros no se podia hacer cosa de momento, sino dilatar los negocios; y para el buen fin y suceso de ellos eran muy necesarias las ayudas que podia dar el Pontífice, ni se sabia en este tiempo en qué pudieran ser más bien gastadas las rentas de la Sede Apostólica que en favorecer y ayudar á la Liga de Francia y á la buena eleccion de un Rey cristianísimo.

El Cardenal legado que, como ya he escrito, se hallaba en París, hacia por su parte para la buena conclusion de esta causa cuanto le era posible; pero siempre avisaba de las dificultades que se le ofrecian, y para allanarlas y atropellar los inconvenientes que nacian de ellas, ningun remedio era más eficaz que la fuerza de las armas españolas; y estas, como estaban tan flacas, dificultaban la pretension y ocasionaba á los franceses á hacerse de rogar en cualquier acontecimiento, lo que no fuera si vieran un ejército poderoso y fuerte, gobernado por un Capitan dichoso como Alexandro, á quien verdaderamente temian cuando con veras acudia á sus obligaciones; pero como al Rey, su tio, tantas veces le habia escrito por gente y dineros, y esto se dilataba, no hay que maravillarse si algunas veces por falta de estas dos cosas (pues sin ellas no es posible hacer la guerra) los sucesos fuesen ménos de lo que se entendia, ni las facciones tan vivas, como si con las armas en las manos se hubieran de ejecutar, y más estando en reino extraño

y tan léjos de socorros y bastimentos para proveerle y amunicionarle.

Como la enfermedad de Alexandro iba creciendo y trataba de ir á Flandes á cobrar su salud (como he apuntado), se desanimaban muchas personas particulares del ejército español; y visto que estaba resuelta su partida, le pidieron licencia algunos que habian de hacer falta al servicio del Rey, nuestro señor, y se las concedió para España y para Flandes; y pareciéndole al marqués del Vasto que por no haber ocasiones en que emplearse no haria allí falta su persona, y no tener órden del Rey, nuestro señor, para asistir, se partió á los Países-Bajos, y el príncipe de Asculi gozó de la licencia que ya tenia y se fué tambien á ellos.

Quien más sentia las ausencias de estos Príncipes y soldados particulares eran D. Diego de Ibarra y D. Juan Bautista de Tassis, como personas que tanto cuidaban del servicio del Rey, nuestro señor, y temian que el poco ejército que habia no se deshiciese, porque los que quedaron eran los más extranjeros, y los franceses católicos tan varios en sus acciones que no se podia hacer ningun pié en sus ofrecimientos ni servicios, fundados siempre en su interes. En este medio pasó una voz en el ejército español (aunque de los bien intencionados no fué creida) que el Bearnés se habia acercado á San Lis para comunicar con el duque de Umena, y que él aceptaba de buena gana las pláticas y ofrecimientos que le hacia. Con todo eso advirtió Alexandro á D. Diego de Ibarra estuviese á la mira para ver y entender si era así lo que algunos afirmaban por verdadero. Alexandro que vió le apretaba su enfermedad, se resolvió de partirse á Flandes, como lo hizo á los 14 de Junio deste año, y se fué derecho á beber el agua de la fuente de Aspa, si bien hubo algunos que dijeron le llevaba más la inclinacion que tenia á aquellos Estados que á cobrar su salud. Llevó consigo al príncipe Ranucio Farnese, su hijo, y se dejó en la villa de Jateo Tiri la mitad ó parte de su Casa, y el ejército se lo encargó á Monsieur de Rona, valiente caballero y experimentado Capitan. No dejó de causar esto algu-

nos celos á los Ministros del Rey, nuestro señor, que allí habia, pues demás de ser Consejeros de Alexandro, el valor y prudencia que tenian bastaba para encargarles mayores cosas. Entendióse quedara con este cargo Monsieur de la Mota, pero ni él lo procuró ni Alexandro se lo ordenó. A D. Diego de Ibarra y á D. Juan Bautista de Tassis dejó encargado que cuando llegase el duque de Umena instasen en la Junta de los Estados, y que asistiesen con el ejército y procurasen que con él se fuese á ganar la villa de Esperne, plaza importante que está en la ribera del Marne, para limpiarla y tener más seguros los socorros del país de Jampaña y de la villa de Rens, y otras que están sobre la misma ribera. Dejó tambien órden Alexandro que para asegurar la villa de Roam fuesen ochocientos soldados y que los llevase Monsieur de Betri. D. Diego de Ibarra hizo gran instancia que no fuesen españoles, como Alexandro habia ordenado; pero lo más que pudo hacer fué que se llenase este número de valones y alemanes, y que solos fuesen ciento cincuenta españoles, y por Cabo dellos fué el capitan Simon Antunez, y á su órden el capitan Gregorio Lopez de Zabala, ambos del tercio de D. Alonso de Idiaquez, valerosos soldados.

Fué por la ribera del Marne hasta París todo este socorro á cargo de Monsieur de Betri, que aunque era buen caballero, no lo parecia en la intencion, ni en ser amigo de españoles. Partido Alexandro quedó el ejército huérfano y sólo y sin Pagadores ni Contadores, porque solos sus Oficiales y los de la Veeduría general despachaban, y con las mismas obligaciones que en presencia de Alexandro de asistir al duque de Umena y al de Guisa, su sobrino, en sus gajes y ayudas de costa, y lo mismo haber de sustentar el presidio del Rey, nuestro señor, que estaba en París, que todo este cuidado pendia de D. Diego de Ibarra, que era el mayor que podia tener, pues sin dinero mal podia suplir tantas faltas como habia y tanto á que acudir; y lo peor era que instaba siempre el duque de Umena que se pagase su gente (con no tener el número que á su principio) por entero y por mano de sus ministros, y tras esto no cesaba

la palabra que se habia pasado de las pláticas que tenia con el Bearnés, el cual tomaba por medio de convertirse á la fe católica para salir con su intento, y no con otro fin; y si el Pontífice le admitia, se podian esperar mayores males, como se entendia y se echaba de ver con la tibieza que socorria á los católicos de Francia, bien diferente de como lo hacia al principio de su Pontificado, y se sospechaba podia mucho con él el buen natural que tenia de Italia, particularmente de Florencia, que tan de veras ayudaba al Bearnés, y su Duque y los demas potentados jamás desearon buenos sucesos al Rey, nuestro señor, con haberlos ayudado á todos y hecho tantas y particulares mercedes; pero siempre procedia en aumento de la fe católica, como constante Príncipe, y así Dios le conservaba como particular y único defensor de su Iglesia; y como un Atlante tuvo sobre sus hombros el grave peso y máquina del mundo, sin más ayuda que el celo de católico que era el interes que pretendia sacar de sus continuos gastos y trabajos, por sólo establecer la fe santa en los reinos de Francia y en otros donde no la habia tan viva y constante como se pretendia.

El duque de Guisa estaba en este medio en París, no muy satisfecho de la respuesta que Alexandro le habia dado de no poderle asistir con gente ni dinero para hacer la guerra en el Poetu, que era lo que deseaba, hasta mejor ocasion; con todo eso, por haber representado muchas necesidades, se le dieron dos mil escudos para salir de París. Desta suerte caminaban los socorros de los Príncipes franceses y voluntad que tenian, forzoso á pagársela con fuerza de dineros, siempre que les parecia pedirlos, particularmente el duque de Umena, que era insaciable la sed que tenia dellos; y si de su interes y de los demas se sacara algun fruto fuera ménos dañoso. Monsieur de la Jatre y la duquesa de Guisa no le aconsejaban á su hijo lo que les estaba bien, y él de suyo, no todas veces sabia elegir lo que habia menester; pero para su provecho y acrecentamiento todos los consejos le eran útiles.

Héme detenido tanto en referir las cosas de Francia, por la

variedad y corriente que han tenido los sucesos tan varios que en aquel Reino hubo, que aunque he deseado volver á los de Flandes, no he podido hasta este medio que dejo el ejército español, aunque falido y mal reparado, invernando, y á Alexandro tomando el agua en la fuente de Aspa para cobrar la mucha salud que le faltaba, así por el arcabuzazo que le dieron reconociendo á la villa de Caudebeque, como por su mal ordinario de hidropesía que le traia bien afligido y lastimado.

Ya escribí como el coronel Francisco Verdugo quedaba en el Estado de Güeldres despues de haber vuelto de la embajada de la muerte del duque de Cleves y defendido á la villa de Mastriq cuando el conde Mauricio la quiso ganar; el cual, corrido deste suceso suspendió las armas hasta la primavera, y habiendo formado su ejército, comenzó á campear y hacer muy grandes entradas y correrías en Brabante, sin que lo pudiesen resistir; y aunque el conde Mansfelt habia procurado hacer algun esfuerzo para resistirle, fué muy inútil, pues harto era conservar lo que tenia sin poder resistir las fuerzas de Mauricio, que, como no habia quien se le hubiese opuesto por el ausencia de Alexandro, andaba ufano y victorioso y atemorizaba muchas provincias de las de Flandes, en particular la de Frisa, donde con más libertad campeaba y salia con cuanto podia, si bien era resistido de Francisco Verdugo, el cual, aunque con pocas fuerzas, se prevenia en este tiempo por tener entendido que el ejército rebelde se rehacia con más pujanza de la que ántes, y creyó que Mauricio habia de dar sobre la provincia de Frisa y desposeerle de su gobierno; y por esto despachó á toda diligencia con los avisos que tenia al conde Mansfelt que se hallaba en Bruselas, y no se le dió ninguna asistencia ni socorro, si no era en promesas siempre. Visto esto, escribió á Alexandro y le envió los avisos que tenia, luégo que supo habia llegado á Aspa, para que le hiciese socorrer, y le respondió que se fuese á su gobierno sin darle más asistencia que la misma que el conde Mansfelt, que eran esperanzas sin remedio; y visto que le convenia buscar el más necesario para resistir al conde Mauricio, que ya tenia por cierto iba á poner

sitio á la villa de Steenvick ó á la de Covorden, se puso en este lugar por estar en medio de las plazas de su Gobierno, y no estaba tan bien proveido como la villa de Steenvick, la cual tenia á cargo el Teniente coronel de Monsieur de la Mota, y para la defensa della habia más de mil soldados, que eran la nata de la gente de guerra que el Rey, nuestro señor, conservaba en la provincia de Frisa, y él por su persona tenia valor y prudencia para defender esta plaza, y la habia, con la ayuda de los burgueses y soldados, reparado y puesto de manera que podia esperar cualquier acometimiento, porque habiéndola de fortificar como convenia, era necesario mucho tiempo.

Hallábase en esta plaza Monsiéur de Guaterdich, gobernador de la villa de Gitimbergue, que habia ido allí con esperanzas de salir con una empresa que el Rey, nuestro señor, mandó se pusiese en ejecucion por Pedro Ranz, criado suyo, y áunque se conoció ser engaño y trato doble, por el ánimo y deseo que tenia de hacer alguna fineza, se quedó dentro de Steenvick, por haber sabido que el ejército rebelde iba á sitiarla; el cual fué marchando con muy buen órden y grande aparato, confiado en que habia de salir con su empresa; y habiendo tenido Francisco Verdugo este cierto aviso, se lo envió á Alexandro á la fuente de Aspa donde estaba, y tambien á Bruselas al conde Mansfelt, porque de su parte no le quedase nada por hacer, supuesto que sabia que los socorros que le habian de ir serian muy parecidos á los demas; y visto que se tardaban, recogió toda la demas gente de guerra que pudo de las guarniciones, y reforzó con ella la de Steenvick, no obstante que tenia la que he apuntado, y con ellos envió al capitan Sante, y con el dinero que habia, el cual hizo tan buena diligencia y se gobernó tan honradamente, que por muy gran cuidado que el ejército rebelde tuvo para no dejar entrar en la villa ningun socorro, le entró dentro y sin ninguna pérdida. El conde Mauricio se arrimó á la villa y le comenzó á abrir las trincheas; pero Monsieur de la Coquela, cuidadoso de que saliese con su intento, hizo algunas salidas á ellas con grandísima osadía, y se lo estorbó y le degolló mucha gente, y ganó

las banderas que tenia en ellas. Visto esto, Mauricio plantó su artillería en dos camaradas, y en cada una puso treinta piezas, con que pensó hacer tan grandes baterías ó atemorizar tanto á los cercados que se le rindiesen. Otros dos medios cañones plantó para batir un molino que se habia hecho para que dél entrase agua en el foso. Comenzó con mucha presteza á jugar el artíllería para abrir las baterías, desde las cinco de la mañana, y no cesó hasta las cinco de la tarde, y siempre con tanta furia y con tan apresuradas cargas, que no se vieron otras semejantes en todas las guerras de Frisa; y pareciéndole al conde Mauricio y á los demas rebeldes que las baterías estaban bien abiertas y que se podia asaltar muy bien, puso todo su ejército en escuadron y las hizo reconocer á tres Capitanes; al uno dellos mataron los defensores de el arce del foso, y habiéndose retirado los otros dos, hicieron relacion de que no habia hecho mucho efecto su artillería con ser tanta, y que la estacada que tenian se quedó entera, y detras della muy buena guarnicion de mosquetería y arcabucería; y sin haber hecho los rebeldes esté dia más faccion que ésta, se retiraron á sus cuarteles aquella noche, y en ella misma comenzaron á cegar el foso y á arrimarse con la zapa á la muralla por tres partes, y por una que habian batido un torreon de la puerta de la estacada hicieron dos minas, el cual estaba á cargo del capitan Bartolomé Sanchez, natural de Ibros, junto á Baeza, valeroso español, y uno de los que bien habian servido en aquellas guerras, siempre debajo de la mano de Francisco Verdugo, el cual no cesaba de solicitar los socorros por gozar de alguna buena ocasion, porque vió que el enemigo tenia dividido su ejército y la caballería en parte que se la podia romper; y si se hallara con algun número de gente, lo hiciera con gran facilidad, porque demás de tener muy léjos su infantería, se le podia ocupar un puente que no tenian guardia en él, y rompiéndole, ni la caballería enemiga podia ser socorrida de su infantería, ni ella de ninguna parte, porque en el alojamiento que tenia la caballería no habia más de una calle, y no podia salir por otra parte, por estar todas las demas empantanadas; y por

ellas mal pudiera la infantería hacer ningun efecto sin daño muy grande de la caballería. Fuera buena suerte si Francisco Verdugo se hallara con gente para romper la de los rebeldes, que aunque procuró juntarla, no la que era necesaria para una ocasion como ésta, que fuera de mucha importancia, pues no se le escapara un tan solo soldado de la caballería rebelde, y la villa de Steenvick fuera socorrida, ni Mauricio pudiera retirar su artillería, porque el rio por donde le habia llevado, con el excesivo calor que en este tiempo hacia, que era por Junio, se habia secado de tal manera que no se podia navegar.

Siempre los soldados rebeldes continuaban la zapa y se arrimaban á la muralla de Steenvick y la minaban con gran presteza, y fuera de la mina hicieron dos castillos de madera, uno mayor que otro, fabricados con goznes y tornillos, de manera que juntando las piezas de que eran formados, y con unas ruedas que tenian y otros artificios, quedaron en perfeccion y los llevaban donde eran necesarios. Cabia en cada uno mucha gente, porque en diversas piezas y suelos que tenian, estaban con mucha comodidad y seguros de arcabucería y mosquetería. Con estos se arrimaron bien cerca de la muralla, y eran tan altos, que de ellos descubrian el terrapleno y todas las calles y casas de la villa y hacian mucho daño; visto esto por Monsieur de la Coquela, plantó dos piezas de artillería detras de una casa, y con ellas mandó batir al mayor de los castillos y le hizo pedazos, y del otro recibia ya poco daño; y ya en este medio estaban los rebeldes sobre el terrapleno, y tan cerca de los defensores católicos, que median las picas los unos con los otros, y peleaban con grandísima gallardía, sin que los rebeldes osasen dar el asalto, ni hacian más faccion que tocar muchas armas falsas para inquietar á los cercados; y teniéndoles asestada toda su artillería, para que siempre entendiesen los católicos que les iban á dar el asalto, los cuales estaban con gran valor prevenidos para la defensa y no dejaban de hacer mucho daño á los rebeldes; y viendo Francisco Verdugo en el peligro que estaban, y que tardaba tanto el socorro, y que por esta causa era posible perderse esta plaza, y que no hallaba otro remedio más pronto

para estorbar la pérdida, ó por lo ménos dilatarla, esperando el socorro que entrarle más gente dentro y proveerla de pólvora, de que comenzaba á tener necesidad. Dió aviso al conde Herman de Vergas, que estaba en la villa de Groeninghen, para que le enviase gente con algunos sacos de pólvora, y tambien Francisco Verdugo, por su parte, haria lo mismo, sabiendo con puntualidad el dia, punto y hora donde se habia de juntar, y que procurasen de improviso entrar en la villa por entre dos fuertes que los rebeldes habian hecho por la parte donde el capitan Sante entró el socorro, y no estaban tan juntos que, aunque con mucho trabajo y por pantanos, dejasen cada noche entrar y salir en la villa avisos de lo que habia; y estos soldados llevaban órden de hacer el mismo viaje con las guías que Francisco Verdugo les dió, las cuales, y con la buena cabeza que llevaban, consiguieron el efecto y entraron en la villa; pero los soldados y pólvora que envió el conde Herman, ó se cansaron ó perdieron el ánimo, que con estar á un tiro de piedra de la villa, no entraron por haber tocado arma los fuertes de los rebeldes.

Escapáronse cuarenta ó cincuenta soldados y la cabeza que llevaban, y los demas quedaron en manos de los rebeldes. Venido el dia, tuvo ánimo con estos soldados de caminar seis leguas y escaparse, aunque le seguian, y no le tuvo para caminar distancia de un tiro de piedra. Siempre se peleaba sobre la muralla, y no se sacaba más fruto de ambas partes que pelear; pero los cercados, que vieron no los socorrian, comenzaron á platicar de rendirse á los rebeldes; los cuales, habiendo hecho dos minas y ocupado el terrapleno, por no tener la muralla por aquella parte ningun través que se lo estorbase, dieron fuego á las minas, pero hicieron muy poco daño á los cercados, y la una de ellas enterró un torreon de la muralla á la parte de los rebeldes y les hizo mucho daño; y ofendidos de este mal suceso y de la resistencia que los católicos les hacian, se resolvieron de asaltarlos, y con grandísima gallardía les dieron por tres partes otros tantos asaltos, reforzándolos cinco veces de gente. Peleábase con mucho furor y derramamiento de sangre, y duró

hacerlo en las baterías desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, y de ambas partes murió infinita gente; y de la católica mataron á tres Capitanes, que fueron: el conde Luis, hermano del conde Herman de Vergas; el capitan Blandel, que lo era del regimiento de Monsieur de la Mota, y al capitan Hesel, del de Francisco Verdugo. Al conde Mauricio le dieron un arcabuzazo en el rostro, y á otros Oficiales y gente granada de su ejército dieron muchas heridas, sin los muertos, que fué muy gran número; y viendo los cercados que el socorro tardaba, y el daño que habian recibido, y que todavía duraba el pelear con más furia y teson que ántes, y que estaban de trabajar y de pelear cansadísimos, volvieron á parlamentar con los rebeldes y les rindieron la villa; y uno de los pactos que hicieron fué, que saliesen de la provincia de Frisa y pasasen el Rin, y que en seis meses no pudiesen volver á aquel país, que fué una cosa de grandísimo daño para el servicio del Rey, nuestro señor, porque (como ya he referido) la gente era valerosa y la más plática que habia en aquella provincia, y la que le quedaba á Francisco Verdugo, muy poca y de ménos servicio; y lo peor era que habia perdido la esperanza de que le enviasen otra tal para resistir las fuerzas rebeldes, que eran muchas y poderosas.

Avisó Francisco Verdugo á Alexandro y al conde Mansfelt, que el uno áun se estaba en Aspa y el otro en la villa de Bruselas, de este suceso, y que le enviasen socorro, advirtiéndoles tambien que los rebeldes habian quedado tan mal tratados, que en mes y medio no estaban para volverse á rehacer ni emprender cosa de consideracion, que no era mala advertencia para acudir al remedio, y se entendió habia perdido el conde Mauricio en este sitio más de dos mil soldados, la nata de su ejército. Y sucedió de la misma manera que he escrito, pues estuvo muchos dias sin poder campear ni rehacerse, ni en este tiempo, que era muy suficiente, ni Alexandro ni Mansfelt enviaron socorro ni otra cosa á Francisco Verdugo, que fuera muy á propósito haberlo hecho con tiempo, y se sacara más fruto que no haberlo enviado despues, como se le envió, causa de haber sucedido ántes y despues algunas desgracias.

El Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva trabajó tanto cuando estuvo en la villa de Diste en reducir al servicio del Rey, nuestro señor, los soldados alterados del tercio del Maestre de campo, Manuel de Vega, que logró sus esperanzas, que no poco agradecido quedó Alexandro, y se fué conociendo cuán bueno era este caballero para apaciguar gente amotinada y no para alterarla, como sus enemigos y el conde Cárlos de Mansfelt con siniestras informaciones habia dado á entender, y en otras alteraciones que hubo despues de la muerte de Alexandro, se echó mano de su persona, y las deshizo, y concertó los soldados siempre á mucha satisfaccion; y habiéndosela dado al tercio del Maestre de campo Manuel de Vega ántes de arbolar sus banderas, pidieron los soldados una cosa que, por no ser jamás vista en la guerra, la escribiré; y fue que se les concediese otro Maestre de campo, por parecerles que Manuel de Vega habia de proceder contra algunos á quien no tenia buena voluntad; y por no tenérsela á él parte de sus Capitanes, se entendió habian de secreto solicitado á sus soldados para que lo pidiesen. La causa era porque les hacia vivir en buen órden y uso militar; y como les apretaba en esto (á su parecer más de lo que fuera justo) le hacian malos oficios en cuanto se ofrecia. Tambien se entendió que porque querian los soldados bien á D. Sancho de Leiva, y desear fuese su Maestre de campo hicieron tan apretadas diligencias, y que él lo queria y daba lugar á estas pláticas; pero la verdad era lo que he referido, pues D. Sancho no apeteció volver á ser Maestre de campo, habiéndole reformado el tercio viejo, no obstante que Alexandro le habia ofrecido formarle otro sobre las compañías viejas que le quedaron, que fué el que se le dió á D. Alonso de Idiaquez; y porque mi intento no es averiguar que fuese esto ó lo otro, escribiré sólo que los soldados hicieron mucha instancia con Alexandro para que depusiese á Manuel de Vega de su tercio; y aunque resistió mucho esto, no sé qué causas le pudieron mover despues para hacerlo; y para más justificacion de Manuel de Vega y de su inocencia, no quiso dejar el tercio de su voluntad, como se pretendia, sino que se lo quitase Alexan-

dro por justicia y diese causas; pero no sé que las hubiese porque no las habia.

En fin lo puso por obra y concedió á los soldados otro Maestre de campo, que fué D. Alonso de Mendoza, soldado viejo y de satisfaccion. Manuel de Vega hizo grandes exclamaciones y formó muchas quejas, viendo que sin causa le habian privado de su oficio, sin deméritos de su persona, ni más culpa de la que he referido. Alexandro conoció la razon que tenia y le ofreció hacer una muy gran merced, y en el entretanto le mandó dar doscientos escudos de sueldo al mes y cédula de Consejero de Guerra, y que se le aclarase en los libros del sueldo del Rey, nuestro señor, una merced antigua de quince escudos de ventaja y que los pudiese gozar con otro cualquier sueldo; que no poca dificultad hubo en hacerlo por la consecuencia de otros muchos que pudieran pretender lo mismo; y tambien le hizo merced de darle una compañía de infantería á su alférez Gaspar Machuca. Bien quisiera Alexandro dar á Manuel de Vega mayor satisfacion, pero no sé cuál pudiera ser buena no volviéndole su tercio. Hubo algunos que aprobaron esta resolucion, mas por ser émulos suyos no se hizo caso; pero los que más bien juzgaban estas cosas, no sintieron bien dello; ni yo podré asegurar con verdad más de que era el ódio tan grande que los soldados deste tercio tenian con Manuel de Vega, que pienso le deseaban mayor mal, y lo mismo algunos de sus Capitanes, no porque él lo mereciese, pues, como otras veces he referido, era muy gran soldado, temeroso de Dios y celoso del servicio de su Rey, que esto y el ser tan puntual con él, le hacia algun daño, pues no todas veces en la guerra han de ser los que gobiernan tan escrupulosos que no han de sufrir algo á los soldados; y porque disimulaba poco sus desórdenes en tiempo de necesidades, y más la que este tercio pasó en Frisa, creo y tengo por cierto que fué la causa más principal para haberle cobrado tan mala voluntad como he dicho. Y porque tambien se platicó mucho en que todo el tiempo que estos soldados estuvieron alterados se gobernaron muy bien y alabaron su proceder y el de los Oficiales y electo que nombraron, me ha parecido desengañar

al vulgo ignorante con sólo advertir que la obstinacion tan grande que tuvieron en tan dilatado tiempo, fué causa de los malos sucesos que el año pasado y éste hubo en Flandes, tan contra el servicio de Dios y del Rey, nuestro señor, y de que no se saliese con las pretensiones que tenia. Demás desto, ¿qué cristiano ni verdadero vasallo hay ni ha habido que apruebe motin, siendo crímen tan pernicioso y malo que permite tomar las armas contra su Príncipe y Señor natural, cosa infame y de ánimo depravado, y que no hay ninguna que apruebe semejantes traiciones y desórdenes? Y el General que no las castiga con mucha severidad, no se puede sentir bien de su fidelidad; y si se hubiera hecho muy gran demostracion con los autores de los motines, no se desvengonzaran tanto como despues en otros muchos que hicieron y fraguaron en Flandes. Los Oficiales que tuvieron en éste de Diste, fueron los más ruines soldados que hallaron: el electo, que se llamaba Molina, natural de Ubeda, hombre de poca conciencia, y el Sargento mayor, como he referido, era un mulato. De gente de esta calidad, ¿qué bien se podia esperar, ni qué servicios hicieron á su Príncipe el tiempo que estuvieron fuera de su gracia, como otros muchos que ha habido, que para volverla á granjear, arrepentidos de sus desórdenes, hicieron muchas finezas y servicios particulares, y como gente que está en pecado jamás se ha visto hasta hoy que les haya lucido á ningun Oficial de motin el dinero que por fuerza de armas se hayan hecho pagar de sus Príncipes? Siempre lo han malogrado y empobrecídose, viviendo arrastrados y fugitivos hasta acabar la vida. Y quien la pudiera gozar con más buen nombre que otros fué Vargas, á quien llamaron el veterano, soldado muy viejo de los del duque de Alba (de buena y eterna memoria) que fué electo de un motin que hubo en Pontestura, en Italia, y se gobernó tan bien (porque era persona experta y bien entendida) en él y con tanto valor, que se le hicieron muchas mercedes, y con su gobierno y prudencia atemorizó al rey de Francia y á otros Potentados. Pero, en fin, fueron obras hechas en desgracia de su Príncipe, y nadie pudo negar que por haber sido cabeza de un motin mereciese pasar

adelante, pues no hubo Capitan que se atreviese á darle una gineta de Sargento, ni admitirle de buena gana en su compañía; y yo le conocí bien pobre y arrastrado, y murió pocos años há en el castillo de Lisboa, habiendo vivido casi todo el tiempo que en él estuvo con mucha miseria, no habiendo sido más que soldado; y aunque lo era muy particular, no mereció por su persona y servicios ningun premio, ni es justo lo tenga quien no fuese leal á su Rey y Señor natural, y obediente á sus Oficiales y superiores. Bien sé que he de ser notado de prolijo, pero ya escribí que todas las veces que se me ofreciese tratar de motines los habia de afear, para que sirva de escarmiento á los que sin temor de Dios se atreven á fraguarlos, queriendo más el interes de su dinero que la reputacion y buen nombre; y de gente desta calidad, ¿qué bien se puede esperar ni prometer?

Despues de haber rehecho el conde Mauricio el ejército rebelde, marchó con él la vuelta de la villa de Covorden. Francisco Verdugo la guarneció y amunicionó lo mejor que pudo, y le entró suficiente artillería y municiones; y al conde Federico de Vergas le encomendó la gente, y esta gente para que la defendiera; y Francisco Verdugo se fué á la villa de Grol á esperar el socorro; y si Alexandro no los enviaba tan á tiempo como fuera razon, se viera cuán mal podia hacerlo por tenerle los sucesos y guerras de Francia apuradas las fuerzas del Rey, su tio.

Mauricio llegó con su ejército y puso sitio al burgo de la villa de Covorden, y dejándole encomendada la mitad dél al conde Guillermo de Nasao, su primo, se fué con el resto y con parte del artillería y municiones, y puso sitio á la villa de Oetmarsum, y fué tan de improviso, que Alonso Mendo, natural de Trillo y valentísimo soldado que estaba dentro con la compañía de caballos españoles de Francisco Verdugo, no lo supo; y porque tenia órden suya de no encerrarse con ella, le dejó una compañía de su regimiento y salió fuera de la villa, y con un valor increible pasó por medio de todo el ejército rebelde sin perder un tan sólo soldado; se escapó y se fué á la villa de Oldencel.

El conde Mauricio se arrimó con trincheas á la de Oetmarsum y le plantó el artillería; y al tiempo de hacerlo le mataron los cercados al General della, que se llamaba Monsieur de Fania, y despues de hecha la batería y prevenídose para dar el asalto se le rindió esta plaza con los mismos pactos y conciertos que la de Steenvik. En tanto que el conde Mauricio estaba en el sitio de la villa de Oetmarsum, su primo, el conde Guillermo, se arrimó al burgo de Covorden, el cual no tenia otra fortificacion que una trinchea simple. Con todo eso, le defendió el conde Federico algunos dias, hasta que Mauricio volvió de Oetmarsum, el cual dió un asalto al burgo, y habiendo entrado dentro sus soldados los volvieron á echar fuera los católicos con alguna pérdida; pero viendo el conde Federico que no podia conservarse en el burgo, y que si le defendia era forzoso perderle, se resolvió de quemarle, y habiéndolo hecho, se retiró al fuerte, que era la parte donde los rebeldes se habian arrimado con sus trincheas; y conociendo que el fuerte era una sola masa de tierra sin otra fortificacion, y que su artillería, por mucha que fuera, podia hacer poco efecto, se puso á ganarle con la zapa, sangrándole primero el foso, que era grande aunque no muy hondo, con algunos instrumentos. Los marineros que tenia sacaban el agua á fuerza de brazos. Hizo tambien dos plataformas que abrazaban los dos baluartes, y desde allí tiraba á las defensas, haciendo muy gran daño á los católicos. Confiado Francisco Verdugo en el socorro que esperaba, no obstante que la gente que habia hecho entrar en el fuerte era suficiente para defenderle, hizo apear la compañía de caballos españoles del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva con su Alférez, y las entró dentro, pareciéndole que por ser españoles asistirian al conde Federico mejor que las naciones que allí estaban (como lo hicieron), y habiendo salido con ellos algunas veces á los rebeldes, y en ellas maltratádoles mucho, le pareció al conde Mauricio hacer algunos fuertes; en particular fabricó uno muy cerca del de los católicos, y desde él le hizo batir el conde Federico con su artillería, y les hirió y mató mucha gente, porque no le tenian en defensa; y aunque

habian recibido grande daño, fueron tan valerosos los rebeldes que le defendian, que no se movieron dél. Visto esto, mandó el conde Federico salir de su fuerte una buena tropa de soldados para darles el asalto, los cuales se lo dieron y fué muy reñido y sangriento, porque los que lo defendian pelearon con mucha osadía hasta acabar los más dellos las vidas; y habiendo quedado con ellas bien pocos, y llegándoles muy presto el socorro de sus cuarteles, les pareció á los católicos, porque los enemigos no los cortasen entre sus dos fuertes, retirarse, aunque con alguna pérdida y muchos heridos y muertos; y entre ellos fueron el alférez Juan Lopez, que lo era del regimiento del coronel Francisco Verdugo, y Monsieur de Ruylle, tambien Alférez de su compañía coronela, ambos animosos soldados. Y en habiendo acabado el enemigo las dos plataformas y puéstolas en perfeccion, comenzó á cegar el foso con grandísima presteza y seguridad.

En este medio llegó á la villa de Grol el socorro que esperaba Francisco Verdugo, el cual fué á cargo de Monsieur de la Capela, que era de su regimiento y del tercio de italianos del Maestre de campo D. Gaston Espínola, y el de los irlandeses de Monsieur de Stenley, que todos juntos no llegaban á novecientos soldados. Tambien fueron algunas compañías de caballos al cargo del capitan Alonso de Avalos, que lo era de una dellas, valeroso caballero y hermano del marqués del Vasto, y el número de todas ellas no era de cien caballos.

A tal extremo llegaron las fuerzas del Rey, nuestro señor, en este tiempo, que no podian suplir ninguna cosa de importancia; y para que se eche de ver el estado dellas, y no por encarecerlo, diré que cuando estas compañías de caballos pasaron por delante de Francisco Verdugo, llevaba la una dellas dos arcabuceros de á caballo de vanguardia y tres lanzas de batalla, y tres mujeres y un clérigo de retaguardia, sin tener más soldados que estos para guardia y defensa de su estandarte; y lo peor era que este socorro fué sin un real, ni Francisco Verdugo tenia para dárselo; y visto cuán sin sustancia se lo habian llevado, y temiendo que si los alojaba en casares abiertos se los

podrian degollar los rebeldes con mucha facilidad, se resolvió de entrarlos dentro de la villa de Grol por evitar este inconveniente. Estuvieron en este alojamiento con alguna estrecheza por ser muy pequeño; y pareciéndole á Francisco Verdugo que era bien entretener á los rebeldes en aquel sitio de Covorden, despachó luégo para que entrasen dentro algunos valones del regimiento de Monsieur de la Capela con uno de sus Capitanes. Hízolo tan bien, que entró, aunque con algun peligro. En este medio sucedió que escribiendo Francisco Verdugo y Monsieur de la Capela á Alexandro del poco socorró que les habia ido, unos corredores del conde Mauricio cogieron las cartas en el camino y se las llevaron, y él las envió al conde Federico con un trompeta para que viese el socorro que le habia llegado, y le persuadia se rindiese. Respondióle que en sólo Dios esperaba el socorro, que de los demas no hacia caso, y que así pensaba defender la plaza. Y tratando un dia Francisco Verdugo con algunos Capitanes italianos del tercio de D. Gaston Espínola, de que se holgaría estuvieran dentro del fuerte más de los que habia, se ofreció de su misma voluntad el capitan Doria, caballero genovés, á entrar dentro aunque se perdiese. Francisco Verdugo se lo agradeció, y yéndolo á poner en ejecucion con algunos soldados escogidos que llevaba, y con tener mucha guardia el enemigo por aquella parte, pasó por ella con grandísimo ánimo y entró dentro del fuerte.

Por la mucha instancia que Francisco Verdugo habia hecho con Alexandro para que le enviase socorró, le escribió en este medio, aunque tarde, que se lo daria muy suficiente, como ya lo habia ordenado y mandado, y así lo hizo. El que le envió fué el tercio de españoles que habia estado alterado en la villa de Diste, cuyo Maestre de campo era (como ya he referido) D. Alonso de Mendoza, y con él y un buen número de caballería partió la vuelta del Rin; y habiéndole pasado, llegó á juntarse con el coronel Francisco Verdugo; y con la gente que él tenia y con la que llevó D. Alonso se pudiera socorrer muy bien el fuerte si llegara á tiempo; y aunque el Maestre de campo D. Alonso de Mendoza llevó consigo á Céspedes, Oficial del Pagador general,

fué sin dinero ninguno, ántes le dijo á Francisco Verdugo que le habia faltado para cumplir con algunas compañías españolas de una paga que se les habia librado en Brabante; pero que de la ciudad de Colonia le habia de llegar cierta suma, con que se suplirian las necesidades que se ofreciesen.

Ya escribí como los enemigos habian cegado el foso del fuerte, que fué al mismo tiempo que iba marchando con este socorro el Maestre de campo D. Alonso de Mendoza, y por la una cortina del un baluarte del fuerte se habian entrado los rebeldes dentro, arrancando los árboles de que estaba vestida con unos tornos y otros artificios, alojándose dentro del baluarte sin que el conde Federico ni sus soldados se lo pudiesen estorbar, porque siendo (como eran) las cortinas cortas, los traveses de los otros baluartes hacian poco efecto, y las dos plataformas de los rebeldes estorbaban que no se pudiesen ayudar dellas, porque sin cesar disparaban mucha artillería y cruzaba la batería.

Acertó á ser este baluarte el más fuerte de los cinco que tenia esta plaza, y el conde Federico, viendo que no lo podia sustentar, lo cortó y desamparó la mayor parte dél, y se comenzó á retirar hácia una plataforma del fuerte, por la cocina de la casa principal que en él habia, hasta lo que se cortó del baluarte, que tambien hacia través como la plataforma; y sabiendo Francisco Verdugo (por las espías que tenia en el ejército del conde Mauricio) el estado destas cosas, envió á dar priesa al Maestre de campo D. Alonso de Mendoza que marchase con el socorro que llevaba, y él se dió toda la que pudo; y habiendo llegado cerca, le salió á recibir Francisco Verdugo con la gente que tenia tomándole la vanguardia, para informarse desde más cerca como se pudiera socorrer al fuerte, habiendo llegado el Maestre de campo D. Alonso de Mendoza; el cual, sabiendo que Francisco Verdugo se habia adelantado, le siguió con gran presteza, aunque por haber llovido mucho estaban los caminos muy malos y empantanados. Fuéronse á juntar en la villa de Ulsen, que lo era del conde de Benthen, y otro dia marcharon juntos á Denicamp, lugar del mismo Conde, que

estaba una buena hora de camino de Covorden; y aunque pudiera al principio escribir el sitio y fortaleza que tenia este fuerte que defendia el conde Federico de Vergas, que era el de Covorden, no he querido hasta ahora por venirme tan á propósito, y así diré la forma que tenia.

Estaba en un sitio fortísimo, por estar sitiado por todas partes de muy grandes pantanos y turbales, inaccesibles la mayor parte del año; solamente hay un paso arenisco y duro debajo, pero muy lleno de agua, la cual estaba siempre en ser ántes de llegar al fuerte con muy gran distancia, y despues, á la entrada dél, adentro habia una pequeña legua, y segun parecia, fué este paso hecho de propósito para el de las barcas de una provincia á otra, que esto significa el nombre de Covorden. Hay tres ó cuatro rios que salen destos pantanos y turbales, y todos vienen á concurrir al fuerte, y dellos se hace un rio que va por unos muy grandes prados á entrar en el rio Bester. Pocos dias ántes que llegasen Francisco Verdugo y el Maestre de campo D. Alonso de Mendoza á Denicamp habia tambien llegado el conde Holac con un regimiento de bisoños y otro buen número de gente á juntarse con el conde Mauricio; y queriendo estar apartado dél, se alojó entre Denicamp y su ejército; pero más cerca dél que no de la gente católica de Francisco Verdugo. En aquel puesto se habia fortificado, pero teniendo noticia que iba el socorro, dejó aquel puesto y ocupó otro. La mitad de la fortificacion estaba dentro del rio que iba de la villa de Covorden y la mitad detras, y éste dejó tambien por haber sabido que Francisco Verdugo y el Maestre de campo D. Alonso de Mendoza habian partido de la villa de Oldencel, y se fortificó en otro más fuerte y levantó en él unas trincheas inexpugnables.

Este puesto estaba más cerca del cuartel del conde Mauricio, el cual tambien se habia fortificado, y fuera del paso del agua, que ya he escrito, como en otros que habia por aquellas partes por donde podian pasar los católicos. Hicieron en un instante los rebeldes otros muy buenos fuertes, y tambien reparar las trincheas y doblarlas con fuerte guarnicion de los soldados más

viejos que tenian, así para defenderse y ofender á los del fuerte, como al ejército de Francisco Verdugo, el cual llevaba tres piecezuelas de campaña, con las cuales hizo señal al conde Federico de su llegada; y por no perder tiempo, envió alguna caballería á tomar lengua por la parte donde estaba el conde Holac, y á dos Capitanes, uno español y otro italiano, los envió por los pantanos, porque vió que se podia caminar por ellos con toda la infantería, lo más cerca del fuerte que se pudiese, como no fuesen sentidos, y tocarles arma con la caballería, la más furiosa que se pudiera, y que estuviese hecho alto la infantería hasta oir esta arma, y que luégo arremetiesen á las trincheas enemigas, y ganándoselas (como lo tenia por cierto) se haria lo mismo de las plataformas, y se echaban á los rebeldes fuera del burgo, que áun todavía se estaba atrincheando. Tambien consideraba Francisco Verdugo que tocando arma al cuartel del conde Holac saliera del suyo Mauricio á socorrerle (como despues lo hizo), y que entónces la infantería católica tendria ya hecho el efecto facilísimamente, por estar el cuartel del conde Holac media hora de camino hasta las trincheas.

Con este buen discurso que imaginó Francisco Verdugo, envió, como he dicho, á los dos Capitanes, español y el italiano, para que fuesen á reconocer el paso para guiar la infantería, y del medio del camino se volvieron sin reconocerlo, echando la culpa el italiano al español, diciendo que no habia querido pasar adelante, y que no queria ser más prudente ni valiente que el otro; cosa bien fea é indigna de escribirla; mas por el deservicio tan grande que en esta ocasion hicieron al Rey, nuestro señor, y que se sepa la causa del mal suceso que se tuvo en este socorro de Covorden y su fuerte, no puedo dejar de apuntarlo, ni de culpar mucho á quien les pudiera dar muy riguroso castigo y no lo hizo, y tambien satisfacerse de las personas que enviaba, pues en tales ocasiones se ha de elegir á los que en otras muchas hayan experimentado su intencion; y si estos Capitanes obedecieran el órden que llevaban de Francisco Verdugo, no sólo se hubiera conseguido lo que se desea-

ba, pero áun se hubiera roto y desbaratado el ejército rebelde, porque la mayor parte dél habia ido á correr la campaña y á buscar bastimentos por la necesidad que pasaban, teniendo tan léjos sus trincheas.

Tambien padecia el ejército español por falta de dineros, y no por vituallas, que estas sobraban en todos los cuarteles; y la necesidad de no tener dinero para comprarlas les hacia desamparar las banderas é irlas á buscar los soldados de las naciones, porque solos los españoles del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Mendoza asistieron en ellas con grandísima puntualidad, y fuera lo mismo cuando no hubieran recibido sus pagas despues de la alteracion que tuvieron en la villa de Diste, porque esta nacion lo tiene de costumbre estando en las ocasiones de la guerra, como tantas veces lo hemos visto por experiencia; y si los rebeldes no estuvieran tan ocupados en sus trincheas y puestos, pudieran hacer muchas y buenas suertes en los soldados desmandados que salian de los cuarteles católicos á buscar de comer.

Viendo Francisco Verdugo la mala relacion que los dos Capitanes, italiano y español, habian traido, se resolvió, juntamente con el Maestre de campo D. Alonso de Mendoza, acometer al cuartel del conde Holac; y así, escogieron de todas las naciones que allí estaban mil soldados para ir de vanguardia, y que les fuesen siguiendo el resto del ejército con toda su caballería. Esta vanguardia se dió á los capitanes Alonso de Ribera Zambrana y á D. Juan de Vivanco, ambos valerosos y del tercio de D. Alonso de Mendoza, con veinticinco picas españolas y otras tantas italianas, con alguna arcabucería. Dióles órden Francisco Verdugo que cerrasen con las trincheas del enemigo, y habiéndolas ganado les siguiesen todo el resto del ejército; y por ser de noche les mandó (para ser conocidos como se acostumbra) se encamisasen ó pusiesen insignias blancas, como lo hicieron, y que todo el ejército que seguia esta vanguardia que llevaban los dos Capitanes españoles hiciese escuadron dentro del cuartel, y que toda la caballería, encubierta en un bosque que estaba junto al cuartel del

conde Holac, y que la gente que fuese al socorro del conde Mauricio le esperase; y tambien se ordenó que no se tocase arma hasta que se tocase arma pica á pica con los rebeldes; y para que no perdiesen el camino les dió Francisco Verdugo á los Capitanes españoles que iban de vanguardia una guía, y ellos la entregaron á Gonzalo Marin, natural de Málaga, honrado y animoso, y despues murió Capitan. Era soldado en esta ocasion de la compañía de Juan Ruiz de Villaoslada, y para que les enseñase por donde entraban y salian los carros á la fortificacion de aquellas inexpugnables trincheas que habian hecho los rebeldes, que era la surtida para que por ella entrasen á pelear los españoles é italianos que llevaban la vanguardia; y cuando llegaron al cuartel donde poco ántes habia estado el conde Holac, creyendo se huia, se dieron priesa á caminar tras él, y como era tan grande la que llevaban, se le huyó la guía al pasar de un arroyo á Gonzalo Marin, y se fué por la parte derecha al cuartel de los enemigos, y era á la misma adonde tenian la surtida, y los españoles y la demas gente fueron por la parte izquierda, creyendo iban bien encaminados. Tocóse una arma muy viva, que fué causa que no se consiguiese el efecto que se iba á hacer, y que los enemigos se alertasen y pusiesen en muy gran defensa (como lo hicieron), guarneciendo todas las trincheas y puestos con toda su artillería y mosquetería. Los españoles y demas naciones se fueron derramando y cerrando con las trincheas enemigas por diversas partes.

Los capitanes Alonso de Ribera Zambrana y D. Juan de Vivanco, ambos osados y valerosos, cerraron por la parte donde estaba el artillería de los rebeldes; y habiendo subido D. Juan por una trinchea y saltado dentro del mismo cuartel del enemigo, creyendo le seguian por aquella parte algunos soldados, aunque comenzó á pelear, no le valió, porque le hicieron mil pedazos.

Alonso de Ribera cerró peleando por otra parte muy animosamente, pero tuvo mejor suerte, pues salvó la vida, siendo al tiempo que los rebeldes disparaban muy apresuradas cargas

de mosquetería y artillería, y defendieron sus puestos con tanta gallardía que no fué posible ganárselos: en esta arremetida mataron á otro Capitan aleman, del regimiento del conde Barlamont, que habiendo entrado dentro con algunos soldados por la parte que acometió, y no siguiéndole los demas, acabó allí con los que entraron. El escuadron católico y su caballería estaba algo léjos, y dél fué saliendo alguna gente á socorrer la que habia arremetido de vanguardia, y los unos y los otros participaron del daño que hacian los rebeldes sin escaparse de el ejército y la caballería, que aunque estaba algo más léjos, alcanzaban las cargas del artillería. Tambien mataron á otros muchos soldados españoles é italianos de los que arremetieron de vanguardia, y de las demas naciones, que por todos serian ciento, y otros heridos; entre ellos fué D. Francisco Luzon, Ayudante que habia sido de Sargento mayor, que hoy es Capitan de infantería española y muy gallardo soldado, y á el alférez D. Vasco de Avalos y de Ayala, y al alférez García del Hoyo, no ménos honrados y animosos. Ya en este medio habia llegado el conde Mauricio con el socorro, que era al mismo punto que comenzaba á amanecer, y temiendo Francisco Verdugo por esta causa lo mismo que habia sucedido, comenzó, aunque con mucho trabajo, á retirar la infantería, porque vió que cuanto más lo dilataba recibiria mayor daño; y para hacerlo con más seguridad, puso al pasar del rio alguna infantería en las mismas trincheas que el conde Holac habia dejado, por si por aquella parte los rebeldes cargaban á impedir la retirada; y así se fué marchando con cuidado hasta los cuarteles, porque tambien la gente del conde Mauricio no acometiese la retaguardia católica, porque toda la gente de su ejército, salvo la que tenia en las trincheas, habia ya acudido por aquella parte.

Acabado esto, le pareció á Francisco Verdugo, otro dia siguiente, por no mostrar flaqueza, recoger todo su ejército junto á Covorden, y representó la batalla á los rebeldes, poniendo la frente de sus escuadrones en la de los del conde Mauricio, al cual convidó á la batalla, llamándole con todas

las trompetas y cajas que tenia, y no tan solamente no quiso darla, mas tambien rehusó el aventurar ningun soldado á la escaramuza.

Esto deseaba mucho Francisco Verdugo, por ver si le podia sacar de sus trincheas para pelear con él. Visto que no lo hacia, recogió todo su ejército y se volvió á su cuartel, dándoles primero una vista á los cercados de Covorden para darles ánimo; y habiendo alojado la gente, fué á reconocer un puesto, que se llama Scherembergh, pensando por aquella parte pasar al camino de la villa de Groeninghen, y por ella acometer á los enemigos, y no fué posible poderlo hacer, con llevar los caballos de la rienda, tanto era el fango y malos pasos que habia, que se empantanó el capitan Alonso Mendo de manera que él ni su caballo podian salir, y lo hizo con gran trabajo y ayuda.

En este medio llegó el conde Herman de Vergas á juntarse con Francisco Verdugo con la gente que habia sacado de aquel país; y el conde Federico, su hermano, que defendian el fuerte, viendo que no le podian socorrer y que el enemigo le tenia minado la mayor parte del baluarte que habia cortado, se rindió con muy honrados pactos, y el enemigo se los concedió, no obstanque le tenia apretadísimo de vituallas; y si el socorro, como vino á lo último fuera al principio ó cuando el que llevó Monsieur de la Capela, y que fuera con las comodidades y asistencias que en semejantes ocasiones se acostumbra, el fuerte se socorriera sin duda alguna; el conde Mauricio y su ejército se vieran en muy gran peligro de perderse ó de recibir un muy notable daño; pero como las victorias las da Dios á quien es servido, tambien quiere que los hombres de su parte se ayuden y hagan su posible para defenderse de sus enemigos, sin dejar á beneficio del tiempo cosas de tanta importancia: en el que fué Monsieur de la Capela era seco y en la buena sazon del verano, y se podia caminar por cualquiera parte, lo que no podia cuando fué D. Alonso Mendo con su tercio y la caballería, que era en otoño, y con las aguas dél se habia hecho difícil lo que ántes era muy hacedero y fácil.

Dánme las cosas de Francia tanta priesa, que me obligan volver á ellas ántes de concluir las de Flandes, que no poco olvidadas las habia tenido. Cuando Alexandro llegó con su ejército á la villa de Jateo Tiri, habiéndose retirado de la de Caudebeque, fueron tantas las ocasiones que de haberlo hecho dió el tiempo para tratar de su retirada, que se sujetó su buena fortuna y fama al rigor de las mordaces lenguas de los émulos que tenia, que jamás por pequeña ocasion que hallasen dejaron de hacer su oficio, en particular en ésta donde tan variamente hablaban unos, que por ser potentados de Italia no deseaban el buen suceso de las cosas de Francia; otros, que por el amor particular que tenia á las cosas de Flandes, por haberse criado en ello con Madama Margarita de Austria, su madre, cuando fué su Gobernadora, esto le habia hecho dilatar las entradas en Francia, y que cuando estaba en ella apresuraba la salida; y que por esta inclinacion habia mostrado alguna tibieza en el servicio del Rey, su tio; pero los que más bien hablaban y con buena intencion discurrian, afirmaban que si sólo á él se le hubiera dado el concluir con las guerras de Flandes, las acabara, siendo asistido á ellas, dándoles tan buen fin como se deseaba; ó que si solas las de Francia de su principio tuviera á cargo, no sólo se juntaran los Estados para la eleccion de un Rey cristiano, que era lo que se dificultaba, mas que tambien con esta eleccion, ó por otro medio, suspendiera el Bearnés las armas y no se atreviera á contrastar con las del Rey, nuestro señor, pues siendo gobernadas de la mano de Alexandro, las hubiera deshecho y atropellado muchas veces; pero haberle embarazado á este valeroso Capitan con empresas tan grandiosas como las de Flandes y Francia, y que casi pendian las unas de las otras, por las ayudas que tenian de Isabel, reina de Inglaterra, y de otros Príncipes enemigos de la corona de España, no era posible que una sola persona pudiese acudir á ellas, pues era fuerza que en tanto que durase el asistencia en las unas habian de enflaquecer las otras; y ésta era la causa de la remision que parecia á algunos que tenia Alexandro, y conviniera que otra persona que igualara á la suya se ocupara en una destas dos em-

presas. Mas, pues, el Rey, su tio, queria encomendárselas todas, y mandándoselas obedecer tan apretadamente, y más con tan poca asistencia las más veces, no sé yo qué lengua pudo haber que lastimase á verdades tan conocidas, si bien lo era muy grande que el Rey, nuestro señor, con mano tan generosa daba largamente tantas sumas de dineros para estas guerras, que si fueran bien repartidas hubieran lucido mejor; pero como se las entregaban á otro Alexandro Magno, por cuya mano se distribuian, sin que bastasen tanteos de Ministros ni diligencias y trazas de D. Diego de Ibarra, que era la persona de quien pendia el advertirle y irle á la mano de sus grandes gastos y ayudas de costa que daba, no eran bastantes cuantas diligencias en esto hacia, porque contrastaban con una mano tan liberal que no era posible irle á ellas; y si era defecto ser un Príncipe generoso, ninguno más que Alexandro, pues no sólo de la hacienda del Rey, su tio, lo era, pero tambien de la suya solia hacer lo mismo. Estas larguezas y liberalidades que hacia, ni se pueden reprobar por malas ni aprobarlas por buenas, pues en muchas ocasiones, por falta de dinero, se dejaron de ejecutar algunas de importancia y de hacer levas de gente, que si con tiempo se acudiera á ellas hubieran lucido más las fuerzas españolas en Francia de lo que lucieron.

Ya escribí como dejó Alexandro encomendado el ejército de Francia á Monsieur de Rona; y el contento que él tuvo de esta merced les faltó á los soldados por parecerles quedaban olvidados de cualquier bien y socorro por no haberles dejado un real ni órden para dárselo, y hallarse tan léjos de Flandes, que es de donde pudieran esperar su remedio; pero Alexandro, que no atendia á otra cosa, hacia grandes diligencias para que fuesen socorridos con el dinero que en este medio iba de España, que ya se hallaba una buena parte en Borgoña; y en tanto que llegaba dió órden que de lo que estaba en su frontera se enviase una buena suma para socorrer la gente. No se tuvo á bien en Roma que el comisario Mateuche despidiese los esguízaros del Pontífice por ser en tan mala ocasion; no se entendió si por esto ó por otras cosas le mandasen

volver á Roma, y se temia que habiendo de ir á Francia otro en su lugar, no fuese tan inclinado á las cosas del Bearnés, porque habia muchos que lo eran de corazon, y muy dificultoso el conocerlos. D. Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tassis daban gran priesa en la Junta de los Estados; pero era á tan mal tiempo que no hacia su buen deseo; que si bien el duque de Umena le tenia, como de nuevo lo aseguraba al Pontífice y al Rey católico, no se veia lucir nada de lo que prometia ni pudiera tener efecto hasta que el ejército español estuviese reforzado y poderoso; y para esto habia ya mandado Alexandro que se levantasen de nuevo algunos regimientos de alemanes y valones, y escribió á los Ministros de su tio que de la herida de su brazo y de la hidropesía se iba hallando mejor, porque el agua de Aspa hacia para su mal muy gran efecto.

Ya escribí como Alexandro habia dado órden á Monsieur de Rona, cuando le entregó el ejército católico, que fuese con él á poner sitio á la villa de Esperne, que está en la misma ribera de la de Jateo Tiri, y pareciéndole era buena ocasion, levantó el ejército y se puso sobre ella. Es plaza más fuerte de lo que se habia entendido. Tomó la empresa el Maestre de campo Don Antonio de Zúñiga con su tercio, y los franceses que la defendian salieron á quemar los burgos porque los españoles no se alojasen en ellos; pero defendiéronlos tan mal, que los perdieron luégo y se retiraron á la villa con pérdida de quince soldados, aunque la de los españoles fué mayor, porque de tres Capitanes que arremetieron con las picas, que era D. Alvaro Osorio, Don Diego de Medina y Cristóbal Hernandez, mataron á este último, que era muy valeroso y de buena opinion, y natural de Rus, junto á Baeza, y habiéndose apoderado los españoles del burgo, se trató de batir la villa otro dia siguiente que llegó el artillería y municiones de la de Rens á cargo de Monsieur de San Pol; y habiéndose arrimado á la de Esperne, se le plantó el artillería á los 25 de Junio, y aunque todo el dia se batió se hizo poco daño, y á los 26 apretó con más furia hasta medio dia; y habiendo reconocido un través que tenian los enemigos en un puente de piedra que hay sobre el rio, que va á dar á la puerta

que se batia, que era la parte por donde se habia de arremeter, se halló más dificultad en la empresa, porque ni se podia batir el puente levadizo ni arrasar; y así fué necesario arrimarse al foso con trincheas con grandísimo peligro, porque el terreno era muy malo y áspero para poderlas abrir, demás de que no se podian cubrir bien los soldados que estaban en ellas de las cortinas y dos traveses que no se habian podido batir como se deseaba, y de ellas ofendieron mucho á nuestra gente. Don Antonio de Zúñiga, como vió le habian muerto un Capitan y algunos soldados de su tercio, deseoso de la venganza, como prudente y valeroso caballero que tantas veces habia procurado el servicio de su Rey con tanta sangre derramada, apresuró esta empresa, que, como he apuntado, tomó á su cargo, por haber llegado el dia que se marchó á este sitio la vanguardia con su tercio; arrimóse al foso con las trincheas, en las cuales trabajaron mucho sus soldados y Capitanes; y mataron á uno dellos estando para darles el asalto, que era D. Andrés de Castro, natural de la ciudad de Toledo, valiente soldado y de buena opinion. Los franceses que defendian esta plaza comenzaron á temer, y pareciéndoles no era bien experimentar de nuevo el valor de los españoles, pues con él ganaron todas cuantas plazas habian sitiado en Francia, tocaron una caja y dijeron se querian rendir, y que les diesen persona que capitulase los pactos con que lo habian de hacer. Monsieur de Rona envió al Maestre de campo Camilo Capezuca, y sin volver á consultar lo que pedian, concluyó el negocio, que fué causa de concederles algunas cosas que no se hicieran, como fué dejarles sacar el artillería y municiones, y salieron los rendidos con sus armas y bagaje. Serian setecientos soldados franceses y esguízaros, y dejando la plaza desembarazada, se apoderaron della los católicos á los 28 de Junio deste año.

Es lugar más fuerte de lo que á Alexandro le habian informado, y por esta causa y entender que el Bearnés la iba á socorrer con su ejército, habiendo enviado ántes al duque de Bullon, se pudo tener por muy buena suerte, y el haber escusado derramar la sangre que habia de costar el asalto; y

porque se entendió que el Bearnés queria poner sitio á la villa de Meaux, envió á Monsieur de Rona doscientos cincuenta soldados valones (para reforzar el presidio) de los de Monsieur de Valanzon, con que su regimiento se acabó de consumir y otros tantos franceses con órden que aguardasen en Jateo Tiri, promesa del Gobernador y Oficiales de aquella villa, que los quisiesen recibir y alojar dentro della hasta que pasase el ejército del Bearnés; y aunque toda esta gente era muy poca guarnicion, habia tanta falta della en el ejército español, que si el del Bearnés fuera sobre él, como se entendia, se hallara con mucha ménos. Tambien se entendió que el Mariscal de Biron con una buena parte del ejército del Bearnés iria sobre la villa de Neujatel, y que le habia hecho en este medio Gobernador de la provincia de Bretaña, y que se continuaban las pláticas de la paz entre el duque de Umena y el Bearnés, y que para tratar dellas hacia ir su Consejo á la villa de San Dionis, ó á la de San Luis; no se tenia esto por muy cierto, pero por si lo fuera, hacia Don Diego de Ibarra muy apretadas diligencias con el duque de Umena, y le amonestaba y encarecia cuánto importaba desviarse de semejantes pláticas, demás del deservicio que se hacia á nuestro señor, le aseguraba que las fuerzas del Rey católico se aumentarian con mucha brevedad, con que esperaba ver atajados semejantes movimientos. Y habiendo llegado estas cosas á derramarse por todos los lugares católicos de la Liga, quiso el duque de Umena satisfacerles, y les escribió estaria muy constante en lo que tenia prometido, y que por ningun caso se creyese tal de su persona; y lo mismo escribió á Monsieur de Rona para que lo dijese á los Ministros del Rey católico y á todo el ejército español, y se quejaba mucho dél, pues siendo tan su amigo no lo hubiese contradicho, y que sus enemigos habian sembrado estas nuevas por desacreditarle; y que si pudiera desempeñarse del mucho dinero que debia, iria con brevedad á el ejército católico, que lo deseaba por satisfacerle.

Tambien escribió á Alexandro y á los Ministros del Rey, nuestro señor, en que les aseguraba que no haria más de lo que en la Junta de los Estados que se habia de tener en la villa de

Sueson viesen que convenia al bien de la cristiandad y aumento de la corona de Francia. Con esta promesa se aseguró D. Diego de Ibarra, pareciéndole se acercaba el tiempo en que podia apretar en los puntos que se movieron en Formentieres de la asistencia de las armas y dineros del Rey, nuestro señor, para el establecimiento de la Sra. Infanta, y la seguridad de que se cumpliria lo que en esto se les ofreciese á los franceses, que eran los fundamentos más principales para esta negociacion.

El duque de Umena envió en este medio una persona á Aspa á representar á Alexandro las necesidades con que se hallaba, y con algunas quejas por la dilacion que se habia tenido en darle el dinero que se le libró para las levas de gente que habia ofrecido y lo demas que le tocaba, y que si por esta causa se dilataban, no tendria él culpa; pero Alexandro satisfizo á todo con mandar se le librase, porque en este medio llegaron á la villa de Anamur ciento y ochenta mil escudos en oro por la posta, á cargo de Juan Alonso Cerezo, dejando la resta del plazo de Abril en el camino, y una buena suma para lo más preciso de lo que pedia, y con lo que quedó della se acudió á Hernando de Sevilla y á los Malvendas, mercaderes, para lo de Roam, y tambien á los Fucares por lo que habian proveido en Alemania para dar satisfaccion á los raytres, que con esta gente se padeció mucho trabajo, por ser de la calidad y costumbres que se sabe, y no haberse querido contentar con lo que en Francia se les habia ofrecido; y aunque parezca no hacer al caso para lo que escribo el desmenuzar tanto en qué se iban distribuyendo las muchas sumas de dinero que el Rey católico enviaba para las guerras de Flandes y de Francia, me ha parecido, así para disculpar á Alexandro como á los Ministros de S. M., ir apuntando solos los gastos precisos, sin otros de muy gran consideracion en que consumia mucha hacienda; demás de que en este medio áun no era llegado la resta del plazo del mes de Abril; y de Nancy avisaba el comisario Cerezo haber entregado en aquella villa á la persona del Pagador general el dinero de los de Mayo y Junio en plata, á razon de cinco plazas y media cada real castellano; y segun esto era fuerza consumirse muy gran parte del dinero que el Rey, nuestro señor,

mandaba proveer, pues se venia á perder en cada felipo, que vale diez reales, cuatro plazas y media, demás de las dificultades que se ofrecian en haber de dar á la infantería española el real castellano por más de cinco plazas, y esto era gran disminucion para la hacienda del Rey, nuestro señor, sin las costas que se hacian en la conduccion, que montaba muy buena cantidad, y para la fundicion del dinero, que alguno iba en barras desde España.

Mandó Alexandro prevenir las Casas de la moneda de las villas de Anamur, Arras y Tornay que no lo estaban, y tambien la de Bruselas, y lo que en todas estas se labraba cada dia eran quince ó diez y seis mil felipos, y no era esto mucho para la priesa que Alexandro tenia; y considerando lo que importaba ganar una hora de tiempo por el que se le perdia para hacer las levas de gente y otras necesidades, le pareció valerse en la villa de Amberes de los hombres del Fator de una buena partida, por vía de anticipacion, en la conformidad que el Rey, su tio, habia ordenado; y se creyó darian doscientos mil escudos con alguna equivalencia que se le hiciese, y era de mucha importancia para acudir con ellos á las levas de la caballería y regimientos de valones con el artillería y otras cosas, y asistir al ejército español que estaba en Francia, que no era la menor cosa á que se debia acudir por las grandes necesidades que habia pasado y pasaba.

Daba siempre Alexandro muy gran priesa á las levas de gente, en particular á la infantería alemana, la cual estuviera ya en la plaza de muestra si el conde Mansfelt se la hubiera señalado como tenia órden para hacerlo, y las que se les dió al baron de Pernistan fué Alamburque y Acursio á Lucemburg, donde pareció irian los soldados de mejor voluntad, y se les dió órden á estos coroneles para ello; y Alexandro escribió á Alemania, al embajador D. Guillen de San Clemente, para que por su parte les ayudase dándoles toda la priesa posible; y él avisó en este medio á Alexandro que no se hacia ninguna leva de gente en Alemania por cuenta del Bearnés, que no dejaba de ser de mucha consideracion para hacer las del ejér-

cito de Alexandro con más comodidad, el cual se hallaba en este medio con alguna mejoría, y deseaba cobrar su salud para volver á entrar en Francia y dar fin á aquel Reino, no pudo; y para esto, como he apuntado, tenia hecho y hacia cuantas diligencias podia, y lo mismo para reforzar el ejército y juntar los Estados á que tambien acudia D. Diego de Ibarra y D. Juan Bautista de Tassis. El comisario Mateuche llegó á Roma, y no cesó (como tenia el corazon inclinado al del Bearnés) con sus continuas malicias contra Alexandro y los Ministros del Rey, su tio, que estaban en Francia con el ejército español; pero el Pontífice que estaba advertido de su proceder, no le dió crédito á nada, ántes bien le mandó tomar cuenta del dinero que habia tenido á su cargo, por mano del cardenal Gaetano, Camarlengo; y aunque tenia muchas personas cerca de la del Pontífice que le ayudaban y favorecian, pudo tanto el duque de Sesa, embajador de España en la corte romana, que deshizo sus cautelas y mal proceder, y el Santo Pontífice continuaba con su buen deseo para el establecimiento de un Rey cristianísimo en Francia, conformándose en esto y en todo lo demas con la voluntad del Rey, nuestro señor; y le pesó extrañamente cuando llegó á sus oidos las pláticas que dijeron tenia (por medio de Villaderoy) el duque de Umena con el Bearnés para concluir la paz, y deseara mucho que las armas del Rey católico fueran más poderosas, y que no se dijera en Roma, como en este tiempo se decia, ser las acciones de los españoles muy dilatadas, y tan perezosos sus socorros como se habia visto por sus efectos; y lo peor era que los émulos de España acertasen en estos y otros discursos que hacian; pero no consideraban los excesivos gastos que S. M. C. en este tiempo tenia; pues sin los de Flandes y Francia, no gastaba ménos con el que en España tenia D. Alonso de Vargas, que lo uno y otro le tenian la hacienda tan apurada como se deja entender.

Despues de haber ganado el ejército español la villa de Esperne, la guarneció Monsieur de Rona con el regimiento de valones del coronel Monsieur de la Barlota, y con las tres compañías que habian quedado del conde Bosu, que todos no

llegaban á ochocientos soldados, y más doscientos franceses, con que esta plaza quedó muy bien guarnecida; y con el resto del ejército se volvió á la villa de Jateo Tiri, donde llegó á los 9 de Julio y alojó una legua de allí; y á otra no muy larga habia llegado el Bearnés con su ejército que iba á socorrer á Esperne; y como supo era perdida, hizo alto, y se entendió que se le deshacian sus raytres y tambien la infantería alemana; con todo eso, fiado en su mucha caballería, dió vista á Esperne, y estándola reconociendo el Mariscal Biron le dieron un cañonazo en la cabeza y le mató, y por ser de las mejores de su ejército, y á quien llamaba su maestro y padre, lo sintió mucho por la falta que le habia de hacer.

El duque de Umena salió de la villa de Roam y con los españoles que le fueron de socorro á cargo del capitan Simon Antunez, y con las demas naciones del ejército español y los franceses que tenia, fué sobre Pondermi y lo ganó, y de allí fué sobre Quilebeuf, plaza de gran importancia para conservacion de la villa de Roam y de toda la Normandía, y se entendió que en acabando estas facciones se iria á juntar con el ejército español, que no poco lo deseó D. Diego de Ibarra, por darle priesa para la Junta de los Estados, cosa que tanto deseaban el Rey católico y Alexandro, y por esta causa no cesaba D. Diego con grandes negociaciones de solicitar esta Junta; pero hacíale muy poco porque pendia de la voluntad del duque de Umena, y como ésta (segun se tenia por cierto) era más forzada que otra cosa, la dilataba más de lo que fuera justo, y en particular teniendo por cierto que las pláticas que pasaba con el Bearnés para lo de la paz iban caminando cada dia más; pero siempre decia el duque de Umena estaria constante en lo que habia ofrecido; mas como de la condicion francesa no se podia esperar cosa estable, porque sus movimientos son varios, siempre se atendia á creer lo que de las obras y acciones de cada uno ofrecia el tiempo, que, como desengañador de todas las cosas, siempre le tenian los Ministros del Rey, nuestro señor, muy delante de los ojos; y Alexandro, más advertido que todos, cuidaba de una cosa de tanta importancia como ésta.

La duquesa de Umena procuró disculpar á su marido, y para esto escribió á Monsieur de Russio y él á los Parlamentos, persuadiéndoles que no diesen crédito á esto, porque eran trazas del Bearnés para descomponer de su buena opinion al Duque, pues sin saber él parte destas cosas derramaba semejantes nuevas; y si esto era así, traza era de que muchos Príncipes y Generales han usado para indignar á sus enemigos y romperles sus designios, derramando nuevas de lo que desean y les viene á cuento; pero es necesario, como ya otra vez he referido, estar tan advertido un Capitan general para creer lo uno como lo otro, pues de entrambos contrarios puede sacar tanto mal y bien; y no sé yo que por entónces hiciesen al de Umena en su condicion las palabras que el vulgo pasaba el efecto que decian, pero daban mucho que pensar, con que D. Diego de Ibarra vivia bien advertido, como persona á quien más tocaba estar á la mira de cualquier movimiento, así del Bearnés como del duque de Umena, al cual respondió Alexandro desde Aspa que él no habia creido ménos de lo que le aseguraba en estas cosas, y que por más que el Bearnés las publicara, no daba á ellas crédito, ántes quedaba con mayor firmeza para persuadirse á lo contrario, y con esta confianza le aseguró Alexandro al duque de Umena, si bien estaba tan advertido á lo que se podia esperar del bien como del mal; pero como astuto y prudente Capitan prevenia en las ocasiones á todo lo que podia suceder; y para más asegurar al de Umena, le proveyó luégo de dineros de los que habian llegado en oro á la villa de Anamur para sus levas y gajes, pareciéndole satisfacerles para no darles ocasion que formasen quejas en ningun tiempo. Tambien satisfizo Alexandro con el dinero más pronto que tuvo á los Fucares para lo de Alemania, y á los Malvendas y á Hernando de Sevilla para las levas, con que acabó de distribuir todo lo que tenia, por el deseo con que estaba de rehacer las fuerzas del ejército español, que era en lo que estribaban las negociaciones y los buenos sucesos que se esperaban, y esto hacia Alexandro en este tiempo con grandísimo cuidado, así de caballería como de infantería, pero atrasábanle sus buenos deseos la

falta del dinero, y el que habia, como atras dejo escrito, se fabricaba en las Casas de la moneda y no era tan apriesa como fuera necesario.

En este medio se tuvo aviso que volvió el duque de Umena con el campillo que tenia á su cargo á recuperar las villas de Caudebeque y Pondarme, si bien no se tuvo por muy cierto, y que habia recibido la de Roam y toda su tierra muy gran beneficio, y si el comisario Mateuche no despidiera los esguízaros del Pontífice en tan mala ocasion como lo hizo, se hubieran conseguido con ellos y con la demas gente que tenia el de Umena algunas buenas facciones y limpiádose toda la ribera de Roam, y más no pudiendo en esta sazon acudir el Bearnés al socorro de ninguna plaza, porque se le iba deshaciendo su ejército, y en particular la mejor gente dél, que era la infantería inglesa y la holandesa, y la caballería herreruela, la cual envió á pedir paso para volverse á Alemania por el Ducado de Lucemburg; y habiendo avisado desto el conde Cárlos de Mansfelt á Alexandro, le respondió que procurase darles una buena mano rompiéndoles y desbaratándoles con el villanaje, pues habian de recibir tanto daño; y en caso que no se pudiese, les hiciesen el puente de plata; y por esta causa se juzgaba que las fuerzas del Bearnés no serian de tanta sustancia como se entendia.

Por esta causa se levantó el ejército español é hizo algunas facciones la vuelta de Picardía, que no me alargaré en ellas por no ser de mucha consideracion, si bien de importancia. El Bearnés se alargó de la villa de Esperne, y fué la vuelta de Jalon y dió intencion de querer ir á Vetri y despues á Retel; pero estas plazas se proveyeron de lo necesario con brevedad, con que se le rompió el designio; y en este medio hizo Monsieur de Rona (sin que lo supiera D. Diego de Ibarra, D. Juan Bautista de Tassis ni D. Antonio de Zúñiga) una cosa bien mal pensada; porque creyendo que el Bearnés no volviera sobre la villa de Esperne, le sacó el regimiento de valones del coronel Monsieur de la Barlota y dejó para guardar esta plaza solos cien soldados del mismo regimiento, y los del conde de Bosu;

y con haberle dicho D. Diego de Ibarra y los demas Ministros del Rey, nuestro señor, á tiempo que lo podia remediar, que le volviese la guarnicion, no lo hizo, que á no haberle dejado Alexandro la mano que le dejó á Monsieur de Rona (que pienso no fué muy acertado) no se lo consintieran; pero la obediencia española, maestra de toda la que tienen las demas naciones, no dió lugar á réplicas ni á otras diligencias. La gente de la Barlota se alojó á cinco leguas de Esperne (que harto mejor estuviera dentro), y su persona se fué al País-Bajo á gozar de la licencia que le habia dado Alexandro; pero el Bearnés, que estaba vigilante á todo lo que se ofrecia, no se descuidó en aprovecharse de tan buena ocasion, pues luégo que supo que estaba desguarnecida la villa de Esperne, marchó su misma persona con setecientos caballos y se puso sobre ella; y aunque Monsieur de Rona procuró con mucha brevedad volverla á socorrer con trescientos valones, no lo pudo hacer porque el Bearnés con su caballería le habia ocupado los pasos, con que llegó este socorro, á dos mil de la muralla; cerraron con los valones, y aunque les resistieron gallardamente y le mataron dos caballeros muy principales de los que habian cerrado de vanguardia, y con un buen número de infantería que ya en este medio le habia llegado al Bearnés, no les aprovechó, aunque hicieron su deber, ántes fueron rotos y degollados, sin que quedasen con vida más de quince ó diez y seis que entraron en la villa de Esperne, y otros cuatro ó seis en la de Jateo Tiri.

Pasó el Bearnés la ribera con toda su gente para arrimarse á la villa con intento de ganarla, no obstante que se hallaba con poca infantería, y no dejó de dar cuidado por no saber en este medio si se lo podrian estorbar. Tambien el duque de Umena levantó el sitio que habia puesto á Quilebeuf, porque no pudo resistir el socorro que le fué, que era muy superior á la gente que tenia. El duque de Guisa no prosiguió más en el viaje que habia de hacer en Guiena, habiendo tanto procurado el querer hacer la guerra en aquella parte, y trató de ir á la provincia de Jampaña, que era de su gobierno, á hallarse en

las ocasiones que allí se ofreciesen, y para este efecto iba juntando algunas fuerzas.

El Rey, nuestro señor, daba grandísima priesa á Alexandro y á sus Ministros para la Junta de los Estados, pareciéndole que con haber enviado una buena partida de dineros, suficiente para lo que se tenia entre manos, se podian apretar las negociaciones con la brevedad que requerian; y aunque Alexandro deseaba esto, le pareció que sin tener unidas las fuerzas que esperaba, no era á propósito, supuesto que con ellas se habia de hacer con más ventaja lo que se pretendia; y no obstante esto, escribió á D. Diego de Ibarra que instase con el duque de Umena juntase los Diputados, y que señalase la parte y dia donde habia de ser; y lo mismo escribió al mismo Duque, y en tanto daria priesa á las levas de gente, y que la caballería se rehiciese con la priesa posible. Deseaba Alexandro en este medio que su ejército estuviese muy reforzado para poner en ejecucion lo que el Rey, su tio, tenia mandado, porque se hallaba con más salud, como él mismo lo confesaba, y que el agua de Aspa le habia hecho muy gran provecho.

Estos buenos deseos se atravesaban por no estar acabada de levantar la gente, ni en las Casas de la moneda acabado de fabricar el dinero que era necesario para hacer la guerra, sin doscientos mil ducados que el Rey católico envió para granjear voluntades, que como su santo celo le apremiaba para que se consiguiese el servicio de Dios y aumento de su verdadera religion, no cesaba de buscar cuantos medios podia para la buena ejecucion destos negocios, y como tan prudente, echaba bien de ver no habia ninguno más fuerte y poderoso que el dinero, y más habiéndolo de derramar en gente más amiga dél que otras naciones.

No es mi intento decir en esto mal de la francesa; pero como me hallé en todas aquellas guerras y ví que no habia persona, de cualquiera cualidad que fuese, que si no era á fuerza de dineros no se movian á ninguna cosa, por importante que fuese, aunque estuviesen en las mayores ocasiones que se ofrecian. En este tiempo tuvo órden del Pontífice el cardenal Sega,

que por su parte, como Legado, asistia en París, que publicase en Francia la órden que le habia dado, y que en ninguna manera, en caso que se le ofreciese tratar algunos negocios con el Bearnés, no le admitiese razon ninguna por parte del Pontífice, el cual dió con esta santa intencion muy gran contentamiento á todos los católicos de Francia y mucha satisfaccion á los que trataban del establecimiento de un Rey que lo fuese.

La guarnicion de españoles, italianos y valones que el Rey, nuestro señor, tenia en París habia pasado y pasaba mucha necesidad, y aunque (como he referido) tenian los católicos que allí habia muy gran consuelo con ella, sentíalo mucho el duque de Umena, pareciéndole que estaba allí con fin de oprimirlos ó por otros respetos, y siendo tan poca como era, no se podia presumir pudiera hacer ningun efecto que importase; y si bien á los principios tuvo el duque de Umena muy gran gusto con que entrase en París, pues fué á su persuasion y para su guardia, parece que semejante novedad podia dar qué pensar; y habiéndolo entendido Alexandro, escribió á D. Diego de Ibarra que por su parte hiciese su posible para que se conservase como hasta allí, pareciéndole era mala coyuntura en tiempo que se trataba de la Junta de los Estados desflaquecerse de aquellas pocas fuerzas que allí tenia el Rey, su tio. D. Diego, que siempre habia sido protector dellas, hizo de su parte todo cuanto pudo para que se conservase, y escribió á los Cabos tuviesen particular cuidado de no consentir desórdenes, ni se diese ocasion para formar ninguna queja, pues las necesidades que pasaban tenian tan cerca el remedio con haber ya proveido Alexandro una buena partida de dinero que les llevasen.

El cardenal de Gondí, aficionadísimo al Bearnés y deseoso de que saliese con su pretension, escribió en este medio al duque de Saboya le diese salvoconducto para poder pasar libremente por sus tierras, habiendo entrado ántes por la posta y de secreto en Florencia. El de Saboya lo escribió al Embajador que tenia Roma para que le dijese al Pontífice que creia iria el Cardenal á tratar de los negocios de Francia, que viese lo que mandaba hiciese. El Pontífice le respondió que se maravillaba que un Car-

denal pidiese salvoconducto para ir á Roma y pasar por tierra de Príncipes católicos, que á él no le habia avisado de su ida ni pedídole seguridad alguna; y que cuando lo hiciera, no se la daria, porque si no era delincuente no tenia necesidad della, y si lo era no queria asegurarle; y que avisase al duque de Saboya desta resolucion, y que tras ella siguiese su gusto; y el que mostró tener el Duque en esta ocasion, fué disimular y dar á entender que su casa le tenia obligacion por haber sido limosnero de su madre la Duquesa vieja de Saboya; pero que no obstante esto, queria saber la voluntad del Pontífice; la cual era, como ya he apuntado, no darle el salvoconducto que pedia para ir á Roma, sino dejar la puerta abierta para castigarle y quitarle el capelo, si tenia hecho por qué. Esto era si hallaba contra él alguna culpa, y si nó, no habia para qué pedir seguridad, pues un Cardenal podia entrar y estar en Roma siempre que su voluntad fuese, y que si el de Gondí llevaba algunas pláticas que tratar, tocantes á la pretension del Bearnés, no pensaba en oirlas ni de darle entrada en ninguna manera ni admitirle en la corona de Francia, aunque verdaderamente tratase de volverse católico, cuanto más que estaba muy cierto y sabia que todo era ficcion y engaño, pues las obras contradecian á las palabras, y que no sabia qué absolucion podia dar (que era la que pedia) un relapso, estando con las armas en las manos contra los católicos y los que seguian la verdadera religion, y contra ella pretendia ocupar un reino de cuya sucesion justamente habia sido declarado ser incapaz por la Sede Apostólica, y áun privado de sus propios Estados; y que si queria convertirse de corazon para remedio de su alma, que muy fácil le fuera tomar la posta y irse á presentar á la Inquisicion de Roma, que era donde se le habia hecho el proceso, y que allí se procederia con él conforme á los Sacros Cánones, y se veria si merecia serle reintegrados sus Estados. Esta era la resuelta voluntad del Pontífice, y se conoció ser santa y justa, y mandó se publicase en Francia; pero el cardenal de Gondí iba á pretender lo contrario, y de su proceder ni de su intencion jamás se tuvo buen concepto por ser muy inclinado á la del Bearnés y sus secuaces; para que no

ignorase esta resolucion le envió á decir al Legado que le dijese al cardenal de Gondí, que si no habia partido le desengañase, no pensase poner en plática la habilitacion del Bearnés, porque no pensaba oirle ni áun tener muy segura su persona, y que si iba á tratar estas materias, le seria mejor quedarse en Francia que no ponerse en camino.

El duque de Umena escribió á Roma en este medio á su Embajador que publicase en ella y dijese al Pontífice que las pláticas de la paz que traia Villaderoy con el Bearnés no eran con su permision; y que tambien dijese y divulgase cuán cierto era lo mucho que la religion católica habia puesto de su parte, vida, Estados y reputacion, y que siempre haria lo mismo, y que sólo al Pontífice y no á él tocaba habilitar al Bearnés en la corona de Francia, y que despues de habilitado, lo más fácil seria acomodar sus intereses, pues siempre los habia pospuesto al bien público; y que segun estaba cansada la parte católica en dilatarse tanto la guerra, no habia podido responder de otra manera, porque no pensasen que por sus fines particulares huia de las paces. La respuesta que dió el Pontífice al Embajador del duque de Umena no se pudo entender por entónces, mas parecieron muy bien estas razones que de su parte dijo el Embajador en la Corte romana, y tambien de las muchas quejas que dió del comisario Mateuche, así por haber despedido los esguízaros en tan mala ocasion, como por su riguroso proceder; y aunque el duque de Umena, como tan gran Príncipe y cristiano dió tan general satisfaccion, se tuvo entendido que de secreto se habia concertado con el Bearnés; pero por sus acciones en este medio no se podia juzgar esto, más de remitirlo al tiempo, que es quien da los claros desengaños de todas las dudas y sospechas que los hombres tienen.

En este tiempo llegó el príncipe Ranucio Farnese á su casa, que pocos dias ántes partió de Aspa, habiéndole enviado Alexandro á ella por la falta que hacia en sus Estados y no tener ya su padre en Flandes ni en Francia ocasion en que poderle ocupar, y más hallándose con alguna mejoría y deseoso de volver á Francia á dar fin á aquellas guerras, y la Corona

á quien justamente la mereciese, que era lo que el Rey, su tio, tanto le tenia encargado.

El duque de Umena porfiaba en querer sacar la guarnicion de París que el Rey, nuestro señor, tenia allí de españoles, italianos y valones; daba por ocasion que hacian desórdenes; pero D. Diego de Ibarra, que habia siempre estado muy vigilante á todos los movimientos que se ofrecian, escribió en este medio al de Umena tan apretadamente y con legítimas causas, que le obligó á mudar de parecer, particularmente le puso por delante cuán mal pareceria, habiendo sido él la causa de que se guarneciese París con aquella gente, lo fuese de que sin ninguna la echasen fuera, importando tanto para la conservacion de los burgueses católicos como para cualquier acometimiento que el Bearnés quisiese hacer. Esto era causa de dar el de Umena mayores sospechas de las pláticas que decian traia con el Bearnés; pero los indicios daban ocasion á que se murmurase entre los católicos, si bien algunos lo afirmaban ser verdad y no sospechas. D. Diego de Ibarra se hallaba en este medio en la villa de Sueson, donde se acordó fuese la Junta de los Estados, y para esto hacia muy apretadas diligencias por haber visto que el de Umena mudó de parecer fuesen en otra parte; el cual, viendo que el Bearnés estaba sobre la villa de Esperne, fué á socorrerla; pero tan tarde, que cuando llegó á la Fera, supo se habian rendido los cercados; y el de Umena se juntó con el ejército español y con los Ministros del Rey, nuestro señor. Pocos dias ántes se habian arrimado los dos tercios españoles de D. Antonio Zúñiga y Don Alonso de Idiaquez á la villa de Crepi, y le abrieron batería, reconocieron el foso y rebellin para dar el asalto los alféreces Diego de Escobedo y Montalvo, y lo hicieron valerosamente, y ántes de darlo se rindieron los enemigos. Hallóse dentro un pedazo de la cruz en que murió Jesucristo, y unos valones lo llevaban hurtado. El capitan Juan Bravo de Lagunas, que lo era del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, se lo quitó y lo restituyó á una abadía de donde lo habian sacado, y en este mismo tiempo ganó por inteligencias Monsieur de Vi-

llers la puente de Arco, y el Bearnés algunas plazas en el país de la Bria. Monsieur de Villaderoy se hallaba en la villa de París y hacia grandísima fuerza para que el comercio se apuntase como en Pontuesa, y porque era cosa muy perniciosa y della se podian prometer muchos daños á los católicos, instó mucho D. Diego de Ibarra con el duque de Umena que lo revocase y no lo permitiese en Pontuesa ni en París, que pues hasta este tiempo se habia vivido sin él, se hiciese de allí adelante, y más en ocasion de tantas calamidades, demás del daño que se recibiria cuando se convocaban todos los Diputados del Reino para la Junta de los Estados, y la ocasion que se daria á los enemigos si hubiese tanta comunicacion con ellos, la cual no se podia excusar con el comercio, y era fuerza que con él se inficionasen los católicos de los errores que ellos tenian. Don Diego de Ibarra que con su prudencia entevió los muchos daños que desto se seguian, hizo tan apretadas diligencias con el dupue de Umena, que lo estorbó, no obstante que el Bearnés, por medio de Villaderoy y de los políticos, trataban desto con grandísimas veras

El Rey, nuestro señor, envió órden expresa á su sobrino Alexandro para que con suma brevedad entrase en Francia con su ejército por lo mucho que convenia se hallase con las armas en la mano para la Junta de los Estados, que, como ya escribí, se habia de hacer en la villa de Sueson, donde en este medio se hallaba el duque de Umena, D. Diego de Ibarra y los demas Ministros del Rey católico. Alexandro dificultaba su entrada con tanta brevedad por no estar las levas de la gente hechas, ni el dinero tan pronto como se deseaba; y para recuperar la opinion que se habia disminuido de haber el Bearnés ganado á vista del ejército español la villa de Esperne, y el conde Mauricio en Frisa hecho tan grandes progresos, eran menester fuerzas y diligencia. Esta, aunque caminaba, no tenia efecto por las causas que he apuntado; y aunque el Pontífice deseaba la conclusion destos negocios, habia ahorrado el gasto que tenia; y pareciéndole que las remisiones españolas eran como suelen, las tenia tambien de su parte y estaba á la mira

de los sucesos que el tiempo ofrecia, y era cierto que si viera que Alexandro con la presta diligencia que solia, pues ya se hallaba con dineros, juntara su ejército y entrara en Francia, que el Pontífice diera mayores ayudas; si bien no cesaba con las espirituales, porque verdaderamente, como tan gran santo y celoso del servicio de Dios, le encomendaba estos negocios de Francia muy de veras, y deseaba hiciese la voluntad que á ellos tenia el Rey católico, y se conformó con ella en todas las ocasiones que se ofrecieron, y se entendió que por estar el tiempo tan apretado, juzgaban todos los que de buena intencion atendian á la eleccion de rey de Francia, supuesto que no habia de ser ninguno de la casa de Borbon, que era lo que el Pontífice decia, ni que fuese ningun Príncipe de los de la sangre, sino que despues de dada la Corona á la Sra. Infanta fuese el que el Rey, nuestro señor, su padre, gustase, que era lo que se podia desear para Francia, pues desto no le podia resultar ningun daño, ántes bien y gran beneficio; y en caso que no fuese así, se juzgaba tambien que el Rey que fuese lo pódrian casar con hija del archiduque Cárlos, que se presuponia habia de ser cuñada del príncipe D. Felipe III, nuestro señor, ó con otra que dependiese de la voluntad de S. M. C., para que con este medio se conservase mayor amistad y confederacion entre las dos coronas de España y Francia; pero nunca se tuvo entendido admitirian los franceses por Rey á ninguno de los hijos del Emperador, ni á otro que fuese forastero, aunque se casara con la Sra. Infanta; y si el desposado hubiera de ser el señor archiduque Alberto (como lo fué) se holgara mucho el Pontífice, porque lo deseaba, y nos estuviera más á cuento; pero los tiempos mudaron las cosas, bien diferente de lo que se procuraba y se tuvo entendido, y mostraron los sucesos de la manera que se ha visto. Con cuantas diligencias hizo el Pontífice para que el cardenal Gondí no fuese á la corte Romana, no lo pudo impedir. Vióse ántes con el Bearnés y estuvo con él ocho dias, y fué siempre caminando por sus tierras, rodeando por no pasar por las de los católicos, y la escolta que llevaba era de soldados herejes; y habiéndolo en-

tendido el Pontífice, le envió secretamente á un fraile dominico, gran teólogo, la vuelta de Florencia, para que le encontrase, y le dió dos Breves, el uno en que le exhortaba que se volviese y le daba quejas porque habia publicado en la villa de Nancy, corte del duque de Lorena, y en otras partes que iba con su licencia y órden, y en caso que todavía porfiase en pasar adelante, le presentase el otro en que le mandaba expresamente, so gravísimas penas, que no pusiese los piés en el Estado eclesiástico.

Algunos hombres doctos hubo en Roma que dijeron fuera más acertado que el Pontífice le dejara llegar á ella, y despues le mandara hacer un proceso por vía de la Inquisicion, como á factor de herejes. Estas cosas eran fáciles de decir, pero difíciles de ejecutar; porque un Cardenal que representa ser Príncipe de la Iglesia, era menester que con gran tiento y consideracion le mirasen; y tambien si llegara el Cardenal á Roma, no le faltaran amigos y aficionados que le favorecieran y ayudaran; y así se tuvo por más acertada la resolucion que tomó el Pontífice. Monsieur Deportes llegó en este medio á Roma; desdoraba mucho la pretension del Rey católico de casar la Sra. Infanta, su hija, con el que hubiera de ser Rey de Francia; ponia duda en la Junta de los Estados con la brevedad que se entendia; aniquilaba las fuerzas españolas y aseguraba por tarda y prolija la entrada de Alexandro en Francia; deshacia mucho cualquier buen intento de los Ministros del Rey, nuestro señor; hacia discursos y los daba al Pontífice, bien perniciosos; decia que no le habia de admitir por Rey ninguno de la Casa de Austria, y que habiendo de recibir extranjero, tenia por más útil que lo fuera el Príncipe, nuestro señor, y de naturales, al duque de Umena ó al de Lorena, y en el de Guisa hallaba mil defectos é imposibilidades. Tampoco le agradaba ningun hijo de los del duque de Lorena, y habiéndole dicho que si acaso eligiesen al padre, era forzoso sucederle su hijo; respondió que no le obligarian á que se casara, y que sucediese el hijo del segundo matrimonio, y que si el Rey católico queria casar en Francia á la Sra. Infanta (cosa

que no la podian creer ni deseaban) que con ninguno fuera mejor que con el duque de Lorena. Otras cosas decia Monsieur Deportes, tan sin camino y molestas, que eran odiosas, y se entendió salia mucho de la instruccion que le habia dado el duque de Umena, y le fuera mejor no enviarlo á Roma, pues tanto por abonar sus cosas le desacreditaba por no saber disponerlas ni darles otro sentido que el que tenia en el corazon. Tambien se continuaban las pláticas, y más por lo que Deportes daba á entender que el Bearnés y el duque de Umena se habian concertado de secreto, y estas eran las causas porque se dilataba la Junta de los Estados.

El Bearnés hizo en este medio un fuerte en el rio Marne, en una isla que se hace en él, para apretar á los de París á que viniesen en las paces; y se trataba de estorbárselo. Quejábase mucho el duque de Umena de la dilacion de la entrada en Francia á Alexandro, que parecia cosa contraria á su pretension, si bien se entendió le estaba mejor para ella las fuerzas españolas; pero lo uno y otro daba que pensar para no atinar lo cierto del intento de este Príncipe. Quejábase tambien de que por falta de no haberle dado dineros con tiempo se le habia deshecho su gente, y que no se hallaba en este medio con más de tres mil infantes y cuatrocientos caballos, y protestaba que habia hecho lo que de su parte podia; y que si con brevedad no era socorrido, no sabia el medio que tener para lo que se pretendia. Esto escribió al Pontífice y su Embajador lo publicó en Roma, de que no poco se holgaron los aficionados que allí tenia el Bearnés, y afirmaban que no entraria Alexandro en Francia en todo aquel invierno; y que por esta causa no era posible estorbar las paces; y se temia que si en este tiempo no se juntaban los Estados para elegir el Rey, no diese lugar el Pontífice de dejar la carga que tenia á beneficio del tiempo, porque sentia mucho las dilaciones españolas, y que se perdiese tan buena ocasion como la que habia presente, por hallarse el Bearnés con tan pocas fuerzas y sin esperanzas de ningun socorro extranjero, y sus cosas mal recibidas del Pontífice, que era lo que se podia desear; y porque en esta parte desengañó siem-

pre á Deportes y á todos los Embajadores que el duque de Umena enviaba, dándoles á entender que no habia de consentir Rey que no fuese católico y enemigo de herejes, y que sólo este interes queria sacar desta causa y no otro ninguno. Quejábase tambien el de Umena de Mateuche y de su proceder. El Pontífice ofreció quitarle el cargo, y en su lugar nombró á Monseñor Maluasia; y en fin, deseaba por cualquier camino el aumento de la religion y quitar cuantos estorbos y embarazos se ofreciesen, para que con más facilidad se consiguiese su santo intento.

Alexandro que se veia apretado con cartas del Rey, su tio, con las del Pontífice y de otros Príncipes católicos, y en particular de D. Diego de Ibarra y de los demas Ministros que habia en Francia, para que entrase en ella con su ejército á gozar de tan buena ocasion, apresuraba su partida, si bien su enfermedad no le daba lugar por haberle cargado más con el rigor del tiempo; y no obstante esto, sacaba fuerzas del ánimo que tenia para poner por obra y ejecutar lo que tanto deseaba, aunque ponia á riesgo la pérdida de los Estados de Flandes por las fuerzas con que el conde Mauricio campeaba. Despues de haber ganado los tercios españoles la villa de Crepi, marchó con ellos D. Diego de Ibarra y fueron la vuelta de Meaux, y con los demas Ministros de S. M. C. quedaron con la infantería española alojados en los burgos, y de allí se fué á Lisi, de donde salieron todos los infantes españoles de los que tenian caballos en los tercios para ganar la villa de Manta, y más dos mil caballos ligeros. Fuese caminando á toda priesa, que habia cincuenta leguas. Llegóse un dia al anochecer, y habiéndose de ganar esta misma noche, entró dentro el Bearnés con toda la caballería de su ejército, que era mucha y buena, habiendo tenido aviso desta faccion, por cuya causa no tuvo efecto.

Llevaba á cargo la infantería española el Capitan y Sargento mayor Bartolomé de Torralva, y la caballería Don Cárlos Coloma, Capitan de lanzas españolas, que hoy es virey de Mallorca, digno de otros mayores cargos por sus grandes merecimientos. Retiráronse sin el buen suceso que se esperaba,

que no fué de poco inconveniente el no salir con esta empresa, por ser Manta plaza de importancia y á tan buena ocasion.

Fuéronse estas tropas la vuelta de París, y de allí se acercaron á la frontera de Flandes para esperar á Alexandro que habia de entrar con su ejército, que ya le tenia aprestado y está de partida. En este medio instaba mucho el duque de Umena que seria mejor extirpar las herejías del Bearnés y deshacerle sus fuerzas, que no juntar los Estados para la eleccion del Rey; y como él pretendia la Corona, le parecia mejor camino el de las armas para conseguir su intento; por otro deseaba la paz y lo platicaba con el Bearnés de secreto, y por otra parte se dejaba llevar en alguna manera de la voluntad del Rey católico; á lo ménos lo daba así á entender á sus Ministros. Queria contentar á todos, y de nada estaba contento, porque sentia mucho haber de quedar sin la potestad que tenia, porque el gobierno y mando en algunas personas, siendo prestado, se siente mucho haberlo de restituir á su dueño, y más él que lo pretendia ser de la corona de Francia; y así habia dilacion en muchas cosas que se esperaban acabar, en particular con el ejército de Alexandro y con el valor de tal persona; pues sola su presencia en Francia bastaria á atemorizar los enemigos de la Iglesia y dar ánimo á los católicos, cuya esperanza les tenia á todos contentísimos y deosos de ver el fin de tan gran preñado, y el parto que fué el que se deseaba, porque la muerte de Alexandro lo hizo mover y mudar las cosas de suerte que salió en blanco la que se esperaba.

Ya escribí cómo se habia rendido el fuerte de Covorden que defendia el conde Federico, y el mal suceso que Francisco Verdugo tuvo en su socorro, el cual ordenó al conde Herman de Vergas que con grandísima diligencia fuese á la villa de Groeninghen con la gente que habia traido, y que hiciese el camino por la bretanga, que quiere decir malos pasos de agua, marrazos y hoyos, que era el propio viaje que habia hecho, por ser más corto, aunque dificultoso, y Francisco Verdugo se fué con la demas gente que tenia al lugar de Velthusen, que era del conde de Beuthem, donde estuvo algunos dias para ver lo que

el conde Mauricio queria hacer con su ejército; y en este mismo alojamiento sucedió que los soldados que llevó al socorro del fuerte de Covorden Monsiéur de la Capela, pidieron la paga que escribieron de Brabante habian enviado para ellos, cosa que á Francisco Verdugo le dió bien que considerar por ser en tan mala coyuntura, y no como ellos pensaban; porque decian que Francisco Verdugo se habia quedado con ella, lo cual no fué así; y los que más en esto hicieron instancia con poco respeto, fueron los italianos del tercio del Maestre de campo D. Gaston Espínola, y decian que les habia escrito haberse quedado Francisco Verdugo con su dinero, desde Aspa, donde se hallaba cerca la persona de Alexandro.

No era la primera vez que á Francisco Verdugo le imputaban de cosas que no solamente las habia hecho, más pasádole por el pensamiento; ni se ha de creer que el Maestre de campo D. Gaston escribiese á sus soldados cosa semejante, sino que ellos, como gente desordenada y que comenzaba á perder el respeto, se persuadian á esto y á otras cosas semejantes que se levantaban de sus cabezas; si bien no faltaban en la corte de Alexandro algunos enemigos de Francisco Verdugo que escribian lo que les parecia, á que daban crédito los soldados, que no poco trabajo le costaba el deshacerlas, y eran causa de que se atrasase mucho el servicio del Rey, nuestro señor, y de que los soldados se desvergonzasen y perdiesen el respeto, y sin él no podian ser gobernados, ni Francisco Verdugo hacer con ellos todas veces lo que queria. El conde Mauricio reparó el fuerte de Covorden que habia ganado, y le amunicionó y dejó en él buen presidio; y habiendo hecho esto, levantó su ejército y retiró su artillería la vuelta de la villa de Sbol.

Francisco Verdugo, habiendo ya gastado las campañas y contornos del cuartel que tenia ocupado, se levantó dél con toda su gente y fué á alojar á otro lugar que se llama Geelhusen, junto al castillo de Beuthem, adonde los alemanes de los regimientos de los Coroneles y condes Aramberg y Barlamont se alteraron de manera que sin sus Capitanes ni los demas Oficiales tocaron sus cajas y marcharon la vuelta de Brabante.

No se halló poco atajado Francisco Verdugo de ver que con tan grande libertad le iban sus soldados perdiendo el respeto; y visto lo mucho que convenia poner remedio á un caso semejante (aunque pocas veces se halla si no es con darles sus pagas), fué tras ellos y les persuadió con buenas obras y palabras lo mal que hacian en dejar sus puestos estando tan cerca del ejército de los rebeldes, que les rogaban se quedasen, á lo ménos en tanto que el enemigo no se partia, y que podria ser los fuese á buscar ó dar ocasion á Francisco Verdugo que lo hiciese él. Pudo tanto con ellos, que se quedaron aquella noche en el mismo lugar donde les alcanzó; pero otro dia siguiente hicieron su camino sin que se lo pudiesen estorbar, por más ruegos que Francisco Verdugo y el Maestre de campo D. Alonso de Mendoza les hicieron. Fuéronse con estos regimientos otros muchos soldados que tenian tan poca gana de quedarse á hacer la guerra en Frisa como ellos. El no tener dineros con que socorrer esta gente fué causa de su alteracion, y aunque Francisco Verdugo hacia cuantas diligencias le eran posibles, no bastaban; y habiendo despachado á la ciudad de Colonia por el dinero que della le habia de venir, le llegaron en este medio quince mil escudos, los cuales repartió en la gente de Monsieur de la Capela en conformidad de la órden que tenia para ello, y era de suerte que no sólo le mandaban que deste dinero diese la paga á los Coroneles que estaban ausentes, pero una buena suma más, sin que para esto y para los soldados que tenia en su ejército le hubiesen enviado un real; y con haber recibido los de Monsieur de la Capela el dinero que dijo, pretendian irse con los demas. El conde Mauricio tuvo aviso como esta gente se deshacia y que caminaba la vuelta de Brabante, y aunque los alemanes y los que fueron con ellos se le escaparon, pretendió romper y desbaratar á los que los seguian. El Maestre de campo D. Alonso de Mendoza fué con su gente á oponérsele y estorbar su designio. El conde Mauricio que lo entendió marchó á la ligera á encontrarse con él, y habiendo tenido Francisco Verdugo este aviso, se lo dió al Maestre de campo D. Alonso que se volviese porque corria muy gran pe-

ligro, y así lo hizo; y como el conde Mauricio marchó, como ya he escrito, á la ligera, no llevó vituallas; por cuya causa y por el mal tiempo que hacia de aguas padecian sus soldados y murmuraban, dando ocasion para perderle el respecto; y temiendo este peligro, dividió su ejército y lo repartió en sus guarniciones, y entónces hizo D. Alonso de Mendoza su viaje á Brabante con su tercio, con mucha seguridad. En este medio le llegó á Francisco Verdugo un Comisario de bastimentos que se llamaba Ruberti, ya nombrado en estos sucesos, que por órden de Alexandro llevaba algunos para asistir á Francisco Verdugo y á su gente en el socorro del fuerte de Covorden; mas aunque llegara mes y medio ántes, hubiera ido muy tarde, que siempre le iban á Francisco Verdugo los socorros cuando no se podia valer dellos.

Los de la villa de Groeninghen, no obtante que estaba dentro della el conde Herman de Vergas con alguna buena guarnicion, luégo que supieron que los regimientos de infantería alemana y otros se habian ido la vuelta de Brabante, pareciéndoles que Francisco Verdugo quedaba con pocas fuerzas para ofenderlos, comenzaron á tener inteligencias con el conde Mauricio y demas rebeldes para entregarles la villa. Siempre los burgueses della fueron enemigos del nombre español y de dar la obediencia al Rey católico. Francisco Verdugo tuvo este aviso y procuró con grandísimas veras por las espías que tenia en la villa de La Haya, en Holanda, y en otras de los rebeldes, informarse de lo que habia, y halló ser verdad que la mayor parte de los del Magistrado y otros hombres particulares de Groeninghen intentaban entregarla á Mauricio; Francisco Verdugo avisó dello al conde Herman que se hallaba dentro, y á algunos bien intencionados que habia; y visto que no cesaban las pláticas y el peligro que corria de perderse aquella tan importante plaza, y que cada dia tenia Francisco Verdugo nuevas más ciertas, determinó de ir en persona (como lo hizo) en este medio, que era tiempo que helaba mucho y el más á propósito para hacer cualquiera faccion en Frisa. Llevó mucha gente de guerra y una buena cantidad de pólvora, y como supieron los

mal intencionados, que eran los que hacian el trato en Groeninghen, que Francisco Verdugo lo sabia y que habia llegado tan de improviso á la vista de la villa, y con tanta gente de guerra, pusieron muchos estorbos y dificultades para que no se alojasen en los burgos ó arrabales de la villa; pero los bien intencionados que estaban en ellos pudieron tanto que se alojó con toda su gente donde pretendia, y para quitarles la voluntad á los católicos que habia en la villa y á todos los aficionados que el Rey, nuestro señor, tenia en ella, de que no favoreciesen á Francisco Verdugo, derramaron una voz de las que suelen los herejes en semejantes ocasiones, que tenia pláticas con el conde Guillermo de Nasao, y que le habian visto hablar con él en una escaramuza, y que se casaba con una hija de Francisco Verdugo y él con su hermana; y no fué de tan poca importancia con ellos, por ser vulgo la mayor parte y gente que siempre tuvieron costumbre de calumniar á sus Gobernadores, que casi daban crédito á las palabras que pasaban.

Francisco Verdugo que estaba vigilante á todo, como prudente Capitan, procuraba deshacer sus trazas y inteligencias, y llegó á entender que un hombre que vivia en el Correjet habia llevado una carta del conde de Holac á Juan Temburen y á otro burgués que se llamaba Herneste Herenes, en que les solicitaba de proseguir las pláticas con la burguesía de la villa, prometiéndoles como conde de Alemania que el Imperio la recibiria en su proteccion y amparo, que dejasen y renunciasen al Rey católico. La carta y respuesta dello llegó á manos del Magistrado: prendiéronse los culpados y Francisco Verdugo hizo gran instancia para que se castigasen y se echasen fuera de la villa algunos de su Magistrado y del pueblo, porque públicamente decian querian darse al enemigo, y que esto les convenia; y con haberles averiguado estas y otras traiciones Francisco Verdugo, le respondieron que estando sus Diputados en la corte de Bruselas habian oido tales y tantas cosas semejantes, que pues allá las sufrian, que tambien no las querian remediar. El les replicó y les dijo lo mucho que les importaba estar constantes en el servicio del Rey, nuestro señor, y de cuánto útil y provecho

les era para su quietud y descanso, pues le tenian, para qué querian perturbar la paz deseada de muchos y tenida de pocos. No tuvieron mucho gusto con estas razones, no obstante que eran tan en su acrecentamiento, porque el mal intencionado y que tiene la traicion impresa en el corazon, poco le sirven ruehos ni exhortaciones.

El castigo que dieron á los tres que tenian presos, mereciendo quitarles las vidas y haciendas, fué desterrarles de la villa, y de allí á tres dias solicitaron á Francisco Verdugo dejase volver á ella ó Juan Temburen, que era con quien intrínsecamente y muy de secreto trataba el enemigo. Francisco Verdugo les respondió que les veia hablar por él con tanta pasion y aficionadamente, que aunque fuese contra su voluntad lo volverian á entrar dentro, y que supuesto habia de ser así, hiciesen de él lo que quisiesen. Llamáronle y perdonáronle, y Hernesto Hernes se entró en la villa de su misma autoridad, sin más licencia que ella; y quejándose Francisco Verdugo á los Burgomaestres, le negaron no estar en la villa, y sabiendo él donde estaba, dijo que en tal parte le hallarian, que fuesen por él y le trujesen á su casa, que él les daba seguridad para ella; y teniéndole Francisco Verdugo en ella, envió á llamar á los Burgomaestres para que lo viesen y quedaron confusos y no poco corridos, y en su presencia le preguntó Francisco Verdugo que por qué le habia amenazado de matarle ó prenderle con otros muchos cómplices que tenia. Disculpóse mucho, mas no era él sólo el que decia estas libertades y otras peores, pero todos los herejes y mal intencionados (que eran muchos) hacian lo mismo por las calles, y habia llegado la desvergüenza á tal punto, que á la misma puerta de la casa de Francisco Verdugo lo decian, y tan cerca de sus oidos que muchas veces lo llegaba á entender; y estas mismas amenazas les decian á los pocos católicos que estaban dentro en la villa, que no poco atemorizados los tenian, y tan perseguidos, que ya no osaban á andar de dia por las calles; y una noche fueron á casa de Francisco Verdugo y le dijeron que mirase que él y ellos estaban perdidos y vendidos, porque los herejes y mal intencio-

nados eran muchos y en mayor número que ellos, y que su persona habia de correr el mayor riesgo de la villa; pero no estaban determinados de perderlas tambien ellos, y de tomar las armas y defenderse cuanto pudiesen. Francisco Verdugo les respondió que como la villa se conservase en servicio del Rey, nuestro señor, no importaba que su persona se perdiese ó acabase; pero considerando que ya se habian desvergonzado á Dios y á su Príncipe, y que les era fácil poner las manos en Francisco Verdugo y matarle, y que con ellas se acababan de perder todos aquellos Países; y esto no era cosa nueva, pues otras veces lo habian hecho con sus Gobernadores, y lo hicieron con Gaspar de Robles, baron de Velli, que era tambien su Gobernador, y le prendieron y trataron muy mal. A la mañana, por último remedio, le pareció á Francisco Verdugo enviar á llamar al Magistrado á su posada, y le dió cuenta de lo que habia sucedido y entendido, y le rogó y protestó reprimiesen las malas lenguas del pueblo y movimientos dél, porque no viniesen á desmandarse de todo punto y acabar de perder el respeto, y que le parecia era buen remedio echar fuera de la villa algunas personas sediciosas; las cuales dió por memoria Francisco Verdugo al Magistrado, que era la misma que le habian dado el Cura y Vicario de la Iglesia mayor; pero hicieron tan poco caso dello, que á ninguno desterraron, ni se les dió nada con ser gente tan mala y que ya se habia desvergonzado tanto que era forzoso un breve remedio, mezclado con riguroso castigo; y se entendió que en vez de dárselo el Magistrado los encubria y acariciaba, y sobre esto reprendió Francisco Verdugo muy ásperamente á un Burgomaestre, que por ser mancebo no supo disimular la mala intencion que tenia en el pecho, como otros muchos que la sabian celar hasta poner por obra lo que deseaban, particularmente un viejo, suegro deste, tambien Burgomaestre, y ambos muy grandes herejes y sediciosos.

Bien quisiera alargarme en escribir los sucesos que se ofrecieron adelante, por ser dignos de saberse, y los tengo tan entre las manos, que siento mucho dejarlos destroncados y no darles el fin que deseo. Mas porque mi intento (como al prin-

cipio dellos apunté) no ha sido otro que escribir parte de los que hubo en aquellos Estados y en el reino de Francia hasta el fin y muerte de Alexandro, y como estoy tan cerca della, no podré alargarme, sino advertir que en este estado quedaron las cosas de aquellas guerras; y era el peor que se podia esperar, y más viendo á Francisco Verdugo encerrado en lá villa de Groeninghen en medio de tantos enemigos, con pocas fuerzas, mal asistido y peor ayudado, y Alexandro, que era el que habia de asistir, como ya tenia ordenado de enviarle un buen socorro de gente y dineros, caminaba la vuelta de Francia.

Salió este valeroso Capitan de la villa de Bruselas, dia de San Martin, á 11 de Noviembre deste año, á socorrer los católicos de aquel reino y hallarse en la Junta de los Estados para que se eligiese un Príncipe digno de aquella Corona que fuese verdaderamente justo y católico; y aunque habia rehusado esta jornada por las causas que he referido, la más principal era su poca salud, que la tenia tan acabada, que no ménos que la vida le consumia; y por cumplir con puntualidad lo que el Rey, su tio, le tenia mandado; por dar satisfaccion á los Príncipes católicos de Francia y atajar los pasos á los émulos que tenia, que no cesaban de murmurar y poner dudas en sus buenos deseos, se puso en camino y tan acabada la virtud como en su persona se conocia; y yo le ví el dia que salió de Bruselas con toda su corte, y con ser tiempo riguroso y de grandes frios, iba en cuerpo, cargado de galas y plumas, y me parece que en todo el tiempo que le conocí no le ví más galan; y es de maravillar que lo fuese, pues iba á pelear con la muerte y no con los herejes de Francia que le esperaban. Puedo asegurar como testigo de vista, que se iba cayendo del caballo, y á no llevar dos lacayos á los lados que le iban teniendo, diera muchas veces en el suelo; si bien con su ánimo invencible procuraba afirmarse en los estribos, y se iba teniendo lo mejor que podia y previniendo el sombrero con su usada cortesía para darla á todos los que le miraban salir de su corte, y no pocos pronosticaron que no habia de volver á ella: tal iba y tan grande era su enfermedad y flaqueza, que no podian juzgar otra cosa.

Llegó de esta suerte este famoso y malogrado Príncipe á la villa de Arras, que está en la frontera de Francia, donde le apretó su enfermedad demasiadamente, y tanto, que con habérsele juntado muchos achaques, el mayor que sintió fué no poder acabar ni dar fin á lo que su tio, el Rey, nuestro señor, le habia mandado; y estando vacilando en varias imaginaciones, temeroso de ver llegado el fin de sus dias, arrepentido de sus culpas y pecados, pidiendo á Dios perdon dellos con eficacísimas lágrimas y dolor de su corazon, pesándole mucho de haberle ofendido, despues de haber recibido los Santos Sacramentos y conformándose con la divina voluntad, se puso en los brazos de la inexorable muerte, y como era tan invencible, no le derribó tan presto que no tuviese muy bien que hacer, porque la juventud y fuerzas que tenia la defendian de suerte, que aunque anduvieron bregando en lucha tan temerosa, se iba conociendo, que con ser su último tránsito, podia contrastar y resistir, si decirse puede, á la misma muerte; pero al fin le quitó la vida, mas no su gloriosa fama, porque será inmortal como el nombre eterno de sus valerosos hechos.

Dió el alma á su Criador en la misma villa de Arras, situada en la provincia del Artoys, á las doce horas de la noche, en 2 de Diciembre deste año, en los cuarenta y siete de su edad. Fué digno por sus virtudes de haberla tenido más larga, y si de la que tuvo se puede decir que lo fué una bien empleada vida, no hay duda sino que vivió más que otros muchos que tuvieron años más largos y felices. Llevóse su cuerpo á depositar á la Capilla real del Palacio de la villa de Bruselas, donde estuvo los dias que duraron las exequias y el entierro que se le hizo, hasta depositarle la noche que entró en Bruselas; fué muy suntuoso, porque desde Arras hasta aquella villa le fueron acompañando todas las banderas y estandartes que tenia consigo, y las de su guardia, y juntamente con las que se hallaron en aquellas guarniciones, salvo las de los ejércitos de Francia y Frisa, iban arrastrando detras del cuerpo, al son de las roncas destempladas cajas, pífanos y trompetas, que era tan funesto y sordo, que manifestaba bien el dolor y tristeza de una tan gran

pérdida como la de Alexandro. En la Capilla real se le hizo un muy grande y suntuoso túmulo, bien levantado y fúnebre. En todo él hubo muchos epígramas y versos latinos, españoles, italianos y en otras lenguas, y en las negras colgaduras de las paredes que declaraban todos sus heróicos hechos, dignos de escribirse en fuertes y duras láminas. Trasladaron su cuerpo á Italia, y se mandó enterrar en el convento de los frailes capuchinos de la ciudad de Palma y que le sepultasen junto al umbral de la puerta, para que le pisasen los que entrasen en la iglesia; porque como él habia hollado y roto tan duras y fieras cervices, domado y puesto yugo á tantas y tan indomables naciones, quiso (para subir á mayor alteza) humillarse tanto. Dejó al príncipe Ranucio, su hijo, por heredero de más opinion, honra, virtud y reputacion que de hacienda; pues quedó tan pobrísimo (no obstante que sus émulos decian lo contrario), que fué necesario que sus criados esperasen algun tiempo á que se hiciese almoneda de parte de sus bienes para poder salir de Flandes acompañando su cuerpo á Italia; y porque de sus hazañas y de las muchas y buenas partes que tenia fuera necesario un excelente historiador para hacer memoria dellas, me ha parecido, pues los destos tiempos, con ser tan graves, los han olvidado, con haber escrito su vida y muerte (no obstante que yo no lo soy) hacerlo por suplir su descuido.

Era Alexandro, aunque de mediano cuerpo, de muy buen talle, galan, aseado, de hermoso y agradable rostro, modesto, afable, verdadero, benigno, devoto, valentísimo y de ánimo invencible, generoso, secreto, solícito, espléndido, justiciero y misericordioso; de vivo entendimiento, paciente y tan sufrido en los negocios de la guerra, como vigilantísimo en los ardides y estratagemas della; y en la observancia de las costumbres militares fué riguroso y perfecto Capitan en saber gobernar los muchos ejércitos que tuvo á cargo, y en sitiar una plaza por inexpugnable que fuera, tan diligente y tan gran maestro, que hasta hoy no se sabe de otro mayor. Era gran amigo de sus amigos, gran señor de sus criados, gran criado de su Rey, y muy gran siervo de Dios; pues alcanzó en su vida y muerte tantos

favores y gracias particulares, en especial de la Vírgen, Nuestra Señora, como presto escribiré. Fué tan gran Capitan que ninguno se le aventajó en sus excelentes hechos, porque en los pocos años de su vida expugnó muchas ciudades, villas, castillos y defensas fuertes, como la de Audenarda, Tornay, Mastriq, Terramunda, Amberes, Grave, Venló, Nus, Exclusa de Brujas, Corbe y otras muchas, donde en estas particularmente, más que en otras, tanta prueba hizo de su ingenio y valor, fabricando tantas y extraordinarias máquinas de ingenios y otros pertrechos nunca vistos ni imaginados en la guerra. Representó y dió en diversas veces muy peligrosas batallas y reencuentros á los enemigos de la Iglesia, como el del burgorante de Amberes al príncipe de Orange y duque de Saja. En la campiña rompió y desbarató á Francisco, duque de Casimiro, y debajo de las murallas de Gante al duque de Alanson, hermano del rey de Francia; y en Rosendal desbarató su ejército al Mariscal Biron y le ganó sus banderas y estandartes. En Francia retiró y deshizo muchas veces á Henrico de Borbon, príncipe de Bearne, que despues fué Rey, y á todos los Príncipes y nobleza de aquel reino, como se vió junto á la villa de Umala y en la de Lañi, y en particular junto á Pontarsi cuando dijo á los españoles que quisiera ser Josué para detener el sol dos horas. Sujetó y rindió á otros muchos Príncipes y grandes Capitanes: atropelló y ganó sus banderas y estandartes, y en su primera edad sirvió como soldado en las jornadas de Levante debajo de la mano del Sr. D. Juan de Austria, su tio, con tanta satisfaccion como lo escriben muchos y graves autores. Todo el tiempo que fué general en Flandes y Francia honró y levantó gran número de Capitanes, y los crió y conservó en buen órden y disciplina militar.

No escribiré sus nombres, porque fueron tantas sus hechuras y las muchas provisiones que hizo de todos los Oficiales que tiene un ejército, que no hay pluma que pueda hacer memoria dellos, como Generales de provincias y de la artillería, caballería, Comisarios generales y de víveres, Maestres de campo generales, Coroneles, Maes-

tres de campo, Sargentos mayores, sus Ayudantes, Capitanes de lanzas, de arcabuceros de á caballo y de infantería, Prebostes generales, otros menores y mayores de campaña, Barracheles ó Capitanes della, atambores generales y mayores de los tercios y regimientos, sus Furrieles y Tenientes, Auditores generales y particulares de la caballería de tercios y regimientos y sus Ministros y otros de justicia, Veedores y Contadores, Comisarios de muestras y de víveres, sus Oficiales y los de la artillería, Capitanes entretenidos della, y en la infantería y los de cerca de su persona, Gobernadores de plazas, Castellanos de castillos, sus Tenientes y otros oficios particulares y generales que se proveen en personas naturales de los Estados de Flandes. A los unos y á los otros dió muchas y grandes ventajas y entretenimientos, más que otro ningun General hasta su tiempo, y todos á sueldo del Rey, su tio, con muy grandes ayudas de costa, y de su casa y hacienda les dió tambien muchas veces á Maestres de campo, Coroneles, á Capitanes y á otros soldados particulares, como se vió en el sitio de Ipre con el capitan Agustin Roman, que le mandó dar mil ducados de su casa, porque supo que tenia necesidad; y al capitan Pedro Corbera le mandó dar otros mil, de su casa, cuando salió de la prision en que le tuvo el coronel Esquenque; y cuando les veia hacer algun servicio señalado en defensa de la fe católica, como se vió en el sitio de Mastriq y en el de Amberes, particularmente despues de la batalla del Contradique, y si salian heridos de las ocasiones los enviaba á visitar con los Gentiles-hombres de su cámara, en particular con el capitan Pedro de Castro, que por ser español y persona que tanto estimaba, era más acepto, enviándoles dinero y regalos; y si eran soldados de calidad los hacia curar y regalar en su tienda, como se vió en Mastriq con el capitan D. Antonio de Zúñiga y otros, y despues de la batalla del Contradique al capitan Bartolomé de Torralva le dió vestidos y dineros de su casa, y le hizo curar; y al Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, cuando salió herido en el esguazo del fuerte de la Cabeza de Vergas. Lo mismo á otros muchos desta calidad; y á

los que mataban mandaba hacer muy suntuosos entierros, como se vió en el sitio de Terramunda con el Maestre de campo Pedro de Paz, cuando le mataron. A sus testamentarios les mandaba librar y pagar el sueldo que se les debia para hacer bien por sus almas; y á los soldados que en servicio del Rey, su tio, quedaban estropeados y sin miembros, les daba sus sueldos muertos en los presidios ó castillos de Flandes, sin obligacion de servir; y como era un Príncipe tan piadoso y caritativo, mandó fabricar en la villa de Malinas un hospital real, muy suntuoso, y lo proveyó de todos los Oficiales necesarios, de médicos, cirujanos y boticas para que se curasen los soldados enfermos y heridos del ejército, solamente de las dos naciones, española é italiana, que por ser extranjeras no tenian donde poderse albergar. Fué una obra muy insigne y de mucha caridad.

Hizo cosas muy notables y famosas, por donde más se conoció su excelente valor como contrastar los pareceres de todos los Capitanes y cabezas de su ejército en el sitio de Mastriq, porque le aconsejaron se levantase dél, perdidas las esperanzas de poderlo ganar, y facilitó la empresa; y con ser la más temida y espantosa que se sabe, salió con ella; y cuando con la espada en la mano cerró con un escuadron de alemanes amotinados en el sitio de Audenarda, y con haberle terciado las picas y puéstoselas á los pechos, los deshizo y rompió, y ahorcó uno de cada compañía; y á gente desta calidad y amotinada, castigó siempre con mucha severidad, no perdonando á ningun Oficial, como se vió en Amberes que mandó ahorcar á cuatro Capitanes de valones porque jamás se dijese que dejaba sin castigo á personas que le habian perdido el respeto; y para excusar estos inconvenientes, siempre que pudo, pagaba á los soldados de su ejército lo qué habian servido, como lo hizo despues de haber ganado la villa de Amberes, que mandó pagarles treinta y siete pagas que se les debia de su sueldo, y las recibieron en oro.

El famoso y espléndido banquete que en el puente y estacada que hizo sobre el rio Esquelda dió á todas las damas de los Pai-

ses-Bajos con la mayor grandeza y ostentacion que hasta aquellos tiempos se vió; y cuando ántes de poner sitio á la famosa villa de Amberes, viéndole sus Consejeros sin fuerzas ni armada, le aconsejaron dejase la empresa, que era temeridad acometer un imposible tan grande, y los envió á decir con el capitan Pedro de Castro, que se desengañasen porque él habia de ganar á Amberes ó Amberes le habia de ganar á él, y lo hizo y alcanzó la mayor victoria que se ha visto. La osadía y gallarda determinacion que tuvo cuando supo que el Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla estuvo sitiado con los tres tercios de españoles en la isla de Bomel, de entrarse en una barquilla á padecer con ellos, y sin esperar la gente de su guardia marchó á toda diligencia á poner en ejecucion un tan ilustre y heróico hecho, digno de eterna memoria y fama. No fué ménos cuando contra todo el parecer de sus Consejeros y el de Francisco Verdugo se quiso entrar á defender la villa de Zufent, esperando ser sitiado en ella del poder de los dos ejércitos rebeldes de los condes Mauricio, Holac y Guillermo de Nasao, donde con temeraria osadía quiso hacer prueba de su fortuna, siendo en la guerra los azares della tan peligrosos como es notorio. Los dos socorros que hizo á aquella villa á vista de los ejércitos enemigos, siendo tan inferior de fuerzas, casi en el rigor del invierno; las extraordinarias máquinas y otros ingenios que fabricó para la jornada de Inglaterra y los muchos inconvenientes que atropelló, y el deseo que tuvo de aquella empresa; y lo ejecutara si el tiempo y borrascas del mar no lo estorbaran, y con la admirable osadía que embarcó su ejército para favorecer al duque de Medina contra las tempestades y corrientes que se engendran en el canal ó estrecho de Inglaterra: las muchas veces que á fuerzas de brazos abrió la tierra é hizo rios navegables para pasar sus armadas, con otras fábricas ó ingénios, de nadie sino dél imaginados, como se vió en el sitio de Amberes y para la jornada de Inglaterra, y con el cuidado que continuó para que fuera señor della el Rey, su tio.

La empresa de las islas de Holanda y Gelanda, que sin duda las ganara, si no lo estorbara la alteracion de los espa-

ñoles de la isla de Bomel y las jornadas de Francia, donde con tanto trabajo asistió con estar siempre tan acabada su salud, como se vió por asistir ordinariamente en los trabajos de la guerra, en los cuales se exponia como el más particular soldado de su ejército; y en las ocasiones del pelear era el primero que lo hacia y el postrero que se retiraba. Fué un Príncipe tan cristiano, que en muchos asaltos de villas y otras plazas excusó el derramar sangre inocente de niños y mujeres y la de sus soldados á quien tanto amaba y queria, y de que no se quemasen, como lo hizo en la villa de Nus, que sin temor del fuego, subió por la batería y lo atajó y libró á mucha gente de aquel peligro; y en el sitio de aquella plaza le envió el Pontífice el capelo y estoque y insignias que suelen dar á los defensores de la Iglesia, por haberlo sido tanto como se ha visto en el discurso de su vida en Flandes, donde extirpó las herejías y ensalzó la fe católica: renovó los templos, hospitales y otros lugares píos y sagrados y casas de devocion, que con las prolijas guerras de aquellos Estados habian derribado los rebeldes y enemigos de la Iglesia: puso en ella la santa cruz y pilas de agua bendita y del bautismo; renovó los confesonarios; llevó de muchas y diversas partes frailes, clérigos y otros religiosos y de la Compañía de Jesús que las poblasen: hizo volver á sus conventos todas las monjas, que por temor de los herejes se habian huido y andaban descarriadas por diversas partes: hizo matar al príncipe de Orange, con que cesó la persecucion de los católicos y otros daños: jamás quitó á nadie lo que era suyo: fué gran limosnero y devoto, y con gran voluntad dió muchas limosnas para el adorno de las cofradías de Nuestra Señora del Rosario, de los tercios de españoles é italianos; y tan agradecido á las mercedes y victorias que Dios le daba, que en acabándolas de alcanzar juntaba todos los criados de su casa y caballeros de su corte, é iba á las iglesias y hacia cantar un *Te Deum laudamus* y otras devociones, que por ser tantas y haberlo hecho todas las veces que daba fin á sus empresas, no las refiero; y demás de sus buenas partes tenia una en particular que la he dejado

de escribir hasta este punto, por ser la más importante que debe tener un Príncipe, que es la buena condicion, porque era muy suave y agradable, no con artificio ni cuidado, sino que la heredó en la cuna: nació sin hiel y sin miedo, porque jamás temió á sus enemigos; era, en fin, Capitan de Dios, y Dios estuvo siempre con él y él con Dios.

Murió como un santo, y se tuvo por cierto que goza de la vida eterna; y yo oí decir despues de su muerte, que por la relacion que hizo y fe que dió un santo fraile capuchino del convento de la villa de Bruselas, la cual me dió el capitan Pedro de Castro, que al tiempo que este gran Príncipe murió tuvo revelacion de la Vírgen María, Nuestra Señora, de como estaba en el cielo, porque al mismo punto que espiró dijo á su padre guardian en Bruselas, estando rezando en el coro á aquella hora, estas palabras: «Padre, la alteza de Alexandro Farnese es muerto en la villa de Arras, y fué condenado al Purgatorio, y la bendita Vírgen María, su abogada, ha intercedido por su alma y está gozando de la gloria;» y en acabando de decir, vieron todos los frailes gran resplandor y lumbres encendidas por muy gran rato en el altar de Nuestra Señora, y luégo quedó con la lumbre ordinaria, y el Guardian hizo recoger todos los frailes, y con mucha devocion dieron gracias á Dios y á su bendita Madre por tan extraño beneficio y gloria que habia dado á un cristianísimo y católico Príncipe. Este es el fin dichoso que tuvo y la remuneracion de tantos trabajos, peligros y servicios. Pagólo así Nuestro Señor, por haberle defendido su santa fe y extirpado tantas herejías, con darle la gloria eterna, y lo será en esta vida su fama, y tanto, que ni la envidia, el tiempo ni el negro olvido la podrán consumir.

Quedó con la tenencia y gobierno de los Estados de Flandes el conde Pedro Hernesto de Mansfelt, como Maestre de campo general de los ejércitos que habia en ellos; y con el de Francia el duque de Umena; pero ninguno dellos, no obstante su mucha calidad, buenas partes, valor y soldadesca podian llenar el vacío que dejó Alexandro. Con la muerte deste gran Capitan crecieron las esperanzas del Bearnés para conseguir

lo que deseaba, que fué reinar en Francia, como reinó. El conde Mauricio de Nasao cobró mayores bríos para hacer la guerra en los Estados de Flandes. Isabel, reina de Inglaterra, y los holandeses perdieron el temor que siempre tuvieron de que Alexandro habia de entrar con su ejército á extirpar sus herejías y señorearse de sus Estados, como siempre se tuvo entendido lo hubiera hecho si no se ofrecieran las guerras de Francia, donde el Rey, su tio, le ocupó á tiempo que habia de conseguir las victorias que le dió en Flandes. Los herejes de Alemania no quedaron ménos contentos que los demas, por no tener ya quien les estorbase las entradas que hacian en los Estados de Flandes con sus ejércitos, y con mayor confianza procuraron de nuevo confederarse con las provincias, sus vecinas, para conseguir lo mismo que habian procurado; y cuanto fué el gozo y buena suerte que tuvieron los enemigos de la Iglesia y otros Príncipes y potentados, sus aliados, tanto mayor fué el el daño y calamidades que recibieron los católicos y amigos (aunque pocos) de la corona de España; y porque ya apunté escribiria los nombres de algunos Capitanes que crió y levantó este prudente y valeroso Príncipe, y de otros muchos que aprendieron en su escuela militar, que aunque no fueron sus hechuras, sacaron della tan buena soldadesca y disciplina como podian desear, no obstante algunos que de atras habian comenzado á ser soldados, me ha parecido, por ser de tan buenas partes y calidad, nombrar á algunos de los que me acordaré, y que quedaron vivos al fin de sus dias, y otros que murieron ántes y despues en diferentes partes; y de los que supiere los lugares donde nacieron, haré memoria dellos, escribiendo los más antiguos primero, para que no cause celos á algunos de los que hoy viven, que les pareceria que porque escribo á unos primero que á otros, se los doy; pero mi intento no es ese, sino satisfacer á todos, dándoles lo que les toca para que de sus servicios quede memoria; pero en el primer lugar irán los Consejeros de Alexandro, porque es justo sean preferidos como Ministros del Rey, nuestro señor. Todos podian ser maestros, como lo fueron, de otros muchos que heredaron sus partes y

buen uso militar, como es notorio; diré las que tenian y los puestos que ocuparon; y comenzando por

El coronel CRISTÓBAL DE MONDRAGON, natural de Medina del Campo, muy valiente, virtuoso y experimentado Capitan, cuya antigua soldadesca es tan sabida, y de los muchos y particulares servicios que en las guerras de Flandes hizo á la corona de España, que no hay para qué encarecerlos ni escribirlos; y aunque este excelente Capitan fué criado del duque de Alba, de feliz memoria, Alexandro le enseñó en diez y seis años que sirvió debajo de su mano, tanta milicia como supo, y en todos ellos le dió muchas y grandes ocasiones de paz y guerra, con todos los cargos que tuvo para que se conociese dél cuán digno era de ocuparlos, y el valor que tuvo; descubrió tan gran tesoro para que dél participasen muchos y buenos Capitanes que gobernó y tuvo debajo de su mano. Fué Consejero de Alexandro y murió Castellano del castillo de Ambares.

El coronel FRANCISCO VERDUGO, de quien tan largamente hemos hablado en nuestros sucesos, natural de Talavera de la Reina, Capitan general y Gobernador de la provincia de Frisa. En ella dió muchas y peligrosas batallas, asaltos y reencuentros á los rebeldes de Flandes, y les ganó sus banderas y estandartes. Sitió muchas villas, castillos y otros lugares fuertes. Fué tan gran vencedor como se sabe, y tan valiente como envidiado. Atropelló imposibles y atemorizó los enemigos de Holanda y Gelanda, y si fuera asistido con gente y dineros, se hubiera apoderado destas islas. Las partes y servicios deste excelente Capitan fueron y son tan conocidas, que merecen ser escritas de ingenio y pluma más sutil que la mia. Fué del Consejo de Guerra de Alexandro, y hechura de su madre Madama Margarita de Austria, y cursó el arte militar en la escuela de su hijo; y la aprovechó tan bien en las guerras de Frisa, como el tiempo y la fama lo publican.

D. PEDRO DE TOLEDO, marqués de Villafranca, del Consejo de Guerra de Alexandro y Capitan de dos compañías de caballos españoles, una de lanzas, otra de arcabuceros, con que sirvió en aquellas guerras y tuvo á cargo el ejército español, y

hoy es del Consejo de Estado del Rey, nuestro señor. Las primeras letras militares que aprendió este famoso Capitan fueron en Flandes en la escuela de Alexandro, y le lucieron tanto, como lo dirán los rebeldes de aquellos Estados; los turcos y otros enemigos de la fe en Poniente y Levante, peleando animosamente en mar y tierra, habiendo sido General de las galeras de Nápoles y España; digno de otros muchos y mayores cargos por sus grandes servicios y famosos hechos, y cuando la antigua y excelente Casa de Toledo no estuviera tan ilustrada de tantos y valerosos Capitanes como el duque de Alba, de buena memoria, y de otros muchos, éste sólo bastaba á darle un eterno y famoso nombre.

Antonio Martinez de Leiva, príncipe de Asculi y duque de Terranova, sucesor del primero deste nombre, que basta escribirlo para saber que fué uno de los mayores soldados y cabezas que tuvo el emperador Cárlos V, de gloriosa y eterna memoria. Heredó, pues, deste gran Capitan mucha prudencia y ánimo, y con él se empleó en las guerras de Flandes y Francia, donde siendo Consejero de Alexandro aprendió sus letras militares, y salió tan buen discípulo que en breves dias fué maestro; pues tuvo á cargo el ejército español, y procedió como Príncipe valeroso; y todo el tiempo que le gobernó dió muy gran satisfaccion al Rey católico y á sus soldados, que no es la menor parte que ha de tener un Capitan general, si sabe tenerlos contentos.

D. Alonso Martinez de Leiva, su primo, hijo de D. Sancho, virey de Navarra, del Consejo de Guerra de Alexandro, fué Capitan general de las galeras de Sicilia y de la caballería del Estado de Milán. Empeñó su Estado para levantar en Nápoles á su costa una compañía de infantería española, toda de gente muy particular. Con ella fué á los Estados de Flandes á socorrer al Sr. D. Juan de Austria, cuando estuvo cercado de los rebeldes, y con sus soldados peleó valentísimamente, y mostró bien en cuantas ocasiones se ofrecieron ser uno de los famosos Capitanes que ha habido en la antigua é ilustre Casa de Leiva. Fué muy querido y estimado de Alexandro. Militó debajo de

su mano con tanta puntualidad como cualquier soldado, y ántes y despues lo hizo en muchas y diferentes partes. Dióle á este insigne Capitan sepultura el mar de Irlanda, el año de 1588, navegando en la armada que llevaba D. Alonso Perez de Guzman, duque de Medina, á la conquista de Inglaterra, fin desdichado que suelen tener muchos y buenos marineros como él lo fué, y el mismo tuvo D. Felipe de Leiva, su hermano, el cual sirvió debajo de la mano de Alexandro y peleó en Flandes como valiente caballero, mostrando en todas la ocasiones ser hijo de sus padres y hermano de D. Alonso.

El Maestre de campo general D. SANCHO MARTINEZ DE LEIVA heredó la compañía de infantería de su hermano D. Alonso, habiendo sido Sargento della. Fué tambien Capitan de lanzas españolas y Maestre de campo del tercio viejo y del Consejo de Guerra de Alexandro. Desde muy tierna edad aprendió debajo de su mano el arte militar; peleó temerariamente, venció imposibles y atropelló dificultades. Fué Capitan vencedor y no vencido. El Rey, nuestro señor, le proveyó por Maestre de campo general para la segunda jornada de Inglaterra que llevó D. Martin de Padilla, Adelantado mayor de Castilla, el año de 1597. Los valerosos hechos y servicios tan particulares que D. Sancho hizo en Flandes y Francia eran dignos de escribirlos en duro bronce ó mármol, porque el tiempo ni el olvido los consuma, por ser tan conocidos de amigos y enemigos, con que más se ilustró la antigua Casa de Leiva, orígen de tantos y valerosos Capitanes generales como ha engendrado. Murió D. Sancho, Castellano y Gobernador de la villa de Cambray y General del Cambrasino, y si la muerte no le atajara ocupara otros muchos y mayores puestos, por ser digno y merecedor dellos. Fué muy amado de los soldados de todas naciones, y tan bien quisto y compañero dellos, que le ayudaron á dar muchas victorias. Con su virtud venció las calumnias de los muchos émulos que tuvo. Derramó su sangre en las ocasiones de la guerra, y en ellas se empleó con tanta gallardía, que hasta hoy no se sabe de otro Capitan más valiente ni más dichoso.

El duque de Pastrana, Capitan prudente y valeroso, en sus juveniles años pasó á los Estados de Flandes con gallardos deseos de saber el arte militar y ejercitarlo debajo de la mano de Alexandro. Aprendiólo de manera que pudo enseñar á otros muchos Capitanes. Sirvió en las ocasiones de la guerra con una pica, con tanta bizarría y denuedo como dél se podia esperar. Dió gran satisfaccion á todo el ejército español y dél fué muy amado, en particular de Alexandro, y tan favorecido y estimado, que le dió ocasiones para emplear su persona de suerte que por los servicios tan particulares que en aquellas guerras hizo al Rey, nuestro señor, se conoció cuán bien lució en su persona lo que habia aprendido. Fué del Consejo de Guerra de Alexandro, y despues de sus dias volvió segunda vez á Flandes por Capitan general de la caballería del ejército español; y en aquellos Estados y en el reino de Francia, donde murió, hizo cosas muy señaladas.

El Maestre de campo D. Gabriel Niño, natural de la ciudad de Toledo, Consejero de Guerra del Sr. D. Juan de Austria, y despues lo fué del de Alexandro, y tan acertado en los pareceres que le dió, que emprendió con ellos muchas y buenas ocasiones, y se las ayudó á ejecutar con tan gran denuedo y osadía, que fué asombro de los rebeldes de Flandes, y alcanzó en aquellos Estados muchas victorias dellos. Fué muy conocido por su persona, y con ella se vió muy bien en todas las facciones de aquellas guerras la ventaja que hizo á muchos y famosos Capitanes de su tiempo; y á los que tuvo debajo de su mano conservó en muy buen uso y disciplina militar, siendo tan gran maestro della que dió mucho ejemplo á todos los ejércitos de España. Fué Maestre de campo general en el reino de Portugal, en donde procedió tan bien como es notorio; y el Rey, nuestro señor, le envió á Orán por Capitan general, y murió en aquella frontera sirviendo este cargo.

El Maestre de campo D. Lope de Figueroa, natural de la ciudad de Guadix, bien conocido por su nombre de todos los rebeldes de Flandes, pues siempre confesaron haberle temido por las muchas veces que los rompió y desbarató. Fué famoso

y gallardo Capitan y muy estimado de Alexandro por su gran valor y osadía, y con su tercio de españoles, llamado el de la Liga, peleó y se aventajó en la batalla naval que dió el señor D. Juan de Austria á las armadas turquesas, y en otras muchas y diversas ocasiones peleó y se aventajó de tal manera, que cobró nombre de famoso y temido Capitan, y lo fué muy excelente en saber ejecutar las empresas que le encomendaron. Fué del Consejo de Alexandro.

GASPAR DE ROBLES, baron de Velli, del Consejo de Guerra de Alexandro, honra y blason de Portugal, cuyo valor y prudencia se conoció en los Países-Bajos, donde con tanto valor y esfuerzo peleó y gobernó la provincia de Frisa. Fué Coronel de alemanes y tuvo á cargo muchas tropas de infantería y caballería, mostrando ser prudente Consejero y una de las buenas cabezas que tuvo Alexandro. Dió gran satisfaccion á todo el ejército español con los muchos y particulares servicios que hizo el Rey, nuestro señor. Murió ahogado en el rio Esquelda cuando las minas de fuego volaron parte del puente y estacada que en él hizo Alexandro para ganar á Amberes. Mereció este valiente Capitan un fin más dichoso.

El castellano ANTONIO DE OLIVERA, de Mondéjar, Comisario general de la caballería del ejército español, famoso por la pica y por la lanza, pues á pié y á caballo peleó y gobernó como ingenioso y prudente Capitan en grandes y diversas ocasiones, así en los Estados de Flandes debajo de la mano de Alexandro, siendo su Consejero de Guerra, como en Francia con el duque de Savoya. Dió muchas victorias al Rey, nuestro señor, y gran satisfaccion á sus ejércitos de sus buenas partes y muchos y particulares servicios.

El Maestre de campo FRANCISCO DE VALDÉS, bien conocido por su prudencia y valor, y por los discursos militares que dejó escritos, que fueron maestros para aprender sus oficios muchos Sargentos mayores y otros grandes Capitanes; y siendo muy experimentado, fué excelente Consejero de Alexandro y una de las buenas cabezas que tuvo, y soldado brioso y arriscado, y que en muchas ocasiones dió buena muestra de su persona y partes.

El Maestre de campo Manuel de Vega Cabeza de Vaca, caballero del hábito de Santiago, natural de Benavente, muy antiguo soldado, puntual y curioso en el servicio del Rey, nuestro señor, osado y prudente Capitan y unas de las buenas cabezas que hubo en Flandes. Fué hechura de Alexandro y de su Consejo; peleó y asistió en aquellas guerras con mucha gallardía, solicitud, asistencia y trabajos. Era virtuoso y gran cristiano; y si como le sobraban buenas partes y merecimiento tuviera dicha en algunas cosas, no por su falta, sino por la de sus émulos, hubiera ocupado muy grandes y honrosos puestos en los Países-Bajos; y habiendo venido dellos á España le proveyó el Rey, nuestro señor, por Maestre de campo general á la jornada que iba á hacer á Argel D. Juan de Cardona, virey de Navarra; y cuando por los muchos servicios que este gran soldado hizo á su Rey no mereciera ser famoso, bastara el que hizo en Flandes en la retirada del ejército rebelde, cuando mataron á Monsieur de Hautepena, para serlo.

Juan Bautista de Tassis, caballero del hábito de Santiago, prudente caballero, fué Mayordomo del Sr. D. Juan de Austria y Consejero de Guerra de Alexandro. Sirvió en las jornadas de Flandes muchos años y de embajador de Francia del Rey católico, á quien fué muy fiel y con gran verdad y cristiandad procedió y trató todos los negocios que tuvo á cargo, y siendo Veedor general de los ejércitos de Flandes y Francia, sirvió con gran satisfaccion y puntualidad; era amado de todas las personas con quien trataba por el mucho agrado y buen trato que tenia de caballero. Murió en la villa de Madrid el año de 1610 siendo del Consejo de Guerra del Rey católico, merecedor de otros mucho y mayores cargos.

D. Diego de Ibarra, caballero del hábito de Santiago, Comendador de Villahermosa; fué Consejero de Alexandro, y hoy lo es de la Guerra del Rey, nuestro señor, en la corte de España, despues de haberle servido muchos años de Veedor general del reino de Sicilia y de los ejércitos de los Estados de Flandes y Francia. Fueron tan grandes y particulares los servicios y ahorros que hizo á la Real hacienda, y la asistencia

solicitud y trabajos que por conservarla tuvo, que ningun Ministro se lo igualó. Este valeroso y prudente caballero sirvió á su Rey con gran rectitud y limpieza. Hizo por su órden á Flandes y á otras partes algunas embajadas particulares, y dellas se sacó el fruto que se deseaba. Tuvo á su cargo los negocios de la Liga de Francia. Fué vigilantísimo á las inteligencias de los enemigos. Con su sagacidad rechazó á los franceses de la Union algunos movimientos, que si los pusieran en ejecucion hicieran notable daño á los católicos. Puso muchas veces al Bearnés en grandísima confusion, y le tuvo siempre cuidadoso y desvelado, y tanto, que temió más sus inteligencias y negociaciones que la fuerza de las armas, por no ser las que convenia. Mostróse siempre enemigo de soldados amotinados y los persiguió y desterró, procurando se castigasen los autores dellos, y á los fieles, leales y animosos estimó y favoreció con grandes veras. Esforzó mucho la costumbre y devocion de la Cofradía de Nuestra Señora que los soldados españoles tienen en sus tercios y presidios, y ayudó con algunas sumas de dinero para celebrar sus fiestas con gran policía y curiosidad; y en los negocios que tuvo á cargo jamás desaprovechó el tiempo, porque siempre le tenia ocupado. Peleó en las ocasiones de la guerra como osado y valiente caballero, y ántes de ejecutarlas aconsejaba á Alexandro con grande entereza cuando á él y á los demas Ministros llamaba á Consejo. Sus pareceres fueron siempre de hombre sabio, no equívocos ni remisos, sino prontos, lisos, verdaderos, excelentes y ejecutivos, á imitacion de Francisco de Ibarra, su padre, que tambien fué del Consejo de Guerra del Rey, nuestro señor, del cual heredó tantas y tan buenas partes como he referido, siguiendo los mismos pasos D. Francisco de Ibarra y D. Cárlos, su hermano; hijos de D. Diego. El primero es hoy Capitan de lanzas españolas en los Estados de Flandes y del hábito de Santiago, y el segundo, que es D. Cárlos, caballero de la órden de Alcántara y Capitan de su infantería española del Rey, nuestro señor, ambos mozos, gallardos, briosos y de corazones invencibles.

El Maestre de campo D. FERNANDO DE TOLEDO, que llama-

ron el tio, por serlo de algunos grandes señores y del duque de Alba, fué conocido por este nombre, y por ser Capitan invencible y animoso, cuya fama no la consumirá el tiempo, la envidia ni el olvido; y aunque comenzó á aprender en la escuela del Duque, su sobrino, acabó sus letras militares en la de Alexandro. Este caballero peleó con los rebeldes de Flandes valentísimamente dando ocasion le imitasen muchos y grandes Capitanes, y lo fué muy excelente por haber servido y señalándose más que otros muchos valerosos contra los enemigos de la fe, mostrando siempre por sus obras ser de la ilustre y antigua Casa de Toledo. Fué Maestre de campo del tercio viejo, y le sucedió el coronel Cristóbal de Mondragon.

El Maestre de campo general D. Francisco de Bobadilla, que murió conde de Puñonrostro y del Consejo de Guerra del Rey, nuestro señor, cuya calidad, experiencia y virtud, acompañada de tanto valor y osadía, se conoció siempre. Fué hechura del duque de Alba, pero sirvió muchos años debajo de la mano de Alexandro, y le dió muchas y grandes ocasiones para que más se conociese su prudencia y buena soldadesca. Con ella enseñó á muchos y grandes Capitanes que tuvo debajo de su mano, y ésta le valió mucho cuando estuvo sitiado de las armadas de Holanda en la isla de Bomel y en otras muchas y diferentes ocasiones, y en ellas peleó y se aventajó con increible valor y bizarría. Ocupó muchos y grandes puestos, y lo ménos que merecia fué haber sido dos veces Maestre de campo general, y otras Maestre de campo. De Capitan de infantería hizo servicios muy señalados: fué amigo de pobres soldados, y tan procurador suyo que siempre le seguian; jamás los desamparó, porque de ordinario los honró y favoreció, parte que debe tener un perfecto y excelente Capitan, como lo fué, y tan cristiano como se sabe.

El Maestre de campo general D. Agustin Megía, hermano del marqués de la Guardia, hoy de los Consejos de Estado y Guerra del Rey, nuestro señor, despues de haber ocupado tantos y honrosos puestos á costa de mucha sangre derramada en las reñidas guerras de Flandes debajo de la mano de Alexandro,

desde Capitan de infantería y de lanzas españolas. Volvió despues de sus dias á aquellos Estados, segunda vez, donde hizo servicios muy particulares, y lo mismo en el reino de Francia, así de Maestre de campo como de Maestre de campo general. Sirvió en muchas y diferentes ocasiones en Levante y Poniente, siempre expuesto como cualquier soldado particular á los mayores peligros y trabajos. Este famoso Capitan, en el año de 1610, echó los moriscos del reino de Valencia y Aragon, principio de tanto bien para nuestra España. Mostró en esta ocasion su prudencia y grande soldadesca; diferente de otras personas particulares destos reinos, á quienes se encomendó la expulsion de los moriscos, que les llevaron sus haciendas y dejaron en ellos por disfrutarlas, con que se hicieron ricos; y Don Agustin quedó tan pobre como se ha visto, por gastar de su hacienda con los soldados y Capitanes que tuvo cerca de su persona y le ayudaron á expeler esta gente; y visto el Rey, nuestro señor, cuánto importaba fiar de soldados esta expulsion, la encargó á D. Bernardino de Velasco y Aragon, conde de Salazar y Castilnovo, que por serlo tan grande, y haberla encomendado á Ministros suyos y de la Guerra, que siendo tan desinteresados, se ha sacado muy gran fruto de sus trabajos, con que España ha quedado libre de gente que tanto habia ofendido á Dios y á su Rey. Fué bien quisto de todos los soldados, y tan amado dellos, que ningun Capitan se le igualó por su afabilidad, buen término y cortesía, que esta virtud en la guerra resplandece sobre las demas, y con ella se alcanzan tantas victorias como se pierden por ser los superiores con los soldados graves, ásperos y desabridos. Este heróico Capitan, dotado de mucha cristiandad y buenas partes, tuvo tantos y tan grandes merecimientos, que no se pueden sumar ni escribir.

El Maestre de campo general D. ANTONIO DE ZÚÑIGA, del hábito de Santiago, prudente y esforzado caballero, del Consejo de Guerra del Rey, nuestro señor, y Maestre de campo general en Portugal, á cuyo cargo está la Capitanía general de aquel Reino, digno de tenerlo en propiedad y de otros muchos y

mayores cargos, fué hechura de Alexandro desde Capitan de infantería y de lanzas españolas hasta Maestre de campo. Tan conocido por su valor y osadía de los rebeldes de los Países-Bajos y de los herejes de Francia como de nuestra nacion española, por haberle en tantas y diversas ocasiones oprimido y roto sus fuerzas á costa de tanta sangre, sin reservar la suya, por haber derramado tanta en servicio de su Rey. Fué prudente Capitan y muy atentado en todas sus empresas; rechazó siempre al duque de Umena y á otros Príncipes católicos de Francia, las que intentaban en deservicio del Rey católico, mostrando ser en todas ocasiones prudente y animoso Capitan. Su soldadesca fué muy estimada entre experimentados y grandes soldados, y amado de todos ellos; pronto y solícito en las facciones de la guerra, gran sufridor de trabajos, celoso del servicio de su Rey y famoso por los muchos y particulares servicios que le hizo.

El Maestre de campo Pedro de Paz, natural de Noya, en Galicia, fué hechura de Alexandro, y muy antiguo soldado, prudente, valeroso, gran cristiano; peleó y trabajó en las guerras de Flandes con mucha gallardía; era muy atentado, experto, buena cabeza, y de quien Alexandro recibia muy excelentes pareceres. Usó el oficio de Sargento mayor con presta solicitud: fué muy recto y famoso maestro de milicia y escribió deste arte maravillosamente; y entre las muchas y buenas partes que tenia, fué la más principal el ser solicitador de soldados, buen compañero dellos, muy observante de las órdenes y preceptos militares, y tan bien entendido dellos que pocos se le igualaron.

El Maestre de campo D. Juan del Aguila, natural que decia ser de la ciudad de Avila, fué hechura de Alexandro; soldado antiguo y de larga experiencia, bien conocido en muchas y diferentes ocasiones por el nombre que tenia, así en los Estados de Flandes como en la provincia de Bretaña, y en el reino de Irlanda, donde fué con cuatro mil españoles á socorrer los católicos, y en algunas facciones de guerra derramó su sangre, y ántes y despues de ser Maestre de campo gobernó y

tuvo á su cargo mucha infantería y caballería española por órden de Alexandro y del Rey, su tio.

El Maestre de campo D. MARTIN DE ARGOTE, natural de Córdoba, sirvió en las guerras de Flandes como muy valiente caballero. Fué Capitan del tercio de D. Lope de Figueroa, y muy estimado de Alexandro. Señalóse en las ocasiones con mucha gallardía. Fué Maestre de campo en la jornada de Portugal, y en otras partes hizo servicios muy particulares y señalados, mostrando siempre ser muy esforzado y animoso Capitan.

El Maestre de campo JUAN DE TEJADA, natural de Salamanca, que sólo por su nombre fué tan conocido como por el que á otros muchos hace famosos. Fuélo este valeroso Capitan en extremo, y muy amado de Alexandro. Peleó en las guerras de Flandes con mucho valor y osadía; ocupó diversos y honrosos puestos, así en las Indias como en otras partes, digno y merecedor de otros muchos y más preeminentes.

Los Maestres de campo AGUSTIN DE HERRERA, natural de Valladolid, y LUIS DEL VILLAR, de Tudela de Navarra, ambos bizarros y prudentes soldados, hechuras de Alexandro; soldados antiguos en la guerra y de muy grandes merecimientos. Murieron Castellanos del castillo de Gante, en Flandes, sucediendo el uno al otro, que por este respecto los pongo y escribo juntos, y por ser soldados de un tiempo, si bien Luis del Villar fué más antiguo y Capitan de lanzas españolas, y Agustin de Herrera, Sargento mayor, dignos estos dos Capitanes de cargos más preeminentes por su experiencia y buenas partes.

El Maestre de campo AGUSTIN IÑIGUEZ, famoso soldado, por sus partes y servicios; fué muy estimado de Alexandro; señalóse en la guerra de Flandes tan bien y honradamente como en otras partes, donde era muy estimado y conocido por insigne Capitan.

El Maestre de campo JUAN DE RIVAS, natural de Castro el Rio, vasallo del marqués de Priego, hoy Castellano de Cambray, fué hechura de Alexandro; aprendió en su escuela el arte militar, y hále aprovechado tan bien en todas ocasiones, que han

lucido mucho sus servicios por su prudencia y valor; bien conocido en los Estados de Flandes, donde sin salir dellos ha ocupado buenos y honrosos puestos. En las ocasiones ha peleado y trabajado con gallardía y puntualidad. Es persona de gobierno y buena cabeza y de gran servicio, y necesario para el de S. M., así por sus buenas prendas y partes, como por su larga experiencia de las guerras de Flandes.

Los Maestres de campo ANTONIO DE ACOSTA, DIEGO DE AVILA DE GUZMAN, natural de Avila, PEDRO HERNANDEZ DE LA CARRERA, natural de la ciudad de Cuenca y PEDRO RODRIGUEZ DE SANTISTÉBAN, de Málaga, todos hechuras de Alexandro, y en las guerras de Flandes le ayudaron á alcanzar y á dar muchas victorias; pelearon y trabajaron valentísimamente, y por su valor ocuparon el ser Maestres de campo de la gente de guerra del reino de Aragon y Castellanos de Jaca, sucedieron en este cargo los unos á los otros, por cuya causa los escribo juntos. Fueron soldados de opinion y de gobierno.

El Maestre de campo D. HERNANDO GIRON, natural de Talavera de la Reina, caballero del hábito de San Juan, hoy del Consejo de Guerra del Rey, nuestro señor, siendo entretenido cerca la persona de Alexandro y hechura suya; y ántes y despues de Capitan de infantería española, peleó y se arriscó en los mayores peligros y asaltos que hubo en las guerras de Flandes, con tan grande muestra de su valor y osadía que se hizo famoso. Causó envidia y envidió á muchos muy gallardos Capitanes por verle señalar más que otros. Fué Capitan de lanzas españolas en las guerras de Francia, y peleó en ella contra la gente del Bearnés, con el mismo valor y gallardía que en Flandes, donde fué Maestre de campo, y ántes lo habia sido en las armadas de España y en otras partes, y despues de Consejero de Guerra. Hizo por órden del Rey católico algunas embajadas particulares á los Estados de Flandes, y siempre dió muy buena cuenta, mostrando ser este insigne Capitan digno y merecedor de otros muchos y más preeminentes cargos.

El Maestre de campo D. ALONSO LUZON, natural de la villa de Madrid y honra de su ilustre Casa, soldado antiguo y de

muchos y particulares servicios. Asistió en Flandes y Francia cerca la persona de Alexandro, y los que hizo en aquellas guerras fueron muy señalados, y por ellos conocido por prudente y osado Capitan, y de los enemigos tan temido como amado de los ejércitos del Rey, nuestro señor.

D. ANTONIO MANRIQUE, hoy conde de Morata, en el reino de Aragon, de la ilustre y antigua Casa de los condes de Osuna, hechura de Alexandro, sirvió en las guerras de Flandes, así de soldado como de Capitan de infantería, tan bien y gallardamente como se podia desear. Fué soldado de mucha opinion y cuenta, y despues Capitan de lanzas españolas que llevó á su cargo. Es valentísimo caballero y de los más arriscados que hubo en los Estados de Flandes.

El Maestre de campo D. ALONSO DE MENDOZA, natural de Barbastro, en el reino de Aragon, hechura de Alexandro, prudente Capitan y en todas sus acciones fué muy entendido, y supo valerse por su persona en cualquiera ocasion, desde soldado, Capitan de infantería y de lanzas españolas hasta Maestre de campo, y en las ocasiones de la guerra muy atentado, y las disponia de suerte que alcanzó muchas victorias, y supo con ingenio é industria hacer buenos y particulares servicios, y por ellos mereció nombre de gran soldado y valiente Capitan.

El Maestre de campo D. JUAN DE CÓRDOBA, que hoy lo es en Lombardía, fué hechura de Alexandro; peleó en las guerras de Flandes y de Francia á pié y á caballo valerosísimamente, porque de Capitan de infantería española y de las lanzas desta misma nacion hizo cosas muy señaladas y con gran satisfaccion del ejército español, y en las ocasiones del pelear se le conoció el valor que heredó de Gonzalo Fernandez de Córdoba, el Gran Capitan, de cuya antigua Casa es descendiente. Mostró este caballero mucha virtud, buen celo de servir á su Rey; fué prudente y supo ejecutar con gran osadía todas las empresas que tuvo á cargo.

El Maestre de campo D. PEDRO MANRIQUE murió siéndolo del tercio de Lombardía; fué hechura de Alexandro y sirvió en las guerras de Flandes de Capitan de infantería muy gallardamen-

te; dió en las acasiones mucha muestra de su persona; peleó y se aventajó como muy osado y arriscado Capitan.

El Maestre de campo JUAN BRAVO de LAGUNAS, natural de Extremadura, hechura de Alexandro y sirviendo debajo de su mano hizo cosas muy señaladas; peleó en las guerras de Flandes y Francia más que otros muchos y valerosos Capitanes, y lo fué tan excelente, que pocos se le igualaron; sirve hoy en Saboya, donde su persona ha sido y es muy necesaria, y tanto, que se han valido de sus consejos y pareceres los superiores que ha tenido.

El Maestre de campo SIMON ANTUNEZ, valiente portugués, hechura de Alexandro, sirvió en su tiempo en las guerras de Flandes y Francia con opinion de animoso Capitan; fué en las ocasiones señalado por buen soldado; precióse mucho de serlo por haber sido compañero dellos en los peligros y trabajos.

El Maestre de campo D. ALONSO DE IDIAQUEZ, que despues de haber sido Capitan de infantería española y de lanzas desta misma nacion, y Gobernador de toda la caballería ligera del ejército español en Francia, siendo tambien Maestre de campo, cuyos cargos le dió Alexandro, y despues General de la caballería de Milan, y hoy es Virey de Navarra; mostró bien en las ocasiones de aquellas guerras ser hijo de D. Juan, su padre, porque en ellas peleó animosamente, honrando y enriqueciendo de valerosos hechos la provincia de Guipúzcoa y su ilustre y antigua Casa, que como este gallardo Capitan era de los primeros en las ocasiones, y de los postreros que se retiraban dellas, prestó á muchos el ánimo que tenia, con que hicieron sus nombres famosos.

El Maestre de campo D. ALVARO SUAREZ, natural de Toro, hoy Castellano de Perpiñan, valiente y animoso soldado, y por su valor y partes muy favorecido de Alexandro; sirvió en las guerras de Flandes con grandísima opinion; señalóse en las ocasiones con mucha gallardía, y trabajó y asistió con puntualidad.

El Maestre de campo GONZALO DE LUNA Y MORA, natural de la villa de Porcuna, soldado antiguo del tiempo del duque de

Alba; sirvió debajo de la mano de Alexandro todo el tiempo que gobernó; fué su hechura, y de Capitan de infantería y Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, sirvió y trabajó con grandísima puntualidad, y en las ocasiones de la guerra peleó y se señaló valentísimamente, y mostró en ellas tanto ánimo y gallardía como se podia desear; es hoy Castellano de Fuenterrabía, oficio bien merecido por su singulares partes y soldadesca.

El Maestre de campo D. DIEGO PIMENTEL, hermano del marqués de Tabara, hoy conde de Gelbes, virey de Aragon, y del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, y Castellano que fué de Milán; gran orador y valiente caballero, partes que debe tener un perfecto Capitan; sirvió en Flandes cerca de la persona de Alexandro, y en las ocasiones de la guerra mostró valor y esfuerzo, y asistió en los trabajos con mucha puntualidad, y por sus buenas partes mereció los puestos que ocupó y estar en el número de los famosos Capitanes.

El Maestre de campo D. LUIS DE VELASCO, que hoy es Capitan general de la caballería de los Estados de Flandes, habiéndolo sido ántes de la artillería, y ocupado muy honrados cargos, digno de otros mayores y más preeminentes; sirvió debajo de la mano de Alexandro con general satisfaccion, y aprendió en su escuela militar; y la dotrina que della sacó le hizo tan gran maestro que ha enseñado á otros muchos y valientes Capitanes que ha tenido debajo de su mano; peleó en aquellas guerras con el mayor denuedo y osadía que se puede escribir ni encarecer, y cuando la antigua Casa de los Condestables de Castilla (de donde él desciende) no fuera tan de suyo nobilísima, este caballero la ilustrara, diera nombre y la engrandeciera con sus valerosos y heróicos hechos, que son y han sido tales, que merece por ellos estar en el número de los invencibles y famosos Capitanes. Es hermano de D. Bernardino de Velasco y Aragon, conde de Salazar y Castilnovo, del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, su Mayordomo y Comisario general de toda la infantería de España, gran caballero, estimado de su Rey por prudente, valeroso, puntual y de otras muchas y buenas partes.

El Maestre de campo D. Francisco de Padilla, natural de la ciudad de Toledo, hechura de Alexandro, sirvió de Capitan de infantería en aquellas guerras, con tanta bizarría y valor que pocos se le igualaron; y en tiempo que fué Capitan de lanzas en Flandes y Francia, no se le halló igual á la suya; era este animoso caballero temido de los enemigos, y siempre que se vió con ellos á las manos salió vencedor, que es lo que un Capitan de buena fortuna puede desear; continúa sus servicios en los Estados de Flandes, donde hoy se halla; fué Maestre de campo en el Armada real del mar Océano, siendo General della D. Martin Padilla, Adelantado mayor de Castilla.

El Maestre de campo D. Cárlos de Coloma, hermano del conde de Elva, natural de Valencia del Cid, Castellano que fué de Perpiñan, y hoy virey de Mallorca, tan prudente como animoso, siendo Capitan de infantería y despues de lanzas españolas y Maestre de campo, cuyos oficios le dió Alexandro, y le estimó por sus muchas y buenas partes; sirvió y peleó valentísimamente en todas las ocasiones que se ofrecieron, mostrando siempre un ánimo invencible acompañado de vivo ingenio, cuyas y otras muchas buenas partes le hicieron famoso.

El Maestre de campo D. Alonso de Luna y Carcamo, natural de Córdoba, hoy Gobernador de la villa de Liera, en Flandes, fué hechura de Alexandro y entretenido cerca de su persona; sirvió en su tiempo en todas las ocasiones que se ofrecieron como muy honrado caballero, y se señaló y aventajó en ellas tan particularmente como el que más.

El Maestre de campo D. Diego de Miranda Quirós, natural de Granada, hechura de Alexandro, soldado de mucha opinion y bien entendido en la caballería, sirvió en las guerras de Flandes valentísimamente; fué Capitan de lanzas y murió Maestre de campo de la gente de guerra de las islas Terceras, y Castellano del Brasil; y su hermano el capitan Miranda y Quirós fué muy valeroso soldado en Flandes, y le estimó Alexandro por sus buenas partes.

El Maestre de campo D. Pedro Sarmiento, natural de Jeréz de la Frontera, fué hechura de Alexandro, y peleó en las guer-

ras de Flandes y Francia con mucha puntualidad y satisfaccion, y siendo Castellano del Brasil en la ciudad de Angra, en las Terceras, y Gobernador de todas aquellas islas, fué á ser Maestre de campo del tercio de Nápoles; hizo algunos servicios particulares, por los cuales recibió nombre, y se lo dan de muy honrado y particular soldado.

El Maestre de campo ESTÉBAN DE LOGRELA, natural de la provincia de Álava, sirvió en Flandes debajo de la mano de Alexandro con mucha puntualidad, y en aquellas guerras y en las de Francia peleó y se aventajó más que otros con mucha gallardía; hizo particulares servicios, por donde mereció favores y mercedes; murió Maestre de campo de la gente de guerra del Armada real del mar Océano estando en Madrid el año de 1607.

El Maestre de campo D. JUAN CHACON, que hoy lo es de un tercio de infantería española en Portugal, y natural de Ávila, sirvió muchos años en las guerras de Flandes, y en la escuela militar de Alexandro aprendió muy buena soldadesca y la empleó con singular gallardía, y en las ocasiones peleó y se aventajó con gran valor, dando siempre tan buena cuenta de su persona, como de un tan valiente y honrado caballero se podia esperar.

El Maestre de campo RODRIGO DE OROZCO Y RIVERA, natural de Mérida, hoy Gobernador de la ciudad de Alejandría de la Palla y de todas sus tierras, digno de ocupar mayores puestos por sus muchos servicios y persona; pasó á los Estados de Flandes en la famosa compañía de D. Alonso Martinez de Leiva, al socorro del Sr. D. Juan de Austria, de buena y eterna memoria; sirvió debajo de la mano de Alexandro en aquellas guerras, tan bien y honradamente como en otras muchas y diferentes partes donde ha asistido, peleado y trabajado, con tanta satisfaccion como es notorio; es soldado de opinion honrada y muy buena cabeza, y que ha sabido por su persona mostrar sus muchos y gallardos merecimientos.

El Maestre de campo D. JUAN MANRIQUE DE LARA, hermano del duque de Nájera, hechura de Alexandro, sirvió en

las guerras de Flandes muy á medida de su calidad y buenas partes, mostrando en todas las ocasiones el valor que tenia, bien conocido de todos los que le vieron servir y asistir en aquellos Estados.

El Maestre de campo GASPAR TAPENA, natural de Valencia del Cid, persona á quien Alexandro (no tanto por ser hechura suya como por sus merecimientos y buenas partes) estimaba y honraba en las ocasiones que se ofrecian, pasó á Flandes el año de 1584 por Alférez del capitan D. Juan de Sandoval y Rojas, que murió marqués de Villamizar, y virey de Valencia; y por haberse quedado enfermo en España gobernó su compañía hasta que Alexandro le hizo Capitan della; sirvió en aquellas guerras como muy honrado y particular soldado; peleó y se aventajó con mucha gallardía, y por sus servicios y buen proceder fué proveido por Maestre de campo, y murió sirviendo este cargo en aquellos Estados.

El Maestre de campo DIEGO DURÁN, natural de Medina del Campo, soldado de opinion, valiente y de buenas partes y servicios, peleó en Flandes debajo de la mano de Alexandro; fué su hechura porque le hizo Ayudante de Sargento mayor, y le estimó por sus merecimientos.

El Maestre de campo ANTONIO DE CEBALLOS, pasó á Flandes por soldado de la compañía del capitan D. Diego de la Guerra, y porque en ella y en la de Bartolomé de Torralva, con mucha pobreza y humildad llevó el peso y los trabajos de la guerra, mostrando siempre ser virtuoso, háme parecido apuntar esto para advertir que de muy pobre soldado, como yo le conocí, sin tener medios ni otros favores, por su buen proceder, despues de haber sido Alférez, le levantó Alexandro por Ayudante del Sargento mayor Bartolomé de Torralva, el año de 1590; procedió este gallardo soldado tan bien y honradamente, que fué digno de ser Capitan, Sargento mayor y Maestre de Campo; y en estos oficios se señaló y aventajó de tal manera, que mereció nombre de valiente y estimado Capitan, que para los que de pobres soldados siguieron el arte militar, siendo obedientes y virtuosos, es buen ejemplo el de Antonio de Ceballos para

que no desanimándose procuren servir imitándole, y vendrán á ocupar muchos y mayores puestos, como creo los ocupara este bizarro soldado si no le mataran los rebeldes de Flandes en lo mejor de sus dias.

El Maestre de campo D. JERÓNIMO AGUSTIN, que hoy lo es de la gente de guerra del Armada real del mar Océano, y natural de la ciudad de Zaragoza, en Aragon, fué hechura de Alexandro y sirvió de entretenido cerca de su persona muchos años, con satisfaccion de todo el ejército español; en las ocasiones peleó y se señaló con mucha osadía, y mostró bien las partes que tenia, con que mereció ser estimado por ellas.

CAPITANES DE LANZAS.

D. ALONSO DE LERMA, natural de Búrgos, Capitan de lanzas españolas, hechura de Alexandro y entretenido que fué cerca de su persona, sirvió en las guerras de Flandes muchos años, con tanto trabajo y asistencia, que hasta hoy se sabe otro que más bien lo hiciese; y lo fué tan gallardo en las ocasiones, que con estar muy impedido y estropeado de una pierna, se señaló, peleó y aventajó con tanta osadía y denuedo, como es notorio á todos los ejércitos que hubo en Flandes y Francia que le conocieron.

GARCÍA DE OLIVERA, natural de Mondéjar, Capitan de caballos españoles y del Consejo de Guerra en Sicilia, hechura de Alexandro, bien conocido de los rebeldes de Flandes por las muchas veces que les rompió y desbarató, con que este gallardo Capitan se hizo muy famoso.

D. ALONSO DE SOTOMAYOR, natural de la ciudad de Trujillo, que murió en Madrid el año de 1610, del Consejo de Guerra de S. M. C.; siendo Capitan de lanzas españolas en Flandes, hizo cosas muy señaladas, mostrando en todas las ocasiones que se ofrecieron ser muy valiente y gallardo caballero, porque peleó con los rebeldes con mucho ánimo, y lo que aprendió en la escuela de Alexandro lo aprovechó muy bien en las Indias, y lució de manera que se sacó mucho fruto de sus servicios, y

los hizo tan particulares y estimados como de un tan honrado caballero se podia desear.

D. Rodrigo Laso, natural de la ciudad de Toledo, hoy Capitan de dos compañías de caballos españoles, una de lanzas y otra de arcabuceros de las guardias del señor archiduque Alberto, y de su Consejo de Guerra en Flandes; sirvió en aquellos Estados cerca la persona de Alexandro, y en las ocasiones más temidas peleó con una pica con el mayor denuedo y bizarría que se podia desear; fué muy temido de los rebeldes, estimado de Alexandro y muy bien quisto y amado de todo el ejército español, así por sus muchas y buenas partes como por su calidad, esfuerzo y valentía.

Juan de Anaya de Solís, natural de Salamanca, Capitan de lanzas españolas en Flandes, fué hechura de Alexandro y uno de los soldados más briosos y arriscados que hubo en aquellos Estados; fué temido de los rebeldes y amado de los soldados; sirvió y peleó con grandísimas ventajas y lo mismo en las guerras de Francia en Lenguadoc; murió Castellano de Pamplona, merecedor de mayores y honrosos cargos y oficios.

D. Pedro Pacheco, natural de Toledo, y Veedor general de las guardias de Castilla, y á cuyo cargo está la Capitanía general del artillería de los reinos de España, fué Capitan de lanzas españolas y de infantería en Flandes; estimado y querido de Alexandro por sus muchas y buenas partes, y sirviendo debajo de su mano hizo cosas muy señaladas; peleó en aquellas guerras con mucha determinacion y gallardía, mostrando bien ser prudente y valeroso, con que más se ilustró su antigua Casa: lo mismo D. Juan y D. Manuel Pacheco, sus hermanos, y todos tres lo son del Sr. de Pinto, que hoy es marqués de Caracena, virey de Valencia y honradísimo caballero, digno de ocupar mayores cargos.

D. Pedro de Tassis, Capitan de lanzas españolas en los Estados de Flandes, y siendo Veedor general de los ejércitos dellos, le mataron en el sitio de la villa de Terramunda; fué buen caballero y gallardo Capitan; sirvió debajo de la mano del Sr. D. Juan de Austria y de la de sus sobrino, Alexandro,

cuya disciplina y buen uso militar aprendió en su escuela, y le lució mucho, pues le encargó el Rey, nuestro señor, el año de 1584 llevase á su cargo á los Estados de Flandes los tercios españoles que habian servido en la jornada de Portugal, los cuales se reformaron en la villa de Anamur; sirvió este caballero en cuanto se le ofreció muy honradamente, y por sus servicios mereció los cargos que tuvo.

D. Rodrigo de Castro, Capitan de lanzas españolas en Flandes, de la ilustre y antigua Casa de los condes de Lemus, fué hechura de Alexandro; sirvió este bizarro y valiente caballero en las reñidas guerras de aquellos Estados animosamente, y peleó en ellas con grandísimo brío y osadía, y en cuantas ocasiones se ofrecieron asistió con mucha puntualidad, y la tuvo siempre en todo cuanto le tocó del servicio del Rey, nuestro señor.

D. Cárlos de Luna, Capitan de caballos ligeros españoles, hechura de Alexandro, privado suyo, sirvió y peleó en aquellas guerras con grandísimo valor y osadía, haciendo cosas muy señaladas; merecedor de ponerlo en el número de otros muchos y famosos Capitanes, así por su calidad, partes y servicios, como por el ánimo que siempre mostró en las ocasiones de la guerra.

D. Fadrique del Aguila, natural de la ciudad de Avila, despues de haber sido Capitan de infantería española en Flandes, continuó sus servicios con una compañía de lanzas de la misma nacion, y á pié y á caballo peleó con grandísimo brío, siendo uno de los más animosos caballeros que en aquellas guerras hubo; era hechura de Alexandro; siempre deseó las ocasiones y las procuraba, para que se conociese que su valor igualaba á sus buenos deseos; y

D. Estéban del Aguila, su hermano, sirvió tambien debajo de la mano de Alexandro con una compañía de infantería española, tan bien y honradamente como D. Fadrique.

Felipe de Soria, natural de la ciudad de Logroño, soldado antiguo de los del duque de Alba y del Sr. D. Juan de Austria, al cual presentó dos banderas que ganó en la rota de

Jubelurs, siendo camarada de Otavio de Gonzaga; fué entretenido cerca la persona de Alexandro muchos años y hechura suya, y le encomendó muchas cosas particulares del servicio del Rey, su tio, y siempre dió muy buena cuenta; fué Capitan de arcabuceros á caballo, y pasó segunda vez á Flandes el año de 1584 con otra de lanzas españolas que levantó en el Estado de Milán con D. Pedro de Tassis, la cual se le reformó este mismo año, y sirvió otra vez de entretenido de Alexandro; y en todas las ocasiones que en aquellas guerras se ofrecieron, donde peleó y trabajó gallardamente y á mucha satisfaccion del ejército español, y estándolo haciendo le sucedió una desgracia en la corte de Bruselas, de matar un caballero, y se ausentó á Francia y sirvió en aquel reino á la Liga católica con una compañía de caballos ligeros, cerca la persona del duque de Guisa, el viejo, y fué de su Consejo de Guerra; y cuando Alexandro entró con su ejército, despues de algunos años, al socorro de París, viendo cuán honradamente habia servido en aquellas guerras, le perdonó y le dió otra compañía de lanzas españolas, con que sirvió con la misma satisfaccion que ántes; es soldado muy bien entendido en la caballería, y tan plático en ella como el que más; y por estar estropeado de ambas piernas no ha continuado sus servicios; y por los que ha hecho tan particulares sirve con 75 escudos de entretenimiento al mes en Zaragoza, cerca la persona del virey de Aragon.

El capitan Duarte Nuñez, natural de Villafranca, en Galicia, hechura de Alexandro, gran caballo ligero y tan plático en su arte como el que más; fué valeroso y tan arriscado, que peleó y se aventajó en las guerras de Flandes más que otros muchos Capitanes, siendo su lanza tan temida que puso terror á los rebeldes de aquellos Estados.

D. Martin de Ayala, caballero del hábito de San Juan, natural de la ciudad de Toledo, Capitan de caballos, hechura de Alexandro, bizarro y valiente caballero, y que sirvió en las guerras de Flandes con tanta prueba de sus prendas, gallardía y ánimo como el más aventajado y famoso Capitan; y por serlo tanto y haber derramado mucha sangre peleando con los ene-

migos de la Iglesia, mereció tener nombre, como hoy le tiene, de invencible y valeroso.

D. GARCÍA BRABO DE ACUÑA, fué Paje del guion del señor D. Juan de Austria, y en sus juveniles años comenzó á aprender las letras militares en la escuela de Alexandro, el cual le estimó y dió gallardas ocasiones para emplear su pica, y supo pelear con ella y con la espada con mucho ánimo; y fueron siempre sus hechos muy parecidos al nombre de Brabo; y lo fué tanto con los enemigos rebeldes de Flandes, que le temieron y se le rindieron diversas veces; fué Capitan de infantería y despues de lanzas españolas; y

D. LUIS BRABO DE ACUÑA, su hermano, hoy Veedor general en el reino de Portugal, hechura de Alexandro, y siendo Capitan de infantería española, peleó y se aventajó en las guerras de Flandes y Francia animosísimamente; no ménos orgulloso y temido que su hermano, y ambos tan valerosos, que pocos se les han igualado; y si el Rey, nuestro señor, les hubiera dejado seguir las armas, ocuparan en la guerra muy grandes puestos; pero atajóles sus gallardos deseos con haber hecho merced á D. García de servirse dél en corregimientos, y D. Luis de Veedor general en Portugal, como he referido.

DIEGO DE AVILA CALDERON, Capitan de lanzas españolas, y ántes lo habia sido muchos años de infantería y Gobernador de la villa de Neoporte, en Flandes, y del tercio de D. Juan Manrique de Lara, cuyos cargos le dió Alexandro por sus muchos y particulares servicios; era soldado antiguo de mucha experiencia, y peleó en aquellas guerras con grande ánimo y denuedo; fué bien reputado y conocido por persona y nombre, y por sus buenas partes merecedor de otras cosas mayores.

EL MARQUÉS DE LA FABARA, valiente caballero, Capitan de lanzas españolas, hechura de Alexandro, sirvió con mucha puntualidad y bizarría, siendo en las ocasiones de la guerra belicoso y arriscado, digno del nombre de Capitan famoso.

El capitan JERÓNIMO DE RUTIBIERCA, caballero del hábito de San Juan, natural de la ciudad de Zaragoza, en el reino de Aragon, fué muchos años entretenido cerca la persona de

Alexandro y hechura suya, al cual siguió en cuantas ocasiones se ofrecieron con mucha puntualidad y gallardía, y en ellas peleó y se aventajó tan bizarramente como el que más, así de Capitan de infantería como de caballos; fué temido de los rebeldes de Flandes, y tan animoso soldado como se vió en aquellas guerras; y despues que vino de Flandes gobernó á Rijoles, en el reino de Nápoles, y defendió aquella plaza de los turcos con grandísimo ánimo y osadía, y los degolló y desbarató ántes de volver á embarcarse; y cuando los muchos y particulares servicios que hizo en las guerras de Flandes no le hubieran dado nombre de Capitan famoso, le hubiera alcanzado por el suceso de Rijoles; tuvo un fin muy desdichado, pues siendo ya Comendador de la Armuña, villa á nueve leguas de Zaragoza, le mató un hombre ordinario de improviso, sin que se pudiera defender, y no le hirieron los muchos enemigos con quien habia peleado y rendido.

D. Luis de Borja, hijo del duque de Gandía, Capitan de lanzas españolas, hechura de Alexandro, sirvió en las guerras de Flandes como muy honrado y gallardo caballero, enriqueciendo su antigua Casa de muchos y valerosos hechos; peleó este invencible Capitan con grandísimo esfuerzo, y fué temido de los rebeldes de Flandes y alcanzó muchas victorias dellos, y aprovechó tan bien en el buen uso y arte militar que aprendió en la escuela de Alexandro, que nadie con más brío que este osado y temido Capitan lo experimentó.

Andrés Hernandez, natural de Lucena, hoy Capitan de caballos en el Estado de Milán, hechura de Alexandro, sirvió y peleó en las guerras de Flandes valentísimamente, y por sus buenos servicios fué muy conocido y estimado.

El capitan Bartolomé Sanchez, natural de Begijar, jurisdicion de Baeza, hechura de Alexandro y discípulo del coronel Francisco Verdugo, cuya lanza hizo en Frisa temblar á los rebeldes, á los cuales rompió y degolló en diversas veces muchos soldados, y lo fué tan bizarro y particular como es notorio.

El capitan Antonio Suarez, valiente extremeño, hoy entre-

tenido en el Estado de Milán, no ménos buena lanza que la de Bartolomé Sanchez; peleó en Frisa y Flandes con grandísimo valor, y es soldado de opinion y de mucho servicio.

El capitan MARTIN DE AVALOS, natural de la villa de Linares, jurisdiccion de Baeza, hechura de Alexandro, murió alcaide de Melilla; fué Capitan de caballos; peleó en las guerras de Flandes valentísimamente, y dió gran muestra de su ánimo y osadía, y no ménos D. Antonio de Avalos, su hijo.

Los capitanes JUAN GARCÍA DE TOLEDO, natural de la misma ciudad; PRADILLA, AGUAYO, SAAVEDRA, DELICADO, todos de arcabuceros á caballo, hechuras de Alexandro, valerosos y arriscados soldados, y que en las guerras de Flandes pelearon y asistieron con grandísimo esfuerzo y gallardía, y con general satisfaccion del ejército español.

El capitan ALONSO MENDO DE SOLÍS, natural de la ciudad de Trillo, fué hechura de Alexandro y asombro de los rebeldes de Flandes y de Frisa; en aquella provincia peleó y los venció muchas y diversas veces; atropelló sus banderas y estandartes y les ganó muchas; fué Capitan invencible y temido; rompió inconvenientes y deshizo dificultades, y venció imposibles; fué felicísimo en alcanzar victorias; aprendió en la escuela del coronel Francisco Verdugo, y siéndole tan buen maestro, sacó un discípulo tan famoso como se sabe; y por no parecer encarecedor, no escribo en particular sus muchos, singulares y heróicos hechos.

No me acuerdo de otros muchos Capitanes de lanzas y de arcabuceros á caballo que sirvieron en aquellas guerras, que como há tantos años que pasaron, y yo no tuve intento de escribirlas hasta agora, no puedo hacer memoria de todos, porque fueron diversos y en diferentes tiempos; pero bien pensará alguno que me he olvidado de un famoso Capitan de caballos, que por serlo tanto lo he querido dejar el postrero, para que de sus servicios quede la memoria que merecen, por ser tantos y tan particulares, que no es justo los consuma el tiempo y el olvido, ántes bien, ser escritos en fuertes láminas de plomo ó duro bronce. Este invencible soldado es el que últimamente he referido.

CASTELLANOS DE CASTILLOS, GOBERNADORES

Y OTROS SOLDADOS PARTICULARES.

El capitan Juan de Contreras Gamarra, natural de San Clemente, Castellano del castillo de Cremona en Italia, fué en los estados de Flandes Comisario general de la cabellería del ejército español, y hechura de Alexandro, y ántes tuvo otros oficios, y siempre dió buena cuenta dellos y á satisfaccion de los Ministros del Rey católico; es soldado antiguo y de buena opinion y prudente; peleó en las ocasiones como tal, y siempre salió dellas con buen nombre, y le ha tenido de muy gran Maestre de la caballería, que para estos tiempos se debe estimar.

El capitan Andrés de Aillon, natural de Córdoba, hoy Castellano del castillo de Canfranc, en el reino de Aragon, fué Capitan de infantería y de lanzas españolas; hechura de Alexandro; sirvió en las guerras de Flandes y de Francia valerosísimamente, y peleó en ellas con grande determinacion y gallardía; es soldado antiguo de los del duque de Alba, y muy bien entendido en el arte de la caballería.

Martin de Villalva, natural de la ciudad de Avila, Castellano del Salvador de Mesina, en el reino de Sicilia, fué hechura y entretenido de Alexandro, y sirvió cerca de su persona muchos años, y dió muy buena cuenta de todo lo que se le encargó del servicio del Rey, nuestro señor; en las ocasiones de la guerra peleó muy aventajadamente; fué persona muy particular y de muchas y de buenas partes, y en quien cupo toda la merced que S. M. C. fué servido de hacerle.

El capitan Juan Chasco, Castellano de Orbitelo, fué hechura de Alexandro; sirvió en las guerras de Flandes con grande puntualidad y satisfaccion; tuvo muchas tropas de infantería á su cargo, siendo Capitan del tercio viejo de D. Sancho Martinez de Leiva, con ánimo y gallardía; era soldado antiguo, valiente y de buena opinion, natural del reino de Navarra.

El capitan Diego de la Peñuela, natural de la ciudad de

Baeza, Castellano de Treco, en Lombardía, fué hechura de Alexandro y Capitan del tercio viejo de D. Sancho Martinez de Leiva; peleó arriscadamente; fué bizarro y belicoso; dió siempre buena cuenta de todo lo que tuvo á cargo; era soldado de buena opinion y experimentado, y que por sus servicios y buenas partes mereció la estimacion que dél se tiene.

El capitan D. LUIS DE AVALOS, natural de la ciudad de Toledo, hoy Castellano del castillo de Setubal, en Portugal, fué hechura de Alexandro; sirvió y peleó debajo de su mano como muy valiente y denodado Capitan, y en todo su tiempo no se sabe hubiese otro más bizarro, brioso y arriscado, y que en las ocasiones de la guerra se señalase y aventajase tanto; es soldado de experiencia y famoso Capitan; y como la envidia y émulos poderosos que le han perseguido, tuviera quien sin pasion mirara sus buenos servicios y merecimientos, hubiera ocupado mayores puestos del que hoy tiene.

El capitan JUAN RUIZ DE VILLAOSLADA, natural de la ciudad de Málaga, Castellano de Vejebar, en el Estado de Milán, sirvió en las guerras de Flandes con mucha puntualidad, siendo muy estimado de Alexandro por su muy grande valor y buenos servicios.

El capitan DIEGO DE NODERA, natural de Trujillo, alcaide que fue del Peñon, hechura de Alexandro, soldado muy valiente que en las guerras de Flandes peleó y se señaló maravillosamente, y pocos más que él; siempre hizo cosas muy señaladas y dignas de memoria, y tantos y tan particulares servicios como de un soldado tan gallardo se podian esperar.

El capitan JUAN ARIAS, Castellano de Otranto, natural de Villarrubia de Ocaña, hechura de Alexandro, soldado muy particular y de gran opinion, y que en las guerras de Flandes peleó y trabajó, haciendo su deber tan gallardamente como de un soldado tan bizarro y particular se podia esperar.

El capitan D. JUAN DE VIVERO, natural de Zamora, caballero del hábito de Santiago, fué Gobernador de un tercio de españoles y murió Castellano de Pavía; sirvió debajo de la mano de Alexandro muchos años; peleó en las guerras de

Flandes con mucha bizarría; era soldado de opinion y muy honrado caballero.

El capitan D. Alonso de Altamirano, natural de Ontiveros, hoy Castellano de Pavía, fué estimado de Alexandro, y peleó en las guerras de Flandes y Francia como muy honrado y valiente caballero; era muy arriscado y puntual en el servicio de su Rey, y persona de muchos merecimientos y de buenas partes.

El capitan D. Martin de la Cerda, natural de la ciudad de Ronda, hoy alcaide del Peñon, por sus buenas partes y servicios fué estimado de Alexandro y sirvió en las guerras de Flandes muy como valiente y bizarro soldado; es persona bien entendida y muy experta en el arte militar, y cuando volvió á España de los Países-Bajos le ocupó el Rey Católico en embajadas particulares, así en el reino de Hirlanda y Berbería, como en otras partes, dando siempre entera cuenta de todo lo que se le encomendó con mucha satisfaccion y puntualidad.

El capitan D. Luis de Maheda, natural de la ciudad de Granada, hoy Castellano del castillo de Cartagena, soldado solícito, bien entendido y valeroso; sirvió debajo de la mano de Alexandro y peleó con mucho ánimo y gallardía en las guerras de Flandes.

El capitan Luis Bernardo de Ávila, natural de la ciudad de Granada, Castellano que fué del castillo de Cascaes, en Portugal, aprendió en la escuela de Alexandro muchos años; sirvió en las guerras de Flandes honradamente.

El capitan Francisdo de Escames, natural de Mojaca, hoy Castellano del castillo de San Francisco de la Roca, en las islas de Canaria; fué en Flandes Sargento y Alférez de D. Sancho Martinez de Leiva, escogido por valentísimo soldado, y estimado por tal de Alexandro, y que en las ocasiones de la guerra peleó y se señaló tan bizarramente como el que más; es soldado antiguo y muy arriscado y de experiencia, y que merece ocupar más preeminentes y honrados puestos del que hoy tiene.

El capitan Alonso de Tausto, natural de la ciudad de Baeza, hoy Castellano de los castillos de Agusta, en Sicilia, sir-

vió debajo de la mano de Alexandro en las guerras de Flandes muchos años; aprendió en su escuela; peleó aventajadamente; es soldado bizarro y que ha ejecutado con valor y osadía todo lo que se le ha encomendado del servicio del Rey Católico.

El capitan JUAN DE HERRERA, natural de Cuéllar, fué hechura de Alexandro, y persona en quien cabian muchas mercedes por sus merecimientos; peleó en las guerras de Flandes con grandísima gallardía, y se aventuró en los mayores peligros, reencuentros y asaltos, con tanta determinacion como de un soldado tan particular y valiente se podia desear; es hermano de Antonio de Herrera, historiador general del Rey Católico, nuestro señor.

El capitan GASPAR RUIZ DE CORTAZA, de nacion vizcaino, hoy Castellano de Pamplona, hechura de Alexandro, merecedor de otros mayores cargos; sirvió en las guerras de Flandes con mucho valor y esfuerzo, y dió siempre muy buena cuenta de todo lo que se le encargó del servicio del Rey, nuestro señor, y cuando vino á España le hizo merced del corregimiento de Gibraltar, cuyo oficio y otros ejercitó con mucha puntualidad.

El capitan D. DIEGO DE MEDINA, natural de Lucena, hechura de Alexandro, murió Castellano de Capua, en el reino de Nápoles; sirvió en las guerras de Flandes y Francia con puntualidad y gallardía, y fué soldado bien entendido y valeroso.

El capitan SEBASTIAN CULEBRO, natural de Tarancon, Castellano de Treço, en el Estado de Milán, sirvió en las guerras de Flandes debajo de la mano de Alexandro muchos años, y peleó en aquellas guerras y en las de Francia con grandísimo orgullo y denuedo; es soldado de opinion y de muchos merecimientos.

El capitan JUAN DE LA RENTERÍA, de nacion vizcaino, hoy Castellano del castillo de Benasque, en el reino de Aragon, sirvió debajo de la mano de Alexandro con mucha puntualidad, y en las guerras de Flandes se señaló más que otros valerosos Capitanes; derramó su sangre con grandísimo esfuerzo; es soldado belicoso y bueno para ejecutar empresas de importancia.

El capitan JUAN DE ÇORNOZA Y GUISASSA, natural de la villa de Calcena, en el reino de Aragon, murió Castellano de

Pamplona el año de 1610; fué soldado de grandísima opinion, y Alexandro hacia notable estimacion de su persona, por ser bien entendido, valeroso y experto en el arte militar; fué gran Sargento mayor y gobernó en Flandes muchas tropas de infantería y caballería, á satisfaccion del ejército católico; fué Capitan muy prudente, digno de ponerlo entre los de fama. Pocos más que él supieron disponer las facciones de la guerra ni pelear en ellas con tanta determinacion y denuedo. Fué vencedor y temido de los rebeldes de Flandes y herejes de Francia, donde hizo cosas muy señaladas.

El capitan PEDRO FERNANDEZ DE RAMADA, natural de Búrgos, Castellano que murió en Pamplona, habiéndolo sido ántes del castillo de Benasque, fué hechura de Alexandro y muy gran soldado, y sirvió en las guerras de Flandes con mucha puntualidad, dando siempre muy honrada cuenta de cuanto se le encomendó del servicio del Rey, nuestro señor.

El capitan ALONSO DE RIBERA ZAMBRANA, natural de la ciudad de Ubeda, hechura de Alexandro, hoy Virey y Capitan general de Chile, en las Indias, valentísimo español y muy honrado, y de muchas y buenas partes, y tan arriscado en las ocasiones de la guerra como el que más; hizo en Flandes y Francia muchos y particulares servicios, y tan aventajadamente como de un tan gallardo y famoso soldado se podia esperar, porque en los peligros y ocasiones más importantes se sabe fué de los primeros en acometerlas y de los postreros en retirarse, y no ménos JORGE DE RIBERA ZAMBRANA, su hermano, hoy Capitan del Rey, nuestro señor, igual en el valor y osadía á sus hermanos. Peleó en las guerras de Flandes y Francia con temeridad y osadía, y sus servicios fueron siempre loables y estimados.

El capitan y gobernador ANTONIO GONZALEZ, natural de la Rioja, hechura de Alexandro, soldado muy particular y de opinion, peleó en las guerras de Flandes y Francia como valiente Capitan; fué gobernador de Grave y otras plazas importantes.

El capitan y gobernador PEDRO DE AYBAR, natural de Cazorla, hechura de Alexandro, sirvió debajo de su mano con

mucha gallardía, y le dió algunas ocasiones particulares para que se conociese su ánimo y mucha determinacion; este soldado se aventajó en ellas y en otras, más que muchos valientes Capitanes, y emprendió otras de grande importancia y las ejecutó con mucho brío y valor, y tiene nombre entre los más famosos Capitanes.

El capitan y gobernador DOMINGO DE VILLAVERDE, natural de Sigüenza, hechura de Alexandro, bizarro Capitan, temido en las ocasiones, osado en los peligros, peleó y trabajó más que otros, y siempre dió muestras de muy gran soldado y animoso Capitan.

El capitan PEDRO DE CASTRO, natural de la ciudad de Toledo, hechura de Alexandro, su Armero mayor, Gentil-hombre de su Cámara y criado antiguo de su Casa, el mayor privado que Príncipe tuvo, y persona en quien cabian muy grandes mercedes; fué Gobernador de las villas de Diste y Liao, y por no apartarle de su persona no le ocupó en mayores cargos; pero alcanzó della muy singulares honras y favores, y las repartió en todos los soldados que tenian merecimientos de cualquier nacion y calidad que fuesen, porque les hizo dar muchos y honrosos oficios militares, con que alcanzó nombre de muy virtuoso y prudente español; y lo fué tanto, que compuso por buenos medios muchos y graves negocios, y tan celoso de su nacion, que deshizo las emulaciones de otras; con que siempre satisfizo á todos y agradó á su amo, y tuvo en buena amistad y conformidad á las cabezas y ministros del ejército, haciendo á todos muy buenos oficios; peleó en las ocasiones de la guera con tanta osadía como el que más; es hoy uno de los Capitanes del número del Rey católico, digno de mayores cargos, así por sus muchas y buenas partes como por sus grandes merecimientos.

El capitan D. JUAN DE MENDOZA, marqués de San Germán, del Consejo de Guerra del Rey católico, su Capitan general de la artillería de los Reinos de España, y lo fué de la gente de guerra del reino de Portugal, y hoy gobernador del Estado de Milán; sirvió en Flandes debajo de la mano de Alexandro, y lo que aprendió en su escuela militar lo aprovechó tan bien en

aquellas guerras y en otras partes, que dió buen ejemplo y gran satisfaccion á todos los ejércitos de España; peleó y se aventajó en las ocasiones con mucha gallardía; fué Capitan de buena opinion y ayudó á dar grandes victorias así á Alexandro como al duque de Saboya, mostrando siempre su valor y gran osadía, con que más se ilustró la antigua Casa de los condes de Castro, de quien es hermano este valiente y gallardo Capitan.

D. Juan de Velasco Castañeda, de la Casa del Condestable de Castilla, fué muchos años entretenido cerca de la persona de Alexandro, hechura suya, y sirvió debajo de su mano en todas las guerras de Flandes como muy honrado caballero, y se señaló en ellas tan bien como al que más, y dió tanta muestra de su persona como della se esperaba.

El capitan y gobernador Francisco de Aguilar y Alvarado, esforzado montañés, soldado antiguo, hechura de Alexandro, de buen proceder; murió Gobernador de la villa de Dunquerque en Flandes; peleó en aquellas guerras con mucho ánimo y determinacion; sus servicios fueron estimados, y él muy estimado por su buena opinion y partes.

El capitan y gobernador Juan de Castilla, natural de la ciudad de Granada, soldado de los viejos del duque de Alba, fué hechura de Alexandro, y tan gallardo español como el que más; sirvió en las guerras de Flandes con gran puntualidad; gobernó muchas tropas de infantería y caballería, siempre á satisfaccion del ejército español; fué soldado de buena fortuna, muy bizarro, y lo mostró en todas la ocasiones que se le ofrecieron.

El capitan y gobernador Domingo de Idiaquez, natural de la provincia de Guipúzcoa, hechura de Alexandro, español valiente y determinado y de buena fama; fué Gobernador de la villa de Terramunda y Teniente del castillo de Amberes; asistió muchos años en los Estados de Flandes, y en las ocasiones hizo su deber como gallardo Capitan.

El capitan y gobernador Baltasar de Hortigosa, natural de San Andrés, de Soria; fué hechura de Alexandro y Gobernador de la villa de Dixmude; sirvió y peleó en las guerras de

Flandès como muy animoso y gallardo Capitan, y en todas las ocasiones lo mostró derramando su sangre como soldado arriscado; heredó la famosa compañía de D. Alonso Martinez de Leiva.

El capitan y gobernador JUAN PELEGRIN, natural de la ciudad de Málaga, hechura de Alexandro, soldado antiguo de los Estados de Flandes; sirvió en aquellas guerras señaladamente, así de soldado, Sargento y Alférez de D. Sancho Martinez de Leiva, como de Sargento mayor y de Capitan; fué su Teniente en la villa de Cambray, y despues de sus dias gobernó aquella plaza mucho tiempo á satisfaccion de sus mayores; peleó y se aventajó en las guerras de Flandes y de Francia valientemente; era soldado de gobierno y de mucha opinion, prudente y experto, general en todas las lenguas extranjeras, por cuya causa y ser muy astuto soldado le ocupó Alexandro en muchas inteligencias y otros servicios particulares, y siempre dió muy buena y entera cuenta, y lo mismo de su persona; murió el año de 1612, teniendo á cargo la Aljafería de Zaragoza por el Rey, nuestro señor, y siendo entretenido cerca de la persona del virey de Aragon.

El capitan y gobernador D. ANTONIO OSORIO, hechura de Alexandro, sirvió y peleó en las guerras de Flandes con tan gran aprobacion del ejército español como de un tan honrado caballero se podía esperar; y cuando vino de Flandes á España le proveyó el Rey, nuestro señor, por corregidor de Jerez de la Frontera, y despues pasó á las Indias por Gobernador y Presidente de una provincia, cuyos oficios sirvió con mucha puntualidad, y dió entera y buena cuenta dellos.

D. BALTASAR DE BORJA, caballero del hábito de Montesa, hechura de Alexandro, y de la ilustre y antigua Casa de Gandía, valiente caballero; peleó en las guerras de Flandes con mucho esfuerzo y bizarría, y en las más peligrosas y temidas ocasiones se aventajó más que otros muchos y arriscados Capitanes; fué estimado de Alexandro por sus muchas partes, y de todo el ejército español.

D. FRANCISCO JUAN, natural de Valencia del Cid, hechura

de Alexandro, sirvió debajo de su mano y de entretenido cerca de su persona muchos años, y en todos ellos hizo cosas muy señaladas con gran aprobacion de sus superiores; peleó en las ocasiones como caballero honrado y bizarro español.

El capitan y gobernador BALTASAR BECERRA, natural de la ciudad de Ubeda, hechura de Alexandro, gobernó la villa de Dixmude en Flandes, y en las guerras de aquellos Estados peleó aventajadamente, mostrando en todas ellas ser muy prudente y experimentado, y de nombre; digno por sus muchos servicios de haber ocupado otros mayores puestos del que tuvo.

El capitan y gobernador VASCO DE PERALTA, natural de Segovia, hechura de Alexandro, soldado de fama y de gobierno, peleó y se señaló en las guerras de Flandes con mucha gallardía; fué Capitan y Gobernador de la ciudad de Cádiz, y ocupó otros muchos y honrosos puestos.

El capitan FRANCISCO DE ZAMBRANA, natural de la villa de Linares, jurisdiccion de la ciudad de Baeza, fué hechura de Alexandro, y en las guerras de Flandes asistió y trabajó con mucha puntualidad, y en las ocasiones hizo el deber como honrado y valiente Capitan; murió Castellano del castillo de Veste, en el reino de Nápoles.

El capitan PEDRO DE IBARRA, natural de Alcántara, siendo mozo y de muy pocos años aprendió en la escuela militar de Alexandro; estimó su persona por su valor y mucha gallardía; siempre peleó y se aventajó en las ocasiones como bizarro soldado; fué muy temido de los rebeldes; hizo cosas muy señaladas y servicios tan particulares, que pocos Capitanes se le igualaron; es soldado de muy buen nombre, y tan acreditado como el que más; fué Gobernador y Capitan general de la Florida, en las Indias, y allí lucieron tanto sus servicios como en las demas partes donde sirvió y asistió, como de un tan gallardo Capitan se podia desear.

Los capitanes PABLO DE UCEDO, y UCEDO DE HEREDIA, ambos hermanos y valerosos, hechuras de Alexandro, pelearon y sirvieron en las guerras de Flandes con mucho ánimo y esfuerzo.

El capitan PABLO XEREZ, natural de la ciudad de Málaga, hechura de Alexandro, hoy Castellano del castillo de la villa de San Sebastian, en la provincia de Guipúzcoa, valiente soldado, y que sirvió y peleó en las guerras de Flandes con mucho ánimo y gallardía, y mostró en ellas ser Capitan de fama y necesario para ejecutar cualquiera empresa de importancia.

El capitan y gobernador DIEGO ORTIZ, natural de Cañete, vasallo del Marqués deste nombre, hoy Gobernador de la villa de Dunquerque, en Flandes, y Teniente de Maestre de campo general en aquellos Estados. Alexandro le hizo Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Juan Manrique de Lara, y despues Capitan; demás de ser hechura suya, le estimó y honró por ser persona de muchas y muy buenas partes, y muy arriscado Capitan; señalóse en las ocasiones más que otros; es soldado de experiencia y de valor, y sus servicios fueron muy particulares, y por ellos merece ocupar puestos más preeminentes y aventajados.

El capitan D. JUAN PANTOJA, natural de la ciudad de Avila, fué hechura de Alexandro y murió Teniente de Maestre de campo general; sirvió y peleó en los Estados de Flandes con mucha gallardía; era arriscado caballero; mostró siempre gran bizarría; aventajóse más que otros muchos.

El capitan y gobernador DIEGO DE VARGAS MACHUCA, natural de Extremadura, fué hechura de Alexandro y le estimó en mucho; fué Gobernador de un tercio en el ejército que Don Alonso de Vargas tuvo en España; este Capitan era de gobierno y de buena opinion, y muy puntual y curioso en el servicio del Rey católico; peleó en las guerras de Flandes, y se señaló en ellas muy gallardamente.

El capitan ALONSO DE VARGAS, natural de la ciudad de Toledo, sirvió en aquellas guerras de Flandes á satisfaccion de Alexandro; peleó y se señaló en ellas como muy valiente y bizarro soldado, derramando su sangre en los mayores peligros, reencuentros y asaltos; murió alcaide y gobernador de Melilla.

El capitan D. RAMON CERDAN, natural de la ciudad de Zaragoza, fué hechura de Alexandro, y por sus buenas partes y

servicios estimó su persona; y en las guerras de Flandes sirvió, peleó y trabajó como muy honrado caballero; y habiendo vuelto á España le hizo merced el Rey, nuestro señor, de Gobernador del reino de Aragon, plaza muy calificada, y que la han ocupado hombres de mucha consideracion.

El capitan y gobernador D. Alvaro Osorio, natural de Tuda de Duero, junto á Valladolid, honrado y valentísimo caballero; por su proceder y grandes merecimientos fué hechura de Alexandro; le estimó y honró á medida dellos; peleó en las ocasiones de la guerra con mucha osadía y valor; era prudente y gallardo Capitan; fué Gobernador de la villa de La Fera, en Francia, donde aprovechó muy bien lo que aprendió en la escuela de Alexandro.

Los capitanes Diego de Araujo, Quintanilla, Márcos Ruiz, hechuras de Alexandro, pelearon y sirvieron en Flandes con honrada determinacion, particularmente Quintanilla, y no ménos D. Rodrigo de Mendoza, del tercio de Pedro de Paz, caballero, solícito y animoso.

El capitan y gobernador Acasio de Yera, natural de la ciudad de Avila, experto Capitan, y por sus partes y buenas costumbres mereció que Alexandro le ocupase en el gobierno de algunas tropas de infantería y tercios, y mostró muy bien saberse gobernar, porque el arte militar que aprendió en su escuela lució tan bien en cuantas ocasiones se ofrecieron, que dió siempre muy buena cuenta de todo lo que se le encargó, y peleó en aquellas guerras con mucha bizarría y denuedo, señalándose de manera que pocos Capitanes se le igualaron.

El capitan y gobernador Sotomayor, tuvo á cargo el tercio de D. Francisco de Bobadilla, en Flandes, y le mataron en el sitio de la villa de Grave; y el capitan Campuzano, su hermano, hoy Castellano del castillo de Cascaes, en el reino de Portugal, naturales de la ciudad de Guadalajara, ambos valientes y osados, y que sirvieron y pelearon debajo de la mano de Alexandro con mucha satisfaccion, mostrando en las ocasiones de paz y guerra ser honrados soldados.

El capitan y gobernador D. Diego de Acuña, hechura de

Alexandro, sirvió en las guerras de Flandes debajo de su mano como muy honrado caballero, y se señaló y peleó en ellas tan bien y gallardamente como de un Capitan tan bizarro y animoso se podia esperar; fué Gobernador de Cartajena en las Indias, donde enseñó á muchos y buenos soldados que tuvo debajo de su mano la policía y soldadesca que aprendió en la escuela de Alexandro.

El capitan D. BERNARDINO DE ZÚÑIGA, caballero del hábito de San Juan, soldado de opinion, bien entendido y valeroso, y que en las guerras de Flandes peleó y se señaló con tanto ánimo como el que más, fué muy estimado de Alexandro; hizo servicios particulares, y por el proceder que mostró en las ocasiones mereció serlo de todo el ejército español.

El capitan ALONSO DE NARVAEZ, fué hechura de Alexandro y sirvió en todas las guerras de Flandes muy gallardamente; gobernó un tercio de infantería española en el ejército que tuvo á cargo D. Alonso de Vargas en España; pasó despues á Saboya por Consejero del Duque; murió en Madrid, de enfermedad; era soldado muy honrado.

El capitan y gobernador FRANCISCO DE MIRANDA, natural de Valencia del Cid, gobernó un tercio de infantería española en el ejército que tuvo D. Alonso de Vargas en España; sirvió este Capitan debajo de la mano de Alexandro honradamente, y peleó en aquellas guerras como valiente Capitan.

El capitan y gobernador JUAN RAMIREZ, natural de una villa en la Mancha, soldado de muy buena opinion, hechura de Alexandro, y á quien estimó por su gran valor; peleó en las guerras de Flandes y Francia como muy gallardo y animoso Capitan, señalándose en las ocasiones más que otros; fué Gobernador del fuerte del Saso, que por ser plaza de importancia y de reputacion se le dió cargo della, y se le podian encomendar otras de mayor importancia.

El capitan y gobernador DIEGO RODRIGUEZ DE OLIVARES, natural de la ciudad de Zamora, soldado de experiencia, hechura de Alexandro, y que en las ocasiones de la guerra le dió muchas para que se conociese cuán bien sabia gozar dellas;

fué tambien Gobernador del fuerte del Saso, y despues de la villa de Neoporte, puerto de mar en Flandes.

El capitan y gobernador MATEO SERRANO, natural de San Clemente, soldado plático, de mucha experiencia y valor, y que en las ocasiones de la guerra peleó y trabajó con grandísima asistencia y gallardía, fué hechura de Alexandro y le empleó en facciones de importancia, particularmente siendo entretenido cerca de su persona, en conducir artillería y tropas de naciones al ejército español; fué Gobernador de la villa de la Exclusa de Brujas en tiempo del señor archiduque Alberto.

El capitan y gobernador ANTONIO DE MOSQUERA, natural de Galicia, hechura de Alexandro, valiente Capitan y de buena opinion, peleó en las guerras de Flandes con mucho denuedo; mostró en las ocasiones ser soldado aventajado y particular; fué Gobernador de la isla de Puerto-Rico en las Indias.

El capitan DIEGO DE ESCOBAR, natural de la ciudad de Córdoba, soldado antiguo y de opinion, muy solícito y bien entendido, gran maestro de milicia, fué hechura de Alexandro, Capitan y Sargento mayor del tercio viejo de españoles del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva y ántes del coronel Cristóbal de Mondragon, y le gobernó y tuvo á cargo muchas veces con gran satisfaccion de todos; era soldado de práctica y experiencia.

Los capitanes BELTRAN DE SALCEDO, SANCHO BELTRAN y BELTRAN DE LA PEÑA, todos tres hermanos, naturales de Zamora; el primero hechura de Alexandro, y los dos sirvieron debajo de su mano; eran valerosos y arriscados soldados, dignos de haber ocupado mayores puestos.

El capitan BARTOLOMÉ DE TORRALBA, natural de Torrejon de Velasco, vasallo del conde de Puñonrostro, valentísimo soldado, gran trabajador, muy vigilante en la guerra, solícito y puntual; fué Capitan y Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y hechura de Alexandro; estimó su persona por la mucha satisfaccion que tenia de sus particulares servicios y buena soldadesca; peleó en las guerras

de Flandes y Francia más aventajadamente que otros muchos famosos Capitanes.

El capitan D. GONZALO GIRON, natural de Salamanca, Sargento mayor del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz, hechura de Alexandro, valentísimo Capitan, de buena opinion y de muchas y grandes partes, que en las guerras de Flandes peleó y se señaló como muy gallardo Capitan; murió en Flandes peleando con los rebeldes en el trincheon de la villa de Grave.

El capitan ANTONIO GOMEZ, Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Juan del Aguila, hechura de Alexandro, valiente Capitan, solícito y de muchas y buenas partes.

El capitan ANDRÉS DE ESPINOSA, natural de la ciudad de Toledo, Sargento mayor del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz, hechura de Alexandro, valiente y animoso Capitan; fué soldado valeroso, muy solícito, bien atendido, y que en las guerras de Flandes peleó y se aventajó más que otros muchos y valientes Capitanes. Voláronlo las minas que rompieron el puente y estacada de Amberes.

El capitan D. ANTONIO DE PAZOS, natural del reino de Galicia, estimado de Alexandro, sirvió en Flandes y peleó tan bien y gallardamente como el más animoso y particular soldado.

El capitan y gobernador SIMON DE ITÚRBEDA, natural de Navarra, fué Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, y hechura de Alexandro, soldado de opinion y de buena fortuna; supo en las ocasiones de la guerra aprovechar muy bien la milicia que aprendió en la escuela de Alexandro, mostrando siempre ser prudente y valeroso, murió atosigado en la villa de Rens, en Jampaña, en Francia.

Los capitanes GREGORIO ORTIZ y GASPAR ORTIZ, del terció viejo de Mondragon, en el reino de Valencia, hechuras de Alexandro, valentísimos soldados, y pelearon como tales en las guerras de Flandes, mostrando ser de mucha opinion y experiencia.

El capitan y gobernador D. LUIS DE QUERALTE, caballero

catalán muy gallardo; mostrólo en las guerras de Flandes; dió mucha y buena cuenta de todo lo que se le encomendó del servicio del Rey, nuestro señor, á satisfaccion de su sobrino Alexandro, el cual le estimó por sus muchas y buenas partes; fué este caballero Gobernador de un tercio de infantería española que llevó á los Estados de Flandes.

El capitan Alonso de Vega, hechura de Alexandro, y á quien debió la vida por haberle advertido se apartase de las minas que volaron la estacada de Amberes; fué soldado ingenioso, de buena opinion; peleó en Flandes como se podia esperar de un soldado honrado y de valor.

El capitan Martin Lopez de Aibar, natural de Cullera, en el reino de Valencia del Cid, hechura de Alexandro y criado en su escuela, aprovechó lo que en ella aprendió muy diestramente en su oficio de Ayudante de Sargento mayor del tercio viejo del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, donde mostró á muchos y valerosos soldados y tuvo en buen órden y disciplina militar; fué soldado experto, bien entendido y muy necesario en la guerra por su práctica y soldadesca; murió desdichadamente, porque le mataron en Berbería yendo á poner en ejecucion un servicio muy particular que le mandó hacer el Rey, nuestro señor; causó mucha lástima á toda la nacion española por el amor que le tenian; fué soldado de muy gran opinion y de buenas y singulares partes.

El capitan Hernando de Motá, natural del Burgo de Osma, hechura de Alexandro, Ayudante de Sargento mayor del tercio de D. Juan Manrique de Lara, no ménos buen maestro y solícito de su oficio que Martin Lopez de Aibar; fué gran trabajador, solícito y pronto en las ocasiones de la guerra; asistió y peleó en ellas como valiente y animoso soldado.

El capitan Cristóbal Lechuga, natural de la ciudad de Baeza, soldado muy plático y entendido en el arte militar; y lo que aprendió en la escuela de Alexandro lo aprovechó tan bien, que ha enseñado á grandes y valerosos Capitanes, con que han alcanzado muchas victorias; es soldado de experiencia, de buenas partes y muy necesario para el servicio del Rey,

nuestro señor, por la práctica y teórica que tiene en el arte militar; fué Capitan de caballos españoles en el Estado de Milán, y en el ínterin que no hubo General del artillería sirvió este cargo, y ántes habia sido Sargento mayor en los Estados de Flandes, y Teniente de Capitan general del artillería; sirvió y peleó en aquellas guerras animosamente, y en las facciones dellas asistió y trabajó con mucha puntualidad y cuidado; escribió un libro del oficio de Maestre de campo general y de otros discursos militares de mucha importancia, con otro de no ménos, tocante al artillería y pertrechos della, de fortificacion y de otros ingenios menesterosos en la guerra; es soldado de opinion, bien reputado y de muchos merecimientos.

El capitan y gobernador HERNAN TELLO PORTOCARRERO, natural de Toro, hechura de Alexandro, gran Sargento mayor, solícito, gallardo y prudente, bien entendido en las cosas de la guerra, y en las de Flandes sirvió y peleó como animoso y valiente Capitan, y lo fué muy arriscado y merecedor de todas las mercedes y honras que el Rey católico sabia hacer á los soldados que tan bien le habian servido.

El capitan y gobernador TORRES DE VIVERO, hechura de Alexandro, soldado de experiencia y de valor, peleó en las guerras de Flandes con mucha osadía, y dió muestras de ser prudente y muy animoso.

El capitan ALVARO TRANCOSO DE ULLOA, natural de Valdemiños, en Galicia, hoy Castellano del castillo de Viana, en Portugal, hechura de Alexandro, Capitan de buen nombre, de muchas y honradas partes, sirvió y se señaló en las guerras de Flandes con mucho brío y esfuerzo.

El capitan JUAN NETIN DE CASANOVA, natural de Navarra, fué Ayudante de Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, y hechura de Alexandro; muy plático en su oficio, solícito, ingenioso, bien entendido, persona de valor y de muchos y buenos servicios.

El capitan HERNAN MESIA DE GAMEZ, natural de Albancha, hoy Capitan y Sargento mayor del tercio de Lombardía; soldado experto, valiente, particular, de buenas partes y calidad, esti-

mado de Alexandro; sirvió en las guerras de Francia y Flandes con mucho ánimo y puntualidad.

El capitan D. Jerónimo de Anaya, natural de la ciudad de Salamanca, hechura de Alexandro, soldado brioso y arriscado, y que en las ocasiones de la guerra peleó y se señaló como muy honrado caballero y valiente Capitan, y lo fué de opinion y merecedor de entrar en el número de los más famosos y excelentes.

El capitan Diego de Herrera, hechura de Alexandro, sirvió y peleó en las guerras de Flandes como gallardo soldado, y se señaló en ellas como tal.

El capitan Rafael Terrades, natural de la ciudad de Gerona, en Cataluña, soldado antiguo, hechura de Alexandro, de muy buenas partes y que sirvió en las guerras de Flandes aventajadamente.

El capitan D. Miguel de Cardona, caballero catalán, bizarro y valiente soldado, de gran opinion y de muchas y buenas partes.

El capitan D. Jerónimo de Cardona, que lo fué del tercio de la Liga, caballero valiente, y catalán.

Los capitanes Juan Eucontra, Pedro de Realpe, Mauricio de Valseca, todos catalanes y gallardos soldados, sirvieron y pelearon en las guerras de Flandes y Francia debajo de la mano de Alexandro con mucho valor y puntualidad.

El capitan Fadrique de Villaseca, hechura de Alexandro, famoso y valiente catalán, sirvió en las guerras de Flandes y Francia como animoso y bizarro soldado; fué Alférez de Don Miguel de Cardona en el tercio de la Liga.

El capitan Juan Pon, hoy Teniente del castillo de Milán, animoso mallorquin, fué Alférez de Juan Bravo de Lagunas; peleó y sirvió debajo de la mano de Alexandro con denuedo y osadía; fué soldado de opinion y de buenas partes.

El capitan D. Luis de Herrera, natural de Toledo, hechura de Alexandro, soldado animoso y de muchas partes; peleó en Flandes muy aventajadamente y con mucho valor.

El capitan Alonso de Avalos, natural de Toledo, hechura

de Alexandro, soldado animoso, de muchas partes y de grandes servicios.

El capitan ANTONIO PINTO DE FONSECA, hoy caballero del hábito del Cristo, de la ciudad de Oporto, en Portugal, hechura de Alexandro, valiente portugués, y uno de los más gallardos y arriscados que hubo en Flandes.

El capitan y gobernador LÁZARO DE ISLA, natural de la ciudad de Guadix, gobernó el tercio de la Liga, que lo era de D. Lope de Figueroa; soldado prudente, favorecido de Alexandro, valiente y animoso Capitan.

El capitan y gobernador HERNANDO DE ISLA, natural de Guadix, sobrino de Lázaro de Isla, hechura de Alexandro, uno de los más briosos y arriscados Capitanes que hubo en Flandes; sirvió en aquellas guerras valerosamente y se aventajó en ellas más que otros muchos famosos, y lo fué tanto, que pocos se le igualaron; reconoció muchos puestos y baterías; ayudó á dar grandes victorias; sus hechos fueron excelentes, sus servicios importantes, sus consejos muy acertados y su ánimo invencible; este heróico Capitan, despues de haber servido y peleado en las guerras de Flandes y Francia debajo de la mano de Alexandro con gran satisfaccion, le mataron en el asalto de la villa de Calés, habiendo hecho cosas muy señaladas.

D. FRANCISCO DE BORJA, Capitan famoso, hechura de Alexandro, y le ayudó á dar muchas victorias en las guerras de Flandes, donde se señaló como muy animoso caballero, natural del reino de Valencia y de la ilustre Casa de Gandía.

El capitan D. JUAN DE CARVAJAL, natural de la ciudad de Baeza, valentísimo y animoso caballero, hechura de Alexandro, el cual le estimó por sus buenas partes, valerosos hechos y mucha gallardía y gran soldadesca, y la aprovechó en las guerras de Flandes y Francia más que otros muchos famosos Capitanes.

El capitan MÁRCOS DE ISABA, natural del reino de Navarra, que lo fué de la Liga, soldado animoso y estimado de Alexandro.

El capitan D. JUAN MANRIQUE, que lo fué de la Liga, muy

belicoso, era natural de la ciudad de Málaga y hechura de Alexandro, y lo mataron en Mastriq.

Los capitanes ALVARO DE BORRAGAN, D. HERNANDO BORRAGAN y D. JERÓNIMO DE MIESES, naturales de Zamora, sirvieron debajo de la mano de Alexandro gallardamente.

Los capitanes ALONSO RUIZ FAJARDO, hechura de Alexandro, y los dos RIQUELMES con HERNANDO DE ALEJO y DON FRANCISCO PALACON, naturales de la ciudad de Múrcia, todos bizarros soldados y de opinion; pelearon gallardamente en las guerras de Flandes.

El capitan D. JUAN VELARTE, gallardo mallorquin, hechura de Alexandro, soldado de opinion, sirvió en el tercio de D. Lope de Figueroa.

El capitan y sargento mayor MARTIN DE RIVERA, natural de Toledo, sirvió y peleó en las guerras de Flandes debajo de la mano de Alexandro como muy arriscado soldado; es hoy Sargento mayor de un tercio de españoles en el reino de Portugal.

El capitan JUAN JURADO, natural de Lucena, hechura de Alexandro, peleó muy bien en Flandes.

El capitan PEDRO ROSADO, natural de Badajoz, lo fué del tercio de la Liga; famoso Capitan, estimado de Alexandro por sus particulares servicios.

El capitan D. LUIS DE ZÚÑIGA, hechura de Alexandro, brioso soldado, gallardo y arriscado, peleó en las guerras de Flandes más aventajadamente que otros y famosos Capitanes.

El capitan D. FRANCISCO DE MENDOZA, lo fué del tercio viejo de D. Sancho de Leiva y hechura de Alexandro; peleó como esforzado Capitan en las guerras de Flandes.

Los Capitanes MIGUEL BENITEZ, natural de Jeréz de la Frontera; JUAN NUÑEZ DE PALENCIA, natural de Fuenterrabía; GASPAR ALVAREZ, natural de la ciudad de Toledo; JUAN VERDUGO DÁVILA, GONZALÓ DE CARMONA y SAN JUAN VERDUGO, todos hechuras de Alexandro, muy valientes y esforzados, y le ayudaron á alcanzar múchas victorias; fueron soldados arriscados y dignos de haber ocupado grandes puestos.

Los capitanes D. FRANCISCO DE MÚXICA y D. PEDRO DE BUYTRON, ambos vizcainos, hechuras de Alexandro, pelearon en aquellas guerras animosamente y á satisfaccion del ejército español.

Los capitanes D. ALONSO DE TOLEDO, natural de Lopera; GASPAR DE BIEDMA, natural de Guadix; GABRIEL DE ANDRADA, natural de Segovia, y DIEGO PALOMINO, todos valientes y estimados de Alexandro, y que pelearon y sirvieron en las guerras de Flandes más que otros muchos y señalados Capitanes.

D. JUAN DE TOLEDO Y DE AGUILA, hoy caballero del hábito de Calatrava y Visitador de su órden en el partido de Mártos, sirvió en las guerras de Flandes debajo de la mano de Alexandro como valiente soldado y gallardo caballero.

El capitan D. PEDRO BAZAN, del tercio de la Liga, valiente soldado y estimado de Alexandro por su persona y servicios.

El capitan FERNANDO DE ANDRADA, natural de Galicia, gallardo soldado.

El capitan PEDRO DE SOLÍS, del tercio viejo de Mondragon, hechura de Alexandro, soldado de opinion, natural de Alcalá la Real.

El capitan D. ALONSO DE MONSALVA, que lo fué del tercio de D. Lope de Figueroa, valiente y animoso soldado.

El capitan D. JUAN DE LANUZA, hechura de Alexandro, natural de la ciudad de Zaragoza, del reino de Aragon, valiente caballero y bizarro soldado, que peleó en las guerras de Flandes hasta acabar la vida; fué Capitan vencedor, de opinion y estima.

El capitan PEDRO DE ALBRICIO, caballero del hábito de San Juan, natural de Zaragoza, de Aragon, soldado valiente y de opinion y que peleó en Flandes con mucha gallardía.

El capitan DIEGO DE ESCOBEDO, camarada que fué del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, hoy entretenido cerca la persona de Felipe Emanuel, príncipe de Lamar; sirvió en las guerras de Flandes y Francia debajo de la mano de Alexandro con mucho ánimo y gallardía.

El capitan ANDRÉS DE CASTRO, natural de la ciudad de To-

ledo, hechura de Alexandro, peleó en Flandes y Francia hasta acabar la vida como Capitan animoso y de valor.

El capitan Luis de Aynea, valiente aragonés, hechura de Alexandro, muy valiente y gallardo soldado y que peleó en Flandes con mucha gallardía y valor.

El capitan Alonso de Soria, natural de Toledo, hechura de Alexandro, soldado particular y animoso.

El capitan y gobernador Diego de Rojas, natural de la Puebla de Montalván, soldado valiente y de opinion, de muchas y buenas partes, fué hechura de Alexandro.

El capitan Gaspar de Olaso, natural de la ciudad de Baeza, soldado antiguo, hechura de Alexandro, peleó y trabajó en las guerras de Flandes con gran muestra de su ánimo.

El capitan Juan de Tassis, hechura de Alexandro, peleó y sirvió en las guerras de Flandes y Francia como muy honrado soldado y valiente caballero.

El capitan Pedro de Corbera, natural de la ciudad de Baeza, hechura de Alexandro, valentísimo soldado y de corarazon invencible, y que peleó con tanta gallardía como el que más y se señaló en aquellas guerras.

El capitan Antonio Serrano, natural de la ciudad de Granada, bien conocido por su nombre, fué gallardo Capitan, muy bizarro y estimado de Alexandro por sus buenas partes y servicios.

El capitan D. Juan de Vivanco, hechura de Alexandro, soldado belicoso, sirvió en las guerras de Flandes hasta acabar la vida como esforzado y particular soldado.

El capitan D. Gutierre de Cárdenas, hijo de D. Gutierre que murió peleando en la batalla naval que dió el Sr. D. Juan de Austria, de buena y feliz memoria, á la armada turquesca; fué hechura de Alexandro, y Capitan del tercio de la Liga, soldado valeroso y de opinion.

El capitan Martin de Morales, natural de Vera, hechura de Alexandro, uno de los más arriscados y animosos soldados que hubo en Flandes, y á quien Alexandro encomendó muchos servicios particulares, y dió tan buena cuenta dellos como se

podia esperar de un Capitan tan valiente como fué; reconoció muchas baterías y puestos fuertes, y derramó su sangre gallardamente; murió entretenido cerca la persona del virey de Aragon.

El capitan FRANCISCO MARQUEZ, natural de la ciudad de Alhama, del reino de Granada, hechura de Alexandro, soldado antiguo, de buena opinion, belicoso y arriscado, y que peleó en las guerras de Flandes y Francia con mucho ánimo y gallardía.

El capitan AGUSTIN ROMAN, natural de Torrejon de Velasco, soldado animoso, bien entendido y de opinion, y por sus partes y servicios muy estimado de Alexandro.

El capitan SIMON DE PADILLA, hechura de Alexandro, natural de Torregimeno, junto á Mártos, soldado invencible y famoso, y que por sus grandes servicios y mucha valentía merece ser del número de los más aventajados y particulares.

El capitan D. PEDRO DE AGUAYO, natural de Córdoba, soldado animoso y gallardo; sirvió en las guerras de Flandes á satisfaccion de Alexandro, y le estimó por sus servicios y partes.

El capitan D. FRANCISCO DE SANSOTIS, natural de Valladolid, hechura de Alexandro, valiente soldado y de opinion.

Los capitanes D. VICENTE DÉ IJAR, JUSEPE CERDÁN, D. JUAN y D. ALVARO DE CASTELVÍ, naturales de Valencia del Cid, y VICENTE CASTELLANI, natural de Mula, del mismo reino de Vacia, todos valerosos y arriscados soldados y de buena opinion; sirvieron debajo de la mano de Alexandro y le ayudaron á dar muchas victorias en las guerras de Flandes.

El capitan D. JUAN DE VELASCO, natural de la ciudad de Leon, paje que fué del guion de Alexandro, y el capitan D. ANTONIO DE OBREGON, su hermano, sobrinos de Juan Ruiz de Velasco, gran Ministro y privado del Rey católico; sirvieron en las guerras de Flandes y Francia muy bien y como de ellos se esperaba.

El capitan JUANCHO DUARTE, natural de Tordesillas, hechura de Alexandro, soldado bizarro, valiente y de opinion, y peleó con gallardía en las guerras de Flandes.

El capitan Francisco de Espinosa, natural de la ciudad de Toledo, hechura de Alexandro, soldado antiguo de los del duque de Alba; peleó en las guerras de Flandes y Francia como muy valeroso y arriscado, y mostró serlo cuando le mataron en el trincheon de Caudebeque, como se ha referido.

Los capitanes D. Pedro de Padilla y D. Martin, su hermano, naturales de Jerez de la Frontera, hechuras de Alexandro, bizarros caballeros, y en las guerras de Flandes pelearon como tales.

Los capitanes Juan de Paz, sobrino del Maestre de campo Pedro de Paz, natural de Galicia, y Juan de Ubierna y Francisco de Mendoza, naturales de Nájara, todos tres hechuras de Alexandro; pelearon en las guerras de Flandes y Francia valerosísimamente.

El capitan D. Pedro de Luna, natural de Arcos, Alférez que fué de D. Lope de Figueroa, hechura de Alexandro, valiente y honrado caballero de muy buenas partes y servicios.

El capitan Tristan Lopez de Luna, natural del Puerto de Santa María, valiente y animoso soldado, hoy entretenido cerca la persona del virey de Nápoles; fué hechura de Alexandro.

El capitan Alonso de Solís, natural de la villa de Ocaña, fué el que prendió á Manzano en Mastriq; soldado antiguo, de buena opinion; murió entretenido cerca la persona del Virey, en Nápoles.

Los capitanes Alonso de Benavides, natural de Córdoba; Miguel de Benesa, Francisco Malo, Hernando Diaz, Sancho de Solís, Baltasar Lopez del Arbol, Antonio Limon, Baltasar de Avila, natural de Granada, y Gaspar Fernandez, de la ciudad de Baeza, muy gallardo soldado, y Pedro Sanchez de Sepúlveda, natural de Vegijar, jurisdiccion de la misma ciudad, muy animoso, y Antonio de Barcaja de Cuéllar, natural de Cuenca, Sargento que fué del coronel Mondragon; Diego Pablo, natural de Logroño; Hernando Zapata, Alférez que fué del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y el capitan García de Muriel, su camarada, natu-

ral de Madrid, y LORENZO DE SALCEDO, natural de esta villa; ANDRÉS DE MIRANDA, natural de Orán: todos valientes soldados, muy animosos, hechuras de Alexandro, y que sirvieron debajo de su mano valerosamente.

El capitan GASPAR DE MONDRAGON, natural de Medina del Campo, fué hechura de Alexandro, sobrino del coronel Cristóbal de Mondragon y Alférez del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, sirvió en las guerras de Flandes como muy honrado y valiente soldado; hoy Sargento mayor de la gente de guerra de Orán.

El capitan ANTONIO DE AVILA, natural de Avila, hechura de Alexandro, soldado de opinion y de muchas y buenas partes, sirvió y peleó en aquellas guerras como animoso Capitan.

El capitan ALONSO DE MONDRAGON, lo fué de caballos en los Estados de Flandes, hechura de Alexandro; peleó en aquellas guerras con mucho ánimo y osadía; fué Teniente de su tio el coronel Cristóbal de Mondragon en el castillo de Amberes; era tambien natural de Medina del Campo.

El capitan ALONSO DE CABRERA, hechura de Alexandro, fué Preboste general de su ejército, muy buen soldado, de muchas partes y servicios.

Los capitanes MELCHOR DE BUITRAGO, natural de Málaga; ALONSO DE MERCADO, natural de Ecija; MARTIN DE GALLIPIENSO, natural de Cascante, del reino de Navarra; ALONSO DE VERGA y GREGORIO LOPEZ DE ZABALÁ, hechuras de Alexandro, valientes y bizarros soldados, y pelearon en las guerras de Flandes con mucho ánimo y gallardía.

El capitan HERNANDO OSORIO, natural de Astorga, y hoy sirve su compañía en el castillo de Lisboa, siendo soldado muy particular en los Estados de Flandes; le aventajó y honró Alexandro por conocer en su persona muchas y buenas partes; peleó y se señaló en aquellas guerras como muy valiente y honrado caballero.

El capitan D. PEDRO BERMUDEZ DE CASTRO, natural de Galicia, sirvió de soldado muy particular en la compañía del

Maestre de campo Pedro de Paz en las guerras de Flandes, y peleó en ellas como buen caballero.

El capitan Francisco Palafox, natural de Valencia del Cid, hechura de Alexandro, peleó en las guerras de Flandes con grandísima osadía y valor, y en ellas derramó su sangre con ánimo invencible; era soldado de opinion y valeroso caballero.

D. Diego de Leiva, natural de Valladolid, fué Alférez del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez; sirvió en Flandes y Francia como honrado caballero; es hoy del hábito de Santiago, y corregidor de Llerena, en Extremadura.

El capitan Juan de Inestrosa, natural de Setenil, junto á Ronda, hechura de Alexandro; hoy Teniente del castillo de Gante; sirvió y peleó en las guerras de Flandes valentísimamente, y se señaló en las ocasiones tan bien y honradamente como se podia esperar de un soldado tan gallardo y animoso.

D. Juan de Guzman Córdoba y Quesada, tio del señor de Garcíes, sirvió debajo de la mano de Alexandro como bizarro y valiente caballero, y en las guerras de Flandes derramó su sangre con increible valor; y le tuvo siempre que vino á las manos con los enemigos, de suerte que por sus obras y grandes servicios merece estar en el número de ilustres y famosos Capitanes; nació en la ciudad de Jaen.

El capitan Alonso de Perea, natural de la villa de Madrid, hechura de Alexandro, uno de los más valientes y arriscados Capitanes que hubo en Flandes, y que peleó y se señaló como tal en cuantas ocasiones se ofrecieron.

Los capitanes Pedro de Angulo, Melchor Martinez de Prado, D. Francisco de Vivanco, Diego de Ledesma, Gaspar Bacucha Santistéban, natural de Málaga, y Diego Caloma, natural de Navarrete, todos valerosos y estimados de Alexandro por muy arriscados.

El capitan D. Jerónimo de Ayanza, natural del reino de Navarra, valentísimo español y de muy grandes fuerzas, estimado por ellas de Alexandro y de todo el ejército español; sirvió y peleó en las guerras de Flandes con tanta gallardía y esfuerzo como se podia esperar de un tan esforzado caballero;

éslo del hábito de Calatrava, y gobernó el partido de Mártos.

El capitan ANTONIO CABALLERO DE IBARRA, hechura de Alexandro, soldado de buena opinion, peleó en las guerras de Flandes como soldado animoso, y dió muy buena cuenta de todo lo que se le encomendó del servicio del Rey, nuestro señor.

El capitan LEONARDO RÓTULO, natural de Ciudad-Real, fué hechura de Alexandro y entretenido cerca de su persona; sirvió en las guerras de Flandes con grandísima asistencia y satisfaccion, así en conducir tropas de infantería de naciones al ejército español, artillería y pertrechos della, y municiones, como peleando y trabajando en todas las ocasiones como valiente caballero.

Los capitanes ANDRÉS SALCEDO, natural de Yepes; D. PEDRO PUERTOCARRERO, natural de Jeréz de la Frontera; MÁRCOS DE MOSQUERA, natural de Valladolid; CRISTÓBAL DE AIBAR, natural de Guadix; BALTASAR GODINO DE NAVARRETE, natural de Baeza; el capitan CRISTÓBAL FERNANDEZ, natural de Ibros, jurisdiccion desta ciudad; el capitan D. JUAN DEL CASTILLO, natural de Granada; GONZALO FERNANDEZ DE CASTRO, natural de Búrgos; D. PEDRO RAMIREZ DE ARELLANO, natural de Sevilla; D. RODRIGO GALEOTO, y D. FRANCISCO, su hermano, natural de Baeza; CRISTÓBAL DE LEON, ESTÉBAN DE PEÑALOSA, PATRICIO ANTOLINEZ, FLORES el viejo, PEDRO DE VENERO, todos famosos Capitanes, y que sirvieron y pelearon en las guerras de Flandes y Francia con grandísima gallardía, y fueron muy estimados de Alexandro.

Los capitanes D. ALONSO DE MIRANDA, natural de Búrgos; D. ANDRÉS RÓTULO, natural de Valladolid; D. PEDRO DE ARCE, JUAN LOPEZ DE HOLGUIN, valiente extremeño; D. DIEGO DE AYALA Y LUJAN, natural de Madrid; PEDRO DE ZUAZO, natural de Segovia, que fué Sargento del Maestre de campo D. Juan del Aguila; IÑIGO DE OTALORA, famoso vizcaino; JUAN DE VERGARA, natural de la villa de San Sebastian; LEANDRO DE VERA, de la villa de Madrid; JUSEPE DE ESCOBAR, de la villa de Cifuentes; MIGUEL DE OLAVE, del reino de Navarra, y DIEGO DE VEGA, MATEO DE OTAÑEZ, DIEGO DE HITA, de Santo Do-

mingo de la Calzada, Teniente y Alférez que fué de la compañía de lanzas españolas del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva; PEDRO DE ANGULO; el alférez FRANCISCO MARIN, natural de Baeza, y todos valientes y bizarros soldados, y que Alexandro hacia mucha estimacion de sus personas, por ser valerosos, particulares y de mucha cuenta.

DIEGO MARIN, natural de Málaga, Sargento mayor que fué en la villa de Amberes, y hoy gobernador del Rio de la Plata en las Indias; fué insigne y valeroso, y muy estimado de Alexandro.

Los capitanes LUIS DE AGUIRRE, entretenido cerca de la persona del virey de Cataluña, PEDRO DE VARGAS, y JUAN GONZALEZ DE REAZA, que hoy es Sargento mayor en Flandes; todos tres naturales de la ciudad de Toledo, valientes y animosos soldados, merecedores de mayores cargos por su esfuerzo, valor, opinion y experiencia.

Bien pensarán los Sargentos mayores de la milicia destos reinos que me olvido dellos; ántes bien, por ser mis compañeros los he dejado para escribirlos á la postre, por haber sido los famosos Capitanes, y comenzaré por

El capitan DIEGO DE CASTRO Y MENDOZA, hoy Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Toledo y su provincia; fué hechura de Alexandro; sirvió de Capitan en el tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla con mucha puntualidad; peleó y se señaló en las guerras de Flandes como valiente Capitan, y lo es de opinion; Corregidor de las ciudades de Ronda y Marbella.

El capitan D. ANTONIO DEL CORRAL, Teniente que fué de Maestre de campo general, natural de Valladolid, caballero del hábito de Santiago, y hoy Sargento mayor de la milicia de aquella ciudad y su partido; sirvió y peleó en las guerras de Flandes como muy animoso y particular soldado; y lo es de muy gran nombre, bien entendido y experto en el arte militar, y escribió un libro *De re militari* con gran propiedad.

El capitan ALONSO DE ESPINOSA CALDERON, natural de Chinchon, hechura de Alexandro, soldado prudente y de bue-

nas partes, sirvió en las guerras de Flandes con extremada gallardía, y mostró en ellas ser persona particular y de experiencia; fué Teniente de Capitan general del artillería de Cataluña, y Corregidor de las ciudades de Marbella y Ronda, y hoy Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Guadalajara y su provincia.

El capitan GOMEZ DE PARADA, natural de Huete, soldado muy antiguo y experimentado, y que sirvió debajo de la mano de Alexandro con mucha puntualidad, mostrando en las ocasiones de la guerra ser muy valiente y animoso Capitan; y derramó en ellas su sangre, haciendo servicios particulares á satisfaccion del ejército español; fué alcaide del Peñon, en Berbería, y despues Castellano del castillo de Cartagena; y hoy Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Cuenca y su partido.

El capitan D. ANTONIO DE SOTOMAYOR, natural de la ciudad de Salamanca, hechura de Alexandro, sirvió y peleó en las guerras de Flandes como muy gallardo caballéro, y en ellas hizo servicios muy señalados, y se arriscó y aventajó en las facciones peligrosas más que otros muchos y valientes Capitanes, y lo fué de mucha opinion, mostrando por su persona sus buenas partes y grandes merecimientos; es hoy Sargento mayor de la milicia de las ciudades de Toro, Zamora y su partido.

El capitan D. LUIS PUERTOCARRERO, lo fué de lanzas españolas en los Estados de Flandes; sirvió debajo de la mano de Alexandro en aquellas guerras con grandísimo valor, así con la pica como con la lanza, mostrando en las ocasiones peligrosas ser un caballero honrado y soldado de importancia; es natural de la ciudad de Salamanca, y hoy Sargento mayor de la milicia de ella y su provincia.

El capitan DIEGO GONZALEZ SIGLER, natural de Medina del Campo, fué Sargento del coronel Cristóbal de Mondragon, y criado en la escuela de Alexandro; las letras militares que aprendió en ella las aprovechó en las guerras de Flandes con mucho valor, peleando en ellas valerosísimamente; fué Sargento mayor de la milicia de Alcaráz y Villanueva de los Infantes con

su provincia; y por sus largos años y poca salud dejó su oficio, y sirve hoy de entretenido cerca la persona del Gobernador y Capitan general del reino de Galicia, en la ciudad de la Coruña: sucedióle

El capitan JUAN DE RIBERA ZAMBRANA, natural de la ciudad de Ubeda, soldado bizarro y animoso; crióse en la escuela de Alexandro, cuya milicia la ha sabido aprovechar gallardísimamente, porque en las guerras de Flandes y Francia peleó con tanta osadía como en estos sucesos se ha visto; merece estar por sus servicios particulares en el número de los famosos Capitanes; es hoy Sargento mayor de la milicia del partido de Alcaráz y Villanueva de los Infantes.

El capitan GASPAR VARELA, soldado valeroso, bien entendido, sirvió debajo de la mano de Alexandro muchos años con gran puntualidad, y peleó en las ocasiones de las guerras de Flandes muy como gallardo y bizarro soldado; fué Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Múrcia y su partido; y murió en él, y le sucedió en su oficio

El capitan LUIS DIEZ DE NAVARRA, natural de Chinchon, soldado muy bien entendido, brioso y arriscado; sirvió y peleó debajo de la mano de Alexandro en las guerras de Flandes con mucho esfuerzo y gallardía, donde hizo cosas muy señaladas y servicios tan particulares, que mereció por ellos haber ocupado mayores puestos que el que hoy tiene de Sargento mayor de la milicia del partido de Múrcia.

El Maestre de campo NÁJARA, natural de la ciudad de Cuenca, hoy Castellano de Puerto Hércules, en Italia, fué soldado bizarro y animoso en las guerras de Flandes, y Alexandro le honró y aventajó por sus muchas partes y servicios; fué proveido por Sargento mayor de la milicia de Ciudad-Real y su partido, y le sucedió en el cargo

El capitan ANTONIO DEL CASTILLO, natural de Béjar, soldado antiguo, de plática y experiencia, puntual y arriscado, hechura de Alexandro, y por sus partes y buenos servicios le estimó y honró, y en las guerras de Flandes peleó con ánimo gallardo, y se señaló más que otros muchos y valientes Capita-

nes; fué Gobernador de muchas tropas de infantería, así en la provincia de Bretaña como en la carrera de Indias y otras partes; es hoy Sargento mayor de la milicia de Ciudad-Real y su partido.

El capitan ALONSO DE MESA LUDEÑA, natural de Gibraltar, hoy Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Córdoba y su partido, soldado de mucha opinion, valeroso y denodado; sirvió y peleó en las guerras de Flandes á los ojos de Alexandro y á su satisfaccion, como muy animoso y particular soldado; derramó su sangre en diferentes ocasiones con mucha gallardía; es bien entendido y reputado, experto en las cosas de la guerra, celoso y vigilante en el servicio del Rey, nuestro señor, y por los muchos que ha hecho y sus buenas partes es merecedor de ocupar puestos de mayor importancia que el que hoy tiene.

El capitan PEDRO DE VILCHES RUEDA, natural de Torrejimeno, hoy Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Plasencia y su partido; sucedió en este oficio al capitan RUA, natural de Toledo, valiente soldado que fué proveido por Gobernador y Capitan general de Puerto-Rico; sirvió en las guerras de Flandes debajo de la mano de Alexandro el ya nombrado Pedro de Vilches, muy como dél se podia esperar; hizo servicios muy particulares, por donde cobró nombre de soldado puntual y y gallardo.

El capitan D. FELIPE DEL CASTILLO, natural de Santo Domingo de Silos, hechura de Alexandro, hoy Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Búrgos y su partido; sirvió en las guerras de Flandes y Francia tan bien y gallardamente como el que más, porque en las ocasiones peligrosas y en los asaltos más reñidos y sangrientos aventuró su persona con ánimo gallardo; el cual heredó del capitan Alonso del Castillo, su padre, que mataron sobre Mastriq, bien conocido por su fama y valerosos hechos; tiene un hermano no ménos valiente y animoso, que es el capitan D. ALONSO DEL CASTILLO, hoy entretenido cerca la persona del virey de Aragon, y á cuyo cargo está la Real de la Aljafería de Zaragoza; y siendo yo Capitan

en Bretaña fué Sargento y Alférez de mi compañía; es soldado tan valiente y animoso como su hermano, y ambos han seguido los pasos de su padre, que fué uno de los Capitanes más famosos de su tiempo.

El capitan Juan Sanchez de Porras, natural del reino de Galicia, gallardo español y bizarro soldado, y que en las ocasiones de las guerras de Flandes, sirviendo debajo de las manos de Alexandro con mucha satisfaccion y aprobacion de los más Ministros del Rey, nuestro señor, peleó con los rebeldes de aquellos Estados animosamente, y se señaló y aventajó, derramando su sangre más que otros muchos y arriscados Capitanes; es merecedor de ocupar puestos de mayor importancia, así por sus muchos y particulares servicios como por sus buenas partes.

El capitan Alonso Vazquez, natural de la ciudad de Toledo; fué hechura de Alexandro porque le hizo Sargento de una compañía que estaba sin Capitan ni Alférez, y tuvo el gobierno della hasta que se reformó con las demas del tercio del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, y estimó en más ser Sargento por su mano, que Capitan por la de otro cualquier General; despues fué Alférez y sirvió en las guerras de Flandes y Francia á costa de mucha sangre derramada, sin desamparar su bandera, y há que sirve treinta y nueve años contínuos; fué Capitan de picas en la provincia de Bretaña, y de arcabuceros en la Armada real del mar Océano, Cabo y Gobernador de todas las compañías que habia en ella de guarnicion, teniéndola á cargo D. Diego Brochero de Anaya; fué entretenido cerca la persona del virey de Aragon, y con órden del Rey, nuestro señor, gobernó el castillo de Jaca por ausencia del Maestre de campo D. Fernando Giron, y despues la Casa real de la Aljafería de Zaragoza, y hoy es Sargento mayor de la milicia de la ciudad de Jaen y su provincia: no escribiré los servicios señalados y particulares que ha hecho en el del Rey católico, por ser parte.

Los demas Sargentos mayores de la milicia que hay en España, que por todos son veintiuno, de otras tantas provincias,

no hago memoria dellos, por no ser hechuras de Alexandro, ni haber servido en Flandes en su tiempo, no obstante que son muy bizarros y gallardos Capitanes, y como á tales los ha ocupado el Rey, nuestro señor, en oficios tan preeminentes.

Todos los demas Ministros y Capitanes que atras he referido, fueron hechuras de Alexandro y valentísimos soldados, y no escribo otros muchos que hizo y levantó, por ser tantos los de nuestra nacion española, que seria muy gran enfado y proligidad leer tanta multitud dellos; pero los unos y los otros hicieron muy grandes y particulares servicios á costa de mucha sangre que derramaron, y por ellos y sus merecimientos fueron dignos de mayores cargos de los que ocuparon debajo de la mano de Alexandro; y, como apunté ántes de escribir estos sucesos, que porque no pareciese me apasionaba destos y de otros Capitanes, excusaria referir los muchos y heróicos hechos que en aquellas guerras hicieron en servicio del Rey católico, nuestro señor. Estos, pues, fueron los que le dieron tan grandes victorias en los Estados de Flandes y Francia, debajo de la mano de su sobrino Alexandro, que tanto los honró y levantó, y por sí merecieron que se haga memoria dellos; pero habia de ser de autor más grave y de ingenio más agudo que el mio; pero tal cual es, me he contentado de ser tan dichoso que haya escrito sus nombres y hazañas, y militado con ellos debajo de la mano de un tan gran Capitan y Príncipe cristiano como Alexandro, y por no dejar quejosos á algunos de los buenos Ministros que tuvo para distribuir la hacienda del Rey, su tio, y á otros de la justicia, escribiré los más particulares, que son los siguientes:

JUAN DE LASTUR, natural de Vizcaya, Tesorero general del ejército católico, uno de los más justificados y rectos Ministros que hasta hoy se ha visto, pues se sabe vivió con la mayor limpieza y justificacion que puede imaginarse, cosa no vista en hombres deste oficio.

ALONSO CARNEBO, natural de la ciudad de Toledo, Contador del sueldo del ejército español, persona práctica, de buenas

partes, cuenta y razon, y la dió muy entera de los papeles que tuvo á cargo; sucedióle

Antonio Carnero, su sobrino, de no menores partes y calidades, y sirvió muchos años con general satisfaccion de todas las naciones del ejército.

Pedro Coloma, natural de Navarrete, por cuya mano corria la cuenta y razon de la Real hacienda, como Contador principal de los ejércitos de Flandes; fué prudente y experto en su oficio, y que supo satisfacer á todos los que negociaban con él, que no es lo ménos que ha de tener el que fuere buen Ministro; tuvo á Baltasar de Gayangos de Navarrete, por su Oficial mayor, no ménos recto y experimentado que el propietario; fué despues Contador principal de la artillería del Estado de Milán, digno de ocupar en su ministerio cualquier oficio honrado y preeminente.

Otros Comisarios de muestras y Oficiales de las Contadurías y Veedurías generales hubo que procedieron con grandísima limpieza y buen renombre, tan solamente aquellos que D. Diego de Ibarra escogió, porque, como he referido, hasta que él fué á Flandes vivieron algunos con mucho desórden y rotura, si bien hubo otros como Matías de Contreras, natural de Sigüenza, y Melchor Espinosa, natural de Valladolid, y Juan Alonso de Molina, que hoy es Contador de las galeras de España, que fueron muy honrados y limpios, y merecieron por sus personas se les hiciese mucha merced y favor.

De los Auditores generales y del ejército en los tercios y caballería, hubo muchos grandes letrados y de buenas partes, y porque el que más satisfizo á toda la nacion española, así por sus letras como por las armas, fué el licenciado Francisco Queipo de Sotomayor, natural de la ciudad de Guadix, escribiré que tan bien sabia pelear con los enemigos como juzgar los pleitos que se le ofrecian; fué hechura de Alexandro, persona de valor y prudencia, y que sabia las costumbres y leyes militares tan bien y particularmente como el que más; despues que vino á España fué Auditor general de los ejércitos y armadas reales del mar Océano, digno de haber

ocupado mayores cargos, y por sus muchos años y poca salud se retiró á la ciudad de la Coruña, en Galicia, donde hoy vive con un entretenimiento de que el Rey, nuestro señor, le hizo merced.

No será razon dejar quejosos á algunos Capitanes de los que me acordare (que tambien fueron excelentes y famosos) de otras naciones, y que por sus partes y merecimientos, y por el valor que tenian y sangre que derramaron sirviendo al Rey católico, le dieron muchas victorias: escribiré los que fueron hechuras de Alexandro y que sirvieron debajo de su mano, y comenzando por los de la nacion italiana, será el primero

El príncipe RANUCIO FARNESI, hijo de Alexandro, hoy duque de Parma y Plasencia; heredó el sufrimiento, ingenio y osadía de su padre con ánimo invencible; peleó y se aventajó en las guerras de Flandes y Francia como Príncipe valeroso y prudente; dió muestras de que si le entregaran los ejércitos del Rey católico, su tio, diera la misma buena y entera cuenta que su padre Alexandro; retiróse á Italia, y los años pasados le empleó el Rey, nuestro señor, haciéndole Capitan general de un ejército que tuvo embarcado para la jornada de Argel, en la armada que llevaba á cargo D. Juan de Cardona, virey de Navarra, y por no tener efecto se deshizo; y si á este católico Príncipe le diesen ocasiones, mostraria en ellas lo mismo que en las que en su juventud se le ofrecieron en Flandes y Francia; fué del Consejo de Guerra de Alexandro, su padre.

D. AMADEO DE SABOYA, hermano del Duque, sirvió debajo de la mano de Alexandro con mucha gallardía, y mostró en las ocasiones de la guerra ser valiente y gallardo; fué del Consejo de Guerra de Alexandro, y le estimó y regaló como á su persona se le debia.

OTAVIO DE GONZAGA, hijo del príncipe de Malfeta, hechura de Alexandro y de su Consejo de Guerra, fué Capitan general de la caballería del ejército español; peleó en las guerras de Flandes con gran denuedo y gallardía, y con mucha y general satisfaccion; fué muy bien quisto y amado de españoles, y los honró y aventajó cuando despues de hechas las paces en Flan-

des, el año de 1578, los llevó Italia; digno este gran Capitan de haber ocupado puestos de mayor importancia.

El Marqués del Vasto, sucesor de la antigua é ilustre casa de Avalos, cuya sangre española le ayudó á ser tan valiente como osado, fuélo en las ocasiones de las guerras de Flandes y Francia, como de un tan gran caballero se podia esperar; peleó y asistió en ellas muchos años, y procedió de manera que por sus grandes servicios, buenas partes y merecimientos, fué General de toda la caballería del ejército español, del Consejo de Guerra de Alexandro.

El Duque de Montemarchano, sobrino del Pontífice y Capitan general de la Iglesia, sirvió debajo de la mano de Alexandro muy bien y honradamente, mostrando en las ocasiones ser esforzado y valiente caballero.

Mario Farnesio, Capitan de lanzas italianas, deudo de Alexandro y de su Consejo de Guerra, soldado arriscado, valiente y animoso, en las guerras de Flandes sirvió y peleó más aventajadamente que otros muchos y famosos Capitanes; por sus grandes partes y servicios mereció ocupar mayores puestos; era este caballero romano.

El Maestre de campo Cárlo Spinelo, caballero napolitano, soldado de mucha opinion, valeroso, arriscado y persona de cuenta y estimacion; sirvió en las guerras de Flandes con gallardía y satisfaccion de todo el ejército español; fué del Consejo de Guerra de Alexandro.

El maestre de campo Camilo Capezuza, de nacion romano, soldado arriscado y de buen nombre, asistió en las guerras de Flandes y de Francia muchos años; fué hechura de Alexandro y tan valiente Capitan como el que más; peleó en las ocasiones muy como gallardo soldado, y dió mucha y buena cuenta de cuanto se le encomendó del servicio del Rey católico; fué muy amado de españoles, y por sus muchas y buenas partes mereció ocupar puestos más honrosos y preeminentes.

El maestre de campo D. Gaston Spínola, de nacion siciliano, discreto caballero y que supo valerse por su persona, fué hechura de Alexandro; asistió en las guerras de Flandes mu-

chos años, y en las ocasiones peleó y se señaló con gallardía; sucedió al Maestre de campo Camilo de Monti.

El maestre de campo PEDRO GAETANO, hoy duque de Salmona, del Consejo de Guerra de Alexandro, y su hechura; sucedió á Cárlos Pinelo; fué soldado valiente y peleó en las ocasiones de la guerra con mucha gallardía y valor, mostrando en ellas ser Príncipe animoso; aprovechó sus letras militares, que aprendió en la escuela de Alexandro, con tanta prudencia que mostró á muchos y famosos Capitanes de su nacion; sus partes y servicios fueron muy estimadas.

El PRÍNCIPE DE CASTELBELTRANO sirvió debajo de la mano de Alexandro y estimó su persona por haber procedido como prudente y gallardo, y como tal peleó y se señaló en las guerras de Flandes, y en ellas hizo su deber como el que más.

D. ALFONSO DE AVALOS, hermano del marqués del Vasto, Capitan de lanzas italianas, del Consejo de Guerra de Alexandro y su hechura, sirvió y peleó en las guerras de Flandes y Francia como caballero animoso y arriscado, y se señaló en las ocasiones más que otros muchos Capitanes; y lo fué tan bueno y gallardo este ilustre caballero, que el brío español que heredó de sus pasados lo manifestó con gentil denuedo y gallardía en todas las facciones que se ofrecieron.

El maestre de campo D. ALEJANDRO DE LIMONTI, caballero napolitano, soldado prudente y valeroso, estimado de Alexandro por sus muchas partes y grandes merecimientos, peleó en las guerras de Flandes y de Francia valentísimamente, sin desaprovechar el tiempo ni ocasiones, porque mostró en ellas tanta gallardía y denuedo, que sin hacer agravio á otros famosos Capitanes de su nacion, pudo este caballero enriquecerlos con memorables hechos, y prestar á muchos el valor con que procedió en cuanto se le ofreció del servicio del Rey católico; fué hechura de Alexandro y sucedió al Maestre de campo Pedro Gaetano; mereció D. Alejandro ocupar puestos de mucha más importancia que el ser Maestre de campo; era bien quisto de sus soldados y Capitanes, y muy amado de la nacion española.

El maestre de campo CAMILO DE MONTI, de nacion floren-

tin, hechura de Alexandro y de su Consejo de Guerra; soldado de experiencia, arriscado y bien entendido; asistió muchos años en las guerras de Flandes con puntualidad y gallardía.

Juan Bautista de Monti, hermano mayor de Camilo, hechura de Alexandro, de su Consejo de Guerra, Teniente general de la caballería del ejército español, sirvió y asistió muchos años en las guerras de Flandes y Francia; recibió de Alexandro y del Rey, su tio, muchos favores y mercedes por sus servicios y asistencia; fué soldado valiente, y quiso mal á los españoles y los persiguió sin habérselo merecido.

Francisco de Monti, tercer hermano de los dos florentinos arriba mencionados, hechura de Alexandro, sirvió debajo de su mano como honrado soldado; fué Capitan de caballos ligeros italianos, y peleó en servicio del Rey católico con mucha satisfaccion.

D. Ambrosio Landriano, caballero milanés, hijo del conde Landriano, fué hechura de Alexandro y Capitan de lanzas españolas, gran caballero; peleó y se señaló en las guerras de Flandes muy honrada y puntualmente, y con tanta asistencia como el que más; y aunque era italiano se preció de ser muy amigo de españoles, y por tal (demás de su buena opinion, partes y servicios) le dió Alexandro la compañía de lanzas españolas; fué despues de su muerte Teniente general de la caballería del ejército español, y del Consejo de Guerra, digno de haber ocupado muy mayores puestos, porque los merecia muy bien.

Rugero Gaetano, hechura de Alexandro y de su Consejo de Guerra, Capitan de lanzas italianas, valiente y arriscado soldado, hermano del Maestre de campo Pedro Gaetano, probó en Flandes muy como se podia desear; sirvió y peleó en aquellas guerras de suerte que enriqueció de valerosos hechos la Casa de los duques de Salmoneto, de donde es descendiente.

Apio Conde, Capitan de lanzas italianas, de nacion romano, hechura de Alexandro, valentísimo caballero, sirvió en las guerras de Flandes y Francia valerosísimamente, y peleó con grandísimo esfuerzo y gallardía, y por sus grandes servicios

y sangre derramada mereció ocupar muy insignes puestos; fué General del ejército del Pontífice en Francia; sucedió al duque de Montemarchano.

BLAS CAPEZUZA, hermano del Maestre de campo Camilo, de nacion romano, fué hechura de Alexandro, Capitan de lanzas italianas, animoso soldado, de buena opinion, y que en las ocasiones de la guerra supo ejecutar con gallardía y ánimo excelente.

D. OTAVIO DE ARAGON, hijo del duque de Terranova, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro y de su Consejo de Guerra, valiente caballero, y que peleó y sirvió en las guerras de Flandes y Francia como muy esforzado y valiente Capitan, y lo fué tanto, que ilustró su antigua Casa de Aragon, porque la enriqueció de muchos y señalados servicios.

D. JUAN DE MÉDICIS, hermano del duque de Florencia, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro, sirvió debajo de su mano en todas las guerras de Flandes como muy valiente y arriscado caballero, y dió gran muestra de serlo en cuantas ocasiones se le ofrecieron.

NICOLO BASTA, Capitan de lanzas albanesas, hechura de Alexandro, valiente y gran soldado, de mucha opinion, buenas partes y servicios, peleó y trabajó en las guerras de Flandes valentísimamente, y la buena disciplina y soldadesca que aprendió en la escuela de Alexandro la aprovechó muy bien, sirviendo de Capitan general al emperador Maximiliano en Alemania, y le dió muchas victorias contra el Turco.

JORGE BASTA, hermano menor de Nicolo, Capitan de lanzas albanesas y Comisario general de la caballería del ejército español, merecedor de mayores cargos, fué hechura de Alexandro, y tan reconocido, que le asistió con mucha puntualidad, y con su valor y osadía le ayudó á dar muchas victorias; era Capitan de opinion, famoso y de muchas y buenas partes, y en las guerras de Flandes y Francia hizo servicios muy particulares y señalados al Rey católico.

JORGE CRESI, Capitan de lanzas albanesas, hechura de Alexandro, soldado arriscado y que sirvió y peleó en las guer-

ras de Flandes y Francia valerosísimamente y á satisfaccion de todo el ejército español.

Lázaro Aldrés, Capitan de lanzas albanesas, soldado antiguo de mucha opinion, sirvió en las guerras de Flandes con mucha osadía; mereció por su persona ser ocupado en mayores puestos, porque peleó y asistió con grande valor; fué hechura de Alexandro y le estimó por sus muchas y buenas partes.

Todos estos cuatro famosos Capitanes eran de nacion albanesa, nacidos en los lugares de Albania, del reino de Nápoles.

Francisco Moresino, milanés de nacion, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro y soldado de opinion, peleó en las guerras de Flandes con mucha gallardía; hízose dél gran cuenta por darla muy cumplida de todo lo que se le encargó del servicio del Rey, nuestro señor; fué Comisario general y Teniente de la caballería del ejército del Pontífice.

Coradino, Capitan de lanzas italianas, de nacion lombardo, soldado valiente, experto y animoso, fué hechura de Alexandro; peleó y asistió en las guerras de Flandes con mucho valor y gallardía.

Aurélio Palermo, tambien de nacion lombardo, Capitan de lanzas italianas, no ménos esforzado que Coradino, fué hechura de Alexandro; peleó en las guerras de Flandes como valiente Capitan y fué uno de los más antiguos y estimados de Alexandro.

El conde Nicolao de Checis, de nacion parmesano, vasallo de Alexandro, Capitan de lanzas y hechura suya, gran caballero y de mucha opinion, peleó y asistió en las guerras de Flandes como muy esforzado y animoso Capitan, y lo fué muy bizarro, de muchas y buenas partes, y que por sus servicios mereció alcanzar mayores puestos del que ocupó.

El marqués Alejandro Malaespina, muy valiente y buen caballero, y que en las guerras de Flandes peleó y se aventajó más que otros famosos Capitanes, fuélo de mucha opinion, de grandes partes y servicios; hechura de Alexandro y Capitan de lanzas italianas, merecedor de mayores puestos.

Ferrante Gonzaga, de nacion mantuano, fué hechura de

Alexandro y Coronel de un regimiento de alemanes, y ántes habia sido Capitan de lanzas italianas; sirvió en las guerras de Flandes muchos años, y peleó en ellas valentísimamente; hizo cosas muy señaladas, y al Rey, nuestro señor, particulares servicios; fué soldado de opinion y de muy buen nombre, y que por su persona y partes mereció nombre de valeroso Capitan.

HÉRCOLE GONZAGA, Capitan de caballos italianos, hechura de Alexandro, soldado de ánimo, que en las ocasiones de la guerra peleó y se señaló con mucha satisfaccion de todo el ejército español; era tambien mantuano.

El conde JUAN JACOMO BELSOCOSO, de nacion milanés, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro, valiente caballero y animoso soldado, que en las guerras de Flandes peleó con grandísima gallardía, y dió de su persona muy honrada y entera cuenta.

El conde VICENTE CAPRA, Capitan gallardo, hechura de Alexandro, dió muestra de soldado animoso en las ocasiones de la guerra que se le ofrecieron.

El MARQUÉS DE MONTENEGRO, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro, sirvió y peleó en las guerras de Flandes como caballero animoso y arriscado; hizo al Rey católico servicios particulares y dió muestras de ser muy esforzado Capitan.

JERÓNIMO GARRAFA, de nacion napolitano, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro, caballero valentísimo y animoso, y que sirvió y peleó en las guerras de Flandes con grandísima ventaja, y se señaló en las ocasiones más que otros muchos y famosos Capitanes, por donde mereció nombre de ser uno dellos.

PEDRO FRANCISCO NICELI, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro, valiente y animoso soldado, de buena opinion y partes, y que se señaló en todas las ocasiones de las guerras de Flandes muy como gallardo Capitan.

CAMILO ARCHINI, Capitan de lanzas italianas, fué Gobernador muchos años del fuerte de Emedelar, en Brabante, y desde

esta plaza hizo facciones de importancia; peleó como buen Capitan; fué hechura de Alexandro, y de opinion, y sirvió muy bien y fielmente al Rey católico.

El capitan Rosa, lo fué de lanzas italianas, hechura de Alexandro, hombre de buenas partes, arriscado y valiente, y lo mostró en las ocasiones del pelear con mucha gallardía.

Juan Mosa, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro, valiente y esforzado soldado, y peleó en las guerras de Flandes como tal, haciendo su deber con ánimo y gallardía.

El Marqués de Bentiboglio, Capitan de lanzas italianas, caballero prudente y valeroso, soldado de opinion; peleó animosamente en las guerras de Flandes, y por sus muchas y buenas partes fué estimado de Alexandro y hechura suya; digno de haber ocupado puestos más preeminentes y de consideracion.

Aníbal Bentiboglio, Capitan de lanzas italianas, hechura de Alexandro, valiente en las ocasiones de la guerra, y la hizo á los rebeldes con mucha gallardía, y peleó y se aventajó en ellas como de un valiente soldado se esperaba.

El capitan Cola, lo fué de arcabuceros de á caballo y hechura de Alexandro, animoso soldado; peleó y se señaló en las guerras de Flandes con grandísimo valor, y mostró muy bien haber aprendido en la escuela de Alexandro, porque aprovechó su buena soldadesca tan bien como el que más, y mejor que otros muchos Capitanes; era de nacion napolitano, y persona de calidad.

El caballero Cigoña, Gobernador de la villa de Roremunda, famoso italiano, hechura de Alexandro, persona bien entendida y de muy señaladas partes.

El capitan Lancivecha, Gobernador que fué de la villa de Breda, hechura de Alexandro, soldado de experiencia; sirvió al Rey católico en las guerras de Flandes con mucha puntualidad, mostrando ser valiente y animoso.

El capitan Odoardo Lancivecha, su hijo, no de ménos buenas partes, y sirvió en lo que se ofreció tan bien como su padre.

LUCIO SPINELLO, marqués del Siro, sobrino del Maestre de campo Cárlos Spinello, de nacion napolitano; gobernó el tercio de su tio; fué hechura de Alexandro, y tan bizarro como valiente y animoso soldado, y que peleó y se señaló en las guerras de Flandes más que otros, y en los mayores peligros de los reencuentros y asaltos fué de los primeros y de los que más se señalaron, y tanto, que pueden honrarse todos los de la Casa de Spinello con los servicios y heróicos hechos que este caballero hizo; y donde más lo mostró fué, donde perdió la vida peleando con gallardo ánimo y osadía, en la rota de Alpi, cerca de Berquerin, donde los rebeldes conocieron aquel dia su valor y el de sus Capitanes, particularmente el de otros cinco que murieron peleando, y los que más allí se señalaron fueron DON ALFONSO PALAGANO y D. FRANCISCO PAGANO; eran todos napolitanos, hechura de Alexandro y de mucha opinion.

COLA MARÍA CARACHOLO, famoso Capitan, Gentil-hombre napolitano, sucedió en el gobierno del tercio al marqués del Siro; señálose en ésta y otras muchas ocasiones con grande ánimo; fué hechura de Alexandro, valiente caballero y de opinion.

ASCANIO CARACHOLO, caballero napolitano y del hábito de Santiago, Capitan de lanzas de la misma nacion; gobernó algunas tropas de caballería, fué hechura de Alexandro, muy amigo de españoles, bizarro soldado, y peleó en las guerras de Flandes con mucho valor y gallardía.

El capitan D. CAMILO DE LIMONTI, primo hermano del Maestre de campo D. Alejandro de Limonti, caballero napolitano, hechura de Alexandro, soldado de opinion; peleó y se señaló en las guerras de Flandes valientemente y con tanto ánimo, que dió ocasion para tenerle en el número de los famos Capitanes.

El capitan JUAN TOMÁS ESPINA, siéndolo de infantería italiana, peleó con grandísimo esfuerzo y valor; fué hechura de Alexandro, y por sus grandes servicios y merecimientos le dió una compañía de caballos; sirvió y peleó con ella gallardamente, é hizo cosas muy señaladas: digno este valiente

Capitan de haber ocupado puestos de mayor importancia.

El capitan HERCULE DE PISA, Sargento mayor del tercio del Maestre de campo Camilo Capezuza, hechura de Alexandro, soldado valeroso, experto en su oficio, de buenas partes, y que peleó y trabajó en las guerras de Flandes gallardamente; hizo servicios particulares; era natural de Pisa.

El capitan GAMBALUTA, de nacion milanés, hechura de Alexandro; tuvo opinion de muy valiente, y lo fué en las ocasiones de la guerra, y en ella hizo cosas muy señaladas á satisfaccion del ejército español, por donde mereció nombre de famoso Capitan.

El capitan ANIBAL MACEDONIO, del tercio de Camilo Capezuza, hechura de Alexandro, valiente caballero, de nacion napolitano, peleó y trabajó en las guerras de Flandes con gran esfuerzo; hizo servicios muy particulares al Rey católico; era bizarro y de ánimo invencible; fué Maestre de campo, digno de haber ocupado mayores puestos.

El maestre de campo POMPEYO JUSTINIANO, de nacion genovés, hechura de Alexandro, caballero de mucha opinion y de muy buenas partes, sirvió en las guerras de Flandes, ántes y despues de ser Maestre de campo, con mucho esfuerzo y gallardía.

FEDERICO ESPÍNOLA, de nacion genovés, belicoso y bizarro soldado; y en las ocasiones mostró serlo con mucha osadía y denuedo, fué estimado de Alexandro, y por su persona y servicios le hizo mercedes y favor; fué hombre de opinion.

El capitan DORIA, que lo fué del tercio del Maestre de campo D. Gaston Espínola, y hechura de Alexandro, caballero arriscado, de nacion genovés; peleó en las guerras de Flandes con grande esfuerzo, y se aventuró en ellas más que otros famosos Capitanes; fuélo de grande opinion y mereció por su persona y servicios que le estimase todo el ejército español.

RODOLFO BALLON fué Capitan de Alexandro y hechura suya, peleó y asistió en las guerras de Flandes como gallardo y animoso soldado, tuvo buen nombre y se aventuró en las ocasiones con ánimo gallardo, y por él mereció ser Maestre de campo

en el ejército que tuvo en Francia el Pontífice; era romano.

El capitan SILVIO PICOLOMINI, de nacion florentin, Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Gaston Espínola, hechura de Alexandro, soldado prudente y valeroso, gran maestro en su oficio, experto, y en las ocasiones determinado; mostró en las guerras de Flandes ser persona muy necesaria en un ejército; fué Gobernador de su tercio, excelente por la espada, y tan diestro en ella que tuvo fama en toda Italia; sucedióle en el gobierno del tercio y en el oficio de Sargento mayor

El capitan BERNABÉ BORBON, de nacion milanés, hechura de Alexandro, soldado de opinion, y arriscado en las ocasiones de la guerra; en las de Flandes mostró ser prudente y bizarro; peleó con osadía y denuedo; sus servicios fueron aceptos y merecieron que ocupase ser despues de la muerte de Alexandro Maestre de campo, y sirvió su tercio con mucha puntualidad á satisfaccion de todo el ejército español.

Todos estos famosos Capitanes, de la nacion italiana, fueron hechuras de Alexandro, y quedaron vivos despues de su muerte; merecieron por sus servicios y prendas ocupar puestos honradísimos y mayores de los que tuvieron; y porque es razon no olvidar á COSME MASSI, de nacion italiano, por haber sido secretario de Alexandro y de su Consejo, escribiré cuán buen ministro era, y tan justificado y secreto como se puede desear, bien entendido, y que sabia la lengua española tan bien como la suya natural; fué bien quisto y amado de todas las naciones del ejército español.

No solamente los soldados mozos de las dos naciones, española é italiana, que he referido, fueron los que sirviendo debajo de la mano de Alexandro dieron al Rey, su tio, tantas victorias; pero tambien de otras naciones hubo muchos que ayudaron á dárselas, y que pelearon con grandísimo esfuerzo, y merecieron por sus personas ser puestos en el número de los demas, y quisiera hacer memoria de todos los que fueron; pero como no tuve intento de hacerla hasta ahora, escribiré los que me acordare, siguiendo el mismo órden que en los pasados;

pero habré de mezclar con los de la nacion valona y flamenca los que sirvieron entre ellós y tuvieron nombre, y solamente serán los que fueron hechuras de Alexandro; y el más antiguo y de más estimacion era el primero

El conde PEDRO HERNESTO DE MANSFELT, Maestre de campo general de los ejércitos católicos de España, que hubo en Flandes debajo de la mano de Alexandro, y Coronel de un regimiento de naciones; fué de las mejores cabezas que tuvo; de su Consejo de Guerra, persona prudente y valerosa; peleó y asistió con mucha puntualidad en las guerras de Flandes por muy largos años; fué el soldado más antiguo que tenia en aquellos Estados el Rey católico; era natural dellos y Capitan de una compañía de hombres de armas, que llaman de las Bandas, y Gobernador del país de Luxemburgo; tuvo á cargo muchas veces el ejército católico, y con él hizo facciones de importancia; ganó y rindió muchas plazas y otras fuerzas; fué uno de los más leales caballeros que hubo en los Países-Bajos, y si dijera que sólo él fué el más, no haré agravio á los demas de su tiempo; pero en éste se sabe lo son muchos, porque las ocasiones de la guerra han sido diferentes que las de mi tiempo; fué gran caballero, amado de españoles; digno de haber ocupado muy mayores puestos del que tuvo.

El conde CÁRLOS DE MANSFELT, su hijo, Coronel de un regimiento de alemanes y hechura de Alexandro, fué de su Consejo y Capitan general de la artillería de los ejércitos de Flandes y Francia; en todas aquellas guerras peleó gallardamente; tuvo á cargo muchas veces el ejército español, y con él hizo alguna facciones; era muy general en todas las lenguas, causa de que tenia gratas á todas las naciones con quien trataba; fué gran trabajador y vigilante en las cosas de su oficio, siendo Capitan general del Emperador.

El conde OTAVIO DE MANSFELT, su hermano, hechura de Alexandro, fué Coronel de alemanes; sirvió en las guerras de Flandes como muy honrado caballero.

VALENTIN DE PARDIU, á quien llamaron Mosiur de Lamota, de nacion valon, del Consejo de Guerra de Alexandro, y he-

chura suya, Gobernador de la villa de Gravelingas, puerto de mar en el Condado de Flandes, caballero del hábito de Santiago y Comendador de Estepa, prudente y valeroso soldado, y una de las mejores cabezas que Alexandro tuvo; gobernó algunas veces el ejército español, y con él hizo buenas facciones; peleó más que otros muchos y famosos Capitanes de su nacion; fué Coronel de un regimiento de valones y General de la artillería del ejército español, soldado muy antiguo y de buena opinion, y amado de españoles; y por sus muchos y particulares servicios le honró el Rey católico con más ventajas que á otros caballeros de su tiempo, naturales del país.

El CONDE DE BARLAMONT, Coronel de alemanes, de nacion valon, hechura de Alexandro, valiente y muy leal caballero, y de los de mejor opinion; Castellano del castillo de Anamur, y Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes; sirvió en aquellas guerras muy bien, y peleó en ellas con grandísimo esfuerzo y gallardía, digno de haber ocupado mayores puestos.

Monsieur de HAUTEPENA, hermano del conde Barlamont, del Consejo de Guerra de Alexandro y su hechura, Coronel de un regimiento de naciones, tuvo muchas veces cargo de alguna tropas de infantería y caballería del ejército español; fué soldado de gran opinion; hizo muchos servicios particulares; alcanzó algunas victorias; fué muy buena cabeza y Capitan de feliz fortuna, y enriqueció de heróicos hechos la ilustre y antigua Casa de Barlamont; fué muy amado de españoles, y con ellos emprendió facciones de importancia y tuvo buenos sucesos; fué muy estimado de Alexandro; sintió su muerte por la falta que le hacia, si bien fué loable por haber sido defendiendo la fe católica, y en tan gallarda y peligrosa ocasion como se ha referido; todos sus hermanos fueron muy católicos y leales al Rey, nuestro señor, y sirvieron en las guerras de Flandes con particular demostracion de sus grandes partes.

El DUQUE DE ARISCOT, de nacion flamenco, del Consejo de Alexandro y Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes; sirvió al Rey católico cuanto pudo en aquellas guerras,

como Príncipe valeroso; pero más particularmente porque tuvo mayores ocasiones.

Cárlos de Croy, príncipe de Simay, su hijo, prudente caballero, hechura de Alexandro, tuvo á cargo las compañías de las Bandas de Flandes; sirvió y peleó en aquellas guerras y en las de Francia como Príncipe gallardo, y despues que se redujo al servicio del Rey católico fué leal y dió muy buena cuenta de todo cuanto tuvo á cargo, con gran satisfaccion de Alexandro y de su ejército.

Monsieur de Conroy, flamenco de nacion, deudo del duque de Aríscote, hechura de Alexandro, Capitan de muchas y buenas partes, sirvió y peleó en las guerras de Flandes como muy valiente caballero.

Monsieur de Jampagna, de nacion flamenco, Gobernador de Amberes, soldado antiguo, de buena opinion, hechura de Alexandro, sirvió en las guerras de Flandes con mucha gallardía; fué leal al Rey católico despues que se redujo á su servicio; era su hermano el cardenal Granvela.

El Marqués de Vergas, Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes y Coronel de un regimiento; sirvió en aquellas guerras como bizarro caballero; fué hechura de Alexandro; de nacion flamenco.

El Conde Arambergue, tambien Capitan de las Bandas, honrado caballero, peleó á satisfaccion en cuantas ocasiones se ofrecieron en Flandes; era natural de aquellos Estados y Coronel de un regimiento.

El Marqués de Rubes, General que fué de toda la caballería del ejército español, hechura de Alexandro y de su Consejo, y de nacion valon; fué valentísimo Capitan; y en servicio del Rey católico, despues que se redujo á él, le hizo muchos y famosos, como el haber prendido, peleando valerosamente, á Monsieur de Nua, á quien los españoles llamaron *Brazo de hierro*, era muy buena cabeza y soldado de opinion; su muerte dió mucho pesar á todo el ejército católico, porque le volaron en el puente y estacada que hizo Alexandro en el rio Esquelda para la empresa de Amberes el dia de las grandes minas de fuego.

El CONDE DE EGUEMONT, de nacion flamenco, Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes, y Coronel de un regimiento, hechura de Alexandro y de su Consejo, peleó en aquellas guerras como esforzado caballero, despues que se redujo al servicio del Rey católico; y habiéndole enviado Alexandro á socorrer los católicos de Francia, murió en ella en una batalla que dió el Bearnés al duque de Umena, donde hizo cosas muy señaladas, y por ellas y otras muchas mereció este esforzado Capitan estar en el número de otros muy famosos de los de su tiempo.

El MARQUÉS DE RENTIN, por otro nombre Monsiur de Montani, Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes y Coronel de un regimiento, fué hechura de Alexandro, y de su Consejo; peleó en aquellas guerras con mucha gallardía y denuedo; tuvo á cargo algunas tropas del ejército, y con ellas hizo facciones de importancia y servicios muy particulares; era de nacion valona.

El CONDE DE HORNS, de nacion flamenco, Coronel de un regimiento y Capitan de una compañía de las Bandas, hechura de Alexandro, y de su Consejo; belicoso y caballero de mucha opinion y buenas partes; sirvió en aquellas guerras con gran valor y osadía; hizo algunas facciones y servicios particulares al Rey, nuestro señor.

El CONDE DE HOSTRATE, de nacion flamenco, Coronel de un regimiento, Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes, hechura de Alexandro, y de su Consejo, sirvió y peleó en las guerras de Flandes como muy gallardo caballero; tuvo opinion de soldado; hizo servicios particulares, y por su persona mereció ocupar puestos de mucha más consideracion de los que tuvo.

El CONDE DE RUS, Coronel de un regimiento y Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes, peleó en aquellas guerras como muy esforzado caballero, dando muy buena y entera cuenta de todo lo que se le encargó del servicio del Rey, nuestro señor; fué hechura de Alexandro, y natural de aquellos Estados.

El Conde de Bossu, Capitan de una compañía de las Bandas, Coronel de un regimiento de valones, hechura de Alexandro, caballero esforzado, soldado belicoso y de mucha opinion; peleó en Flandes gallardísimamente; es natural de aquellos Estados.

El Conde de Mega, Capitan de una compañía de las Bandas de Flandes, de nacion flamenco; sirvió en todas las guerras de Flandes como muy arriscado y animoso caballero; fué hechura de Alexandro.

El Marqués de Habre, de nacion flamenco, Capitan de una compañía de hombres de armas de las Bandas; hechura de Alexandro, caballero de buena opinion y que sirvió en las guerras de aquellos Estados como de su persona y calidad se podia esperar.

El Conde de Hedin, natural de aquellos Estados, valiente y gran caballero, estimado de Alexandro por valiente y animoso, y de muchas y señaladas partes.

El Conde de Ligni, natural de los Países-Bajos; sirvió debajo de la mano de Alexandro en todas aquellas guerras como muy valiente y animoso caballero; fué soldado de opinion y de muchas y buenas partes.

El Conde de Renemburg, hechura de Alexandro, fué Capitan general y Gobernador de la provincia de Frisa; y, despues que se redujo al servicio del Rey católico, peleó en aquellas guerras como muy valiente Capitan.

El Marqués de Barambom, de nacion borgoñona, Coronel de un regimiento de soldados desta provincia, fué hechura de Alexandro, gobernador de Güeldres, y tuvo á cargo algunas tropas del ejército español; peleó como valiente y animoso caballero; dió honrada cuenta de todo lo que se le encargó del servicio del Rey católico, y si los azares que tuvo en la guerra no atropellaran sus buenos deseos, fuera Capitan de feliz suerte; pero ayudóle tan poco como se ha visto por los émulos que tuvo; fué amigo de españoles.

El Baron de Gibrao, de nacion borgoñona, Coronel de un regimiento; sirvió debajo de la mano del Sr. D. Juan de Aus-

tria y de la de Alexandro, su sobrino, muchos años con gran satisfaccion; fué esforzado caballero; peleó en aquellas guerras como de una persona tan noble se podia esperar.

D. JUAN DE ROBLES, hijo de Gaspar, baron de Velli, Coronel de alemanes, y D. FELIPE DE ROBLES, su hermano, del hábito de Santiago y Capitan de lanzas españolas; y aunque hijos de un tan calificado y bizarro español, por haber nacido en Flandes, los escribo en el número de los señores de aquellos Estados, y en las guerras dellos pelearon muy señaladamente, mostrando en todas el valor y ánimo que heredaron de sus padres; ambos fueron hechuras de Alexandro.

Los cuatro hermanos Condes de VERGAS HERMAN, el de HOSUELTE, LUIS y FEDERICO, naturales de la provincia de Frisa, sirvieron y pelearon en ella despues que se redujeron al servicio del Rey, nuestro señor, como valentísimos caballeros, y le dieron muchas victorias; sirviendo debajo de la mano del coronel Francisco Verdugo, mostraron en todas las ocasiones de aquellas guerras la osadía y ánimo de sus corazones, que fué tal que se hicieron Capitanes famosos y merecieron por sus personas ser puestos en el número de los grandes é insignes que hubo en aquellos Estados.

Monsieur de GUIU, de nacion flamenco, hechura de Alexandro, Gobernador de la villa de Bruselas, Capitan famoso y de nombre.

D. JUAN MANRIQUE, nacido en Alemania, hechura de Alexandro, Coronel de un regimiento de alemanes, peleó y se señaló en las guerras de Flandes como prudente y valeroso, mostrando el ánimo español que heredó de sus pasados; fué victorioso y persona de cuenta, soldado de opinion y de otras muchas y notables partes.

El BARON DE POLBEIRA y el BARON DE PERNESTAN, ambos alemanes, Coroneles de dos regimientos de su nacion, hechuras de Alexandro, conocidos en los Estados de Flandes por prudentes y esforzados, y pelearon en aquellas guerras con ánimos gallardos.

El CONDE MAUDRAGETE, Coronel de valones, hechura de

Alexandro, caballero arriscado en las guerras, sirvió en las de Flandes con mucho ánimo; era natural de aquellos Estados.

Monsieur de MANUY, Coronel de valones, hechura de Alexandro, animoso caballero, peleó y se señaló en las guerras de Flandes como Capitan de nombre.

El MARQUÉS DE ESPURG, hijo del Archiduque de Austria, Coronel que fué de alemanes y hechura de Alexandro, caballero de muy buena opinion, y se señaló en las guerras de aquellos Estados con mucha puntualidad; hizo servicios muy señalados al Rey católico; era de nacion aleman.

Monsieur de BADEMONT, de la Casa del duque de Lorena, gran caballero, muy animoso en las ocasiones y prudente en las cosas de la guerra; sirvió en las de Flandes y peleó en ellas como Capitan esforzado; fué Coronel de un regimiento de loreneses y hechura de Alexandro.

JUAN BAUTISTA DE TASSIS, de nacion aleman, hechura de Alexandro, fué Coronel de alemanes; sirvió y peleó en las guerras de Frisa debajo de la mano de Francisco Verdugo, como un valentísimo Capitan, y en aquella provincia hizo cosas muy señaladas y servicios tan particulares que mereció nombre de famoso, y lo fué de manera, entre los rebeldes, que le temieron tanto por su opinion como por el mucho valor que tenia; era buena cabeza y soldado muy prudente y necesario para el servicio del Rey, nuestro señor.

El CONDE DE BEORRI, de nacion flamenco, General de Vivers, hechura de Alexandro, caballero de buena opinion, y sirvió en las guerras de Flandes como honrado y valiente soldado.

Monsieur de TRINQUARTE, General de Vivers, antecesor de Beorri, fué hechura de Alexandro, y en su ministerio de Proveedor general de los ejércitos del Rey, nuestro señor, dió satisfaccion y sirvió muy honradamente en todo cuanto se ofreció en las guerras de Flandes; era natural de aquellos Estados.

Monsieur de VALANZON, Coronel de valones, hechura de Alexandro, muy esforzado caballero; procedió como tal en todas las guerras de Flandes y Francia, y peleó en las ocasio-

nes como dél se esperaba; era buena cabeza, persona de calidad; natural de aquellos Estados.

El coronel CURCIO, que lo era de alemanes, hechura de Alexandro, valiente caballero y de mucha opinion, sirvió y peleó en las guerras con ánimo invencible.

El capitan GRAVENDON, que lo fué de arcabuceros á caballo, hechura de Alexandro, peleó con gallardía y fué muy temido de los rebeldes; era valon de nacion.

Monsieur de la COQUELA, Coronel de un regimiento de naciones, fué hechura de Alexandro; sirvió en la provincia de Frisa debajo de la mano de Francisco Verdugo como famoso y valiente soldado, y peleó en aquellas guerras con valor y osadía; era natural de los Estados de Flandes.

Monsieur de RINAVELT, natural de la provincia de Frisa; sirvió en ella debajo de la mano de Francisco Verdugo como animoso Capitan, é hizo servicios muy particulares, y en las ocasiones se señaló más que otros muchos; fué hechura de Alexandro.

Monsieur de GUADIQUE, Gobernador que fué de las villas de Gitimbergue y Estembique, hechura de Alexandro, natural de los Países-Bajos, soldado de buena opinion.

Monsieur de la CHAPELA, Coronel de un regimiento de naciones, sirvió debajo de la mano de Francisco Verdugo en las guerras de Frisa y de Flandes como Capitan esforzado; fué hechura de Alexandro; persona de buenas partes y de opinion; natural de aquellos Estados.

El coronel PATON, caballero escocés, hechura de Alexandro, sirvió en las guerras de Flandes honradamente, y se señaló en ellas con mucho esfuerzo y ánimo; era persona de cuenta, é hizo al Rey, nuestro señor, servicios particulares.

El capitan BAUDEL, hechura de Alexandro, gallardo soldado, peleó en Frisa con esfuerzo y gallardía.

El capitan HESET, soldado de opinion, murió en el asalto de Estembique como bizarro y valiente soldado, ambos naturales de los Estados de Flandes.

El coronel ESTENLEY, de nacion inglés, rindió al Rey,

nuestro señor, la villa de Deventer y se quedó en su servicio con su regimiento de irlandeses; sirvió con él debajo de la mano de Alexandro con mucha lealtad y valor, y en las ocasiones peleó y mostró en ellas ánimo y prudencia, partes que ha de tener un perfecto Capitan.

El coronel SEMPLE, caballero escocés, rindió de su voluntad la villa de Liera al Rey católico y se redujo á su servicio, con ánimo de hacerle otros muchos y más particulares; sirvió debajo de la mano de Alexandro, y lo mismo su regimiento, como se podia desear; fué muy amado de españoles, y tanto que tiene á España por su misma patria; vive en Madrid con gajes de criado del Rey, nuestro señor; es soldado valeroso, de buena opinion y persona de mucha cuenta.

Monsieur de LIQUES, de nacion flamenco, Capitan de caballos, hechura de Alexandro, soldado bizarro y animoso.

Monsieur de BAQUE, Capitan de cuenta, hechura de Alexandro, de nacion flamenco, soldado de buenas partes.

El capitan EMEDEJUNIO, de nacion valon, lo fué de arcabuceros á caballo, hechura de Alexandro, peleó y sirvió debajo de su mano como valiente y denodado Capitan.

El capitan LAVIJA, que lo fué de caballos y hechura de Alexandro, natural de aquellos Estados, peleó como soldado animoso en todas las guerras de Flandes.

El capitan CARONDOLE, que lo fué de lanzas flamencas, de nacion valon, hechura de Alexandro, valiente y osado soldado y de los más antiguos de aquellos Estados, peleó en las ocasiones de la guerra con mucha gallardía; hizo cosas muy señaladas, y por sus partes era digno de ocupar mayores puestos.

El capitan EL HEMBRE, lo fué de arcabuceros valones á caballo, y él era desta nacion y hechura de Alexandro, soldado de opinion y de buen nombre; peleó en las guerras de Flandes como dél se esperaba.

Monsieur de LINDE, de nacion flamenco, hechura de Alexandro, Gobernador que fué de la villa de Lila, valiente caballero, soldado de cuenta y de muchas y buenas calidades; sirvió y asistió en aquellas guerras con gran puntualidad.

Monsieur de HERPE, Gobernador que fué de la villa de Mastriq, hechura de Alexandro, soldado gallardo y de muchos merecimientos; y porque es justo que tantos famosos Capitanes de las naciones de Flandes lleve la retaguardia quien era de los primeros en las ocasiones más reñidas y sangrientas, me ha parecido escribirlo en ella, porque más vivamente quede la memoria de un soldado tan insigne como

Monsieur de la BARLOTA, de nacion valon, que comenzando á servir de ordinario soldado, por su persona y valerosos hechos llegó á ser Capitan y Coronel de infantería valona, y yo le conocí muy pobre y en el primero oficio que ocupó, que fué Teniente de la compañía de caballos arcabuceros de la guardia del conde Mansfelt; en estos cargos sirvió y peleó en las guerras de Flandes y Francia más aventajadamente que muchos y famosos Capitanes, y venció y atropelló dificultades é hizo algunas hazañas dignas de escribirse; fué temido de los rebeldes y amado de los amigos, particularmente de la nacion española; fué hechura de Alexandro, y aprendió en su escuela tan bien y gallardamente, que despues de su muerte lo aprovechó de suerte que dió muchas victorias al Rey, nuestro señor.

Desta nacion tuvo el Rey, nuestro señor, algunos Ministros bien entendidos, en materia de Estado y Guerra, que ayudaron á Alexandro en cuanto se ofreció, como fueron el presidente RICHARDOTE y el secretario MORIANSARTE, personas muy bien intencionadas y leales al servicio del Rey católico.

Otros muchos caballeros y soldados de las naciones flamenca, valona, borgoñona y alemana hubo, de cuyos nombres no me acuerdo, que despues que se redujeron al servicio del Rey, nuestro señor, y fueron muchos y señalados y leales, y en las ocasiones mostraron serlo; y de la nacion inglesa é irlandesa se hallaron muy gran número que fueron hechuras todos de Alexandro y sirvieron debajo de su mano, y por ser católicos y huir del reino de Isabel, reina de Inglaterra, dejaron su patria y haciendas y se fueron á servir al Rey, nuestro señor, y Alexandro, su sobrino, los honró y aventajó á medida de su calidad y merecimientos.

Y porque en la nacion francesa hubo caballeros valientes y animosos que no eran muy soldados ni sabian hacer la guerra á la española, que despues que Alexandro entró en Francia fueron muy expertos y valerosos, porque aprendieron en su escuela y les enseñó las armas y modo de ofender y defenderse como es notorio, escribiré los nombres de los que me acordare y fueron en mi tiempo; y porque soy testigo de vista y que fuí de los primeros españoles que entraron en aquel reino, y que ví toda la infantería francesa que, no tan solamente no sabian tomar las armas en las manos ni ponerse en órden, pero ni defenderse en un asalto, ni en saberlo dar, como se vió en Jateo de Aumont y en otras partes y ocasiones que se les ofrecia, lo he apuntado para que se advierta que, si despues que Alexandro murió han alcanzado los franceses algunas victorias, fué por lo que les enseñó, no obstante que con la caballería, por haber en ella muy gran parte de la nobleza de Francia y haber sido mucho número han tenido con ella algunos buenos sucesos, pero no con la infantería; y de los soldados de más importancia que tuvieron y que aprendió la soldadesca española, será el primero

Monsieur de Rona, Maestre de campo general de los ejércitos católicos de España y Francia, hechura de Alexandro, y de su Consejo, Capitan prudente y de muy buena opinion y una de las mejores cabezas que tuvo Francia; era soldado muy bien entendido y plático en su oficio, y en saber alojar y acuartelar un ejército pocos se le igualaban; digno de haber tenido este famoso Capitan puestos más supremos y de consideracion, pero debióselos á D. Diego de Ibarra, porque fué instrumento para que los ocupase.

El Duque de Guisa sirvió y peleó debajo de la mano de Alexandro en defensa de la Liga católica como Príncipe famoso contra el Bearnés y sus aliados; dió muestras de ser muy gran soldado y animoso en las facciones que se ofrecieron.

El Duque de Umala mostró en todas aquellas guerras ser muy aficionado al servicio del Rey católico, y por serlo y no querer dar la obediencia al Bearnés, pasó naufragios é inco-

modidades; sirvió debajo de la mano de Alexandro y peleó en las ocasiones como se podia esperar de su valor y calidad.

Monsieur de VADEMONTE, hijo del duque de Lorena, sirvió en defensa de la Union católica como muy esforzado y animoso caballero, debajo de la mano de Alexandro, mostrando siempre en todas las ocasiones lo bueno que heredó de su ilustre y antigua Casa, y ser descendiente de Godofre de Bullon, uno de los nueve de la fama.

El DUQUE DE NEMURS, prudente y animoso Capitan, sirvió debajo de la mano de Alexandro y peleó contra el Bearnés muy bien, y dió indicios de ser Capitan ilustre y esforzado.

Monsieur de SAN POL, Capitan de nombre, peleó y se señaló en las guerras de Francia debajo de la mano de Alexandro con mucha osadía; fué Gobernador en la provincia de Jampaña.

El CONDE DE SALEGUIS, Príncipe de la Casa de Lorena, asistió y peleó contra el Bearnés en defensa del partido católico como Capitan famoso, y lo mostró ser en cuantas ocasiones se ofrecieron.

Monsieur de BRISAC procedió en las guerras de Francia con satisfaccion, y la dió á todo el ejército español de ser Capitan esforzado.

Monsieur de la JATRIA, Consejero y privado del duque de Guissa, asistió en las guerras de Francia debajo de la mano de Alexandro con puntualidad y cuidado.

El BARON DE LA JATRIA, su hijo, le imitó y peleó en las ocasiones como descendiente de su padre.

El caballero de UMALA, del hábito de San Juan, bizarro y animoso soldado, y peleó en las guerras de aquel Reino tan bien y valerosamente como dél se podia esperar; era temido y gallardo, y persona de grandes merecimientos.

El DUQUE DE LONGAVILA, Príncipe de buena opinion, asistió en aquellas guerras debajo de la mano de Alexandro muy animosamente en cuanto se ofreció en ellas.

Monsieur de VETRI, Capitan celebrado y enemigo de españoles y otros muchos títulos y Príncipes franceses en lo que les tocó

miéntras sirvieron debajo de la mano de Alexandro en defensa de la Liga católica, pelearon y procedieron como caballeros ilustres y arriscados, y los hay en la nacion francesa muy excelentes y famosos, y lo mismo (no obstante que lo he apuntado) de las naciones italianas, albanesa y las demas que he referido; pero la española sobre todas las demas, pues siempre llevó el peso y trabajo de la guerra sobre sus hombros con mayores ventajas, siendo la primera en acometer y la postrera en retirarse, y porque esta verdad la conoce el mundo y cuantos en él viven, dan el primer lugar á los españoles: los honró Alexandro como merecedores, y levantó de soldados á preeminentes oficios militares, donde fueron temidos y estimados, y hoy hay muchos con grandes cargos de castillos y otros gobiernos en las Indias orientales y occidentales, en las fronteras de Berbería, en Italia, Flandes y presidios de España, que fueron hechuras de Alexandro y sirvieron debajo de su mano, y la buena soldadesca que della aprendieron la aprovecharon en las provincias y partes referidas, y en otras muchas, de donde ha sacado el Rey, nuestro señor, muy gran fruto, de que ha conservado y conserva sus Estados; pero con los excelentes Consejeros de Guerra, heróicos Capitanes y soldados que dejó Alexandro en Flandes y Francia, bien disciplinados y experimentados, pudo muy bien emprender cualquier General muchas y difíciles ocasiones y jornadas, por importantes que fuesen, como creo hicieron los que sucedieron á este gran Capitan, defensor de la Iglesia, honrador de nuestra nacion española, que por esto, y no por otros respetos, he querido escribir lo sucedido en su tiempo y las muchas facciones que hizo en servicio del Rey, su tio y mi señor (que está en gloria), pues tan justamente mereció el nombre de católico, y por serlo tanto y defender nuestra verdadera religion, empeñó y gastó sus rentas reales contra los enemigos de la fe, con tanta largueza y voluntad como se ha visto, en diferentes reinos y provincias; en Francia los excesivos gastos y gajes tan grandes que dió á los Príncipes y Señores que defendian el partido católico en los Estados de Flandes (cuyas sangrientas guerras han empobrecido á

España) las sustentó tan á costa suya como es notorio; en Alemania (por conservar nuestra verdadera religion) dió muy grandes ayudas de costa y sueldos extraordinarios á amigos y enemigos; en Irlanda, Escocia é Inglaterra á otros muchos católicos por la misma causa, y fuera de sus tierras los entretuvo dándoles sueldos y ayudas de costa con muy larga mano: en Italia, Roma y otras provincias, á los potentados y señores dellas; finalmente, este católico Monarca quedó pobrísimo y empeñado por haber empleado y gastado sus rentas reales sustentando tantos ejércitos en defensa de la fe, y traido la máquina de la cristiandad (desde que comenzó á reinar hasta su muerte) sobre sus hombros, como otro Atlante; siguiendo sus mismos pasos el católico Philipo III, su hijo, nuestro señor, y el que hoy reina (que guarde Dios muchos años para bien y defensa de la Cristiandad y extirpacion de los herejes): el fin que tuvieron las encendidas guerras de Flandes y Francia, y los hechos de los invencibles españoles y de otras naciones (no obstante que otros muchos y grandes autores los han escrito, como Antonio de Herrera, el doctor Luis de Barcia y el padre Fray Marco de Guadalajara y Jabierre, y el capitan D. Diego de Villalobos y Benavides, todos con mucha elegancia) los escribiré en la tercera parte, dándome Dios vida y tiempo.

FIN DEL TOMO SETENTA Y CUATRO.

ÍNDICE

de los nombres de personas citadas en los tomos LXXII, LXXIII y LXXIV de la coleccion de Documentos inéditos [1].

A

Abadía (Amador de la). Tomo LXXII, página 209.
Abré (Marqués de), *v. Havré.*
Acle, *v. Draque.*
Acosta (El Maestre de campo Antonio de).—LXXIV, 372.
Acosta (Hernando de).—LXXII, 85, 87, 88.
Acuarches (Obispo de).—LXXIV, 199.
Acuña (D. Diego de).—LXXIV, 396.
Acuña (D. Vasco de).—LXXII, 91, 121, 175.
Acursio.—LXXIV, 328.
Adelantado (El) mayor de Castilla, *v. Padilla (D. Martin de).*
Aerschot (Duque de).—LXXII, 59, 98, 109, 219, 354, 464. 469.—LXXIII, 95, 338.—LXXIV, 431, 432.
Aflito (Federico de).—LXXIII, 363.
Agrimalte, rey de los lombardos.—LXXII, 145.
Aguayo (Antonio de).—LXXII, 517.—LXXIV, 84, 385.
Aguayo (D. Pedro de).—LXXIV, 407.
Aguila (D. Estéban del).—LXXIV, 381.
Aguila (D. Fadrique del).—LXXII, 511.—LXXIII, 295, 486, 544, 545.—LXXIV, 381.
Aguila (Francisco del).—LXXII, 510.
Aguila (D. Juan del).—LXXII, 425, 511, 512.—LXXIII, 12, 46, 57, 58, 98, 103, 104, 106, 111, 112, 114, 121, 122, 123, 124, 126, 130, 133, 139, 140, 155, 158, 159, 160. 161, 163, 164, 165, 167, 174, 176, 178, 179, 185, 186, 206, 218, 219, 229, 249, 252, 254, 255, 256, 258, 260, 263, 266, 279, 281, 288, 289, 290, 291, 294, 295, 296, 299, 305, 307, 312, 317, 318, 334, 357, 358.—LXXIV, 36, 109, 113, 167, 168, 169, 227, 232, 284, 297, 370, 399, 411.
Aguilar (Juan de).—LXXIII, 307, 518

[1] Para la formacion de este Indice hemos consultado á Mendoza, Tassis, Strada, Verdugo y especialmente á *De Meteren;* pero se hallan tan alterados en nuestro autor los nombres propios y de lugares, que frecuentemente es imposible reconstituir su genuina ortografía, y así sólo hemos notado la equivalencia en los que no ofrecian duda, renunciando á reducir muchos á la escritura correcta, por temor de incurrir en alguna confusion.

Aguilar y Alvarado (Francisco de).—LXXII, 91, 104, 175, 188, 424.—LXXIII, 318.—LXXIV, 392.
Aguirre (El soldado).—LXXIII, 506.
Aguirre (D. Luis de).—LXXIV, 33, 412.
Aguirre (Fray Mateo de).—LXXIII, 457.—LXXIV, 177.
Agustin (D. Jerónimo).—LXXIV, 379.
Aillon (Andrés de).—LXXIV, 386.
Alanson *(Alençon)*. (El Duque Francisco de).—LXXII, 63, 148, 150, 151, 153, 155, 162, 164, 229, 251, 265, 267, 269, 276, 279, 282, 283, 284, 287, 288, 289, 290, 291, 293, 295, 316, 317, 325, 326, 327, 328, 333, 336, 337, 338, 340, 341, 342, 349, 350, 355, 354, 356, 357, 358, 359, 360, 367, 368, 369, 371, 372, 376, 379, 380, 381, 392, 399, 400, 401, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 412, 422, 429, 430, 432, 433, 434, 435, 447, 451, 452, 462, 466, 467, 469, 470, 485, 500.—LXXIII, 89, 91, 153, 498.—LXXIV, 354.
Alba (Duque de).—LXXII, 78, 245, 293, 438, 444, 537.—LXXIII, 79, 102, 103, 404, 418, 452.—LXXIV, 58, 310, 361, 362, 368, 375, 381, 386, 392, 408.
Alberto (Archiduque).—LXXII, 50, 60.—LXXIII, 22, 251.—LXXIV, 102, 183, 212, 340, 380, 398.
Albre *(Havré?)* (El Marqués de).—LXXIII, 95.
Albricio (Pedro de).—LXXIII, 255, 266, 279, 296, 318.—LXXIV, 405.
Alburquerque (Duque de).—LXXIII, 103.
Alcibiades.—LXXII, 145.
Alcorcha (Juan de).—LXXII, 476, 479.
Aldobrandino (Hipólito), *v. Clemente VIII.*
Aldre (El aleman).—LXXII, 68, 256.
Aldrés (Lázaro).—LXXIV, 424.
Aledo (Hernando de).—LXXII, 370, 413, 507.—LXXIV, 404.
Alejandro Magno.—LXXII, 145, 147, 223, 348.—LXXIV, 323.
Alfuaraz (Juan de).—LXXIII, 306.
Alhese (Señor de) y Duffoles, *v. Merode.*
Almunia (Comendador de la), *v. Rutibierca (Jerónimo de).*
Alonso V de Aragon.—LXXIV, 210, 211.
Alonso VI.—LXXII, 411.
Alonso Cerezo (Juan).—LXXIV, 327.
Alonso de Molina (Juan).—LXXIV, 418.
Altamirano (D. Alonso de).—LXXIV, 388.
Altemps (El Conde Aníbal).—LXXII, 80, 150, 156, 168.
Alvarado (Juan de).—LXXIII, 505.
Alvarado (Pedro de).—LXXIII, 518.
Alvarez (Alonso).—LXXII, 208.
Alvarez (Gaspar).—LXXIV, 404.
Amadeo, hermano del Duque de Saboya.—LXXIII, 334.
Amaya (D. Bartolomé de).—LXXIII, 181.
Amaya (Salvador de).—LXXIII, 181.
Amiens (Obispo de).—LXXIV, 214.
Ana Bolena.—LXXII, 229.
Ana de Bretaña.—LXXIV, 211, 212.
Ana de Sajonia, segunda mujer del Príncipe de Orange.—LXXII, 503.
Anamur (Juan de).—LXXII, 175.
Anastro (Gaspar de).—LXXII, 335, 336, 337, 338.

Anaya (D. Jerónimo de).—LXXII, 476, 478.—LXXIV, 402.
Anaya de Solís (Juan de).—LXXIII, 310, 311.—LXXIV, 380.
Andalote (Monsieur de).—LXXII, 349, 400.—LXXIII, 491.
Andrada (Fernando de).—LXXIV, 405.
Andrada (Gabriel de).—LXXIV, 405.
Angulo (Pedro de).—LXXIII, 534.—LXXIV, 410, 411.
Anholt (Baron de).—LXXII, 330, 331, 361, 362, 365, 367, 372, 382, 384, 387, 437.
Aníbal.—LXXII, 145, 147.
Anisi *(Anecy?)* (Monsieur de).—LXXII, 155, 162, 251.
Anjou (Cárlos, Duque de).—LXXIV, 210, 211.
Anjou (Renato de).—LXXIV, 211.
Antígono.—LXXII, 146.
Antolinez (Patricio).—LXXIV, 411.
Antunez (Simon).—LXXIII, 130.—LXXIV, 277, 300, 330, 374.
Apio Contio.—LXXIII, 269, 274, 275, 488.—LXXIV, 151, 238, 294, 422.
Aquemburque (El Coronel).—LXXIII, 345.
Aragon (Cárlos de), Duque de Terranova.—LXXII, 183, 229, 231, 238.—LXXIII, 81, 103, 454.—LXXIV, 105, 111, 423.
Aragon (D. Félix de).—LXXII, 237.
Aragon (D. Otavio de).—LXXIV, 423.
Aragon (D. Pedro de).—LXXII, 238.
Aragon (Virey de).—LXXII, 476.—LXXIII, 62, 176, 295.—LXXIV, 146, 382, 407, 415, 416.
Arango (Diego de).—LXXII, 418.—LXXIII, 24, 249, 279, 296, 312.
Araujo (D. Diego de).—LXXIV, 396.
Arbieto (Andrés de).—LXXII, 182.
Arce (D. Pedro de).—LXXIII, 165, 223.—LXXIV, 411.
Archini (Camilo).—LXXIV, 86, 425.
Arcius (El letrado).—LXXIII, 13, 18.
Arembergue (Conde de).—LXXII, 59, 277, 347, 434, 443, 449, 452, 461.—LXXIII, 96, 99, 488.—LXXIV, 79, 82, 83, 116, 121, 155, 345, 432.
Arenas (El soldado).—LXXIII, 220.
Argote (D. Martin de).—LXXIV, 371.
Arias (Juan).—LXXIII, 289.—LXXIV, 387.
Aríscote (Duque de), *v. Aerschot.*
Arístipo.—LXXII, 145.
Ariza (Alonso de).—LXXIII, 526.—LXXIV, 255.
Arras (El Obispo de), *v. Moulart (Mathieu).*
Arroyo (Luis de).—LXXIV, 274.
Asculi (Príncipe de), *v. Martinez de Leiva (Antonio).*
Asonville (Monsieur de).—LXXII, 252.—LXXIII, 84.
Aumont (El Mariscal de).—LXXIII, 498, 509.—LXXIV, 66, 112, 225,
Austria (Archiduque de).—LXXIII, 337.—LXXIV, 436.
Austria (D. Juan de); pass.
Avalos (D. Alonso de).—LXXIV, 84, 313, 402, 421.
Avalos (D. Antonio de).—LXXIII, 526.—LXXIV, 385.
Avalos (Lorenzo de).—LXXII, 476.
Avalos (D. Luis de).—LXXII, 136, 496.—LXXIV, 387.
Avalos (Pedro de).—LXXIII, 65.
Avalos y Ayala (D. Vasco de).—LXXIV, 320.

Avalos de Padilla (D. Martin de).—LXXII, 227.—LXXIII, 526.—LXXIV, 385.
Avila (Antonio de).—LXXIV, 409.
Avila (Baltasar de).—LXXIV, 408.
Avila (D. García de).—LXXIV, 277.
Avila (Luis Bernardo de).—LXXIV, 388.
Avila (Sancho de).—LXXIII, 78.
Avila Calderon (Diego de).—LXXII, 489.—LXXIII, 67, 169, 312, 318, 330, 415, 416, 417, 418, 421, 423, 427, 436, 437, 438, 446, 447, 449.—LXXIV, 79, 83, 218, 276, 286, 388.
Avila de Guzman (Diego de).—LXXIII, 60, 263, 296.—LXXIV, 372.
Ayala (Juan de).—LXXII, 117, 118, 119.
Ayala (Juan Franco de).—LXXIV, 223, 225, 226, 239, 240, 241.
Ayala (D. Martin de).—LXXIV, 382.
Ayala y Luján (D. Diego de).—LXXIV, 32, 411.
Ayamonte (Marqués de).—LXXII, 66, 239.
Ayanza (D. Jerónimo de).—LXXII, 100.—LXXIV, 410.
Aybar (Cristóbal de).—LXXIV, 411.
Aybar (Pedro de).—LXXIII, 194, 195.—LXXIV, 390.
Ayerbe (Juan de).—LXXII, 477, 478.
Ayllon (Andrés de).—LXXII, 132,
Aynea (Luis de).—LXXIV, 406.

B

Bacucha Santistéban (Gaspar).—LXXIV, 410.
Bademont (Monsieur de).—LXXIV, 436.
Bal (El Burgomaestre).—LXXIII, 386.
Balani *(Balagny?)* (Monsieur de).—LXXIII. 470, 476, 477, 551.—LXXIV, 53, 97.
Balanzon (Monsieur de).—LXXII, 360.—LXXIV, 64, 326, 436.
Balduino (El Conde).—LXXII, 411.
Ballon (Rodolfo de).—LXXII, 298.—LXXIV, 428.
Baos (Monsieur de), Conde de Buque.—LXXII, 251, 252, 253, 289, 309.
Baque (Monsieur de).—LXXIV, 438.
Barahona (El capitan).—LXXII, 289.
Barajas (Diego de).—LXXII, 99, 100.
Barajas (Martin de).—LXXIII, 486.
Baras (Conde de).—LXXIV, 26, 27.
Barbanzon (Monsieur de).—LXXIV, 64.
Barcaja de Cuellar (Antonio de).—LXXIV, 408.
Barcelona (Conde de).—LXXIV, 210.
Barcia (Doctor Luis de).—LXXII, 9.—LXXIII, 505.—LXXIV, 443.
Barembon (El Marqués de), *v. Warembon.*
Barlamont *(Berlaymont).* (Conde de), *v. Hierjes (Monsieur de).*
Barlota (Monsieur de la).—LXXII, 517, 518.—LXXIII, 194, 259, 264.—LXXIV, 79, 230, 269, 270, 271, 281, 329, 332, 333, 439.
Barragan (Alvaro de).—LXXIII, 106.—LXXIV, 404.
Barragan (Hernando de).—LXXIII, 114, 156, 256, 279, 280, 288, 291, 299, 408, 417.—LXXIV, 404.

Barrionuevo (D. Fernando).—LXXIII, 181.
Barroce (El ingeniero Propercio).—LXXII, 345, 378.
Bartolo (El capitan), Brazo de hierro.—LXXII, 474, 477.
Basompier (Monsieur de).—LXXIV, 144, 145, 175, 247.
Basta (Jorge).—LXXII, 256.—LXXIII, 14, 157, 338, 377.—LXXIV, 423.
Basta (Nicolo).—LXXII, 256.—LXXIII, 222, 531, 532.—LXXIV, 42, 115, 423.
Basur (El Secretario).—LXXIV, 290.
Batredique (El capitan).—LXXII, 310.
Bandel (El capitan).—LXXIV, 437.
Baviera (Alberto de), Obispo de Liege.—LXXII, 275.
Baviera (Ernesto de), Arzobispo electo de Colonia.—LXXII, 459, 460, 483, 484, 531.—LXXIII, 80, 139, 188, 189, 192, 197, 198, 199, 204, 207, 285, 314, 324, 337, 385, 386, 425, 447, 458, 533.—LXXIV, 40.
Baviera (Fernando, Duque de).—LXXII, 459, 460.—LXXIV, 40.
Bazan (D. Pedro).—LXXIV, 405.
Bearne (Principe de), *v. Borbon (Enrique de)*.
Bearne (Princesa de).—LXXIV, 199.
Becerra (Baltasar).—LXXII, 120.—LXXIII, 256, 266, 299, 318.—LXXIV, 394.
Belfort (El coronel).—LXXII, 310, 311, 312, 313, 317.
Beljoioso (El Conde Juan Jácome Barviano de).—LXXIV, 425.
Beltran (Sancho).—LXXII, 84, 87.—LXXIV, 398.
Beltran de la Peña.—LXXIV, 398.
Beltran de Salcedo.—LXXIV, 398.
Benavides (El capitan Alonso de).—LXXIV, 408.
Benesa (Miguel de).—LXXIV, 408.
Benitez (Miguel).—LXXIII, 46, 51, 65.—LXXIV, 404.
Benter (El Secretario).—LXXII, 469.
Benthen (El Conde de).—LXXIII, 284.—LXXIV, 315, 344.
Bentivoglio (Anibal).—LXXIV, 264, 426.
Bentivoglio (El Marqués de).—LXXIII, 338.—LXXIV, 426.
Benzo (Carlo).—LXXII, 101, 203.
Berengario (Ramon), Conde de Barcelona, despues Príncipe de Aragon.—LXXIV, 210.
Bergas (El Conde viejo de).—LXXII, 208.
Bergas (El Conde Federico de).—LXXII, 374, 375.—LXXIII, 145, 345, 346, 386, 495, 496.—LXXIV, 71, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 321, 344, 435.
Bergas (El Conde Herman de).—LXXII, 263, 365, 373, 376, 381, 382, 383, 384, 385, 440, 451, 465, 481, 484, 532.—LXXIII, 15, 141, 144, 145, 171, 208, 221, 315, 316, 342, 404, 406, 495, 496.—LXXIV, 41, 42, 45, 46, 47, 72, 85, 306, 321, 344, 347, 435.
Bergas (El Conde Luis de).—LXXIV, 307, 435.
Bergas (La Condesa de).—LXXII, 484.
Bergas (Marqués de).—LXXII, 59, 292.—LXXIII, 96.—LXXIV, 432.
Bermudez de Castro (D. Pedro).—LXXIV, 409.
Berquen (El capitan).—LXXIII, 106, 114.

Berri (El Conde de).—LXXIV, 140, 160, 436.
Bertendona (Martin).—LXXIII, 356.
Bertinoro (Monseñor).—LXXIV, 293.
Betri (Monsieur de).—LXXIV, 174, 300.
Beuf (Duque de).—LXXIV, 203, 215.
Biedma (Gaspar de).—LXXIII, 130, 181, 223.—LXXIV, 405.
Bievres (El Baron de).—LXXIV, 304.
Biron (Monsieur de).—LXXII, 409, 412, 415, 416, 417, 419, 420, 421, 422, 430, 435.—LXXIII, 323, 498, 509.—LXXIV, 17, 107, 112, 113, 282, 326, 330, 354.
Blandel (El capitan).—LXXIV, 307.
Bloys (Monsieur de).—LXXII, 527.
Bobadilla (El Maestre de campo D. Francisco de), Conde de Puñonrostro.—LXXII, 486, 493.—LXXIII, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 118, 119, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 128, 129, 131, 132, 133, 149, 150, 151, 155, 156, 157, 163, 165. 166, 169, 175, 176, 178, 179, 190, 203, 219, 229, 240, 241, 242, 245, 247, 249, 260, 265, 269, 270, 272, 276, 298, 303, 309, 317, 318, 320, 321, 322, 332, 353, 354, 359, 371, 372, 375, 376, 393, 395, 396, 398, 421, 423, 424, 425, 428, 430, 431, 436, 437, 438, 439, 446, 450, 456, 460, 461, 463, 464, 536.—LXXIV, 357, 368, 396, 398, 412.
Bobina (El Duque de).—LXXII, 377.
Boharies, *v. Alárabes.*
Bois (Maximiliano de).—LXXII, 482.—LXXIII, 140.
Bolen (Monsieur de).—LXXIII, 498.
Bolin (Monsieur de).—LXXIV, 172, 173.
Bolines (Monsieur de).—LXXII, 116, 120.
Bomi (Señor de).—LXXII, 163.
Bonal (El alférez).—LXXIII, 408.
Bonibeto (El capitan).—LXXII, 400.
Borbon (Bernabé).—LXXIV, 429.
Borbon (Cardenal de), *v. Cárlos X.*
Borbon (Cárlos, último Duque de).—LXXIV, 213.
Borbon (Enrique de), Príncipe de Bearne.—LXXII, 164.—LXXIII, 307, 388, 409, 439, 452, 457, 458, 459, 460 462, 469, 470, 475, 476, 477, 478, 479, 481, 482, 483, 484, 486, 489, 491, 492, 493, 494, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 514, 521, 527, 528, 530, 531, 532, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 547, 548, 550, 551.—LXXIV, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 19, 21, 23, 24, 28, 34, 35, 36, 38, 50, 51, 53, 60, 61, 63, 65, 66, 69, 91, 92, 93, 94, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 125, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 139, 141, 143, 144, 145, 148, 150, 152, 153, 157, 160, 164, 167, 169, 177, 178, 179, 180, 181, 183, 186, 200, 204, 205, 208, 212, 213, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 239,

242, 244, 246, 247, 248, 251, 252, 253, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 268, 270, 271, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 296, 297, 299, 301, 322, 324, 325, 326, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 342, 343, 344, 354, 359, 367, 372, 433, 440, 441.
Bordas (Monsieur de).—LXXIII, 170.
Borgoña (El Duque Juan de).—LXXIV, 209.
Borgoña (Casa de).—LXXII, 434, 498, 500.
Borja (D. Baltasar de).—LXXIII, 165.—LXXIV, 393.
Borja (D. Francisco de).—LXXIII, 181.—LXXIV, 403.
Borja (D. Luis de).—LXXIII, 334.—LXXIV, 384.
Bosa (El capitan).—LXXIII, 338.
Bossu (El Conde de).—LXXII, 59, 84, 98, 162, 166, 257.—LXXIV, 281, 329, 332, 434.
Brabante (Duque de).—LXXII, 59, 63, 408.
Brabo de Acuña (D. García).—LXXII, 92.—LXXIV, 275, 383.
Brabo de Acuña (D. Luis).—LXXIV, 269, 274, 383.
Brabo de Acuña (D. Sancho).—LXXIV, 275.
Brabo de Butrago (Pedro).—LXXIII, 395.
Brabo de Lagunas (El Maestre de campo Juan).—LXXII, 517, 520, 521, 522.—LXXIII, 255, 256, 266, 291, 294, 312, 551.—LXXIV, 338, 374, 402.
Brancuique (Enrique de).—LXXII, 460.—LXXIII, 388.
Brarsuyg (El Duque de).—LXXIII, 457.
Brederode (Señor de).—LXXII, 59.
Brendel (Regimiento de).—LXXIV, 122, 123.
Brisac (Conde de).—LXXIV, 17 18, 19, 20, 21, 34, 35, 38, 50, 52, 93, 97, 145, 151, 160, 246, 262, 441.
Brison (El Presidente).—LXXIV, 115, 152, 157, 164, 175.
Brochero (D. Antonio).—LXXIII, 166.
Brochero de Anaya (D. Diego).—LXXIII, 356, 357, 358.—LXXIV, 168, 169, 284, 416.
Brunio (Monsieur de).—LXXII, 452.
Buitrago (El capitan Melchor de).—LXXIII, 353.—LXXIV, 409.
Bujer.—LXXIV, 175, 176.
Bullon (Godofredo de).—LXXIII, 481.—LXXIV, 441.
Bullon (Duque de).—LXXIV, 325.
Bullon (Príncipe de), *v. Turena (El Vizconde de).*
Buque (Conde de), *v. Baos (Monsieur de).*
Bura (El Conde de).—LXXII, 502.
Burdasiera (Monsieur de la).—LXXIV, 23, 24.
Burey (El Señor de).—LXXII, 381, 385.
Burgante (El Marqués de).—LXXIII, 96.
Burgue (Monsieur de).—LXXIII, 85.
Burs (Monsieur de).—LXXII, 223, 229, 277, 278, 310.
Bustos (El sargento).—LXXIII, 164, 518, 523.—LXXIV, 55, 56.

Buy (Monsieur de).—LXXII, 295.
Buytron (D. Pedro de).—LXXIV, 405.

C.

Caballero de Ibarra (Antonio).—LXXIII, 243, 276.—LXXIV, 285, 411.
Caballero de Ibarra (Juan).—LXXIII, 181.
Cabañes (Bartolomé de).—LXXII, 247.—LXXIII, 205.
Cabrera (Alonso de).—LXXIV, 409.
Cajero (Alonso).—LXXIII, 408, 417.
Calvino.—LXXII, 34, 63, 164, 180, 254, 264, 271, 503.—LXXIII, 83, 401.
Camargo (El cuartel-maestre Antonio de).—LXXII, 86, 89, 415.
Camargo (Luis de).—LXXII, 295.
Cambray (Obispo de).—LXXII, 411.
Camiga (El capitan).—LXXII, 366, 373, 374, 383.
Campos Moreno (Diego de).—LXXIV, 273, 274.
Campuzano. — LXXIII, 534. — LXXIV, 396.
Capela (Monsieur de la).—LXXIV, 313, 314, 321, 345, 346.
Capezuca (Blas).—LXXIV, 423.
Capezuca (El Maestre de campo Camilo).—LXXIII, 48, 90, 104, 139, 320, 321, 337, 354, 377, 473, 475, 479, 480, 490, 504, 505, 516, 527, 549.—LXXIV, 29, 63, 111, 267, 276, 277, 325, 420, 423, 428.
Capra (El Conde Vicencio).—LXXIII, 455.—LXXIV, 425.
Capres (Monsieur de).—LXXII, 98, 155, 180, 255.—LXXIII, 95.
Caracena (Marqués de), Señor de Pinto, Virey de Valencia.—LXXIV, 380.
Caracciolo (Ascanio).—LXXIV, 427.
Caracciolo (Cola María).—LXXIII, 363.—LXXIV, 427.
Carandole (El capitan).—LXXII, 256, 257.—LXXIII, 42, 43, 44, 242.—LXXIV, 438.
Caravantes (El capitan).—LXXII, 197.
Cárdenas (D. Gutierre de).—LXXIV, 406.
Cardona (D. Jerónimo de).—LXXIV, 402.
Cardona (D. Juan de), Virey de Navarra.—LXXIV, 366, 419.
Cardona (Miguel de).—LXXIII, 60, 165.—LXXIV, 402.
Carlo Magno.—LXXIII, 512.
Carlos IV, el Simple, rey de Francia.—LXXIV, 213.
Carlos V.—LXXII, 13, 29, 50, 60, 63, 89, 144, 286, 292, 328, 392, 422, 423, 539.—LXXIII, 78, 131, 349, 451, 488.—LXXIV, 49, 209, 362.
Cárlos VII de Francia.—LXXIV, 211.
Cárlos X.—LXXIII, 494.—LXXIV, 98.
Cárlos (Archiduque).—LXXIV, 340.
Cárlos, el Atrevido.—LXXII, 29.
Cárlos, Duque de Borgoña.—LXXII. 16.
Cárlos, el Fuerte.—LXXIV, 209.
Carlota de Borbon, tercera mujer del Príncipe de Orange.—LXXII, 503.
Carmona (El Duque de).—LXXIII, 55.
Carmona (Gonzalo de).—LXXIII, 55, 65.—LXXIV, 404.
Carnero (Alonso).—LXXIV, 417.
Carnero (Antonio).—LXXIV, 418.

Caro (El alférez).—LXXIV, 29.
Carrafa (Gerónimo).—LXXIV, 84, 425.
Carranza (El comisario).—LXXIII, 456.
Carrillo (D. Luis).—LXXIII, 538.—LXXIV, 272.
Carvajal (El alférez).—LXXIII, 523.
Carvajal (D. Juan).—LXXIII, 395, 506, 519, 522.—LXXIV, 56, 288, 403.
Carvajal (Luis de).—LXXIII, 313.
Casanova (Juanetin de).—LXXIII, 164, 306.—LXXIV, 401.
Casimiro (Duque Francisco).—LXXII, 116, 132, 133, 139, 148, 150, 153, 154, 160, 161, 165, 166, 429, 432, 435, 447, 467.—LXXIII, 307, 376, 384, 459.—LXXIV, 354.
Castaña (El Nuncio, Monseñor Juan Bautista).—LXXII, 183.—LXXIII, 530.
Castañeda (El alférez).—LXXIII, 537, 538, 539.
Castel-Beltrano (El Príncipe de).—LXXIII, 488.—LXXIV, 421.
Castellani (Vicente).—LXXIV, 407.
Castelví (D. Alvaro de).—LXXIV, 407
Castelví (D. Juan de).—LXXIII, 318.—LXXIV, 407.
Castilla (Juan de).—LXXII, 240. 483, 484, 532.—LXXIII, 60, 65, 108, 116, 157, 256, 263, 264, 279, 299.—LXXIV, 392.
Castillo (El sargento).—LXXIII, 522.
Castillo (Alonso del).—LXXII, 203.—LXXIV, 415.
Castillo (Alonso del).—LXXIV, 415.
Castillo (Antonio del).—LXXIV, 414.
Castillo (D. Felipe del).—LXXIII, 526.—LXXIV, 32, 137, 415.
Castillo (D. Juan del).—LXXIII, 166, 277.—LXXIV, 411.
Castillo (Mateo del).—LXXIV, 117, 120.
Castillo (Matías del).—LXXII, 356.
Castillo Chaneta (El capitan).—LXXIV, 240.
Castrillo (El teniente).—LXXII, 247.
Castro (Conde de).—LXXIII, 374.—LXXIV, 392.
Castro (Andrés de).—LXXIII, 318, 352.—LXXIV, 26, 27, 325, 405.
Castro (Pedro de).—LXXII, 62, 67, 68, 69, 185, 190, 218, 252, 257, 410, 411, 417, 535, 536.—LXXIII, 27, 28, 87, 93, 489.—LXXIV, 44, 45, 355, 357, 359, 391.
Castro (D. Rodrigo de).—LXXIII, 96, 282, 283.—LXXIV, 381.
Castro y Mendoza (Diego).—LXXIII, 359.—LXXIV, 412.
Castron de Toledo (Andrés de).—LXXIII, 181.
Catalina (Infanta Doña).—LXXIV, 12, 212.
Catalinaga y Luna (El alférez).—LXXIII, 223.—LXXIV, 82.
Cataluña (Virey de).—LXXIV, 412.
Caton (Marco).—LXXII, 147.
Ceballos (Antonio de).—LXXIII, 307.—LXXIV, 378.
Cerda (D. Martin de la).—LXXIII, 276, 539.—LXXIV, 388.
Cerdán (Jusepe).—LXXII, 431.—LXXIII, 60, 124, 166.—LXXIV, 407.
Cerdán (D. Ramon.)—LXXIII, 164, 165, 166, 260, 291, 292, 293, 294, 312, 313.—LXXIV, 395.

Cervellon (D. Francisco).—LXXIV, 288.
Cervellon (Gabrio).—LXXII, 133, 139, 140, 195, 206, 210, 213.
César.—LXXII, 145, 147, 348.
Céspedes (El oficial de pagador).—LXXIV, 314.
Cessin (Bernalt).—LXXIII, 170.
Cicoña (El caballero).—LXXII, 539.—LXXIII, 143.—LXXIV, 426.
Circourt (Monsieur de).—LXXIV, 73.
Clante (El caballèro).—LXXIII, 403, 404, 406.
Claraute (El capitan).—LXXIII, 145.
Clàudia, hija de Ana de Bretaña.—LXXIV, 211, 212.
Claves (Juan de).—LXXII, 474, 475, 476.
Clemente VIII.—LXXIV, 233, 236, 237, 238, 239, 247, 251, 254, 260, 261, 287, 292, 294, 296, 298, 301, 323, 324, 329, 332, 334, 335, 336, 337, 339, 340, 341, 342, 343, 358, 420, 423, 424, 429.
Cleves (Duque de).—LXXII, 265, 296, 340, 381, 452, 453, 476, 477.—LXXIII, 80, 133, 144, 155, 156, 158, 174, 207, 229, 230, 239, 244, 401, 425, 436, 437.—LXXIV, 79, 197, 198, 302.
Clodoveo.—LXXIV, 134.
Cloet.—LXXIII, 193, 194, 196. 197.
Clostre (El capitan).—LXXII, 307.
Cola (El capitan).—LXXIII, 409, 457.—LXXIV, 426.
Colalto (Conde de).—LXXIV, 69, 93.
Colemburg (El Conde de).—LXXII, 331.
Coligni (El Almirante Monsieur de).—LXXII, 400, 503.
Coloma (Maestre de campo D. Cárlos).—LXXIV, 273, 276, 343. 376.
Coloma (Diego).—LXXIII, 129, 243, 276, 414, 534, 538.—LXXIV, 410.
Coloma (El contador Pedro).—LXXII, 249.—LXXIII, 433, 447.—LXXIV, 225, 231, 418.
Colonia (Arzobispo electo de), *véase Baviera (Ernesto de)*.
Colonia (Arzobispo apóstata de), *véase Truches (Gerardo)*.
Colonia (Elector de).—LXXIV, 39, 40, 41.
Comendador (El) mayor, *v. Requesens (D. Luis de)*.
Condé (Príncipe de).—LXXII, 164, 271.—LXXIV, 297.
Condestable de Castilla, *v. Fernandez de Velasco (D. Juan)*.
Conroy (Monsieur de).—LXXIII, 343.—LXXIV, 432.
Constanza, mujer de D. Pedro de Aragon.—LXXIV, 210.
Conti (El Príncipe de).—LXXIII, 498, 509.
Contreras (El comisario Matías de).—LXXIII, 433, 435.—LXXIV, 418.
Contreras Gamarra (Juan de).—LXXII, 226.—LXXIII, 406, 407.—LXXIV, 218, 219, 386.
Coquela *(Coquille?)* (Monsieur Antonio de).—LXXII, 436.—LXXIII, 171, 221.—LXXIV, 303, 305, 437.
Coradino (El capitan).—LXXIV, 424.
Corbejon (Monsieur de).—LXXIII, 516, 517, 521, 524, 528, 529.

doba (D. Alonso de).—LXXIII, 5, 65.
doba (D. Diego de).—LXXII, 68, 9.
doba (El Maestre de campo Don Juan de).—LXXIII, 338, 364, 409, 57, 458.—LXXIV, 373.
pel (El comisario) —LXXIV, 126.
ral (D. Antonio de).—LXXIV, 277, 412.
rbera (El capitan Pedro).—LXXIII, 140, 148, 149, 256, 266, 296.—LXXIV, 106, 355, 406.
ema (Amaro de).—LXXII, 349.
esi (Jorge).—LXXIII, 222, 423.
eso.—LXXII, 145.
rey (Monsieur de).—LXXIV, 136.
roy (Cárlos de), Príncipe de Chimay.—LXXII, 354, 469, 471, 472.—LXXIII, 95, 177, 338, 339, 340, 341, 343, 344, 345, 346, 353, 362, 363, 364, 488.—LXXIV, 198, 278, 280, 282, 432.
Cubas (Nicasio).—LXXIV, 58.
Cueva (Jerónimo de la).—LXXIII, 223.
Cuevas (Evangelista de las).—LXXIII, 222.
Culebro (Sebastian).—LXXIV, 389.
Cumenes Cardiano.—LXXII, 146.
Curcio (El coronel).—LXXIV, 437.
Curiel (Alonso de).—LXXII, 163, 166, 180, 181.
Curs.—LXXIV, 111.
Curtuys (El coronel).—LXXIV, 127.
Cusan (Jerónimo).—LXXIV, 218.
Chacon (El Maestre de campo Juan).—LXXIII, 178, 190, 191, 359, 534.—LXXIV, 377.
Champagna (Monsieur de).—LXXIV, 432.
Champani (Monsieur de).—LXXII, [illegible].—LXXIII, 78, 99.
Chapela (Monsieur de la).—LXXIV, 437.
Chapin Vitelli.—LXXIV, 78.
Charles, el capitan Salvaje.—LXXIII, 166, 365, 366, 367, 368.
Chartres (Obispo de).—LXXIV, 24.
Chasco (Juan de).—LXXII, 528.—LXXIII, 157, 158, 159, 160, 166, 174, 238, 279, 299, 310.—LXXIV, 386.
Chatillon (Monsieur de).—LXXIII, 493, 498, 509.—LXXIV, 14.
Chatrie (El Baron de la).—LXXIII, 484.—LXXIV, 441.
Chatrie (Monsieur de la).—LXXIII, 483, 489, 493, 527, 531.—LXXIV, 97, 145, 151, 152, 187, 199, 203, 224, 232, 236, 239, 242, 245, 246, 250, 251, 301, 441.
Chavarria (El alférez).—LXXII, 69.
Chaves (D. Diego de).—LXXIII, 55.
Checis (El Conde Nicolao).—LXXII, 68, 256, 497.—LXXIV, 424.
Chesteyn (El Conde de).—LXXIII, 463.
Chimay (Príncipe de), *v. Croy (Cárlos de).*
Chimay (Princesa de).—LXXII, 472.

D

Dantierres (Gobernador de Simay).—LXXII, 110.
David (El capitan).—LXXII, 277, 278.
Decheman (El capitan).—LXXII, 373, 374, 384.
Deportes Villier.—LXXIII, 470.—LXXIV, 106, 124, 341, 342, 343.
Derique Robert.—LXXII, 298.
Diaz (Hernando).—LXXIV, 408.
Diaz de Peces (Pedro).—LXXIII, 526.—LXXIV, 30.

Diez de Navarra (Luis).—LXXIV, 414.
Dimitri.—LXXII, 94.
Dini.—LXXIII, 36.
Dombres (Príncipe).—LXXIV, 109.
Dorante (El Padre).—LXXII, 141, 143.
Doria (El capitan).—LXXIV, 314, 428.
Dornié (Monsieur de).—LXXIII, 16.
Draque (Francisco).—LXXIII, 351.
Duarte (El Cardenal Don).—LXXIV, 170.
Duarte de Portugal (El Infante Don).—LXXII, 62.
Duarte (Juancho).—LXXIII, 130, 223.—LXXIV, 407.
Dudley (Milord Robert), conde de Leicester.—LXXII, 328.—LXXIII, 154, 206, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 216, 217, 221, 222, 225, 229, 230, 231, 232, 286.
Duerpes (Monsieur de).—LXXII, 182.—LXXIII, 274.
Duffoles (Señor de), *v. Merode (Señor de).*
Dulce, condesa de Provenza.—LXXIV, 210.
Duran (El Maestre de campo Diego).—LXXIII, 468.—LXXIV, 378.

E

Egmont (Conde de).—LXXII, 59, 84, 184, 251, 254, 264, 292, 358, 430.—LXXIII, 87, 338, 368, 409, 437, 457, 458.—LXXIV, 433.
Egmont (Ana de), condesa de Buren.—LXXII, 502.
Elva (Conde de).—LXXIV, 376.
Emanuel Filiberto (El Príncipe), hijo del Duque de Saboya.—LXXIII, 356.
Embre (Príncipe de).—LXXIV, 297.
Emden (El Conde Juan de).—LXXII, 444.—LXXIII, 404, 405.
Emedejunio (El capitan).—LXXII, 517, 518.—LXXIV, 438.
Emilio.—LXXII, 145.
Encio (Bartolomé).—LXXII, 262.
Enno Siro.—LXXII, 146.
Enrique, hijo del duque de Brancuyque.—LXXIII, 388.
Enrique (El capitan).—LXXII, 175.
Enrique II de Francia.—LXXIV, 211, 212.
Enrique II de Inglaterra.—LXXIV, 213.
Enrique III de Francia.—LXXII, 148, 328, 470, 529.—LXXIII, 8, 9, 69, 152, 153, 336.—LXXIV, 98, 134, 211.
Enrique VII, Duque de Bretaña, Rey de Francia.—LXXIV, 212.
Enriquez (D. Pedro).—LXXII, 99, 100.
Ernesto (Archiduque).—LXXIV, 102.
Esbesio (Juan).—LXXII, 466, 467, 468, 471, 503.
Escamez (Francisco de).—LXXII, 204, 521.—LXXIII, 130, 419.—LXXIV, 388.
Escobar (Antonio de).—LXXIV, 174, 214, 215.
Escobar (Diego de).—LXXII, 139, 448, 486.—LXXIII, 132, 260, 312, 352.—LXXIV, 398.
Escobar (D. Sancho de).—LXXIII, 64, 65.
Escobar de Velasco (Jusepe de).—LXXIV, 32, 272, 275, 411.
Escobedo (El capitan Diego de).—LXXIII, 367, 484, 526.—LXXIV, 26, 27, 32, 338, 405.
Escobio.—LXXIII, 77, 80.

Espina (Juan Tomás).—LXXIV, 427.
Espinola (Juan Bautista).—LXXIV, 133.
Espinosa (Andrés de).—LXXII, 491.—LXXIII, 30.—LXXIV, 399.
Espinosa (Bernabé de).—LXXIII, 526.—LXXIV, 272.
Espinosa (Francisco de).—LXXIV, 273, 274, 408.
Espinosa (Melchor).—LXXIV, 418.
Espinosa Calderon (Alonso de).—LXXIII, 169, 176, 258, 281, 295, 299, 303.—LXXIV, 412.
Espurg (Marqués de).—LXXIII, 337.—LXXIV, 436.
Esquenque, *v. Schenck (Martin).*
Essex (Conde de),—LXXIV, 108.
Estafen (El coronel).—LXXII, 269.
Estanley (El coronel), *v. Stanley (Edouard).*
Estaurobate.—LXXII, 145.
Esten (Señor de).—LXXIII, 44.
Esterque (El Tesorero general).—LXXII, 176.
Estropeni (Monsieur de).—LXXIII, 281.
Eucontra (El capitan Juan).—LXXIV, 402.
Eugenio IV.—LXXIV, 211.

F

Fábara (Marqués de la).—LXXIII, 334.—LXXIV, 383.
Fabio Máximo.—LXXII, 145.
Fachineto (Juan Antonio), cardenal de los Santos cuatro coronados, ó Santricuatri, *v. Inocencio IX.*
Fajardo (Alonso Luis).—LXXIV, 222, 223, 241.
Falaris Agrigentino.—LXXII, 145.
Falconeta (Capitan).—LXXII, 91, 169.
Fania (Monsieur de).—LXXIV, 312.
Farnese (Alejandro), pass.
Farnese (Cardenal).—LXXII, 66.
Farnese (Fabio).—LXXII, 203.
Farnese (Mario).—LXXIV, 420.
Farnese (El duque Octavio).—LXXII, 62, 68.—LXXIII, 81, 96, 97, 227.
Farnese (Ranucio), hijo de Alejandro.—LXXIV, 77, 78, 83, 161, 257, 263, 264, 266, 267, 268, 276, 296, 299, 337, 353, 419.
Federico I (El Emperador).—LXXIV, 210.
Felipe el Bueno.—LXXII, 29—LXXIV, 209.
Felipe el Conquistador, rey de Francia.—LXXIV, 213.
Felipe el Hermoso, archiduque de Austria.—LXXII, 59.—LXXIII, 513.—LXXIV, 213.
Felipe Junior, último Duque de Borgoña.—LXXIV, 209.
Felipe I.—LXXII, 16.
Felipe II, pass.
Felipe III.—LXXIV, 340, 443.
Felipe IV.—LXXII, 29. 60.
Felipe VI de Valois.—LXXIV, 209.
Fequemburg (Condes de).—LXXIII, 495.
Feria (Duque de).—LXXIV, 182, 208, 294.
Fernandez (Cristóbal).—LXXIV, 411.
Fernandez (Gaspar).—LXXIV, 408.
Fernandez de Castro (Gonzalo).—LXXII, 476, 479.—LXXIII, 60, 165.—LXXIV, 411.
Fernandez de Córdoba (Gonzalo).—LXXIV, 373.
Fernandez de Ramada (Pedro).—LXXIV, 390.
Fernandez de Siles (Pedro).—LXXIII, 65, 164.

Fernandez de Velasco (D. Juan), condestable de Castilla.—LXXIV, 36, 392.
Fernando el Católico.—LXXII, 60.—LXXIII, 451.—LXXIV, 210, 211.
Ferrara (Duque de).—LXXIV, 212.
Ferrer (Pablo).—LXXIII, 223.
Figuera Quintanilla (Jerónimo).—LXXIII, 30.
Figueroa (D. Lope de).—LXXII, 113, 114, 115, 117, 175, 185, 192, 197, 201, 221, 486.—LXXIII, 324.—LXXIV, 364, 371, 403, 404, 405, 408.
Finchiburg (El capitan).—LXXII, 295.
Flandes (Conde de).—LXXII, 411.
Florencia (Duque de).——LXXIV, 225, 301, 423.
Flores (El capitan), el viejo.—LXXIV, 411.
Flores (Diego).—LXXIII, 60, 166.
Formion.—LXXII, 145.
Fornos (El Marqués de).—LXXIII, 96.
Francisco de Bretaña.—LXXIV, 211.
Francisco I, duque de Valois y conde de Angulema.—LXXIII, 512.—LXXIV, 212, 213.
Francisco (El arquero).—LXXIII, 30.
Fresno (Monsieur de).—LXXII, 84.
Frias (Martin Alonso de).—LXXII, 376, 377.—LXXIII, 16.—LXXIV, 16, 30.
Fucares (Los).—LXXIV, 327, 331.
Fuenmayor (El capitan).—LXXIII, 30.
Furrería (Luis de la).—LXXII, 81.
Fuslan (Horacio).—LXXII, 68.
Fustemburg (Conde de).—LXXIV, 111.
Fuy (Monsieur de).—LXXIV, 262, 263.

G

Gaetano (El Cardenal).—LXXIII, 511, 530.—LXXIV, 329.
Gaetano (El Maestre de campo Pedro), duque de Salmoneta.—LXXIII, 31, 96, 488, 504, 505, 516, 527, 549.—LXXIV, 13, 421, 422.
Gaetano (Rugero).—LXXIV, 13, 422.
Galeoto (D. Francisco).—LXXIV, 411.
Galeoto (D. Rodrigo).—LXXIV, 411.
Gallego (Pedro).—LXXIII, 367.
Galli ó Gallipienso (Martin de).—LXXIII, 62.—LXXIV, 409.
Gambaluta (El capitan).—LXXIV, 428.
Gamboa (El capitan).—LXXIII, 64.
Gandía (Duque de), *v. Borja.*
Gante (Vizconde de).—LXXII, 84, 98, 180, 224.
Gaona (Diego de).—LXXII, 151.—LXXIII, 99.
García (Alonso).—LXXII, 419.
García del Hoyo (El alférez).—LXXIII, 306.—LXXIV, 320.
García de Muriel.—LXXIV, 408.
García de Olivera (El capitan).—LXXII, 154, 160, 227, 228, 237.—LXXIV, 379.
García Ramon (Alonso).—LXXII, 101, 214, 240.
García de Santistéban (Fray).—LXXIII, 116, 117.
García de Toledo (D. Juan).—LXXII, 108, 416.—LXXIII, 103, 119.—LXXIV, 385.
Garcies (Señor de).—LXXII, 177.—LXXIV, 410,
Garmier (Monsieur).—LXXIII, 18.

Gate *(Gatez?)* (Monsieur de).—LXXII, 119, 120.
Gayangos de Navarrete (Baltasar).—LXXIV, 418.
Gaytan (El cabo de escuadra).—LXXIII, 164.
Gebri (Monsieur de).—LXXIV, 218, 219, 221, 222.
Gelbes (Conde de), *v. Pimentel (Don Diego).*
Gerardo (Baltasar).—LXXII, 498, 499, 500, 501, 502.
Gerit Heriyunque (El capitan).—LXXIII, 363.
Gesa (El cardenal).—LXXIV, 230.
Gibrao (Baron de).—LXXII, 104, 130, 131, 154.—LXXIV, 434.
Giron (D. Fernando).—LXXIII, 61, 290, 312, 313.—LXXIV, 372, 416.
Giron (D. Gonzalo).—LXXII, 395, 504, 506, 512, 517, 521, 522.—LXXIII, 12, 13, 158, 160, 166.—LXXIV, 399.
Gisela, hija de Cárlos IV, rey de Francia.—LXXIV, 213.
Glaner (Daniel).—LXXIII, 76.
Glelik (Conde de).—LXXII, 387.
Glissi (Monsieur de).—LXXIII, 498.
Godino de Navarrete (Baltasar).—LXXIV, 411.
Godoy (D. Luis de).—LXXIII, 260, 291, 312, 318, 372, 374, 389, 410, 417.
Gomez (Antonio).—LXXIII, 249. 256, 279, 296, 297, 298.—LXXIV, 399.
Gomez (Hernan).—LXXIII, 106, 107, 111, 124, 125.
Gomez de Parada.—LXXIII, 519.—LXXIV, 413.
Gondi (El cardenal de).—LXXIII, 482.—LXXIV, 233, 244, 335, 336, 337, 340.
Gonzaga (Anibal).—LXXIII, 140, 222.
Gonzaga (Ferrante).—LXXII, 256, 371.—LXXIII, 96, 229, 354.—LXXIV, 424.
Gonzaga (Hércole).—LXXIV, 425.
Gonzaga (Octavio).—LXXII, 71, 79, 91, 92, 93, 97, 121, 141, 142, 160, 161, 168, 169, 175, 185, 186, 195, 197, 199, 217, 222, 237, 239, 240, 243, 250.—LXXIV, 382, 419.
Gonzaga (Pirro).—LXXII, 108.
Gonzalez (Antonio).—LXXIII, 260, 291, 312, 372, 377, 531.—LXXIV, 269, 390.
Gonzalez (Julian).—LXXIII, 524.
Gonzalez de Navarrete (El teniente).—LXXII, 237.
Gonzalez de Reaza (Juan).—LXXIII, 307, 511, 526.—LXXIV, 30, 137, 272, 412.
Gonzalez Sigler (Diego).—LXXIV, 413.
Gordan (Monsieur de).—LXXII, 163, 166, 182.—LXXIII, 350.
Graco (Sempronio).—LXXII, 147.
Gramay (El comisario).—LXXII, 539.
Gramanfort (Monsieur de).—LXXIV, 23, 24.
Granvela (El cardenal).—LXXII, 63, 66.—LXXIII, 18.—LXXIV, 432.
Gravendon (El capitan).—LXXIV, 437.
Gregorio XIV.—LXXIII, 511, 530.—LXXIV, 44, 51, 61, 62, 66, 87, 95, 98, 103, 106, 107, 108, 111, 112, 126, 130, 131, 132, 133, 146, 229, 238.
Grimaldi (Julio).—LXXIII, 193.
Groisbeck (Gerardo de), obispo de Liege.—LXXII, 265, 275.

Guadalajara y Javier (El padre fray Márcos).—LXXII, 9.—LXXIV, 166, 443.
Guadique (Monsieur de).—LXXIV, 437.
Guardia (El marqués de la).—LXXII, 203.—LXXIV, 368.
Guasto (El marqués del).—LXXII, 513.—LXXIII, 27, 53, 72, 73, 96, 201, 203, 216, 217, 218, 220, 221, 222, 252, 281, 298, 303, 304, 456.—LXXIV, 218, 237, 299, 313, 420.
Guaterdich (Monsieur de).—LXXIV, 303.
Guerra (César).—LXXIII, 456.
Guerra (D. Diego de la).—LXXIII, 428, 430.—LXXIV, 378.
Guevara (D. Iñigo de).—LXXIII, 424.
Guileyn (Monsieur de).—LXXIV, 115, 117, 119, 120.
Guillermo, hijo del duque de Cleves, obispo de Munster.—LXXIII, 80.
Guillermo, conde de Poytu.—LXXIV, 213.
Guisa (Cardenal de).—LXXIII, 153, 336, 481, 546.
Guisa (Duque de).—LXXIII, 153, 307, 336, 481, 485, 546, 548.—LXXIV, 98, 99, 100, 101, 141, 145, 148, 149, 151, 152, 154, 160, 174, 178, 179, 183, 185, 187, 199, 203, 215, 220, 222, 224, 232, 236, 239, 244, 245, 246, 247, 250, 251, 267, 276, 292, 295, 297, 300, 301, 333, 341, 382, 440, 441.
Guisa (Duquesa de).—LXXIV, 98, 246, 301.
Guiu (Monsieur de).—LXXIV, 435.
Guni (Monsieur de).—LXXII, 72, 84, 94, 95.
Guzman (El alférez).—LXXIII, 114.
Guzman (Pedro de).—LXXII, 195, 366.
Guzman Córdoba y Quesada (Don Juan de).—LXXII, 177, 217.—LXXIV, 410.
Guzman de Silva.—LXXII, 61.

H

Hamelton (El capitan).—LXXII, 383.
Hanault (Baron de).—LXXIII, 143.
Hanz Alberto (El conde).—LXXII, 387.
Hanze (Maestre).—LXXII, 124, 126.—LXXIII, 20, 30.
Haultain (Monsieur de).—LXXIII, 64.
Hautepena (Monsieur de).—LXXII, 250, 264, 310, 353, 354, 381, 384, 388, 391, 392, 425, 435, 500.—LXXIII, 11, 16, 80, 96, 103, 133, 139, 141, 143, 144, 145, 146, 156, 159, 174, 175, 177, 178, 183, 184, 185, 187, 214, 229, 240, 241, 260, 261, 262, 269, 270, 272, 281, 298, 378, 407, 421.—LXXIV, 366, 431.
Havre (Marqués de), *v. Croy (Cárlos de).*
Haya (Monsieur de la).—LXXIV, 25.
Hegtiman (El coronel).—LXXII, 270, 271.
Hembre (El capitan Le).—LXXII, 338.—LXXIV, 438.
Heras (Juan de las).—LXXIII, 537, 538.
Herenes (Hernesto).—LXXIV, 348, 349.
Herlach (El coronel).—LXXII, 531, 532.

Hernandez (Andrés).—LXXIV, 384.
Hernandez (Cristóbal de).—LXXIII, 519, 524, 525, 526.—LXXIV, 254, 256, 324.
Hernandez (El padre Miguel).—LXXII, 185, 186, 410, 411, 412.—LXXIII, 19, 31, 104.
Hernandez de la Carrera (Pedro).—LXXIV, 372.
Herpe (Monsieur de).—LXXII, 459.—LXXIV, 76, 439.
Herrera (Agustin de).—LXXII, 212.—LXXIII, 205, 206, 224, 249, 260, 267, 291, 311, 312, 313.—LXXIV, 371.
Herrera (Antonio de).—LXXII, 9.—LXXIV, 166, 389, 443.
Herrera (Diego de).—LXXII, 504.—LXXIV, 402.
Herrera (Juan de).—LXXIII, 60, 130, 534.—LXXIV, 389.
Herrera (D. Luis de).—LXXII, 120.—LXXIV, 402.
Herreros (Diego de los).—LXXIV, 31, 272.
Hert (Baron de).—LXXIV, 105.
Hesdin (Conde de).—LXXII, 224, 347.—LXXIV, 434.
Hesnoy (El coronel).—LXXII, 365.
Hesse (Monsieur de).—LXXII, 251, 252, 253, 489.—LXXIII, 387.
Hessel (El capitan).—LXXIV, 307, 437.
Hian (Monsieur del).—LXXII, 341.
Hierjes (Monsieur de), conde de Barlamont.—LXXII, 59, 72, 73, 74, 77, 110, 133, 184, 189, 190, 191, 203, 210, 317, 339, 381.—LXXIII, 272, 274, 284, 285, 286, 488.—LXXIV, 116, 121, 155, 320, 345, 431.
Hita (Diego de).—LXXII, 521.—LXXIII, 223.—LXXIV, 411.
Hoc (Cornelio de).—LXXII, 422, 423.
Hoctendorp *(Huchtenbroeck?)* (El consejero).—LXXII, 436.
Holac (Conde de).—LXXII, 72, 73, 259, 262, 336, 365, 367, 376, 381, 382, 384, 392, 435, 448, 459, 465, 466, 479, 480, 481, 482, 483, 484.—LXXIII, 10, 11, 14, 15, 16, 53, 56, 108, 142, 156, 165, 168, 259, 262, 269, 270, 275, 303, 414, 421, 422, 424, 446.—LXXIV, 316, 317, 318, 319, 320, 348, 357.
Hoogstraeten (Conde de).—LXXII, 59, 381, 384, 388, 392.—LXXIV, 433,
Hornes (Conde de).—LXXII, 59, 292.—LXXIV, 433.
Hortigosa (Baltasar de).—LXXIII, 12, 18, 40, 70, 71, 72, 74, 86, 162, 163, 164, 165, 166, 215, 223, 312, 318, 330.—LXXIV, 392.
Hortigosa de Tobar (Alonso).—LXXIII, 164, 180, 223.
Humiers (Monsieur de)—LXXIV, 153.
Huqueville (Monsieur de).—LXXIV, 97.
Hurtado de Mendoza (D. Diego).—LXXII, 109.
Hurtado de Mendoza (D. García).—LXXII, 203.
Hurtado de Mendoza (Juan).—LXXII, 148.
Huter (El teniente).—LXXIII, 11.

I

Ibarra (D. Cárlos de).—LXXIV, 367.
Ibarra (D. Diego de), comendador de Villahermosa.—LXXIII, 399, 456.—LXXIV, 11, 12, 18, 19,

20, 21, 22, 36, 37, 38, 39, 40, 44, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 59, 60, 62, 65, 66, 67, 69, 70, 88, 89, 90, 91, 92, 95, 96, 97, 99, 100, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 110, 111, 112, 113, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 199, 202, 203, 204, 205, 206, 214, 215, 218, 224, 225, 229, 232, 233, 234, 235, 237, 238, 239, 240, 241, 244, 245, 248, 250, 251, 252, 259, 260, 263, 267, 276, 282, 283, 284, 287, 289, 290, 293, 295, 298, 299, 300, 323, 324, 326, 327, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 338, 339, 349, 366, 418, 440.

Ibarra (Francisco de), padre de D. Diego.—LXXIV, 18, 367.

Ibarra (D. Francisco), hijo de Don Diego.—LXXIV, 367.

Ibarra (Pedro de).—LXXII, 421.—LXXIII, 65, 164, 307.—LXXIV, 394.

Idiaquez (D. Alonso de), virey de Navarra.—LXXIII, 334, 374, 488, 504, 505, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 524, 525, 527, 545, 546, 547, 549.—LXXIV, 13, 15, 25, 28, 29, 32, 34, 37, 54, 55, 62, 63, 67, 78, 111, 114, 134, 135, 203, 254, 255, 267, 276, 277, 288, 290, 300, 308, 338, 374, 375, 399, 401, 410.

Idiaquez (Domingo de).—LXXIII, 249, 258, 279, 296, 297, 298, 312.—LXXIV, 392.

Idiaquez (D. Juan de).—LXXIII, 334, 488.—LXXIV, 374.

Ifelstein *(Iselstein.)* (El coronel).—LXXII, 365.

Ijar (D. Vicente de).—LXXIII, 165.—LXXIV, 407.

Inestrosa (Juan de).—LXXIII, 164.—LXXIV, 410.

Inocencio IX.—LXXIV, 133, 147, 149, 152, 153, 160, 169, 170, 173, 180, 181, 182, 199, 202, 213, 224, 228, 229, 230, 231, 233, 236.

Inon (El comisario).—LXXII, 469.

Iñiguez (D. Agustin).—LXXII, 486, 487, 509, 512.—LXXIII, 48, 60, 65, 103, 107, 129, 130, 155, 163, 165, 323.—LXXIV, 371.

Iñiguez (Juan).—LXXIII, 65, 130, 165.

Isaba (Márcos de).—LXXII, 185.—LXXIV, 403.

Isabel de Borbon, muger de Felipe IV.—LXXIV, 212.

Isabel la Católica.—LXXII, 60.—LXXIII, 451.

Isabel, reina de Inglaterra.—LXXII, 71, 229, 288, 316, 317, 327, 328, 407, 408, 432, 433, 470, 471.—LXXIII, 9, 69, 70, 72, 152, 153, 154, 157, 182, 198, 206, 213, 214, 259, 262, 265, 329, 330, 331, 352, 361, 383, 452, 459, 460, 469, 493, 501, 540, 550.—LXXIV, 11, 36, 98, 105, 114, 167, 169, 178, 293, 322, 360, 439.

Isabel Clara Eugenia de Austria.—LXXII, 50, 60.—LXXIII, 547.—LXXIV, 11, 102, 183, 185, 200,

203, 204, 206, 207, 208, 209, 212, 213, 216, 234, 243, 248, 249, 250, 294, 327, 340, 341.
Isabel de la Paz.—LXXIV, 208, 212,
Isla (Hernando de).—LXXII, 488.—LXXIII, 510, 519, 524, 525, 526.—LXXIV, 16, 30, 54, 137, 223, 269, 270, 271, 272, 274, 403.
Isla (Lázaro de).—LXXIV, 403.
Isla (Nicolás de).—LXXIII, 350.
Isteron (Conde).—LXXII, 388.
Itúrbeda (Simon de).—LXXIII, 61, 164, 256, 279, 291, 312, 377, 488, 523.—LXXIV, 13, 29, 32, 55, 58, 135, 399.

J

Jablin (Monsieur de).—LXXIII, 489, 493.
Jacobo, Rey de Escocia.—LXXIII, 330.
Janin (El Presidente).—LXXIII, 546, 547.—LXXIV, 100, 128, 145, 149, 157, 161, 173, 182, 183, 184, 185, 186, 203, 208, 215, 224, 233, 241.
Jáuregui (Juan de).—LXXII, 335, 336, 337, 338.
Jorge (Alonso).—LXXIII, 130.
Jorque (Rolando).—LXXIII, 341, 342.
Josué.—LXXIV, 354.
Joyosa *(Joyeuse?)* (Duque de).—LXXIV, 36, 97, 152, 232.
Juan el Bueno, rey de Francia.—LXXIV, 209.
Juan Francisco (El ingeniero).—LXXIII, 124.
Juan II.—LXXII, 29.—LXXIII, 451.
Juana (Princesa Doña).—LXXII, 60.
Juana de Borgoña.—LXXIV, 209.
Juana, condesa de Champagne, hija de Luis X (Hutin).—LXXIV, 213.
Juana, reina de Francia, muger de Felipe el Hermoso.—LXXIII, 513.—LXXIV, 213.
Juana II de Nápoles.—LXXIV, 210, 211,
Judiez (Joseph).—LXXII, 65.
Juliers (Duque de).—LXXIII, 534.
Juneo (El alférez).—LXXIII, 449.
Jurado (Juan).—LXXIII, 65.—LXXIV, 404.
Justiniano (El Maestre de campo Pompeyo).—LXXIV, 428.

K

Keppel (Señor de).—LXXII, 330.

L

La Ribera (El cabo de escuadra).—LXXIII, 42, 43.
Lacerda (D. Martin de).—LXXIV, 77.
Ladislao, rey de Nápoles, conde de Provenza.—LXXIV, 210.
Ladron (D. Sancho).—LXXII, 188.
Lafin (Monsieur de).—LXXIII, 505.
Lagorseta (Estéban de).—LXXIV, 15.
Laguinela (El capitan).—LXXII, 175.
Lalayn (Conde de).—LXXII, 84, 180, 184, 224, 232, 298, 365, 384.
Lalayn (Mme. Cornelia de), *v. Monseao (Mme. de).*
Lamar (Felipe Emanuel, Príncipe de).—LXXIV, 405.
Lambergue (El Conde de).—LXXIII, 301, 302, 303, 308, 311, 388, 389.
Lamburg. (Conde de).—LXXIV, 105.
Lamoral de Egmont.—LXXII, 264, 358.

Lande (El conde Otavio de).—LXXII, 225.
Landria (Monseñor de).—LXXIV, 98.
Landriano (El Conde).—LXXIII, 11.
Landriano (D. Ambrosio).—LXXII, 117, 118.—LXXIII, 11, 14, 36, 37, 38, 39, 40, 44, 67, 68, 70, 72, 73, 74, 87, 376.—LXXIV, 422.
Lansi (Julio).—LXXIII, 502.
Lanuza (D. Juan de).—LXXIII, 64.—LXXIV, 405.
Lanza Vechia (Odoardo).—LXXIII, 453—LXXIV, 426.
Lapeña (Gaspar).—LXXIII, 538.
Lardi (Felipe).—LXXIV, 209.
Laso (D. Rodrigo).—LXXIV, 78, 81, 218, 267, 276, 380.
Lastur (Juan de).—LXXII, 239.—LXXIV, 417.
Latraja (Monsieur de).—LXXIII, 479.
Lavija (El capitan).—LXXIV, 438.
Lázaro (Leon).—LXXII, 68, 256.
Lecola (El capitan).—LXXII, 531, 532.
Lechuga (Cristóbal).—LXXIII, 124, 276, 466.—LXXIV, 400.
Ledesma (Diego de).—LXXIII, 244, 359, 372, 534.—LXXIV, 410.
Legorreta (Estéban de).—LXXIV, 163.
Legui (El Conde de).—LXXII, 273.
Leicester (El Conde de), *v. Dudley (Milord Robert).*
Leiva (Antonio de).—LXXIV, 49.
Leiva (D. Diego de).—LXXIV, 410.
Leiva, *v. Martinez de Leiva.*
Lemus (Condes de).—LXXIV, 381.
Leon (Arzobispo de).—LXXIII, 482.
Leon (Cristóbal de).—LXXIV, 411.
Leon (Pedro de).—LXXIII, 519.
Leonor, señora de Gascuña.—LXXIV, 213.
Lerma (D. Alonso de).—LXXIII, 545.—LXXIV, 218, 276, 286, 379.
Leychon (Monsieur de).—LXXII, 71.
Lezcano (Amador).—LXXII, 77, 78.
Licques (Monsieur de).—LXXIV, 438.
Liege (Cardenal y Obispo de), *véase Groisbeck (Gerardo), y Alberto de Babiera.*
Liege (Príncipe de).—LXXIII, 153, 408.
Ligni (El Conde de).—LXXIV, 434.
Limburg (El capitan).—LXXIV, 197 198.
Limones (Antonio).—LXXIII, 374.—LXXIV, 408.
Linares Garrido (Lúcas de).—LXXIII, 464, 466.
Linde (Monsieur de)—LXXIII, 533.—LXXIV, 438.
Loa (Alonso de la).—LXXII, 79.
Logrela (Estéban de).—LXXIV, 377.
Longueval (Monsieur de).—LXXIV, 135, 136, 138.
Longueville (Duque de).—LXXIII, 498, 509.—LXXIV, 97, 106, 441.
Longueville (Duquesa de).—LXXIV, 203, 214.
Lopez (Juan).—LXXIV, 272, 274, 313.
Lopez de Agüero (Alonso).—LXXII, 507.
Lopez de Arentales (Alonso).—LXXII, 247, 354.
Lopez del Arbol (Baltasar).—LXXIV, 408.
Lopez de Aybar (Martin).—LXXIII, 307, 518.—LXXIV, 400.

Lopez de Holguin (Juan).—LXXIV, 411.
Lopez de Luna (Tristan).—LXXII, 204, 210, 521.—LXXIV, 408.
Lopez de Zabala (Gregorio).—LXXIV, 300, 409.
Loqueman *(Laukema.)* (El capitan).—LXXIV, 41, 43, 45, 47.
Lorena (Cardenal de).—LXXIV, 293.
Lorena (El Duque de).—LXXII, 247.—LXXIII, 485, 547, 548.—LXXIV, 12, 61, 105, 107, 108, 178, 179, 183, 185, 187, 212, 246, 247, 297, 341, 342, 436, 441.
Loriz (D. Leandro).—LXXIV, 288.
Loyola (Ignacio de).—LXXIII, 508.
Ludovico (El Conde).—LXXIII, 404.
Luis II de Francia.—LXXIII, 512.
Luis III, Duque de Anjou.—LXXIV, 211.
Luis X (Hutin).—LXXIV, 213.
Luis XI de Francia.—LXXIV, 209.
Luis XII de Francia.—LXXIV, 211.
Luis, hijo tercero del Duque de Guisa.—LXXIV, 99.
Luisa de Saboya.—LXXIV, 213.
Lumay (Monsieur de).—LXXII, 84.
Luna (Alonso de).—LXXIII, 534.
Luna (D. Cárlos de).—LXXIII, 96, 312.—LXXIV, 381.
Luna (D. Pedro de).—LXXIII, 61, 107, 129, 184, 271, 276, 318, 372, 534, 538.—LXXIV, 408.
Luna y Carcamo (D. Alonso).—LXXIV, 376.
Luna y Mora (Gonzalo de).—LXXIII, 258, 264, 281, 289, 299, 318, 372, 410, 517, 519, 522.—LXXIV, 135, 277, 374.
Luque (Pedro de).—LXXIII, 106, 111.
Lutero (Martin).—LXXII, 34, 271, 351.—LXXIII, 9, 143, 401.
Luxemburg (Francisco, Duque de).—LXXII, 108.
Luzaumada (D. Francisco de).—LXXIII, 276.
Luzon (D. Alonso).—LXXIV, 78, 81, 218, 267, 372.
Luzon (D. Francisco).—LXXIII, 181, 223, 414.—LXXIV, 320.
Llera (El alférez).—LXXIII, 245.

M

Macedonio (Aníbal).—LXXIV, 428.
Machuca (Gaspar).—LXXIV, 309.
Maheda (D. Luis de).—LXXIV, 388.
Mala (Monsieur de).—LXXII, 356.
Malaespina (El Marqués Alejandro).—LXXII, 310.—LXXIV, 106, 110, 150, 424.
Malaespina (El Marqués Conrado).—LXXII, 203,
Malo (Francisco).—LXXIV, 408.
Malvasia (Monseñor).—LXXIV, 343.
Malvendas (Los).—LXXIV, 327, 331.
Mandragete (El Conde).—LXXIV. 435.
Manfredo, rey de Sicilia.—LXXIV, 210.
Manlio Lentulo.—LXXII, 146.
Manrique (D. Antonio), conde de Morata.—LXXIII, 230, 244, 266, 323.—LXXIV, 373.
Manrique (D. Diego).—LXXIII, 430.
Manrique (D. Jorge).—LXXIII, 347, 348, 351, 352.
Manrique (D. Juan).—LXXIV, 403.
Manrique (D. Juan).—LXXII, 379, 459, 460, 461, 484, 531, 532, 534.—LXXIV, 435.
Manrique (D. Pedro).—LXXIII, 61, 219, 223, 254, 258, 265, 281,

299, 312, 313, 430.—LXXIV, 373.
Manrique de Lara (D. Juan).—LXXIII, 334, 354, 362, 371, 372, 375, 377, 396, 399, 415, 416, 418, 421, 423, 424, 425, 427, 428, 431, 436, 438, 439, 446, 447, 448, 449, 450, 462, 463, 471, 473, 535, 552.—LXXIV, 111, 220, 377, 383, 395, 400.
Mansfelt (El conde Cárlos de).—LXXII, 71, 104, 105, 106, 107, 108, 274, 365, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 388, 389, 390, 391, 392, 400, 413, 446, 493, 494, 496, 509, 512.—LXXIII, 53, 66, 67, 95, 102, 103, 104, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 119, 121, 122, 123, 126, 128, 129, 131, 133, 139, 140, 148, 149, 150, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 166, 168, 169, 174, 175, 181, 182, 183, 187, 252, 254, 298, 303, 314, 315, 375, 400, 401, 408, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 435, 436, 437, 438, 447, 450, 451, 457, 460, 462.—LXXIV, 223, 308, 332, 430.
Mansfelt (Inés de).—LXXII, 434.
Mansfelt (El Conde Octavio de).—LXXII, 274.—LXXIII, 95, 281.—LXXIV, 79, 80, 83, 430, 439.
Mansfelt (El Conde Pedro Ernesto de).—LXXII, 59, 70, 71, 79, 133, 239, 252, 253, 267, 268, 274, 330, 412, 413, 446, 498, 499, 500, 501, 517.—LXXIII, 18, 48, 58, 59, 60, 89, 95, 175, 183, 184, 209, 314, 335, 353, 363, 364, 368, 377, 378, 384, 386, 458, 459, 486, 495, 532, 533, 534, 552, 554.—LXXIV, 47, 83, 196, 197, 254, 302, 303, 307, 328, 359, 430.
Manuy (Monsieur de).—LXXII, 256, 349.—LXXIV, 436.
Manzano.—LXXII, 187, 216, 246.—LXXIV, 408.
Marco Antonio (Señor de Torrichela).—LXXII, 145, 203.
Margarita de Austria.—LXXII, 62, 63, 66, 67, 274, 318, 320, 428, 429.—LXXIII, 226.—LXXIV, 322, 361.
María, Duquesa de Borgoña, abuela de Cárlos V.—LXXIV, 209.
María, Infanta de Portugal.—LXXII, 62.—LXXIV, 77.
María, hija del Príncipe de Orange.—LXXII, 503.
Marin (Diego).—LXXIV, 412.
Marin (Francisco).—LXXIII, 165, 360, 395, 523.—LXXIV, 56, 57, 412.
Marin (Gonzalo).—LXXIV, 319.
Marin de Robles (Diego).—LXXIII, 523.
Marnix (Felipe), Señor de Sante Aldegonde.—LXXII, 180, 181, 282, 452, 461, 462, 468, 469, 503, 527, 528.—LXXIII, 8, 20, 36, 52, 53, 54, 56, 68, 69, 77, 79, 80, 81, 83, 84, 88, 93, 151, 154.
Marquez (Alonso).—LXXIV, 272, 274.
Marquez (Francisco).—LXXII, 217.—LXXIV, 407.
Martinengo (Mario).—LXXII, 446, 481.—LXXIII, 210, 211, 282, 283, 285, 286.
Martinez (Julian).—LXXIII, 367, 368.

Martinez de Leiva (D. Alonso).—LXXII, 108, 109, 121, 122, 137, 200.—LXXIII, 215, 318, 362.—LXXIV, 377, 393.

Martinez de Leiva (D. Antonio), Príncipe de Asculi y segundo Duque de Terranova.—LXXIII, 349, 351, 408, 416, 419, 424, 450, 488.—LXXIV, 38, 39, 47, 48, 49, 50, 64, 65, 69, 91, 92, 93, 94, 99, 102, 103, 104, 106, 109, 126, 129, 133, 135, 139, 142, 151, 153, 154, 155, 157, 160. 165, 218, 266, 267, 299, 362,

Martinez de Leiva (D. Felipe), hermano de D. Alonso.—LXXIII, 363.

Martinez de Leiva (D. Sancho).—LXXII, 109, 122, 137, 177, 200, 203, 204, 217, 369, 370, 371, 393, 394, 395, 396, 418, 420, 421, 430, 452, 453, 474, 476, 479, 504, 506, 507, 510, 512, 517, 520, 521.—LXXIII, 12, 14, 15, 69, 96, 178, 215, 229, 242, 243, 244, 318, 334, 352, 354, 362, 365, 366, 368, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 398, 408, 409, 411, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 422, 423, 424, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 447, 449, 450, 451, 452, 459, 461, 465, 473, 488, 515, 517, 518, 521.—LXXIV, 66, 78, 87, 122, 218, 219, 223, 265, 267, 308, 312, 355, 362, 363, 386, 387, 388, 393, 398, 400, 404, 409, 412, 416.

Martinez de Prado (Melchor).—LXXIII, 109, 110, 111, 122, 124, 128, 318, 461.—LXXIV, 82, 410.

Martinienes, *v. Marnix (Felipe).*

Martino V (El Papa).—LXXIV, 210, 211.

Masaludeña (Alonso de).—LXXIII, 223.

Masco (D. Cristóbal).—LXXIII, 393, 395.

Massi (Cosme).—LXXIV, 19, 36, 40, 49, 275, 290, 429.

Matías de Austria (El Archiduque).—LXXII, 63, 165, 182, 184, 231, 255, 265, 266, 279, 327, 406.—LXXIII, 91.

Matucho (El comisario).—LXXIV, 228, 229, 230, 236, 237, 238, 254, 287, 296, 323, 329, 332, 337, 343.

Mauri (Monsieur de).—LXXII, 453.

Maximiliano I, Emperador de Alemania.—LXXII, 16, 29.—LXXIV, 423.

Médicis (Catalina de).—LXXII, 368, 372, 452, 500.—LXXIII, 9, 512.—LXXIV, 174.

Médicis (D. Juan de).—LXXIV, 423.

Medina (D. Diego de).—LXXIV, 269, 324, 389.

Medina Sidonia (Duque de).—LXXIII, 334, 346, 347, 349, 350, 351, 355, 358.—LXXIV, 78, 357.

Mega *(Meghem?)* (El Conde de).—LXXII, 59..—LXXIV, 434.

Mejía (D. Agustin).—LXXII, 137, 203.—LXXIII, 65.—LXXIV, 368, 369.

Mejía (D. Gonzalo).—LXXIII, 65.

Mendo de Solís (Alonso).—LXXII, 304, 332, 375, 440, 489.—LXXIII, 170, 282, 283, 284, 465, 466.—LXXIV, 74, 75, 311, 321, 385.

Mendoza (D. Alonso de).—LXXIII, 164, 252, 264, 266, 296, 312,

371.—LXXIV, 309, 314, 315, 316, 318, 346, 347, 373.
Mendoza (Doña Beatriz de).—LXXIII, 549.
Mendoza (D. Bernardino de).—LXXII, 166.—LXXIII, 8, 69, 409, 470, 482, 486, 494, 511, 530, 531, 532, 541.—LXXIV, 11, 12, 89.
Mendoza (Francisco).—LXXIII, 507.
Mendoza (D. Francisco de).—LXXIII, 256, 279, 299, 417.—LXXIV, 404, 408.
Mendoza (D. Juan de), marqués de San German.—LXXIII, 107, 243, 359, 372, 374.—LXXIV, 391.
Mendoza (D. Pedro de).—LXXII, 227.
Mendoza (D. Rodrigo de).—LXXIV, 396.
Menele (El Marqués de).—LXXIV, 97.
Meneses (D. Cárlos de).—LXXII, 369, 370, 394, 413, 418, 420, 430.
Meneses (Miguel de).—LXXIII, 65.
Menon de Rodas.—LXXII, 145.
Meppen (El teniente).—LXXII, 298.
Mercado (Alonso).—LXXIII, 518.—LXXIV, 15, 409.
Mercurio de Bretaña (El Duque).—LXXIII, 489, 493.—LXXIV, 36, 97, 109, 152, 167, 168, 169, 183, 232, 247, 284, 297.
Meriteo, *v. Natin Meriteo.*
Merode (Guillermo de), Señor de Duffoles y Albese.—LXXIII, 77, 80.
Mesa (Alonso de).—LXXIII, 65, 195.—LXXIV, 80.
Mesa Ludeña (Alonso de).—LXXIII, 130, 276, 537, 538, 539.—LXXIV, 415.
Mesia de Gamez (Hernan).—LXXIV, 136, 138, 401.
Meurs (El Conde de).—LXXII, 459, 460, 538.—LXXIII, 141, 143, 144, 146, 147, 148, 170, 188, 198, 199, 233, 234, 282, 283, 284, 285, 286, 385, 425, 426, 427, 429, 430, 431, 436, 438, 446.—LXXIII, 40.
Mexia (D. Agustin).—LXXII, 177.
Meyn (El coronel Juan).—LXXII, 270.
Mezuca (Jorge).—LXXII, 226.
Mieses (D. Jerónimo de).—LXXIV, 404.
Milarse (D. Juan).—LXXIV, 137.
Miranda (D. Alonso de).—LXXIII, 504.—LXXIV, 32, 277, 411.
Miranda (Andrés de).—LXXIII, 263, 288, 291.—LXXIV, 25, 27, 409.
Miranda (Francisco de).—LXXIV, 397.
Miranda (El Conde de), virey de Nápoles.—LXXIV, 141.
Miranda Quirós (D. Diego de).—LXXIV, 376.
Miranda y Quirós (El capitan).—LXXIV, 376.
Miron (El alférez).—LXXIII, 518.
Mitrídates.—LXXII, 146.
Molfeta (Príncipe de).—LXXII, 71.—LXXIV, 419.
Molina.—LXXIV, 310.
Mombeque (Monsieur de).—LXXIII, 18.
Momo Gambarelo.—LXXII, 100.
Moncada (D. Hugo de).—LXXIII, 350.
Mondelo (El Conde Bernardino).—LXXII, 68.
Mondragon (Alonso de).—LXXIII, 264.—LXXIV, 409.

Mondragon (Cristóbal de).—LXXII, 21, 77, 122, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 139, 186, 187, 199, 217, 218, 220, 252, 359, 371, 381, 422, 424, 425, 430, 431, 448, 449, 483, 486, 487, 494, 495, 496, 497, 508, 509, 512, 513, 514, 515, 524, 528, 537.—LXXIII, 35, 46, 55, 60, 96, 103, 109, 114, 129, 139, 140, 156, 157, 158, 159, 160, 163, 165, 166, 171, 178, 179, 185, 189, 190, 229, 245, 249, 251, 253, 254, 255, 256, 258, 260, 263, 266, 279, 281, 288, 291, 295, 296, 299, 305, 310, 312, 317, 318, 323, 334, 360, 383, 452, 455.—LXXIV, 124, 361, 368, 398, 405, 408, 409, 413.

Mondragon (Francisco).—LXXII, 396.

Mondragon (Gaspar de).—LXXIII, 417, 418, 534.—LXXIV, 409.

Mondragon (N.).—LXXII, 130.

Monfort (El capitan).—LXXII, 275.

Monsalva (El capitan D. Alonso de).—LXXIV, 405.

Monseao (Monsieur de).—LXXII, 258, 260, 332, 333.

Monseao (Madama de).—LXXII, 232, 260.

Montalvo (El alférez).—LXXIV, 288, 338.

Montani (Monsieur de).—LXXII, 59, 84, 166, 180, 271, 272, 273, 280, 287, 289, 290, 292, 295, 298, 308, 313, 347, 430, 461.—LXXIII, 73, 74, 75, 84, 85, 86, 96, 257, 293, 294, 305, 308, 353, 354, 359, 360, 361, 362, 368, 369, 371, 372, 375, 488, 514.—LXXIV, 433.

Monte (Alejandro de).—LXXIII, 344, 345, 502, 549.—LXXIV, 13, 15, 421, 427.

Monte (Camilo de).—LXXII, 91, 92, 136, 524.—LXXIII, 49, 55, 385.—LXXIV, 421, 427.

Monte (Francisco del).—LXXIII, 338.—LXXIV, 422.

Monte (Juan Bautista del).—LXXII, 132, 138, 160, 252, 253, 256, 268, 278, 280, 310, 369, 370, 371.—LXXIV, 422.

Monte de Olio (El Conde de).—LXXII, 136.

Montelimar (El teniente).—LXXIII, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 67, 85.—LXXIV, 179.

Montemarchano (El Duque de), *v. Esfrondato (Hércules).*

Montenegro (El Marqués de).—LXXIV, 425.

Montero (Cristóbal de).—LXXIII, 181.

Montesdoca (Pedro de).—LXXII, 187, 188.

Montpensier (Ludovico, Duque de).—LXXII, 503.—LXXIII, 498, 509.

Montpensier (Madama de).—LXXIV, 175.

Morales (Juan de).—LXXIII, 394.

Morales (Martin de).—LXXIII, 176, 181, 295.—LXXIV, 406.

Morata (Conde de), *v. Manrique (D. Antonio).*

Moreno (Antonio).—LXXIII, 102.

Moreno (Francisco).—LXXIII, 164, 180, 223.

Moreo (El comendador D. Juan).—LXXIII, 409, 439, 460, 462, 471, 473, 483, 484, 485, 531.—LXXIV, 11.

Moreo (D. Pedro).—LXXIII, 409.

Moresino (Francisco). — LXXIV, 424, 426.
Moriansarte (El Secretario).— LXXIII, 87.—LXXIV, 36, 40, 439.
Moro (Juan).—LXXIII, 338.
Moros alárabes ó Bohariés.— LXXIII, 399.
Mosa (Juan).—LXXIV, 426.
Mosquera (Antonio de).—LXXIII, 534, 539.—LXXIV, 77, 78, 80, 398.
Mosquera (Márcos de).—LXXIII, 534.—LXXIV, 411.
Mosquetier (El capitan).—LXXIII, 42, 43, 414.
Mota (Hernando de).—LXXIII, 164, 266, 267, 307.—LXXIV, 400.
Mota *(Motte.)* (Monsieur de la), *v. Pardieu (Valentin).*
Moulart (Mathieu), Obispo de Arras.—LXXII, 182.
Mújica (D. Francisco de).—LXXIV, 33, 405.
Muñoz (El cabo de escuadra).— LXXII, 521.

N

Nájara (El Maestre de campo).— LXXIV, 414.
Nájera (El Duque de).—LXXIII, 334.—LXXIV, 377.
Narvaez (Alonso de).—LXXIII, 256, 266, 296.—LXXIV, 397.
Nassau (Federico de).—LXXII, 503.
Nassau (El Conde Felipe Guillermo de).—LXXII, 365, 502.
Nassau (Guillermo de), Príncipe de Orange.—LXXII, 50, 59, 69, 122, 131, 133, 148, 155, 162, 163, 164, 165, 169, 171, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 187, 199, 220, 223, 229, 230, 231, 245, 246, 247, 251, 254, 257, 258, 259, 260, 261, 263, 264, 265, 266, 269, 270, 272, 273, 274, 279, 282, 283, 286, 288, 291, 292, 293, 311, 314, 316, 325, 326, 327, 328, 334, 335, 336, 337, 338, 342, 350, 353, 365, 370, 371, 381, 404, 409, 412, 427, 428, 429, 432, 433, 435, 447, 450, 451, 452, 460, 461, 462, 463, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 479, 481, 484, 485, 495, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 528, 534.— LXXIII, 10, 81, 83, 88, 206.— LXXIV, 109, 282, 358.
Nassau (El Conde Guillermo de), hijo del anterior.—LXXIII, 170, 172, 211, 216, 217, 222, 229, 402, 403, 446, 463, 464, 465, 466, 468, 471.—LXXIV, 71, 72, 73, 75, 311, 312, 348, 354, 357.
Nassau (El Conde Juan de).—LXXII, 167, 181, 262, 263.
Nassau (El Conde Mauricio de).— LXXII, 264, 503.—LXXIII, 81, 370, 390, 391, 392, 414, 421, 422, 424, 446, 452, 453, 454, 455, 459, 540, 541, 549, 552, 553.—LXXIV, 36, 39, 40, 42, 43, 45, 46, 47, 73, 75, 76, 81, 83, 84, 86, 87, 95, 96, 115, 116, 117, 119, 120, 123, 130, 197, 198, 199, 254, 302, 303, 304, 305, 307, 311, 312, 314, 315, 316, 317, 319, 320, 321, 339, 343, 345, 347, 357, 360.
Nasobio (Ludovico).—LXXII, 178.
Natin Miriteo.—LXXII, 9, 97.
Navarra (La Reina de), *v. Valois (Margarita de).*
Nedereltem (El coronel).—LXXII, 389.

Nemours (El Duque de).—LXXII, 481, 491, 511, 547.—LXXIII, 35.—LXXIV, 52, 97, 152, 183, 214, 216, 247, 297, 441.
Niceli (Pedro Francisco).—LXXIV, 84, 85, 425.
Nienoort (El Señor de).—LXXII, 437, 440, 441, 443, 534.—LXXIII, 402, 403.
Nieto (El sargento).—LXXIII, 515, 517, 518, 525.
Niño (D. Gabriel).—LXXII, 79, 101, 122.—LXXIV, 364.
Nivers (El Duque de).—LXXIII, 498, 509.—LXXIV, 64, 66, 101, 106, 139, 244.
Nodera (Diego de).—LXXII, 421.—LXXIII, 65, 164.—LXXIV, 387.
Norris (El coronel Juan).—LXXII, 263, 271, 285, 286, 298, 301, 302, 304, 305, 358, 381.
Noyela *(Noyelles?)* (Monsieur de).—LXXII, 268.
Nua *(La Nouë,)* (Monsieur de la).—LXXII, 162, 163, 183, 186, 187, 231, 233, 254, 255, 256, 257, 264, 350, 393, 495, 524, 535, 536.—LXXIII, 87, 93, 498.—LXXIV, 109, 432.
Nua (Monsieur de la), el mozo.—LXXIV, 282.
Nuncio (El), de Su Santidad.—LXXIII, 337, 340, 341.
Nuñez (Duarte).—LXXII, 237.—LXXIV, 382.
Nuñez de Palencia (Juan).—LXXII, 194, 208, 209.—LXXIV, 404.
Nuñez de Prado (Melchor).—LXXIII, 354.

O

Obregon (D. Antonio de).—LXXIV, 407.
Olaso (Gaspar de).—LXXIII, 129, 258, 263, 264, 281, 299, 305.—LXXIV, 406.
Olave (El alférez).—LXXIII, 523.
Olave (Miguel de).—LXXIV, 411.
Olave (Pedro de).—LXXII, 249.
Olivares (El Conde de).—LXXIII, 530.—LXXIV, 202.
Olivera (Antonio de).—LXXII, 82, 91, 92, 93, 154, 160, 161, 368, 415, 417, 421, 464, 466, 473, 487, 513.—LXXIV, 264, 365.
Oñate (El Conde de), *v. Guevara (Don Iñigo).*
Ontalvo (Pedro de).—LXXIV, 32.
Opobal Herfer.—LXXIV, 105.
Orange (El Príncipe de), *v. Nassau (Guillermo de).*
Orozco y Rivera (El Maestre de campo, D. Rodrigo de).—LXXII, 217.—LXXIV, 377.
Orrio (El alférez).—LXXII, 68, 69.
Ortiz (Diego).—LXXIII, 65, 449.—LXXIV, 395.
Ortiz (Gabriel). —LXXIII, 127, 534.
Ortiz (Gaspar).—LXXII, 99, 101, 121, 175, 188, 194, 207, 208.—LXXIV, 399.
Ortiz (Gregorio).—LXXIII, 254, 256, 263, 296, 371, 399.
Ortiz (El alférez).—LXXIV, 29.
Osorio (D. Alvaro). — LXXIII, 317.—LXXIV, 269, 324, 397.
Osorio (D. Antonio). — LXXIII, 534.—LXXIV, 393.
Osorio (Hernando).—LXXIII, 223, 276.—LXXIV, 409.
Osorio de Ulloa (Juan).—LXXIII, 103.
Oswolt, hermano del Conde Herman de Bergas.—LXXIII, 15, 141, 144, 171.—LXXIV, 435.

Otalora (Iñigo de).—LXXIII, 165.—LXXIV, 411.
Otañez (Mateo de).—LXXIV, 411.

P

Pablo (Diego).—LXXIV, 408.
Pacheco (D. Juan).—LXXIV, 380.
Pacheco (D. Manuel).—LXXIV, 380.
Pacheco (D. Pedro).—LXXIV, 380.
Padilla (D. Francisco de).—LXXIV, 276, 376.
Padilla (D. Martin de), Adelantado mayor de Castilla.—LXXIII, 97, 355, 358.—LXXIV, 363, 376, 408.
Padilla (Pedro de).—LXXII, 496.—LXXIV, 84, 385, 408.
Padilla (Simon de).—LXXII, 415, 431.—LXXIII, 49, 55, 56, 64, 230.—LXXIV, 407.
Pagano (D. Francisco).—LXXIV, 427.
Palacon (D. Francisco).—LXXIV, 404.
Palafox (Francisco).—LXXIV, 410.
Palagano (D. Alfonso).—LXXIV, 427.
Palatino (El Conde), Juan Casimiro.—LXXII, 434.
Palavicino (El cardenal).—LXXIV, 38.
Palavicino (Horacio).—LXXIV, 105.
Palermo (Aurelio).—LXXII, 256.—LXXIV, 424.
Palma (El Conde de).—LXXIII, 97.
Palomeque (Pedro).—LXXIII, 276.
Palomino (Diego).—LXXIV, 405.
Palomino (Rodrigo).—LXXII, 113.
Pamola *(Pamelio?)* (El Presidente).—LXXII, 252.—LXXIII, 84.
Pantoja (D. Juan).—LXXIV, 395.
Papada (El teniente).—LXXII, 370, 371.
Pardieu (Valentin), Monsieur de La Motte.—LXXII, 163, 166, 180, 181, 271, 272, 273, 334, 346, 347, 424, 430, 437, 446, 480, 529, 531.—LXXIII, 22, 23, 24, 73, 74, 75, 84, 85, 86, 99, 100, 170, 178, 189, 190, 221, 250, 254, 255, 256, 257, 311, 312, 335, 350, 490, 503.—LXXIV, 40, 82, 124, 171, 257, 259, 275, 278, 300, 303, 307, 430.
Pardo (Juan).—LXXII, 506.
Parma (El Príncipe de), *v. Farnese (Alexandro).*
Pasquin.—LXXIII, 485.
Pastrana (El Duque de).—LXXIII, 334, 409, 416, 419, 424, 450.—LXXIV, 364.
Paton (El coronel).—LXXIII, 406, 407.—LXXIV, 437.
Paulo Antonio (El capitan).—LXXIII, 453, 454.
Paz (Juan de).—LXXIII, 166, 252, 264, 266, 296, 298, 312, 447, 448.—LXXIV, 408.
Paz (Pedro de).—LXXII, 206, 359, 360, 369, 379, 394, 395, 396, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 424, 425, 426, 430, 431, 449, 452, 453, 474, 485, 486, 487, 488, 491, 504, 509, 511, 512.—LXXIII, 12, 25, 46, 57, 58, 59, 60, 98, 163, 167, 317, 318, 399, 462.—LXXIV, 220, 356, 370, 396, 399, 408, 410.
Pazos (D. Antonio de).—LXXIII, 106, 127, 191, 192.—LXXIV, 399.
Pedro III de Aragon.—LXXIV, 210.
Pedrosa (El capitan).—LXXII, 307.
Pelegrin (Juan).—LXXII, 204, 476, 478, 512, 517, 520, 521, 522.—

LXXIII, 12, 14, 18, 25, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 45, 68, 70, 71, 72, 87.—LXXIV, 393.
Pelópidas.—LXXII, 145.
Peñalosa (Estéban de).—LXXIII, 106.—LXXIV, 411.
Peñuela (Diego de la).—LXXIII, 60, 129, 260, 291, 367.—LXXIV, 386.
Peñuela (Miguel de).—LXXIII, 522.
Perafan de Ribera (El Adelantado de Andalucía).—LXXIV, 32.
Peralta (Vasco de).—LXXII, 120.—LXXIV, 394.
Perea (Alonso de).—LXXII, 91, 99, 101, 121, 175, 194, 208, 214, 240, 419.—LXXIII, 64.—LXXIV, 410.
Perez (Andrés).—LXXIII, 164.
Perez de Arnalte (Pedro).—LXXIII, 504.
Perez de Guzman (D. Alonso), duque de Medina.—LXXII, 108, 109.—LXXIII, 319.—LXXIV, 363.
Perez Machon (Gilberto).—LXXIII, 436, 503, 504.—LXXIV, 27, 29, 31, 55, 58.
Pericles.—LXXII, 145.
Pernestan (El Baron de).—LXXIV, 328, 435.
Picolomini (Silvio).—LXXIV, 429.
Pierres.—LXXII, 85, 86, 88.
Pimentel (D. Diego), conde de Gelbes, virey de Aragon.—LXXIV, 78, 218, 267, 375.
Pinelo (El Maestre de campo Cárlos).—LXXIII, 314, 332, 338, 344, 345, 363, 378, 420, 426, 428, 430, 437, 502.—LXXIV, 15, 421.
Pinelo (Lucio), marqués del Zerron.—LXXIII, 430.
Pinoe *(Espinoy?)* (El Príncipe de).—LXXII, 84, 294, 314, 328, 355.
Pinoe *(Espinoy?)* (La Princesa de).—LXXII, 313, 314.
Pinto (El Señor de), *v. Caracena (Marqués de).*
Pinto de Fonseca (Antonio).—LXXIII, 164, 292, 293.—LXXIV, 26, 27, 32, 272, 273, 274, 403.
Piñar (Juan de).—LXXIII, 526.
Pio V.—LXXII, 63.
Piron (Juan).—LXXII, 519.
Pirro.—LXXII, 145, 147.
Pisa (Hércule de).—LXXIV, 428.
Pisani (El Marqués de).—LXXIV, 233.
Pison.—LXXII, 146.
Pitágoras—LXXII, 54.
Plasencia (El Obispo de).—LXXIV, 199, 233.
Plata (El ingeniero).—LXXII, 378.
Polbeyra (El Baron de).—LXXII, 72, 74, 77, 80, 153.—LXXIV, 435.
Poluyt (El Baron de).—LXXIII, 344.
Pompeo.—LXXII, 491.
Pompeyo.—LXXII, 145, 146.
Pon (El capitan Juan).—LXXIV, 402.
Pon San Pedro (Monsieur de).—LXXIV, 97.
Porras (Bernardino de).—LXXIV, 273, 274.
Porras (Hernando de).—LXXII, 506.
Portillo (El comisario).—LXXIII, 395.
Portugal (D. Antonio de).—LXXIII, 485.
Prada (Andrés de).—LXXII, 148.
Priego (El Marqués de).—LXXIV, 371.
Prona (Monsieur de).—LXXIII, 85.
Propercio (El ingeniero).—LXXIII, 227, 230.
Puertocarrero (D. Luis).—LXXIV, 79, 277, 413,

Puertocarrero (D. Pedro).—LXXIV, 411.
Puioys (El Príncipe de).—LXXIII, 95.
Pujalte (Cosme).—LXXIII, 428, 430.
Puñonrostro (El Conde de), *v. Bobadilla (D. Francisco).*

Q.

Queipo de Sotomayor (El licenciado Francisco).—LXXIV, 418.
Queralta (D. Luis de).—LXXIII, 245, 320, 321, 322, 325, 354, 362, 375.—LXXIV, 399.
Quesada (Hernando de).—LXXII, 112.
Quevedo (El comisario).—LXXIII, 456.
Quijada (Luis).—LXXII, 144
Quintanilla.—LXXII, 517, 520, 521, 522.—LXXIII, 24, 30.—LXXIV, 396.

R.

Ramirez (El doctor).—LXXII, 141.
Ramirez (Juan).—LXXIII, 258, 281.—LXXIV, 397.
Ramirez de Arellano (Juan).—LXXIV, 26, 27, 29, 31, 32.
Ramirez de Arellano (D. Pedro).—LXXIII, 127, 128, 166.—LXXIV, 411.
Ramon (El Conde de Barcelona).—LXXIV, 210.
Ranz (Pedro).—LXXIV, 303.
Rasfuelt (Monsieur de).—LXXII, 331.
Realpe (Pedro de).—LXXIV, 402.
Rebellon (D. Francisco).—LXXIII, 417.
Recha Costilla (Diego de).—LXXIII, 130.
Reinaldino (Jorge).—LXXII, 214.
Renata, hija de Luis XII de Francia.—LXXIV, 211, 212.
Renemburg (El Conde de).—LXXII, 162, 182, 232, 233, 258, 260, 261, 262, 263, 269, 270, 273, 284, 285, 286, 295, 362.—LXXIII, 142.—LXXIV, 75, 434.
Rengifo (El capitan).—LXXII, 207.—LXXIII, 530.
Rengifo (El sargento).—LXXIII, 525, 529, 530.
Rentería (Juan de la).—LXXIII, 165.—LXXIV, 389.
Rentin (El coronel).—LXXIII, 364.
Rentin (El Marqués de), *v. Montesi (Monsieur de).*
Rentin (El Prior de).—LXXIII, 485.
Requesens (D. Luis de), Comendador mayor de Castilla.—LXXII, 189.—LXXIII, 99.
Requisvero (El Conde).—LXXII, 411.
Ribas (Juan de).—LXXIII, 87.
Ribera (Alonso de).—LXXII, 217.—LXXIII. 61, 62, 66.
Ribera (Martin de).—LXXIV, 404.
Ribera Zambrana (Alonso de).—LXXIII, 184, 241, 276, 518, 522.—LXXIV, 318, 319, 390.
Ribera Zambrana (Jorge).—LXXIII, 62, 241, 271, 276, 522, 523.—LXXIV, 390.
Ribera Zambrana (Juan de).—LXXIII, 62, 130, 165, 180, 223, 241, 276, 518, 522, 523.—LXXIV, 29, 31, 414.
Rica, sobrina del Emperador Federico.—LXXIV, 210.
Richardote (El Presidente).—LXXII, 252.—LXXIII, 18, 84, 87.—

LXXIV, 19, 36, 183, 184, 203, 206, 290, 439.
Rigó (Monsieur de).—LXXIII, 516, 517, 524, 525.
Rinavolt (Monsieur de).—LXXII, 329, 330, 331, 445—LXXIII, 171.—LXXIV, 47, 86, 116, 437,
Riperdá (El caballero).—LXXIV, 76.
Riquelme (El alférez).—LXXIII. 164.
Riquelme (Los capitanes).—LXXIV, 404.
Rivas (El alférez).—LXXIII, 518.
Rivas (El Maestre de campo Juan de).—LXXII, 418, 420, 430, 504, 505, 506, 507, 511, 524.—LXXIII, 65, 249, 309, 310.—LXXIV, 371.
Robles (D. Felipe de).—LXXIII, 242, 338.—LXXIV, 435.
Robles (Gaspar de), baron de Velli.—LXXII, 79, 133, 172, 220, 252, 261, 273, 286, 288, 295, 310, 366, 391, 535, 536.—LXXIII, 30, 33, 34, 145, 206, 316, 338.—LXXIV, 41, 350, 365, 435.
Robles (D. Juan de).—LXXIV, 435,
Robot (El secretario).—LXXIV, 286.
Roche (Diego de).—LXXIII, 436.
Roda (Amesten).—LXXIII, 437.
Rodriguez de Ledesma (D. Mendo).—LXXIV, 168, 169, 233.
Rodriguez de Olivares (Diego).—LXXII, 418, 476, 477, 487.—LXXIV, 397.
Rodriguez Santisteban (El Maestre de campo Pedro).—LXXII, 203.—LXXIV, 372.
Rodulfo II, Emperador de Alemania.—LXXII, 463.—LXXIV, 40, 340.
Rodulfodano, *v. Rollon.*
Rojano (Juan).—LXXIII, 292, 307.
Rojas (Diego de).—LXXIII, 260, 281, 318.—LXXIV, 406.
Rolando.—LXXII, 9, 97.
Rollon (Roberto), primer Duque cristiano de Normandía.—LXXIV, 213.
Rom (El caballero).—LXXII, 333.
Romade (Robertin).—LXXIV, 118.
Roman (Agustin).—LXXII, 121, 431.—LXXIII, 59, 60, 114.—LXXIV, 355, 407.
Romero (Julian).—LXXIII, 103 452.
Rómulo.—LXXII, 145.
Rona (El Maestre de campo Monsieur de).—LXXIII, 475, 483, 489, 522.—LXXIV, 54, 55, 56, 57, 60, 64, 97, 129, 145, 149, 150, 151, 153, 154, 158, 161, 162, 225, 257, 296, 299, 323, 324, 325, 326, 329, 332, 333, 440.
Rorda (N.).—LXXII, 232.
Rosa (El capitan).—LXXIV, 426.
Rosado (Pedro).—LXXIV, 404.
Rosano (El Arzobispo de), *v. Castagna (Monseñor Juan Bautista).*
Roscio (Monsieur de).—LXXIV, 216.
Rostoner.—LXXIII, 361, 369, 371, 373.
Rótulo (D. Andrés).—LXXIV, 269, 411.
Rótulo (Leonardo).—LXXIV, 88, 410.
Rua (El capitan).—LXXIV, 415.
Ruberti (El comisario).—LXXIV, 347.
Rubes *(Roubais.)* (El Marqués de).—LXXII, 250, 251, 252, 253, 256, 268, 269, 271, 273, 278, 287, 316, 326, 327, 340, 341, 347, 359, 360, 369, 370, 393, 414, 415, 419, 422, 424, 431, 432, 449, 458, 464, 473, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 508, 513,

526.—LXXIII, 27, 29, 33, 34, 53.—LXXIV, 109, 432.
Ruiz (Márcos).—LXXIV, 396.
Ruiz (Mateo).—LXXIII, 64.
Ruiz de Castelblanco (Diego).—LXXIII, 292.
Ruiz de Cortaza (Gaspar).—LXXIV, 389.
Ruiz Fajardo (Alonso).—LXXIII, 256, 296, 417, 479.—LXXIV, 404.
Ruiz Porcel (El alférez Diego).—LXXIV, 56.
Ruiz de Velasco (Juan).—LXXIII, 526.—LXXIV, 407.
Ruiz de Villaoslada (Juan).—LXXIII, 111, 180, 203, 270, 359, 534.—LXXIV, 319, 387.
Rus (El Conde de).—LXXII, 59.—LXXIV, 433.
Russio (Monsieur de).—LXXIV, 331.
Rutibierca (Jerónimo de).—LXXIV, 383.
Rutinel (Jerónimo de).—LXXIII, 534.
Ruylle (Monsieur de).—LXXIV, 313.

S

Saboya (D. Amadeo de).—LXXIV, 419.
Saboya (El Duque de).—LXXII, 69.—LXXIII, 321, 336.—LXXIV, 97, 212, 223, 335, 336, 392, 397.
Saboya (La Duquesa de).—LXXIV, 336.
Sadoleto (El capitan),—LXXII, 342.
Saja *(Saxe.)* (Los Duques Mauricio y Francisco de).—LXXII, 168, 169, 171, 172, 174.—LXXIII, 204, 206, 496.—LXXIV, 121, 123, 139, 140, 156.
Sajonia (El Duque Mauricio de), hijo del príncipe de Orange.—LXXII, 162, 503.—LXXIV, 105, 123, 351.
Salamanca (Doña Teresa de).—LXXIII, 449.
Salazar (Juan de).—LXXIV, 274.
Salazar (El mayordomo).—LXXII, 169.
Salazar y Castilnovo (El Conde de), *v. Velasco y Aragon (D. Bernardino de).*
Salcedo (Andrés)—LXXIV, 411.
Salcedo (Juan de).—LXXII, 173.
Salcedo (Lorenzo de).—LXXIII, 518.—LXXIV, 409.
Saleguis (El Conde de).—LXXIV, 185, 441.
Saleni (Monsieur de).—LXXIV, 145.
Salinas (El doctor).—LXXII, 347.—LXXIII, 335.
Salmoneta (El Duque de), *v. Gaetano (Pedro).*
Salvador (El sargento Juan).—LXXIV, 58.
Salvaje (El capitan), *v. Charles (El capitan).*
Sambio (Monsieur de).—LXXII, 150.
San Bibasto (El Abad de).—LXXII, 184.
San Blás (El Abad de).—LXXII, 327.
San Clemente (D. Guillen de).—LXXIV, 328.
San German (El Marqués de), *v. Mendoza (D. Juan de).*
San Jorge (El Conde Guido).—LXXII, 29, 190, 191, 200, 203, 210.
San Juan Verdugo (El capitan).—LXXIV, 404.
San Luis.—LXXIV, 213.
San Melemont.—LXXIV, 147.
San Pol (Monsieur de).—LXXIII, 477, 478, 481, 484, 489, 493, 522.—LXXIV, 35, 36, 52, 88, 89, 93, 97, 129, 143, 324, 441.

San Sulpicio.—LXXII, 411.
Sanchez (Bartolomé).—LXXII, 366.—LXXIII, 464, 465, 466.—LXXIV, 304, 384, 385.
Sanchez de Porras (Juan).—LXXIII, 164, 306.—LXXIV, 416.
Sanchez de la Rosa (Juan).—LXXII, 396, 476.
Sanchez de Sepúlveda (Pedro).—LXXIV, 408.
Sancho (Don), virey de Navarra.—LXXII, 109.
Sandoval y Rojas (D. Juan de), marqués de Villamizar y virey de Valencia.—LXXIV, 378.
Sanguino, *v. Villalobos (Estéban de).*
Sanson (El Conde de).—LXXIII, 498.
Santa Cruz (Juan de).—LXXIII, 395.
Santa Cruz (El Marqués de).—LXXII, 485.—LXXIV, 272.
Santa Leocadia.—LXXII, 56, 410, 411, 412.—LXXIII, 19, 31, 32, 104.
Santa María (El capitan).—LXXII, 188, 189.
Sante (El capitan).—LXXIV, 303, 306.
Sante Aldegonde, *v. Marnix.*
Santiago.—LXXII, 200.—LXXIII, 64, 166, 194.
Santicuatri (El cardenal), *v. Inocencio IX.*
Santotis (D. Francisco de).—LXXIII, 372.—LXXIV, 407.
Sanz (Marco).—LXXII, 290.
Sarmiento (D. Diego).—LXXIII, 73.
Sarmiento (Pedro).—LXXIII, 433, 504.—LXXIV, 277, 376.
Sarmiento de Losada (Antonio).—LXXIII, 165.
Sayavedra (D. Gonzalo de).—LXXII, 208.
Sayavedra Delicado (El alférez).—LXXII, 517.—LXXIV, 385.
Scipion (Lucio).—LXXII, 145, 147.
Scipion el menor.—LXXII, 145.
Schencke (Martin).—LXXII, 232, 236, 237, 238, 261, 262, 274, 275, 285, 298, 340, 390.—LXXIII, 9, 10. 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 156, 170, 174, 177, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 229, 230, 239, 240, 241, 244, 256, 261, 262, 316, 324, 337, 339, 340, 341, 343, 344, 345, 362, 363, 385, 406, 407, 408, 421, 422.—LXXIV, 40, 76, 355.
Schwarzemburg (El Conde).—LXXII, 180, 532.
Schwarzemburg (Herleo).—LXXII, 186.
Scomberghe.—LXXIV, 125, 126, 140, 156.
Sega (El Cardenal).—LXXIV, 334.
Semíramis.—LXXII, 145.
Semple (*Simpel.*) (El coronel).—LXXII, 233, 356, 361, 422.—LXXIV, 438.
Septone.—LXXII, 147.
Serrano (Antonio).—LXXIV, 406.
Serrano (Juan).—LXXIII, 65, 164.
Serrano (Mateo).—LXXIII, 315, 316.—LXXIV, 398.
Servio Tulio.—LXXII, 145.
Sesa (El Duque de).—LXXIV, 62, 149, 170, 202, 229, 230, 238, 329.
Sevilla (Hernando de).—LXXIII, 510.—LXXIV, 327, 331.
Sfrondato (El Cardenal), *v. Gregorio XIV.*
Sfrondato (El conde Hércules), duque de Montemarchano.—LXXIV, 38, 44, 51, 61, 62, 66, 98, 104, 105,

106, 107, 108, 110, 126, 129, 132, 146, 148, 149, 150, 152, 153, 160, 170, 180, 181, 182, 202, 213, 224, 228, 229, 230, 233, 236, 237, 238, 240, 288, 420, 423.
Silvestre (Bartolomé).—LXXIII, 371.
Simon *(Cimon?)* (El capitan ateniense).—LXXII, 145.
Simoneta (Marco Antonio), señor de Torrichela.—LXXII, 100.
Siquemburg (El Conde).—LXXIV, 105.
Siques (Monsieur de).—LXXII, 226, 227, 228, 256, 347.
Siro (El Marqués del), *v. Spinello (Lucio)*.
Sixto V.—LXXIII, 80, 96, 104, 197, 331, 530.
Slegher.—LXXIV, 125, 140.
Smit (El coronel).—LXXII, 383, 384.
Solís (Alonso de).—LXXII, 216.—LXXIII, 263, 523.—LXXIV, 408.
Solís (Lázaro de).—LXXII, 521.
Solís (Pedro de).—LXXII, 448.—LXXIII, 291.—LXXIV, 405.
Solís (Sancho de).—LXXIII, 64, 179, 180.—LXXIV, 408.
Solms (El conde de).—LXXIII, 140.
Sopiro.—LXXII, 145.
Soria (Alonso de).—LXXIV, 406.
Soria (Felipe de).—LXXIV, 146, 149, 151, 381.
Sotomayor (El ayudante).—LXXIII, 164, 180.—LXXIV, 396.
Sotomayor (D. Alonso de).—LXXII, 132.—LXXIII, 164.—LXXIV, 379.
Sotomayor (D. Antonio de).—LXXIII, 249, 295, 318.—LXXIV, 413.
Spinello (El Maestre de campo Cárlo).—LXXIV, 420, 427.
Spinello (Lucio), marqués del Siro.—LXXIV, 427.
Spínola (Federico).—LXXIV, 428.
Spínola (El Maestre de campo Don Gaston).—LXXIII, 104, 320, 321, 337, 354, 362, 377.—LXXIV, 121, 123, 313, 314, 345, 420, 428, 429.
Stanley (Edouard).—LXXIII, 231, 232, 260, 270, 274, 313, 315, 316, 320, 321, 337, 342, 346, 353, 377.—LXXIV, 437.
Steynmalts (El teniente).—LXXIII, 172.
Stroci (Felipe).—LXXII, 485.
Stuardo (María).—LXXIII, 329.
Stuardo (El coronel).—LXXII, 358.
Suarez (El Maestre de campo Don Alvaro).—LXXIII, 124, 244.—LXXIV, 374.
Suarez (Antonio).—LXXIV, 384.
Sueson *(Soisons?)* (El Conde de).—LXXIV, 244, 247.

T

Tábara (El Marqués de).—LXXIV, 375.
Tange (El Baron de).—LXXIV, 97.
Tapena (El Maestre de campo Gaspar).—LXXIV, 378.
Tapino (Sebastian).—LXXII, 187, 188, 189, 190, 191, 193, 201, 204, 211, 212, 215, 217.—LXXIII, 305.
Tarlatino.—LXXIII, 456.
Tarquino el Soberbio.—LXXII, 145.
Tassis (Juan Bautista de).—LXXII, 79, 220, 270, 279, 295, 296, 299, 300, 301, 306, 330, 331, 361, 362, 365, 366, 383, 384, 398, 399, 435, 437, 438, 439, 440, 479, 480, 532, 534, 537,

538, 539.—LXXIII, 141, 145, 146, 147, 170, 171, 172, 210, 211, 216, 221, 222, 227, 230, 231, 232, 315, 316, 317, 339, 340, 341, 386, 409, 488.—LXXIV, 19, 20, 21, 36, 40, 41, 89, 122, 123, 179, 181, 206, 216, 218, 224, 290, 299, 300, 324, 329, 332, 366, 406, 436.
Tassis (D. Pedro de).—LXXII, 111, 112, 486, 511, 517.—LXXIII, 12.—LXXIV, 380, 382.
Tausto (Alonso de).—LXXIV, 388.
Tavanes (El Vizconde de).—LXXIV, 23, 52, 59, 60, 65, 91, 97, 203, 215.
Tayardo.—LXXII, 469.
Tejada (El Maestre de campo Juan de).—LXXIII, 12.—LXXIV, 371.
Tejeda (Juan de).—LXXII, 512, 517.
Teleni (Monsieur de).—LXXII, 495, 508, 524.—LXXIII, 93.
Teligny (Monsieur de).—LXXII, 503.
Tello (D. Rodrigo).—LXXIII, 348, 351.
Tello Portocarrero (Hernan).—LXXIII, 127, 271, 464, 534.—LXXIV, 82, 401.
Temburen (Juan).—LXXIV, 348, 349.
Temple (Monsieur de).—LXXII, 517.—LXXIII, 13, 18, 44.
Temple (Madama de).—LXXIII, 13.
Terhost (El Mariscal).—LXXIII, 401.
Terradas (Rafael).—LXXII, 476, 478, 504.—LXXIV, 402.
Terramunda (El Obispo de).—LXXII, 264.
Terranova (El Duque de), *v. Aragon (Cárlos de).*
Tesseling (Juan de).—LXXII, 390, 437.—LXXIII, 386.—LXXIV, 121.
Teu (Pedro de).—LXXII, 467.
Teves (Monsieur de).—LXXII, 446.
Timerman (Fray Antonio).—LXXII, 337, 338.
Tito Didio.—LXXII, 145.
Toledo (D. Alonso de).—LXXIII, 523.—LXXIV, 136, 404.
Toledo (D. Fadrique de).—LXXII, 245, 438.
Toledo (El Maestre de campo Don Fernando de).—LXXII, 187, 188 192, 201, 221, 359.—LXXIII, 452.—LXXIV, 367.
Toledo (El Maestre de campo Don Francisco de).—LXXIII, 350.
Toledo (D. García de), virey de Sicilia.—LXXII, 108.
Toledo (D. Luis de).—LXXII, 377, 496.
Toledo (D. Pedro de), marqués de Villafranca.—LXXII, 108, 222, 227, 236, 237, 238, 247.—LXXIV, 361.
Toledo (D. Rodrigo de).—LXXIV, 48, 51, 95, 105, 111, 129, 139, 141, 142, 143, 155.
Toledo y de Aguila (D. Juan de).—LXXIV, 405.
Tomás (El capitan).—LXXII, 261, 304.
Torch (El capitan).—LXXIII, 34.
Tordesillas.—LXXII, 91, 104.
Torralba (Bartolomé de).—LXXIII, 59, 60, 64, 65, 106, 122, 165, 169, 170, 255, 256, 263, 288, 296, 298, 305, 307, 312, 396, 397 426, 428, 474, 496, 518, 525.—LXXIV, 222, 223, 241, 258, 268, 269, 277, 343, 355, 378, 398.
Torralba (El sargento mayor).—

LXXIII, 526.—LXXIV, 26, 33, 231.
Torres (Francisco de).—LXXII, 521.—LXXIII, 223.
Torres (D. Francisco Juan de).—LXXIII, 424.—LXXIV, 393.
Torres de Vivero (El capitan)—LXXII, 510.—LXXIII, 60, 61, 62, 65, 164, 165, 166, 179, 180, 249, 318.—LXXIV, 401.
Torrichela (Señor de), *v. Marco Antonio.*
Tramolla *(Tremouille?)* (Monsieur de la).—LXXIII, 509.
Tratin.—LXXII, 9.
Treves (El Duque de).—LXXII, 429.
Trillo de Ávalos (Lorenzo).—LXXII, 370.
Trincuarte (Monsieur de).—LXXII, 415.—LXXIV, 436.
Troncoso de Ulloa (Alvaro).—LXXIV, 401.
Truches (Cárlos).—LXXII, 459, 460.
Truches (Fernando).—LXXII, 11.
Truches (Gerardo), Arzobispo apóstata de Colonia.—LXXII, 183, 269, 432, 434, 449, 459, 460.—LXXIII, 11.
Truichan (El capitan).—LXXII, 175, 268.
Tudesquin (Pedro).—LXXII, 68.
Tuesta (Sancho de).—LXXIII, 306.—LXXIV, 29, 31, 32.
Turena (El Vizconde de), príncipe de Bullon.—LXXII, 287.—LXXIII, 498, 509.

U

Ubierna (Juan de).—LXXIII, 504, 551.—LXXIV, 25, 27, 273, 408.
Uceda (Pablo de).—LXXII, 369, 379.—LXXIV, 394.
Ucedo de Heredia (El capitan).—LXXIV, 394.
Ugarte (Juancho de).—LXXIII, 461.
Ulloa (Juan Francisco de).—LXXIII, 551.
Umala *(Aumale?)* (El caballero de).—LXXIII, 478.—LXXIV, 441.
Umala *(Aumale?)* (El Duque de).—LXXIII, 489.—LXXIV, 35, 52, 97, 214, 219, 224, 440.
Umara (Francisco de).—LXXII, 353.
Umena (El Duque de).—LXXII, 492.—LXXIII, 153, 307, 384, 388, 409, 439, 457, 460, 469, 470, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 487, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 497, 499, 501, 506, 507, 509, 511, 514, 522, 527, 528, 530, 531, 541, 542, 546, 547, 548, 549, 550.—LXXIV, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 44, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 69, 70, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 110, 111, 112, 113, 114, 124, 125, 126, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 135, 139, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 199, 200, 201, 203, 204, 205, 213, 214, 215, 216, 224, 227, 229, 232, 233, 235, 236, 240, 241, 242, 243, 244, 246, 247, 249, 250,

251, 252, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 267, 276, 279, 280, 282, 284, 287, 289, 290, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 299, 300, 301, 324, 326, 327, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 337, 338, 339, 341, 342, 343, 344, 359, 370, 433.
Umena (Duquesa de). —LXXIV, 331.
Urbano VII.—LXXIII, 530.

V

Vademont (Monsieur de), hijo del duque de Lorena.—LXXIII, 338, 340, 363.—LXXIV, 145, 148, 175. 178, 185, 232, 246, 441.
Val (Monsieur de la).—LXXII, 400.
Valanghen (Adan).—LXXII, 295, 296, 298.—LXXIII, 142.
Valdés (El Maestre de campo Francisco de).—LXXII, 192, 193, 195, 197, 200, 201, 203, 221.—LXXIV, 365.
Valencia (Virey de), *v. Caracena (Marqués de).*
Valencia (Alonso de).—LXXII, 347.
Valencia (Juan de).—LXXIII, 111, 126, 127.
Valgornera (Felipe de).—LXXIII, 124.
Valle (Gonzalo de).—LXXII, 77, 93.
Vallejo (Pedro de).—LXXII, 73, 91, 209, 210.
Valois (Margarita de), reina de Narvarra.—LXXIV, 216.
Valseca (Mauricio de).—LXXIV, 402.
Vandelde (Enrique).—LXXIII, 172.
Vaneten (El comisario).—LXXIV, 147, 154.
Vanderburg (El Presidente).—LXXIII, 84.
Vandoma (El Cardenal de).—LXXIV, 103, 247.
Varela (Gaspar).—LXXIV, 414.
Vargas (Alonso de).—LXXII, 101, 521.—LXXIV, 252, 329, 395, 397.
Vargas (Pedro de).—LXXIV, 32, 272, 275, 412.
Vargas (El veterano).—LXXIV, 310.
Vargas Machuca (Diego de).—LXXII, 488, 521.—LXXIII, 12, 40, 72, 74, 86, 224, 255, 263, 291, 294, 312—LXXIV, 395.
Vargas Mexia (Juan de).—LXXII, 269.
Vasoñi (Monsieur de).—LXXIII, 132.
Vastendorpe ó Vestendorp (Jorge de).—LXXII, 295, 298, 300, 301, 308, 436.
Vaz (Adolfo).—LXXII, 214.
Vazquez (Alonso).—LXXII, 344, 477, 478, 506, 521.—LXXIII, 162, 163, 165, 181, 223, 389, 410, 417, 419, 526.—LXXIV, 137, 272, 273, 274, 416.
Vazquez (El comisario Francisco).—LXXII, 539.—LXXIII, 232.
Vazquez de Peralta (Cristóbal).—LXXIII, 117.
Vega (Alonso de).—LXXIII, 28, 249, 317.—LXXIV, 400, 409.
Vega (Diego de).—LXXIV, 411.
Vega (El Presidente Hernando de).—LXXIII, 162.
Vega (Jerónimo de).—LXXIII, 162, 166.—LXXIV, 220.
Vega Cabeza de Vaca (El Maestre de campo Manuel de).—LXXII, 493.—LXXIII, 108, 129, 157, 158, 175, 219, 223, 229, 240, 242, 243, 244, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 376, 394, 396, 397, 398, 421, 437, 439, 456, 464, 465, 466, 467, 468, 471,

532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 541, 552.—LXXIV, 44, 62, 66, 70, 74, 77, 78, 80, 82, 87, 95, 110, 122, 123, 308, 309, 366.
Velani (Madama de).—LXXIV, 152.
Velarte (D. Juan).—LXXIV, 404.
Velasco (El alférez Diego).—LXXIII, 523, 525, 529.—LXXIV, 55, 56, 58.
Velasco (D. Juan de).—LXXIII, 526.—LXXIV, 407.
Velasco (D. Luis de).—LXXIV, 51, 105, 106, 142, 225, 276, 277, 290, 375.
Velasco y Aragon (D. Bernardino de), conde de Salazar y Castilnovo.—LXXIV, 51, 369, 375.
Velasco Castañeda (D. Juan de).—LXXIV, 392.
Velio (El Presidente), *v. Viglius.*
Velli (El Baron de), *v. Robles (Gaspar de).*
Venegas (Alonso de).—LXXII, 245, 246.—LXXIII, 245, 247, 248.
Venero (Antonio).—LXXII, 337, 338.
Venero (Francisco).—LXXIV, 282, 283.
Venero (Pedro de).—LXXIV, 411.
Venero Avila.—LXXIII, 223.
Ventamo (El Conde de).—LXXII, 45.
Ventidio.—LXXII, 145.
Vera (Francisco de).—LXXIV, 32.
Vera (Leandro de).—LXXIII, 523.—LXXIV, 32, 411.
Verdugo (El sargento Diego).—LXXII, 521.—LXXIII, 13.
Verdugo (Francisco).—LXXII, 239, 243, 244, 273, 274, 285, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 329, 330, 331, 332, 333, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 397, 399, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 452, 460, 461, 464, 465, 466, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 530, 531, 532, 533, 534, 537, 539.—LXXIII, 15, 16, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 170, 171, 172, 173, 177, 183, 188, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 214, 215, 216, 217, 218, 220, 221, 222, 223, 225, 226, 227, 228, 229, 231, 232, 233, 282, 283, 284, 285, 286, 315, 316, 317, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 345, 346, 363, 364, 377, 385, 386, 387, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 421, 439, 446, 457, 460, 461, 463, 464, 465, 466, 468, 469, 495, 496, 532, 533, 534, 540, 552, 553, 554.—LXXIV, 37, 41, 42, 45, 47, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 85, 86, 87, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 124, 139, 196, 197, 198, 199, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 357, 361, 384, 385, 435, 436, 437.
Verdugo de Avila (Juan).—LXXII, 496.—LXXIII, 60, 263, 296.—LXXIV, 404.
Vergara (El Contralor).—LXXII, 82.
Vergara (Juan de).—LXXIII, 525, 528, 529.—LXXIV, 411.
Vestembur (El Conde de).—LXXIV, 105.

Vétri (Monsieur de).—LXXIII, 478.—LXXIV, 145, 289, 441.
Vicuña (Pedro de).—LXXIII, 306.—LXXIV, 58.
Vifringa (El Burgomaestre).—LXXII, 436.
Viglius (El Presidente).—LXXII, 229.
Vila (Monsieur de).—LXXII, 277, 286.
Vilches Rueda (Pedro de).—LXXIII, 368.—LXXIV, 415.
Villaderoy (Monsieur de).—LXXIV, 93, 98, 145, 157, 178, 186, 203, 244, 329, 337, 339.
Villafranca (El Marqués de), *v. Toledo (D. Pedro de).*
Villalba (Martin de).—LXXII, 416, 417.—LXXIV, 386.
Villalba (Sancho de).—LXXII, 117.
Villalobos (Pedro de).—LXXIV, 273, 274.
Villalobos y Benavides (D. Diego).—LXXIV, 443.
Villalobos Sanguino (Estéban de).—LXXIII, 418.
Villamizar (El Marqués de), *v. Sandoval y Rojas (D. Juan).*
Villar (El Maestre de campo Luis del).—LXXII, 431.—LXXIII, 60, 260, 291, 376, 388, 459.—LXXIV, 371.
Villaseca (Fadrique de).—LXXIII, 256, 266, 296, 318, 427, 428.—LXXIV, 55, 58, 402.
Villaverde (Domingo de).—LXXIV, 391.
Villegas (D. Antonio de).—LXXIV, 227.
Villers (Monsieur de).—LXXII, 84, 303, 304, 330, 440, 481, 532, 534, 538.—LXXIII, 146, 147, 148, 170, 233.—LXXIV, 59, 65, 89, 97, 108, 130, 131, 167, 226, 234, 293, 296, 338.
Vintimiglia (El Marqués Francisco de).—LXXIII, 453, 454, 455, 456.
Viñater (Monsieur de).—LXXIII, 36, 44, 45, 67, 68, 70, 71, 73.
Vivanco (D. Francisco de).—LXXIV, 410.
Vivanco (D. Juan de).—LXXIV, 318, 319, 406.
Vivero y Santistéban (D. Juan).—LXXII, 504.—LXXIV, 387.
Viveros (D. Juan de).—LXXIII, 260, 281, 299, 312.
Warembon (El Marqués de).—LXXII, 310, 496.—LXXIII, 58, 95, 386, 420, 421, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 437.—LXXIV, 434.

X

Xenofonte.—LXXII, 145.
Xerez (El capitan Pablo).—LXXIV, 395.

Y

Yama (Monsieur de)—LXXIII, 40, 43, 44, 84, 85.
Yera (Acasio de).—LXXIII, 155, 164, 165, 166, 534.—LXXIV, 396.
Yorque (*Yorck.*) (Rolando).—LXXIII, 232.

Z

Zambrana (Francisco de).—LXXIII, 107, 108, 114, 522.—LXXIV, 32, 288, 394.
Zambrano (El capitan).—LXXII, 227.

Zameto (Sebastian).—LXXIV, 70, 149, 158, 159, 171, 225, 231, 237.
Zamora (El soldado).—LXXIII, 538.
Zapata (Hernando).—LXXIV, 58, 408.
Zapata (D. Rodrigo).—LXXII, 226.
Zapena (Gaspar).—LXXIII, 359, 534.
Zapeto (Domingo).—LXXIII, 456.
Zerron (El Marqués del), *v. Pinelo (Lucio).*
Zornoza y Guisasa (Juan de).—LXXIII, 318, 330, 503, 504, 505.—LXXIV, 18, 29, 31, 32, 269, 270, 271, 272, 274, 389.
Zuazo (Pedro de).—LXXIV, 411.
Zúñiga (D. Antonio de).—LXXII, 203.—LXXIII, 317, 318, 320, 321, 324, 334, 367, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 482, 483, 484, 486, 487, 490, 496, 503, 504, 505, 510, 514, 516, 517, 518, 519, 520, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 531, 542, 543, 544, 549, 550, 551.—LXXIV, 12, 13, 15, 16, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 54, 55, 57, 58, 61, 63, 64, 65, 91, 92, 102, 104, 111, 114, 134, 135, 137, 203, 220, 222, 231, 241, 254, 267, 268, 273, 275, 276, 277, 290, 324, 325, 332, 338, 355, 369, 398, 405, 408.
Zúñiga (D. Bernardino de).—LXXII, 167, 218.—LXXIV, 397.
Zúñiga (D. Luis de).—LXXIII, 256, 279, 291, 367.—LXXIV, 404.

ÍNDICE

de los nombres de lugar citados en los tomos LXXII, LXXIII y LXXIV de la Coleccion de Documentos inéditos.

A

Abbeville (Villa de).—LXXIV, 97, 225, 231, 254, 284.
Africa.—LXXII, 144.
Agramont (Villa de).—LXXIII, 446, 447.
Aguila (Ciudad del).—LXXII, 63, 66, 67.
Agusta (Castillos de).—LXXIV, 388.
Aire (Villa de).—LXXII, 22.
Alanis.—LXXII, 39.
Alava.—LXXII, 335, 486.—LXXIV, 377.
Albanchaez.—LXXIV, 136, 401.
Albania.—LXXIV, 424.
Albernia *(Auvernia.)* (Estado de).—LXXIV, 213.
Alcalá de Henares.—LXXIII, 518.
Alcalá la Real.—LXXIV, 405.
Alcántara.—LXXIV, 394.
Alcaráz.—LXXIII, 62.—LXXIV, 413, 414.
Aldoncel, *v. Oldenzel.*
Alejandría de la Palia.—LXXII, 68, 69, 217.—LXXIII, 62.—LXXIV, 142, 377.
Alejandrino (El).—LXXIV, 51.
Alemania.—LXXII, 27, 28, 63, 80, 116, 132, 144, 155, 161, 179, 186, 220, 247, 258, 264, 265, 291, 355, 429, 433, 434, 449, 452, 453, 461, 467, 476.—LXXIII, 9, 76, 196, 229, 233, 283, 285, 287, 307, 333, 334, 338, 376, 388, 458, 493, 495, 509, 511, 540, 550.—LXXIV, 11, 17, 23, 35, 36, 39, 40, 49, 51, 63, 66, 76, 101, 104, 105, 106, 123, 169, 170, 197, 249, 327, 328, 331, 332, 347, 360, 435, 443.
Alhama (Granada).—LXXIV, 272, 407.
Alhambra (La) de Granada.—LXXII, 218.
Aljafería (La) de Zaragoza,—LXXII, 8, 476.—LXXIII, 117.—LXXIV, 393, 415, 416
Almagro.—LXXII, 24.—LXXIII, 368.
Aloste (Villa de).—LXXII, 11, 15, 280, 340, 341, 342, 408, 459.—LXXIII, 78, 103, 104.
Alpe *(Alpen.)* (Villa de).—LXXIII, 200, 201, 202, 426, 427, 431, 436.—LXXIV, 427.
Alpes.—LXXIV, 210.
Ambel (Villa de).—LXXIII, 503.—LXXIV, 58.
Amberes.—LXXII, 12, 15, 16, 31, 42, 47, 56, 132, 153, 162, 163, 168, 169, 170, 171, 172, 174,

175, 176, 180, 181, 182, 184, 226, 229, 230, 233, 254, 255, 266, 269, 293, 327, 328, 329, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 351, 352, 353, 354, 357, 371, 400, 405, 407, 408, 409, 410, 422, 435, 447, 448, 450, 461, 462, 464, 468, 471, 473, 485, 487, 489, 494, 495, 496, 503, 504, 506, 507, 508, 509, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 522, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 535, 536.—LXXIII, 7, 8, 9, 10, 12, 18, 19, 20, 21, 22, 25, 26, 27, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 38, 43, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 59, 61, 65, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 96, 98, 99, 100, 101, 103, 104, 140, 143, 151, 152, 177, 189, 245, 247, 248, 253, 254, 265, 266, 268, 279, 303, 309, 313, 314, 317, 332, 354, 360, 362, 365, 368, 369, 370, 375, 376, 382, 383, 385, 398, 399, 410, 411, 424, 439, 452, 455, 485, 499.—LXXIV, 19, 70, 122, 123, 133, 146, 152, 159, 160, 201, 219, 237, 328, 354, 355, 356, 357, 361, 365, 392, 399, 400, 409, 412, 432.

Amersford (Villa de).—LXXII, 181, 233.

Amiens.—LXXIV, 50, 60, 65, 214, 215.

Amsterdam.—LXXII, 19.

Anascote (Lugar de).—LXXII, 27.—LXXIII, 321.

Andalucía.—LXXII, 39.—LXXIII, 319.

Andegatre (Villa de).—LXXII, 188.

Andrada.—LXXII, 506.

Andújar.—LXXII, 245.—LXXIII, 247.

Angra (Ciudad de).—LXXIV, 377.

Anjou (País de).—LXXIII, 509.

Anohlt (Castillo de).—LXXII, 331.

Aquisgran.—LXXII, 264, 355, 453, 474.—LXXIII, 438.

Aragon.—LXXII, 85, 132.—LXXIII, 230, 246, 409, 484, 503.—LXXIV, 58, 137, 210, 211, 253, 369, 372, 373, 379, 383, 386, 389, 393, 396, 405.

Arcequen Roy (Villa de).—LXXII, 476.

Arco *(Pont de l'Arche.)* (Puente de).—LXXIV, 289, 339.

Arcos.—LXXIV, 408.

Ardeña. *(Ardennes.)*—LXXII, 11, 23, 108.

Argel.—LXXIV, 366, 419.

Argenila.—LXXIV, 263.

Ariscote *(Aerschot.)* (Ducado de).—LXXII, 15.

Ariscote *(Aerschot.)* (Villa de).—LXXII, 16, 121, 354, 372.—LXXIII, 377, 396.

Arlés.—LXXIV, 210.

Arlesgen (Castillo de).—LXXII, 258.

Arlon (Villa de).—LXXII, 23, 82, 239, 277.—LXXIV, 108.

Armuña *(Almunia.)* (La).—LXXIV, 384.

Arnheim *(Arnen.)* (Villa de).—LXXII, 17, 465, 538.—LXXIII, 10, 16, 140, 141, 145, 177, 183, 188, 206, 438, 446.

Arpi.—LXXIV, 143.

Arras.—LXXII, 22, 163, 164.—LXXIV, 328, 352, 359.

Arsi.—LXXII, 224.

Artel (Villa de).—LXXIV, 103, 129, 143.
Artois (Provincia del).—LXXII, 11, 12, 21, 26, 55, 151, 153, 155, 164, 183, 184, 224, 229, 239, 250, 263, 267, 273, 315, 379, 429, 485, 529.—LXXIII, 16, 91, 229.—LXXIV, 54, 60, 115, 352.
Ascote (Lugar de).—LXXII, 334.—LXXIII, 377.
Aschendorp.—LXXIII, 404.
Asden *(Assoke?)* (Casar de).—LXXII, 380, 392.—LXXIV, 106,
Astien y Astenem. *(Astenay?)*—LXXIV, 108, 246.
Astorga.—LXXIV, 409.
Astúrias.—LXXII, 410.
Audemburque. *(Oudemburg?)*—LXXIII, 250, 251, 321.
Audenarda (Villa de).—LXXII, 340, 341, 342, 345, 347, 349, 350, 354, 356, 369, 372, 397, 487.—LXXIII, 447, 454.—LXXIV, 356.
Audenarda (Rio de).—LXXII, 463.
Audenquerque. *(Aldekerk)*—LXXIII, 427, 431, 437.
Aumala. *(Aumale.)*—LXXIV, 217, 218, 219, 220, 221.
Aumont (Castillo de).—LXXIV, 64, 110.
Austria.—LXXII, 266.
Avila.—LXXIII, 155, 164, 525, 544.—LXXIV, 370, 377, 381, 386, 395, 396, 409.
Aviñon (Condado de).—LXXIV, 210.

B.

Badajoz.—LXXIV, 404.
Baeza.—LXXIII, 102, 124, 129, 140, 164, 165, 395, 464, 466, 506, 519, 523.—LXXIV, 56, 255, 304, 324, 384, 385, 387, 388, 400, 403, 406, 408, 411, 412.
Bal *(Vahal.)* (Rio).—LXXII, 27.
Balla *(Belle?)* (Lugar de).—LXXII, 359.
Bao (Castillo de).—LXXII, 372.—LXXIII, 240, 354, 361.
Bapaume (Villa de).—LXXII, 22.
Barbastro.—LXXIV, 373.
Barcelona.—LXXIII, 320.
Barcelona (Condado de).—LXXIV, 210.
Barlota (Fuerte de la).—LXXIII, 158, 168, 175.
Bas (Castillo de).—LXXIII, 375.
Bastilla (La).—LXXIII, 513.—LXXIV, 157, 163, 166, 174.
Batemburque (Castillo de).—LXXII, 159, 167, 182.
Batemburque *(Batemburg?)* (Dique de).—LXXIII, 159, 174, 218.
Bayona (Islas de).—LXXIII, 346.
Baza.—LXXII, 370, 476.
Beahoys *(Beauvais.)* (Provincia de).—LXXIV, 65.
Begijar.—LXXIV, 384.
Béjar.—LXXIV, 414.
Bélgica.—LXXIII, 512.
Benabente.—LXXIV, 366.
Benasque (Castilllo de).—LXXIII, 165.—LXXIV, 389, 390.
Beosa. *(Beauzeé?)*—LXXIV, 23.
Beque *(Werk?)* (Lugar de).—LXXII, 296.
Berberia.—LXXIV, 388, 400, 418, 442.
Berbi *(Werwik.)* (Villa de).—LXXII, 233.—LXXIII, 321.—LXXIV, 54, 57, 58, 60, 63, 64, 114, 151, 153.
Berck *(Berkel)* (Rio de).—LXXII, 366.
Bergas Olzon *(Berg-op-zoom.)*

(Villa de).—LXXII, 15, 263, 317, 451, 496, 512, 528.—LXXIII, 10, 15, 43, 67, 69, 73, 245, 247, 248, 360, 361, 362, 364, 365, 366, 368, 369, 370, 372, 374, 375, 376, 378, 384, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 452.
Bergas Semano *(Bergues?)* (Villa de).—LXXII, 356, 358, 359, 360, 367, 414, 416, 422, 423, 424.—LXXIII, 337.
Bergas (Fuerte de la Cabeza de).—LXXIII, 361 370, 371, 373.—LXXIV, 355.
Bergas (Marquesado de).—LXXII, 15.
Berquem. *(Berchem?)*—LXXIII, 249, 385.
Berquerin ó Rimbergue (Villa de).—LXXIII, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 207, 208, 228, 229, 230, 240, 260, 315, 316, 324, 341, 363, 385, 386, 401, 421, 424, 425, 426, 427, 429, 431, 436, 437, 438, 446, 447, 458, 534.—LXXIV, 116, 427.
Berri (El).—LXXIV, 97.
Bester *(Vechte?)* (Rio).—LXXIV, 316.
Beter (Lugar y fuerte de).—LXXII, 461, 473.
Bethe (Rio).—LXXII, 270, 271.
Betuna *(Bethune.)* (Villa de).—LXXII, 22, 82.—LXXIII, 321.
Beuthem *(Benthem.)* (Castillo de).—LXXIV, 345.
Bien (Lugar de).—LXXIII, 475.
Bilbao.—LXXII, 335, 337, 338.—LXXIV, 282.
Bilborde *(Vilvorden.)* (Villa de).—LXXII, 16, 226, 230, 408.
Blanca Vergue *(Blankenberg.)* (El fuerte de).—LXXIII, 301, 302, 303.
Blasbeque (Lugar y castillo de).—LXXII, 342, 377.
Blavet.—LXXIV, 227.
Bleymbeque (Señoría de).—LXXIII, 142, 143.
Blocus (Fuerte de).—LXXIV, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 67, 85.
Bobines. *(Bouvignes.)*—LXXII, 24.
Bolduque *(Bois-le-Duc.)* (Villa de).—LXXII, 15, 47, 160, 223, 229, 339, 355.—LXXIII, 10, 11, 104, 105, 106, 107, 111, 114, 119, 120, 121, 129, 130, 131, 133, 139, 149, 157, 168, 169, 177, 259, 269, 410, 412, 423.—LXXIV, 39.
Bolonia.—LXXII, 12.
Bolsa de Amberes.—LXXII, 405, 406.
Bomel (Isla de).—LXXIII, 101, 104, 105, 114, 133, 178, 181, 410, 412, 414, 415, 419, 424, 436, 450, 462.—LXXIV, 67, 227, 357, 358, 368.
Bomel (Lugar de).—LXXIII, 337, 346, 421.
Bona *(Bonn.)* (Ciudad de).—LXXII, 434, 459, 460, 461.—LXXIII, 314, 324, 337, 338, 339, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 353, 362, 363, 364, 368.
Borbon (Palacio de).—LXXIII, 512.
Borburque (Villa de).—LXXII, 163.
Borckeló (Villa de).—LXXII, 373.—LXXIII, 209, 212, 214, 216, 226, 227, 228.
Borgoña.—LXXIII, 287, 334, 509, 511, 546.—LXXIV, 88, 97, 111, 112, 123, 125, 128, 141, 146, 148, 155, 159, 201, 209, 210, 219, 243, 323.
Bornos.—LXXIV, 32.

Boude.—LXXII, 412, 413.
Brabante (Ducado de).—LXXII, 11, 14, 15, 16, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 27, 41, 42, 49, 135, 150, 247, 264, 286, 298, 317, 328, 329, 338, 350, 351, 355, 372, 390, 391, 400, 412, 413, 415, 423, 424, 425, 426, 435, 446, 451, 452, 453, 458, 464, 465, 467, 487, 495, 504, 512, 513, 515, 516, 524, 528.—LXXIII, 10, 19, 30, 50, 57, 58, 87, 90, 91, 93, 133, 189, 224, 247, 259, 262, 265, 269, 298, 314, 353, 360, 370, 376, 377, 410, 422, 452, 453, 461, 471, 532, 533, 534, 540.—LXXIV, 39, 42, 47, 76, 77, 86, 95, 116, 121, 302, 315, 345, 346, 347, 425.
Braca.—LXXIII, 436, 437, 438.
Brasil.—LXXIV, 376, 377.
Breborte.—LXXIII, 228.
Breda (Señoría de).—LXXII, 15.
Breda (Villa de).—LXXII, 264, 317, 372, 391.—LXXIII, 388, 389, 452, 453, 454, 455, 456, 458, 459, 460, 540.—LXXIV, 42, 43.
Bredevord (Villa de).—LXXII, 296, 387, 484.—LXXIII, 209.
Bren (Villa de).—LXXIII, 518, 519.
Bretanga *(Burtange.)* (La).—LXXIII, 404.
Bretaña.—LXXII, 162, 183.—LXXIII, 356.—LXXIV, 36, 97, 109, 113, 168, 205, 211, 212, 227, 232, 284, 297, 326, 370, 415, 416.
Bria *(Brie.)* (País de la).—LXXIV, 289, 339.
Broha (Lugar y castillo de).—LXXIII, 414.
Bronckorst (Castillo de).—LXXII, 329, 330, 331, 332, 389.—LXXIII, 142.
Broquel (Lugar de).—LXXIII, 438.
Bruf (Lugar de).—LXXIII, 338, 339.
Brujas.—LXXII, 13, 14, 47, 56, 338, 355, 358, 408, 427, 430, 458, 463, 469, 471, 472.—LXXIII, 95, 100, 177, 178, 187, 249, 250, 251, 252, 257, 258, 277, 278, 280, 288, 292, 308, 310, 311, 314, 315, 321, 330, 333, 334, 335, 337, 347, 351, 352, 377.
Bruselas.—LXXII, 15, 16, 47, 48, 49, 50, 51, 69, 83, 97, 98, 109, 153, 167, 184, 226, 229, 230, 231, 233, 251, 338, 340, 342, 357, 358, 376, 380, 433, 434, 448, 450, 471, 473, 495, 504, 510, 512, 514, 516, 517, 519, 520, 521.—LXXIII, 11, 12, 13, 14, 16, 17, 18, 30, 95, 131, 132, 151, 154, 230, 231, 247, 250, 264, 308, 309, 311, 312, 314, 375, 385, 386, 390, 424, 447, 448, 452, 456, 462, 470, 532, 533, 534, 538, 539, 549, 552.—LXXIV, 12, 17, 36, 42, 44, 49, 77, 86, 152, 159, 161, 170, 197, 302, 303, 307, 328, 348, 351, 352, 359, 382, 435.
Bujen *(Buchain?)* (Fuerte de).—LXXII, 106, 139, 140, 149, 152, 156, 253, 255, 267, 268, 276.
Bura (Isla de).—LXXIII, 414, 420, 422.—LXXIV, 76, 83.
Burdeos.—LXXII, 400.
Burg (Lugar de).—LXXII, 460.
Burgo de Osma.—LXXIII, 307.—LXXIV, 400.
Búrgos.—LXXII, 203, 376.—LXXIII, 504, 526, 545.—LXXIV, 32, 137, 379, 390, 411, 415.

Burque (Fuerte del).—LXXIII, 27.
Burique *(Burick.)* (Villa de).—LXXII, 296.—LXXIII, 207, 208, 209, 229, 239, 240, 260, 315, 316, 317, 338, 340, 341, 345, 346, 364, 385, 386, 424.
Buxfmer.—LXXIII, 145.

C

Cabo (El) viejo.—LXXIII, 357.
Cádiz—LXXIV, 394.
Calcena (Villa de).—LXXIII, 503.—LXXIV, 389.
Calentante (Lugar de).—LXXIII, 360, 375, 376, 384.
Calés.—LXXII, 12, 163, 166, 182.—LXXIII, 350.—LXXIV, 403.
Calo *(Kalloo.)* (Dique de).—LXXII, 504, 508, 513.—LXXIII, 7, 98.
Callar.—LXXIII, 526.
Calli. *(Callac?)*—LXXIV, 256.
Cambrasino (El).—LXXIV, 363.
Cambray.—LXXII, 11, 21, 47, 106, 155, 162, 250, 251, 255, 263, 267, 268, 269, 275, 278, 280, 282, 283, 284, 287, 288, 289, 290, 292, 316, 317, 368, 429, 447, 529.—LXXIII, 431, 470, 476, 477.—LXXIV, 53, 363, 371, 393.
Cambresi.—LXXIII, 473.
Camenot.—LXXII, 255.
Camiga (Fuerte de).—LXXII, 383, 384.
Campe (Abadía de).—LXXIII, 341, 437.
Campo (El).—LXXII, 521.
Canarias.—LXXII, 39.—LXXIV, 388.
Canfranc (Castillo de).—LXXII, 132.—LXXIV, 386.
Canoé (Castillo de).—LXXII, 84, 253.
Canton de Amor ó Lifquenoek (Fuerte de).—LXXII, 488, 490, 495, 497.—LXXIII, 25, 26.
Cañete.—LXXIV, 395.
Cápua.—LXXIV, 389.
Caravaca.—LXXIII, 523.
Carloes *(Charolles?)* (Condado de).—LXXIV, 209.
Carpen (Villa del).—LXXII, 177, 178, 254, 259, 260, 274, 295.
Cartagena (Castillo de).—LXXIV, 388, 413.
Cartagena de Indias.—LXXIV, 397.
Casa (La) fuerte.—LXXII, 524.—LXXIII, 56.
Casa (La) roja.—LXXIII, 61, 65.
Casalino (Ciudad de).—LXXII, 147.
Casante (Isla de).—LXXII, 458.—LXXIII, 251, 253, 308, 309, 310, 311.
Casante (Villa de).—LXXII, 310, 311.
Cascaes (Castillo de).—LXXIV, 388, 396.
Cascante.—LXXIII, 62.—LXXIV, 409.
Castilla.—LXXII, 13, 36, 57.—LXXIV, 380.
Castro el rio.—LXXIV, 371.
Cataluña.—LXXII, 246.—LXXIII, 320, 375.—LXXIV, 33, 402, 413.
Caudebeque.—LXXIV, 257, 258, 259, 260, 262, 280, 281, 285, 286, 291, 295, 302, 322, 332, 408.
Cayo Atarazanas.—LXXIII, 313.
Cazalla.—LXXII, 39.
Cazorla.—LXXIII, 194.—LXXIV, 390.
Céltica (La).—LXXIII, 512.
Cerdeña.—LXXII, 444.—LXXIII, 526.

Cifuentes.—LXXIV, 411.
Cintron (Villa de).—LXXIII, 41, 538.
Ciudad-Real.—LXXIII, 368.—LXXIV, 88, 410, 414, 415.
Clara (Cabo).—LXXIII, 357.
Claramonte *(Clermont?)* (Condado de).—LXXIV, 213.
Cleni (Villa de).—LXXIII, 140.
Cleves (Ducado de).—LXXII, 11, 17, 340, 449, 453.—LXXIII, 140, 149, 244, 285, 378, 401.—LXXIV, 198.
Cloquemburg *(Tecklemburg?)* (Villa de).—LXXIII, 495.
Cobordan *(Koevorden.)* (Villa de).—LXXII, 258, 261, 262, 263, 296, 397.—LXXIII, 282, 461.—LXXIV, 71, 72, 303, 311, 312, 314, 316, 317, 320, 321, 344, 345, 347.
Colmer (Lugar de).—LXXIII, 463, 464.
Colonia.—LXXII, 11, 53, 155, 166, 177, 178, 180, 183, 181, 219, 228, 230, 231, 233, 238, 295, 327, 355, 433, 434, 452, 531.—LXXIII, 190, 199, 203, 324, 337, 339, 532.—LXXIV, 121, 315, 346.
Compein *(Compiegne?)* (Villa de).—LXXIV, 17.
Condé (Villa de).—LXXIII, 470, 475, 476, 478, 479, 480, 481, 484, 486.
Condé, en Henaut.—LXXII, 22.
Constantina.—LXXII, 39.
Contradique (El).—LXXIV, 355.
Convenstreyn (Casa fuerte de).—LXXIII, 49, 51, 56.
Corbél *(Corbeil.)* (Villa de).—LXXIII, 514, 516, 520, 521, 523, 527, 528, 529, 530, 531.—LXXIV, 14, 50, 215, 354.
Córdoba.—LXXII, 132, 139.—LXXIII, 130, 374, 537.—LXXIV, 16, 30, 370, 376, 386, 398, 407, 408, 415.
Correjet (El) de Groeningen.—LXXIV, 348.
Cortray *(Curtray.)* (Villa de).—LXXII, 250, 256, 355.—LXXIII, 319, 321, 377, 432, 447, 448, 449, 450, 462, 471, 473, 535, 552.—LXXIV, 220, 227.
Coruña.—LXXII, 237.—LXXIII, 346, 355.—LXXIV, 414, 419.
Cremona.—LXXII, 227.—LXXIV, 386.
Crepi. *(Crespy.)*—LXXIV, 338, 343.
Crey.—LXXIV, 135, 136, 137, 138, 139, 143.
Croco (Villa de).—LXXIII, 239, 240, 241.
Cruz (Fuerte de la).—LXXII, 516, 524.—LXXIII, 25, 49, 56, 61.
Cuco *(Kuyck?)* (País del).—LXXIII, 155.
Cuéllar.—LXXIII, 130.—LXXIV, 389.
Cuenca.—LXXII, 101, 214.—LXXIV, 372, 408, 413, 414.
Cullera.—LXXIV, 400.
Cunti (Abadía de).—LXXIV, 34.
Cursi (Villa de).—LXXIV, 15.
Champaña.—LXXII, 12, 22, 529.—LXXIII, 509.—LXXIV, 35, 59, 64, 89, 97, 103, 104, 105, 108, 111, 114, 134, 213, 297, 300, 333, 441.
Chaos.—LXXIV, 261.
Chapela (La). *(La Chapelle.)*—LXXIV, 153.
Charlemont (Villa de).—LXXII, 24.—LXXIII, 533.
Chile.—LXXII, 217.—LXXIII, 61.—LXXIV, 390.

Chinchon.—LXXIII, 169.—LXXIV, 412, 414.

D

Dalem (Castillo y villa fuerte de).—LXXII, 129, 130, 131.—LXXIII, 150.
Dalen (Condado de).—LXXII, 15.
Dama *(Damme.)* (Villa de).—LXXIII, 252, 278, 280, 288, 311.
Damas (Iglesia de las) de Nivelle.—LXXII, 276.
Dambiler *(Damvillers?)* (Villa de).—LXXII, 23.
Darnusa (Fuerte de).—LXXII, 448.
Delfe *(Delft.)* (Villa de).—LXXII, 19, 262, 498, 500.
Delfesijl. *(Delfzil.)*—LXXII, 440.
Dempsbal *(Dempslae?)* (Villa de).—LXXII, 263.
Denicamp. *(Denechamp.)*—LXXIV, 315, 316.
Denspslae (Fuerte de).—LXXII, 262.
Deventer (Villa de).—LXXII, 162, 166, 254, 260, 465, 533, 537.—LXXIII, 231, 232, 233, 260, 270, 315, 316, 341, 342, 552, 553.—LXXIV, 41, 42, 45, 47, 71, 76, 438.
Diepa *(Dieppe.)* (Villa de).—LXXIV, 108, 167, 219, 230.
Dinamarca.—LXXII, 17, 162, 527.—LXXIII, 172, 173, 196, 314.
Dique (El) maestre.—LXXIII, 368.
Disburg y Disburque *(Doesburg.)* (Villa de).—LXXII, 332, 540.—LXXIII, 16, 206, 207.
Diste *(Diest.)* (Villa de).—LXXII, 16, 98, 102, 103, 104, 160, 245, 248, 350, 413, 414.—LXXIII, 314, 376, 388, 466, 534, 535, 536, 539, 540, 552.—LXXIV, 41, 45, 62, 67, 74, 77, 87, 95, 110, 122, 123, 129, 308, 310, 314, 318, 391.
Dixmuda *(Dixmude)* (Villa de).—LXXII, 428.—LXXIII, 24, 311, 312, 337, 346.—LXXIV, 392, 394.
Dockum (Villa de).—LXXII, 232.
Doemer.—LXXII, 262.
Dogdo (Isla de).—LXXII, 279.
Dordreque *(Dordrecht.)* (Villa de).—LXXII, 19, 452, 458.
Drent (Estado de).—LXXII, 17.
Dril. *(Driel.)*—LXXIII, 105.
Duay (Villa de).—LXXII, 13, 224, 294, 315, 377, 430.
Duche (Burgo de).—LXXIII, 339.
Duffel ó las Mantas (Lugar de).—LXXIII, 354.
Dula *(Tholen.)* (Isla de).—LXXII, 487, 490, 492, 495, 496, 497.—LXXIII, 25, 26, 46, 383, 410.
Dunquerque.—LXXII, 13, 163, 293, 294, 308, 358, 360, 367, 372, 399, 400, 408, 422, 423, 424, 425, 432, 458.—LXXIII, 12, 14, 22, 65, 87, 312, 313, 314, 318, 333, 336, 337, 346, 347, 350, 351, 352, 354, 361.—LXXIV, 392, 395.
Durenza *(Durence.)* (Rio).—LXXIV, 210.
Durlans. *(Durlens.)*—LXXIV, 50.
Duseldorp. *(Dusseldorf.)*—LXXIII, 533.

E

Ecija.—LXXIV, 409.
Eloquemburque.—LXXIII, 233.
Emblangaren (Dique de).—LXXII, 525.

Emden (País y villa de).—LXXII, 297.—LXXIII, 402, 404.
Emedelar(*Middelaar.*) (Fuerte de).—LXXIII, 174.—LXXIV, 425.
Emelcamp (Lugar de).—LXXIII, 461.
Emelinken.—LXXIII, 282.
Emeltil (Puente y fuerte de).—LXXII, 306.—LXXIII, 463.
Emmerik.—LXXII, 330, 331, 389.
Emplen (*Empel.*) (Dique de).—LXXIII, 105, 106.
Empleu (*Empél.*) (Iglesia de).—LXXII, 125.
Emse (*Ems.*) (Rio).—LXXII, 11, 18, 19, 27.—LXXIII, 283, 404, 405.—LXXIV, 75.
Esbal (*Sweel?*) (Castillo de).—LXXIII, 187.
Esbal (*Zwol.*) (Villa de).—LXXII, 260.—LXXIII, 233.
Escocia.—LXXIII, 329, 330.—LXXIV, 443.
Esguizaros (País de).—LXXIII, 334.
España.—LXXII, 7, 8, 14, 25, 26, 27, 28, 39, 44, 57, 102, 109, 113, 114, 144, 156, 218, 225, 239, 249, 276, 279, 284, 288, 293, 294, 317, 320, 327, 351, 352, 361, 371, 376, 388, 410, 411, 423, 470, 476, 482, 502, 505, 513, 521.—LXXIII, 8, 50, 62, 81, 103, 104, 118, 130, 150, 151, 152, 169, 172, 197, 204, 244, 246, 265, 267, 315, 317, 319, 321, 322, 323, 324, 330, 331, 334, 348, 349, 350, 355, 356, 357, 358, 374, 375, 400, 417, 424, 450, 451, 457, 469, 470, 472, 473, 477, 485, 493, 494, 502, 511, 512, 530, 531, 532, 541, 546, 547.—LXXIV, 12, 14, 20, 22, 61, 62, 70, 89, 96, 97, 100, 105, 140, 149, 159, 161, 165.—LXXIV, 177, 180, 182, 185, 186, 199, 201, 205, 236, 241, 248, 250, 252, 254, 256, 276, 299, 322, 323, 328, 329, 340, 360, 361, 362, 364, 366, 369, 372, 375, 378, 380, 388, 389, 391, 392, 393, 395, 396, 397, 416, 418, 430, 438, 440, 442, 443.
Esperne (*Epernay.*) (Villa de).—LXXIV, 300, 324, 329, 330, 332, 333, 338, 339.
Espinar (El) de Segovia.—LXXIII, 164.
Esquelda (Rio).—LXXII, 12, 15, 21, 27, 42, 43, 450, 494, 507, 508, 513, 514, 516, 522, 524.—LXXIII, 7, 19, 26, 29, 30, 89, 94, 95, 360.—LXXIV, 356, 365, 432.
Esquenose (Isla de).—LXXII, 21.
Esqnenque (*Schenke.*) (Fuerte del).—LXXIII, 423.—LXXIV, 79.
Estabaren (Villa de).—LXXII, 286.
Estembique (*Steenwyck.*) (Villa de).—LXXII, 264, 269, 270, 271, 273, 284, 285, 397, 398, 399, 435, 436.—LXXIII, 170, 282.—LXXIV, 437.
Estembergue (*Steenbergen.*) (Villa de).—LXXII, 416, 417, 420, 421, 426, 435, 458.—LXXIII, 240, 354, 359.
Estepa.—LXXIV, 431.
Estequen (Lugar de).—LXXII, 526.
Esterlines (*Osterlines.*) (Casa de los).—LXXII, 43.—LXXIII, 383.
Estrabruque (*Stabroeck.*) (Lugar y fuerte de).—LXXII, 496, 515, 524, 525.—LXXIII, 48, 71, 73, 76.
Estralen (Villa de).—LXXII, 236.
Estrecho ó Canal de Inglaterra.—LXXIII, 355.—LXXIV, 168.

Europa.— LXXII, 24, 28, 42, 43, 59, 248, 410, 468, 495.— LXXIII, 29, 91, 96, 512.
Euro *(Eure.)* (Rio).—LXXIV, 289.
Exclusa de Brujas.—LXXII, 13, 287, 288, 471, 472.—LXXIII, 24, 189, 248, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 258, 259, 262, 265, 266, 367, 268, 269, 277, 278, 279, 280, 281, 286, 288, 290, 291, 292, 295, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 312, 313, 318, 321, 322, 325, 332, 333, 334, 336.—LXXIV, 354, 398.
Extremadura.—LXXIV, 374, 395, 410.

F

Falcamburque (Estado de).—LXXII, 15.
Fameseu (Castillo de).—LXXIV, 216.
Felipevilla. *(Philippeville.)*—LXXIII, 229.
Fera (La). *(La Fére.)*—LXXIV, 69, 89, 92, 171, 179, 183, 185, 199, 338, 396.
Ferrara.—LXXIV, 260.
Ferté (La) Milon.—LXXIII, 470, 478, 549.—LXXIV, 13, 24.
Ferté (La) Suser.—LXXIII, 478.
Fesis (Fuerte de).—LXXIV, 75, 76, 84.
Fidena.—LXXII, 145.
Flandes.—LXXII, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 14, 15, 21, 22, 25, 26, 27, 28, 31, 39, 42, 44, 45, 56, 57, 59, 63, 66, 67, 69, 71, 72, 104, 108, 109, 128, 144, 148, 150, 156, 161, 163, 189, 191, 196, 218, 226, 230, 231, 232, 233, 234, 238, 239, 241, 242, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 251, 252, 233, 254, 255, 256, 257, 263, 264, 265, 266, 267, 269, 271, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 291, 292, 293, 311, 316, 317, 318, 319, 320, 325, 326, 327, 328, 329, 333, 334, 338, 339, 340, 342, 350, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 361, 365, 369, 372, 373, 379, 381, 389, 392, 393, 396, 398, 400, 404, 405, 407, 409, 411, 412, 414, 415, 417, 422, 423, 428, 429, 432, 433, 434, 435, 440, 441, 445, 446, 447, 449, 451, 452, 461, 462, 467, 468, 469, 472, 484, 485, 486, 489, 492, 495, 499, 502, 503, 504, 505, 513, 514, 515, 516, 525, 536.—LXXIII, 7, 9, 10, 11, 16, 19, 22, 25, 27, 28, 29, 50, 52, 57, 64, 65, 68, 69, 70, 78, 79, 81, 85, 86, 87, 88, 90, 92, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 103, 104, 114, 120, 121, 130, 140, 143, 150, 152, 156, 157, 164, 166, 167, 177, 185, 189, 196, 198, 205, 206, 208, 211, 213, 215, 218, 230, 233, 240, 245, 246, 248, 251, 257, 259, 263, 264, 265, 266, 267, 272, 290, 301, 307, 308, 311, 312, 313, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 329, 330, 335, 336, 337, 338, 346, 347, 349, 352, 353, 365, 366, 370, 375, 376, 384, 386, 389, 390, 391, 392, 395, 398, 399, 400, 401, 403, 407, 409, 416, 425, 432, 433, 435, 439, 446, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 458, 459, 460, 461, 463, 469, 470,

471, 475, 477, 478, 479, 481, 484, 485, 486, 489, 490, 493, 494, 495, 497, 498, 502, 509, 511, 512, 526, 527, 530, 532, 534, 335, 540, 541, 542, 545, 546, 548, 549, 551—LXXIV, 11, 12, 17, 18, 19, 20, 22, 25, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 44, 45, 50, 51, 54, 59, 61, 62, 63, 65, 67, 68, 69, 70, 76, 77, 78, 79, 81, 84, 87, 89, 90, 91, 98, 104, 105, 106, 109, 110, 111, 112, 115, 119, 122, 123, 124, 127, 128, 129, 130, 132, 137, 139, 141, 143, 144, 146, 147, 148, 150, 151, 153, 154, 155, 156, 159, 170, 177, 183, 184, 185, 186, 188, 196, 197, 199, 201, 204, 207, 208, 214, 215, 216, 220, 227, 229, 231, 233, 234, 240, 249, 251, 254, 260, 276, 277, 278, 280, 284, 290, 295, 296, 298, 299, 302, 310, 322, 323, 327, 329, 337, 343, 344, 351, 353, 354, 355, 356, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 436, 437, 439, 442, 443.

Flandes (Condado de).—LXXII, 341, 355, 392, 414, 422, 427, 428.—LXXIII, 169, 249, 424, 431.—LXXIV, 109, 431.

Flandes (Fuerte de).—LXXII, 507.—LXXIII, 94, 98, 311, 313, 314, 318, 320, 322, 325, 377.

Florencia.—LXXIV, 301, 335, 341.

Florida (La).—LXXII, 421.—LXXIII, 65, 164.—LXXIV, 394.

Forcaler *(Forcalquier?)* (Condado de).—LXXIV, 210.

Fores *(Forez.)* (Condado de).—LXXIV, 213.

Formentieres.—LXXIV, 259, 327.

Fornambaquo.—LXXII, 13.—LXXIII, 24, 337, 347.

Fornos.—LXXIII, 311, 346.

Franca-Contea (La).—LXXIV, 209.

Francafort.—LXXIII, 458.

Francia.—LXXII, 6, 7, 8, 9, 11, 26, 28, 39, 104, 105, 107, 108, 155, 164, 166, 245, 266, 279, 282, 283, 284, 290, 316, 328, 329, 357, 358, 367, 379, 399, 400, 409, 410, 416, 424, 426, 429, 447, 469, 492, 503, 527, 529, 536.—LXXIII, 8, 9, 47, 50, 69, 96, 229, 245, 246, 307, 334, 335, 336, 350, 353, 384, 387, 388, 389, 409, 429, 431, 432, 439, 452, 457, 458, 460, 461, 462, 463, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 482, 484, 485, 487, 489, 490, 492, 493, 494, 495, 497, 498, 500, 501, 509, 510, 511, 512, 513, 519, 520, 521, 524, 526, 528, 530, 531, 532, 534, 535, 536, 540, 541, 542, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551.—LXXIV, 11, 12, 14, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 27, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 52, 53, 54, 61, 62, 63, 65, 67, 68, 69, 70, 71, 74, 77, 78, 84, 86, 87, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 96,

97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 109, 110, 111, 113, 114, 115, 119, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 137, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 159, 160, 161, 166, 167, 169, 170, 171, 172, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 188, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 217, 220, 221, 228, 229, 230, 232, 233, 234, 235, 236, 239, 240, 242, 243, 244, 245, 247, 248, 249, 250, 252, 253, 260, 261, 263, 264, 268, 284, 290, 291, 292, 294, 295, 296, 298, 301, 310, 311, 322, 323, 324, 325, 327, 328, 329, 335, 336, 337, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 351, 352, 354, 358, 359, 360, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 369, 370, 372, 373, 374, 376, 377, 379, 380, 382, 383, 386, 388, 389, 390, 393, 397, 399, 402, 403, 405, 406, 407, 408, 410, 411, 414, 415, 416, 417, 418, 420, 421, 422, 423, 424, 429, 430, 432, 433, 436, 439, 440, 441, 442, 443.

Freselingas.—LXXII, 182, 328, 429, 527.

Frisa.—LXXII, 11, 16, 17, 18, 25, 27, 41, 153, 162, 166, 183, 230, 236, 257, 258, 259, 260, 269, 273, 274, 277, 286, 295, 296, 298, 299, 304, 306, 332, 333, 340, 358, 365, 374, 381, 389, 390, 391, 400, 413, 435, 436, 439, 452, 453, 460, 461, 483, 530, 536, 539, 540.—LXXIII, 7, 10, 11, 140, 141, 142, 143, 146, 171, 172, 183, 187, 196, 211, 227, 229, 233, 249, 285, 315, 316, 317, 321, 385, 402, 403, 406, 439, 446, 457, 463, 471, 495, 532, 533, 534, 535, 540, 552, 553, 554.—LXXIV, 37, 40, 41, 42, 43, 47, 71, 74, 76, 77, 85, 86, 96, 196, 198, 235, 302, 303, 304, 307, 309, 339, 346, 347, 352, 361, 365, 384, 385, 434, 435, 436, 437.

Fuenterrabia.—LXXIII, 264, 410.—LXXIV, 135, 375, 401.

Furnes (Villa de).—LXXII, 425.

G

Galia Bélgica.—LXXII, 11.

Galicia—LXXII, 39, 506, 511.—LXXIII, 346, 551.—LXXIV, 370, 382, 398, 399, 401, 405, 408, 409, 414, 416, 419.

Gamax—LXXIV, 230.

Gante.—LXXII, 13, 47, 56, 151, 152, 153, 154, 164, 165, 180, 181, 182, 229, 230, 253, 271, 280, 290, 311, 316, 338, 340, 341, 349, 350, 355, 356, 367, 369, 370, 371, 372, 380, 397, 409, 431, 435, 448, 450, 451, 458, 459, 463, 464, 466, 468, 469, 471, 473, 474, 486, 503, 504, 508, 509, 513, 514, 523, 525.—LXXIII, 14, 30, 95, 189, 206, 250, 253, 258, 264, 265, 279, 313, 314, 315, 318, 332, 353.—LXXIV, 354, 371, 410.

Garga (Villa de).—LXXII, 152.

Gascuña (Ducado de).—LXXII, 188.—LXXIV, 213.

Gaure (Principado de)—LXXII, 13.
Geelhusen —LXXIV, 345.
Gelanda.—LXXII, 12, 153, 164, 230, 254, 282, 327, 334, 426, 432, 433, 435, 462, 468, 470, 485, 504, 513, 514, 523, 524, 527, 535.—LXXIII, 8, 21, 26, 50, 64, 69, 76, 82, 92, 93, 94, 101, 102, 104, 133, 141, 151, 154, 156, 245, 248, 267, 290, 331, 332, 333, 354, 355, 360, 370, 446, 459.—LXXIV, 40, 357, 361.
Gelanda (Lugar de).—LXXIII, 156, 157, 420.
Geldre (Castillo de).—LXXII, 369.—LXXIII, 8.
Gemblours.—LXXII, 84, 91, 93, 98, 102.
Germanía inferior.—LXXII, 11.
Gerona.—LXXIV, 402.
Gertruidenberg (Villa de).—LXXIII, 390, 391, 392, 393, 395, 396, 397, 453.
Ghoer (Fuerte de).—LXXII, 296.
Gibe (Lugar de).—LXXIII, 244, 247, 265, 317.
Gibraltar.—LXXIII, 195.—LXXIV, 389, 415.
Ginebra.—LXXII, 45.—LXXIII, 207.—LXXIV, 51.
Gitimbergue (Villa de).—LXXII, 15.—LXXIII, 303.—LXXIV, 437.
Gonde (*Gouda?*) (Villa de).—LXXII, 19,
Gorcomillo.—LXXIII, 412, 421.
Gornay.—LXXIII, 509.—LXXIV, 113.
Granada.—LXXII, 92, 144, 483.—LXXIII, 116, 164, 306.—LXXIV, 376, 388, 392, 406, 407, 408, 411.
Grave (Villa de).—LXXII, 173, 474.—LXXIII, 80, 103, 104, 113, 133, 139, 140, 141, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 167, 168, 169, 170, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 295, 314, 377, 378, 420, 424, 436.—LXXIV, 86, 117, 118, 119, 120, 354, 390, 396, 399.
Gravelingas (Villa de).—LXXII, 12, 163, 166, 334.—LXXIII, 178, 490.—LXXIV, 150, 431.
Groeninghen (Villa de).—LXXII, 11, 18, 182, 232, 233, 259, 260, 261, 262, 263, 273, 285, 286, 295, 296, 297, 298, 300, 301, 307, 308, 332, 362, 436, 437, 440, 444, 445.—LXXIII, 141, 145, 172, 177, 227, 228, 231, 233, 282, 286, 364, 385, 386, 402, 403, 405, 406, 439, 457, 463, 468, 469, 533, 534.—LXXIV, 42, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 85, 306, 321, 344, 347, 348, 351.
Grol (Villa de).—LXXII, 386, 387, 388, 389, 390, 484, 534.—LXXIII, 206, 309, 377.—LXXIV, 311, 313, 314.
Grootuerden (Villa de).—LXXII, 286.
Grotavent y Grotaurt (Abadía de).—LXXII, 298.—LXXIII, 468.
Guabra (Villa de).—LXXII, 372.
Guadalajara.—LXXIII, 169, 180.—LXXIV, 396, 413.
Guadix.—LXXIII, 519.—LXXIV, 364, 403, 405, 411, 418.
Guarnaton (*Warneton.*) (Lugar de).—LXXIII, 320, 321, 322, 325.
Güeldres (Ducado de).—LXXII, 11, 14, 16, 17, 19, 41, 53, 153, 162, 177, 181, 230, 232, 236, 275, 381,

451, 459, 464.—LXXIII, 133, 141, 142, 143, 174, 176, 183, 378, 386, 420.—LXXIV, 199, 302.
Güeldres (Villa de).—LXXII, 474.—LXXIII, 10, 16, 179, 229, 260, 261, 284, 285, 341, 407, 437, 459, 554.—LXXIV, 42, 84, 95, 197, 198, 434.
Guemerte.—LXXIII, 155.
Guibra (Castillo de).—LXXII, 356.
Guiena (País de).—LXXIV, 232, 245, 297, 333.
Guipúzcoa.—LXXIII, 264.—LXXIV, 374, 392, 395.
Guisa (Villa de).—LXXIII, 473, 548.—LXXIV, 29, 105, 129, 143, 153, 154, 177, 178, 181, 182.

H

Hackfort (Castillo de).—LXXII, 534.
Haesluyn (Villa de).—LXXIII, 215, 283, 285.
Hainaut (Condado de).—LXXII, 11, 12, 14, 22, 23, 27, 41, 55, 105, 151, 153, 155, 164, 183, 184, 224, 229, 232, 239, 249, 250, 263, 267, 273, 283, 294, 298, 315, 350, 410, 485, 529.—LXXIII, 91, 229, 257.
Ham (Villa de).—LXXIV, 69, 91, 92.
Hamburque (Puerto de).—LXXIII, 333.
Hameronghen.—LXXIII, 146.
Hanolt.—LXXIII, 554.
Hao ó Henaute (Nuestra Dama de).—LXXII, 16, 48.—LXXIII, 14, 552.—LXXIV, 122.
Hardemberg.—LXXII, 261, 262.
Harlem (Villa de).—LXXII, 19.—LXXIII, 364.
Harpen.—LXXIII, 103, 104, 106.
Hasdem (Villa de).—LXXIII, 122, 123, 125.—LXXIV, 139.
Hasselt (Villa de).—LXXII, 398, 399, 448.—LXXIII, 189, 190.
Handemburque.—LXXIII, 368.
Havre de Gracia.—LXXIII, 512.—LXXIV, 59, 167, 257, 259, 261, 262, 281, 283, 285, 296.
Haya (La).—LXXII, 20, 292, 293, 423, 452.—LXXIV, 347.
Hedin.—LXXIV, 287.
Heél (Castillo de).—LXXIII, 421, 423.
Heremburg (Castillo de).—LXXII, 460.
Herentales (Villa de).—LXXII, 16, 247, 354, 414, 422, 425, 461, 496, 497, 528.—LXXIII, 132, 247, 534, 539, 540, 552.
Herpen (Lugar de).—LXXIII, 133, 139, 156.
Herti (Provincia de).—LXXII, 315.
Hesdin el viejo (Villa de).—LXXII, 22.
Hessel.—LXXII, 448.
Higa (Fuerte de la).—LXXIII, 170.
Hoechstrate. *(Hoogstraten.)*—LXXII, 15, 27, 47, 415, 416, 421.—LXXIII, 309, 377.
Hoguebond.—LXXII, 444.—LXXIII, 402.
Holanda.—LXXII, 14, 17, 19, 20, 25, 27, 31, 44, 153, 164, 230, 254, 260, 262, 270, 282, 291, 334, 409, 423, 426, 427, 432, 433, 435, 462, 463, 465, 468, 470, 472, 479, 485, 498, 500, 504, 513, 514, 516, 523, 524, 527, 528, 535, 538.—LXXIII, 8, 16, 19, 21, 26, 27, 28, 50, 54, 56, 63, 67, 69, 76, 81, 82, 92, 93, 94, 100, 102, 104, 133, 151, 152, 154, 156, 173, 177, 183, 245,

248, 263, 264, 267, 286, 290, 296, 331, 332, 333, 345, 349, 354, 355, 356, 360, 370, 376, 392, 401, 406, 410, 412, 414, 446, 451, 453, 459, 463, 552, 554.—LXXIV, 40, 41, 45, 71, 230, 347, 357, 361, 368.
Horte, *v. Orte.*
Hostel (Castillo de).—LXXIII, 412.
Houy.—LXXII, 12.
Huelma.—LXXIV, 32.
Huete.—LXXIV, 412.
Hugarda.—LXXII, 42.
Huin (Castillo de).—LXXII, 460.
Hulst (Villa de).—LXXIV, 106, 110.
Humo (Castillo de).—LXXIII, 156.
Husden *(Heusden.)* (Villa de).—LXXIII, 401, 412.
Husem *(Heussem.)* (Villa de).—LXXIII, 144.
Hustel (Villa de).—LXXII, 448.
Huysum (Lugar de).—LXXIII, 171.

I

Ibeto.—LXXIV, 262.
Ibros.—LXXIII, 519, 526.—LXXIV, 255, 304, 411.
Iburhg (Villaje de).—LXXII, 388.
Iclo (Lugar de).—LXXIII, 251.
Indias—LXXII, 20.—LXXIII, 65, 145, 355.—LXXIV, 201, 241, 273, 371, 379, 390, 393, 394, 412, 415, 442.
Inglaterra.—LXXII, 42, 45, 72, 108, 166, 254, 317, 327, 328, 427, 485, 513, 514, 524, 527.—LXXIII, 47, 50, 96, 152, 153, 182, 245, 258, 264, 287, 290, 308, 311, 312, 313, 314, 319, 322, 324, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 338, 346, 347, 349, 350, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 371, 389, 392, 397, 406, 412, 451, 499, 509, 512.—LXXIV, 78, 101, 104, 213, 281, 357, 363, 443.
Ingle (Lugar de).—LXXII, 531, 532, 533.
Irlanda.—LXXII, 108.—LXXIII, 355, 357, 358, 363.—LXXIV, 370, 388, 443.
Isclort.—LXXIII, 140, 144.
Isel (Rio).—LXXII, 17, 329, 330, 331, 460.—LXXIII, 140.—LXXIV, 41, 42, 46.
Island (Estado de).—LXXII, 17.
Italia.—LXXII, 23, 25, 63, 81, 108, 239, 243, 277, 278, 294, 318, 334, 338, 356, 359, 367, 368, 377, 428, 485, 486, 499.—LXXIII, 96, 227, 246, 313, 320, 334, 548, 550.—LXXIV, 23, 36, 51, 63, 77, 87, 95, 105, 141, 142, 247, 249, 260, 294, 301, 310, 322, 353, 386, 414, 419, 420, 429, 442, 443.
Iton (Rio).—LXXIV, 289.

J

Jaca.—LXXII, 203, 521.—LXXIII, 165.—LXXIV, 252, 372, 416.
Jaen.—LXXII, 9, 85, 112, 217, 245, 521.—LXXIII, 49, 118.—LXXIV, 136, 137, 410, 416.
Jalon.—LXXIV, 332.
Jaraton.—LXXIV, 289.
Jatelet. *(Chatelet.)*—LXXIII, 229.
Jateo de Aumont. *(Chateau d'Aumont.)*—LXXIV, 440.
Jateo Cambressi. *(Chateau Cambressy.)*—LXXII, 379.
Jateo Tiri. *(Chateau Thierry.)*—LXXII, 470.—LXXIV, 24, 25, 27, 28, 29, 33, 34, 50, 277, 290,

293, 299, 322, 324, 326, 330, 333.
Jerez de la Frontera.—LXXIII, 504.—LXXIV, 376, 393, 404, 408, 411.
Jerusalen.—LXXIII, 481.
Jubelurs.—LXXIV, 382.
Juliers (Ducado y país de).—LXXIII, 149, 285, 377, 378, 438.

K

Keppel (Villa de).—LXXII, 329, 330, 331, 332, 389.
Keysersuverdt.—LXXIII, 533,

L

Lambal.—LXXIV, 109.
Landresi (Villa de).—LXXII, 22.—LXXIV, 144, 154, 179, 180, 187. 201.
Langüedoc.—LXXIV, 205.
Lannoy (Villa de).—LXXII, 152.
Lañi *(Lagni.)* (Villa de).—LXXIII, 496, 499. 503, 504, 505, 506, 507, 509, 519, 527.—LXXIV, 16, 354.
Latera.—LXXIV, 154.
Lauson.—LXXIV, 143.
Lenguadoc (El).—LXXIV, 97, 380.
Lens (Villa de).—LXXII, 338.—LXXIV, 69, 140, 152, 154, 157, 158, 178, 179.
Leon.—LXXIII, 526.—LXXIV, 407.
Leonés (El).—LXXIV, 97, 246.
Lepe (País de).—LXXIII, 438.
Lara (Villa de).—LXXIV, 143.
Leyden (Villa de).—LXXII, 19.
Liao (Villa de).—LXXII, 16, 121.—LXXIII, 534, 539, 540, 552.—LXXIV, 391.
Lidequerquen.—LXXII, 280.
Lidia.—LXXII, 145.
Liege (País de).—LXXII, 11, 14, 22, 23, 26, 27, 41, 42, 53, 135, 179, 184, 192, 206, 355, 519.—LXXIII, 140, 149, 150, 151, 156, 197, 229, 230, 323.—LXXIV, 121, 161.
Liera (Villa de).—LXXII, 16, 172, 230, 233, 263, 354, 356, 357, 361, 414, 415, 421, 422, 424, 433, 460, 461, 488.—LXXIII, 14, 15, 37, 72, 95, 215, 217, 218, 265, 354, 376, 398, 399, 408.—LXXIV, 376, 438.
Liewerdt. *(Leeuwerden.)*—LXXIII, 171.
Lifquenoek, *v. Canton de Amor.*
Lila.—LXXII, 13, 56, 224, 315, 316, 317, 318, 325, 378, 397, 399, 416, 422, 431.—LXXIII, 320, 321.—LXXIV, 438.
Lillo (Fuerte y castillo de).—LXXII, 495, 496, 497, 508, 509, 512, 514, 515. 524, 525, 528.—LXXIII, 19, 26, 27, 35, 45, 48, 49, 50, 51, 53, 54, 56, 83, 85, 217, 360, 370, 383.
Limburg (Ducado de).—LXXII, 11, 15, 24, 129, 206, 474, 485.—LXXIII, 229.—LXXIV, 328.
Limburg (Villa de)—LXXII, 121, 125, 126, 128, 129, 130, 131, 132, 133.—LXXIII, 20.
Linares.—LXXIII, 107.—LXXIV, 385, 394.
Linden (Lugar de).—LXXIII, 426.
Linghen (Castillo de).—LXXII, 397.—LXXIII, 233.
Linghen (País de).—LXXII, 495, 496.—LXXIII, 206, 233, 438.—LXXIV, 121.
Linghen (Villa de).—LXXII, 378, 484, 531.—LXXIII, 215, 224, 282, 283, 387, 424.

Linquerque (Castillo de).—LXXII, 396.
Linter.—LXXIV, 286.
Linter (Abadía de).—LXXII, 113, 139.
Linti.—LXXIV, 216.
Lis (Rio).—LXXII, 21.
Lisboa.—LXXIII, 65, 164, 190, 319, 329, 336, 346, 357, 358, 436.—LXXIV, 311, 409.
Lisi.—LXXIV, 343.
Lislebonne. *(Lilibone.)*—LXXIV, 261, 262.
Litana (La Selva).—LXXII, 146.
Lobo (Abadía del).—LXXII, 413.
Locchun (Villa de).—LXXII, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 373, 375, 376, 377, 378, 381, 383, 384, 388, 390, 391, 392, 540.—LXXIII, 210, 211, 217, 221, 225, 226, 363.
Loeort.—LXXIII, 404, 405.
Log (Lugar de).—LXXIII, 426.
Logroño.—LXXIV, 272, 381, 408.
Loja.—LXXII, 506.
Lombardía.—LXXII, 66, 372.—LXXIII, 338, 364.—LXXIV, 105, 106, 137, 203, 387, 401.
Lombardía (Lugar de).—LXXIII, 337, 354.—LXXIV, 373.
Lóndres.—LXXII, 332.—LXXIII, 154, 352.
Longavila.—LXXIII, 543.
Longostrate.—LXXIII, 156, 259, 410, 411, 412.
Lopera.—LXXIV, 136, 404.
Lopeslague (Fuerte de).—LXXIII, 463, 466.
Lorena.—LXXII, 11, 12, 23.—LXXIII, 334.—LXXIV, 12, 36, 51, 52, 61, 62, 66, 87, 95, 103, 104, 105, 108, 246.
Loste (Villa de).—LXXII, 255.
Louvre (El).—LXXIII, 512.—LXXIV, 175.
Lovaina.—LXXII, 15, 16, 26, 42, 81, 97, 102, 104, 114, 152, 154, 160, 166, 180, 227, 255, 392.—LXXIII, 14, 72, 95, 535, 538, 539.
Lucemburque, *v. Luxemburgo.*
Lucena.—LXXIII, 384, 389.—LXXIV, 404.
Lugdubeque (Puerto de).—LXXIII, 333.
Lutico.—LXXII, 145.
Luxemburg (Ducado y villa de).—LXXII, 11, 23, 26, 27, 63, 64, 70, 72, 77, 81, 82, 108, 239, 244, 274, 453, 499, 540.—LXXIII, 553, 554.—LXXIV, 95, 106, 108, 328, 332, 430.
Llerena.—LXXIV, 410.

M

Madrid.—LXXII, 79, 132, 148, 208, 279, 474, 486.—LXXIII, 64, 102, 518, 523.—LXXIV, 15, 250, 273, 366, 372, 377, 379, 397, 409, 410, 411, 438.
Maguje (Villa de).—LXXII, 22, 55, 105.
Maguncia.—LXXII, 11.
Málaga.—LXXII, 39, 376.—LXXIV, 319, 372, 387, 393, 395, 404, 409, 410, 412.
Malinas (Villa de).—LXXII, 11, 16, 24, 49, 132, 223, 226, 229, 231, 233, 244, 254, 255, 357, 392, 461, 495, 504, 512, 516, 517.—LXXIII, 11, 12, 13, 14, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 84, 85, 86, 95, 102, 247, 353, 377, 399, 400.—LXXIV, 356.

Mallorca.—LXXIV, 343, 376.
Mancha (La).—LXXIV, 397.
Manedi (Villa de).—LXXII, 23, 206.—LXXIII, 384.
Manta (Villa de).—LXXIII, 457, 460.—LXXIV, 91, 343, 344.
Mantas (Las), *v. Dufel.*
Marbella.—LXXIV, 412, 413.
Marchien.—LXXII, 82, 83.
Mariambon (Abadia de).—LXXIV, 47, 78.
Mariamburgue (Villa de).—LXXII, 22.—LXXIV, 145.
Marlé.—LXXIV, 129, 143.
Marne (Rio).—LXXIII, 496, 497, 509, 531.—LXXIV, 24, 25, 33, 289, 290, 300, 342.
Marsella.—LXXII, 400.
Marsfelt.—LXXII, 388.
Martos (Villa de).—LXXIII, 116.—LXXIV, 405, 407, 411.
Maseque.—LXXIII, 155.
Masieres *(Mezieres)* (Villa de).—LXXIV, 105, 108, 114.
Mastriq (Estado y villa de).—LXXII, 15, 178, 179, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 193, 196, 198, 199, 201, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 211, 213, 216, 217, 218, 221, 222, 223, 228, 230, 231, 238, 240, 246, 257, 263, 291, 419, 495.—LXXIII, 150, 249, 252, 305, 317, 377, 411, 438, 439, 530, 548.—LXXIV, 45, 116, 120, 121, 196, 197, 198, 302, 354, 355, 356, 404, 408, 415, 439.
Meaux (Villa de).—LXXIII, 470, 479, 480, 483, 484, 486, 490, 491, 492, 496.—LXXIV, 99, 107, 162, 326, 349.
Medialburg (Villa de).—LXXII, 182, 527.
Medina del Campo.—LXXII, 128.—LXXIII, 417.—LXXIV, 361, 378, 409, 413.
Mega *(Megen.)* (Condado de).—LXXII, 15.
Mega (Villa y castillo de).—LXXIII, 156, 157, 168, 181, 182, 372, 422.
Melilla.—LXXII, 227.—LXXIII, 526.—LXXIV, 385, 395.
Melun (Villa de).—LXXIII, 514, 521, 530.—LXXIV, 14.
Meni (Villa de).—LXXII, 42, 152, 167, 310, 340, 378.—LXXIII, 321, 447, 448, 449, 535.
Menin (Villa de).—LXXII, 427, 435.
Mepel.—LXXII, 271.
Meppen (Villa de).—LXXIII, 283, 284, 285, 286, 315, 316.
Mera de Amberes (Plaza de la).—LXXII, 43, 405.
Merche (Rio).—LXXIII, 453.
Mérida —LXXIV, 377.
Merville.—LXXII, 27, 253, 290.
Mesin (Villa de),—LXXII, 372, 378.
Mesina.—LXXII, 416.—LXXIV, 386.
Metz.—LXXIV, 36.
Midelburgue (Ciudad de)—LXXII, 21.
Midelver.—LXXIV, 86, 116.
Mil (Lugar de).—LXXIII, 424.
Mill.—LXXIII, 139.
Milán (Estado de).—LXXII, 66, 67, 108, 239.—LXXIII, 62, 81, 103, 223, 324, 338, 364, 374, 551.—LXXIV, 31, 38, 51, 66, 88, 111, 272, 362, 374, 375, 382, 384, 385, 387, 389, 391, 401, 402, 418.
Mojaca.—LXXIV, 388.
Mol (Villa de).—LXXII, 160.—LXXIII, 309.
Molin (Villa de).—LXXIII, 550.

Momedí.—LXXIII, 140.
Moncorne.—LXXIV, 114.
Mondéjar.—LXXII, 160.—LXXIV, 365, 379.
Mondragon.—LXXIV, 399.
Monferrat.—LXXII, 190.—LXXIII, 27, 50.
Monliú.—LXXIV, 92.
Monroyl.—LXXIV, 214.
Mons (Villa y castillo de).—LXXII, 22, 55, 56, 105, 249, 250, 251, 252, 257, 276, 283, 287, 291, 350, 410, 524.—LXXIII, 102, 541.—LXXIV, 12, 50.
Montefalcon (Castillo de).—LXXIV, 108.
Monteseul.—LXXIV, 115.
Monfortaine.—LXXIV, 64.
Montfort (Villa de).—LXXII, 181, 233.
Moque.—LXXIII, 156.—LXXIV, 86.
Mora del Rey (Toledo).—LXXII, 185, 410.
Moreson.—LXXIV, 113.
Morle.—LXXIV, 139.
Mosa (Rio).—LXXII, 12, 14, 15, 16, 19, 23, 27, 41, 73, 80, 83, 150, 161, 173, 179, 184, 186, 188, 215, 451.—LXXIII, 80, 104, 105, 106, 125, 133, 140, 148, 155, 156, 157, 158, 159, 162, 163, 166, 167, 168, 174, 175, 176, 178, 179, 181, 182, 183, 184, 185, 249, 269, 270, 376, 408, 412, 421, 423, 424, 426, 439.—LXXIV, 116, 117.
Mozza.—LXXIV, 115, 117.
Mula.—LXXIV, 407.
Municion (Casa de la) en París.—LXXIII, 513.
Munster.—LXXII, 11, 331, 373.—LXXIII, 80, 208, 209, 229, 239, 241, 245, 249, 260, 283, 316, 404, 495, 496.
Múrcia —LXXIII, 164, 417.—LXXIV, 404, 414.
Murs (*Meurs.*) (Villa de).—LXXIII, 198, 199, 200, 203.

N

Nájera (Ciudad de).—LXXIII, 504, 551.—LXXIV, 273, 408.
Namur (Condado de)—LXXII, 11, 14, 22, 23, 25, 26, 27, 41, 105, 108, 114, 133, 135.—LXXIV, 154, 229, 259.
Namur (Villa de).—LXXII, 24, 63, 64, 65, 79, 80, 82, 83, 84, 85, 86, 89, 95, 109, 113, 114, 121, 129, 130, 132, 139, 144, 152, 184, 243, 244, 249, 318, 338, 339, 428, 485, 486—LXXIII, 103, 204.—LXXIV, 171, 197, 327, 328, 331, 381, 431.
Nancy.—LXXIV, 327, 341.
Nántes (Villa de).—LXXII, 162, 183.—LXXIV, 109, 168.
Nápoles.—LXXII, 109, 216.—LXXIII, 65, 314, 345, 350, 433.—LXXIV, 88, 105, 111, 136, 140, 141, 203, 210, 211, 272, 362, 377, 384, 389, 394, 408, 424.
Nardut (Fuerte de).—LXXIII, 27.
Navarra.—LXXII, 100.—LXXIII, 62, 157.—LXXIV, 58, 362, 366, 374, 386, 399, 401, 403, 409, 410, 411.
Navarra (Colegio de), en París.—LXXIII, 513.
Navarrete.—LXXIV, 410, 418.
Nela (Villa de).—LXXIV, 16.
Neoporte (Villa de).—LXXII, 13, 360, 425, 426, 428, 458, 511.—LXXIII, 22, 24, 169, 312, 313,

[illegible] 14, 19, 39, 132, 136.
[illegible] 19, 39.—LXIV, 351.
[illegible]

[illegible] 15, 26, 236, 174.
[illegible] 20, 236.—
[illegible] 9, 48.
[illegible] 8, 21, 24, 91.—
[illegible] 242.—
[illegible] 9, 51, 53, 172
[illegible]
[illegible] de.—LXIII, 440.
[illegible] 8.
[illegible] de.—LXIII,
[illegible]
[illegible] de.—LXIII,
[illegible] 7, 21, 22
[illegible] —LXIII, 264.
[illegible] 20, 236, 240.—
[illegible] 8, 21.—LXIV,
[illegible] 26.
[illegible] —LXIV, 288.
[illegible] de, v. Lugar-
[illegible]
[illegible] —LXIII, 282.—LXIV,
[illegible] 66.
[illegible] —LXIV, 264, 269.
[illegible] —LXIII, 17.—LXIV,
[illegible] 236.
[illegible] Fuente de.—LXIII, 384.—
[illegible] 15, 18, 31.
[illegible] de.—LXIII, 411.
[illegible] de.—LXIII, 331.—
[illegible] 18, 190, 197, 239, 240,
[illegible] 250, 257, 286.
[illegible] —LXIII, 334.
[illegible] Lugar de.—LXIII, 113, 136,
[illegible] 236.
[illegible] (Castillo y lugar de).—LXIII,
[illegible] 17, 239.
[illegible] Villa de.—LXIII, 203,
[illegible] 239, 264.

Osona (Vizcondado de).—LXXIV, 209.
Ostende.—LXXII, 13, 425, 426, 428.—LXXIII, 22, 24, 25, 100, 177, 189, 248, 250, 251, 254, 255, 301, 302, 311, 330, 332, 337.
Ostergoe (Condado de).—LXXII, 18.
Ostral.—LXXIII, 186.
Ostrobiel (Lugar de).—LXXII, 524.
Otranto (Castillo de).—LXXIII, 289.—LXXIV, 387.
Ouerisel (Señorío y villa de).—LXXII, 11, 17, 18, 254, 381, 436.
Oviedo.—LXXII, 410, 411.
Ovue (Rio de).—LXXII, 19.

P

Países-Bajos.—LXXII, 11, 14, 22, 27, 36, 45, 47, 59, 69, 74, 148, 153, 155, 162, 164, 165, 229, 245, 333, 432, 443, 466, 502.—LXXIII, 88, 91, 94, 95, 152, 317, 471, 541, 542, 549.—LXXIV, 60, 68, 125, 203, 299, 357, 365, 366, 370, 388, 430, 434, 437.
Palacio real de Bruselas.—LXXII, 358.
Palata (Fuerte de la).—LXXIII, 49, 55, 56.
Palatinado.—LXXIII, 344.
Palma.—LXXIV, 353.
Pamplona.—LXXIII, 65, 310, 545.—LXXIV, 380, 389, 390.
París.—LXXII, 249, 269, 358.—LXXIII, 8, 69, 409, 460, 462, 469, 470, 471, 473, 475, 476, 478, 479, 481, 482, 483, 486, 491, 492, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 501, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 519, 530, 531, 532, 541, 550.—LXXIV, 13, 14, 15, 17, 19, 21, 23, 24, 25, 33, 34, 48, 53, 54, 65, 88, 98, 99, 110, 115, 127, 128, 130, 143, 144, 146, 149, 150, 152, 154, 155, 157, 158, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 186, 187, 209, 239, 240, 213, 214, 251, 287, 289, 290, 291, 298, 300, 301, 335, 338, 339, 342, 344, 382.
Parma.—LXXII, 62, 68.—LXXIII, 96.
Parma (Canal de).—LXXII, 526.
Pavía.—LXXIV, 387, 388.
Pechelingas.—LXXIII, 252, 253, 254, 264, 290, 296, 297, 299, 303, 304, 352.
Peñon (El).—LXXII, 421.—LXXIII, 65, 164.—LXXIV, 387, 388, 413.
Perla (Fuerte de la).—LXXIII, 8.
Perpiñan (Castillo de).—LXXII, 507.—LXXIV, 276, 374, 376.
Pescado (Puerta del), en Zutfent.—LXXIII, 222.—LXXIV, 41.
Petrejor (Castillo de).—LXXII, 185, 186.
Phelipevilla.—LXXII, 113, 114, 115, 116, 119, 120, 151.
Piamonte.—LXXIII, 551.
Picardía.—LXXII, 12, 21, 22, 104, 316, 432, 470, 529.—LXXIII, 460, 470, 473, 509, 542, 548, 549.—LXXIV, 16, 17, 19, 20, 24, 35, 53, 54, 65, 97, 113, 114, 140, 151, 152, 171, 178, 214, 219, 332.
Pinoe (Principado de).—LXXII, 13.
Pisa.—LXXIV, 428.
Plasencia.—LXXII, 62.—LXXIII, 81.—LXXIV, 415.
Poetusa.—LXXIV, 107.

Pondelarje.—LXXIV, 228, 256.
Pondermi.—LXXIV, 230, 330, 332.
Pontarsi.—LXXIII, 543, 544, 550, 551.—LXXIV, 354.
Pontarcenton.—LXXIII, 509.
Ponteras.—LXXII, 294, 430.
Pontestura.—LXXIV, 310.
Ponteterra.—LXXII, 27.
Pontuesa. *(Pontoise.)*—LXXIV, 178, 339.
Popringas. *(Poperinghe.)*—LXXII, 27, 356, 358, 360, 361.
Porcuna.—LXXIII, 519.—LXXIV, 374.
Portugal.—LXXII, 282, 485, 486, 496.—LXXIII, 103, 292, 317, 323, 473.—LXXIV, 364, 365, 369, 371, 377, 381, 383, 387, 388, 391, 396, 401, 403, 404.
Poys. *(Poix.)*—LXXIV, 216, 217.
Poyten y Poetu. *(Poitu.)*—LXXIV, 232, 246, 301.
Provenza (Condado de).—LXXIII, 36.—LXXIV, 97, 205, 209, 210, 211.
Puchon (Fuente del), *v. Aspa.*
Puebla de Montalvan.—LXXIV, 406.
Puerto Hércules.—LXXIV, 414.
Puerto de Santa María.—LXXII, 510, 521.—LXXIV, 408.
Puerto-Rico.—LXXIV, 398, 415.

Q

Quilebeuf.—LXXIV, 330, 333.
Quinçal (Puerto de).—LXXIII, 357, 358.

R

Rabestem *(Ravenstein.)* (Señoría y villa de).—LXXII. 15.
Rabesquem (Villa de).—LXXIII, 104, 133, 158, 159, 168, 178.
Raplamunda (Castillo de).—LXXIII, 86.
Rees (Villa de).—LXXIV, 86.
Reklinchausen (País de).—LXXIII, 532
Remequin *(Ramequin.)* (Castillo de).—LXXII, 451.—LXXIII, 87.
Reminaut.—LXXII, 132, 133, 134, 135, 136.
Remus.—LXXIV, 143.
Rens (Villa de).—LXXIV, 35, 50, 59, 98, 100, 103, 104, 105, 111, 114, 126, 134, 135, 136, 154, 300, 324, 399.
Requelingue.—LXXII, 460.
Res (Villa y fuerte de).—LXXIII, 425, 431, 436, 554.—LXXIV, 45, 47, 50, 116
Retel.—LXXIV, 332.
Reydem (Villa y fuerte de).—LXXII, 297, 440.—LXXIII, 402, 403, 404.
Rhonen (Villa de).—LXXIII, 146.
Rijoles.—LXXIV, 384.
Rimbergue *(Rhinberg.)* (Villa de), *v. Berquerin.*
Rin (El).—LXXII, 17, 19, 27, 39, 53, 269, 296, 381, 446, 452, 453, 537, 538.—LXXIII, 10, 139, 140, 144, 155, 177, 188, 190, 196, 198, 199, 204, 205, 207, 208, 229, 239, 240, 249, 260, 284, 314, 315, 317, 324, 339, 340, 385, 386, 401, 406, 424, 436, 533, 534, 554.—LXXIV, 40, 45, 74, 78, 307, 314.
Rina (Isla de la).—LXXIII, 156
Rio de la Plata.—LXXIV, 412.
Rioja (La).—LXXIV, 390.
Roan.—LXXIII, 512.—LXXIV, 50, 59, 60, 61, 65, 91, 97, 103, 108,

113, 114, 139, 144, 148, 150, 151, 152, 158, 160, 167, 168, 169, 178, 179, 180, 187, 200, 204, 205, 213, 215, 216, 217, 219, 222, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 239, 242, 245, 251, 252, 253, 254, 256, 257, 260, 262, 282, 284, 285, 286, 287, 288, 291, 292, 293, 295, 296, 297, 300, 327, 330, 332.
Rochela (La).—LXXIV, 226.
Ródano (El).—LXXIV, 210.
Rodemach (Villa de).—LXXII, 23.
Roma.—LXXII, 63, 67, 222, 282.—LXXIII, 485, 530.—LXXIV, 61, 62, 103, 131, 132, 147, 149, 153, 160, 170, 180, 202, 224, 229, 236, 237, 238, 240, 247, 250, 260, 293, 323, 324, 329, 335, 336, 337, 341, 342, 443.
Ronda.—LXXIII, 223, 276.—LXXIV, 368, 410, 412, 413.
Roremunda (Villa de).—LXXII, 17, 72, 77, 79, 80, 81, 173.—LXXIII, 139, 140, 157, 185, 193, 314, 377.—LXXIV, 116, 120, 186, 426.
Rosan. (*Rossum.*)—LXXIII, 105.
Rosendal.—LXXII, 27, 47, 415, 416, 421.—LXXIII, 25, 323, 360, 376, 384.
Rosman (El Dique).—LXXIII, 109, 122.
Roste.—LXXIII, 104, 139.
Roterdam.—LXXII, 423.
Roy (Lugar de).—LXXIII, 104, 139, 155, 378.
Rua.—LXXIV, 115.
Rudorte (Villa de).—LXXIII, 239, 240, 241.
Rupelmunda (Castillo de).—LXXII, 448.
Rus.—LXXIV, 324.

S

Saboya.—LXXII, 517.—LXXIII, 294.—LXXIV, 12, 36, 88, 101, 111, 365, 374, 397.
Sacro Imperio (Marquesado del).—LXXII, 11, 15.
Salamanca.—LXXII, 478, 517.—LXXIII, 158, 164, 166, 310.—LXXIV, 168, 277, 371, 380, 399, 402, 413.
Salvador (Castillo del), de Mesina.—LXXII, 416.—LXXIV, 386.
Sambeque.—LXXIII, 155.
Sambre (Rio).—LXXII, 23, 80, 83.
San Agustin (Convento de), en Valladolid.—LXXIII, 151.
San Andrés, de Sória.—LXXIV, 392.
San Andrés (Abadía de).—LXXIII, 311.
San Antonio (Abadía de).—LXXIII, 482.
San Antonio (Fuerte de).—LXXII, 488.—LXXIII, 26.
San Antonio (Puerta de), en París.—LXXIII, 513.
San Belemont (Villa de).—LXXIV, 131.
San Bernardo (El).—LXXII, 239.—LXXIII, 548.
San Clemente.—LXXII, 227.—LXXIV, 386, 398.
San Dionís (Burgo y villa de).—LXXII, 62.—LXXIII, 509.—LXXIV, 326.
San Felipe (Lugar y fuerte de).—LXXII, 512, 516, 522, 523.—LXXIII, 19, 26, 89, 98.
San Francisco (Convento de), de Chateau Tierri.—LXXIV, 30.
San Francisco de la Roca (Castillo de).—LXXIV, 388.

San German (Puerta de).—LXXIII, 482.
San Germantmonte. *(Germant Moynt?)*.—LXXIV, 65, 103.
San Gislen de Cella (Abadía de).—LXXII, 56, 410, 411.
San Gislen (Villa de).—LXXII, 294.
San Gotardo.—LXXII, 27.
San Jorge (Fuerte de).—LXXIII, 49, 55, 61, 62.
San Juan (Abadía de).—LXXII, 270.
San Lázaro (Abadía de).—LXXII, 430, 458, 463, 468.
San Lis.—LXXIII, 509.—LXXIV, 299.
San Lucar.—LXXII, 39.
San Luis (Villa de).—LXXIV, 326.
San Martin (Puente y calle de), en París.—LXXII, 513.
San Miguel (Fuerte de).—LXXIII, 49.
San Miguel (Iglesia de), de Amberes.—LXXII, 333.
San Mor.—LXXIII, 509.
San Pedro (Iglesia de), de Rens.—LXXIV, 134.
San Quintin (Villa de).—LXXIII, 542.—LXXIV, 153.
San Remi ó Remigio (Abadía de).—LXXIV, 134.
San Sebastian (Villa de).—LXXIII, 525.—LXXIV, 395, 411.
San Vertin.—LXXII, 55.
Sandesir.—LXXIV, 109.
Sanson (Villa de).—LXXIII, 470, 475, 549.—LXXIV, 69, 97, 176, 178.
Sant (Villa de).—LXXIII, 436.
Santa Catalina (Fuerte de).—LXXIV, 228.
Santa Gul (Iglesia de).—LXXII, 47.
Santa Margarita (Fuerte de).—LXXIII, 86.
Santa María (Fuerte de).—LXXII, 516, 522, 523.—LXXIII, 19, 29, 30, 89.
Santen (Villa de).—LXXII, 296, 452.—LXXIII, 156, 207.—LXXIV, 79.
Santiago (Fuerte de), *v. Casa (La) fuerte.*
Santiago (Puerta de), de Amberes.—LXXII, 405.
Santiago de Galicia.—LXXII, 411.
Santo Domingo de la Calzada.—LXXII, 521.—LXXIV, 411.
Santo Domingo de Silos.—LXXIV, 137, 415.
Santomer (Villa de).—LXXII, 22, 55, 56, 163.—LXXIII, 335.
Sasso (Fuerte del).—LXXII, 431, 448, 449, 487.—LXXIII, 189, 249, 264, 295, 308, 318, 325, 353.—LXXIV, 397, 398.
Saullon.—LXXIII, 509.
Scherembergh (Villa de).—LXXII, 331.—LXXIV, 321.
Segovia.—LXXIV, 394, 405, 411.
Seluarte *(Selwert.)* (Abadía de).—LXXII, 295.
Semperfelts (Lugar de).—LXXII, 474, 475.
Sena (Rio).—LXXIII, 496, 498, 499, 500, 503, 511, 512, 514, 530, 531.—LXXIV, 256, 280, 281, 289.
Serbi.—LXXIV, 105.
Serrano (Fuerte del capitan).—LXXIII, 27.
Setenil.—LXXIV, 410.
Setubal (Castillo de).—LXXII, 136, 496.—LXXIV, 387.
Sevilla.—LXXII, 39, 141.—LXXIII, 166, 348.—LXXIV, 411.
Sicilia.—LXXII, 108, 146, 416, 507.—LXXIV, 12, 89, 111, 210, 211, 362, 366, 379, 386, 388.

Sidonia (Villa de).—LXXIII, 377, 534, 539.—LXXIV, 77.
Siete Florestas (Condado de).—LXXII, 18.
Sigüenza.—LXXIV, 391, 418.
Simay (Villa de).—LXXII, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 132, 354.
Siquen (Villa y castillo de).—LXXII, 16, 98, 100, 102, 103, 104, 126, 170, 391, 414.—LXXIII, 376.
Siria.—LXXII, 146.
Sison (Castillo de).—LXXIV, 92.
Solcaimp *(Soltkamp.)* (Dique de).—LXXII, 297.
Sorbona (La).—LXXIV, 176.
Soria.—LXXIV, 392.
Spá (Fuente de), ó del Puchon.—LXXII, 24.—LXXIII, 392, 397, 408, 438, 455.—LXXIV, 294, 299, 302, 303, 307, 324, 327, 331, 334, 337, 345.
Steenvick.—LXXIV, 303, 305, 312.
Suasterfilk (Exclusa de).—LXXIII, 402.
Sueson. *(Soissons.)*—LXXIV, 154, 161, 243, 287, 327, 338, 339.
Suiza.—LXXIII, 229.
Svuol *(Zwoll.)* (Villa de).—LXXII, 398.—LXXIV, 345.

T

Talamua (Puerto de).—LXXIII, 355.
Talavera de la Reina.—LXXII, 521.—LXXIII, 61, 164, 290.—LXXIV, 361, 372.
Tánger.—LXXIV, 273.
Tarancon.—LXXIV, 389.
Tarifa.—LXXII, 476.—LXXIII, 418.—LXXIV, 273.
Terceras (Islas).—LXXII, 485.—LXXIII, 103, 323.—LXXIV, 376, 377.
Terramunda (Villa de).—LXXII, 16, 229, 255, 340, 380, 400, 408, 451, 463, 471, 504, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 517, 518, 523, 524, 525, 535, 536.—LXXIII, 14, 65, 87, 95, 189, 249, 253, 309, 310, 313, 317, 325.—LXXIV, 109, 354, 356, 380, 392.
Terrovane (Villa de).—LXXII, 22.
Teureque (Lugar de).—LXXIII, 157.
Til (Lugar de).—LXXIII, 377, 432, 433, 434, 447.—LXXIV, 115.
Tirlemont (Villa de).—LXXII, 16, 81, 98, 114, 135, 151, 154, 372.—LXXIII, 377, 393, 394, 395, 396, 397.
Tola *(Thelen.)* (Isla de la).—LXXIII, 354, 359, 360, 361, 362, 365, 368, 269, 370.
Toledo.—LXXII, 56, 62, 79, 101, 120, 136, 307, 410, 411, 412, 491, 496, 506.—LXXIII, 19, 30, 31, 48, 65, 104, 307, 511, 518, 526.—LXXIV, 26, 30, 33, 78, 137, 272, 273, 276, 325, 364, 376, 380, 382, 385, 387, 391, 395, 399, 402, 404, 405, 406, 408, 412, 415, 416, 417.
Tolosa (Condado de).—LXXIV, 213.
Tordesillas.—LXXIII, 162.—LXXIV, 407.
Tornante (Villa y castillo de).—LXXII, 27, 170, 177, 238, 247, 413, 513.—LXXIII, 102, 103, 314, 320, 410.—LXXIV, 39.
Tornay (Obispado de).—LXXII, 485.—LXXIV, 120, 328, 354.
Tornay (Villa de).—LXXII, 13, 290, 294, 295, 296, 298, 308, 309, 311, 313, 316, 317, 318, 321, 325, 326, 335, 338, 378, 397, 399, 412, 416, 422, 431, 449, 457, 458, 469, 487.—LXXIII, 19, 142.

Toro.—LXXIII, 164.—LXXIV, 374, 401, 413.
Torre Don Jimeno (Villa de).—LXXIII, 49, 368.—LXXIV, 407, 415.
Torrejon de Velasco.—LXXIII, 59.—LXXIV, 58, 398, 407.
Treço.—LXXIV, 387, 389.
Treves (Ducado de).—LXXII, 11, 23.—LXXIII, 140, 378, 384.
Trillo.—LXXIV, 311, 385.
Trinidad (Fuertes de la).—LXXII, 525.
Triquerque.—LXXIII, 437.
Trujillo.—LXXII, 132, 304.—LXXIII, 466.—LXXIV, 379, 387.
Tuda *(Tudela?)* de Duero.—LXXIV, 396.
Tudela de Navarra.—LXXIV, 371.
Tuente *(Twenthe.)* (Estado de).—LXXII, 17, 308.
Tumbilla *(Thionville.)* (Villa de).—LXXII, 23, 239, 243, 244, 274, 499, 500, 501.
Túnez.—LXXII, 144.
Turin.—LXXII, 69.
Turs (Castillo de).—LXXIV, 100.
Tuvent (País de).—LXXII, 330, 331, 361.—LXXIII, 282, 283.

U

Úbeda.—LXXII, 217.—LXXIII, 165, 271, 518, 522.—LXXIV, 310, 390, 394, 414.
Uberdem.—LXXII, 292.
Ugarda (Villa de).—LXXII, 154.—LXXIII, 393.
Uguabia.—LXXII, 83.
Ulft (Castillo de).—LXXIII, 208.
Ulsen (Lugar de).—LXXIII, 282, 285.—LXXIV, 315.
Ulsle.—LXXII, 45.
Umala. *(Aumale?)*—LXXIV, 354.
Umen.—LXXIII, 350, 353, 354.
Ungnen (Lugar de).—LXXIII, 106.
Universidad de París.—LXXIII, 513
Urbino.—LXXIV, 260.
Urie.—LXXII, 173.
Uslem (Villa de).—LXXIII, 408, 421.
Utreque.—LXXII, 11, 17, 20, 181, 182, 189, 230, 232, 233, 260, 275, 398, 451, 465, 538.—LXXIII, 10, 146, 552.—LXXIV, 41, 45, 71.

V

Vacafregi.—LXXII, 429, 430.
Vagtendon. *(Wachtendonk.)*—LXXIII, 183, 184; 364, 368, 378, 386, 426, 427, 436.
Val (Lugar, rio y fuerte de).—LXXIII, 140, 142, 184, 185, 408, 421, 422, 423.—LXXIV, 79.
Valdeminor y Valdemiños.—LXXIII, 551.—LXXIV, 401.
Valdepeñas.—LXXIV, 272.
Valencia del Cid.—LXXIII, 307, 518.—LXXIV, 272, 288, 369, 376, 378, 380, 393, 397, 399, 400, 403, 407, 410.
Valencianas. *(Valenciennes.)*—LXXII, 22, 105, 233, 274, 287, 289, 290, 294, 430, 447.—LXXIV, 152, 154, 159, 171.
Valquer (Isla de).—LXXII, 527.
Valladolid.—LXXIII, 97, 205, 518.—LXXIV, 277, 371, 396, 407, 410, 411, 412, 418.
Vallu. *(Bailleul?)*—LXXII, 27.—LXXIII, 321, 332.
Vas (Isla y país de), *v. Vater.*
Vasaroda (Lugar de).—LXXII, 508, 509.

Vater (Isla ó país de).—LXXII, 14, 328, 400, 431, 447, 448, 450, 486, 487, 526.—LXXIII, 26, 99, 189.—LXXIV, 106, 110.
Vebre. *(Beveren?)*—LXXII, 487, 504, 512.—LXXIII, 8, 17, 24, 27, 68, 84, 86.
Veden (Señoría de).—LXXII, 443.
Vegijar.—LXXIV, 408.
Veilly (Villa de).—LXXIII, 549, 550.—LXXIV, 34.
Vejebar.—LXXIV, 387.
Velthusen. *(Velthuisen.)*—LXXIV, 344.
Veluva (Provincia de la).—LXXII, 329, 464, 537.—LXXIII, 141, 144, 145, 146.—LXXIV, 41.
Vellembole.—LXXII, 444.
Venecia.—LXXII, 61.
Venló (Villa, castillo y abadía de)—LXXII, 474, 479.—LXXIII, 139, 140, 148, 156, 174, 178, 183, 184, 185, 186, 188, 189, 269, 314, 364, 377, 426.—LXXIV, 86, 116, 354.
Ventaxeo (Villa de).—LXXIV, 219.
Vera.—LXXIV, 406.
Verdun.—LXXIV, 105, 106, 107, 110, 114, 169.
Vergas Olzon, *v. Bergas.*
Vernon.—LXXIV, 17.
Versa (Villa de).—LXXIV, 198.
Verta (Villa y castillo de).—LXXII, 167, 168, 170, 372.
Vesel (Villa y ciudad de).—LXXIII, 207, 210, 228, 239, 241, 260.
Vesfalia.—LXXII, 17, 18, 45.—LXXIII, 239, 241, 245, 249.
Vesta (Páramos de).—LXXII, 26.
Vestarlo (Abadía y castillo de).—LXXII, 414.—LXXIII, 247.—LXXIV, 39.
Veste (Castillo de).—LXXIV, 394.
Vetri.—LXXIV, 332.
Viamonte. *(Beaumont?)*—LXXII, 105, 108, 110.
Viana (Castillo de).—LXXIV, 401.
Victoria (Fuerte de la).—LXXIII, 51, 55, 61.
Vilat (La).—LXXIII, 171.
Vilborde (Villa de).—LXXII, 504, 512, 513, 517, 518, 519.—LXXIII, 11, 12, 13, 14, 16, 18, 22, 36, 37, 38, 40, 41, 44, 45, 67, 68, 70, 72, 86, 87, 539, 540, 552.—LXXIV, 77, 122.
Vildemburgh (Castillo de).—LXXII, 388.
Villabruque.—LXXII, 226, 229, 233.—LXXIII, 75, 85, 86, 354.
Villafranca.—LXXIV, 383.
Villanueva de los Infantes.—LXXIII, 62.—LXXIV, 413, 414.
Villarrubia de Ocaña.—LXXIII, 289.—LXXIV, 387.
Villasan.—LXXII, 500.
Villeurri. *(Vallery?)*.—LXXIV, 262.
Villi.—LXXIII, 473.
Vince (Villa de).—LXXII, 105, 150, 151, 493.—LXXIII, 437, 438, 455
Vins (Villa de), *v. Vince.*
Vintersvyck (Lugar de).—LXXII, 484.
Virton (Villa de).—LXXII, 23.
Vise.—LXXII, 156, 240.
Vitoria.—LXXII, 335.
Vitri.—LXXIV, 109.
Vivers.—LXXIV, 436.
Vizcaya.—LXXII, 182, 335.—LXXIII, 356.—LXXIV, 33, 417.
Vollemhove (Villa de).—LXXII, 307.
Vualenst (Villa de).—LXXII, 24.
Vueert (Villa y castillo de).—LXXII, 331.

Vuestergoe (Condado de).—LXXII, 18.
Vuethua *(Betuwe.)* (La).—LXXII, 329.
Vulturno (Rio).—LXXII, 147.

W

Wede (Señoría de).—LXXIII, 404.
Weenermoer (Lugar de).—LXXIII, 405.
Winschoten.—LXXII, 443.

X

Xatres *(Chartres.)* (Villa de).—LXXIV, 23, 24, 25, 34, 35, 38, 53, 97, 98.
Xeles ó Zelez (Abadía real de).—LXXIII, 498, 499, 501, 508, 509.

Y

Yébenes.—LXXIII, 356.
Yelo (Lugar de).—LXXII, 431, 449, 458, 464, 473.
Yepes.—LXXIV, 411.
Yndoben *(Eindhoven.)* (Villa y castillo de).—LXXII, 132, 160, 170, 372, 400, 412, 413.—LXXIII, 259, 269.
Ypre. *(Ypres.)*—LXXII, 13, 56, 151, 334, 356, 373, 422, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 435, 458, 459, 463, 464, 468.—LXXIII, 24, 95, 100, 189, 258, 311, 312, 313, 319, 320, 321, 325, 337, 347.—LXXIV, 355.

Z

Zamora.—LXXIII, 156, 164.—LXXIV, 387, 397, 398, 404, 413.
Zaragoza.—LXXII, 477.—LXXIII, 292.—LXXIV, 58, 137, 253, 379, 382, 383, 384, 395, 405.
Zebembergue. *(Zevenbergen.)*—LXXIII, 388, 389, 453, 454, 455, 459.
Zelanda (Condado é isla de).—LXXII, 11, 20.—LXXIII, 388, 389.
Zelez (Abadía real de), *v. Xeles.*
Zirquizea *(Zierikzee.)* (Villa de).—LXXII, 21.
Zuiderzée (Golfo de).—LXXII, 17, 19
Zutfent (Condado, villa y fuerte de).—LXXII, 11, 17, 181, 232, 259, 363, 365, 385, 437, 438, 440, 464, 465, 481, 482, 484, 530, 532, 533, 534, 537, 538.—LXXIII, 16, 141, 145, 171, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 230, 231, 232, 315, 316, 317, 339, 345, 552, 553, 554.—LXXIV, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 71, 76, 357.

ÍNDICE.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1591.

Páginas.

Gastos que el Rey católico hacia para conservar la religion católica.—Orden que el Rey católico dió á D. Diego de Ibarra.—D. Diego de Ibarra llega á Flandes á dar cuenta á Alexandro de su embajada.—El Maestre de campo Don Antonio de Zúñiga desvia las órdenes del Duque de Umena por conservar la gente de su tercio.—El capitan Juan de Zornoza y Guisasa entra con un convoy en París, por órden del duque de Umena.—Famosa escaramuza en que los españoles defienden que el Bearnés no gane los burgos de París.—Causas que hubo para poner en París un presidio de gente del Rey cotólico.—Sospechas de franceses.—Las villas de Corbel y Melun recupera Jatillon, Capitan del Bearnés.—Guarnicion que el duque de Umena pone en París de soldados del Rey católico.—El duque de Umena ofreció sustentar el presidio de París y no lo hizo.—Ríndese la villa de Cursi.—Los españoles ganan la villa de Nela.—Facciones del duque de Umena en la provincia de Picardía.—El duque de Umena envia á Flandes con despachos para Alexandro.—Respuesta de Alexandro á D. Diego de Ibarra.—Lo que resolvieron D. Diego de Ibarra, Juan Bautista de Tassis, el Presidentc y los demas sobre la guerra de Francia.—Instancia que hace con Alexandro el conde de Brisac para el socorro de la gente.—Respuesta que dió Alexandro al conde de Brisac, con acuerdo de Don Diego de Ibarra y de Tassis.—Lo que se resolvió con el conde de Brisac tocante al socorro que pedia para Francia.—Dásele á Brisac por escrito la respuesta que llevó de Alexandro al duque de Umena.—Quejas del conde Brisac y

satisfaccion que se le da.—Ahorros que D. Diego
hizo en Francia á la hacienda del Rey, nuestro
Socorro de ingleses que llega al Bearnés.—El Be
cura necesitar de bastimentos á París.—El Bear
Xatres.—Socorro que envia el duque de Umena á
Descuido del duque de Umena en el socorro de
Temor del vizconde de Tavanes.—El duque d
pone sitio á Fertémilon y la gana.—Sitio de la
Jateo Tiri.—El Bearnés aprieta y bate á Xatres.—
la villa de Xatres al Bearnés.—Pactos que el Bea
cedió á los de Xatres.—Causas que hubo para
sitio de Jateo Tiri.—No procedió el duque de Um
soldado en el sitio de Jateo Tiri.—Ganan los esp
burgos de Jateo Tiri.—D. Antonio de Zúñiga da ó
conservar los puestos que se habian ganado.—Q
da el Maestre de campo D. Antonio de Zúñi
Umena.—Respuesta del duque de Umena al M
campo D. Antonio de Zúñiga.—El conde de Baras
las diferencias que tuvieron D. Antonio de Zú
duque de Umena.—Los capitanes Juan Ramirez
llano, Andrés de Castro y Gilberto Perez marcha
tan las trincheas de los enemigos, y ganan los
Apriétase el sitio de Jateo Tiri.—Trincheas al
plantada el artillería en Jateo Tiri.—Batería de J
que hacen los enemigos desde el castillo.—Muert
artilleros.—El duque de Umena determina dejar
Jateo Tiri, y no lo consiente el Maestre de campo
y por qué causas.—Los Capitanes del ejército esp
cen sus joyas porque se continúe el sitio de Jat
Lleva Jorge Basta artillería y municiones para
el sitio.—Las personas que reconocieron la batería
que da el Maestre de campo Zúñiga para ganar
lla.—Los enemigos ponen fuego al convento de S
cisco.—Suceso estraño.—Salida que hacen los ene
Jateo Tiri y resistencia de los españoles.—Asalto
los españoles á Jateo Tiri.—Valor de Sancho de
Los españoles entran en Jateo Tiri por fuerza de
Valor del alférez Juan de Rivera Zambrana.—

Páginas.

[illegible] i las necesidades del
[illegible])iego de Ibarra para
[illegible] –Buena advertencia
[illegible] sto en la guerra que
[illegible] lico tenia en París.—
[illegible] Berbi.—Los que re-
[illegible] e dan el asalto á la
[illegible] raveses á la batería
[illegible] los españoles de la
[illegible] que reconocieron el
[illegible] de Rona.—Múdase
[illegible] rincheas en Berbi.—
[illegible] y muertos que hubo
[illegible] D. Diego de Ibarra
[illegible] enia á cargo.—Dife-
[illegible] nsieur de Villers.—
[illegible] formar las diferen-
[illegible] render al duque de
[illegible] l duque de Umena
[illegible] spuesta del duque
[illegible] os de Alexandro.—
[illegible] del cargo que sus
[illegible] ancia.—Lo que Don
[illegible] para deshacer las
[illegible] i Flandes el Maestre
[illegible] despachos que espe-
[illegible] o del Rey católico
[illegible] –Más provisiones de
[illegible] habian quedado en
[illegible] italianos y demas
[illegible] a con la gente del
[illegible] Antonio de Zúñiga
[illegible] cuidado.—Llega á
[illegible] il valones de socor-
[illegible] mont.—Ríndese el
[illegible] que se da á los sol-
[illegible] va con su ejército
[illegible] dar calor á la villa

Páginas.

satisfaccion que se le da.—Ahorros que D. Diego de Ibarra hizo en Francia á la hacienda del Rey, nuestro señor.—Socorro de ingleses que llega al Bearnés.—El Bearnés procura necesitar de bastimentos á París.—El Bearnés sobre Xatres.—Socorro que envia el duque de Umena á Xatres.—Descuido del duque de Umena en el socorro de Xatres.—Temor del vizconde de Tavanes.—El duque de Umena pone sitio á Fertémilon y la gana.—Sitio de la villa de Jateo Tiri.—El Bearnés aprieta y bate á Xatres.—Ríndese la villa de Xatres al Bearnés.—Pactos que el Bearnés concedió á los de Xatres.—Causas que hubo para apretar el sitio de Jateo Tiri.—No procedió el duque de Umena como soldado en el sitio de Jateo Tiri.—Ganan los españoles los burgos de Jateo Tiri.—D. Antonio de Zúñiga da órden para conservar los puestos que se habian ganado.—Quejas que da el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga al de Umena.—Respuesta del duque de Umena al Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga.—El conde de Baras compone las diferencias que tuvieron D. Antonio de Zúñiga y el duque de Umena.—Los capitanes Juan Ramirez de Arellano, Andrés de Castro y Gilberto Perez marchan y asaltan las trincheas de los enemigos, y ganan los burgos.—Apriétase el sitio de Jateo Tiri.—Trincheas abiertas y plantada el artillería en Jateo Tiri.—Batería de Jateo Tiri que hacen los enemigos desde el castillo.—Muerte de once artilleros.—El duque de Umena determina dejar el sitio de Jateo Tiri, y no lo consiente el Maestre de campo Zúñiga, y por qué causas.—Los Capitanes del ejército español ofrecen sus joyas porque se continúe el sitio de Jateo Tiri.—Lleva Jorge Basta artillería y municiones para continuar el sitio.—Las personas que reconocieron la batería.—Orden que da el Maestre de campo Zúñiga para ganar la muralla.—Los enemigos ponen fuego al convento de San Francisco.—Suceso estraño.—Salida que hacen los enemigos de Jateo Tiri y resistencia de los españoles.—Asalto que dan los españoles á Jateo Tiri.—Valor de Sancho de Tuesta.—Los españoles entran en Jateo Tiri por fuerza de armas.—Valor del alférez Juan de Rivera Zambrana.—Calidad y

Páginas.

partes del alférez Juan de Rivera Zambrana.—Retíranse al castillo los franceses enemigos.—Los españoles que hirieron y se señalaron.—Saco de Jateo Tiri, desórdenes que en él hubo.—El dia que se ganó Jateo Tiri.—Ríndese el castillo de Jateo Tiri, y con qué pactos.—El duque de Umena agradece al Maestre de campo Zúñiga la presa de Jateo Tiri.—Desamparan al duque de Umena sus franceses.—No tienen efecto las levas de gente del duque de Umena.—El duque de Umena envia á Flandes al conde de San Pol á dar cuenta á Alexandro de la pérdida de Xatres.—Gastos que el Rey católico tenia con el duque de Umena y otros señores de la Liga de Francia.—Alexandro remite á D. Diego de Ibarra y á Juan Bautista de Tassis la respuesta que se le dió al conde San Pol.—El conde Mauricio se da priesa á juntar sus fuerzas.—La reina de Inglaterra ayuda al Bearnés y á otros herejes.—El Bearnés va á la villa de Mezt, en Lorena, á recibir los socorros de Alemania.—Ayudas que dan los potentados de Italia al Bearnés.—Ejércitos que el Rey católico tenia en algunas provincias de Francia.—Alexandro ordena á D. Diego de Ibarra vaya á Francia á tratar con el duque de Umena los negocios que tenia á cargo.—D. Diego de Ibarra da priesa á su despacho para entrar en Francia.—La persona de D. Diego de Ibarra es muy necesaria para el buen expediente de los negocios de Flandes y de Francia.—Proposicion de D. Diego de Ibarra á Alexandro.—Ayudas del Pontífice para la guerra de Francia, y nombra por su General á su sobrino el duque de Montemarchano.—Misa que dice el Pontífice, y bendice en ella los estandartes que lleva á Francia el duque Montemarchano.—Por intercesion de D. Diego de Ibarra da Alexandro el gobierno de la gente del Rey católico, que estaba en Francia, á Antonio de Leiva, príncipe de Asculi.—Facciones del conde Mauricio.—Protesto que hacen á Alexandro los potentados de Alemania y el Emperador.—Alexandro remite al parecer de D. Diego de Ibarra y demas Consejeros la respuesta del Emperador.—D. Diego de Ibarra y los demas Ministros del Rey católico son de parecer restituyan al emperador de Alemania las plazas que Alexandro

Páginas.

habia ganado, reservándose dos para el paso de Frisa.—Socorro de dineros que Alexandro envia á Francisco Verdugo.—Orden que Francisco Verdugo da al gobernador de Zutfent para defenderla.—Francisco Verdugo da en Deventer las órdenes necesarias para defenderla.—El conde Mauricio va con su ejército la vuelta de Zutfent.—Goza el conde Mauricio de la ocasion, y gana el fuerte que llaman de Zutfent.—Buen ardid de guerra.—Sitia el conde Mauricio á la villa de Zutfent.—Ríndese la villa de Zutfent al conde Mauricio.—Alexandro se previene para socorrer la villa de Zutfent.—Instancia que hace D. Diego de Ibarra á Alexandro para la conservacion de Flandes y socorros de Francia.—Marcha Alexandro á Zutfent.—El capitan Pedro de Castro va, por órden de Alexandro, á hablar á los soldados alterados de Diste.—Obstinacion de los soldados amotinados.—Alexandro recoge la gente que habia de llevar á Francia, y va con ella á socorrer á Zutfent.—Los soldados católicos que rindieron á Zutfent se recogen á la villa de Deventer.—Sitio de Deventer por el conde Mauricio.—Batería de Deventer.—Hieren muy mal al conde Herman de Bergas.—Puente que manda hacer Mauricio para dar el asalto.—Defiéndense los sitiados de dentro y plántase el puente para asaltarlos.—Asalto á los sitiados.—Los soldados católicos que defienden á Deventer tratan de rendirse.—Ríndese la villa de Deventer.—Francisco Verdugo se va á ver con Alexandro.—Los émulos de Francisco Verdugo libran al capitan Loqueman que perdió á Zutfent.—Francisco Verdugo se vuelve á su gobierno.—Alexandro se vuelve á Brabante sin socorrer á Zutfent.—Patente que Alexandro dió al príncipe de Asculi de Gobernador del socorro que llevó á Francia.—Parte D. Diego de Ibarra de Flandes para Francia con el socorro de gente y dineros para el negocio que llevaba á cargo.—Vistas de D. Diego de Ibarra y el duque de Umena.—Diligencias y buenos servicios que hace D. Diego de Ibarra con los Ministros del Rey católico para que se consiga su servicio.—De los gajes del Rey católico se sustentaba el duque de Umena y su familia.—Necesidades que representa á D. Diego de Ibarra el

Páginas.

duque de Umena.—D. Diego satisface á las necesidades del duque de Umena.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para ahorrar la hacienda del Rey católico.—Buena advertencia de D. Diego de Ibarra.—Socorro no visto en la guerra que se daba á la guarnicion que el Rey católico tenia en París.—Sitio de la villa de Berbi.—Batería de Berbi.—Los que reconocen la batería de Berbi.—Los que dan el asalto á la villa de Berbi.—Daños que hacen los traveses á la batería de los españoles en Berbi.—Retíranse los españoles de la batería.—Mal órden de guerra.—Los que reconocieron el foso de Berbi.—Mal órden de Monsieur de Rona.—Múdase la batería de Berbi.—Abrense nuevas trincheas en Berbi.—Ríndese Berbi.—Los españoles heridos y muertos que hubo en el asalto de Berbi.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para conseguir las negociaciones que tenia á cargo.—Diferencias del vizconde de Tavanes con Monsieur de Villers.—El duque de Umena va á Roam á conformar las diferencias.—Emboscada del Bearnés para prender al duque de Umena.—D. Diego de Ibarra encarga al duque de Umena conserve la gente del Rey católico.—Respuesta del duque de Umena.—Murmuracion de los émulos de Alexandro.—Satisfaccion de Alexandro al Pontífice del cargo que sus émulos le hacian sobre la entrada de Francia.—Lo que Don Diego de Ibarra escribió á Alexandro para deshacer las murmuraciones de sus émulos.—Llega á Flandes el Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez con los despachos que esperaba Alexandro.—Provisiones de dinero del Rey católico para las guerras de Flandes y Francia.—Más provisiones de dinero.—Número de los españoles que habian quedado en Francia á órden del de Umena y de los italianos y demas naciones.—Faccion de Monsieur de Rona con la gente del Rey católico.—El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga procura conservar su gente con mucho cuidado.—Llega á Francia el príncipe de Asculi con seis mil valones de socorro.—Batería y asalto del castillo de Aumont.—Ríndese el castillo de Aumont.—Vestidos y socorro que se da á los soldados del Rey católico.—El Bearnés va con su ejército sobre Noyon.—El ejército español va á dar calor á la villa

Páginas.

de Noyon.—Queda herido, roto y desbaratado el vizconde de Tavanes y en prision.—Inciertos avisos en el ejército español por falta da espías verdaderas.—Cuidado y solicitud de D. Diego de Ibarra. —Obstinacion de los soldados alterados del tercio de Manuel de Vega.—El Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva va por órden de Alexandro á reducir los alterados de Diste.—Diligencias de Alexandro para juntar la gente.—Satisfacciones de Alexandro á las murmuraciones y cargos que sus émulos le hacian.—Orden que Alexandro envió al príncipe de Asculi.—Necesidades y trabajos que pasaron en Francia los soldados del Rey católico.—Sólo el Rey católico sustentó la guerra de Francia.—Francisco Verdugo procura recuperar las plazas que se habian perdido en Frisa.—El conde Guillermo de Nasao va con el ejército rebelde á poner sitio á Groeninghen.—Francisco Verdugo y el conde Federico entran en Groeninghen, y al mismo tiempo le pone sitio el rebelde.—El conde Federico escaramuza con el ejército rebelde.—Francisco Verdugo hace batir el escuadron rebelde y le hace retirar.—Francisco Verdugo pide socorro á Alexandro.—Buena consideracion de soldado.—Buen consejo de Francisco Verdugo.—Gran asistencia de Francisco Verdugo.—El capitan Alonso Mendo rompe á los rebeldes y se retira á Groeninghen.—Los condes Mauricio y Guillermo de Nasao retiran su ejército del sitio de Groeninghen.—Una de las causas por que los de Groeninghen querian mal á Francisco Verdugo.—El conde Mauricio sitia el fuerte del Tassis y se le rinde sin batirle.—El conde Mauricio campea con su ejército y hace algunas facciones.—Alexandro recoge sus fuerzas, va á sitiar el fuerte del Esquenque.—Socorro que entra en el fuerte del Esquenque sin poderlo estorbar los españoles.—Escaramuza entre españoles y rebeldes muy trabada.—Apriétase el sitio del fuerte del Esquenque con trincheas.—Zápase la muralla del foso del fuerte del Esquenque, y los rebeldes lo resisten y matan los zapadores.—Manda Alexandro retirar el artillería y su ejército.—Muerte del conde Otavio de Mansfelt. —Causas que tuvo Alexandro para retirarse del sitio.—El conde Mauricio va con su ejército á so-

Páginas.

correr el fuerte del Esquenque—Envia Alexandro á reconocer el ejército del conde Mauricio.—Los Capitanes católicos rompen los rebeldes, pero son resistidos y los vuelven á vencer.—Número de los muertos y heridos en la rota de la caballería católica, y pérdida de tres estandartes.—Vistas de Alexandro y el coronel Francisco Verdugo con el conde Herman de Bergas en Nimega.—Ordenes que da Alexandro al conde Herman y á Francisco Verdugo.—Alexandro parte de Nimega á Bruselas.—Por qué causas no guarda Francisco Verdugo las órdenes de Alexandro.—Francisco Verdugo ejecuta las órdenes de Alexandro.—Número del artillería y municiones que el conde Maurico tenia en su ejército.—No quieren los soldados alterados admitir los Oficiales de sueldo.—Por la obstinacion destos alterados no se consigue el servicio del Rey, nuestro señor.—Instancia que hace Monsieur de San Pol á Alexandro para que le dé socorro.—Oficios que hace D. Diego de Ibarra por órden de Alexandro con Monsieur de San Sol y otros.—La villa de París pide le doblen la guarnicion del ejército español.—Los católicos de París instan con D. Diego de Ibarra procure la eleccion de un Rey católico.—Juan Bautista de Tassis hace dejacion del oficio de Veedor general.—D. Diego de Ibarra se excusa con Alexandro para no aceptar el oficio de Veedor general.—Asistencia, trabajos y ocupaciones de D. Diego de Ibarra.—El duque de Umena envia órden al príncipe de Asculi marche con el ejército español al socorro de Noyon.—El duque de Umena da paso á los esguízaros del Bearnés con juramento de no volver á servirle.—El príncipe de Asculi marcha con el ejército español la vuelta de Han.—No es de parecer el duque de Umena socorrer sin el ejército español la villa de Noyon, y se ofrece hacerlo como soldado contra la infantería española.—No son de parecer los Ministros del Rey católico aventurar las pocas fuerzas que tienen en socorrer á Noyon.—Por complacer el duque de Umena á algunos señores que le seguian quiere aventurar las fuerzas del Rey católico.—La villa de Noyon se rinde al Bearnés y con qué pactos.—Instancia que hace el duque de Umena con los Ministros del Rey católico para pelear con el Bear-

Páginas.

nés.—Causas que habia para no entrar Alexandro en Francia.—Inciertas nuevas y voces mal entendidas para alterar los ánimos del vulgo que pasaban en Francia.—Agradecimiento de D. Diego de Ibarra al duque de Umena.—Las provincias que tenian á cargo los señores de la Liga de Francia.—La nobleza de Francia obedece mal al duque de Umena.—Divisiones entre los señores de la Liga de Francia.—Causas que hacian al duque de Umena andar sospechoso.—Oficios de parte del Bearnés para persuadir al duque de Umena.—Congregacion que publica el Bearnés, y para qué efecto.—Socorros y fuerzas que junta el Bearnés.—Diligencias que hizo Madama de Guisa para sacar de la prision al Duque, su hijo, y las de su tio el duque de Umena.—Necesidades del presidio de París y socorros de D. Diego de Ibarra.—Libertad del duque de Guisa.—Mercedes y gajes del Rey católico al duque de Umena.—Junta de los Estados en la villa de Rens.—Negociaciones de Don Diego de Ibarra con el duque de Umena.—Esperanzas que el duque de Umena tuvo á la corona de Francia.—Don Diego de Ibarra da aviso al Rey católico de lo que tiene á su cargo.—Fuerzas que se le juntan al Bearnés.—Nuevas y voz que corria en Francia.—Desórdenes que hacian los soldados del ejército español.—El Rey católico aprueba los advertimientos de D. Diego de Ibarra.—Pretensiones del cardenal de Vrandoma.—Prevenciones y designios del Bearnés.—Socorros que el príncipe de Asculi y el de Umena envian á Roam.—El príncipe de Asculi marcha con el ejército español y se entra en la villa de Rens en Jampaña.—El duqne de Umena va á recibir al de Montemarchano con D. Diego de Ibarra.—Orden que dió Alexandro á los tercios españoles que iban de Italia á Flandes.—Número del socorro que llevó á Francia el duque de Montemarchano.—Número de la gente que llevaban los tercios de españoles.—Los duques de Longavila y Niversa con los socorros del Bearnés.—Manda Alexandro se junten las coronelías de alemanes de bisoños con el ejército español.—Sitio de la villa de Hulst en el país de Vas, y socorro de Alexandro.—Va con embajada á Alexandro el marqués de Malaespina á

Páginas.

Flandes.—Cuidado y socorros de D. Diego de Ibarra.—El ejército del Pontífice y el del Rey, nuestro señor, se retiró á Verdum.— La caballería del Bearnés carga sobre una compañía de franceses católicos.—Número de la caballería católica.—Retírase el Bearnés y desmantela el castillo de Montefalcon.—Faccion de Monsieur de Villers.—Consejo que tuvieron los duques de Lorena, Umena y Montemarchano.—Parecer que dió D. Diego de Ibarra á los Duques.—Monsieur de la Nua va á Bretaña á socorrer al príncipe Dombres.—Muerte de Monsieur de la Nua, á quien los españoles llamaron brazo de hierro.—Partes de Monsieur de la Nua.—Descúbrese un trato en la villa de París.—Vuelta á Francia del marqués de Malaespina y esperanzas que da de la venida de Alexandro.—Los alterados de Diste socorren á la villa de Hulst y rompen los rebeldes y les queman sus navíos.—El castillo de Aumont se rinde al Bearnés por batería.—Deshácense las fuerzas del Rey católico en Francia, y por qué causas.—Los soldados del Pontífice fueron siempre bien asistidos.—Fuerzas que tenia el Bearnés.—Advertencias de D. Diego de Ibarra al Rey católico.—El marichal Biron ganó la villa de Gornay.—El Bearnés va con su ejército á la villa de Roam.—El ejército español parte de Verdum la vuelta de Massieres.—La villa de Berbi se rinde al Bearnés.—Gana el Bearnés por escalada la villa de Roam.—El pueblo de París se altera por haber ahorcado al presidente Brizon y á otros tres Consejeros.—El conde Mauricio marcha con su ejército con esperanzas de ganar á la villa de Nimega.—Francisco Verdugo va á Nimega á estorbar no la gane el conde Mauricio.—Diligencias de Francisco Verdugo para conservar á Nimega.—Francisco Verdugo va á desmantelar á Midelver.—Necesidades que pasaban los soldados del ejército de Francisco Verdugo.—Va Francisco Verdugo con dos mil hombres de su ejército á dar calor á la villa de Nimega para que el conde Mauricio no se apodere de ella.—El conde Mauricio con todo su ejército está junto á Nimega.—Deslealtad de los burgueses de Nimega y gran inobediencia que tuvieron á su Gobernador.—Francisco Verdugo va á asegurar la villa de Grave porque se

Páginas.

queria entregar á Mauricio.—Diligencias de Francisco Verdugo para asegurar la villa de Grave.—Deslealtad y mala respuesta que dan á Francisco Verdugo.—Solicitud y buena resolucion de Francisco Verdugo.—Los burgueses de Nimega echan fuera á su Gobernador y se la entregan á Mauricio.—Sentia Alexandro que se perdiesen las plazas que él habia ganado.—Sentimiento y enfermedad de Monsieur de Guileyn por haber perdido á Nimega.—Los soldados católicos que presidiaban á Nimega llegan á Grave y se alojan con los de Francisco Verdugo.—Poca prevencion que habia en la villa de Grave para defenderla.—Orden que dió Francisco Verdugo á Mateo del Castillo.—Francisco Verdugo deja á Grave bien reparada y se va con su ejército y le divide por órden de Alexandro para la jornada de Francia.—Alteracion de alemanes.—Soldados bisoños destruyen el país de Linghen y otros.—Causas que da Francisco Verdugo al duque Mauricio de Saja para no alojar su regimiento, y las que hubo para deshacerse siendo conveniente conservarlo.—D. Sancho Martinez de Leiva iba sacando fruto del trabajo que tenia en reducir los soldados alterados.—Dificultades que se ofrecian en no hallar dineros para dar satisfaccion á los alterados de Diste.—Alexandro procura desembarazarse de las cosas de Flandes para entrar en Francia.—Ordenes que dió Alexandro para la entrada en Francia.—Malos oficios que hacia Deportes, agente del duque de Umena, en los negocios y personas con quien trataba.—Buena correspondencia de D. Diego de Ibarra con Alexandro.—Oficios que hacia D. Diego de Ibarra por órden de Alexandro.—Alexandro da órden marche el ejército que tenia en Francia á la frontera de Flandes para recibir al que habia de entrar con su persona.—Sentimiento de Alexandro por la enfermedad del Pontífice.—Respuesta de Don Diego de Ibarra á Alexandro.—Socorro que el príncipe de Asculi dió á su gente en tiempo de necesidad.—Lo que Alexandro escribió á D. Diego de Ibarra para sustentar su ejército.—D. Diego de Ibarra procuraba se diese satisfaccion á los ejércitos del Rey católico, y el trabajo que en ello ponia.—Advertimientos de D. Diego de Ibarra.—Las nece-

Páginas.

sidades del pueblo de París iban creciendo.—Lo que montaba el sueldo cada mes de la guarnicion que el Rey católico tenia en París, y el número de los soldados de la villa.—D. Diego de Ibarra solicitador de los soldados del Rey, nuestro señor.—Parecer de Monsieur de Rona.—Los duques de Umena y de Montemarchano y los Nuncios de Su Santidad aprietan á D. Diego de Ibarra les diga la intencion de Alexandro.—Buenas consideraciones de D. Diego de Ibarra.—Confusion y cuidados de D. Diego de Ibarra.—Lo que D. Diego de Ibarra escribió á Alexandro.—Muerte de Inocencio, Sumo Pontífice.—Buenos oficios que siempre hacia D. Diego de Ibarra.—Franceses amigos de novedades.—Pérdidas del Rey católico por asistir á los católicos franceses.—El Bearnés mueve su ejército para tentar los ánimos de sus enemigos.—Alexandro apresura su entrada en Francia.—Lo que D. Diego de Ibarra escribió á Alexandro.—Lo que ofrecen los Nuncios del Pontífice y los buenos oficios que hacen.—El príncipe de Asculi sale con la gente de su cargo de los burgos de Rens.—Las grandezas de la villa de Rens.—Clovis, primer Rey cristiano que hubo en Francia.—Armas de los Reyes de Francia.—Milagro del óleo con que ungen los reyes de Francia.—Luna maravillosa.—Muerte del Capitan y Sargento mayor Itúrbeda.—Alojamiento que tuvieron los dos tercios.—Salvaguardia que habia en el castillo de Crey.—Lo que sucedió á seis soldados españoles.—De dónde eran y los nombres de los seis españoles á quien sucedió un caso notable.—Los españoles del príncipe de Asculi y de D. Rodrigo de Toledo se juntan con el duque de Umena.—Causas que tuvo Alexandro para no entrar en Francia á tiempo como deseaba.—Deshace Alexandro las calumnias de sus émulos.—Manda Alexandro hacer bastimentos para el ejército de Francia.—Siente mucho el duque de Umena no quiera guardar sus órdenes D. Rodrigo de Toledo.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para componer al duque de Umena con D. Rodrigo de Toledo.—El duque de Umena escribe á Alexandro sobre esto.—El príncipe de Asculi pretende esté á su órden D. Rodrigo de Toledo.—Consideraciones de Alexandro en

Páginas.

las pretensiones del duque de Umena y del príncipe de Asculi y D. Rodrigo de Toledo sobre la precedencia —Justo sentimiento del Maestre de campo D. Luis de Velasco.—Remite Alexandro á D. Diego de Ibarra el componer las competencias destos señores.—El duque de Umena intenta ganar algunas plazas.—El Bearnés marcha con su ejército la vuelta de Normandía.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para la entrada de Alexandro en Francia.—Necesidades del ejército español y diligencias de D. Diego de Ibarra.—Nuevas de la entrada de Alexandro en Francia, y contento de los católicos de aquel Reyno.—Marcha el duque de Umena con su ejército á recibir á Alexandro la vuelta de Landressi.—D. Diego de Ibarra solicita los socorros de los soldados del Rey católico que estaban de guarnicion en París.—Buen parecer de D. Diego de Ibarra.—Avisos de Alexandro al duque de Umena.—Juntas y consejos secretos de franceses y cuidado de D. Diego de Ibarra.—Nombres de los de la junta.—D. Diego de Ibarra entra en una junta de los franceses contra su voluntad, y avisa della á Alexandro.—Alexandro envia con embajada al teniente Felipe de Soria á el duque de Umena sobre su entrada en Francia.—La Bolsa de Amberes es una lonja y lugar deputado donde los hombres de negocios tratan y granjean.—Lo que Alexandro escribe á D. Diego de Ibarra.—Lo que Alexandro escribió al duque de Montemarchano.—Cuidado de Don Diego de Ibarra en los negocios de la Liga de Francia.—Aparatos y prevenciones de Alexandro para su entrada en Francia.—Aviso de la eleccion del Pontífice y en quién.—Lo que Alexandro advierte á D. Diego de Ibarra.—Alexandro procura conservar las fronteras de Flandes y que los ejércitos no destruyan sus campañas.—Lo que habian resuelto el duque de Umena y sus consejeros sobre la entrada de Alexandro en Francia.—Buenas consideraciones de Don Diego de Ibarra.—El nuevo Pontífice desea continuar en los socorros de la Liga de Francia.—Socorros del Pontífice.—Dificultades que hallaba el gobernador de Roam para defenderla.—Buen parecer de D. Diego de Ibarra.—Diligencias de D. Diego de Ibarra.—Monsieur de Rona va á Flan-

Páginas.

des y D. Diego de Ibarra le favorece con Alexandro.—Apio Conde reconoce la villa de Berbi.—Escaramuza con los de Berbi y herida de Apio Conde.—Felipe de Soria vuelve á Flandes.—Malos oficios de Monsieur de Brisac.—Razones de D. Diego de Ibarra á Monsieur de Jatre.—Intento del duque de Guisa.—Intento de los esguízaros del Pontífice.—Instancia de D. Diego de Ibarra.—Alexandro parte de Bruselas y llega á Valencienes.—Artificios de Madame de Velani.—Revoluciones de París.—Muerte del presidente Brizon.—Lo que escribió el duque de Umena al príncipe de Asculi.—Negociaciones de los católicos de Francia y pretension del Pontífice.—Vuelta de Monsieur de Rona de Flandes á Francia.—Negociaciones de D. Diego de Ibarra.—Necesidades del ejército español y solicitud de Don Diego de Ibarra.—Enferma la infantería bisoña que llevó de Italia D. Rodrigo de Toledo, y D. Diego de Ibarra trata del remedio.—Número de la gente que Alexandro llevó segunda vez á Francia.—Coroneles dignos de muy gran castigo.—Causas por que Alexandro no entró en Francia con más fuerzas.—Muerte del presidente Brizon, y por qué causa.—Gallarda resolucion de D. Diego de Ibarra y aviso que da á Alexandro.—Partes de Monsieur de Rona.—Merced que Alexandro hizo á Monsieur de Rona.—Priesa y órdenes que da Alexandro para entrar en Francia.—Los Embajadores del Imperio llegan á Lieje y Alexandro va á verse con ellos.—Pertrechos y municiones que Alexandro envió á Francia.—D. Diego de Ibarra en París con el duque de Umena.—Respuesta de D. Diego de Ibarra al de Umena.—No aprovechan con el duque de Umena los buenos consejos de D. Diego de Ibarra.—Respuesta de los Capitanes al duque de Umena y de D. Diego de Ibarra.—Lo que el castellano de la Bastilla respondió al duque de Umena.—No se persuade el duque de Umena á las buenas razones de D. Diego de Ibarra.—Los católicos de París desean hacer rey de Francia al católico de España, y D. Diego de Ibarra se lo agradece.—El castellano de la Bastilla da la obediencia al duque de Umena y le perdona por medio de D. Diego de Ibarra.—Sitio de la villa de Roam y salidas que

Páginas.

hizo Monsieur de Villers al ejército del Bearnés.—D. Diego Brochero justifica su resolucion.—Mala resolucion de no querer socorrer á Roam.—Ocasion que perdió el Bearnés de no ganar á Roam.—El duque de Montemarchano y otros émulos de Alexandro le hacen malos oficios con el Pontífice.—El cardenal D. Duarte en Roma altera la voz del pueblo, y diligencias del duque de Sesa.—Parte Alexandro á Bruselas á verse con los embajadores de Alemania.—Alexandro envia á Francia á Monsieur da la Mota á ver la parte donde se habia de juntar el artillería y pertrechos della.—Lo que Alexandro respondió á D. Diego de Ibarra sobre los sucesos de París.—Lo que desvelaba y traia cuidadoso al duque de Umena.—Lo que Monsieur de Bolin dijo á D. Diego de Ibarra de parte del duque de Umena.—Respuesta de D. Diego de Ibarra al duque de Umena.—Buenos pareceres que D. Diego de Ibarra dió al duque de Umena.—Causas que movieron á D. Diego de Ibarra á hablar por escrito al duque de Umena.—Pone el duque de Umena en París gente de guerra en escuadron y para qué efecto.—Crueldad de Monsieur de Vetri y desórden de sus soldados.—Lo que pasaba en París contra católicos por órden del duque de Umena.—Justicia contra católicos por permision del duque de Umena.—Buena consideracion de D. Diego de Ibarra.—Satisfaccion que el duque de Umena dió á D. Diego de Ibarra.—Opresion de católicos y libertad de herejes.—Designios del duque de Umena.—El duque de Umena y la nobleza católica de Francia no hacian la guerra al Bearnés por el servicio de Dios, sino por sus particulares intereses y pretensiones.—De la mucha importancia que fueran las fuerzas españolas en Francia para conseguir el intento del Rey católico.—El duque de Umena y D. Diego de Ibarra parten de París á recibir á Alexandro.—Alexandro entra con su ejército en Francia por la villa de Guisa.—Union entre los duques de Lorena, Guisa y Umena para la pretension de la corona de Francia.—No quiere el duque de Guisa firmar el juramento del acuerdo que hizo con los duques de Lorena, Umena, sin licencia de su madre.—El Bearnés aprieta el sitio de

Páginas.

Roam.—Manda Alexandro poner cuatrocientos soldados de guarnicion en la villa de la Fera.—Negociaciones de Don Diego de Ibarra.—D. Diego de Ibarra se ve con Alexandro en Landresi y lo que trataron.—Buenos deseos de D. Diego de Ibarra.—El duque de Montemarchano avisa á Alexandro la órden que tiene del Pontífice, y lo que le respondió.—Buenos oficios de D. Diego de Ibarra.—Lo que el Rey católico escribió á D. Diego de Ibarra y á Juan Bautista de Tassis.—El Rey católico elije al duque de Feria para tratar los negocios de la Liga de Francia.—El presidente Janin no cumple con sus obligaciones.—Buenas consideraciones de D. Diego de Ibarra.—Vistas de Alexandro y el duque de Umena en Francia, y lo que trataron.—Pretension del Rey tatólico para la serenísima Infanta de España, su hija, y lo que respondió el presidente Janin.—Gastos del Rey católico.—Lo que D. Diego de Ibarra y el presidente Richardote trataron con Janin.—Respuesta del presidente Janin á D. Diego de Ibarra y Richardote.—Dificultades que puso el duque de Umena en lo que se trató en una junta que tuvo con Alexandro y lo que le respondió.—Príncipes de la casa de Lorena.—Alexandro representa al duque de Umena y á otros Príncipes las obligaciones que tenian al Rey, su tio, y lo que le respondieron.—El duque de Umena quejoso y bien pagado de la hacienda del Rey católico.—Sospechas del duque de Umena.—Poca conformidad entre el duque de Umena y el de Guisa, su sobrino, y buenos oficios de D. Diego de Ibarra.—Socorros que manda Alexandro dar al duque de Guisa..... 3

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1592.

Inútil venida de Francisco Verdugo á la villa de Bruselas desde Frisa.—Francisco Verdugo va á Cleves á dar el pésame de la muerte del Duque y á defender la villa de Mastriq por órden del conde Mansfelt.—El conde Mauricio da una escalada á la villa de Mastriq.—Francisco Verdugo deja

Páginas.

el Gobierno de Mastriq y se va á Güeldres.—El conde Mauricio se retira de Mastriq sin tener efecto la escalada que le dió.—Pretensiones del duque de Guisa en España.—El obispo de Plasencia, Legado del Pontífice en Francia y los oficios que tenia.—Instancia de D. Diego de Ibarra.—Inteligencias de Alexandro.—Pocas fuerzas del ejército español y pocas fuerzas del Rey católico, y el estado que tenian en Francia sus negociaciones.—Gastos del Rey católico.—Lo que el Pontífice escribió al duque de Montemarchano.—Diligencias de D. Diego de Ibarra con el duque de Montemarchano.—Por qué causas se deshacia el ejército católico.—Lo que D. Diego de Ibarra informó sobre la prision de las duquesas de Longavila.—Junta que tuvo D. Diego de Ibarra con Janin y Monsieur de la Jatre.—Lo que los franceses de la Liga católica proponian en la eleccion de la señora infanta de España.—Los Ministros del Rey católico no responden á las proposiciones de los franceses sin licencia de Alexandro.—Instancia de D. Diego de Ibarra.—instancia de los franceses católicos y priesa que dan á sus negocios.—Proposicion discreta de D. Diego de Ibarra.—Respuesta de los franceses á la proposicion de D. Diego de Ibarra.—Gastos del Rey católico con los franceses de la Liga.—Lo que por parte del Rey católico se les prometió á los franceses de la Liga.—Por qué se llamó la Reyna, nuestra señora, Doña Isabel de la Paz.—Derechos que la señora infanta de España, Doña Clara Eugenia de Austria, tiene á la corona de Francia.—Derechos del Rey, nuestro señor, al Ducado de Borgoña.—Derechos de Provenza.—Derechos de Bretaña al Rey, nuestro señor.—Mormandía.—Janpaña.—Ducado de Tolosa.—Ducado de Borbon.—Alexandro marcha con todo el ejército católico á socorrer á Roam.—Causas por que se deshacia el ejército de Alexandro.—Ausencia del duque de Umena del ejército y diligencias de D. Diego de Ibarra.—El duque de Umena da libertad á la duquesa de Longavila y á su suegra.—Lo que Alexandro dijo por la soltura de la duquesa de Longavila.—Excusas del duque de Umena.—Siente Alexandro y Don Diego de Ibarra la soltura de las prisioneras sin órden del

Páginas.

Rey católico.—Sospechas que se tuvieron de los franceses de la Liga, y por qué causas.—Ríndese á Alexandro el castillo de Famesen.—Alexandro con su ejército va sobre el Bearnés.—La caballería del Bearnés en escuadron.—Alexandro ciñe sus escuadrones con los carros de su ejército.—Resolucion del Bearnés mal considerada.—Escaramuza la gente de Alexandro con la del Bearnés.—El Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva se señala en la escaramuza.—El Bearnés se retira desordenadamente con mucha pérdida.—Matáronle el caballo á Monsieur de Gebri, General de la caballería del Bearnés.—Los españoles ganan y saquean el alojamiento del Bearnés y le hacen retirar roto y herido.—El duque de Aumala llega al ejército de Alexandro con cuatrocientos caballos de socorro.—Opiniones que tuvieron algunos soldados del ejército español.—El Bearnés cierra de improviso con el cuartel del duque de Guisa, y le rompe y desbarata, ganándole su estandarte y bagaje.—Valor del Sargento mayor Vega.—Alexandro va sobre Neujatel y famosa faccion que hizo.—Monsieur de Gebri, General de la caballería del Bearnés, se rinde á Alexandro en la villa y castillo de Neujatel.—Número de los rendidos de Neujatel á merced de Alexandro.—Pendencia que tuvo el Capitan y Sargento mayor Torralva con el capitan Alonso Ruiz Fajardo.—Preeminencia del oficio de Sargento mayor de andar á caballo en cualquiera parte.—Manda Alexandro cortar la cabeza al capitan Alonso Ruiz Fajardo.—El Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva pide á Alexandro por merced la vida del capitan Alonso Ruiz Fajardo.—El capitan Fajardo se huye de la prision y su muerte.—La instancia que hacian por dinero los duques de Umena, Guisa y Umala.—Oblígase Alexandro á dar satisfaccion á la gente del Pontífice.—D. Diego de Ibarra envia á el Rey católico una carta del Mariscal de Aumont.—Alexandro marcha sin bagaje á socorrer á Roam.—Determina Alexandro dar la batalla al Bearnés.—Daño que hizo Monsieur de Villers al ejército del Bearnés en una salida con ayuda de los españolos que habia en Roam.—No quiere el duque de Umena que Alexandro dé la batalla al Bearnés.—Alexandro retira su

Páginas.

ejército á Neujatel.—Causa de detenerse las negociaciones del Rey católico en Francia.—Malos oficios del duque de Montemarchano y constancia del Pontífice en socorrer la Liga de Francia.—Falsas relaciones de Mateuche.—El duque de Sesa, embajador en Roma, contradice las siniestras informaciones de Mateuche.—Injustas quejas del duque de Montemarchano.—Resolucion del Pontífice en socorrer la Liga católica de Francia.—Designios de Alexandro y ardid que tuvo en socorrer á Roam.—Pareceres que hubo sobre la retirada de Roam.—Por el rigor del tiempo se deshace el ejército español.—La caballería del Bearnés sigue la retaguardia del ejército español y cierra con los esguízaros del Pontífice, y le resisten los españoles de D. Antonio de Zúñiga.—Dinero que llevó el Contador, Pedro de Coloma, á Alexandro, y en quién se distribuia.—Causas por qué se deshacia la gente francesa católica del ejército.—Discursos que se hacian sobre el intento y facciones del Bearnés.—Pretensiones del duque de Guisa por órden de Monsieur de la Jatre y por qué causas.—Muerte del Pontífice Inocencio IX y eleccion de Clemente VIII.—No quiere el nuevo Pontífice oir á los que trataban de la conversion del Bearnés.—Manda el Pontífice rehacer su ejército y órdenes que dió.—Instancia de D. Diego de Ibarra para la Junta de los Estados.—El duque de Umena no cumple lo que ofreció para la eleccion de la Sra. Infanta.—Determina el Bearnés dar la batalla al ejército de Alexandro, y sus Consejeros se lo contradijeron.—Asistencia y trabajos de D. Diego de Ibarra.—La caballería del Pontífice se deshace.—Los esguízaros del Pontífice se van á sus tierras por culpa del duque de Montemarchano y del Comisario general Mateuche.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para conseguir el servicio del Rey católico.—El Pontífice da licencia al duque de Montemarchano con que remedia los excesos de sus Ministros.—Desea el Pontífice conservar su ejército en Francia en favor de la Liga católica.—Alexandro saca la guarnicion de Neujatel.—Buenos oficios de D. Diego de Ibarra.—Licencia del Pontífice para que el duque de Montemarchano se vaya á Roma, con que cesaron muchos inconvenientes.—Poco

Páginas.

recato que el capitan Francisco de Ayala tuvo en entregar la villa de Neujatel.—Lo que contenia un papel que el presidente Janin dió en una junta en nombre del duque de Umena.—Lo que el duque de Umena dijo á Alexandro sobre la pretension del Rey católico.—Puntos en que consistian las pretensiones del duque de Umena y lo que se le respondió.—El Bearnés procura con sus inteligencias deshacer las del duque de Umena y Príncipes católicos.—Ofrecimientos del Bearnés para que le admitiesen en la corona de Francia.—Respuestas que otras veces se le dieron al duque de Umena.—Por qué causa sentia D. Diego de Ibarra tratar con la condicion de los franceses.—Pretension del duque de Guisa y dineros que se le dieron de la hacienda del Rey católico.—Diligencias que se hicieron para reparar los designios del duque de Guisa y de Monsieur de la Jatre.—El conde de Brisac se inclina al servicio del Rey católico.—Pretension del duque de Nemurs y respuesta de Alexandro.—El hijo del duque de Lorena se va á los Estados de su padre y promete volver á la Junta de los Estados.—Lo que por parte del Rey católico se pretendia de los duques Mercurio y de Joyosa.—Las personas que más podian en Francia para ayudar la pretension del Rey católico y las mercedes que les habian de hacer.—Buen consejo de Don Diego de Ibarra.—Con la fuerza de las armas se conquistan y adquieren los Estados.—Levas de gente, y en qué parte, que mandó hacer Alexandro.—El duque de Umena pide dinero para sus levas de gente, y el que le libró Alexandro.—Siempre al duque de Umena le tenia el Rey católico bien pagado y quejoso.—Instancia y diligencias de D. Diego de Ibarra para la Junta de los Estados.—Los católicos de Francia sentian mucho los flacos socorros que tenian.—Lo que importaba tener bien presidiada á París con gente del Rey católico.—El duque de Umena y los demas Príncipes franceses atienden más á su propio interes que al bien general.—Lo mucho que importara entrar en Francia Don Alonso de Vargas con su ejército.—Ignorancia del vulgo mal entendido y peor considerado.—Siempre los aragoneses fueron y son muy leales á su Príncipe.—Condicion de la

Páginas.

nacion francesa.—El Bearnés aprieta el sitio de Roam.—Alexandro va á socorrer á Roam.—Alexandro quita el socorro á sus soldados para dar á los del Pontífice.—Camino breve que abrió Alexandro para socorrer á Roam, presteza jamás vista.—Esguaza el ejército de Alexandro un brazo de mar.—Descuido de un Alférez español.—Partes que ha de tener un abanderado.—El fin que hacen los hombres aborrecidos y avergonzados.—Puesto que ocupó Alexandro con su ejército y demostracion que hizo el Bearnés de pelear con él.—Alexandro ordena su ejército y se resuelve de pelear con el Bearnés, el cual no le osa esperar y se retira del sitio de Roam.—Llega Alexandro con su ejército á la vista de Roam y el Consejo que allí tuvo.—Alexandro reconoce la villa de Caudebeque y le pone sitio.—La guarnicion francesa de Caudebeque sale á escaramuzar con los soldados de Alexandro.—Alexandro herido de un arcabuzazo en el brazo derecho.—Disimula Alexandro su herida y se retira á pié con mucho valor.—Sentimiento del ejército español por la herida de Alexandro.—El Bearnés junta sus fuerzas y va á romper las de Alexandro.—Alexandro determina esperar al Bearnés y da priesa á la empresa de Caudebeque.—El estado que tenian en Francia las negociaciones del Rey católico.—Manda Alexandro batir el armada enemiga.—Daño que recibieron los navíos enemigos.—El almirante de Francia y sus navíos se rinden á merced de Alexandro.—Batería de Caudebeque.—Ríndese Caudebeque á Alexandro y los pactos que hicieron.—Siéntese la falta de Alexandro en el ejército católico.—D. Diego de Ibarra solicita la Junta de los Estados.—Los émulos de España perturban la voluntad del Pontífice para que no socorra la Liga católica en Francia.—Lo que Alexandro y los de su Consejo acordaron visto que el Bearnés se acercaba.—Puesto que se eligió para el ejército católico.—Causas por que los franceno quisieron que el ejército español se acampase cerca de Havredegracia.—Segundo puesto que se eligió para el ejército católico.—El Bearnés procura necesitar de bastimentos el ejército católico.—El Bearnés con su ejército va á pelear con el de Alexandro.—Número del ejército del Bearnés.—

Páginas.

Alexandro encarga su ejército al príncipe Ranucio, su hijo.—Buena consideracion del Bearnés.—Puesto que ocupa el Bearnés y descuido de la caballería católica.—El Bearnés mueve sus escuadrones para pelear con el ejército de Alexandro.—El príncipe Ranucio manda trabar una escaramuza y los que se señalaron y murieron en ella.—Fuerte que se hizo y para qué efecto.—Valeroso hecho del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva.—Alexandro da vista á su ejército con mucho trabajo por falta de su salud.—El príncipe Ranucio vigilante para ejecutar las órdenes de Alexandro, su padre.—Daños que el Bearnés hacia á el ejército católico y para qué efecto.—Necesidades del ejército español.—Continúase las escaramuzas de los ejércitos de Alexandro y del Bearnés.—Valor de las personas más particulares del ejército español.—Mátanle el caballo al príncipe Ranucio y el peligro en que se vió con el príncipe de Asculi.—Los franceses católicos se señalan y pelean con valor.—Los Maestres de campo D. Antonio de Zúñiga. D. Alonso de Idiaquez, Camilo Capezuza y otros Capitanes. hacen su deber con ánimo increible.—Necesidad extrema que pasa el ejército español.—Nuevas que el Bearnés hacia derramar en Francia.—El Bearnés se acerca con su ejército al de Alexandro.—Puesto que mandó ocupar el príncipe Ranucio y para qué efecto.—Qué gente y compañías fueron á ocupar el puesto.—Moscones que se vieron en el país de Caos.—El Bearnés mueve todo su ejército y va á ganar el puesto que tenian los españoles.—Reducto que el capitan Juan de Zornoza hizo levantar y para qué efecto.—Forma del trincheon y puesto que defendian los españoles.—Cierra el ejército del Bearnés con el puesto de los españoles.—Los españoles defienden el puesto con mucha gallardía.—El Bearnés gana el puesto que tenian los españoles.—Los españoles y valones desamparan sus puestos.—Algunos españoles de las compañías de Juan de Zornoza y de Hernando de Isla cierran con los escuadrones del Bearnés y los rompen y desbaratan; pero con mucho daño.—Valor de Luis Carrillo, soldado español, y de otros no ménos arriscados.—Continúase la escaramuza.—Toda la

Páginas.

caballería del Bearnés cierra con los españoles del trincheon y los rompe y atropella.—La pica del autor vuelca de la silla á un caballero coraza y es causa de que se atropellen y caigan otros muchos.—Los franceses enemigos se apoderan del puesto y trincheon que guardaban los españoles.—Número de los españoles muertos y heridos.—Valor y piedad del alférez Alonso Marquez.—Los españoles que se señalaron en la defensa del trincheon.—El Bearnés mejora su ejército para dar la batalla al español, el cual se le presenta para pelear.—La artillería católica hace daño al ejército del Bearnés.—Continuánse las escaramuzas en los ejércitos de Alexandro y del Bearnés.—Los duques de Umena y Guisa se señalan en la escaramuza.—Valor del príncipe Ranucio.—Las personas de más cuenta que se señalaron en la escaramuza.—Sale Alexandro en una media litera en hombros de sus lacayos á dar órdenes en la escaramuza.—Los españoles que se señalaron del tercio de Don Alonso de Idiaquez en la escaramuza de la tarde.—Alexandro da órden se recupere el puesto que se habia perdido.—Alexandro va á recuperar el trincheon y puesto que se habia perdido.—Los soldados del Bearnés desamparan el trincheon.—Los dos ejércitos de Alexandro y del Bearnés se retiran con la noche.—Manda Alexandro fabricar un rebellin para asegurar su retirada.—Causas que le movieron á Alexandro á retirar su ejército del Bearnés.—Los soldados de Alexandro desamparan sus banderas compelidos de su necesidad y corrian las campañas.—El ejército de Alexandro marcha á la sorda, y alojamiento que tuvo.—El ejército del Bearnés sigue la retaguardia del de Alexandro.—Alojamiento que tuvo el ejército de Alexandro.—Falta que hizo un puente que Alexandro mandó fabricar en el rio Sena.—Pontones que Alexandro mandó fabricar para pasar su ejército el rio Sena.—Fuertes que Alexandro mandó levantar en las márgenes del rio Sena.—El Bearnés con todo su ejército acomete los cuarteles de la caballería católica.—Por la poca resistencia que hizo la caballería católica pierde parte de su bagaje.—El capitan Venero socorre la caballería católica y le matan.—Alexandro junta

Páginas.

sus Consejeros, y lo que resuelve.—Parecer de D. Diego de Ibarra.—D. Diego Brochero, famoso Capitan y experimentado marinero.—Aprueban los demas Consejeros de Alexandro el parecer de D. Diego de Ibarra.—Alexandro pasa el rio Sena con su ejército y el bagaje va por tierra á Roam.—El Bearnés con su caballería sigue el ejército de Alexandro.—Los españoles resisten la caballería del Bearnés y la hacen retirar feamente.—El capitan Antonio Caballero de Ibarra presidió á Caudebeque.—El Bearnés sitia á Caudebeque y la bate.—El capitan D. Antonio de Ibarra rinde á Caudebeque y pactos que hizo.—Alexandro con su ejército llega á París.—El marqués del Vasto llega al ejército español.—Diligencias de D. Diego de Ibarra para la Junta de los Estados.—Buena asistencia del cardenal Sega en la retirada de Roam.—Las jornadas que hizo Alexandro y por qué causa manda quemar las barcas y pontones con que pasó el rio Sena.—Manda Alexandro ganar por fuerza de armas los alojamientos de su ejército.—Salen á escaramuzar con los españoles.—Los españoles de más cuenta que hirieron y mataron por ganar los alojamientos.—Los españoles ponen fuego á un lugar que habian ganado.—Pérdida que hubo del ejército español en la retirada de Roam.—Sentimiento de los católicos de París por la retirada de Alexandro.—Deja Alexandro en París la guarnicion que habia sacado y la refuerza á instanciá de D. Diego de Ibarra.—Puente que mandó fabricar Alexandro.—Llega Alexandro á Jateo Tiri y da órden para alojar su ejército.—Junta que manda hacer Alexandro y para qué efecto.—Número de los soldados que Alexandro tenia en su ejército, de todas naciones.—Lo que obligó á Alexandro á retirar su ejército del del Bearnés.—El Bearnés busca medios para concluir la paz y ser admitido en la Corona.—D. Diego de Ibarra vigilante en las negociaciones que tenia á cargo.—El Bearnés se arrima con su caballería cerca de Jateo Tiri y para qué efecto.—Apio Conde, Gobernador del ejército del Pontífice.—Cortos socorros del Pontífice para las guerras de Francia y diligencias que hace.—Lo que Alexandro dijo á sus Consejeros.—Lo que D. Diego de Ibarra respon-

Páginas.

dió á Alexandro y los inconvenientes que sus Consejeros hallaron en su partida.—Conócese la falta que Alexandro hacia en su ejército.—Los esguízaros del Pontífice dejan su servicio y se van á sus casas por culpa de Mateuche.—Lo que el duque de Umena pedia para conservarse en su potestad.—Instancia que hace el duque de Guisa por gente y dineros para hacer la guerra en Guiena.—Victoria que el duque de Mercurio tuvo en Bretaña con los españoles del cargo de D. Juan del Aguila.—Diligencias y solicitud de Alexandro.—D. Diego de Ibarra solicita la Junta de los Estados.—El Legado del Pontífice solicita la causa de la Liga católica.—Alexandro procura ir á Flandes y licencia que da á personas de cuenta.—D. Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tassis sienten la falta de las personas que con licencia de Alexandro dejaron el ejército.—Alexandro se parte á Flandes á bebar el agua de Aspa.—Monsieur de Rona gobierna el ejército español por el ausencia de Alexandro.—Orden que dejó Alexandro á D. Diego de Ibarra y al duque de Umena.—Instancia que hizo D. Diego de Ibarra para que no fuesen españoles de guarnicion á Roam.—El capitan Simon Antunez va por Cabo de ciento cincuenta españoles á Roam.—Siente el ejército de Alexandro su ausencia.—Cuidado que pendia de D. Diego de Ibarra.—El duque de Guisa poco satisfecho y bien pagado de la hacienda del Rey, nuestro señor.—El conde Mauricio con su ejército campea en Brabante y Frisa y hace mucho daño.—Francisco Verdugo resiste al conde Mauricio y se previene de socorros que pide al conde Mansfelt y á Alexandro.—Lo que respondió Alexandro á Francisco Verdugo.—Diligencias que Francisco Verdugo hacia para ser socorrido.—Francisco Verdugo refuerza la guarnicion de Steenvick.—El capitan Sante socorre á Steenvick y el conde Mauricio se le arrima y abre las trincheas, y Monsieur de la Coquela sale á ellas y las asalta y gana sus banderas.—Batería de Steenvick.—El conde Mauricio hace reconocer la batería de Steenvick.—Mauricio se arrima á Steenvick con la zapa.—Francisco Verdugo pide socorros, y por falta dellos no rompe á Mauricio.—Continúase el sitio de Steen-

Páginas.

vick.—Los cercados de Steenvick baten los castillos de madera de los rebeldes.—No se atreven los rebeldes á dar el asalto á Steenvick.—Por órden de Francisco Verdugo socorren los católicos á Steenvick.—Continúase el pelear sobre la muralla de Steenvick.—Efecto que hacen las minas de los rebeldes.—Los rebeldes dan tres asaltos á Steenvik.—Número de los muertos del sitio de Steenvick.—El conde Mauricio herido de un arcabuzazo.—Ríndese la villa de Steenvick y con qué pactos.—Número de los soldados que perdió el conde Mauricio en el sitio de Steenvick.—Servicios que el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva hizo en apaciguar soldados alterados.—Alexandro provee el tercio del Maestre de campo Manuel de Vega en la persona del capitan D. Alonso de Mendoza.—Merced que hizo Alexandro al Maestre de campo D. Mannel de Vega.—El conde Mauricio va sobre Covorden y Francisco Verdugo la guarnece y amuniciona.—Sitio del burgo de Covorden.—Sitio de Oetmarsum.—Valor del capitan Alonso Mendo.—Ríndese la villa de Oetmarsum á el conde Mauricio y muerte de Monsieur de Fania.—Los rebeldes ganan por asalto el burgo de Covorden y lo vuelven á perder, y el conde Federico lo manda quemar.—El conde Mauricio se arrima con la zapa al fuerte de Covorden.—Socorro que Francisco Verdugo entró en el fuerte de Covorden.—Fuertes que el conde Mauricio hizo fabricar.—Sangriento y reñido asalto que dan los católicos á el fuerte del conde Mauricio.—Retíranse los católicos de la batería del fuerte con pérdida de algunos.—Faccion de los rebeldes y socorro que llevó Monsieur de la Chapela á Francisco Verdugo.—Socorro que entra en Covorden por órden de Francisco Verdugo.—Respuesta del conde Federico á Mauricio.—Valor del capitan Doria.—Socorro de españoles que envia Alexandro al coronel Francisco Verdugo.—Los rebeldes entran en el fuerte de Covorden y se alojan en un baluarte.—El conde Federico corta el baluarte del fuerte de Covorden y desampara la mitad.—Forma, disposicion y fortaleza del fuerte de Covorden.—El conde Holac se junta con el conde Mauricio.—Los rebeldes de la villa de Covorden mudan

Páginas.

sus puestos.—Fuertes que hacen los rebeldes y reparo de las trincheas.—Seña que hace Francisco Verdugo al conde Federico.—Ordenes que dió Francisco Verdugo para socorrer el fuerte de Covorden.—Abundancia de bastimentos y falta de dineros.—Naturaleza de los españoles y costumbre que tienen.—Orden que dió Francisco Verdugo á los capitanes Alonso de Ribera y D. Juan de Vivanco.—Los católicos cierran con las trincheas de los rebeldes con alguna confusion.—Valor y muerte del capitan D. Juan de Vivanco y osadía del capitan Alonso de Ribera.—Socorro de los católicos y daño que reciben.—Número de los españoles é italianos muertos y heridos.—El conde Mauricio socorre su gente.—Francisco Verdugo retira á sus soldados por el daño que reciben.—Retirada de Francisco Verdugo.—Francisco Verdugo representa la batalla á el ejército rebelde.—El conde Mauricio rehusa dar la batalla á Francisco Verdugo, el cual se retira á sus cuarteles.—Fango y malos pasos y peligro del capitan Alonso Mendo.—El conde Federico se rinde al conde Mauricio y por qué causa.—Murmuraciones de los émulos de Alexandro por la retirada que hizo de Çaudebeque.—Disgustos que tuvo el ejército de Alexandro por su ausencia.—Manda Alexandro socorrer su gente con el dinero que iba de España y á Mateuche mandan volver á Roma por justos respetos.—Priesa que Don Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tassis dan á la Junta da los Estados.—Alexandro manda levantar gente valona y alemana.—Sitio de Esperne y facciones de los que la defendian.—Los españoles ganan los burgos de Esperne y muerte del capitan Cristóbal Hernandez.—Batería de Esperne.—Trincheas dificultosas de batir.—El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga tiene á cargo la empresa de Esperne y la va á apresurar.—Muerte del capitan Andrés de Castro.—Ríndese la villa de Esperne y pactos que se les conceden á los enemigos.—Refuérzase el presidio de Meauxs.—Sospechas del duque de Umena y diligencias de D. Diego de Ibarra.—Satisfacciones que dió el duque de Umena á las sospechas que se tenian dél.—El duque de Umena envia persona á Flandes á tratar con Alexandro

Páginas.

remediase sus necesidades.—Priesa que daba Alexandro á las levas de gente para volver á Francia.—Diligencias que hace Alexandro para concluir la guerra de Francia.—Malicias y malos oficios del comisario Mateuche á que el Pontífice no da crédito.—Buenos deseos del Pontífice.—Gastos y obligaciones del Rey católico.—Guarnicion católica que entró en Esperne y socorro que iba del Bearnés.—Muerte del Mariscal Biron.—Facciones del duque de Umena.—Solicitud de D. Diego de Ibarra para juntar los Estados.—Satisfaccion de la duquesa de Umena por su marido.—Respuesta de Alexandro al duque de Umena.—Dinero que Alexandro da al duque de Umena.—Al Bearnés se le deshacen sus fuerzas.—Facciones que hizo el ejército de Alexandro en Picardía.—Católicos muertos y desbaratados.—El duque de Umena levanta el sitio de Quilebenf.—Fuerzas que junta el duque de Guisa y para qué efecto.—El Rey católico da priesa á su sobrino Alexandro para la Junta de los Estados.—Lo que Alexandro escribe á D. Diego de Ibarra.—Por falta de gente y dineros no entra Alexandro en Francia.—Orden que envió el Pontífice al cardenal Sega.—Necesidades que pasaba la guarnicion que el Rey católico tenia en París y el consuelo que los católicos tenian con ella, y pesar del duque de Umena.—Diligencias que D. Diego de Ibarra hacia para conservar la guarnicion que el Rey católico tenia en París.—El cardenal de Gondí escribió al duque de Saboya.—Lo que el duque de Saboya escribió á Roma y la respuesta que se le dió.—Resuelta voluntad del Pontífice en la pretension del Bearnés.—Manda el Pontífice se publique en Francia su santa voluntad y pretension del cardenal de Gondí.—Lo que el duque de Umena escribió á Roma.—Respuesta del Pontífice al Embajador del duque de Umena.—El príncipe Ranucio Farnese llega á Italia.—El duque de Umena procura sacar de París la guarnicion que tenia del Rey católico, y resistencia que hizo D. Diego de Ibarra.—D. Diego de Ibarra hace diligencias para la Junta de los Estados.—El duque de Umena va á socorrer á Esperne y llega tarde.—Sitio de la villa de Crepi y los que reconocieron la batería.—Ríndese Crepi y dentro se halló un

Páginas.

pedazo de la cruz en que murió Jesucristo.—Diligencias de Villaderoy é instancia de D. Diego de Ibarra.—Lo que el Rey, nuestro señor, escribió á su sobrino Alexandro, y las personas que estaban en Sanson para la Junta de los Estados.—Voluntad del Pontífice y ahorros que hizo.—Razones que se daban sobre la eleccion de la corona de Francia.—Vistas del Bearnés y el cardenal de Gondí y su ida á Roma, y lo que hizo el Pontífice.—Malos oficios de Monsieur de Portes en Roma.—Fuerte que hizo el Bearnés.—Quejas que daba el duque de Umena.—Deseaba Alexandro entrar en Francia y su poca salud le detenia.—El ejército español va sobre la villa de Manta.—El Bearnés entra en Manta y no tiene efecto la empresa.—Artificios del duque de Umena.—Orden que Francisco Verdugo dió al conde Herman de Vergas.—Qué sea Bretanga.—Soldados alterados piden sus pagas.—Émulos de Francisco Verdugo le hacen malos oficios.—Mauricio deja guarnicion en el fuerte de Covorden.—Gran atrevimiento de soldados amotinados y diligencias de Francisco Verdugo.—Por qué causa entra en guarniciones su ejército el conde Mauricio.—El Maestre de campo Don Alonso de Mendoza se va á Brabante con su tercio.—Inteligencias de los burgueses de Groeninghen con el conde Mauricio.—Francisco Verdugo va á Groeninghen á remediar las inteligencias de Mauricio.—No quieren los de Groeninghen alojar á la gente de Francisco Verdugo.—Inciertas nuevas que corrian en Frisa.—Libertad con que hablaban los burgueses de Groeninghen.—Poco castigo á delincuentes graves.—Libertad y atrevimiento de los burgueses de Groeninghen.—Respuesta de Francisco Verdugo á los católicos de Groeninghen.—Lo que Francisco Verdugo dijo al Magistrado de Groeninghen, y el poco caso que hizo dello.—Estado en que estaban las cosas de Francia y Flandes en el tiempo que murió Alexandro.—Sale Alexandro de Bruselas para ir á Francia.—Cortesía de Alexandro.—Llega Alexandro á la villa de Arras.—Lucha Alexandro con la muerte.—Muerte de Alexandro.—Entierro de Alexandro.—Facciones de Alexandro.—Elecciones que hizo Alexandro.—Oficiales de su ejército.—Ventajas que dió Alexandro.—

Páginas.

Ayudas de costa y mercedes que hizo Alexandro de su casa á Capitanes y otras personas particulares.—Piedad y misericordia de Alexandro.—Hospital que mandó fabricar Alexandro.—Cosas notables y señaladas que hizo Alexandro.—Severidad con que Alexandro castigó á soldados amotinados.—Treinta y siete pagas en oro que Alexandro dió á su ejército.—Heróicos hechos de Alexandro.—Siempre que pudo Alexandro excusó los peligros de sus soldados y remedió sus desórdenes y otros sucesos.—Insignias que el Pontífice envió á Alexandro por defensor de la Iglesia.—Obras de Príncipe católico que hizo Alexandro.—Devocion y gracias que Alexandro daba á Dios por sus victorias.—Buena condicion que tenia Alexandro.—Milagro en la muerte de Alexandro por intercesion de Nuestra Señora.—Sucedió en el gobierno de Flandes despues de la muerte de Alexandro el conde Pedro Ernesto de Mansfelt.—Con la muerte de Alexandro crecieron las esperanzas de los enemigos de la Iglesia y tuvieron buenos sucesos.—Daños y calamidades que recibieron los católicos despues de la muerte de Alexandro. 189

Índice de los nombres de personas... 445

Idem id. de lugares..... 485

RECTIFICACIONES.

PÁGINA.	LÍN.	DICE.	LÉASE.
131	30	Inocencio IX.	Gregorio XIV.
213	1	Agilia, hija del Rey Luis.	á Gisela, hija del Rey Cárlos.
328	29	fué Alamburque.	fué á Limburque.
436	29	M. de Trinquarte, general de Vivers.	M. de Trinquarte, general de víveres.
487 á 495	1	Índice de lugar.	Índice de lugares.